

Juan Hernández

MI CORAZÓN  
en tus MANOS



Juani Hernández

Mi corazón en tus manos

Saga de Los Lagos I

Copyright © 2013 Juani Hernández

Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta: GinebraCamelot

ISBN: 1493690965

ISBN-13: 9781493690961

A mi marido y mi hija.

Gracias por regalarme tantos sueños sobre los que poder escribir.







## Capítulo 1

Érase una vez... Así se supone que empiezan los cuentos de hadas. Sin embargo, para Gabrielle, mejor dicho, para la Princesa Gabrielle, su vida hacía unos días que había dejado de ser una fábula para convertirse en una pesadilla. Desde la ventana de su habitación, veía cómo las nubes viajaban por el firmamento hacia un destino desconocido, llevándose consigo sus sueños y fantasías. A lo lejos, rozando los Montes Bathara, asomaban nubarrones negros que amenazaban tormenta; el cielo lloraría con ella, acompañándola en su tristeza. No solo debía sobrellevar la pena de la muerte de su padre, el Rey Alexandre, sino que debía aceptar que, al saberse enfermo, hubiese jugado su última carta en un intento de mantener en pie su Reino, sin tomar en cuenta que esa última baza era la vida de su única hija, su destino.

Hacía tiempo que el vecino Reino de Adamón amenazaba con iniciar una guerra para invadir sus tierras, así que creyó que una buena solución para evitarlo era procurar una alianza basada en lazos matrimoniales, e imposible por tanto de quebrantar, con el poderoso Reino de Los Lagos, el Reino del Rey Nicholas. A pesar de su juventud, su futuro esposo tenía fama de buen gobernante y de ser un hombre generoso y carismático al que no le faltaba valentía. Alexandre decidió que era mil veces preferible dejar el Reino en sus manos a que cayera en las garras del Rey Balkar, famoso por sus excesos y



por no ser precisamente un hombre justo y de buenas acciones. Además, debía pensar en el futuro de su pequeña Gabrielle, con esa alegría y esas ganas de vivir que contagiaban a cualquiera a cinco millas a la redonda, pero tan ingenua e inocente a veces. De esa forma, pensó, tenía su futuro asegurado, dejándola al cuidado del que le parecía un buen hombre y, con esa prioridad en su mente, se apresuró a presentarse ante él, esperando que aceptase su propuesta.

El joven Rey, además de todas esas virtudes con las que lo describían, era sobradamente inteligente y sensato, así que no tardó en comprender las ventajas de la alianza y aceptó su proposición, llenando al Rey Alexandre de alivio y felicidad. Sin embargo, esta le duró bien poco, pues su viaje agravó su afección por lo que, desde el que sería ya su lecho de muerte, tuvo que informar a su dulce hija de la decisión que había tomado, una decisión que había tomado por su propia cuenta, sin mencionárselo siquiera.

Gabrielle se encontró de repente con la noticia de que su padre estaba gravemente enfermo y además, debía unirse en matrimonio lo antes posible con el Rey Nicholas, un auténtico desconocido, teniéndose que enfrentar a la incertidumbre de lo que iba a ser a partir de entonces su vida. Su madre, la Reina Eleonora, había muerto hacía algunos años a causa de su delicada salud, pero su padre aún era joven para encontrar otra esposa que le diera un heredero, aunque nunca tuviera prisa por hacerlo, como tampoco había forzado a Gabrielle a pensar en el matrimonio. Tal vez por eso, el corazón de Gabrielle siempre había sido libre para soñar y deleitarse en la ilusión del primer romance o de imaginar su primer beso, el despertar de ese sentimiento tan bello llamado amor y que ahora parecía vetado para ella. Hacía pocos días que su padre había fallecido, y con su muerte se llevó con él esos sueños e ilusiones que ya no cabían en su corazón, dejando paso a esos nubarrones que amenazaban con descargar su tristeza sobre ella en cualquier momento. Una pequeña lágrima ya recorría su mejilla como presagio de lo que se avecinaba.

—Gabrielle, ¿ya has terminado de hacer el equipaje?

La voz de su prima Claire tras de sí la sobresaltó, pero decidió no voltear a mirarla, su mirada siguió fija en ese cielo ya encapotado pues no quería que la viera llorar, otra vez.

—Va a haber tormenta —dijo Gabrielle, a modo de respuesta, no sabiendo bien si se refería a la que venía acercándose por el Oeste o a la se abría paso en su corazón.

—Espero que sea pasajera. No me gustaría iniciar el viaje de mañana bajo la lluvia —se quejó Claire mientras se acercaba a la ventana a comprobar por ella misma el desesperanzador panorama que se presentaba acompañando a esas oscuras nubes.

—Hay tormentas que son perpetuas —respondió Gabrielle.

—Nada dura eternamente, Gabrielle —le rebatió su prima, posando su mano sobre su hombro en un gesto alentador—. Suelen decir que detrás de la tormenta, siempre viene la calma —añadió.

Gabrielle no respondió, sabía cómo seguiría la conversación. Quizá ignorándola la evadiría, pero Claire no iba a ponérselo fácil.

—Debes sobreponerte, prima —parecía más un ruego que una petición.

Gabrielle inhaló lentamente, preparándose para, otra vez, escuchar el discurso con el que Claire, con la mejor de las intenciones, trataba de levantarle el ánimo. Nunca lo conseguía, seguramente esta vez no sería diferente.

—Piensa en que vas a ser Reina —continuó Claire. Esa afirmación tomó por sorpresa a Gabrielle. ¿A dónde quería llegar con eso?

—Sabes que nunca me han importado los lujos, que me gusten los vestidos bonitos no significa que sea una frívola —respondió Gabrielle levantando el tono de su voz y dirigiendo su mirada a su prima por primera vez desde que entrase a su habitación. No era posible que su prima creyera eso de ella.

—Sabes que nunca pensaría así sobre ti, jamás podría llamarte frívola siendo tan generosa, desinteresada y de buen corazón como lo eres tú —se defendió Claire.

—Entonces no entiendo a qué te refieres —contestó calmado de nuevo el tono de su voz y tornando sus ojos de nuevo al oscurecido cielo.

—Me refiero a que está claro que tu vida va a cambiar por completo. Sé que te aguarda un futuro incierto al lado de un hombre al que no conoces, al que no amas y que tampoco te ama a ti. Sé que es una realidad dura pero no te queda más que esperar y... ver qué sucede.

Gabrielle no dijo nada, así que Claire se animó a seguir.

—Sin embargo, Gabrielle, de lo que sí estamos seguras es de que muy pronto te convertirás en Reina y eso conlleva una gran responsabilidad. Vas a tener que esforzarte para llevar a cabo una ardua labor y has de realizarla lo mejor posible por el bien del pueblo. Por eso debes sobreponerte y cumplir

con tu deber y reinar al lado de tu esposo de una manera justa y benevolente, como debe ser. Quién sabe, Gabrielle, quizás tus esperanzas no están del todo perdidas. Todo el mundo que conoce al Rey Nicholas lo describe como un buen hombre, honrado a pesar de su condición y su Reino es cada vez más próspero debido a su buena estrategia como gobernante. No se le conoce ningún tipo de escándalo o falta por la que deba ser tomado en mala consideración, además de que dicen las malas lenguas que es muy apuesto —concluyó Claire con una sonrisa traviesa.

—Claire, por favor —le reprendió Gabrielle con un mohín.

—Vamos, Gabrielle —le cortó su prima—. Solo digo que le des tiempo al tiempo, el amor de repente nos puede ofrecer caminos insospechados que recorrer. Además, por todos es sabido que, en ocasiones, los matrimonios concertados dan gratas sorpresas —afirmó Claire esta vez con una leve risita.

—Tú puedes decir eso porque no te vas a casar con un desconocido. Te vas a casar enamorada y con alguien que te corresponde, porque estoy segura de que, el día menos pensado, el Príncipe Zayev le pide tu mano a tu padre —le reclamó Gabrielle.

—Yo no estoy enamorada del Príncipe Zayev —le rectificó ella.

—Pero él sí lo está de ti, y no me puedes negar que te gusta, ¿verdad? —la miró de frente de nuevo con ojos inquisidores.

—Es de ti y no de mí de quien hablamos —se defendió ella—. No puedes cerrarte en banda y darlo todo por perdido así, a priori. Por todos los Dioses, Gabrielle, ¡ni siquiera lo conoces! Al menos date la oportunidad de conocerlo y de que él te conozca a ti. Y deja ya a un lado ese prejuicio al que te estás aferrando, y que desde luego no es propio de ti, porque lo más probable es que te equivoques y, conociéndote, sé que lo lamentarás.

Gabrielle no le contestó, se limitó perder de nuevo su mirada en el horizonte. Claire sabía que, así, daba por finalizada la conversación, aunque esperaba que al menos considerara sus palabras.

—Voy a hablar con Jordan. Quiero ver si está todo listo para partir mañana —le informó Claire rompiendo el silencio que había surgido entre las dos, antes de retirarse.

Se le hacían raros e incómodos esos silencios entre ellas. Si algo caracterizaba a Gabrielle no era precisamente el que fuera una joven callada y tranquila, al contrario, era un torbellino de alegría que arrollaba toda la tristeza a su paso. “Así ha sido, hasta ahora”, pensó con pesar.

Nada más salir de los aposentos de su prima se encontró con Jordan, el siempre fiel y dispuesto, guardián de Gabrielle. Solo era algunos años mayor que ellas, creía recordar que rozaba la treintena, pero su aspecto fuerte y fornido, inspiraba respeto, hasta cierto temor. Era de facciones agradables pero marcadas, con ojos oscuros al igual que su cabello, que le llegaba casi a los hombros con cierto descuido. Sin embargo, su apariencia dura no correspondía en absoluto con su personalidad pues era un hombre entrañable y de buen carácter. Siempre se mostraba afable y educado con todos, pero además, muy sobreprotector en lo que respectaba a Gabrielle; más allá de su deber para con ella, estaba el gran cariño que le tenía, es decir, que se tenían porque, si bien era cierto que el estatus y las normas dejaban unos límites claramente establecidos en la relación entre un noble y su guardia personal, el carácter despreocupado de Gabrielle pasaba por encima de todo eso y pronto pasó a considerar a Jordan como el hermano mayor que nunca tuvo. Para Jordan, por su parte, fue difícil el evitar ser conquistado por la simpatía y el entusiasmo de Gabrielle, a la que quería como si fuera una hermana aunque, por supuesto, sin faltarle jamás el respeto o a su confianza.

—Jordan —le llamó mientras se acercaba a él.

—Decidme, Alteza —contestó cuadrándose ante ella a modo de saludo.

—Solo quería saber si está todo listo para poder partir mañana —preguntó.

—Está todo preparado, Alteza, a falta, únicamente de vuestro equipaje y el de la Princesa Gabrielle. Saldremos al despuntar el alba —le informó él.

—De acuerdo, voy a terminar de hacer mi equipaje. En cuanto al de la Princesa, por favor, llama a sus doncellas para que vengan a ayudarme. Yo misma me encargaré de preparárselo.

—Con todos mis respetos, Alteza, es una suerte que estéis en estos momentos al lado de la Princesa —le dijo Jordan con agradecimiento.

—Es lo menos que podía hacer por mi querida prima —le respondió—. Solo espero que este arrebató de pena y melancolía la abandone pronto.

—Todos en el castillo echamos de menos su risa y su alegría, Alteza —le confesó él con tristeza.

Claire no pudo menos que sonreír ante eso. Gabrielle se ganaba el corazón de cualquiera con una de sus sonrisas. Esperaba que en su nuevo hogar todos llegasen a quererla del mismo modo. No podía ser de otra manera.

—Cumpliré vuestras órdenes inmediatamente —dijo Jordan, recuperando de nuevo la compostura.

—Gracias, Jordan —concluyó ella, para dirigirse hacia sus aposentos, mientras recordaba la conversación que acababa de tener con su prima.

Sabía que en cierto modo Gabrielle tenía razón; ella no estaba en la mejor situación para dar ese tipo de consejos pues era muy poco probable que tuviera que enfrentarse a un matrimonio con un desconocido. El Príncipe Zayev era el príncipe heredero del Reino de Dagmar, uno de los Territorios Gealach, al otro lado de los Picos de la Media Luna, que servían de frontera con su Reino, y aunque nunca se había hecho oficial su compromiso con él, su padre, el Rey Lyal, y el padre de Claire, el Rey Richard, eran grandes amigos y prácticamente daban por sentado el matrimonio entre sus hijos.

A Claire no le desagradaba la idea, aunque no creía estar enamorada de él, o por lo menos, lo que sentía no era lo que expresaban sus libros cuando hablaban del amor. Pero tenía que reconocer que le gustaba, le agradaba su compañía; era un joven amable y divertido y siempre era muy respetuoso con ella. Quizá no le amaba pero creía que podría ser feliz junto a él y aprender a quererlo con el tiempo.

Desde luego su situación era preferible a la de su prima, pero seguía convencida de que Gabrielle estaba llevándolo al extremo. Ella tampoco conocía al Rey Nicholas, pero toda la nobleza a la que conocía hablaba muy bien de él. Todos coincidían en que era un rey de carácter serio y fuerte, con carisma y valentía, pero además era un hombre culto y de buen corazón. No eran en absoluto malas cualidades para un rey y menos para un hombre. Quizás su corazón de rey estaba endurecido por el difícil rol que supone gobernar; un rey no puede mostrar debilidad, pero quizás, su corazón de hombre sería más fácil de conquistar por un alma tan pura como la de Gabrielle, aunque para ello, debía dejar de lado ese halo de tristeza que la envolvía y abrirle su corazón.

“Quién sabe, quizás él lo consiga y esta muchacha tan tozuda vuelva a sonreír”, pensó mientras entraba a su habitación para terminar de preparar sus cosas.

Tal vez le hubiera tranquilizado saber que, en ese preciso momento, alguien más se preocupaba por el futuro de la joven pareja. Más allá de los Montes Aunin, en la torre más alta de un hermoso y vasto castillo, un joven príncipe miraba con asombro y una pizca de diversión como otro joven

caminaba nerviosamente por la habitación, una y otra vez, siempre siguiendo la misma pauta, con sus manos en la espalda y sin levantar la mirada del suelo, como si en esa danza frenética pudiera encontrar ese bálsamo que calmase su agitado estado de ánimo.

—Primo, vas a desgastar las baldosas como sigas así —dijo el muchacho reprimiendo la risa que luchaba por salir de su garganta—, y no creo que dibujar un surco en el suelo te ayude.

—Erick, tú tampoco me estás ayudando en nada —le reclamó secamente el otro joven, cesando su deambular para mirarlo de frente con el ceño fruncido por la inquietud aunque, de pronto, su mirada se llenó de remordimiento—. Lo siento mucho, Erick, estoy un poco tenso —se disculpó mientras se pasaba la mano por su largo cabello rubio.

—¿Un poco tenso? —contestó dejando escapar la risa que por fin se abría paso—. Nicholas, jamás te había visto tan angustiado como esta noche, ni siquiera antes de la peor de las batallas. ¿Dónde están la calma y el temple que siempre te acompañan? Tú que siempre te muestras tan sosegado, con nervios de acero... De verdad, primo, perdóname, pero no creí que llegaría el día en el que algo te sacara de tus casillas de esta forma. Es que no te reconozco —dijo riéndose de nuevo.

—Y por lo visto también te parezco divertido —exclamó con una mueca mientras se cruzaba de brazos.

—Discúlpame —le pidió con tono más serio esta vez.

Era verdad que, hasta cierto punto, era sorprendente y hasta gracioso ver Nicholas en tal estado de ansiedad pero, el trasfondo era que, en realidad, su primo necesitaba su apoyo.

—Me puedo hacer vagamente una idea de qué es lo que te preocupa pero, no acabo de comprender cuál es el motivo de tal desasosiego.

Nicholas respiró hondo en un intento de calmar un poco sus descontrolados nervios y caminó hacia el ventanal para sentarse en el alféizar; era estúpido guardar las formas ante su propio primo.

—Cuando el Rey Alexandre vino a proponerme la alianza entre nuestros Reinos —comenzó Nicholas, —inmediatamente vi grandes ventajas y difíciles de obviar como para no aceptarla. Es un gran Reino, puede que no tan próspero como este y con algunos problemas internos de mal manejo de impuestos y de influencias, pero nada que un gobierno duro y firme no pueda solucionar. A pesar de ganarnos un enemigo como el Rey Balkar, tiene un

gran ejército que unido al nuestro nos haría casi invencibles en cualquier enfrentamiento. Sin lugar a dudas, era un trato ventajoso al que nadie medianamente inteligente se negaría. Mi única parte del trato a cumplir era tomar a su hija en matrimonio.

En vista de que Nicholas no continuaba su discurso, Erick comprendió que en ese último aspecto era donde residía el mayor problema. Ya que había empezado a hablar, iba a llegar al fondo del asunto en ese mismo momento, aunque tuviera que sonsacarle la información a modo de interrogatorio.

—¿Tu problema es el matrimonio? —le preguntó finalmente.

—No, mi problema es “este” matrimonio —le indicó. Erick dejó entrever la confusión en su rostro así que prosiguió—. Sabes que nunca he tenido interés ni por el romance, ni por perseguir mujeres y mucho menos por conseguir esposa —continuó—. Consideraba que aún quedaba mucho tiempo como para planteármelo siquiera. En los años que llevo reinando solo me he preocupado de volver a componer este Reino que, por desgracia, mi padre había dejado tan maltrecho, en un estado casi deplorable. Todos mis esfuerzos se han basado en intentar gobernar con severidad, pero con benevolencia y justicia, no dejando ninguna de mis acciones al azar, siempre siguiendo un plan establecido, unas pautas, una estrategia. Sabes que siempre me ha gustado controlar la situación con todas sus posibilidades, sin dejar nada por estudiar o considerar.

—No entiendo a dónde quieres llegar, Nicholas —le interrumpió su primo.

—Ese es el problema, Erick —exclamó mientras bajaba del alféizar para volver de nuevo a su peregrinaje sin destino a lo largo de su habitación. La confusión de Erick se hizo mayor si cabe—. No sé a dónde voy a llegar con este matrimonio, qué es lo que me espera, qué me deparará el futuro. Siento que, de repente, no sé cómo debo actuar, qué debo hacer para que esto funcione. Esto no es una batalla con guardias y órdenes que dar para ganar una guerra. Solo somos dos completos desconocidos que, de una día para otro, se van a convertir en marido y mujer, y con el hecho de gobernar nuestros Reinos como único punto en común.

—Eso no lo puedes saber porque, como bien has dicho, aún no la conoces —le corrigió Erick—. Aunque yo tampoco conozco a la Princesa Gabrielle —prosiguió—, he oído decir que es una joven virtuosa, muy generosa y de buen corazón. Además tengo entendido que es muchacha muy

hermosa y que su belleza solo queda igualada por su alegría y encanto.

—Eso es lo que más me preocupa —reconoció más para él que para su primo.

Esa confesión tomó por sorpresa a Erick. No consideraba a Nicholas superficial en absoluto así que no entendía su afirmación.

—¿Crees que no te va a gustar? —se atrevió finalmente a preguntar.

Nicholas se limitó a devolverle una mueca de desacuerdo.

—¿Entonces? —inquirió Erick.

—Le temo más a que yo no le guste a ella —aceptó muy a su pesar, arrepintiéndose inmediatamente de haberlo dicho en voz alta; quizás su primo lo tomara como otra buena excusa para mofarse de él un poco más. Sin embargo, fue todo lo contrario.

Quizás nunca se lo había dicho, pero Erick admiraba profundamente a su primo, por muchísimas razones. Su madre, la Reina Johanne, había muerto a causa de una enfermedad de la que poco se sabía pero a la que nadie pudo darle remedio, ni siquiera Trystan, el padre de Erick, con todos sus conocimientos sobre las artes curativas. Y para mayor impotencia y pesadumbre, no solo perdió a su cuñada, sino a su hermano pues, al poco tiempo, la misma afección condujo hasta los brazos de la Diosa Xeira al Rey Theodore, el padre de Nicholas. Aún con el patente dolor a causa de la reciente perdida de sus progenitores, Nicholas fue coronado Rey a la edad de veinte años. A pesar de su juventud, Nicholas afrontó su cargo con valentía y resolución, y aunque Theodore había sido un buen hombre, no lo fue tanto su reinado, sumiendo aquel Reino en un estado lamentable. Aún así, el arrojo de Nicholas era digno de admirar y, además, Erick no había conocido a un estratega mejor que él, con su carisma y don de gentes, y una excelente forma de gobernar. Había llevado a su pueblo y al Reino nuevamente al máximo esplendor, y por ello lo aclamaban. Y por si fuera poco, a todo eso, había que añadirle que era un hombre honrado y de buenos sentimientos, y en ese mismo momento le estaba dando la mayor de las pruebas pues se preocupaba más por el bienestar de una joven a la que ni siquiera conocía, que por el suyo propio.

—Nicholas, yo no entiendo de hombres, pero creo que no estás nada mal —bromeó Erick tratando de poner una nota de humor al cariz tan serio que estaba tomando la conversación. Para regocijo de Erick tuvo el resultado que esperaba y Nicholas rompió a reír.



—A veces eres incorregible, Erick —se rio Nicholas—. Estoy tratando de hablarte sobre mis inquietudes y tú lo tomas como un juego.

—Es que es muy posible que tú te lo estés tomando muy a pecho. Entiendo perfectamente tu preocupación; vas a iniciar una vida en común con alguien que no conoces, con una muchacha con la que tal vez no tienes nada en común, quizás con un carácter totalmente incompatible al tuyo y, a lo mejor, sin que surja ningún tipo de atracción entre ambos.

—¿Lo ves? ¿Te haces cargo al fin de la envergadura de mi problema? —dijo con alivio.

—¿Y tú te haces cargo de que no he parado de decir cosas como “tal vez”, “quizás” y “a lo mejor”? —le rebatió Erick—. ¡Por los Dioses del Kratvah, Nicholas! Tú mismo lo has dicho. ¡Ni siquiera la conoces! ¿No crees que al menos por un momento podrías dejar de preocuparte por lo que pueda pasar? ¿Para qué regalarte noches de insomnio pensando en qué podrías hacer para que vuestro matrimonio funcione cuando a lo mejor, en cuanto os veáis por primera vez, os enamoráis irremediamente el uno del otro?

—Erick... —intentó reprenderle Nicholas.

—No, Nicholas —le cortó, tomándole por el brazo obligándole a parar su transitar para que le prestase la máxima atención—. En el fondo, aunque ahora no quieras reconocerlo, sabes que tengo razón. Quizás me he excedido en lo del “amor a primera vista”, pero sabes perfectamente a lo que me refiero. Deja de intentar controlar la situación, como siempre haces con todo, porque, al contrario que en el resto de ocasiones, esta vez no te va a salir tan bien como de costumbre. El corazón no entiende ni de estrategias ni de planificaciones y, aunque intentes controlar el tuyo, no vas a poder controlar el de ella. Lo siento, primo, pero me temo que te va a tocar jugar a un juego al que no estás acostumbrado.

—¿A cuál? —le preguntó si entender muy bien de qué le hablaba.

—Al de “dejarse llevar” —le contestó dándole una palmada afectuosa en la espalda. Nicholas por su parte agachó la mirada hacia sus pies, en señal de derrota—. Si esta noche eliges desvelarte de nuevo —le dijo mientras se dirigía hacia la puerta de la habitación—, no sería mala idea que tomases en consideración lo que te acabo de decir. Aunque —añadió con una sonrisa pícaro mientras tomaba el pomo de la puerta—, deberías tratar de descansar si quieres tener buen y causarle una buena impresión a tu prometida cuando

llegue.

Erick salió riéndose de su propia ocurrencia, cerrando la puerta tras de sí rápidamente, antes de que le alcanzara el primer libro que su primo había tomado para lanzárselo. Nicholas no pudo evitar sonreír ante su broma. Tenía a su primo en gran estima a pesar de que su visión de las cosas no siempre coincidiera, como en ese momento. Sin embargo, nunca estaba de más ver el espejo bajo otra mirada. Verdaderamente su visión estaba más que borrosa, quizás la de su primo le diera un poco de luz.

## Capítulo 2

Agatha avanzaba rápidamente por el corredor hacia los aposentos de su hermano. Aún faltaban algunas horas para que su futura cuñada llegase, pero tenía que estar todo dispuesto cuanto antes. A pesar de que era costumbre que existiese una gobernanta en el castillo, desde que su hermano accediese al trono casi diez años atrás, era ella quien se encargaba de supervisar todo. Desde un principio supo que Nicholas no iba a precisar de su ayuda para hacer frente a sus responsabilidades como rey por lo que optó por ayudarlo de una forma más práctica, llevando el control sobre el funcionamiento del castillo. Jamás se había sentido como una simple ama de llaves, al contrario, tenía la libertad y el poder para manejar todo el castillo y su servidumbre tal y como ella consideraba oportuno y nunca recibió una queja o reclamo por parte de su hermano. Siempre contaba con su apoyo a la hora de tomar de decisiones y se mostraba agradecido de que le liberase de la responsabilidad de ocuparse de todo ese tipo de asuntos domésticos.

Por su parte, ella tampoco tenía motivos para estar disconforme. Por un lado, esta tarea la mantenía ocupada, no le resultaba nada atractiva la idea de una vida ociosa y despreocupada. Además siempre encontraba tiempo libre para dedicarlo a su ocupación favorita, la cría de caballos. Era perfectamente consciente de que esta no era la afición propia de una “damisela” pues, según muchos, debería pasarse la vida bordando, paseando por el jardín o buscando

marido. Sin embargo, el qué dirán o la opinión de los demás no era algo suficiente como para que ella renunciase a su pasión. Se sentía orgullosa de que las cuadras reales contaran con los mejores y más hermosos ejemplares, gracias a su dedicación y cuidados diarios.

Cuando entró en la recámara, las doncellas al verla hicieron una rápida reverencia, saludándola y volviendo rápidamente a sus quehaceres, y ella dio una vuelta completa alrededor de la habitación para comprobar que todo estaba quedando perfecto, tal cual lo había ordenado. Se dirigió a una pequeña puerta abierta que había al final de la habitación y que comunicaba con la recámara que iba a ser ocupada por la Princesa Gabrielle. En un principio, su hermano se había mostrado reticente ante la idea de que ya ocupasen los que eran los aposentos de sus padres sin haber contraído matrimonio. Sin embargo, Agatha le convenció de que era lo más lógico y práctico, y él no tuvo más que aceptar, esperando que su prometida opinase lo mismo.

Estaba a punto entrar a la recámara de la Princesa cuando vio aparecer por la puerta de la habitación a Nicholas, con un ramo de flores en la mano. Era un bouquet de rosas blancas con pequeñísimas violetas adornándolo, un arreglo hermoso y delicado.

—Qué flores tan bellas, ¿son para mí? —preguntó divertida sabiendo cuál era la respuesta.

—Éstas en concreto no son para ti, pero creo que por aquí tengo algo más acorde con tu encanto —respondió mientras sacaba una rosa roja que llevaba escondida bajo la capa y se la ofrecía.

—No me digas que entre los asuntos de estado, posibles invasiones y revisiones de impuestos encuentras tiempo para dedicarte a la jardinería. Puedo buscarte trabajo en la cocina si quieres —bromeó mientras olía la flor que le acababa de entregar.

—¿Acaso no te gusta? —le cuestionó sonriendo mientras colocaba el ramo en un jarrón.

Ella se acercó para terminar de acomodarlo.

—A las mujeres nos suelen gustar este tipo de lindezas, eso es cierto —afirmó con mirada cómplice.

—Espero que tengas razón —suspiró con preocupación.

—Deja ya de angustiarte tanto. Todo va a salir muy bien —le aseguró—. Posiblemente estará agotada tras el viaje, pero podría apostar que

el detalle de las flores no le pasará desapercibido, al contrario, le va a encantar —concluyó tratando de animar a su hermano mientras él se lo agradecía con una sonrisa.

Tras eso, abandonó la habitación para seguir con su tarea y asegurarse de que todo estaba preparado a tiempo.

§ ~ \* ~ §

Efectivamente, para Gabrielle, el viaje estaba resultando tedioso y extenuante. Claire se había pasado todo el trayecto leyendo uno de esos libros sobre filosofía que a ella le resultaban tan aburridos, así que el silencio reinaba en el carruaje. Seguramente, en otras circunstancias, la situación habría sido molesta y, más bien, poco probable entre ellas, pero en ese momento no le importaba en absoluto. Con su humor, no era buena compañía para nadie y, en realidad, se alegraba de que Claire así lo hubiera entendido.

Miró por enésima vez por la ventanilla. Los rosas y anaranjados estaban tiñendo ya el cielo del atardecer, que se fundía con el azul del lago que estaban bordeando en ese momento. Una cosa era cierta, los paisajes del que iba a ser su nuevo Reino eran incomparables. Entonces alzó la vista y la silueta de un gran castillo recortando el horizonte se presentó ante ella y un escalofrío recorrió su espalda. El viaje estaba a punto de finalizar y con ello daba paso al inicio de otro viaje del que aún no conocía el rumbo y cuyo destino era del todo incierto.

Ya había oscurecido cuando atravesaron las murallas por lo que solo vio algunas caras curiosas observar su llegada a través de las ventanas de las casas que se agolpaban a ambos lados de la travesía. Al cabo de unos minutos alcanzaron una amplia plaza y el carruaje se detuvo al pie de una escalinata que se elevaba ante el imponente castillo en cuya entrada principal pudo ver tres figuras flanqueadas por sendos guardias. En medio se hallaba un hombre alto y delgado, pero bien formado, de cabello rubio y largo hasta más allá de los hombros y ligeramente ondulado, el Rey Nicholas, supuso. A su izquierda se encontraba otro joven de cabellos cobrizos, también largos aunque un algo más ondulados, casi tan alto como él y de semejante complexión. Y, finalmente, a su derecha vio una mujer, esbelta, de cabello rubio que caía en cascada hasta su cintura. No percibía del todo sus facciones debido a la

distancia pero parecía muy bella y su elegancia y distinción eran notorias.

Gabrielle fijó su vista en los escalones, recorriéndolos despacio. Cuando llegaron a lo alto, escuchó la voz de Jordan, efectuando las presentaciones pertinentes.

—Buenas tardes, Majestad, Altezas —dijo mientras se inclinaba—. Permitidme que os presente a sus Altezas, la Princesa Gabrielle y la Princesa Claire —anunció señalando a cada una de ellas.

Gabrielle, cabizbaja aún, tomó delicadamente su vestido, para, al igual que su prima, inclinarse en una reverencia. Aún no se había incorporado totalmente cuando sintió como una mano tomaba dulcemente la suya.

—Espero que hayáis tenido un buen viaje —dijo Nicholas antes de bajar su rostro y posar levemente sus labios en la mano de la muchacha.

Fue un roce suave, pero cálido, lo suficiente como para sacar a Gabrielle de su sopor y hacerle alzar, por fin, la vista del suelo, y ver cómo el joven besaba suavemente su mano. De repente, sintió cómo esa calidez se extendía desde sus dedos hacia todo su cuerpo, llenando de esa agradable y desconocida sensación todos los rincones de su ser, mientras el deseo de no dejar de sentir jamás el tacto de esa mano en su piel nacía incomprensible e irrefrenablemente en su corazón. Cuando Nicholas levantó el rostro al fin para incorporarse, los ojos de Gabrielle se toparon con una maravillosa mirada azul.

En ese preciso instante, la mente de Nicholas quedó atravesada por la visión más hermosa que jamás hubiera podido imaginar, la de unos bellos ojos grises que lo miraban llenos de anhelo, quedando irremediamente prendido de ellos. Se dio cuenta de que, quizás, estaba tardando demasiado en liberar la delicada mano de la joven y de que, posiblemente, no era apropiado el mantener su mirada fija de esa manera en aquel rostro de hada cuya nívea piel contrastaba con aquel cabello oscuro como la noche, pero había quedado atrapado por el embrujo de aquellos ojos y el resto dejó de tener importancia para él. Solo la necesidad de perderse en ellos, y no regresar hasta haber reconocido cada tonalidad plateada que recorría sus pupilas, hasta no haber memorizado cada uno de sus reflejos violáceos que los adornaban y que los hacían más hermosos si eso era posible. Finalmente y, muy a su pesar, la voz de Erick lo sacó de su ensimismamiento, trayéndolo de vuelta a la realidad.

—Permitidme que me presente —se dirigió a Claire introduciéndose él mismo, dado que Nicholas no parecía tener intención de hacerlo tan abstraído

como estaba—. Soy el Príncipe Erick, primo de Su Majestad —informó mientras se inclinaba besando su mano.

—Sí —afirmó Nicholas recuperando ya la compostura, —y esta es mi hermana, la Princesa Agatha—, añadió mientras soltaba la mano de Gabrielle para tomar la suya. Ella a su vez hizo una reverencia a la que ambas muchachas respondieron de la misma forma.

—Imagino que estaréis agotadas después de un viaje tan largo —supuso la joven—. ¿Por qué mejor no entramos y os mostramos vuestros aposentos? —indicó dirigiendo ya sus pasos al interior del castillo, justo para detenerse en la antesala—. Por favor, conducidlas a sus recámaras —le pidió a su hermano y a su primo—. Yo le indicaré al muchacho dónde están las habitaciones de la guardia de paso que me dirijo a la cocina. Voy a ordenar que os preparen un buen baño y algún refrigerio para que lo toméis en vuestra habitación. Es muy tarde así que dejemos las formalidades para mañana —dijo ahora con una mirada comprensiva hacia las princesas—. Espero que paséis una muy buena noche —se despidió amablemente y, seguidamente, dirigió sus pasos a la cocina—. Muchacho, acompáñame —le ordenó a Jordan secamente y sin mirarlo siquiera.

Los ojos sorprendidos de Jordan buscaron los de Gabrielle. Ella afirmó levemente con la cabeza, por lo que el guardia se limitó a inclinarse y desearles buenas noches a todos para, rápidamente, seguir los pasos de la Princesa Agatha, que ya casi había llegado al final del corredor.

Tras eso, los cuatro se despidieron para hacer sus respectivos trayectos a sus habitaciones, que se encontraban en direcciones opuestas. Claire advirtió, justo antes de volverse hacia el corredor que conducía a su cuarto, cómo Nicholas alzaba su mano demandando la de su prima para tomársela suavemente mientras empezaban a caminar. Una sonrisa abordó sus labios ante esa imagen. Empezaba a sospechar que el recelo de Gabrielle era más que infundado, sobre todo, si tenía en cuenta la idílica escena que acababa de presenciar entre ellos dos hacía unos minutos. Nunca había visto una mirada tan intensa en unos simples desconocidos. Quizás, que Gabrielle encontrara la felicidad no iba a ser tan difícil después de todo. La simple idea le hizo emitir una leve risita.

—¿Podría saber qué os complace tanto? —preguntó Erick con curiosidad.

—Oh, no es nada —mintió Claire.

—Parece ser que mi primo es todo un caballero —le confió sonriendo, haciéndole ver que, en realidad, también él se había dado cuenta de ese pequeño detalle—. ¿Me permitís? —preguntó divertido mientras alzaba su mano e imitaba el gesto de su primo de hacía un momento.

—Por supuesto, Alteza —rio Claire mientras posaba su mano sobre la de Erick.

—Además, tengo la ligera sospecha de que todas nuestras preocupaciones van a quedar en nada —le aseguró Erick.

Claire se sorprendió ante tal afirmación.

—¿No estáis de acuerdo, Alteza? —preguntó serio ante el rostro asombrado de la joven.

—Sí, no, no me malinterpretéis —titubeó ella—. Es que precisamente estaba pensando lo mismo que vos —le aclaró.

—Personalmente creo que es solo cuestión de darle tiempo al tiempo —afirmó Erick sonriendo.

—Y yo, Alteza, estoy completamente de acuerdo con vos, otra vez —añadió con alivio, mientras reía tímidamente, ocultando su boca con el libro que portaba en su otra mano.

No se percató hasta ese momento de que se había olvidado por completo de dejarlo en el equipaje de mano antes de bajar del carruaje. Erick alcanzó a ver el volumen y paró casi en seco al ver de cuál se trataba.

—¿Su Alteza está leyendo a Zhrustha? —exclamó el joven con una mezcla de asombro y admiración en su voz.

—Sí —respondió mostrándole orgullosa el libro que le había regalado su padre—. ¿Por qué os sorprende tanto? —preguntó ante su expresión escéptica.

—Disculpad mi asombro —dijo mientras lo tomaba—, pero Zhrustha no es que sea precisamente una lectura ligera y menos para una muchacha tan joven como vos —concluyó devolviéndole el tomo.

—¿Acaso por ser mujer no debo estar interesada en Los Sabios Antiguos? —cuestionó sin saber muy bien si debía considerarlo una ofensa.

—No pretendo ofenderos en modo alguno, Alteza —le aclaró él rápidamente mientras iniciaban de nuevo su marcha. —Es solo que todas las mujeres que conozco están más interesadas en coleccionar vestidos y joyas que en la literatura.

—Quizás deberíais conocer a otro tipo mujeres —bromeó ella, en señal



de que había aceptado sus excusas.

—Posiblemente tengáis razón —aceptó con una sonrisa.

Ciertamente, nunca había conocido a una mujer como ella. No solo era inteligente sino hermosa. Las finas líneas de su rostro se veían enmarcadas por un brillante y largo cabello castaño, pero sus oscuros ojos vivaces era lo que lo traspasaban. No creía que ella fuera consciente de ello, pero sentía que podía leer en él, en su interior con una de sus profundas miradas. Erick se esforzó en dejar de observarla y trató de retomar la conversación con el fin de detener aquellos pensamientos.

—Tal vez os complacería saber que, casualmente, una copia idéntica a la vuestra descansa sobre mi mesita de noche —le dijo señalando el libro que Claire sostenía ahora contra su regazo y cuya expresión no le dejó lugar a dudas de que el hecho le sorprendía gratamente—. Y, si os apetece una lectura un poco más amena, he terminado de leer recientemente “Los cuatro Reinos”. Si os gusta la novela épica, podría prestároslo —le ofreció el joven.

—Pues os lo agradecería enormemente —sonrió Claire ante tal ofrecimiento—. Ese libro no lo conocía. Sería interesante leer algo nuevo para variar. Los pocos libros que he traído conmigo casi los podría recitar de memoria.

Erick aminoró su paso, pensativo.

—Se me ocurre una idea mejor —dijo al fin—. Me gustaría mucho mostraros algo, Alteza. ¿Me harías el honor de acompañarme mañana? —preguntó Erick.

—¿Puedo saber a dónde? —demandó con cierta desconfianza.

—Preferiría no decíroslo —respondió Erick—. Quisiera que fuera una sorpresa

—No me gustan las sorpresas. Temo que soy demasiado impaciente —admitió Claire con sonrisa tímida.

—Os aseguro que valdrá la pena mantener el suspense hasta mañana —se esforzó para no reírse, sorprendido por su confesión.

—Está bien —aceptó la joven—. Pero más os vale que realmente valga la pena —amenazó en tono de broma.

—Os prometo que así será —sonrió él aunque no pudo evitar que se le escapase una carcajada.

—¿Podría saber qué os complace tanto? —preguntó Claire divertida al citar sus mismas palabras de hacía solo un momento.

—Es que muy poca gente logra sorprenderme y vos, en cuestión de minutos lo habéis hecho y no una, sino varias veces —le explicó sonriente, mientras observaba que un leve rubor maquillaba las mejillas de la joven—. ¿Os he ofendido?

El rubor en sus mejillas se hizo ahora más evidente.

—No, no —se apresuró a aclararle—. Estaba pensando que a mí, en cambio, me sorprenden con facilidad.

—¿Lo decís en serio? —preguntó como si realmente no lo creyera.

—Sin ir más lejos, me ha sorprendido mucho la actitud resuelta y decidida de la Princesa Agatha —le confesó.

—Me decepciona oír que eso es lo único que os ha sorprendido —se hizo el dolido, aunque sus palabras escondían gran parte de verdad.

Claire no contestó, pero trató de ocultar su sonrojo bajando el rostro, obteniendo así Erick la respuesta que esperaba.

—Agatha ayuda a Nicholas a dirigir el castillo —le aclaró—. No sé si sabíais que son mellizos.

—La verdad es que no —negó ella.

—En realidad, Agatha es mayor que Nicholas por unos cinco minutos —comenzó a explicarle—. A veces, cuando están en desacuerdo por algo, le amenaza diciéndole que va a reclamar el trono por haber nacido primero, pero al instante cambia de opinión. Primero, porque nunca le haría eso a su hermano y, segundo, porque es consciente de que jamás podría empeñar esa labor con la misma destreza que él. Además, son tantas las veces que se lo dice, que Nicholas ya no la toma en serio, normalmente rompen a reír y... fin de la discusión —le dijo mientras sonreía al evocar uno de esos momentos del que él había sido testigo.

—Todos dicen de él que es un magnífico rey —reconoció ella.

—Y mejor hombre, eso os lo garantizo —afirmó Erick—. Por eso, Alteza, os recomiendo que no os preocupéis por vuestra prima; está en buenas manos —concluyó mientras se detenía—. Está es vuestra recámara —le informó mientras le abría la puerta—. Inmediatamente os traerán vuestras cosas. Mi habitación está justo al lado, así que me pongo a vuestra disposición para lo que deseéis —dijo mientras se inclinaba besando su mano—. Espero que descanséis y no olvidéis nuestra cita de mañana.

—No la olvidaré. Buenas noches —contestó sonriendo antes de cerrar la puerta.

Durante un momento se quedó apoyada de espaldas a la puerta, con la vista hacia el techo. Su estancia en el castillo se presentaba más que interesante. Acababa de llegar y ya había tenido una de las conversaciones más interesantes desde hacía mucho tiempo. El Príncipe Erick era muy agradable y sobre todo, encantador. De nuevo el calor incendió sus mejillas al recordar su sonrisa y sus ojos, unos ojos tan verdes que relucían como las propias esmeraldas.

De repente, llamaron a la puerta. Eran las doncellas que venían a prepararle el baño, justo lo que necesitaba para despejar su mente y relajarse después del viaje. Esperaba que Gabrielle se sintiera bien; a pesar de todo, no podía dejar de preocuparse. Lo primero que haría al levantarse sería ir a hablar con ella, tenía que averiguar qué le había parecido su prometido y si le había gustado, tal y como a ella le había parecido. Pero eso sería mañana, no quería pensar en nada más. En ese momento iba a disfrutar de ese baño y a descansar. Sin embargo, fue inevitable que un par de ojos verdes se enhebrasen en su mente una vez más.

§ ~ \* ~ §

Mientras caminaba por el corredor, Gabrielle se preguntaba a qué se debía ese sentimiento de calma que la embargaba por completo. Quizás se debiera a que estaba agotada del viaje, a la perspectiva de obsequiar a su cuerpo entumecido con un baño relajante o, tal vez, a sentir de nuevo el cálido contacto de esa mano que sostenía con delicadeza la suya. No se habían dicho ni una sola palabra en todo el trayecto hasta su recámara pero, en ese momento, para ella las palabras eran innecesarias. Se sentía bien, tranquila, como hacía mucho tiempo no lo hacía. Fue cuando se detuvieron cuando finalmente Nicholas le habló.

—Estos son vuestros aposentos, mi señora —indicó Nicholas abriéndole la puerta.

Un pequeño pálpito golpeó el corazón de Gabrielle al escuchar las palabras con que Nicholas se había referido a ella: “mi señora”. Solo había escuchado esas palabras de labios de su padre, cuando se refería a su madre, a su esposa. La certeza de que en unos días iba a unir su vida a la de ese hombre para siempre se conjuró ante sus ojos.

De repente, al entrar en la recámara, una ola de esencia de rosas tiznada de violetas embriagó sus sentidos. Dirigió su mirada al bouquet que estaba sobre la cómoda y se aproximó, tomando una de las rosas y llevándola hasta su nariz, con sus ojos cerrados para así percibir mejor su aroma. Tras un instante, los abrió y dirigió su mirada a Nicholas. El joven pudo ver cómo, lentamente, se empezaban a curvar los labios de la muchacha hasta que una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras los reflejos violáceos de sus ojos se volvían más brillantes y los hacía resplandecer.

—Son mis flores favoritas —le dijo.

Nicholas se dio cuenta de que aún no había escuchado la voz de su prometida hasta ese momento. Era delicada, dulce, y resultaba ser música para sus oídos.

—Entonces he sido afortunado en mi elección —afirmó él lleno de satisfacción.

—¿Ha sido idea vuestra? —preguntó sorprendida.

—Sí, mi señora.

—Os lo agradezco enormemente —Gabrielle extendió su mano, ofreciéndole la rosa que había tenido en sus labios hasta hacía solo un instante y que él tomó sin dudar.

—A mí me alegra mucho que os guste —asintió él sonriendo.

Entonces Gabrielle comenzó a recorrer con la mirada la que a partir de entonces sería su habitación y sus ojos se posaron inevitablemente en la puerta situada al fondo de la habitación.

—¿A dónde conduce esa puerta? —preguntó señalándola.

—Mis aposentos están al lado de los vuestros —comenzó a decirle—. Esa puerta comunica vuestra recámara con la mía —le indicó.

El rostro de la joven se llenó de confusión.

—Yo en un principio tampoco estaba de acuerdo pero, Agatha insistió en que era absurdo alojaros en otra habitación y acomodar todas vuestras cosas allí cuando en pocos días estos pasarán a ser vuestros aposentos —se justificó—. Creí que era lo más práctico pero si os incomoda puedo ordenar ahora mismo que trasladen vuestro equipaje a otra recámara —dijo con preocupación. Quizás se había dejado llevar por el pragmatismo de Agatha, dejando de lado el posible malestar de su prometida ante esa situación.

—No —le cortó ella—. No os preocupéis. Bien pensado, vuestra hermana tiene razón.

—Sí, pero vuestro bienestar es lo primero —insistió—. No quiero que os sintáis incómoda.

—Os agradezco vuestra inquietud, pero es innecesaria —le aseguró calmadamente.

—Está bien —aceptó, dando el tema por concluido—. Imagino que las doncellas no tardarán en venir a preparar vuestro baño, así que me retiro. Sin embargo, quería haceros una petición antes —añadió, desviando su mirada de ella, un tanto inseguro por lo que iba a pedirle.

—Decidme —le instó ella, en cambio, a continuar.

—Me complacería mucho si mañana me acompañaseis a dar un paseo. Me gustaría ser yo mismo quien os enseñase vuestro nuevo hogar —afirmó mientras trataba de dominar el nerviosismo de su voz ante el temor a que rechazara su compañía.

Gabrielle sonrió tímidamente ante tal proposición.

—Estaría encantada de acompañaros —accedió.

—Muy bien —dijo Nicholas mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios—. Ahora sí me retiro. Que descanséis —se despidió con una leve reverencia para después dirigirse hacia la puerta.

—Mi señor —exclamó Gabrielle. Al parecer su subconsciente había decidido que debía dedicarle la misma cortesía que él había tenido para con ella. Le sorprendió gratamente que no le resultase en absoluto malsonante en su boca ni en sus oídos.

—Decidme, mi señora —respondió deteniéndose en mitad de la recámara y girándose para verla de frente.

—No veo necesario que tengáis que salir al corredor para ir a vuestros aposentos —dijo mientras señalaba la puerta que había sido el objeto de su conversación un minuto antes.

—Si no os incomoda —dudó.

—Por favor —asintió ella con la cabeza, alentándole.

Nicholas asintió a su vez y se dispuso a dirigirse al fondo de la habitación, no sin antes detenerse ante su prometida y tomar su mano por tercera vez esa noche y besar su dorso de nuevo.

—Que durmáis bien, mi señora —susurró.

Ella no pudo más que asentir mientras sentía un leve ardor en sus mejillas. Para cuando se sobrepuso, Nicholas ya había desaparecido tras aquella pequeña puerta.

### Capítulo 3

Apenas estaba amaneciendo, los tenues rayos de sol se reflejaban débilmente en la superficie del lago y el silencio solo se veía interrumpido por el movimiento de su cuerpo contra el agua. Cuando el día anterior durante su viaje se aproximaban al castillo y Jordan divisó ese magnífico

lago, decidió que, en cuanto le fuera posible, le haría una visita. Supuso que la Princesa Gabrielle aún tardaría en despertar un tiempo más después de lo agotador del viaje, por lo que probablemente no necesitaría de él hasta unas horas más tarde. Además, creía que era demasiado temprano para presentarse ante el Rey y poder concretar sus funciones en el castillo, por lo que era el momento idóneo para relajar sus músculos después del poco descanso obtenido la noche pasada en su habitación del cuarto de guardias.

Era consciente de que un motivo importante de su desvelo era saber cómo estaría Gabrielle. Casi no había articulado palabra durante todo el viaje, pero la seriedad de su rostro no daba lugar a dudas de que no había terminado de aceptar el nuevo rumbo de su vida. Además, al haber llegado al castillo ya entrada la noche, la habían llevado directamente a su recámara, apartándola de su vista y de su protección, viéndose él arrastrado a su cuarto por aquella princesa tan altanera y petulante.

No podía llevarse a equívoco, aunque Gabrielle nunca lo había tratado así, él era consecuente con su posición. El hecho de que ella se comportara con él con cariño y confianza no le hacían olvidar jamás cuál era su lugar, así que el hecho de que alguien pudiera tratarlo con desdén nunca le había afectado en lo más mínimo, nunca, hasta esa noche. No supo si fue su manera tan altiva de llamarle “muchacho” como si aún fuera un imberbe, el engreimiento de su voz al saberse poderosa, o la vanidad que emanaba de su mirada al saberse hermosa e inalcanzable por cualquiera en centenares de millas a la redonda.

Aún recordaba cómo se había parado frente a la puerta, alzada su barbilla y con sus brazos en jarra entallando su fina cintura y cómo, sin apenas mirarlo, la oyó decir “este es el cuarto de guardias, muchacho” e inmediatamente, giró sobre sus talones y se marchó con aquel vaivén de caderas que lo hipnotizaron durante un segundo. Era hermosa, más que hermosa, era una deidad, y de las más peligrosas. Su mirada azul hielo ardía de orgullo y arrogancia formando la más infranqueable de las barreras, mientras su cuerpo voluptuoso incitaban a dejarse llevar y cometer el mayor de los pecados, como una tentación de la que era mejor alejarse cuanto fuera posible.

Sin embargo, es bien sabido que nuestros propósitos no solo dependen de nuestras acciones, pues poco podía imaginarse Jordan que el objeto de su ensoñación no andaba lejos. Por supuesto que no era premeditado; ella hacía

ese mismo recorrido en su paseo a caballo matutino cada día. Cada día ataba las riendas de su yegua a ese viejo roble sobre el que ahora había depositada una camisa, y después se sentaba en el borde de ese lago que esa mañana no estaba tan deshabitado como de costumbre.

Había pensado en, simplemente, pasar de largo, cuando se dio cuenta de que el hombre que se encontraba nadando era el guardia de la Princesa Gabrielle. Sin ni siquiera bajar de su yegua se agazapó tras el árbol para observarle.

No es que nunca hubiera visto el torso desnudo de un hombre. De hecho, muchas veces, al ir a las cuadras, había sorprendido a algún muchacho sin camisa tratando de combatir el calor estival, cubriéndose en cuanto se percataban de su presencia. Algo que para los mozos siempre era una lamentable y embarazosa situación, para ella siempre resultaba divertido e incluso entretenido. No sabía si tal apuro era debido a su posición en el castillo, a su hermosura o a ambos motivos pero debía reconocer que ser la causante de ello la llenaban de, podría decirse, orgullo femenino.

Agatha vio que el joven dejaba de nadar en ese momento, situándose de espaldas a ella, sumergido hasta la cintura. Alzó los brazos para pasar las manos por sus cabellos y dejarlos libres de agua. Con ese movimiento toda la musculatura de su bien definida espalda, de sus moldeados brazos, de sus anchos hombros, quedaron perfectamente visibles.

Sin apenas proponérselo recorrió, estudió con su mirada, cada una de las curvas que formaban su cuerpo, desde su cuello a su cintura. Los débiles rayos del sol se reflejaban en las pequeñas gotitas que habían quedado adheridas a su piel y que la recorrían para volverse a perder en la superficie del lago. Durante un instante, sin saber por qué, imaginó que sus propios dedos eran los que recorrían los surcos con los que aquellas gotas marcaban su espalda y un repentino ardor nació en su interior. Le fue imposible evitar que un pequeño suspiro escapase de su garganta, lo que provocó que Jordan se girara a comprobar de dónde venía aquel sonido. Azorada debido a su pequeña debilidad de hacía un segundo, por aquella sensación que aún hervía en su pecho y por saberse descubierta mientras espiaba a ese hombre, apenas acertó a tomar de nuevo las riendas de su montura. A pesar de ser una experta amazona, no fue capaz de dominar a su yegua que se encabritó, lanzándola al suelo, tras lo que huyó desbocada hacia el castillo.

En ese momento no supo qué le dolía más, si su orgullo al verse



derribada por su propio caballo ante aquel hombre, o sus posaderas que ahora yacían en el suelo. Al intentar levantarse quedó de manifiesto que, en realidad, su tobillo había sido que había salido perdiendo, pues apenas pudo soportar la punzada de dolor que le recorrió el pie y que provocó que volviera a derrumbarse en el suelo. Para ese entonces, Jordan ya había salido del agua y corría en su dirección para ayudarla.

—No os mováis Alteza, dejadme que os ayude —le pidió—. ¿Dónde os duele?

—El tobillo —le indicó.

Jordan se inclinó y, apartando un poco el borde del vestido, se dispuso a palparle.

—¿Qué crees que estás haciendo? —inquirió ofendida, alejando su tacto de un manotazo.

—¿Comprobar qué tan dañado está el tobillo? —le explicó él sorprendido.

—¿Y tienes que tocarme para eso? —preguntó ella irritada, a la vez que se daba cuenta de su disparatada pregunta.

—¿Conocéis una forma mejor, Alteza? —cuestionó divertido.

—Está bien —accedió a regañadientes.

Jordan empezó a palpar su tobillo mientras ella emitía, entre muecas, leves muestras de dolor.

—Solo es una torcedura —concluyó él—, pero no deberíais caminar. Permitidme que os ayude a levantaros —se ofreció alzándose mientras tomaba su mano.

Agatha se levantó también pero, debido al dolor, perdió un momento el equilibrio yendo a parar directamente sobre el pecho de Jordan. En un intento de no caer de nuevo, se apoyó en él, su mano sobre su musculoso brazo, haciendo que, aquel ardor que hacía un solo instante había logrado apaciguar, renaciese con más fuerza, alimentado seguramente por el tacto de sus manos varoniles en su cintura al tratar de sostenerla impidiendo su caída. “No, otra vez esa debilidad, no”, se alentó a sí misma, esforzándose por mantener su aplomo.

—¿Podrías cubrirte? —le ordenó ella con su acostumbrada altanería, intentando aparentar una total seguridad, aunque para Jordan no pasase desapercibido el fulgor en sus ojos.

—¿Acaso os molesta ver el cuerpo de un hombre? —le provocó él

aumentando sensiblemente la presión de sus dedos sobre su talle.

—No —negó ella revolviéndose y soltándose de sus manos—. Simplemente estás mojando mi vestido —respondió levantando su barbilla de aquella forma que a Jordan le estaba resultando ya más que familiar.

—Está bien —rio él mientras tomaba la camisa de la rama donde él la había dejado y se la ponía rápidamente. Tras eso tomó las riendas de su caballo y lo acercó a donde estaba la muchacha. Sin pedirle permiso alguno la tomó de nuevo por la cintura y la alzó sin ningún tipo de esfuerzo, sentándola en la grupa. Luego con un ágil movimiento se montó en el caballo, posicionándose detrás de ella, pasando sus manos cerca de su cintura para tomar las riendas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Agatha ante tal atrevimiento.

—Os llevo al castillo —respondió con tono aburrido ante lo absurdo de la cuestión.

—No veo la necesidad de compartir montura —afirmó ella con desdén.

—¿Acaso pretendéis que yo vaya caminando? —rio él. Su soberbia no tenía límites pero él sabía cómo aplacarla.

—Es lo correcto —aseveró ella casi con furia.

—¿Y es por hacer lo correcto por lo que habéis perdido vuestro caballo? —le sugirió él apenas en un susurro, sintiendo ella su aliento en su mejilla.

Agatha supo en ese momento que esa era una batalla perdida, pero solo una batalla, no la guerra. Y si él quería guerra, la tendría.

§ ~ \* ~ §

Erick se dirigía a la habitación de su primo. Normalmente solían encontrarse en el comedor para desayunar juntos, pero ese día se apresuró para encontrarlo en su recámara. Sentía una gran curiosidad sobre qué le había parecido su prometida y no creyó prudente el mantener esa conversación al alcance de oídos indiscretos.

—¿Puedo pasar? —preguntó llamando a la puerta.

—Sí, claro, pasa —se escuchó la voz de Nicholas dentro de la habitación—. Has sido muy madrugador hoy —le dijo sorprendido mientras lo veía entrar y cerrar la puerta tras de sí.

—No creo que sea correcto hablar de tu prometida en el comedor donde

todos puedan oírnos —contestó mientras le guiñaba un ojo.

—Así que ese es el motivo de tu visita —sonrió tomando su cinturón de encima de la silla para ponérselo.

—No pensarás que después de la tortura a la que me has sometido todos estos días con ese asunto no voy a estar interesado en saber tu opinión tras haberla conocido —bromeó Erick sentándose en el diván.

—Y por lo que veo ya te has puesto cómodo —señaló mientras acomodaba su capa, terminando así de vestirse.

—Soy todo oídos —le indicó cruzando sus manos sobre su regazo y estirando las piernas sobre el diván. Su primo soltó una carcajada ante su gesto.

—No veo qué tanto pueda decirte, apenas estuve con ella. La traje a su recámara y me retiré enseguida. Supuse que estaría cansada del viaje —le dijo encogiéndose de hombros tratando de restarle importancia al tema.

—Primo, no utilices tu diplomacia conmigo que no va a funcionar —le avisó con sonrisa pícar—. ¿Acaso no la devorabas con la mirada en cuanto la tuviste ante tus ojos?

—¿De qué hablas? —cuestionó intentando mostrarse sorprendido.

Hubiera funcionado si no hubiera sido por el temblor de su voz. Erick no pudo reprimir una risotada.

—Si no quieres hablar sobre ello me parece bien, pero no intentes tapar el sol con un dedo —le dijo adoptando ahora una postura más seria, retirando los pies del diván—. Creo que te conozco lo suficiente como para asegurar que la Princesa Gabrielle derrumbó con la primera de sus miradas todo ese halo de calma y seguridad que siempre te rodea —prosiguió.

Nicholas se mantuvo en silencio, estudiando una posible respuesta con la que rebatir su afirmación que tan cerca había estado de la verdad.

—¿Vas a intentar negarlo? —inquirió Erick viendo sus intenciones.

—Está bien, está bien —se rindió. Dio media vuelta y se sentó en la cama mirando a su primo—. Digamos que la Princesa Gabrielle me impresionó un poco.

Erick lo miró inquisitivo, y Nicholas suspiró disconforme.

—De acuerdo —admitió al fin derrotado—. ¿Te basta si te digo que no había visto unos ojos tan bellos en mi vida y que me parece la mujer más dulce y hermosa que jamás he conocido? —aceptó bajando la mirada, sintiendo cierta vergüenza ante la confesión que le acababa de hacer a su

primo.

Erick se percató de su turbación y se acercó a él, sentándose a su lado.

—No tiene nada de malo que te guste tu prometida, Nicholas. Al contrario, seríais mucho más felices si surgiese el amor entre vosotros —aseguró Erick.

El sonido de esa palabra hizo que Nicholas se sobresaltara, volviéndolo a mirar.

—Creo que es muy pronto todavía para hablar de eso. No pienso forzar la situación en lo más mínimo —negó con un movimiento de cabeza—. Si algo surge entre los dos no voy a evitarlo ni rehuirlo, por supuesto, pero tampoco voy a hostigarla o presionarla en un intento de acelerar las cosas. Para mí, lo primordial ahora es que se sienta cómoda, quiero que sea feliz aquí —declaró Nicholas.

Erick le dio un leve golpe en la espalda, asintiendo, haciéndole ver que compartía su opinión. De repente, el eco de la risa de un par de voces femeninas proveniente de la recámara contigua se hizo sentir en la habitación de Nicholas. Ambos giraron su rostro dirigiendo su mirada a la pared de donde venía ese sonido.

—Pues no sé si será feliz, pero, de momento, se ha levantado de buen humor —afirmó Erick, sonriendo.

Nicholas asintió con una sonrisa en los labios y cierto alivio invadió su corazón al saberla contenta. No había mentido al afirmar que para él lo más importante era su bienestar, pero no solo eso. Desde la primera vez que posó su mirada en aquellos ojos tuvo la certeza de que, a partir de entonces, haría todo lo que estuviera en su mano por hacerla feliz, incluso si, muy a su pesar, eso suponía mantenerse alejado de ella.

—Será mejor que bajemos a desayunar —dijo Erick al fin sacándolo de sus pensamientos—. Mis padres no tardarán en llegar —concluyó poniéndose en pie.

Nicholas asintió y se levantó también, siguiéndolo hacia la puerta, fijando por un momento la mirada en aquella pared que separaba su habitación de la de su prometida.

—Claire, deja ya de reírte —le pidió Gabrielle a su prima aunque también reía.

En ese instante, el golpe de una puerta cerrándose las sobresaltó haciendo que ambas quedasen en silencio, un tanto avergonzadas ante la idea

de que Nicholas las hubiera escuchado.

—¿No te resulta un poco extraño dormir al lado de tu prometido?  
—preguntó Claire.

—Reconozco que me sorprendió al principio, pero luego me explicó los motivos por los que habían decidido que ocupara desde ahora esta habitación y no me pareció tan descabellado —le aclaró Gabrielle.

—Creo que nada de lo que él te proponga te va a parecer descabellado  
—afirmó su prima con tono travieso.

—¡Claire! —exclamó Gabrielle.

—¿Qué? —se sorprendió Claire—, pero si me acabas de decir que Nicholas te había parecido muy agradable —se quejó ella.

—No te dirijas a él así —la reprendió en voz baja.

—Nadie nos escucha, Gabrielle. Jamás se me ocurriría llamarlo por su nombre en presencia de nadie —la tranquilizó.

Gabrielle asintió.

—De todas formas creo que deberíamos bajar la voz —le pidió.

—Está bien —protestó Claire bajando el tono—. Pero no me cambies de tema —le advirtió—. Me lo acabas de describir como un perfecto caballero. ¿Acaso no te agradó?

—Bueno, sí —titubeó ella.

—¿Bueno, sí? ¿A quién pretendes engañar, Gabrielle? ¡Hacía semanas que no te escuchaba reír! —alegó Claire—. Su “Majestad” —dijo con retintín—, pudo mostrarse como todo un gentilhomme ante ti, pero no creo que ese sea un motivo suficiente para que te hayas despertado tan animada esta mañana —le aseguró—. Gabrielle —insistió Claire ante el silencio de su prima.

—De acuerdo —suspiró Gabrielle—. Me parece un hombre muy apuesto —aceptó al fin sintiendo cómo se ruborizaba.

—Entonces, ¿te gusta? —preguntó con un tono de complicidad, animando a su prima a proseguir.

Gabrielle afirmó tímidamente con un movimiento de cabeza.

—Me alegro tanto —exclamó Claire abrazándola.

—Pero, ¿y si yo no le agrado? —se mostró preocupada Gabrielle.

—¿Cómo puede ser eso posible? —la persuadió agitando las manos. Justo en ese instante alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar, Alteza? —dijo una de las doncellas desde el pasillo.

—Sí, adelante —dijo Gabrielle mientras ambas bajaban de la cama.

La muchacha hizo una leve reverencia al entrar en la habitación.

—Su Majestad quiere haceros saber que os espera junto con el Príncipe Erick para desayunar, tanto a vos como a la Princesa Claire, pero que si gustáis os puedo servir el desayuno aquí, en vuestra recámara.

Claire miró sonriente a su prima, quien también la miraba sonriendo.

—Por favor, dile a Su Majestad que bajamos en un momento —confirmó Gabrielle.

—Enseguida, Alteza —dijo la muchacha antes de hacer otra reverencia y salir de la habitación.

—¡Deprisa, Claire, ayúdame a vestirme! —exclamó Gabrielle en cuanto la doncella cerró la puerta.

Rápidamente, Claire abrió el baúl de su prima sacando el primer vestido que encontró mientras Gabrielle se deshacía de su camisón.

—Con que no le agradas, ¿eh? —bromeó Claire mientras le abotonaba la parte trasera del vestido.

—Ya te advertí que era todo un caballero. Puede que esperarnos a desayunar sea únicamente como consecuencia de ello, así que no saquemos conclusiones apresuradas —le pidió Gabrielle echando un vistazo rápido al espejo de la cómoda. Quizás si hubiera tenido más tiempo se habría recogido el cabello pero no quería hacer esperar a Nicholas, así que se apresuró a pasarse el cepillo para alisarlo un poco.

Cuando abrieron la puerta para salir al corredor vieron a un par de doncellas que parecían muy inquietas, corriendo por el pasillo. Claire y Gabrielle se miraron preguntándose cuál sería el motivo de tal alteración. Justo una tercera pasó por su lado, corriendo al igual que sus dos compañeras.

—Muchacha —la detuvo Gabrielle—. ¿Podrías decirnos que sucede? —preguntó de forma cortés.

—Alteza —dijo inclinándose rápidamente—, vuestro guardia acaba de traer en volandas a Su Alteza, la Princesa Agatha. Parece que ha sufrido un accidente —explicó la joven alarmada que volvió a inclinarse antes de seguir con su carrera.

Ambas volvieron a mirarse de nuevo, esta vez con el rostro lleno de preocupación, tras lo que se apresuraron a ir tras las doncellas y comprobar qué había sucedido.

## Capítulo 4

—Bájame ya —exigió Agatha en cuanto llegaron a la escalinata de entrada al castillo.

Lejos de acatar la orden, Jordan se bajó del caballo y la tomó en brazos, emprendiendo el camino que recorría la escalera que accedía a la entrada.

—Viendo lo hinchado que está vuestro tobillo tenéis dos opciones: que yo os lleve hasta vuestra recámara o intentar hacerlo vos misma a saltitos como un conejillo del campo. ¿Cuál es menos la humillante para vos? —preguntó con ironía.

Agatha se limitó a apretar su mandíbula; ese guardia insolente estaba consiguiendo acabar con su paciencia.

—Ya me parecía a mí —concluyó Jordan por lo bajo en vista de su silencio y esforzándose para no reír.

Estaba disfrutando sobremanera la situación. ¿Dónde quedaban ahora su orgullo y su soberbia? Sin embargo, sabía que tanto atrevimiento por su parte podría acarrearle serias consecuencias aunque, volver a sentir esas curvas tentadoras cerca de su cuerpo bien lo valía.

—¿Dónde está vuestra habitación? —preguntó en cuanto llegó a la antesala.

Agatha no contestó, ignorándole, intentando mostrarse ofendida.

—Muy bien —dijo Jordan decidido—. Os llevaré a mi habitación ya que es lo único que conozco de este castillo —afirmó dirigiendo sus pasos

hacia el cuartel de guardias.

—Por aquel corredor —le indicó Agatha secamente.

Jordan rio para sus adentros. Era tan fácil provocarla...

No le hizo falta preguntar cuál era su recámara. Las doncellas ya estaban esperándolos dentro de la habitación. La depositó lentamente sobre la cama, apartándose de ella, y pronto sus manos echaron en falta el contacto de su cuerpo, así que las apretó contra sus muslos en un intento de calmar ese anhelo repentino. Sus ojos se encontraron por un momento con los de ella que ardían de rabia e impotencia, y maldijo por un segundo la eficiencia de las muchachas; le habría encantado prolongar su diversión un minuto más. Viéndola así, con ese aspecto enfurecido y vulnerable a la vez, le pareció aún más hermosa que la noche anterior. Aquella sensación de peligro irresistible volvió a su mente siendo sustituido rápidamente por la cautela y la prudencia; ante un riesgo de tal calibre, lo mejor era alejarse.

No había dado aún un paso para marcharse cuando irrumpieron Nicholas y Erick en la habitación, ambos con la preocupación reflejada en su rostro. Tanto Jordan como las doncellas se inclinaron ante ellos.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas a su hermana, tomando su mano.

Ella asintió en silencio.

—¿Qué ha sucedido? —demandó ahora dirigiéndose a Jordan.

—Su Alteza se cayó del caballo —alcanzó a decir él.

Debía pensar rápido. No se le había ocurrido una posible excusa a las circunstancias de la caída de la Princesa. En aquel lapso que había durado el trayecto de vuelta al castillo su mente había estado ocupada en otros menesteres.

—Un conejillo espantado se cruzó en mi camino y Dama se encabritó, lanzándome al suelo —explicó Agatha, lo más convincentemente que pudo.

Jordan la miró disimuladamente, y se encontró con su mirada azul durante un segundo, en la que ahora centelleaba cierto brillo de satisfacción; así que ahora él era el conejillo...

—¿Tú estabas cerca? —preguntó Nicholas a Jordan sin ocultar su desconfianza ante tal argumento; la destreza de Agatha era notable, lo suficiente como para dominar a su yegua en tal situación.

—Sí, Majestad —afirmó Jordan—. Me dirigía...

—¡Jordan!

La voz angustiada de Gabrielle no le permitió proseguir. Gabrielle entró



apresuradamente en la habitación con Claire tras ella, y caminó hacia él, tomando una de sus manos entre las suyas.

—¿Estás bien? —se preocupó ella.

—Tranquila, Princesita, estoy bien —afirmó mientras daba golpecitos cariñosos con su mano libre sobre las de Gabrielle.

Tanto Nicholas como Agatha y Erick se miraron durante un instante, sorprendidos, casi incomodados ante aquella muestra de afecto que estaban presenciando y que ninguno de ellos alcanzaba a entender.

—¿Qué os ha sucedido? —se interesó Claire por Agatha, haciendo que todos desviasen su atención de ellos por un momento.

—Me he caído del caballo —le informó ella.

—¿Os habéis lastimado? —preguntó Gabrielle que había soltado a Jordan y se acercaba a su cama.

—Me duele mucho el tobillo pero creo que es solo una torcedura —señaló Agatha.

—El linimento de laurel podría aliviaros. Podría ir a buscar un pequeño bote que he traído —se ofreció Claire.

—Creo que deberíamos esperar a que llegara mi padre para que te revise y descarte algo más grave antes de aplicarte nada en el tobillo —sugirió él—. Ya deberían haber llegado, pero mejor voy a su encuentro —decidió saliendo de la habitación sin esperar una posible respuesta.

Claire y Gabrielle se miraron confundidas.

—Majestad, ¿acaso vuestro tío entiende sobre las artes curativas? —preguntó Claire al fin.

—Quizás desconozcáis que mi tío es el Rey Trystan —les aclaró Nicholas.

En ese momento, la expresión confusa del rostro de ambas princesas se tornó en una completa admiración. Era sabido por todos que el Rey de Meissen era un amante de las artes curativas. Incluso se rumoreaba que, en su juventud, había estado varios años viviendo en los Montes Gaynor como discípulo del ermitaño Uvsad, el curandero.

Aún no se habían repuesto de la sorpresa que suponía aquella información cuando vieron a Erick de nuevo entrando en la recámara, aunque acompañado esta vez por los que ellas supusieron que eran sus padres.

El Rey Trystan era un hombre muy atractivo, de la misma estatura que su hijo, aunque un poco más robusto, con el pelo rubio y barba bien

recortada. Su madre por su parte era una mujer muy hermosa, la viva imagen de la elegancia y la distinción, con su bello rostro enmarcado por una larga y brillante melena color miel.

—La Princesa Gabrielle y la Princesa Claire —las señaló Erick, deteniéndose ante ellas—. Él es Jordan, el guardia personal de la Princesa Gabrielle —añadió—. Y ellos son mis padres, el Rey Trystan y la Reina Gladys —les indicó.

Ambas los saludaron con una reverencia.

—Siento que nuestro primer encuentro sea en estas circunstancias —se disculpó el Rey con una sonrisa.

—No os preocupéis, Majestad —le pidió Gabrielle—. Nos hacemos cargo de la situación.

—Oh, queridas, sois preciosas —exclamó Gladys con entusiasmo, a lo que ambas respondieron con una sonrisa y un toque de rubor en sus mejillas.

En ese instante, Claire reconoció los hermosos ojos verdes con que las miraba la Reina. Eran idénticos a los de Erick, igual de penetrantes y enigmáticos. Y también comprendió de quién había heredado su encanto y su sonrisa cautivadora: de su padre.

Trystan se giró entonces hacia Nicholas y Agatha.

—Hijos, ¿cómo estáis? —les saludó rápidamente—. Erick nos ha informado por el camino acerca de tu accidente. ¿Dónde te duele? —le preguntó a Agatha sin más demora.

—En el tobillo —le indicó ella.

Su tío empezó a palparle, tal y como había hecho Jordan hacía solo un rato, añorando ahora los escalofríos que habían recorrido su piel con el tacto de sus manos. En esta ocasión, solo el dolor se hizo presente.

—Es solo una torcedura —pronosticó Trystan.

A Agatha le molestó en cierto modo el hecho de que Jordan hubiera tenido razón, aunque no entendía muy bien el porqué de ese malestar.

—El linimento de laurel es lo más indicado para este tipo de lesiones —aseguró el Rey y, de repente, todas las miradas se centraron en Claire, excepto las de los padres de Erick, quienes no entendían tal reacción.

—La Princesa Claire acaba de ofrecerle ese unguento a Agatha —les aclaró Erick, quien no ocultaba su asombro.

Claire notó como enrojecían sus mejillas al sentir que todos los presentes la miraban sorprendidos.

—¿Acaso sabéis algo sobre las artes curativas, jovencita? —le preguntó el Rey.

—No, Majestad —respondió ella tímidamente—. Es solo que tuve un pequeño percance antes de viajar hacia aquí. Bianca me preparó un botecito para que me lo aplicase.

—Bianca es la gobernanta del castillo de Asbath —les explicó Gabrielle—. Tiene muchos años e igual experiencia.

—Pues en esta ocasión, su experiencia nos va a ser de gran ayuda —declaró Trystan—. ¿Puedes ir a buscarlo a la recámara de Su Alteza? —le pidió a una de las doncellas.

—Está en el pequeño cofre de encima de la cómoda —le indicó Claire a la muchacha.

—Y trae también unas vendas —añadió Trystan antes de que la doncella se retirara—. Mucho me temo que hoy vas a necesitar reposo —le informó a su sobrina—. No debes apoyar el pie en absoluto. Con el linimento y un vendaje espero que estés mejor mañana.

—Pero tío —se quejó Agatha—, ¡tengo muchas cosas que hacer! No puedo estar en cama con todos los preparativos de la boda pendientes. Sin ir más lejos, esta tarde vienen las costureras a empezar el vestido de la Princesa Gabrielle —exclamó agitada.

Gabrielle volvió a sentir ese palpito en su pecho aunque no sabía bien si era porque el comentario de Agatha le había vuelto a traer al pensamiento su inminente boda o por el par de ojos azules que la observaban en ese momento. Nicholas la miraba intensamente, como si intentara leer su pensamiento, su alma. Gabrielle no pudo sostener su mirada por más tiempo mientras sentía que sus piernas flaqueaban. Por suerte para Gabrielle, la voz de Gladys hizo que Nicholas desviara su atención hacia ella.

—Hija, no te preocupes que para eso estoy yo aquí, yo puedo encargarme de todo —la tranquilizó su tía.

De repente, una idea acudió a la mente de Gabrielle.

—Y tal vez las costureras podrían hacerme las pruebas del vestido aquí en vuestra recámara —le sugirió Gabrielle.

—Y yo podría hacerlos compañía, incluso leerlos algo, si es de vuestro agrado —se ofreció Claire.

El rostro de Agatha que se había ensombrecido por un momento al imaginarse en esa cama, postrada durante todo el día, se iluminó ante tales

ofrecimientos.

—¿De verdad no os importaría acompañarme? —preguntó mucho más animada.

En ese momento, la doncella regresó, entregándole la botellita y las vendas a Trystan que, con ayuda de su esposa, se dispuso a atender el tobillo de su sobrina.

—Claro que no —le aseguró Gabrielle—. Solo espero —dijo ahora dirigiéndose a su prometido—, que no os moleste si aplazamos nuestro paseo hasta mañana —le pidió tímidamente y con temor a incomodarlo.

Sin embargo, Nicholas sonrió sintiendo cómo el alivio llenaba su pecho. Por un instante, había creído que Gabrielle buscaba una excusa para anular su paseo con él pero, no solamente le estaba dando a entender lo contrario al querer únicamente posponerlo, si no que se mostraba preocupada porque él pudiera sentirse molesto.

—Por supuesto que no me importa —afirmó Nicholas—. Al contrario, os agradezco a ambas la consideración que estáis teniendo para con mi hermana —concluyó él.

—Imagino que vuestra sorpresa también deberá esperar hasta mañana —supuso Erick dirigiéndose a Claire.

—¿No os importa? —le preguntó ella esperando que él tampoco se ofendiese.

—No os preocupéis —negó él.

—Quisiera pedirlos algo más —añadió Claire dubitativa.

—Lo que deseéis —accedió él sonriendo.

—Se trata del libro del que me hablasteis anoche —continuó Claire, tratando de dominar su voz ante aquella sonrisa arrebatadora—. Me preguntaba si este sería un buen momento para que me lo prestaseis. Será una lectura mucho más amena que Zhrustha —supuso.

—Por supuesto —respondió Erick, inclinando su cabeza servil.

En ese momento, Nicholas tiró disimuladamente de su capa. Así que le había sometido a todo un interrogatorio hacía menos de una hora cuando, por su parte, él se había reservado el contarle sobre su conversación con Claire de la noche anterior, y que parecía que había dado frutos. Viendo que Erick tenía toda la intención de evitar su curiosidad le dio un pequeño pisotón, lo que hizo que finalmente su primo acabara mirándolo.

—Luego te explico —le susurró Erick entre labios de modo que

resultase imperceptible para todos menos para él—. Todo resuelto, entonces —exclamó de pronto, librándose así del acoso al que tenía pensado someterlo su primo.

—Eso parece —le dijo Nicholas mirándolo divertido. Si creía que iba a escapar, es que no lo conocía lo suficiente.

—Majestad —Jordan llamó su atención.

Nicholas se giró para mirarlo. Le hubiera encantado decir que casi se había olvidado de su presencia pero aún estaban presentes en su oído y en su retina la forma en que él y Gabrielle se habían tratado hacía unos instantes.

—Quisiera presentarme ante vos para plantearos cierto asunto —le solicitó Jordan mientras se inclinaba como muestra de respeto.

—De acuerdo, pero supongo que querrás hacerlo de un modo algo más presentable —le espetó Nicholas recorriéndolo con la mirada de pies a cabeza mientras sentía cómo se le tensaba la nuca. Podía palpar, saborear su irritación, pero el canalizarlo hacia las ropas húmedas y desaliñadas del guardia estaba siendo infantil y de poca utilidad.

A Jordan, por su parte, no le pasó inadvertida la dureza de las facciones del Rey, así que se limitó a afirmar con un movimiento de cabeza.

—Estaré en mi escritorio, en el torreón sur —le informó Nicholas.

Jordan se inclinó a modo de despedida, no sin antes girarse para mirar a Gabrielle, en cuyo rostro se reflejaba la incomodidad ante la situación que estaba presenciando.

—Después conversaré contigo, Jordan —le dijo mientras él le dedicaba media sonrisa, antes de que se encaminase a la salida.

Gabrielle no terminaba de entender el tono de hostilidad en la voz de su prometido, quien hasta ese momento se había mostrado muy amable y cortés. Quería saber en qué términos se había llevado a cabo la conversación entre ellos pero, sobre todo, quería asegurarse de que Jordan fuera considerado tal y como ella esperaba, y si era necesario, trataría ese asunto personalmente con su futuro esposo.

—Esto ya está —informó Trystan revisando el vendaje—. Y ya sabes, reposo absoluto —le ordenó a su sobrina que lo miraba con una mueca de disconformidad.

—Quizás deberíamos pedir que nos trajeran el desayuno aquí —le sugirió Claire a su prima. Si se proponían acompañar a la Princesa en su reclusión podrían empezar ya.

Gabrielle estuvo de acuerdo con ella y decidió dejar de lado, por el momento, su preocupación por Jordan; ya se encargaría de eso después.

—Me parece una gran idea —respondió alegremente.

Agatha les agradeció el gesto con una gran sonrisa.

—En vista de que te dejamos en la mejor de las compañías, nosotros vamos a nuestra recámara a asearnos después del viaje y a comer algo. Luego vendré a ver cómo sigues —le informó su tío.

—Y no te angusties, yo me encargaré de todo —añadió su tía a lo que Agatha asintió—. Confío en que luego tendremos ocasión de conversar, jovencitas —concluyó Gladys mientras Trystan sonreía ampliamente, uniéndose a su petición.

—Claro que sí, Majestad —afirmó Gabrielle en nombre de las dos.

Tras eso, Trystan tomó la mano de su esposa y abandonaron la habitación.

—Nosotros también nos retiramos. Espero que paséis un día entretenido —anunció Nicholas dirigiéndose a las tres jóvenes—. ¿Me acompañas, Erick? —le preguntó.

—Sí —le respondió—. Enseguida os haré llegar el libro, Alteza —le dijo a Claire mientras se inclinaba, despidiéndose.

Nicholas hizo lo mismo y salió tras él.

—No tan rápido —le advirtió ya en el pasillo, acelerando el paso para alcanzarlo—. ¿Qué ha sido eso de Zhrustha y de una sorpresa? —quiso saber Nicholas, yendo directo al tema.

—Su Alteza llevaba anoche consigo “Los Diálogos”.

Nicholas se mostró sorprendido ante tal afirmación.

—Imagino que esa fue la misma expresión de mi cara cuando me confirmó que el libro era suyo —admitió Erick.

Nicholas continuó en silencio, esperando que continuara.

—Me ofrecí a prestarle “Los cuatro Reinos”, eso es todo —le aclaró.

—¿Y la sorpresa? —preguntó maliciosamente.

—Quería mostrarle la biblioteca —le explicó.

Nicholas paró repentinamente.

—¿La biblioteca? —preguntó lleno de asombro—. Debido a mi falta de experiencia en lo que al cortejo se refiere, quizás, mi concepto del romanticismo pueda estar distorsionado pero... ¿la biblioteca? —se extrañó.

—Es que mis intenciones son del todo inocentes —le informó,

instándolo con un movimiento de manos a continuar con su marcha.

—Me duele que tengas en tan baja estima mi inteligencia, querido primo —bromeó con sarcasmo, mientras Erick resoplaba sabiendo que estaba lejos de zanzar el tema—. La Princesa Claire es hermosa, a la vista está, e inteligente, tiene que serlo ante tales gustos literarios. No dudo que sea poseedora de muchas más cualidades pero, conociéndote, esa simple combinación es más que suficiente para despertar tu interés —le aseguró con cierta mofa en su voz—. Por eso nunca te has decidido seriamente por ninguna de las jóvenes que conoces —continuó Nicholas en vista de su silencio—, como la Princesa Adrienne —apuntilló con sonrisa pícaro.

—La Princesa Adrienne es una frívola, Nicholas. Yo busco algo...

—Menos superficial, que no sea una muñeca de porcelana, bonita y frágil por fuera, pero hueca por dentro —le interrumpió, transmitiendo el mismo pensamiento que abordaba la mente de Erick—. Estoy convencido, al igual que tú, de que la Princesa Claire es mucho más que eso —le aseguró Nicholas—. Y creo que, al menos, vale la pena el esfuerzo por querer averiguarlo —le animó.

—Es posible —declaró Erick, deteniéndose ante la puerta del escritorio—. Imagino que querrás hablar con él a solas —supuso, cambiando bruscamente de tema, dando por terminado el asunto, al menos de momento.

Al instante, el rictus de Nicholas se endureció, mientras asentía.

—Te veré luego, entonces —se despidió Erick—. Seguro que hay una buena explicación —le alentó con una pequeña palmada sobre su hombro justo antes de marcharse.

Nicholas entró en la dependencia, cerrando la puerta tras de sí. En el corto recorrido hasta la escribanía, repetía en su mente una y otra vez lo que le acababa de decir su primo: seguro que había una buena explicación. Lejos de sentir alivio, una punzada de dolor enfrió su pecho, dando paso a un resquemor y una angustia desconocidos para él. Respiró hondo, haciendo acopio de toda su entereza para serenarse. Nunca fue dado a dejarse dominar por impulsos y no debía, no iba a ser esta la primera vez. Volvió a inhalar lentamente y por fin, poco a poco, el alivio llenó su interior. Solo un momento después, unos nudillos llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo desde su mesa.

Jordan, vestido ahora con su pulcro uniforme, se presentó ante él, haciendo una reverencia.

—¿Qué quieres discutir conmigo? —le preguntó Nicholas sin perder más tiempo.

—Majestad, antes que nada, quisiera pedir os disculpas de antemano si en algún momento consideráis mi discurso demasiado directo —le pidió Jordan.

Nicholas se sorprendió ante tal petición pero valoró su sinceridad.

—Al contrario, te agradecería que así fuera —le aseguró Nicholas.

—Entonces, Majestad, permitidme que os hablé sobre Su Alteza, la Princesa Gabrielle —solicitó Jordan.

A pesar de haber sido prevenido por el guardia, Nicholas no pudo evitar que, de nuevo, esa punzada de dolor invadiera su pecho al escuchar el nombre de su prometida en labios de aquel hombre.

—¿Hay algo que debería saber? —le interrogó.

—Majestad, entiendo que aún no habéis tratado a Su Alteza lo suficiente como para saberlo pero, en cuanto la conozcáis os daréis cuenta inmediatamente de que es la persona con el alma más pura, limpia y cándida que hay sobre la faz de la tierra —declaró.

Nicholas se asombró ante tan apasionada manifestación. Sin embargo, aún sin saber a dónde quería llegar con tal afirmación, le dejó continuar.

—Majestad, me siento en la obligación de disipar cualquier duda que haya podido acudir a vuestra mente por lo sucedido hace un momento —dijo en tono firme.

Nicholas siguió mudo y más impactado si era posible. Jordan no bromeaba cuando dijo que iba a ser directo.

—Dicha situación solo es comparable al comportamiento de una joven hacia su hermano mayor —le aseguró Jordan.

—¿Podrías explicarte un poco mejor? —habló al fin Nicholas, que no lograba entender de que hablaba.

—Dejadme que os ponga en antecedentes sobre mi relación con Su Alteza —le pidió.

—Por favor —asintió Nicholas.

—Como sabéis, el Rey Balkar siempre se ha mostrado hostil, con claras intenciones de invadir el Reino de Asbath, y que siempre se ha mantenido firme gracias a su valeroso ejército —le informó.

—Sí, estoy al tanto de las hazañas y triunfos de sus valientes guerreros —afirmó Nicholas.



—De lo que quizás no estáis al tanto es de que ese no ha sido el único flanco de ataque del Rey Balkar —le dijo Jordan.

—¿A qué te refieres? —quiso saber.

—Hace un par de años, cuando yo todavía formaba parte de ese ejército y tras ciertos ataques sorpresa e infructuosos, por supuesto, decidimos infiltrar a uno de nosotros entre sus filas. Fue todo un acierto pues nos fue revelado el malvado plan que estaban urdiendo para asestar un golpe casi mortal al Reino. No es necesario entrar en detalles, solo os diré que planeaban secuestrar a Su Alteza, no solo eso, estaban dispuestos a asesinarla si así conseguían doblegar al difunto Rey.

A Nicholas se le heló la sangre. En todos sus años al frente de sus tropas, siempre había trazado sus planes y estrategias bajo el noble arte de la guerra pero con aquello, la máxima de “someter al enemigo sin luchar es una muestra de sabiduría” se había convertido en un vil, cruento y desalmado ultraje.

—Informamos rápidamente a Su Majestad —prosiguió Jordan—, y a mí mismo se me asignó la tarea de poner a Su Alteza a buen recaudo. Por supuesto, ella nunca supo qué sucedió en realidad. Disfrazamos aquella evasión tras una simple vacación, una visita a su prima, la Princesa Claire, eso sí, intentando que fuera lo más encubierto posible para poder interceptar a sus raptos.

—¿Y eres su guardia personal desde entonces? —le preguntó Nicholas.

—Sí, Majestad —afirmó Jordan—. Se me ordenó explícitamente vigilar a Su Alteza en todo momento. Como era de esperar, ella no comprendía a qué se debía tal salvaguardia, pero su difunto padre le aseguró que eso otorgaría algo de tranquilidad a su mente exhausta por los menesteres de gobernar. Para Su Alteza, ese fue un motivo más que suficiente. Su corazón no entiende de maldad, malicia o malas intenciones y nunca sospechó la verdadera naturaleza de mi presencia cerca de ella.

—Entiendo cuál ha sido tu cometido hasta ahora, pero eso no explica tu relación con la Princesa —le instigó Nicholas.

—Sé que no es una justificación para mi conducta pero, es prácticamente imposible no rendirse ante el espíritu dulce y candoroso de Su Alteza. Todos en el castillo la adoran —admitió con una sonrisa que denotaba devoción y Nicholas se maravilló al ver cómo aquel hombre de aspecto fuerte y recio, todo un guerrero, se refería a la Princesa con tanta ternura—. Siempre

se ha mostrado amable, cercana con su servidumbre —continuó—. Nunca se ha dirigido a nosotros con prepotencia o soberbia, creo que jamás sería capaz de hacerlo porque no está en su esencia.

Nicholas sintió por un segundo envidia, rabia tal vez. Se preguntaba cuánto tiempo tendría que pasar para que él pudiera conocer el alma de su prometida tal y como la conocía él.

—Pronto se acostumbró a mi compañía y cada vez mostraba más signos de confianza y cordialidad hacia mí. Por supuesto, yo siempre me mantuve en mi posición, jamás me extralimité y nunca le falté el respeto, aunque ella seguía mostrándose cada vez más afectuosa. Llegó un momento en que era como si estuviera, y perdonad el símil, echando de mi regazo a un gatito que ronroneaba reclamando atención, y muchas veces la tristeza asomaba a sus ojos cuando yo me mantenía firme y frío ante sus bromas y sus risas. Hasta que un día, casi al borde de las lágrimas me hizo conocedor de su desilusión ante mi indiferencia, pues, según ella, veía en mí al hermano mayor que siempre quiso tener.

Nicholas estudió con atención el rostro de Jordan, ensombrecido ante aquel recuerdo, y pudo adivinar de qué forma le afectó aquella declaración.

—Os juro por mi honor que jamás pensé en ella de otra forma. Su Alteza solo me inspiraba un gran cariño y afecto fraternal —le aseguró con fervor, intentando ser convincente con palabras.

Y no solo le convenció, Nicholas sintió cómo ese nudo en su pecho se desvanecía y el aire volvía a llenar sus pulmones.

—Decidí comportarme de un modo más afable con ella, sin romper nunca los límites del respeto, y ella parecía cada vez más feliz —recordó con una sonrisa de satisfacción—. Además, debo reconocer que lo inusual de nuestra relación me ayudó en mi cometido —añadió Jordan.

—¿En qué sentido? —preguntó Nicholas confuso.

—En estos dos años he alcanzado a comprender el carácter ingenuo y espontáneo de Su Alteza y, aunque no puedo adivinar sus reacciones, puedo intuir las —le aclaró—. Además, el hecho de que confíe en mí hace que no cuestione mis recomendaciones o indicaciones. Es consciente de que cada una de ellas es por su bien y las sigue al pie de la letra, sin dudar —concluyó.

Nicholas asintió, comprendiendo ahora a que se refería.

—Por eso, Majestad, tengo dos peticiones que hacer y que espero me

concedáis —anunció Jordan.

—¿Y cuáles serían? —lo instó Nicholas.

—Ante todo, os ruego que no dudéis jamás de su inocencia, Majestad. Su Alteza es una joven dulce, bondadosa que no merece ningún tipo de desconfianza o recelo por vuestra parte—. Jordan se tensó por la incertidumbre. No le importaba si reprobaba su actitud o no, pero no podía permitir que la Princesa resultase perjudicada por su causa.

Nicholas se sorprendió de nuevo ante tal muestra de lealtad para con su prometida y la vehemencia con la que defendía la honorabilidad de la joven.

—Te prometo que no la juzgaré —le aseguró, haciendo que Jordan liberara parte de su tensión—. ¿Y cuál sería tu segunda petición? —quiso saber.

—Que me permitáis seguir siendo su guardia personal como lo he sido hasta ahora —solicitó Jordan de modo firme—. Estoy seguro de que vuestra guardia desempeña sus funciones de forma infalible, pero creo que, tomando como ventajas lo que os acabo de explicar, mi desempeño sería mucho más efectivo —le aclaró.

—¿Acaso crees que Su Alteza va a necesitar protección tras estas murallas? —preguntó Nicholas con cierta preocupación.

—Majestad, entiendo que sois consciente de que vuestra alianza matrimonial acarrea el lastre de ganar un enemigo —puntualizó Jordan.

Nicholas asintió.

—¿Piensas que Balkar podría tratar de atentar contra ella de nuevo? —supuso.

—No puedo asegurarlo, Majestad pero, como buen estratega que sois, sabéis que el mejor ataque es una buena defensa —le recordó.

—Tienes razón —admitió Nicholas, agradeciendo su cautela. Un escalofrío recorrió su espalda con la sola posibilidad del peligro cerca de Gabrielle—. Está bien —aceptó finalmente—. No puedo negar que me he sentido molesto hace unos momentos por el comportamiento de ambos y dadas las circunstancias, pero después de escucharte puedo tratar de entenderlo —reconoció Nicholas.

—Si creéis necesario que abandone vuestro Reino y vuelva a Asbath para que os convenzáis de su honestidad, me marcharé inmediatamente —insinuó Jordan

—Y eso te honra, pero no será necesario —le aseguró Nicholas—.

Puedes seguir a cargo de su protección y siéntete libre de darle nuevas pautas y directrices a mi guardia si con ello podemos prevenir cualquier tentativa por parte del Rey Balkar.

—Os lo agradezco enormemente, Majestad —declaró Jordan.

—No me cabe duda de que cumplirás con tu cometido de forma eficiente —le confirmó—. Además, imagino que mi decisión complacerá a Su Alteza —admitió.

Esa afirmación tranquilizó a Jordan, ya no solo por el hecho de que el Rey se preocupara por la seguridad de su prometida si no porque también se preocupaba por su bienestar, casi se atrevía a decir que por su felicidad. “Sí”, pensó, “Gabrielle podría ser feliz aquí”.

—Estoy convencido de que se alegrará al saberlo —le confirmó.

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Nicholas, la primera desde que se había presentado ante él.

—Majestad, estoy a vuestras órdenes —se cuadró Jordan.

—Puedes retirarte —le indicó Nicholas.

Acto seguido Jordan se inclinó y se dispuso a abandonar la dependencia.

Nicholas se quedó allí sentado, tratando de asimilar su conversación con el guardia de Gabrielle. Ahora sabía que su malestar había sido innecesario, incluso cierta culpabilidad se hizo presente. Recordó la descripción que Jordan había hecho de su prometida; sin que hubiera sido consciente al hacerlo, le había dado otro motivo para agradecer su decisión de querer convertirla en su esposa.

## Capítulo 5

*“Puestos en orden de batalla con sus respectivos caudillos, los paladines avanzaban gritando, rugiendo cual animal predador...”*

El sonido de nudillos sobre la puerta interrumpió el relato de Claire.

—¿Quién osa interponerse entre eskhios y targhos cuando la batalla ya está dispuesta? —exclamó Agatha con exasperación. Claire y Gabrielle, que se hallaban sentadas a los pies de su cama, rompieron a reír.

—Creo que os estáis adentrando demasiado en la historia, Alteza —aseguró Claire entre risas.

—O me estáis contagiando con la pasión con que la narráis —se defendió Agatha riendo también. —¡Adelante! —dijo al fin, pero su sonrisa

se tornó en una desagradable mueca en cuanto vio quién aguardaba tras la puerta.

Jordan entró en la habitación con paso seguro y se detuvo frente a las princesas.

—Buenas tardes —saludó haciendo una venia—. Espero que vuestro tobillo esté mejor, Alteza —se dirigió a Agatha.

Ella respondió con un simple movimiento de cabeza, sin apenas mirarlo. Jordan rio para sí. La Princesa no ocultaba su disgusto ante su presencia y a él, inexplicablemente, lo llenaba de satisfacción. El hecho de que ella respondiera ante la más mínima provocación le resultaba casi un desafío, desafío que estaba a un paso de aceptar, a pesar de sus posibles consecuencias.

—Princesita, ¿podemos hablar un momento? —le preguntó ahora a Gabrielle con una sonrisa.

—Claro, Jordan —contestó, levantándose de la cama—. Claire, ni se te ocurra continuar con la lectura —le advirtió a su prima y Claire asintió con una sonrisa—. Vamos —le dijo a Jordan tironeando de su brazo, apenas permitiéndole despedirse de las jóvenes.

Agatha sintió una extraña punzada en su pecho mientras la palabra “Princesita” retumbaba en sus oídos. ¿A qué se debía tanta familiaridad por parte de aquel guardia insolente? Apenas sí había compartido unas horas con la que iba a ser su cuñada, pero no hacía falta más para darse cuenta de que Gabrielle era la inocencia personificada, así que le resultaba difícil culparla. Mas no podría afirmar lo mismo de él pues parecía un hombre experimentado y consciente de sus actos. ¿Se estaría aprovechando de la candidez de la joven para cumplir con ciertos planes oscuros y deshonorosos? ¿Por qué de repente el dolor de su pecho se hizo más agudo? “No puedo permitir que se burlen de mi hermano”, pensó, excusándose a sí misma. Se preguntó si Claire tendría algún conocimiento de sus intenciones, aunque, a decir verdad, ella parecía conforme con el comportamiento de ambos. Sin embargo, no perdía nada por intentarlo.

—¿Puedo preguntaros algo, Alteza?

—Por favor, llamadme Claire —le pidió—. Después de todo, pasaremos a ser familia en muy pocos días.

—Entonces llamadme Agatha —dijo sonriendo.

Claire asintió devolviéndole la sonrisa.

—¿Qué queríais saber?

—Vuestra prima y ese guardia —empezó Agatha, no muy segura de cómo debía enfocar la cuestión.

—Ah, ya entiendo a qué os referís —la interrumpió Claire, ahorrándole el esfuerzo—. A mí me parecen adorables —añadió con una sonrisa.

“¿Adorables?”, pensó Agatha mientras aquella punzada decidía instalarse en su pecho por tiempo indefinido. ¿Entonces eran ciertas sus sospechas? Permaneció en silencio deseando que Claire continuase.

—Sé que su comportamiento puede estar sometido a duras críticas pero, en realidad, nadie tiene derecho a juzgarlos —dijo Claire mientras jugueteaba con el borde de su vestido—. Gabrielle le adora y, para Jordan, ella es su debilidad.

Agatha no podía creer lo que estaba oyendo, el simple hecho de pensar en lo que Claire estaba insinuando la escandalizaba. No era posible, no era posible que lo dieran a entender de forma tan descarada y menos que su prima hablara de ello de forma tan despreocupada.

—Acaso ellos son... están... —titubeó haciendo una mueca.

—Oh, no. Creo que me malinterpretado —se apresuró a aclarar Claire al ver cómo palidecía el rostro de la joven—. Les une el más puro cariño fraternal —le informó.

—¿Fraternal? —Agatha no terminaba de comprender.

—Ella lo ve como un hermano mayor y de ese modo lo ha tratado siempre. Él en un principio intentó mostrarse indiferente ante su afecto pero, cuando la conozcáis mejor, sabréis por qué le fue imposible mantenerse al margen. Mi prima es afectuosa en la misma medida que persuasiva y, al final, uno tiende a rendirse a su encantadora alegría e inocencia.

—Pero ella es una princesa y él un simple guardia —le recordó Agatha.

—Lo sé, Agatha, y os aseguro que ella también lo sabe. Ojalá algún día entendáis que Gabrielle no ve el estatus o la posición social en las personas, ve su corazón.

—Pero... —quiso objetar.

—Soy consciente de que para la mayoría es irrespetuoso —le cortó—. Mi difunto tío trató por todos los medios de corregir su comportamiento, o tratar de moderarlo al menos, pues siempre trató con cordialidad a sus súbditos. Como podéis comprobar, nunca lo consiguió, de hecho desistió, ¿y sabéis por qué? Porque jamás osaron a faltarle el respeto, al contrario, todos

le guardan la más absoluta lealtad y devoción.

Agatha la miró sorprendida. Ella siempre había tenido la convicción de que había que tratar a los sirvientes con firmeza, nunca con dureza, eso sí, jamás abusando de su autoridad, pero dejando clara la diferencia entre ambos roles.

—Ya sé lo que estáis pensando —le dijo Claire—. Sé que su proceder está fuera de lo establecido, pero yo he optado por pensar que Gabrielle ve el mundo desde otra perspectiva. No ve la maldad en la gente e, incluso, es demasiado confiada. Por suerte, ha tenido a Jordan a su lado para protegerla y para tratar de hacerle ver cómo son las cosas en realidad.

Agatha se removió en la cama, incómoda. Ahora resultaba que ese guardia arrogante era todo un ejemplo de virtud.

—Aunque no lo aceptéis, os ruego que al menos tratéis de entenderlo —le pidió Claire.

—No os preocupéis, Claire. No puedo negar que me ha desconcertado ese grado de confianza en su trato pero no soy quién para juzgar su comportamiento —la calmó.

—Os lo agradezco —sonrió Claire.

—Por su bien espero que mi hermano sea igual de comprensivo —le advirtió Agatha.

—Viendo la expresión en el rostro Jordan, podría asegurar que así ha sido —le confirmó Claire.

§ ~ \* ~ §

—Vuestro prometido ha sido muy comprensivo —le informó Jordan.

—¿Y por qué no habría de entenderlo? —se quejó ella.

—Lo hemos discutido muchas veces, Princesita. Lo que para vos es lo correcto no tiene por qué serlo para los demás, y este es el caso —la corrigió.

—Pero acabas de decir que vuestra conversación se ha desarrollado en buenos términos —dudó Gabrielle.

—Sí, porque he optado por mitigar cualquier tipo de duda que hubiera podido asomar a su mente y creedme cuando os digo que ha sido la mejor decisión.

—¿Acaso ha dudado de...?



—No lo creo —la interrumpió Jordan—. Pero hubiera estado en todo su derecho si no me hubiera permitido acercarme a vos bajo ningún concepto.

—¿Y por qué tendría que hacer eso? —le increpó Gabrielle, casi ofendida.

—Princesita, vuestro prometido es abierto de mente y no me ha costado ningún esfuerzo hacerle ver que sois como una hermana para mí, pero sabéis que es una situación que se puede malinterpretar muy fácilmente y que se presta a comentarios.

—Deberías saber que no me afecta lo que piense la gente de mí —exclamó, hastiada de que siempre utilizara el mismo tipo de excusas.

—¿Y no pensáis que a lo mejor a él si le afecta lo que piensen de vos? —quiso saber Jordan.

Esa cuestión la golpeó en el pecho y todo su enfado se esfumó. Se mordió el labio al darse cuenta de su error.

—¿Lo veis ahora? —le insistió Jordan—. Deberíais corresponderle tratando al menos de comportaros correctamente en presencia de los demás. Aunque Su Majestad sea el hombre más comprensivo del mundo y vos seáis el ser más inocente sobre la faz de la Tierra, para el resto de los mortales no tenéis por qué ser más que una esposa irrespetuosa y él, un hombre indigno de su corona al no ser capaz de ni tan siquiera controlar a su esposa. ¿Cómo puede un hombre que no es capaz de gobernar su casa, gobernar a su pueblo? —la inquirió Jordan.

Pronto se dio cuenta de que había sido demasiado duro en su alegato pues las lágrimas empezaron a asomar en los ojos de la joven. Jordan la atrajo contra su pecho y la abrazó con ternura.

—Disculpadme, Princesita, si he sido muy brusco —la consoló.

—No te disculpes, Jordan —le dijo enjugándose una pequeña lágrima mientras se apartaba de él—. Tienes toda la razón —admitió.

—Vuestro prometido se preocupa por vuestro bienestar, de eso no me cabe duda. Ya solo por eso merece vuestra consideración —le dijo—. Pero, además, por encima de todo, él esperaba complaceros con su decisión —le insinuó.

Gabrielle se sintió sonrojar. Apartó su mirada hacia el cuidado seto del jardín. De repente, las margaritas le resultaban de lo más interesantes. Jordan soltó una carcajada.

—Y por lo que veo el interés es mutuo —bromeó.

—¡Jordan! —le increpó Gabrielle.

—Está bien —se defendió él—. Tan solo os digo que deberíais agradecersele.

—Sí, es lo menos que puedo hacer —admitió ella.

§ ~ \* ~ §

El cantar de un gorrión sobre el alféizar de su ventana la despertó. Apenas estaba amaneciendo así que Gabrielle decidió seguir durmiendo. Sin embargo, se sentía del todo despejada, por lo que sería muy difícil volver a conciliar el sueño. Se preguntó si Claire seguiría dormida. Tenía mucha curiosidad por saber qué opinaba sobre el Príncipe Erick pero siempre desviaba el tema hacia ella. Se dijo que era una buena ocasión para insistir; si su prima estaba medio dormida, le resultaría más fácil sonsacarle la información. Sintiendo la emoción propia de un niño previa a una travesura, se vistió lo más rápido que pudo y se dirigió corriendo hacia la recámara de Claire. Por el corredor se cruzó con un par de doncellas que se apartaron de su camino azoradas.

“Quizás Jordan tenga razón y deba considerar mi comportamiento”, pensó Gabrielle.

Cuando llegó a su habitación, abrió la puerta despacio, pero le decepcionó ver que Claire estaba de pie frente a la ventana, aunque debió estar sumida en sus pensamientos porque no la escuchó acercársele.

—Claire...

—¡Por todos los Dioses, Gabrielle! —se sobresaltó Claire, llevándose las manos al pecho—. Casi me matas del susto —la regañó.

Gabrielle iba a preguntarle en qué estaba pensando como para estar tan ausente que no se había dado cuenta de su presencia, pero Claire se le adelantó.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No puedes dormir pensando en tu paseo con Nicholas? —bromeó queriendo provocarla.

—¿Y qué me dices de tu cita con Erick? —preguntó con voz pícaro.

—No es una cita —se defendió Claire.

—Por favor, Claire, se nota a una legua que te agrada —sonrió Gabrielle.

—¿Desde cuándo eres una experta en amoríos? —le preguntó Claire.

—No lo soy —rio Gabrielle—, pero nunca te has comportado así con el Príncipe Zayev.

—¿Y cómo, según tú, me estoy comportando? —quiso saber.

—Déjame que lo piense —respondió simulando estar concentrada mientras se acercaba a la cómoda y tomaba el cepillo para alisar su cabello—. Ya sé —exclamó como si hubiera recibido la inspiración de los propios Hados—. Ayer no apartabas los ojos de él ni un segundo, te sonrojabas de pies a cabeza cada vez que te sonreía y tu decepción fue más que evidente cuando una doncella, en vez de él, trajo el libro que se había ofrecido a prestarte —concluyó Gabrielle con sonrisa maliciosa.

Claire se giró hacia la ventana y se tapó la cara con las manos.

—Y de nuevo te sonrojas —se rio Gabrielle, yendo hacia ella y apartando sus manos.

—¡Gabrielle! —se quejó.

—¿Qué tiene de malo, Claire? —le preguntó ahora más seria.

—¿Que qué tiene de malo? ¿Acaso no has visto lo apuesto que es? —le cuestionó.

Gabrielle se colocó tras ella y comenzó a cepillarle el cabello.

—¿Eso lo hace inalcanzable? —dudó.

Claire se giró para mirarla por encima del hombro de forma inquisidora, reforzando su opinión.

—Eres muy bonita —discrepó Gabrielle.

—No poseo esa belleza que atrae a los hombres —replicó ella—, cosa que nunca me ha importado.

—¿Y ahora sí? —la tanteó con cierta picardía.

—Me refiero a que no creo poseer ninguna virtud que le haga fijarse en mí —respondió encogiéndose de hombros, resignada.

—Al menos tenéis cosas en común —le animó Gabrielle.

—Oh, sí, que le guste la lectura es una cualidad que solo se puede hallar en la mitad de los que habitan de aquí a los Confines del Mundo —respondió con ironía.

—Y él tampoco dejaba de mirarte —le aseguró.

—Pura curiosidad masculina y debida justamente a eso que, según tú, tenemos en común —dijo con tono firme.

—Quizás eso sea un comienzo —le alentó—. Disfruta de tu paseo y

permítele conocerte. Uno nunca sabe lo que puede depararle el futuro.

—Tus consejos como casamentera también te podrían ser útiles, ¿no crees? —bromeó Claire.

—Se hace tarde. Vamos a terminar de prepararnos para bajar a desayunar —respondió desviando el tema.

—Eres una tramposa —se rio Claire, alejándose de ella. Luego se acercó hasta su baúl para tomar uno de sus vestidos y Gabrielle aprovechó para sentarse frente al espejo de la cómoda y trenzarse el cabello. —Déjate el pelo suelto como ayer, Gabrielle, lucías muy bien —le dijo mientras se colocaba los botines.

—¿No me da un aspecto descuidado? —dudó mirándose en el espejo.

—Así que eso es lo que opinas de mi peinado, ¿no? —le inquirió Claire puesto que siempre llevaba el cabello suelto.

Gabrielle se mordió el labio, como siempre hacía cuando reparaba en algún error por su parte. Claire rompió a reír.

—¿Buscas mi aprobación o la de tu prometido? —insinuó, divertida, y restándole importancia a su comentario previo.

—¿Por qué mejor no bajamos a desayunar? —dijo Gabrielle evadiendo la pregunta.

—Sí, será lo mejor —respondió Claire sin parar de reír.

Cuando las jóvenes llegaron al comedor, Erick y sus padres ya aguardaban en la mesa, mientras Nicholas ayudaba a su hermana a sentarse.

—Buenos días, queridas —las saludó Gladys en cuanto las vio llegar.

—Buenos días —respondieron ambas mientras se inclinaban levemente. Tanto Erick como Nicholas acudieron a su encuentro para acompañarlas a la mesa.

—¿Cómo amaneció vuestro tobillo, Agatha? —se interesó Gabrielle.

—Mucho mejor, el ungüento de Claire es un obsequio de los Dioses —respondió.

Nicholas miró con cara de incredulidad a su primo quien, con la misma expresión perpleja, asentía con la cabeza. Erick adoraba a su prima, pero tenía que reconocer que su carácter era bastante difícil, por decirlo de alguna forma, y que tras solo un día de conocer a las Princesas ya se tratasen con esa familiaridad, era poco menos que sorprendente.

—Por lo que veo pasasteis un día agradable ayer —les dijo.

—Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de tan grata compañía

—afirmó Agatha—. Claire nos deleitó con su lectura; ponía tanta pasión en ella que por momentos sentí deseos de salir de mi cama y correr a por una espada para enfrentar a aquellos targhos.

Todos en la mesa rieron ante el comentario, excepto Claire que se limitó a sonrojarse.

—Es que el libro de vuestro primo es muy interesante —se defendió Claire.

—Pero sin duda, el mejor momento fue con la prueba del vestido de Gabrielle —Agatha sonrió mientras evocaba en su mente ese momento—. Oh, Nicholas, es una lástima que la tradición no te permita ver el vestido de novia antes de la ceremonia. Aún le faltan algunos retoques pero el resultado es perfecto y Gabrielle luce de maravilla con él —le explicó a su hermano—. Con ese vestido parece una deidad, una...

—Oona —murmuró Nicholas dirigiendo su mirada hacia su prometida.

—Eso mismo —confirmó Agatha mientras Gabrielle bajaba su rostro sonrojado al sentir la intensa mirada de su prometido sobre ella.

—¿Oona? —preguntó confusa Claire.

—Es el nombre de la Deidad que se dice habita en los lagos de estas tierras —le aclaró Trystan.

—Entiendo —respondió ella, dirigiéndole una sonrisa llena de significado a su prima.

—Pero se acabaron el encierro y el reposo, ¿verdad, tío? —continuó Agatha—. Quedan solo tres días para la boda, y si es preciso, me sentaré en el trono de mi hermano para dirigir desde ahí a toda la servidumbre de este castillo con tal de que esté todo dispuesto y a tiempo.

De nuevo todos los presentes rompieron a reír y a Gabrielle le sirvió para dejar de sentir todas las miradas sobre ella.

Cuando concluyó el desayuno y se levantaron de la mesa, Nicholas se acercó a su prometida.

—¿Os apetece que demos ese paseo que aún está pendiente? —le preguntó un tanto dudoso.

—Por supuesto —le confirmó Gabrielle—. La costurera de vuestra hermana quería que hiciéramos la última prueba esta mañana pero le dije que estaría ocupada, así que esta tarde terminaremos el vestido.

—Es muy considerado por vuestra parte —le agradeció él.

—No quería haceros esperar de nuevo —admitió ella—. Es lo mínimo

que puedo hacer ya que os tomáis la molestia de mostrarme el castillo.

—No es ninguna molestia, mi señora —la corrigió Nicholas—. No me habría ofrecido si así hubiera sido —concluyó mientras tomaba su mano para guiarla—. Veamos, creo que ya conocéis la Torre del Homenaje y el torreón donde están situadas nuestras recámaras —dedujo Nicholas a lo que Gabrielle asintió con una sonrisa.

Antes de abandonar el comedor, la joven desvió brevemente su mirada hacia su prima quien, en ese instante, aceptaba la mano del Príncipe Erick para guiarla hacia su “sorpresa”. Se preguntó a dónde la llevaría.

—¿Vais a decirme a dónde me lleváis? —se quejó Claire por cuarta vez desde que habían abandonado el comedor.

—No mentáis cuando afirmasteis que os impacientaban las sorpresas —sonrió Erick.

—Quien avisa no es traidor —le advirtió Claire.

—Tenéis razón —dijo Erick entre risas antes de pararse ante una gran puerta—. Ya hemos llegado.

Claire exhaló aire de forma sonora, mostrando su nerviosismo.

—Ahora os ruego que cerréis los ojos —le pidió.

—Alteza —se quejó ella—. ¿Queréis acabar con esta tortura de una vez?

Erick lanzó una carcajada.

—Es mi última petición del día —le aseguró.

Claire lo miró de reojo.

—Por favor —le rogó Erick, dedicándole una de aquellas sonrisas arrebatadoras.

Claire empezó a sentir que el calor inundaba sus mejillas. Después de todo, no iba a ser mala idea cerrar los ojos y apartar la vista de aquella sonrisa que la deslumbraba de aquella forma.

—Gracias —le escuchó decir, seguido del rechinar de una puerta.

Entonces, sintió como la tomaba de los hombros, indicándole el camino a seguir. Por suerte, Erick siguió guiándola, pues el escalofrío que recorrió en aquellos instantes todo su cuerpo le habría impedido moverse por su propia voluntad. Tras unos cuantos pasos, se detuvieron. Notó que se acercaba a ella y de nuevo aquel escalofrío que le erizaba la piel la recorrió por completo al sentir su aliento cerca de su mejilla.

—Podéis abrir los ojos —le dijo.

Claire obedeció y casi podría jurar que sus párpados habían seguido de modo sumiso la orden de aquella voz sin que ella hubiera dictado esa indicación a su cerebro.

Tuvo que parpadear un par de veces para acostumbrarse a la luminosidad de la estancia y un suspiro de asombro escapó de su garganta ante aquella visión. La mayor biblioteca, la mayor colección de libros a la que ella había tenido acceso jamás se materializó frente a sus ojos. Dio un par de vueltas sobre sí misma, contemplando la enorme dimensión de aquella estancia, maravillada. Ni en sus sueños habría imaginado un lugar como ese. Decenas de estantes recorrían toda la habitación, ampliamente iluminada y consiguiendo una luz y un ambiente perfectos para la lectura.

—Sabía que os gustaría —dijo Erick con una sonrisa de satisfacción al ver la expresión de asombro de la muchacha.

—¿Gustarme? ¡Me encanta! —le aseguró Claire mientras paseaba entre los estantes.

—Me complace que así sea —asintió.

Claire se detuvo ante un conjunto de volúmenes de aspecto desgastado.

—Pero estos tomos son rarísimos, auténticas joyas —exclamó tomando uno de los libros en sus manos.

—Lo sé —sonrió —yo mismo los traje.

—¿Vos? —se sorprendió Claire depositando con cuidado aquel tesoro en su lugar.

—Sí. Muchos tomos de los que veis aquí, los traje de mi biblioteca —le informó.

—¿Hay una biblioteca como esta en vuestro castillo? —preguntó sin salir de su asombro.

—Sí, semejante a esta —asintió—. En estos momentos la de mi primo está mucho mejor surtida pues muchos libros los he traído conmigo en mis innumerables visitas.

—Entonces pasáis mucho tiempo aquí —supuso ella.

—Todos los veranos que mi memoria recuerda transcurrieron aquí —admitió Erick mientras se sentaba en uno de los divanes situados en el centro de la estancia—. Incluso mis padres vienen de visita siempre que su deber se lo permite.

Claire lo miró confundida mientras se sentaba frente a él.

—Tal vez desconocéis que mi madre nació aquí, la madre de Nicholas

era su hermana —comenzó a explicarle—. Pero, además, si me lo permitís, un día me gustaría mostraros la magia de estas tierras, enseñaros los hermosos parajes que rodean este castillo. La hermosura de sus bosques hace que parezcan sacados de una leyenda y sus lagos cristalinos se muestran misteriosamente templados durante todo el año, atemperando el ambiente de tal forma que su clima es incomparable.

—Habláis con tanto cariño de esta tierra.

—Estoy intentando convencer a mi padre para que traslade aquí su gobierno —bromeó y ambos rompieron a reír.

—Sería lo más práctico —añadió ella.

—Sin duda —concluyó él aún riendo—. Seguro que a vos también os cautivará su encanto —le aseguró él.

—En invierno, cuando soplan los vientos provenientes de los Picos de la Media Luna, sus gélidas noches pueden provocar la muerte a algún incauto que decida pasar la noche al raso —le narró—. Viviendo en un reino tan frío como Breslau, cualquier lugar en el asomé un rayo de sol me enamora —admitió.

—¿Así que un poco de calidez es suficiente para enamoraros? —insinuó con un susurro.

Claire se sintió enrojecer y, aunque quiso corregirle, empezó a titubear. Erick sonrió ante tal apuro pero decidió cambiar de tema.

—Confío en que nos honraris con vuestra encantadora presencia durante un largo periodo.

—Solo el tiempo que mi prima me necesite —le informó un poco más calmada.

—A no ser que os enamoréis —añadió él deslumbrándola con otra de sus sonrisas.

Claire palideció ante aquella insinuación y bajó su mirada tratando de ocultar su turbación.

—De esta tierra, quise decir —le aclaró él.

—Sí, claro —respiró con alivio.

—¿Debo entender que no tenéis un prometido que os espere? —quiso saber Erick.

—No —contestó Claire enrojeciendo por enésima vez esa mañana.

—¿Tampoco un pretendiente? —insistió.

—Podría ser —admitió ella, si es que al Príncipe Zayev se le podía



llamar pretendiente.

—¿Y vos no estáis interesada? —preguntó.

—Digamos que mi padre no me ha puesto aún en el dilema de elegir esposo —le aclaró.

—Tenéis más hermanos —supuso.

—No, yo soy su única hija —le informó—. A pesar de que mi madre murió hace algunos años creo que mi padre sigue aferrado a su recuerdo, así que no ha considerado el casarse de nuevo y buscar un posible heredero.

—Pero imagino que le preocupará saber en manos de quién deja a su hija y a su Reino.

—Él es tan consciente de ello como lo soy yo —le aseguró Claire.

Erick la miró sorprendido.

—Alteza, en primer lugar no tengo apuro en buscar esposo pues mi padre aún es joven y, con el favor de los Dioses, reinará por muchos años. En segundo lugar, mi padre confía en mi criterio. Soy consciente de que algún día tendré que elegir esposo y confío, al igual que él, en que mi elección sea acertada. Ya que me otorga cierta libertad, en aras de mi buen juicio, intentaré complacerle con un yerno que pueda considerar digno de heredar su corona.

—Así que lo tenéis todo planeado —bromeó él, aunque la miraba perplejo debido a aquel alegato—. Apuesto a que habéis elaborado una larga lista con cualidades y virtudes que debe poseer un pretendiente para ser vuestro digno esposo.

—Os equivocáis —le corrigió.

—¿Y cómo sabréis si es el candidato apropiado? —preguntó con tono divertido.

—Simplemente lo sabré —aseguró Claire con tono firme.

Erick se sorprendió ante tal afirmación y buscó con sus ojos los de la joven. En ese momento habría dado cualquier cosa por poder adentrarse en ellos, leer en su mente y saber con certeza qué tipo de hombre podría considerarse digno de ella. En ese instante, mientras se hundía en su oscura mirada, el deseo de convertirse en ese hombre se apoderó de él, a la vez que una rabia incontenible al imaginar que fuera otro y no él quien pudiera tenerla se abrió paso en su pecho.

Sobresaltado ante tal intensidad se levantó y dirigió sus pasos a uno de los estantes mientras intentaba sosegarse.

—Este libro aún no lo he leído —comentó despreocupado, tomando un libro y ojeando sus páginas.

—Yo tampoco —admitió ella acercándose a él para comprobarlo.

Erick, con su cercanía, sintió como un dulce aroma a azahar inundaba sus sentidos. Hubiera querido permanecer así por siempre, percibiendo ese perfume embriagador, así que indagó en su mente en busca de algo que pudiera dilatar ese momento y permitirle estar cerca de ella todo el tiempo que le fuera posible.

—¿Qué os parece que si lo leemos juntos? —preguntó, deseando que esa estúpida idea que acababa de asaltarle funcionara.

—No os entiendo —le miró Claire confusa.

—Escuché como Agatha alababa vuestra lectura y me encantaría escucharos —le explicó.

Claire pensó en negarse pero Erick adivinó su intención y se adelantó.

—A cambio yo podría leer también para vos —añadió Erick tratando de convencerla. En vista de que la joven dudaba se apresuró a dar el último paso—. Y para que veáis que cumpliré con mi parte del trato, empezaré yo —le dijo—. Por favor, tomad asiento —le pidió acompañándola al diván e invitándola a sentarse. La miró por última vez y, con una sonrisa en los labios, inició la lectura.

Claire sintió que sus intentos de réplica se diluían conforme aquella voz aterciopelada invadía sus oídos, turbando su mente por completo. Tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en sus palabras y no abandonarse al sonido de aquella voz que la abrumaba. Se sintió egoísta por un segundo y deseó que Gabrielle la necesitase por siempre, dándole así motivos para no abandonar aquel Reino. La culpabilidad asomó casi al instante, Gabrielle merecía ser feliz y ella se marcharía en cuanto estuviera segura de que así era.

§ ~ \* ~ §

—Mi señor, vuestro castillo es inmenso —afirmó Gabrielle entusiasmada—. ¿Cómo hacéis para organizarlo tan a la perfección?

—Todo el mérito es de mi hermana —admitió Nicholas. Una duda asaltó su mente con ese comentario, pero quizás no era el momento para hablar de ello así que desechó la idea. Sin embargo, Gabrielle se percató de la

seriedad de su expresión.

—¿Ocurre algo, mi señor? —quiso saber.

—No, es solo que... —titubeó intentando poner en orden sus ideas.

—¿Os preocupa algo? —lo miró inquieta.

—No, mi señora —la tranquilizó—. Me preguntaba si ahora que pasaréis a ser la señora de este castillo, querríais haceros cargo de ese menester.

—Es mi deber como esposa —le confirmó—, pero no quisiera incomodar a vuestra hermana. He comprobado que es una tarea que no le desagrada y no quisiera ofenderla con mi autoridad. Trataré el tema con ella y seguro que llegaremos a un buen entendimiento —afirmó con ese tono alegre que empezaba a serle tan familiar en ella.

Nicholas respiró aliviado y se asombró de lo fácil que parecía todo una vez visto desde el punto de vista de Gabrielle. Recordaba cómo había saludado y les había dedicado una amplia sonrisa a cada uno de los súbditos que se habían encontrado en su camino y empezaba a entender las palabras de Jordan del día anterior: era imposible resistirse ante su dulzura. El palpitar de su corazón le anunció que posiblemente él ya se hubiera rendido sin remisión a esa alegría que emanaba del brillo de sus ojos.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Gabrielle mientras salían a un patio exterior.

—He querido dejar este lugar al final para coronar nuestro paseo —contestó mientras seguían una vereda—. He supuesto que os gustaría.

Al final del camino un inmenso jardín se abrió ante ellos. El rostro de Gabrielle se iluminó ante tan colorida imagen. Nunca había visto tantas especies florales en un solo vergel y tan perfectamente combinadas. Gabrielle soltó la mano de su prometido y continuó hasta adentrarse en las flores para oler su perfume. Nicholas se acercó a ella sonriendo, contento por la reacción de su prometida y arrancó una pequeña rosa blanca que la ofreció.

—Gracias —le dijo ella, acercando el pequeño capullo a su nariz.

—¿Queréis sentaros? —preguntó Nicholas señalando unos bancos situados en medio del jardín. Gabrielle asintió y él volvió a tomar su mano para guiarla.

Gabrielle suspiró mientras observaba el bello jardín a la vez que una amplia sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¿Qué os parece? —quiso saber él, aunque no le hacía falta oír de sus

labios la respuesta.

—Sin duda, este va a ser, a partir de ahora, mi rincón favorito —le informó ella.

—Me alegro de que os guste —sonrió él complacido.

—Me fascina —le corrigió ella—. El conjunto de tonalidades tan bien escogida, la conjunción de sus aromas formando un perfume único, perfecto... es asombroso. Dadle mi más sincera felicitación al jardinero —concluyó Gabrielle.

—Gracias —dijo él inclinando la cabeza.

—¿Vos? —lo miró sorprendida.

—Solo en parte —admitió él—. Como es lógico, mis ocupaciones y deberes no me permiten dedicarle el tiempo que yo quisiera pero procuro supervisar personalmente el trabajo de los jardineros.

Gabrielle lo miró perpleja. Se dio cuenta de cuán diferente era ese hombre que estaba frente a ella comparado con el rey que se había ganado el respeto de todos con su fama de frío estratega. Supo que una gran sensibilidad debía residir en su corazón y que, probablemente, se veía obligado a ocultar su bondad por miedo a parecer débil ante su pueblo. Sin embargo, daba muestras de querer mostrarse ante ella tal cual era, y esa idea la llenó de emoción pues, hasta ahora, no había visto más que virtudes en él. “Sería tan fácil entregarle mi corazón”, pensó Gabrielle, pero de repente, Nicholas se levantó sacándola de su ensoñación.

—¿Qué ocurre?

—Quiero mostraros algo —le indicó.

Se adentraron un poco más en el jardín y vio como se acercaban a un pequeño parterre con la tierra removida, preparada para ser plantada. A su lado, decenas de rosales blancos y matas de violetas esperaban en sus tiestos para ser trasplantados.

Gabrielle observó el pequeño parque con cautela, con miedo a sacar conclusiones precipitadas.

—Confío en que esté terminado para nuestra boda —le informó él—. Sé que debería haber aguardado hasta ese momento para enseñároslo, pero no he podido resistirme. Solo espero que lo anticipado no le reste valor a mi regalo de bo...

Pero ya no pudo continuar. El delicado cuerpo de Gabrielle se apretaba contra su pecho, abrazándolo y tomándolo totalmente desprevenido. No fue

capaz de mover ni uno solo de sus músculos, ni articular palabra alguna, solo sentir cómo el calor de ese pequeño cuerpo se adentraba en el suyo recorriéndolo por completo, desbocando su corazón y haciéndolo palpar con tal fuerza que pareciera querer salirse de su pecho.

—Disculpadme —dijo Gabrielle apartándose rápidamente de él, bajando su rostro. Una pequeña lágrima recorría su mejilla, alarmando a Nicholas.

—¿Lloráis, mi señora? —dijo él, posando su mano bajo su barbilla, levantándole el rostro para que lo mirase.

—Es solo la emoción, mi señor —le aseguró ella—. Sé que intentáis complacerme y os estoy inmensamente agradecida.

Nicholas enjugó sus lágrimas con un leve toque de sus dedos, sintiendo de nuevo ese calor bajo su tacto. Se volvió a repetir que haría lo que estuviera en su mano con tal de que ella fuera dichosa y quería que ella lo supiera.

—Imagino que no ha sido fácil aceptar la decisión de vuestro padre —le dijo en un susurro que la sosegase—. Creedme que entiendo vuestra situación mejor que nadie. Dentro de tres días nos uniremos en matrimonio sin apenas conocernos y sin ningún indicio que nos augure nuestro futuro, juntos —le aseguró.

Gabrielle respiró aliviada. ¿Cómo era posible que supiera exactamente cómo se sentía? ¿Acaso podía leer esa inquietud de su alma?

—En estos momentos —prosiguió él—, no estoy en posición de prometeros nada. Solo puedo aseguraros que mi máxima preocupación es vuestro bienestar y deseo —bajó el tono de voz un tanto avergonzado—, deseo que seáis feliz aquí.

Nicholas miró en sus ojos tratando de encontrar el mínimo atisbo de desaprobación o disgusto en ellos, pero aquellos ojos grises que ahora se le antojaban más violetas que nunca lo miraban con una ternura infinita mientras una dulce sonrisa se dibujaba en sus sonrosados labios. Por vez primera, un deseo profundo de abrazarla, de besarla, de probar el sabor de aquellos labios casi lo dominó por completo, pero, haciendo gala de todo su temple, logró contenerse. No debía malograr, confundir aquella ingenuidad suya con sus anhelos. Tomó su mano y la acercó hacia sus labios, depositando un suave beso sobre la yema de sus dedos, mientras una certeza se hacía cada vez más evidente en su corazón; la certeza de que se había enamorado de ella sin condición.



## Capítulo 6

Gabrielle se dirigía a la biblioteca. Intentaba poner en práctica uno de los consejos de su prima; quizás, si trataba de concentrarse en la lectura, conseguiría disipar esos nervios prenupciales que la estaban asediando. Agatha, con su ayuda y con la de su tía, había conseguido dejar listos todos los preparativos de la boda antes incluso de lo previsto, así que se sentía del todo ociosa y eso no estaba ayudando demasiado a sus alterados nervios.

Se preguntó por un momento cuál era la verdadera razón de su nerviosismo. Era muy fácil engañarse a sí misma y a los demás diciendo que la inquietaba la perspectiva de un futuro incierto junto a un hombre que apenas conocía, pero sabía muy bien que eso no era del todo verdad. Lo que la inquietaba sobremanera era en realidad aquel hombre con el que se casaría al día siguiente y que estaba despertando en su ser sentimientos del todo ajenos para ella hasta ese momento.

Aún podía sentir el roce de esos labios varoniles en la yema de sus dedos a pesar de que ya habían pasado dos días, y su corazón latía fuerte en su pecho cada vez que evocaba ese momento en el que creyó por un segundo que iba a besarla. Tantas y tan intensas sensaciones fusionadas en un solo instante... asombro, duda, expectación, deseos de recibir ese beso, un tizne de decepción al no ser así, y un ardor hasta entonces desconocido para ella al tocar aquellos labios que le parecieron tan suaves, tan masculinos y tan...

Otra vez ese ardor recorrió su interior y deseó con todas sus fuerzas que el consejo de su prima funcionase. Tan decidida abrió la puerta que no se percató, hasta que hubo entrado, de que había alguien allí.

—Claire —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Espero a Erick —admitió sobresaltada por la intrusión repentina de su prima.

Gabrielle la miró confundida.

—Estos últimos días nos hemos citado aquí para leer —le aclaró.

—¿Para leer? —preguntó extrañada.

—Bueno, recitamos el libro en voz alta. Hoy es el turno de Erick —le explicó tímidamente.

—Así que era una cualidad que perfectamente se podía encontrar en la mitad de la humanidad —bromeó Gabrielle haciendo a Claire enrojecer—. O sea, que es aquí donde te has pasado estos dos últimos días... y en compañía de Erick —bromeó tratando de provocarla.

—Calla que te pueden oír —le reprendió Claire.

—Te agrada, ¿no? —inquirió con inocente malicia.

—No sé de qué me hablas —le rebatió.

—Pues podría asegurar que tú también le agradas —afirmó firmemente haciendo caso omiso de su negativa.

—¿Ah sí? ¿Y en que te basas para afirmar tal cosa? —quiso saber.

—Pues en que, en este Reino, hay muchas cosas que un joven príncipe podría hacer para ocupar su tiempo como, por poner un ejemplo, cristalinos lagos en los que darse un baño o frondosos bosques en los que perderse a cazar. No “malgastaría” su tiempo con una mujer que le es del todo indiferente —concluyó Gabrielle.

Claire comenzó a titubear ante tal razonamiento.

—Me da pena el Príncipe Zayev —dijo Gabrielle simulando un tono lastimero en su voz.

—¿De qué hablas, Gabrielle? —la recriminó alzando la voz.

—Claire, cálmate un minuto, ¿quieres? —le pidió en tono divertido—. Solo estaba bromeando pero, en cualquier caso, sabes que te conozco muy bien y que es absurdo que me mientas o me ocultes cosas que tarde o temprano acabaré por descubrir, como siempre.

Claire suspiró con resignación.

—¿Acaso tus ideales de mujer inteligente, ilustrada e independiente te



impiden reconocer ante mí, tu prima querida, que estás enamorada del Príncipe Erick? —preguntó por fin.

La expresión de Claire se tornó en una mueca de disconformidad.

—Claire —le advirtió Gabrielle ante su intención de rebatirle.

—De acuerdo, lo admito —reconoció por fin a regañadientes.

§ ~ \* ~ §

Gabrielle depositó el libro sobre la mesita de piedra levantando la vista de sus páginas, dirigiéndola hacia aquel jardín de tonos blanquecinos y malváceos que se extendía ante sus ojos. Cerró durante un momento los ojos y aspiró profundamente, dejando que aquel perfume perfecto la envolviera. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios al recordar cuando el Príncipe Erick había llegado a su cita con su prima en la biblioteca. No le pasó desapercibido el leve gesto de desencanto que se dibujó en su rostro cuando comprobó que Claire no estaba sola.

—Príncipe Erick, seguro que vos podéis ayudarme —le había dicho Gabrielle sin apenas darle la oportunidad de saludarlas.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó extrañado mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Me dirigía al jardín —le informó recalcando esta parte para dejar clara que su estancia allí era momentánea—, y sentí deseos de llevar un buen libro como compañía —continuó—. Mi prima insiste en que Zhrustha sería el compañero perfecto para estas horas de espera previas a mi matrimonio, mas yo no estoy del todo convencida. ¿Qué me aconsejáis vos?

—Dejadme pensar —contestó con aire reflexivo. De repente, se adentró en el bosque de estantes y sustrajo de uno de ellos un pequeño tomo. Se dirigió de nuevo hacia ellas y se lo entregó.

Rápidamente Claire lo observó de modo inquisitivo, así que Gabrielle se lo mostró, aceptando su supervisión.

—Sé que no es una lectura tan culta —le explicó a Claire—, pero le resultará muy amena y creo que, sin duda, es lo que su mente necesita en estos momentos —se justificó Erick dedicándole una amplia sonrisa a la joven, a lo que ella respondió asintiendo mientras una leve sonrisa se

asomaba en su sonrojado rostro.

—Disculpadme el retraso —murmuró—. Mi padre me ha pedido que le ayude a preparar cierto brebaje y no creí que nos fuera a ocupar tanto tiempo —se excusó sin dejar de sonreír.

—¿También entendéis de artes curativas? —preguntó Claire maravillada.

Gabrielle sonrió al sentirse del todo ignorada. Debería haber agradecido a Erick su recomendación, pero no le pareció nada oportuno interrumpir tal escena. Sus miradas estaban fundidas el uno en el otro, al igual que toda su atención y todos sus sentidos, como si nada de lo que pudiese acontecer a su alrededor tuviera la más mínima importancia.

Gabrielle caminó lentamente hacia la puerta intentando no hacer el menor ruido. Antes de cerrar la puerta echó un vistazo y, tal y como había imaginado, ninguno de los dos se había percatado de su marcha.

Ahora, sentada en aquel jardín de ensueño, volviendo a recordar ese momento, la convicción de que el Príncipe Erick sentía algún tipo de afecto por su prima le pareció más que obvia.

—Estoy empezando a creer que esto, en vez de un castillo, es una escuela —la voz de Nicholas a su lado la hizo sobresaltarse—. Siento haberos asustado —se disculpó rápidamente mientras se sentaba a su lado al notar su respiración agitada.

—No os preocupéis —le sonrió tranquilizándolo—. ¿Por qué decís eso? —quiso saber.

—Primero me he encontrado a Agatha en el salón. Tras informarme de que estaba todo listo para la ceremonia de mañana, me ha advertido que no quería ser molestada hasta no terminar la lectura de “Los cuatro Reinos ”, puesto que, y cito textualmente, no lo dejará hasta saber en qué concluye la ira de los eskhios.

El comentario de Agatha hizo reír a Gabrielle.

—Después, he acudido a la biblioteca donde Erick estaba recitándole a vuestra prima ciertos pasajes de un libro que parecía resultarles muy interesante, pues apenas me han prestado atención. Finalmente, me han indicado que posiblemente estaríais aquí y, ¿cómo os encuentro? Leyendo también —concluyó Nicholas simulando desesperación, con un tono del todo histriónico, ante el que ambos rompieron a reír.

—Definitivamente tenéis razones para alarmaros —le aseguró

Gabrielle.

—Gracias a los Dioses, Jordan es la excepción —añadió Nicholas sonriendo mientras ambos giraban su rostro hacia la figura del guardia que se encontraba no muy lejos de allí, custodiando a Gabrielle. “Lo suficientemente lejos como para no oír conversaciones ajenas pero sí lo bastante cerca como para detectar cualquier peligro que pueda acecharla”, pensó Nicholas, reconociendo con agrado cuán seriamente se tomaba aquel guardia su cometido.

—¿A vos también os atrae la lectura tanto como a vuestra prima? —le preguntó finalmente a su prometida, posando ahora su atención por completo en ella.

—Sí, pero digamos que en ella es innato y en mí adquirido.

Nicholas la miró intrigado.

—Es Claire la que insiste en que lo haga.

Él asintió entendiendo pero Gabrielle negó con la cabeza.

—Sigue sin conseguir que prefiera Los Sabios Antiguos a las epopeyas o la poesía.

Nicholas tomó el libro que sostenía su prometida, interesándose por su actual lectura.

—”Razón de amor ” — Nicholas leyó el título en voz alta.

—¿Lo conocéis? —quiso saber—. Me lo recomendó vuestro primo.

—”Quien triste tenga su corazón venga a oír esta razón. Escuchará razón acabada, hecha de amor y bien rimada ” —le confirmó Nicholas recitando las primeras estrofas. —Es mi libro de poesía favorito —le informó.

Gabrielle sonrió complacida.

—Aunque, con tantas obligaciones —añadió—, si bien es cierto que me gusta la poesía, prefiero dedicar mis escasos ratos de ocio a una buena novela épica, género por el que admito siento especial predilección.

—Como buen hombre de acción —ratificó Gabrielle.

Nicholas asintió sonriendo.

—A mí también me apasiona ese tipo de novelas —reconoció ella—, pero lógicamente por motivos diferentes a los vuestros.

—No os entiendo —afirmó Nicholas

—¿Nunca os habéis percatado de que el trasfondo de todas esas luchas, batallas e intrigas es siempre una gran historia de amor? —puntualizó

Gabrielle.

La expresión dudosa de Nicholas la animó a continuar.

—¿No fue el amor de Cahir por Nimuë lo que llevó a Targho a la ruina? —le aclaró —¿No fue el amor de Niall por su amada y fiel esposa Gisla lo que hizo que recorriese por años los Confines del Mundo para volver a sus brazos? ¿Acaso no arriesgó Tadhg su propia vida para salvar a su amada Elwin de las terribles garras del terrible Turloch?

Gabrielle se dio cuenta entonces de cuánta pasión había puesto en su alegato.

—Disculpadme —pidió mientras bajaba su rostro avergonzada.

—¿Por qué? —preguntó Nicholas sin comprender.

—Claire siempre me censura por mis ideas, me aconseja que deje de fantasear y que madure, instándome a leer más a Los Sabios, tal y como hace ella —le explicó.

—No es necesario que os disculpéis —la corrigió—. Al contrario. ¿No habéis oído ese dicho que asegura que el amor es el sentimiento que mueve al mundo?

Gabrielle sonrió tímidamente, dedicándole una dulce mirada a través de sus largas pestañas mientras asentía con la cabeza, y Nicholas fue consciente de que nunca, hasta ese momento, se había parado a pensar cuán ciertas eran las palabras que acababa de decirle, ni había tenido la certeza de lo que puede llegar a hacer un hombre por el amor de una mujer. Se dio cuenta de que él mismo sería capaz de llevar su Reino a la más cruenta batalla o arriesgar su propia vida por salvar la de Gabrielle, convirtiéndose, sin ningún tipo de reserva, en ese héroe que la rescatase de cualquier peligro, de cualquier sufrimiento, de cualquier infierno. Por un momento, se perdió en aquellos reflejos violáceos que turbaban sus sentidos.

“Si tan solo ella pudiera sentir algo por mí... Si supiera cuál es el camino, la forma de poder llegar a su corazón, lo recorrería sin dudarlo a costa de lo que fuera”, pensó Nicholas.

Quiso convencerse de que la mejor decisión que había tomado era darle tiempo, sin hostigarla ni confundirla con sus propios sentimientos. Si algún día ella llegara a sentir algo por él, y ojalá así fuera, debía ser siguiendo los dictados de su corazón, y no por sentirse comprometida u obligada por un sentimiento no correspondido.

—Mi señor —la voz de Gabrielle interrumpió sus pensamientos—.

¿Debo entender que me estabais buscando? —preguntó al recordar que había acudido a la biblioteca en su busca.

—Ah, sí —respondió sacudiendo la cabeza y poniendo en orden sus ideas.

—Quería informaros de que será mi tío quien oficie mañana la ceremonia. Como rey tiene la potestad para ello.

Nicholas era consciente de que, tal vez, ella ya era conocedora de ese dato pero, desde aquel paseo que dieran hacía ya dos días, apenas si la había visto y se dio cuenta de que la extrañaba enormemente. Aquella excusa le había venido como anillo al dedo para poder buscarla y conversar aunque fuera un momento con ella.

—Gracias por hacérmelo saber —le contestó ella en cambio.

—Y también quería comunicaros que he resultado que mañana se celebren ambas ceremonias —le informó—. En vista de que vuestro Reino está carente en estos momentos de alguien que lo gobierne tras la desafortunada muerte de vuestro padre, y para evitar cualquier conflicto que pueda ocasionar tal vacío de poder, he decidido acelerar nuestra coronación a mañana, tras nuestros esponsales —le explicó.

—Entonces, mañana... —titubeó Gabrielle.

—Pasaréis a ser mi esposa y la soberana de ambos Reinos —le confirmó.

El rostro de Gabrielle se ensombreció repentinamente, hecho que a Nicholas no le pasó desapercibido.

—¿Os preocupa la ceremonia o...?

—No —le corrigió ella rápidamente.

—¿Qué os aflige entonces? —preguntó preocupado.

Gabrielle se tomó unos segundos para contestar, suspirando en un intento de infundirse valor.

—Decidme, mi señora —insistió él, mostrándose impaciente.

—Me preocupa no cumplir correctamente tanto con mis deberes de reina como de esposa —dijo en un susurro.

Nicholas se quedó en silencio por un momento, atónito. Sin embargo, se apresuró a darle una respuesta a su prometida e inspirarle confianza, si eso era lo que ella necesitaba.

—No diré que vuestros deberes como Reina serán fáciles porque no es cierto, pero confío en que me permitáis guiaros en tan ardua tarea. Sentíos

libre de recurrir a mí en busca de consejo siempre que lo consideréis necesario, y yo, por mi parte, os aseguro que siempre estaré dispuesto a escuchar vuestras inquietudes y vuestras ideas.

Gabrielle asintió agradecida, aunque la turbación de su rostro no había desaparecido. Nicholas supuso cuál era el motivo, aunque no sabía muy bien cómo afrontarlo.

—Por lo que respecta a vuestros deberes como esposa, debéis saber que compartimos inquietud, pues yo también soy inexperto en el papel de esposo —le confesó en un susurro, mientras se dejaba embujar por aquella mirada gris que buscaba anhelante en sus ojos una respuesta—. Yo —vaciló—, yo no quisiera decepcionaros.

Nicholas deseó en ese mismo instante que los Dioses le permitiesen, aunque fuera durante un solo segundo, poder entrar en el corazón de su prometida para así saber qué esperaba de esa unión, de él. Entonces, como si hubiera leído su pensamiento, Gabrielle sacó un papel plegado de entre las páginas del libro y jugueteó con él entre sus dedos, nerviosa. Finalmente, tras un momento de indecisión, se lo entregó a Nicholas.

—Os ruego que lo leáis —le pidió un tanto avergonzada.

Nicholas se limitó a obedecer.

—Pero esto son... —comenzó a decir al leer las primeras líneas.

—Nuestros votos matrimoniales —le confirmó Gabrielle con voz queda.

Nicholas fue incapaz de ocultar su asombro.

—Si no os parecen apropiados, si preferís no... —Las palabras salían atropelladamente de la boca de Gabrielle.

—Son perfectos —murmuró Nicholas sin separar la vista del pliego, recorriendo aquellas palabras manuscritas por su prometida y que, sorprendentemente, reflejaban sus propias esperanzas.

Gabrielle respiró aliviada.

—Espero que no consideréis una osadía que yo... —se apresuró a justificarse pero Nicholas la interrumpió con un ligero sacudir de su mano.

—He de reconocer que había olvidado por completo ese detalle así que, en realidad, os estoy agradecido —le confirmó mirándola ahora con una amplia sonrisa en sus labios—. ¿Qué significa esto? —dijo acercándose a ella para mostrarle a qué se refería—. ¿Estas son nuestras iniciales? —preguntó señalando algo en el papel mientras ella se inclinaba más sobre él para

comprobarlo.

—Sí, indican las estrofas que cada uno de nosotros debe recitar —le explicó.

—Entiendo —dijo él alzando su rostro.

Justo en ese instante, a escasos centímetros, se encontró con la mirada gris de Gabrielle, tan cerca que podía vislumbrar la forma exacta de aquellos reflejos violáceos que lo tenían absolutamente hipnotizado, tan cerca que podía sentir su dulce aliento sobre su rostro. “¿Serán igual de dulces sus labios?”, pensó mientras dirigía su mirada a aquella boca sonrosada. La tentación era casi insostenible, esos labios se le mostraban irresistibles, y casi podía notar su calidez, su suavidad. Lo único que tenía que hacer era acercarse un poco más y...

—Majestad —una voz sonó tras él, rompiendo el encantamiento.

Nicholas se giró con una expresión poco disimulada de fastidio en su rostro para comprobar quién les había interrumpido.

—¿Sí, Sybill? —espetó mientras la doncella se inclinaba.

—Erin está a punto de servir la comida —le informó ella con la mirada pegada al suelo.

—Está bien —dijo levantándose del banco de piedra, y ofreciéndole su mano a Gabrielle—. ¿Vamos, mi señora? —preguntó con una sonrisa, mientras un sentimiento de frustración luchaba por explotar en su pecho.

—Sí —asintió Gabrielle tímidamente, tomando su mano.

Cuando se disponían a abandonar el jardín, Gabrielle se volteó durante un momento para comprobar que Jordan los seguía, pero, en su lugar, se encontró con el rostro de Sybill. Gabrielle se irguió rápidamente y siguió caminando, pensativa. No entendía muy bien cuál podría ser el motivo, pero habría jurado que en los labios de la doncella se perfilaba una pérfida sonrisa de satisfacción.

## Capítulo 7

Obligado por la sugerencia de su padre, Erick aguardó junto a la escalinata la llegada de Josiah, soberano del Reino de Gunnar, y de su hija, la Princesa Adrienne. Dada la cercanía de ambos Reinos, Josiah y Trystan se conocían desde la infancia puesto que sus padres eran grandes amigos, por lo que la amistad entre ambos Reinos se había prolongado a lo largo de los años. Sin embargo, a pesar de tener la misma edad, el Rey Josiah parecía mucho mayor que Trystan, desmejorado su aspecto debido, sin duda, a la muerte de su esposa y su hija mayor, hacía poco menos de un año, a causa de la peste blanca. Josiah tenía una hija más y que era mayor que Adrienne, pero no asistiría a la celebración de los esponsales de Nicholas y Gabrielle por estar ocupada en los preparativos de su propia boda.

Por fin, la carroza se detuvo frente a él, y de la que descendieron sus dos únicos ocupantes. Al contrario de lo que sucedía con su padre, el esplendor de Adrienne parecía ir en aumento con el paso del tiempo; estaba radiante, aunque no surtió el efecto que ella esperaba en Erick, pues no apreció reacción alguna en él cuando le había ofrecido su mano para ayudarla a descender de la carroza. Obviando aquel insignificante detalle, Adrienne se colgó de su brazo y caminó junto él hacia el interior del castillo.

Erick no tuvo más remedio que soportarlo; al fin y al cabo, era una amiga de la familia, pero no era precisamente su compañía la que Erick



deseaba. Llevaba todo el día buscando a Claire pero, siendo la boda de su prima, supuso que estaría ocupada ayudándola. Al entrar a la antesala, volvió a estirar su cabeza por encima del gentío para ver si conseguía localizarla, pero fue inútil. Con tanta gente reunida allí a la espera de que comenzase la celebración, le iba a ser imposible encontrarla.

—¿A quién buscáis? —la voz aguda y afilada de Adrienne resonó en sus oídos.

Justo en ese momento vio el rostro de Adrienne entre la gente y, sin darle mayor explicación a su acompañante, la hizo caminar para dirigirse a ella. Conforme se fue acercando, sendas figuras masculinas se hicieron visibles a su lado. El mayor de ellos, por sus vestiduras, hacía suponer que era un rey y, fijándose en sus facciones que le resultaban tan familiares, casi podía asegurar que era el padre de Claire. Sin embargo, el joven noble de largo y oscuro cabello que la hacía sonreír en esos momentos, fue quien más captó su atención, sobre todo teniendo en cuenta la punzada que golpeaba su corazón una y otra vez al ver cómo tomaba sus manos de modo tan afectivo.

—Buenos días, Alteza —la saludó en cuanto llegó hasta ella.

—Buenos días —contestó Claire—. Permitidme que os presente a mi padre, el Rey Richard, y al Príncipe Zayev de Dagmar, que viene como representación de los Territorios Gealach. Él es el Príncipe Erick de Meissen —lo señaló.

Erick les dedicó una reverencia a ambos en silencio, con su mirada fija en aquel joven. Pasados unos segundos, decidió presentarles a sus acompañantes.

—Su Majestad, el Rey Josiah de Gunnar, y la Princesa Adrienne.

Josiah se limitó a saludar inclinando levemente la cabeza con un gesto taciturno, pero Adrienne se mostró más sociable, inclinándose primero ante Richard, y después ofreciéndole su mano a Zayev, tomándola él para besarla levemente. Tras eso, volvió a colgarse del brazo de Erick y Claire sintió que le faltaba la respiración.

—¿Eres el hijo de Trystan? —preguntó entonces Richard, mirando al joven, pensativo.

—Sí, Majestad —le informó apartando por fin la vista de Zayev—. ¿Le conocéis?

—Sí, desde hace algún tiempo.

Claire lo miró confundida.

—La ayuda de tu padre fue inestimable hace algunos años, cuando un brote de escarlatina azotó mi Reino, amenazando con diezmar la población —le dijo a Erick—. Tú aún no habías nacido —miró ahora a su hija, aclarándole por qué no conocía ese suceso—. ¿Va a asistir a la ceremonia? —añadió, volviéndose a dirigir a Erick—. Si es así, me gustaría mucho saludarlo.

—De hecho, será él quien la oficie —le informó—. Si gustáis acompañarme, puedo indicaros dónde está.

Ahora Erick posó su mirada sobre Claire y ella no pudo definir a qué se debía el fuego intenso que desprendían esos ojos verdes; simplemente no fue capaz de sostener su mirada y se giró hacia Richard.

—Padre, yo voy a ayudar a Gabrielle —le informó—. Después vendré a avisarte cuando ya esté lista.

Hizo una reverencia y se apresuró a alejarse de ellos, de aquellos ojos verdes que parecían querer atormentarla y de aquella mujer de cabellos dorados cuya sonrisa ladina sabía iba a acompañarla durante el resto del día.

§ ~ \* ~ §

A través de las vidrieras coloreadas por centenares de cristales teñidos, la luz del atardecer iluminaba el Salón del Trono. Bajo ese halo fascinante y casi mágico, Nicholas esperaba junto al altar que se había dispuesto para la ocasión, donde Trystan aguardaba preparado, y Erick, como su padrino, lo acompañaba. De pronto, el resonar de las trompas anunció que la novia se disponía a hacer su entrada. Nicholas respiró hondo, por enésima vez desde que entrara a la sala, antes de girarse a mirarla. Y ahí estaba, la más hermosa de las apariciones.

Agatha no había exagerado en su descripción aquel día, al contrario, ni la más divina deidad podía ser comparada a Gabrielle en belleza, incluso las Diosas estarían ardiendo de envidia desde el Kratvah ante tal esplendor. Su pelo negro, salpicado con pequeñas flores blancas, enmarcaba su rostro, un tejido de organdí cubría desde sus hombros sus delicados brazos, y una blanca muselina entallaba su cuerpo hasta su cadera para luego volverse etérea, vaporosa sobre sus pasos. Un escalofrío recorrió su espalda al pensar que la criatura más bella sobre la faz de la tierra, estaba a pocos pasos de convertirse en su esposa.

Gabrielle, del brazo de su tío Richard, se dirigía lentamente hacia él. A pesar de que todas las miradas se dirigían a ella con gesto sonriente, Gabrielle no podía apartar ni un solo segundo sus ojos de Nicholas, enfundado en aquella túnica azul marino, a juego con su capa, pero contrastada su vestimenta con ribetes y cinturón dorados que resaltaban más su rubio cabello. Tan apuesto, tan gallardo, tan caballero... su caballero.

En cuanto llegaron al altar, el Rey Richard le entregó la mano de Gabrielle a Nicholas. Sendas sonrisas nacieron en sus labios en cuanto sus pieles y sus miradas entraron en contacto y así hubieran seguido a no ser por la voz de Trystan que daba comienzo a la ceremonia, obligándoles a mirarle.

Para Gabrielle, todas sus palabras resonaban huecas y vacías en su mente. La incertidumbre de lo que iba a pasar a partir de ese día era más que tangible y, por desgracia, la respuesta a sus dudas no la hallaría en El Libro Sagrado y, por un segundo, deseó que el tiempo previo a su boda hubiera sido mayor, haber tenido la oportunidad de conocer mejor a su prometido. Pero el recuerdo de los últimos días vino a su mente. Nicholas se había comportado de una forma muy gentil y considerada con ella, incluso complaciente y comprensivo, y eso, al menos, le daba razones más que suficientes para afrontar esa nueva etapa de su vida con esperanza.

Gabrielle vio como Erick se aproximaba a Nicholas para entregarle los anillos.

—Tomad vuestras manos. Deseamos que vuestros votos sean escuchados —exclamó Trystan mientras ambos se ponían frente a frente y se tomaban las manos y Nicholas, con su mirada fija en Gabrielle, empezó a recitar los votos que ella hubiera escrito para ellos.

—No podéis poseerme, puesto que solo me pertenezco a mí mismo. Pero mientras ambos lo deseemos, os doy todo lo que me pertenece y pueda ser dado —comenzó Nicholas.

—No podéis darme órdenes, puesto que soy una persona libre, pero os serviré en todo aquello que me pidáis y la miel sabrá más dulce si viene de mis manos —respondió Gabrielle.

—Os prometo que el vuestro será el único nombre que grite en la oscuridad de la noche, y vuestros los ojos en los que me miraré cada mañana. Os prometo el primer bocado de mi plato, y el primer sorbo de mi copa.

—Os encomiendo mi vida y mi muerte, y confío ambos a vuestro cuidado.

—Seré un escudo para vos, y vos lo seréis para mí. Nunca os difamaré, ni vos a mí tampoco —prosiguió él.

—Os honraré siempre por encima de los demás, y si se da alguna diferencia entre nosotros, que sea resuelta en nuestra privacidad, sin hacer partícipes a extraños de nuestros agravios.

—Estos son mis votos matrimoniales para nosotros —concluyó Nicholas mientras colocaba el anillo en el dedo de Gabrielle.

—Estos son mis votos matrimoniales para nosotros —dijo también Gabrielle colocando el anillo en el dedo de Nicholas.

Sin dejar de mirarse ni un instante, sus manos volvieron a buscarse para unirse de nuevo.

—Los exhorto a que sean fieles a los votos que han recitado y que estos anillos sean el símbolo que los selle —prosiguió Trystan—. Ante los Dioses y ante los Hombres, os declaro marido y mujer.

Era costumbre que el rito finalizase con un beso de los esposos, simbolizando la fertilidad de su unión carnal. Sintiendo las miradas de expectación sobre él por parte de los asistentes, Nicholas posó su mano en la mejilla de Gabrielle que se sonrojaba bajo su tacto. Hubiera mentido si negase que la emoción le embargaba en ese momento; por fin Gabrielle era su esposa y el sentimiento de felicidad que ocupaba su corazón era estremecedor. Con su otra mano en la cintura de la muchacha, la atrajo hacia él, inclinando lentamente su rostro sobre el suyo. De nuevo respiró el dulzor de su aliento y le pareció casi más delicioso que el día anterior. El deseo de saborear aquellos labios se hizo más poderoso si cabe, dando paso a un ardor que amenazaba con consumirle si no lo hacía. Muy despacio posó sus labios sobre los suyos, eran mucho más suaves y dulces de lo que él había imaginado, y quizás debería haber sido un poco más decoroso, teniendo en cuenta el momento y el lugar en el que se hallaban, pero el sentir por fin el contacto de su piel, de su boca, le hicieron olvidarse de todo. Entreabrió sus labios capturando de nuevo los de Gabrielle, guiado por la necesidad de sentirla más cerca, y mientras sus labios danzaban sobre los suyos la apretó más fuerte contra su cuerpo.

Los aplausos y vítores de los presentes le hicieron volver a la realidad y, mucho más pronto de lo que él hubiera querido, se separó de ella que, sonrojada, lo miraba tímidamente con cierto asombro dibujado en sus ojos.

De nuevo resonaron las trompas y cornetas y el jolgorio del ceremonial

se tornó en un silencio solemne, ya que la coronación de ambos soberanos iba a tener lugar en ese instante. Tanto Nicholas como Gabrielle se arrodillaron frente a Trystan. En ese instante, el Rey Richard se acercó al altar portando sobre sus manos las vestiduras reales. Trystan tomó una de las capas y la colocó sobre los hombros de Nicholas y le entregó el cetro tras lo que, sujetando la corona por encima de su cabeza, comenzó a recitar el juramento.

—Nicholas, Rey de los Lagos por vínculo de sangre, Rey de Asbath por vínculo conyugal, ¿juráis solemnemente gobernar los Pueblos de ambos Reinos y sus Posesiones y otros Territorios pertenecientes a cualquiera de ellos, según sus leyes y costumbres? —preguntó.

—Sí, lo juro —sentenció firmemente.

—¿Os comprometéis a respetar y defender a vuestro Pueblo, asegurando la paz y haciendo justicia con misericordia?

—Sí, me comprometo —aseguró, antes de que Trystan le colocara finalmente la corona.

Cuando Nicholas se puso en pie, él fue quien tomó la capa restante de manos de Richard y se la colocó a Gabrielle sobre los hombros. Luego, le hizo entrega del cetro y, tal y como hiciera Trystan anteriormente con él, sujeto la corona de Gabrielle sobre su cabeza mientras le repetía el juramento a su esposa.

—Gabrielle, Reina de Asbath por vínculo de sangre, Reina de los Lagos por vínculo conyugal, ¿juráis solemnemente gobernar los Pueblos de ambos Reinos y sus Posesiones y otros Territorios pertenecientes a cualquiera de ellos, según sus leyes y costumbres? —le preguntó.

—Sí, lo juro —contestó ella.

—¿Os comprometéis a respetar y defender a vuestro Pueblo, asegurando la paz y haciendo justicia con misericordia?

—Sí, me comprometo.

Nicholas colocó la corona en su cabeza y, tomando sus manos, la ayudó a levantarse.

—Que los Dioses os acompañen y os ayuden a cumplir con vuestros votos y vuestros juramentos por siempre —Trystan alzó ambas manos, dando así por terminada la ceremonia.

Sin soltar la mano de su esposa y rodeados por los aplausos y felicitaciones de todos los asistentes se encaminaron hacia el comedor, donde tendría lugar el festín en honor a los novios.

Como era de esperarse, fue un banquete digno de Reyes, con decenas de deliciosos platillos a base de venado, cerdo, cordero, pescado... todo lo necesario para saciar hasta el paladar más exquisito, y aderezado con interminables barriles de cerveza y barricas de hidromiel y vino para alegrar los ánimos de los comensales y festejar por todo lo alto. Un grupo de juglares amenizaba el ambiente con tocatas y representaciones y, una vez que se retiraron las bandejas y se dio por terminado el banquete hicieron sonar sus laúdes y flautines, animando a los presentes a unirse a la danza.

Claire aprovechó ese momento para acercarse a los novios que se hallaban sentados presidiendo la mesa, y darles por fin la enhorabuena personalmente.

—Majestades —se dirigió a ellos con semblante severo y haciendo una profunda reverencia. Nicholas y Gabrielle rompieron a reír y Claire no pudo mantenerse seria por más tiempo y soltó una carcajada.

—Mira que eres tonta —la regañó Gabrielle palmeando su brazo sin parar de reír.

—¡Gabrielle! —la recriminó en broma—. Tu esposo va a creer que no te guardo el respeto suficiente. Si me manda al calabozo por ello, tú serás la responsable y recaerá sobre tu conciencia de Reina —la amenazó.

—Lo único que va a pensar es que te has bebido tú sola una barrica de hidromiel —le dijo.

Nicholas, por su parte, no podía dejar de reír ante la escena que estaba presenciando. Sin duda, el buen talante de las dos primas era encomiable.

—Pues déjame informarte de que solo he bebido un vaso y ha sido para brindar por vuestra felicidad —le aclaró.

—Muchas gracias —dijo Nicholas sin parar de sonreír.

—Pero mi señor, ¿acaso le creéis? ¿No veis el fulgor de sus mejillas? —bromeó Gabrielle—. Tal sonrojo no puede ser producto de un solo vaso.

—Es que hace mucho calor aquí —se justificó Claire—. De hecho, me dirigía al jardín a tomar el fresco —le informó.

—Creí entender que veníais a felicitarnos, Alteza —contestó Nicholas, uniéndose a la broma y Claire hizo una mueca al verse descubierta.

—Tienes ventaja —le reclamó a su prima—. Os habéis confabulado contra mí —refunfuñó Claire.

La pareja se miró y comenzaron a reír nuevamente.

—Creo que estaría bien esa visita al jardín —le aconsejó finalmente

Gabrielle—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no, cómo se te ocurre abandonar tu fiesta —la regañó Claire.

—En cualquier caso no deberíais salir sola —admitió Nicholas—. Jordan, ¿puedes venir? —le pidió haciéndole una seña para llamar su atención.

—Majestad —dijo mientras hacia una reverencia en cuanto llegó hasta ellos.

Ambas primas rieron al unísono al recordar el mismo gesto de Claire hacía unos momentos y el rostro serio de Jordan se llenó de confusión.

—El hidromiel —dijo Nicholas en tono divertido a modo de explicación y Jordan asintió entendiendo—. De hecho, quería pedirte que acompañaras a Su Alteza al jardín, a que tome un poco de aire.

—Por supuesto, Majestad —accedió Jordan con una sonrisa, extendiendo su brazo hacia Claire—. ¿Vamos, Alteza?

Claire asintió y tomó su brazo.

—¡Ah! Y mi enhorabuena a los dos —añadió con voz chisposa antes de retirarse y ambos le respondieron con una sonrisa.

De camino al jardín, pasaron cerca de Erick y de su rubia acompañante. Claire hizo todo su esfuerzo por mantener su sonrisa y no dirigir su mirada a ellos en ningún momento. Era cierto que había bebido un poquito más de la cuenta. Tener a la pareja en la mesa de enfrente donde perfectamente podía observar las atenciones que la Princesa Adrienne le prestaba a Erick estaba poniéndola de muy mal humor, así que decidió solventarlo con un par de vasos de hidromiel y, la verdad, había funcionado, hasta ese momento en el que sus efectos eufóricos estaban evaporándose, dejando paso al sopor.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó Jordan mientras la ayudaba a sentarse en uno de los bancos de piedra del jardín.

—Oh, sí, no te preocupes, Jordan, Gabrielle ha exagerado un poco —le tranquilizó Claire—. Es solo que no estoy acostumbrada a estas celebraciones tan multitudinarias, y con tanto gentío me estaba empezando a acalorar.

—No creí que la noticia de los esponsales del Rey Nicholas tuviera tal alcance —puntualizó él.

—Tienes razón —sonrió Claire —Hay tantos invitados... Incluso han acudido de Reinos tan lejanos que apenas sabía que existían —admitió.

—¿Entonces no conocéis al joven que ha estado acompañando a la Princesa Agatha? —le inquirió Jordan.

Claire lo miró extrañada. Era cierto que Agatha había estado acompañada por cierto joven durante todo el día. En realidad, no se había apartado de ella ni un instante y parecían haber congeniado por las miradas y sonrisas que ambos se dedicaban.

—Bueno, no lo conocía pero Su Alteza me lo presentó al terminar la ceremonia —le explicó—. Su nombre es Hrodgar y es el Duque de Bogen.

Jordan la miró con aire de desconfianza.

—Efectivamente, ese es uno de los Reinos de los que te hablaba. Yo no lo conocía —reconoció ella—. Pero, ¿por qué la pregunta? —quiso saber.

—Su cara me resulta familiar.

—¿Te resulta familiar? —preguntó sorprendida.

—Sí, y admito que me tiene desconcertado. Estoy seguro de que lo he visto antes pero no consigo situar dónde ni cuándo —le explicó con cierto malestar.

—Bueno, teniendo en cuenta lo lejano de su Reino, no creo que hayas tenido muchas oportunidades de verlo. Quizás sus facciones te recuerdan a alguien más —supuso Claire.

—Puede ser —dudó Jordan.

—Qué casualidad encontraros aquí —la voz de Erick interrumpió su conversación—. ¿Os encontráis bien, Alteza? —preguntó al verla en compañía del guardia.

—Necesitaba aire fresco y Jordan me está acompañando —le dijo sin apenas mirarlo.

—En realidad, quisiera volver al comedor por si a Sus Majestades se les ofreciera algo —admitió él—. Así que, ya que vos...

—Por supuesto, Jordan, yo me hago cargo de la Princesa —se ofreció Erick amablemente y Jordan se inclinó agradecido.

—Entonces, si me disculpáis, yo me retiro —añadió el guardia casi marchándose de inmediato, sin dejar que Claire contestase.

—Creo que deberíais entrar también. Vuestra pareja podría extrañar vuestra presencia —le aconsejó Claire con la ironía marcando su voz.

Justo en ese momento, a lo lejos, escucharon la voz de Adrienne y de Zayev, llamándolos.

—Y yo podría decir lo mismo de vuestro acompañante —concluyó Erick con disgusto.

Sin darle oportunidad de reclamar, la tomó de la mano y tiró de ella,



corriendo hacia el interior del jardín, y alejándose así de aquellas voces que los reclamaban. Se dirigió hacia uno de los setos altos que se situaban casi al final del parterre y se ocultaron detrás.

—¿Me podéis explicar que estáis haciendo? —le espetó Claire mientras se soltaba de su mano.

—Bajad la voz —le ordenó él.

—¿Qué pensaría vuestra prometida si supiera que os escondéis de ella? —le preguntó con sarcasmo.

—¿Qué os hace pensar que es mi prometida? —la voz de Erick sonó contrariada.

—¿Qué tal si os digo que ella misma? —le contestó y Erick la miró lleno de confusión. —He tenido la fortuna de gozar de su compañía durante la ceremonia —le explicó Claire—. El momento más interesante ha sido cuando, entre suspiros lastimeros, me contó sus deseos de ser ella la que ocupara el lugar de mi prima pero con vos a su lado.

—¿Y eso os hace pensar que es mi prometida?

—Eso, que me haya hablado de sus intenciones de mandar a bordar vuestras iniciales en todo su ajuar y el hecho de que no os hayáis separado de ella ni un instante en el día de hoy —le informó cruzándose de brazos.

—Si es por eso, yo debería pensar lo mismo de vos y del Príncipe Zayev —le reclamó.

—¿Os ha dicho que también va a bordar su ajuar con nuestras iniciales? —cuestionó llena de ironía.

Erick tuvo que esforzarse para no reír. Quizás Claire no era consciente de ello pero, cualquiera que los hubiera visto, podría asegurar que estaba presenciando la típica escena de celos entre enamorados. Erick no podía negarse que estaba disfrutando de la situación, además de que Claire se veía aún más hermosa así, tan irritada como estaba, con sus mejillas ardiendo por el enojo.

—Él tampoco se ha separado de vos ni un instante —le aclaró por fin.

Tal afirmación la dejó sin argumento.

—¿Debo entender por vuestro silencio que es vuestro prometido? —quiso saber.

—Tenéis mala memoria. Ya os dije que no estaba prometida.

—Lo recuerdo perfectamente, igual que recuerdo que me dijisteis que un “posible” pretendiente os aguardaba —la corrigió él—. Imagino que os

referíais a él.

Claire se limitó a asentir sin atreverse a mirarlo.

—Si sigo haciendo gala de mi buena memoria, vos me dijisteis que no estabais interesada. Aunque en realidad no sé si os referíais al matrimonio o a él —dijo en tono acusatorio.

—¿Tenéis algo que reclamarme? —le reprobó.

—En absoluto, Alteza. Solo intento descubrir el motivo por el que no os habéis separado de él ni un segundo. Pero, por supuesto que no tenéis que darme ningún tipo de explicación si no es vuestro deseo.

—Pues para vuestra información os diré que su padre, el Rey Lyal, es muy amigo del mío, por lo que conozco al Príncipe Zayev desde la infancia y, dicho sea de paso, lo tengo en alta estima. No me parecía correcto dejarle solo teniendo en cuenta que a la única persona que conoce, aparte de mi prima y mi padre, soy yo. Puedo aseguraros que ellos le habrían acompañado encantados si no hubieran estado un tanto ocupados. Os recuerdo que eran la novia y el padrino —añadió con sorna.

—Sin embargo, me parece injusto que, acaparando él todo vuestro tiempo, el resto no hayamos tenido ocasión de disfrutar de vuestra compañía —admitió tras un breve silencio, sintiendo cierto alivio al ser sus temores infundados.

Ahora Claire lo miraba asombrada.

—No creo que necesitéis de mi compañía si tenéis a la Princesa Adrienne colmándoos de atenciones —afirmó, arrepintiéndose inmediatamente de sus palabras, así que se giró para no enfrentarlo. Quizás estaba dejando demasiado claros los motivos de su comportamiento y eso era algo que no estaba dispuesta a reconocer.

—Es posible que ya hayáis olvidado los momentos tan agradables que hemos pasado en estos últimos días, y puede que tampoco os diga nada el hecho de que haya intentado acercarme a vos durante todo el día sin haberlo conseguido. Casi he tenido que raptaros para hablaros —dijo sonriendo—. Vuestro “casi pretendiente” es muy obstinado.

Claire no pudo evitar reír. Erick se colocó ante ella y, levantando su barbilla, la obligó a mirarle.

—Por fin —dijo con alivio—. ¿Debo entender por vuestra risa que ya no estáis disgustada conmigo?

—En ningún momento he dicho que estuviera molesta con vos —le

corrigió, apartándose de él; debía hacerlo si pretendía mantener la compostura. Pero su nerviosismo no le pasó desapercibido a Erick y, aunque sintió deseos de provocarla un poco más para disfrutar del adorable rubor de sus mejillas, sabía que no era el mejor momento. Apenas si le conocía y ella podría malinterpretar sus intenciones, cosa muy probable en vista de su malestar.

—Me alegra el saberlo —repuso al fin—. Y por si os queda alguna duda, os aclaro que la Princesa Adrienne no es mi prometida, ni hay intención por mi parte de que así sea —añadió.

—Creo que no es a mí a quien debéis aclarárselo —le instó mirándolo duramente.

—Tenéis razón —admitió—. Quizás ella haya confundido mi caballerosidad con otro tipo de atenciones. Deberé reparar mi falta lo antes posible. Solo espero que este malentendido no me prive de vuestra compañía —concluyó lanzándole a Claire una de esas sonrisas deslumbradoras.

—Sí así lo deseáis... —titubeó ella.

—Por supuesto que lo deseo —susurro él.

Claire giró su rostro intentando ocultar su sonrojo y Erick rio para sí; en verdad era encantadora. Tomó de nuevo su barbilla para disfrutar de nuevo de ese ardor en sus mejillas.

—Me veo en la obligación de recordaros que pasado mañana tenemos otra de nuestras acostumbradas citas. Si no recuerdo mal, es vuestro turno y espero que no faltéis a vuestro compromiso —le insinuó—. No querréis quitarme la satisfacción de escuchar vuestra voz, ¿verdad? —musitó Erick.

Aquella voz aterciopelada como un murmullo la turbaba por completo. No era capaz de articular palabra, simplemente se limitó a negar con la cabeza, o ¿debería haber afirmado? Sentir la suavidad de sus dedos en su barbilla tampoco ayudaba. Si al menos dejara de mirarla así, si le permitiera pensar con claridad. Pero Erick no tenía intención de hacerlo, al contrario, parecía haberse perdido en la oscuridad de esos ojos, en el fulgor de sus mejillas. Lentamente recorrió la línea de su rostro hasta aquel rubor, sintiendo el calor en las yemas de sus dedos, y bajo su tacto, Claire sintió cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo, haciéndola temblar.

—¿Tenéis frío? —preguntó suavemente.

Claire asintió. Sin que apenas se diera cuenta, Erick se había quitado su capa y se la había puesto sobre los hombros.

—Creo que debería entrar. Ya es tarde y debo ayudar a mi prima a prepararse —dijo al fin en un momento de lucidez.

—Está bien —accedió Erick mientras le ofrecía su mano.

Cuando entraron al comedor, a Claire no le pasaron inadvertidos los rostros de Adrienne y de Zayev. Se alegró al ver que Gladys y Agatha la llamaban; era el momento de llevarse a Gabrielle a sus aposentos, así que respiró con alivio sabiendo que no tendría que lidiar con Zayev en ese instante. Se despidió de Erick devolviéndole la capa y, en compañía de las otras dos mujeres, fue en busca de su prima.

§ ~ \* ~ §

En la recámara de Gabrielle, la tres mujeres revoloteaban a su alrededor disponiéndolo todo mientras ella las observaba sentada en su cama. El vestido de muselina era sustituido ahora por una larga camisola de lino abrochada con lazos de seda y su pelo se veía libre de aquella lluvia de flores que lo habían adornado hasta hacía un momento. No quedaba rastro de la novia que había entrado poco tiempo antes en aquella habitación, ocupada ahora por una esposa que esperaba en el que sería el lecho conyugal.

—Verás cómo todo va a salir muy bien —le susurró Claire mientras la abrazaba antes de irse.

Gabrielle asintió mientras veía a su prima unirse a Gladys y a Agatha, y las tres le dedicaron una sonrisa de confianza antes de cerrar la puerta. Gabrielle apretó las rodillas contra su pecho, suspirando profundamente, tratando de controlar los temblores que provocaba su nerviosismo.

Sabía perfectamente lo que iba a suceder esa noche pero, aún así no pudo evitar que aflorara su temor virginal. Solo esperaba que él se mostrara tan gentil como lo había sido hasta entonces. Sin duda, ella cumpliría con su deber de esposa y se entregaría a él, pero confiaba en que él se conformara con recibir solo su cuerpo, pues aún no estaba preparada para entregarle su alma y su corazón.

Otra vez deseó haber tenido más tiempo para conocer a su esposo. No podía negar que ciertos sentimientos empezaban a brotar en su corazón pero, ¿era eso el amor? Rápidamente desechó esa idea de su mente y se convenció de que, en realidad, no tenía motivo de queja. Muchas mujeres que se veían

obligadas a contraer matrimonio como ella se entregaban a sus maridos sin sentir ningún tipo de atracción por ellos, hasta sentían hastío. Al menos Nicholas le resultaba muy atractivo, incluso debía reconocer que le agradaba como hombre. Recordó el beso que le había dado horas antes en el altar y se sintió ruborizar de nuevo. Recordaba cómo la había apretado contra su cuerpo mientras acariciaba sus labios con los suyos con vehemencia, sintiendo el ardor emanando de su boca, como si el deseo por besarla hubiera estado por encima de su propia voluntad. Gabrielle se estremeció y apretó más las rodillas contra su pecho. ¿Sería eso suficiente para ellos?

De pronto, Gabrielle escuchó pasos en el corredor que se detenían frente a su puerta.

—¿Puedo pasar, mi señora? —preguntó Nicholas desde el pasillo.

—Adelante —le indicó ella. “El momento ha llegado”, dijo para sí, y suspiró nuevamente intentando mostrarse más calmada ante él.

Nicholas cerró la puerta y se quedó de pie, cerca de la cama.

—¿Qué os ha parecido la fiesta? —preguntó intentando iniciar la conversación.

—Bien —musitó Gabrielle, esforzándose para que no se le cortase la voz.

—Si no fuera porque el protocolo lo exige, habría invitado a menos de la mitad. Reconozco que no conocía a muchos de los que han asistido —continuó él.

Gabrielle contestó con un simple movimiento de cabeza. Nicholas sonrió ante lo evidente y se sentó en la cama frente a ella. Luego tomó una de sus manos aferrada a sus piernas y se la besó.

—Tranquila —le susurró acariciando su mano lentamente.

Gabrielle sintió que su caricia lanzaba olas de sosiego por todo su cuerpo y Nicholas aguardó paciente hasta que notó su respiración más pausada, tras lo que volvió a hablar.

—No pienso forzaros a nada —le dijo soltando su mano—. No pretendo que os entreguéis a mí esta noche.

Gabrielle lo miró sorprendida y llena de confusión.

—Os ruego que no me malinterpretéis. No os estoy rechazando —se apresuró a explicarle—. Al contrario, os estoy ofreciendo lo que creo que podría tener más valor para vos en este momento, todo mi tiempo.

—No os comprendo, mi señor.

—Sé que cumpliríais sin reparos con vuestros deberes como esposa y yo lo aceptaría gustoso si solo buscara cubrir mis necesidades como hombre, pero, en estos momentos, me urge más satisfacer la necesidad de mi alma. Para ser sincero, busco algo más de nuestro vínculo, algo más que la simple unión de dos cuerpos —habló con gran calma.

Gabrielle guardó silencio. Prefería dejarle terminar. Temía estar confundiendo sus palabras así que decidió no interrumpirlo.

—Dudo que esta noche podáis entregarme algo más aparte de vuestro cuerpo y de vuestra virtud, que, sin duda, serían el más preciado de los regalos. Sin embargo, hay algo que me dice que eso no sería suficiente ni para mí, ni para vos. Y sé que es una osadía por mi parte pretender que algún día podáis entregarme vuestro corazón por entero, pero sí espero que, al menos, se sienta preparado para aceptarme como esposo y como hombre.

Gabrielle no podía creerlo. De nuevo creyó que Nicholas tenía el poder de leer en su alma de una forma clara e inequívoca. ¿Acaso había escuchado sus pensamientos y sus plegarías de hacía unos minutos?

—Por mi parte, prometo esperar pacientemente ese momento y, si los Dioses me lo permiten, confío estar a vuestro lado cuando llegue ese día.

Sin más, tomó de nuevo su mano y la besó en la palma.

—Ahora descansad —dijo mientras con su pulgar acariciaba el lugar donde se habían posado hacía un instante sus labios—. Acordaos de que mañana debemos asistir al torneo que ha organizado Erick en nuestro honor.

—Que descanséis —asintió ella sonriendo tímidamente.

Nicholas respondió con otra sonrisa, tras lo que se levantó y, con paso decidido, se dirigió a la pequeña puerta que separaba las habitaciones por la que desapareció.

En cuanto escuchó cómo se cerraba la puerta, Gabrielle se dejó caer sobre la cama llena de alivio, pero también de confusión. ¿Era cierto lo que acababa de pasar hacía unos momentos en esa habitación o sus anhelos habían jugado con su subconsciente y había sido todo producto de su imaginación?

## Capítulo 8

Claire se detuvo frente a la puerta de la recámara de su prima, con el puño alzado. Dadas las circunstancias, quizás no era el momento apropiado para una visita matutina. Había decidido retirarse cuando, de repente, escuchó que se abría la puerta de al lado, encontrándose con Nicholas que la miró sorprendido al verla allí. Claire se reprendió a sí misma al pensar de nuevo en su intrusión.

—Buenos días, Majestad —le saludó rápidamente haciendo una profunda reverencia.

Nicholas sonrió.

—Alteza, teniendo en cuenta que ya somos familia y que os hospedáis en el castillo, hecho que confío será por una larga temporada, opino que podríamos saltarnos ese formalismo, ¿no creéis? —puntualizó con expresión confiada.

—Gracias por la deferencia, Majestad —sonrió Claire.

—No las merece. Además, de otro modo deberíais actuar igualmente con vuestra prima y creo que anoche quedó de manifiesto cuál sería el resultado.

Claire se sintió avergonzada al recordar su comportamiento poco decoroso de la noche anterior.

—No era mi intención incomodaros, Alteza —se apresuró él en

añadir—. Anoche era un motivo de celebración y vuestra actuación no desentonó en absoluto con el ambiente jocoso y animado propios de la ocasión. De hecho, me alegro de que os divirtierais —concluyó y ella asintió con la cabeza, algo más calmada—. Imagino que vuestra prima aún duerme —le indicó cambiando de tema—. Por favor, decidle que la espero en el comedor para desayunar.

Dicho eso, se retiró dejando a Claire sumida en la confusión. Cuando entró en la habitación halló a Gabrielle desperezándose.

—¿Con quién hablabas? —preguntó con voz somnolienta.

—Con tu esposo —respondió aún confundida.

—¿Sucede algo? —dijo al ver la expresión de su prima.

Claire se mantuvo en silencio mientras se acercaba a la cama para sentarse, tratando de ordenar sus ideas.

—¿Qué pasa? —le inquirió Gabrielle impaciente ante su silencio.

—¿Me equivocaría al pensar que Nicholas no durmió contigo anoche? —susurró insegura ante la suposición que se abría paso por su mente.

—Estás en lo cierto —afirmó con aire despreocupado.

—¿Cómo? —se sorprendió Claire y Gabrielle pasó a narrarle lo sucedido en la que debería haber sido su noche de bodas—. Aún no puedo creerlo —admitió sin ocultar su asombro cuando Gabrielle terminó su relato.

—Yo tampoco sé muy bien qué pensar —concordó Gabrielle—. No sé cómo tomármelo. Por un lado me aseguró que no era rechazo hacia mí pero no concibo qué motivo le llevó a no querer consumir nuestro matrimonio —reconoció un tanto avergonzada por el tema que estaban tratando.

—Yo sí creo entenderlo —aseguró firme y Gabrielle la miró incrédula.

—¡Ah, sí! Ilústreme —se mofó.

—Te está pidiendo que lo ames —sentenció Claire.

Gabrielle hizo estallar una carcajada.

—Claire, creo que aún te duran los efectos del hidromiel —se rio.

—No estoy bromeando, Gabrielle —la voz de Claire sonó seria—. Él mismo te dijo que esperaba algo más de vuestra unión, algo más allá de lo físico, algo espiritual. Qué más aparte del amor puede hacer que los lazos matrimoniales sean indelebles e irrompibles.

—No hay que ser tan místico, Claire. El respeto, la lealtad e, incluso, el afecto serían suficientes —respondió Gabrielle convencida.

—Me cuesta mucho creer que, precisamente tú, pienses que esas



puedan ser las bases de un matrimonio —se rio.

—En un matrimonio convenido, eso es más de lo que se pueda desear —afirmó Gabrielle con cierta aflicción.

—¿Me quieres convencer de que lo único que puedes llegar a sentir por tu esposo es “afecto”? —cuestionó haciendo hincapié en esa última palabra—. Pues déjame decirte que ya es un poco tarde para eso —se burló Claire y su prima le hizo una mueca—. Gabrielle sabes que tengo razón y el único motivo por el que intentas negarlo es porque estás enamorada de él y tienes miedo a su rechazo.

—¡Claire! —la reprendió Gabrielle.

—¿Acaso no ves que quizás él no te lo ha dicho abiertamente por el mismo motivo? —continuó, haciendo caso omiso a sus replicas y mohines—. Con certeza Nicholas piensa que, siendo tan breve el tiempo que os conocéis, es poco probable que sientas algo por él y prefiere mostrarse cauteloso y darte tiempo con la esperanza de que algún día le correspondas. Pero además, de esa forma, él también protege sus sentimientos frente a un posible rechazo por tu parte.

Gabrielle quedó muda ante tal razonamiento.

—Por eso no quiso que te entregaras a él; no quiere tu cuerpo únicamente sino tu corazón —concluyó Claire.

—¡Claire! —la espetó enrojecida.

—Piensa lo que te digo detenidamente y verás que tengo razón —añadió—. Por lo pronto vístete que tu esposo te espera a desayunar.

—¿Qué? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? —le exigió Gabrielle saltando de la cama mientras Claire la observaba sin parar de reír.

§ ~ \* ~ §

Con tantos caballeros y nobles reunidos en la arena, el torneo prometía ser todo un éxito. El palenque estaba repleto de estandartes, banderas, gallardetes y escudos de armas pertenecientes a los participantes que representaban a sus Reinos y Territorios en la contienda. Al ser por motivo de celebración, todas las armas eran simuladas para evitar heridas y daños en los combatientes, pero eso no le restaría vistosidad y emoción a los juegos.

En el tablado real, presidido por Nicholas y Gabrielle y custodiados por

Jordan, se encontraban Claire y su padre, Agatha, que seguía acompañada por el Duque Hrodgar como si fuera su sombra, los padres de Erick y, para descontento de Claire, la Princesa Adrienne y su padre. Observó cómo, a pesar de la indiferencia que mostraba Erick, Adrienne no hacía más que dedicarle sonrisas insinuantes, tratando de llamar su atención.

Erick, a pesar de haber organizado él mismo el torneo, participaba en los juegos. De hecho, en ese momento se encontraba en la liza escogiendo una de las armas sin corte para el combate a espada que tendría lugar a continuación. Claire se estremeció al ver como Zayev, blandiendo ya su arma, se aproximaba a la liza desde el otro extremo, el del contrincante. Aún recordaba lo enojado que se había mostrado con ella después del desayuno, reprochándole el haber abandonado la fiesta la noche anterior para volver del brazo de Erick, mientras él la había estado buscando por el jardín.

Sabía que aún estaba molesto pues las excusas que Claire le había dado no le habían parecido suficientes. Sin embargo, en cierto modo, a Claire no le preocupaba en demasía pues, en su opinión, sus explicaciones habían sido más que satisfactorias en aras de su compromiso de amistad para con él. En cualquier caso, le preocupaba que Zayev pudiera descargar su enojo con Erick, las armas podían ser corteses, pero un golpe con mala voluntad podía dejarlo maltrecho.

Adrienne volvió a agitar su pañuelo por enésima vez llamando la atención de Erick e indicándole que se acercase. El joven observó con desgana cómo la mayoría del público cuchicheaba mirando a la Princesa, así que ya no consideró oportuno el ignorarla por más tiempo. Mientras se acercaba al tablado, miró a Claire con ojos afligidos, casi con una disculpa, aunque no servía de mucho al ver lo apagado de su mirada oscura. Adrienne estaba empezando a resultar una molestia pues su acercamiento a Claire se estaba viendo empañado por el comportamiento de la Princesa.

—Deseo que llevéis mi pañuelo en prenda para que os dé suerte en el combate —le pidió en cuanto se acercó a ella.

Erick asintió tomándolo y volvió a dirigirse hacia la arena. Lógicamente, y para su disgusto, debía aceptar, no podía desairarla en público, pero al menos, no lo ató a su muñeca como símbolo de afecto a la dama dueña de la prenda, si no que lo ató en el mango de la espada. Ese gesto que daba un atisbo de alivio al tormento de Claire, supuso cierta indignación, aunque bien disimulada, para Adrienne.

Nicholas levantó su brazo indicando a los combatientes que tomaran sus posiciones y, cuando ambos se hallaban listos, lo bajó rápidamente, dando así comienzo al encuentro. Como eran juegos amistosos, la lucha acabaría cuando uno de ellos desarmara al otro o cuando le hiciera salir dos veces del ámbito marcado con cal en la liza.

Zayev comenzó el ataque. Sus lances eran poderosos, aunque Erick los esquivaba con maestría.

—El Príncipe Zayev tiene brazo potente —le comentó Hrodgar a Agatha.

—Sí —admitió ella —pero os sugiero que no perdáis de vista a mi primo, su agilidad y rapidez son asombrosas —le aclaró.

Jordan seguía de cerca la conversación de esos dos tratando de ocultar su mal humor. El hecho de no poder situar el rostro del Duque lo irritaba pues estaba completamente seguro de que lo había visto antes. Además, no ayudaba a su humor el hecho de que no se separara de la Princesa ni un momento. No hacía más que intentar adularla con su palabrería, cosa que le hacía gracia pues casi rozaba la fanfarronería en su afán por agradarla. En cambio, lo que sí le fastidiaba realmente era lo complacida que se mostraba ella. El por qué escapaba a su entendimiento pero el sonido de cada una de sus risas provocadas por la cháchara de aquel Duque le estrujaba las entrañas dolorosamente. Un grito de exclamación por parte del público le hizo fijarse de nuevo en la lucha. Al parecer, Zayev había golpeado a Erick en el brazo izquierdo con su espada, haciéndole perder el escudo y dejándolo adolorido.

—Vuestro amigo se toma el combate muy en serio —le indicó Nicholas a Claire.

—Eso parece —admitió ella preocupada.

Erick apartó rápidamente con el pie el escudo y tomando la espada con ambas manos, comenzó a moverse alrededor de Zayev. Debía reconocer que sus ataques eran decididos y firmes, y su energía parecía inagotable; era un buen adversario. Zayev, sin más dilación lanzó otro ataque, haciendo saltar chispas de la espada de Erick cuando lo recibió. Erick sabía que esa impetuosidad y esa fuerza eran buenas cualidades para un combate, pero no las únicas. Zayev prosiguió con sus ataques contundentes mientras Erick se mantenía a la defensiva. El saberse dominante le daba nuevos bríos a Zayev, por lo que sus embates se volvían cada vez más agresivos. El joven se alejó un poco para volver a arremeter con violencia y, de nuevo, Erick recibió su

golpe pero esta vez, con una gran muestra de agilidad y presteza, se apartó inmediatamente de él. La propia fuerza que Zayev asestó a su ataque y sin la espada de Erick para absorber esa potencia, hizo que su propio cuerpo se desequilibrase y cayese al suelo. Rápidamente, Erick apartó su espada con el pie mientras con la suya apuntaba sobre el pecho de Zayev, que lo miraba desde el suelo con los ojos llenos de furia, mientras el público rugía de excitación ante el desenlace del encuentro. Erick miró a su primo quien, asintiendo con la cabeza, anunciaba que, efectivamente, la lucha se había desarrollado de modo honorable y, por tanto, él era el ganador. Le ofreció la mano a Zayev para ayudarlo a incorporarse pero, tal y como Erick esperaba, la rechazó. Ambos se colocaron ante el cadalso real inclinándose mientras todos aplaudían en reconocimiento a los guerreros. Entonces, Erick miró a Claire que le sonreía mientras aplaudía como los demás; que aquellos ojos volvieran a dedicarle su brillo bien valían los golpes que Zayev le había asestado.

—Veo a que os referíais, Alteza —puntualizó Hrodgar.

—Ya os lo dije —sonrió Agatha mientras aplaudía a su primo—. Por cierto, tengo cierta curiosidad, Excelencia.

—Podéis preguntarme lo que deseáis —acordó complaciente.

—Habiéndome relatado varias de vuestras gestas y contiendas de las que habéis sido partícipe, algunas tan cruentas como la Batalla del Paso de Teschen, y entendiendo que sois un hombre de acción, me sorprende que no hayáis participado en los juegos.

“¿La Batalla de Teschen?”, pensó Jordan mientras les escuchaba lleno de confusión. Esperó que el Duque la corrigiera en su error, sin duda Agatha había confundido el nombre de la batalla en cuestión, pero esa corrección por parte del Duque no llegó jamás y solo se escuchó su risa presuntuosa.

—Reconozco que están resultando muy interesantes pero no lo suficientemente excitantes como para que me alienten a dejar vuestra compañía —murmuró insinuante.

—¿Y cómo deberían ser para alentaros? —susurró ella siguiendo su juego.

Agatha recibió una mirada de censura por parte de Nicholas. Aquel Duque desconocido no le inspiraba ninguna confianza y el hecho de que su hermana se mostrase tan cordial y entusiasmada con él no le agradaba en absoluto. Sin embargo, a ella no parecía importarle su opinión.

—Quizás si fuese otro el premio —sugirió él.

—¿Cómo cual? —quiso saber.

—Un beso.

—¡Excelencia! —exclamó Agatha con fingida reprobación.

—Por un beso vuestro lucharía con cualquiera que esté dispuesto a probar el hierro de mi espada —aventuró Hrodgar.

—Entonces no os importaría pelear conmigo, Excelencia —la voz de Jordan hizo que todas las miradas de los que estaban en aquel tablado se posaran sobre él.

No había terminado de hablar cuando ya se sintió arrepentido de lo que estaba diciendo. No podía entender el motivo de aquel arrebato suyo, quizás fue la palabrería de aquel Duque fanfarrón o esa risa femenina que seguía golpeando su pecho. De todos modos, ya era demasiado tarde para lamentarse y debería llegar hasta la última consecuencia en la que derivase su imprudencia.

—¿Contigo? —Hrodgar lo miró con desdén—. ¿Cómo te atreves? ¿No sabes que en un torneo solo pueden participar nobles y caballeros? —lo observó de pies a cabeza—. Y viéndote, no creo que seas ninguna de las dos cosas —dijo con sorna.

—Vos mismo habéis dicho que os enfrentaríais a cualquiera, Excelencia —respondió Jordan con seguridad—. Con esa afirmación vos mismo revocáis esa regla. Por otro lado —prosiguió—, como podéis comprobar, Asbath, la patria de Su Majestad la Reina, no ha tenido representante en el torneo. Si Su Majestad lo permite, sería un honor para mí representarlo.

—Un honor y una osadía —espetó con indignación—. Pretender enfrentarte a un noble...

Viendo que Nicholas no intervenía interrumpiendo ese enfrentamiento verbal entre ambos hombres, Jordan decidió continuar.

—Excelencia, en la arena poco papel tienen la nobleza y los títulos. Se miden el coraje y la valentía de los hombres, y eso no es exclusivo de la realeza —aseveró—. En cualquier caso, si vos pensáis que la sangre azul que pueda correr por vuestras venas influiría en el desarrollo de la contienda, ya no tenéis de que preocuparos, pues con seguridad os haréis con el triunfo. Como bien habéis dicho, no soy ningún noble, solo un simple guardia —le desafió mirando fijamente a sus ojos y, tras unos segundos, se colocó frente a Nicholas y se arrodilló ante él, inclinando su cabeza con humildad.

—Majestad, os ruego me concedáis el honor de poder representar a mi patria en este torneo en el que festejamos que Su Majestad se haya convertido en nuestro Rey.

—Levántate, Jordan —murmuró Nicholas tomándolo por el brazo para que se incorporara.

Gabrielle le lanzó una mirada exhortativa a su marido pues le preocupaba que se ofendiera ante la petición del muchacho, pero Nicholas le dedicó una leve sonrisa para calmar su angustia mientras se ponía en pie.

—Mi primo, el Príncipe Erick, ha organizado estos juegos con la única intención de entretener a los presentes y festejar, como broche a las celebraciones del día de ayer, ¿cierto? —preguntó dirigiendo la mirada a Erick que se había acercado al estrado al escuchar a Jordan.

Erick asintió firmemente mientras sonreía, preguntándose qué cariz tomaría la inusual petición del guardia. Por supuesto que no coincidía en absoluto con lo que afirmaba el tal llamado Hrodgar que, por cierto, le era del todo desagradable; al contrario, el discurso de Jordan le había resultado de una lógica irrefutable. A pesar del malentendido respecto a su comportamiento con Gabrielle de los primeros días, siempre se había mostrado impecable en su actitud, y el desafío lanzado al estrado del Duque había hecho que, sin duda, se ganase su simpatía. Ojala su primo lo dejara combatir y le diese una buena lección.

—Como bien ha puntualizado Jordan, Asbath no ha tenido representación en este torneo —concordó Nicholas—. Siendo en parte estos juegos en honor a mi esposa, no es justo que así sea. Teniendo en cuenta eso, el hecho de que, efectivamente, esto es para el divertimento general, y sin que sirva de precedente, no tengo inconveniente alguno en que participes en estos juegos —le confirmó a Jordan, para luego girarse hacia Hrodgar.

—Yo mismo he escuchado cómo le decías a mi hermana que lucharías con cualquiera —habló con dureza—. Como hombre de honor, deberías mantener tu afirmación y enfrentarte a *mi guardia* —resaltó Nicholas esas dos palabras, dándole a entender así a Hrodgar que, pretendiendo ofender a Jordan lo ofendía a él también.

—De acuerdo, Majestad —asintió contrariado—. Pero ya que accedo a un pedido tan poco común, creo que deberíais concederme cierta deferencia.

—¿Y cuál sería? —preguntó.

—Yo elegiré la suerte en la que nos enfrentaremos —propuso.

—Me parece justo —accedió Nicholas—. ¿Qué escoges?

—La justa —sonrió con perfidia.

Gabrielle trató de ahogar un gemido de preocupación, en realidad todos se habían sorprendido ante tal sugerencia e incluso Agatha lo miraba con turbación. Por un momento desvió su mirada hacia Jordan, al que no parecía afectarle lo que acababa de oír, pero Agatha pensó que hasta ahí había llegado la insolencia del guardia. La justa solía practicarse solo en torneos y no creía que Jordan hubiera participado en muchos, dado su estatus, así que su inexperiencia era casi una certeza. Además, solía evitarse en torneos amistosos pues, aunque la lanza fuese roma, las caídas del caballo eran muy frecuentes y el jinete podía resultar gravemente herido. Nicholas también lo miró con recelo, pero Jordan asintió aceptando el reto.

—De acuerdo —sentenció Nicholas finalmente—. Os recuerdo a ambos que se trata de un torneo amistoso. Se harán cuatro pasadas, cada toque al adversario será un punto pero, si alguno es derribado perderá la contienda. En caso de empate, lucharéis a espada.

Los dos hombres asintieron aceptando las reglas y se encaminaron a la liza, cada uno a un extremo para elegir la lanza. Pero antes, Hrodgar volvió sobre sus pasos y se dirigió a Agatha desde la arena.

—Alteza, ¿me ofreceríais vuestro pañuelo como prenda? —le pidió—. Sería mi amuleto.

—Por supuesto, Excelencia—. Agatha miró a Jordan por un segundo y vio como, apoyado en la lanza, los observaba con desgana.

La rabia se apoderó de ella y así se lo hizo saber con la mirada mientras le entregaba su pañuelo a Hrodgar. Deseó que el Duque dejase su amor propio por los suelos como castigo por su descaro. Hrodgar se encaminó de nuevo a la palestra, colocándose el pañuelo en la muñeca y dirigiéndole una mirada victoriosa al guardia. Jordan por su parte se mostró impassible aunque en su interior maldecía esa nueva faceta recién descubierta de su naturaleza, la impetuosidad, y todo provocado por aquella mujer coqueta y altanera. Miró el rostro afligido de Gabrielle y le dolió en lo más profundo. Sin duda tenía muchos motivos por los que ganar esa justa.

—Mi señor, quisiera pedirlos algo —susurró Gabrielle apenada.

—¿Qué sucede mi señora? —Nicholas tomó su mano preocupado.

—¿Puedo ofrecerle mi pañuelo a Jordan? —preguntó con aire inocente.

—Claro que sí —asintió sonriendo ante la candidez de su esposa. Vio

que no solo su afecto por el guardia si no la inquietud por su seguridad la incitaban a hacerle sentir respaldado y a él, lejos de molestarle, le pareció un gesto lleno de bondad.

Gabrielle se puso en pie produciendo un silencio generalizado en los presentes. Los murmullos no se hicieron esperar pues todos se preguntaban a qué se debía el comportamiento de la soberana. Entonces, Gabrielle miró a su esposo; quizás debería haber sido más cautelosa. Comprendió en ese momento a qué se había referido Jordan aquel día al decirle que su forma de actuar podía repercutir en su esposo. Nicholas, para consuelo de Gabrielle, pareció leer su pensamiento como acostumbraba a hacer y él mismo hizo un gesto a Jordan para que acudiera hasta ellos en muestra de apoyo por su proceder.

—Majestad —se inclinó ante Gabrielle.

—Quisiera que me honraras aceptando mi pañuelo —dijo dulcemente pero con decisión.

Jordan no pudo ignorar las murmuraciones a su alrededor y miró a Nicholas. Él asintió con la cabeza dando su aceptación, así que Jordan ofreció el mango de su lanza a Gabrielle, como señal de respeto, para que ella misma anudase el pañuelo.

—No dudo que dejarás en buen lugar la patria de tu Reina —le aseguró Nicholas, alentándolo.

—Gracias, Majestad —hizo una reverencia y caminó hacia su caballo.

El propio Capitán de la Guardia, Nigel, se había apresurado a traerlo de las caballerizas y prepararlo para él, incluso ya le ofrecía una cota de malla y la lorica para que protegiera su pecho y un yelmo. Jordan palmeó su espalda agradecido. Tantas muestras de apoyo le estaban empezando a abrumar, acrecentando su coraje, por lo que intentó por todos los medios que aquella fría mirada azul dejase de producir efecto en su buen ánimo.

Aprovechando ese momento en que los dos jinetes se acomodaban en sus respectivas monturas y se preparaban para iniciar la justa, Erick subió al tablado. Con el pañuelo en la mano se dirigió hacia Adrienne.

—Gracias, Alteza —le dijo devolviéndole el pañuelo.

Adrienne le sonrió, mirándolo a través de sus pestañas, y con un leve movimiento se desplazó en el banco dejando un hueco, invitándole a sentarse con ella. Erick sin embargo ignoró ese detalle y caminó hacia donde estaba sentada Claire con su padre.



—Alteza, ¿puedo tomar asiento? —preguntó.

—Por supuesto —respondió ella con sorpresa. Estaba completamente segura de que Erick iba a sentarse con Adrienne. Se movió acercándose más a su padre y le dejó un espacio a su lado.

—Enhorabuena, muchacho —le felicitó Richard—. Tu destreza es asombrosa.

—Me alabáis, Majestad —le agradeció.

En ese momento, Zayev accedió al cadalso y, al ver el lugar que Erick estaba ocupando, su expresión abatida se llenó de enojo. No tuvo más remedio que sentarse al otro lado de Richard.

—Bien hecho —felicitó a su hijo también Trystan que estaba sentado justo delante de Claire—. ¿Necesitas que le eche un vistazo a ese brazo?

—No te preocupes, padre —dijo restándole importancia.

—Yo creo que sería buena idea —bromeó Richard—. Personalmente he sufrido las consecuencias de la fuerza incontrolada de este muchacho y te aseguro Trystan que el hematoma tardó varias semanas en desaparecer.

Ambos reyes rieron ante el comentario.

—Creo que debes seguir practicando tu autodomínio —le palmeó Richard en el hombro a Zayev, que solo emitió un gruñido como respuesta.

—¿Os duele mucho? —le preguntó Claire a Erick al ver que se palpaba el brazo.

—Un poco, pero ha valido la pena —susurró él sonriendo.

—Pues no entiendo por qué pueda valer la pena exponerse innecesariamente con este tipo de juegos absurdos —le regañó ella.

—Es solo un deporte —se justificó.

—Un deporte muy violento —le corrigió—. No alcanzo a comprender el amor que le tenéis los hombres al peligro y los desafíos. Mirad a Jordan sin ir más lejos. Lo único que va a conseguir es que le rompan un par de huesos —concluyó con una mezcla de reproche y angustia.

—¿No creéis en sus habilidades? —dudó.

—¿Cómo se puede ser hábil en algo que se desconoce o no se practica?

—Pues para ser la primera vez que toma una lanza, no lo está haciendo nada mal —advirtió Erick mirando al muchacho que ya se hallaba en su montura al extremo de la palestra.

Jordan respiró profundo y notó como su pecho se apretaba contra la armadura. Era cierto que nunca había participado en una justa, pero había

presenciado muchos combates en Asbath pues el difunto Rey Alexandre sí era aficionado a este tipo de juegos. Además era diestro con las armas y en la lucha y, por otro lado, tenía muy claro su objetivo: golpear con fuerza sobre la armadura de aquel Duque jactancioso que se encontraba en el otro extremo de la liza.

Nicholas alzó su brazo indicando el inicio de la justa. El toque de trompas anunció la primera pasada. Jordan apretó su puño contra la lanza y azuzó a su caballo, con la mirada fija en el Duque a través de las aberturas del yelmo. Cuando ambos jinetes se encontraron en mitad del recorrido, Hrodgar estiró su brazo con fuerza y golpeó con su lanza en el hombro de Jordan, haciendo que su cuerpo girara debido a la violencia del ataque. Soltó al instante la lanza llevando su mano al hombro golpeado. Aquel maldito Duque no se andaba con rodeos.

Gabrielle tapó su boca con sus manos. Jordan no iba a salir bien parado de aquello y apartó un momento la mirada de la liza hacia su esposo.

—Mi señor, podríais pedirle a vuestro tío que revise a Jordan después de la justa, si es que sobrevive —dijo esto último casi en un susurro.

Nicholas lanzó una carcajada.

—Deberíais tener un poco más de confianza en Jordan, mi señora —le instó—. Y en cuanto a mi tío, le complacerá mucho si se lo pedís vos misma.

Gabrielle asintió y volvió la vista a la arena de nuevo. Jordan ya estaba preparado para el segundo embate. Sonaron de nuevo las trompas y espoleó con brío su caballo. Esta vez midió mejor la distancia y lanzó un golpe certero que se estrelló en la armadura del Duque. Uno a uno. Jordan sería un inexperto pero no se lo iba a poner nada fácil.

Con el tercero de sus ataques, Hrodgar hizo notar su ruindad al levantar su lanza buscando el rostro de Jordan, arrancando su yelmo que salió por los aires como consecuencia del golpe. El público abucheó al Duque sonoramente, pues a pesar de estar permitido, ese tipo de acción se consideraba un golpe bajo. Jordan perdió la orientación por un segundo, se sentía mareado, pero se aferró a las riendas de su caballo; por nada del mundo caería de su silla. Nigel se acercó a él rápidamente.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras le ayudaba a detener su caballo.

—Sí, el mareo se me pasará enseguida —dijo mientras restregaba sus sienes.

En ese momento, Nigel le alcanzó el yelmo.

—No —lo rechazó Jordan.

—¿Estás seguro? —le inquirió Nigel sin ocultar su desacuerdo.

Jordan se limitó a afirmar con la cabeza.

—Está loco —aseveró Erick riendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Claire sin comprender.

—Pretende enfrentar el siguiente embiste sin yelmo —le explicó aún divertido.

—¡Pero eso es una temeridad! —se escandalizó Claire—. ¿Y vos os reís? —le reprendió duramente—. Sin yelmo, otro golpe parecido al de antes podría matarlo.

—Tranquila, Alteza —la calmó—. Comprobaréis vos misma que esta imprudencia no es gratuita. Me es grato descubrir que su coraje, lealtad y audacia son equiparables.

—No os entiendo.

—Es un ardid —le aclaró a una Claire atónita.

Y así era. Jordan sabía muy bien la furia que había despertado en el Duque al retarlo y el enfrentarse a él tan desprotegido suponía una tentación, era una oportunidad perfecta para infligirle un gran daño y Hrodgar no perdería la ocasión. Jordan imaginó la mente retorcida del Duque disfrutando con anticipación.

Respiró profundamente esperando el cuarto toque de las trompas. Jaleó su caballo sin separar ni un instante su vista de su objetivo, sin apenas pestañear mientras se acercaba a él. En cuanto percibió que Hrodgar comenzaba a alzar su lanza buscando de nuevo su rostro, Jordan giró su cuerpo, consiguiendo así esquivarlo, enviando con este giro toda su fuerza hacia su lanza que reventó contra el centro de su pecho. Hrodgar no fue capaz de repeler tal choque y cayó de espaldas sobre la arena.

El público estalló en aplausos ante tal valentía. Incluso Nigel, en compañía de algunos guardias, ya alzaban a Jordan y lo llevaban en volandas hacia el tablado, sin preocuparse ni por un segundo por el vapuleado Duque cuyo orgullo estaba ahora por los suelos, al igual que sus nobles posaderas.

Jordan se arrodilló frente a Gabrielle, que no paraba de aplaudir llena de alegría y alivio, y le devolvió su pañuelo.

—Estoy tan orgullosa de ti, Jordan —exclamó Gabrielle, conteniéndose para no abrazar a aquel joven que quería como un hermano, tal y como habría hecho si no tuviera que guardar las apariencias.

—El pundonor de tu patria y de este Reino —le felicitó Nicholas.

—Gracias, Majestad —respondió Jordan poniéndose de pie.

—Agatha, ¿ya estáis preparada para hacer entrega del premio al ganador de la justa? —la voz de Adrienne resonó en el tablado dejando a todos sin habla.

—Nunca acepté esa condición —alcanzó a contestarle titubeando.

—Pero querida, estoy completamente segura de que, si el Duque hubiera resultado vencedor, os lo habría reclamado con plena justicia, y podría apostar a que vos habríais accedido gustosa —la sonrisa maliciosa de Adrienne no daba lugar a dudas de sus intenciones.

Por todos era sabido que envidiaba a Agatha por su gran belleza y había encontrado la excusa perfecta para dejarla en evidencia. Agatha, sin embargo, la miraba horrorizada.

—Por favor, Agatha, ¿acaso vuestra virtud reside en vuestros labios? —insistió Adrienne.

Agatha sabía que era una encerrona y de cualquiera de las formas quedaría en vergüenza. Su honorabilidad quedaría en entredicho si rehusaba pues era innegable que aquel enfrentamiento había sido producto de su propia coquetería. Pero, aceptar lo que Adrienne sugería era permitir a Jordan que la besara. Su cuerpo al completo se estremeció ante ese pensamiento. Era una bajeza dejarse besar por alguien inferior a ella. Sin embargo, el imaginar los labios de Jordan sobre los suyos hizo que algo se incendiase en su interior. El poder sentir sus fuertes manos sobre su piel despertó en ella un ardor que jamás había sentido y por un momento se hizo dueño de sus actos y sus palabras.

—Tenéis razón, Alteza —respondió fingiendo indiferencia ante el asunto—. No arriesgo ni mi virtud ni mi corazón con un beso y es lo justo ante su victoria. ¡Muchacho! —le llamó sin mirarlo y alzando su barbilla altanera—. ¿A qué esperas para buscar tu premio?

Jordan hizo gala de toda su voluntad para reprimir una sonrisa que luchaba por asomar a su boca. No, esto era demasiado. Así que la diosa de la vanidad era capaz de besarlo con tal de no dejar en tela de juicio su palabra. Y al parecer, él debía aceptar su favor como si fueran migajas, tratándolo con desdén, sin dejar nunca de lado su petulancia. Esa princesa engreída estaba llegando incluso a herir su orgullo masculino y no estaba dispuesto a permitirlo. Muy bien, el desafío había pendido sobre su cabeza desde que

llegó a ese castillo y había tratado por todos los medios de evitarlo. Sería el segundo reto en ese día y, como con el anterior, llegaría hasta las últimas consecuencias.

Sin vacilar caminó hasta ella, fijando su mirada en la suya y su frío azul ardía ahora, seguramente, de indignación. Posó sus manos en sus codos y la notó temblar ante su tacto, a causa, pensó, de la rabia. Jordan lo ignoró y poco a poco fue acercando su rostro al suyo, fijando ahora sus ojos en sus sonrosados y tentadores labios, y el temblor en ella se hizo más evidente. Jordan sonrió levemente mientras se acercaba cada vez más a su boca. Entonces, Agatha cerró fuertemente los ojos, casi apretando los labios, esperando que ese trance terminase lo antes posible y tratando por todos los medios de desviar su atención del calor que emanaba de esas manos varoniles sobre su piel. Su corazón, escapando a su control comenzó a golpear con fuerza en su pecho cuando el aliento de Jordan rozó su piel. Estaba tan cerca...

De repente, sintió que el rostro de Jordan se apartaba del suyo y notó de nuevo ese aliento pero, esta vez, cerca de su oído. Agatha abrió los ojos llena de confusión.

—Veo que os encanta que os traten como un trofeo —le susurró de forma casi imperceptible, tras lo que se apartó de ella. —Alteza —dijo dirigiéndose ahora a Adrienne—, si bien es cierto que soy el digno ganador de esta justa, no soy merecedor de un obsequio semejante. Un plebeyo como yo —prosiguió mirando de nuevo a Agatha—, no puede ser tan pretencioso y aspirar a probar la miel de unos labios tan inalcanzables para alguien de mi condición.

Dicho esto se inclinó ante ella y tomando una de sus manos se la besó. Si más dilación bajó del cadalso, alejándose, dejando a Agatha llena de furia mientras, entre los pliegues de su vestido, restregaba su mano con fuerza donde Jordan había depositado su beso hacía un instante. Jordan sin embargo, sintió la aprobación de los presentes con sus risas y aplausos y, aunque sabía que eso solo alimentaba su estúpido amor propio de hombre, se sintió complacido. La justa no sería el único reto del que saldría victorioso.

## Capítulo 9

Jordan caminó lentamente hacia la cocina mientras masajeara su dolorido hombro. Cuando Nigel, que estaba sentado a la mesa, lo vio entrar, no pudo contener el sonreír con mofa. Le hizo una seña para que se sentara a su lado mientras Erin, una de las doncellas, les servía el desayuno.

—Gracias a los Dioses que el Rey Trystan te revisó las heridas —le dijo Nigel—. Si la Reina no hubiera insistido para que te trataran esos golpes, hoy no te podrías mover —se rio.

Jordan lo miró haciendo una mueca.

—Aún no me explico qué fuerza imperiosa te obligó a actuar así —se maravilló el Capitán.

—Yo tampoco me lo explico —susurró Jordan, más para él que para que lo escuchase Nigel.

—Pero disfruté cuando le pateaste el trasero a ese sangre azul —le palmeó en la espalda haciendo que Jordan emitiera un gruñido de dolor.

—Oh, lo siento, Jordan —se disculpó Nigel—. Creo que hoy no deberías acudir a la instrucción —le sugirió—. Los hombres soportarán que por un día no sigas adentrándolos en el oscuro mundo de la intriga y el espionaje.

—¿Desapruebas mis métodos? —le cuestionó Jordan mientras llenaba

su jarra de vino dulce.

—Sabes que no y menos después de lo que me has contado —le aseguró.

—Entonces, ¿has hecho lo que te pedí? —le preguntó el guardia.

—Sí, Bruc partió de madrugada —le confirmó Nigel.

Jordan asintió antes de vaciar el contenido de su jarra.

—Aunque, como te dije ayer, creo que deberías poner al Rey al corriente —le advirtió el Capitán.

—No es necesario alarmar a nadie por una ligera sospecha —le contradijo.

—Sí, pero...

—Y te rogaría que no lo comentases con nadie —le interrumpió—. En caso de que fuera cierto, sería una complicación si llegase a oídos inadecuados.

Nigel concordó con un movimiento de cabeza.

—Por ahora, con estar alerta será más que suficiente —concluyó Jordan mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—. Te espero en el Patio de Armas.

—Muy bien. Creo que les pediré a los muchachos que lleven una vasija con linimento de laurel para el entrenamiento —se rio Nigel al ver su gesto dolorido al caminar.

Jordan le dedicó un mohín mientras salía de la cocina.

§ ~ \* ~ §

—Me consideráis demasiado ingenuo si pretendéis hacerme creer que ese es el único motivo por el que queréis quedaros —La voz de Zayev resonó en la antesala.

—¿Queréis hacer el favor de bajar el tono? —le reprendió Claire.

—¿Tenéis miedo de que me escuche vuestro Príncipe Erick? —inquirió con sarcasmo.

—Ya os he dicho que no hay tal cosa —le aseguró Claire—. Y sí, no quiero que nadie escuche nuestra absurda discusión, Alteza. Os recuerdo que somos invitados en este castillo.

—Sí, comportémonos, o de lo contrario, sus padres pensarán que una

princesa tan poco recatada es indigna de su petulante hijo —añadió él con tono hiriente.

—Zayev, ya es suficiente —exclamó Claire—. Estáis sobrestimando el concepto que tengo de nuestra amistad, además de sobrepasar el límite, aprovechando que os tengo estima y que no quiero ser descortés con vos —le reprochó.

—¿Descortés en qué sentido? —quiso saber él—. ¡Decídmelo de una vez! —insistió en vista de su silencio.

—Le he dado las explicaciones pertinentes a mi padre, como es mi deber —dijo Claire al fin—. Y os las estoy dando a vos sin necesidad de hacerlo pues no hay ningún tipo de vínculo entre nosotros que me obligue a ello, excepto el de nuestra amistad. Si vos pensáis que sí lo hay, me veré en la obligación de aclararos que no es así y de pedir os encarecidamente que os abstengáis de hacerme reproches que no os corresponden.

—Sí, tenéis razón al afirmar que no tengo derecho alguno para reprocharos nada —dijo entre dientes—, pero, tan cierto como que por mis venas corre la sangre de los Antiguos Reyes de los Territorios Gealach, que haré todo lo que esté en mi mano para que eso cambie.

Dicho esto, giró sobre sus talones y comenzó a bajar la escalinata hacia el patio exterior. Claire permaneció estática mientras lo observaba salir, sin terminar de explicarse a qué se debía ese cambio tan brusco en el joven. Zayev siempre se había mostrado afable y respetuoso y no entendía el porqué de su comportamiento tan tosco de esos últimos días. Claire escuchó pasos acercándose a ella y volvió su rostro para comprobar que era su padre.

—¿Has visto a Zayev? —le preguntó desde lejos.

—Te espera afuera, padre —le indicó.

—Muy bien—. Richard se detuvo ante ella.

—Gracias por permitirme permanecer un tiempo más aquí —sonrió Claire.

—No creas, no estoy del todo convencido —dudó Richard.

—Padre —quiso replicar Claire.

—De acuerdo —concordó reticente—. Dejaré que te encargues de esa escuela tuya. He de reconocer que ha estado funcionando bastante bien en Breslau.

—Y en Asbath —añadió con aire triunfal.

Richard resopló.



—Aún así, en cuanto lo organices todo, quiero que vuelvas a Breslau —le ordenó.

—¿Por qué la urgencia, padre? —preguntó ante tal seriedad.

—Hay otro asunto del que debes hacerte cargo —le informó.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Claire.

—A tu matrimonio.

Claire sintió que todo el aire de sus pulmones la había abandonado de súbito. No podía creer que eso estuviera pasando.

—Pero creí... —titubeó—. ¿Acaso me has concertado un matrimonio? —Claire hizo un gran esfuerzo por contener las lágrimas que inundaban sus ojos.

—No, hija —la contradijo rápidamente—. En su día te otorgué cierta libertad para ello y no pienso retirar mi palabra ahora —le aclaró—, aunque bien sabes cuál es mi preferencia.

—El Príncipe Zayev —susurró Claire bajando el rostro.

—Como ya te dije, estoy dispuesto a escuchar tu propuesta pues sé que te guiará tu buen juicio, pero no puedo esperar eternamente, Claire —objetó Richard.

—¿Me estás dando un ultimátum? —le reprochó.

—No es eso y lo sabes. Pero tienes que aceptar que tienes edad más que suficiente para casarte —añadió—. Solo quiero que empieces a tomarte ese asunto con la debida responsabilidad. Al fin y al cabo, en un futuro mi Reino pasará a manos del que sea tu esposo.

Claire no pudo discutir tal alegato pues, por mucho que le doliera, su padre tenía razón. Era su deber como Princesa heredera el unirse en matrimonio con alguien apropiado. Y visto así parecía un simple negocio, una simple transacción.

Era ese el motivo por el que se mostraba siempre tan estricta con Gabrielle y sus sueños de princesa romántica a la espera de su héroe. Eso estaba prohibido, no les estaba permitido. Eran ilusiones efímeras y tan frágiles como una burbuja de jabón y era insensato dejarse llevar por ellas pues resultaba mucho más doloroso al tener que enfrentar la verdadera realidad.

—Está bien. En cuanto organice la escuela regresaré a Breslau, completamente predispuesta a complacerte —aceptó al fin con resignación—. Pero tienes que prometerme que no aceptarás ningún compromiso en mi

nombre —le pidió.

Richard afirmó con la cabeza y se aproximó para abrazar a su hija.

—Te voy a extrañar —le dijo.

—Cuídate mucho, padre. Hasta pronto.

Richard besó a su hija en la frente y se separó de ella para marcharse. Claire lo vio dirigirse hacia Zayev, que lo esperaba al pie del carruaje. Claire se preguntó si habría sido preferible enfrentar de una vez su destino, en vez de dilatarlo al querer permanecer por más tiempo en aquel castillo.

§ ~ \* ~ §

Gabrielle respiró profundamente antes de llamar a la puerta. Hubiera preferido no encontrarse en semejante situación, pero no podía negarle nada a Claire. Además, sabía que esa idea repentina de formar la escuela había sido la primera excusa que le había venido a la mente al tratar de justificar frente a su padre sus deseos de alargar su estadía en Los Lagos.

La voz de Nicholas sonó desde el interior del escritorio instándole a entrar.

—¿A qué debo tan grata visita? —preguntó levantándose con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Quisiera discutir algo con vos —respondió.

—Decidme, mi señora —Nicholas le indicó que se sentará.

—En realidad, vengo porque quiero solicitar vuestro permiso, mi señor —rectificó dudando.

—¿Permiso? —preguntó extrañado—. ¿Para qué?

—Para formar una escuela —dijo quedamente—. Os aseguro, mi señor, que Claire sabe lo que hace —se apresuró a aclarar—. De hecho, sería la tercera escuela que formaría. En Asbath, los ciudadanos están muy contentos pues es una forma de que sus hijos más pequeños, que aún no están en edad de trabajar, estén atendidos y sean educados. Claire está muy entusiasmada y como siga así va a escolarizar cada Reino sobre la faz de la tierra. Le tengo dicho que...

Nicholas alzó su mano pidiéndole que detuviese tan atropellado discurso. Gabrielle guardó silencio bajando su rostro, al darse cuenta de que, de nuevo, se había excedido en su proceder.

—No lo creo necesario —le informó.

—¿Entonces no lo aprobáis? —le preguntó Gabrielle con una clara nota de decepción en su voz.

—Quiero decir que no es necesario que pidáis mi consentimiento para tomar ese tipo de decisiones. Sois soberana de estas tierras y tenéis el justo derecho de decidir —le aclaró.

—Pero soy inexperta, mi señor, y me aterra el errar en mi decisión y llegar así a perjudicar el futuro de nuestro pueblo —admitió resignada.

—No creo que una escuela sea algo que pueda perjudicar a nuestro pueblo, más bien todo lo contrario —la contradijo sonriendo.

—Sabéis a lo que me refiero —quiso insistir—. No podéis negar que conlleva una gran responsabilidad.

—Disculpadme —le dijo—. Y sí, claro que os entiendo. Muchas veces me he encontrado en ese tipo de situaciones, en tesituras de cierta índole y sin una mano amiga que se tienda ante ti indicándote el camino a seguir.

Gabrielle asintió y fijó sus ojos en sus manos que descansaban sobre su regazo, pensativa.

—¿Sucedo algo, mi señora? —se preocupó Nicholas al ver su expresión.

Gabrielle vaciló antes de continuar.

—Pensaba que, además de soberanos, somos esposos y como tales deberíamos apoyarnos —dijo sin levantar su mirada.

Nicholas no pudo ocultar su asombro ante tal afirmación.

—Ya sé que me resultaría mucho más útil vuestro consejo dada mi inexperiencia que el que yo pudiera daros —reconoció Gabrielle—. Solo puedo ofrecer una visión diferente a la vuestra que tal vez os diera algo de claridad en momentos de indecisión —concluyó tímidamente.

—¿Vos compartiríais conmigo vuestras inquietudes e ideas? —preguntó Nicholas con cierta expectación en su voz.

—Si vos quisierais escucharlas —titubeó.

—Estaría encantado, mi señora —sonrió Nicholas y Gabrielle le devolvió la sonrisa—. No dudaré en llamaros cuando algún asunto de estado me aflija.

—Espero no induciros a enemistaros con todos los Reinos colindantes y provocar una guerra entre ellos —alegó con preocupación.

Nicholas no pudo evitar reír con su ocurrencia.

—Aunque dudo que se diera el caso, tengamos un poco de confianza en nuestro juicio —dijo aún riendo.

Gabrielle rio también en respuesta.

—¿Entonces aprobáis la idea de la escuela?

Nicholas la miró disconforme.

—Creo que es un buen momento para poner en práctica el pequeño acuerdo que acabamos de establecer.

Gabrielle sonrió tímidamente mientras asentía.

—¿Apoyáis mi decisión, mi señor? —reformuló la pregunta.

—Por supuesto, mi señora —afirmó Nicholas con satisfacción—. Es más, os aconsejo que ocupéis la sala cercana a la que mi tío utiliza como dispensario. Tiene muy buena luz y está en desuso actualmente.

—Muchas gracias —le sonrió Gabrielle mientras se levantaba—. Si no necesitáis de mi “visión”, me retiro —añadió con gracia.

Nicholas sonrió ampliamente. Sin duda aquel ángel de ojos grises había llegado a su vida para alegrar sus días y llenar de calor su corazón.

—Por desgracia la tarea que me ocupa es bastante tediosa, pero cuando me halle ante un asunto más interesante os lo haré saber —le dijo mientras se acercaba para tomar su mano y acompañarla a la puerta. —Os veré en la comida —susurró mientras besaba su mano.

—Hasta entonces —se despidió ella antes de cerrar la puerta.

Nicholas volvió a su mesa con el corazón palpitante ante esa nueva esperanza que se abría paso ante él. Puede que no fuera más que un pequeño acercamiento en su relación, un pequeño lazo que unía un poco más sus almas, pero era más que suficiente para alimentar su anhelo por conseguir el amor de Gabrielle, que era lo que más deseaba en el mundo.

§ ~ \* ~ §

—No puedo creer que no lo hayáis escuchado —dijo la Princesa Adrienne mientras ojeaba con gesto aburrido uno de los tomos que había sobre la mesa—. Siento curiosidad por saber a qué se han debido tales reproches.

Erick guardó silencio mientras continuaba con su lectura, mostrando así su indiferencia ante el monólogo de Adrienne. Sin embargo, ella no tenía

intención alguna de darse por aludida.

—Y os aconsejo que no esperéis que la Princesa Claire acuda a vuestra “cita” —insinuó continuando con su malintencionado discurso—. Ha de estar francamente afligida después de conocer la noticia.

Para su satisfacción, su malicia tuvo efecto, haciendo que Erick, al fin, apartase la vista de su libro.

—¿Y qué noticia podría ser esa para que, según vos, esté tan afligida? —la inquirió.

—En cuanto vuelva a Breslau deberá contraer matrimonio —dijo de modo premeditado y sin ninguna dilación, observándolo detenidamente, estudiando sus reacciones. Le complació ver cómo se tensaba su mandíbula y cómo emblanquecían sus nudillos mientras apretaba sus dedos contra el libro. Su intención era provocarlo y lo había conseguido.

—Imagino que el Príncipe Zayev será el afortunado, pero no podría asegurarlo —añadió la Princesa con suspicacia.

—¡Pero Alteza! —exclamó Erick con fingido asombro—. Realmente no puedo creer que hayáis fallado en la misión que vos misma os habéis impuesto de alcahueta —le recriminó con sorna, haciendo que Adrienne palidiera ante una acusación tan certera.

—Deberíais agradecerme que os ponga sobre aviso —trató de defenderse—. Como amiga vuestra me afecta veros perder el tiempo con la Princesa o peor aún, veros hacer el ridículo.

—Alteza, en cuanto a lo que al ridículo se refiere, no hace falta que miréis tan lejos —sentenció Erick.

—¿Qué queréis decir? —preguntó haciéndose la ofendida.

—Perdonadme, Alteza, pero si vos no veis reprochable vuestro comportamiento, yo no soy quién para hacerlo —se disculpó. Por mucho que la actitud de la Princesa fuese reprobable no tenía derecho a desquitarse con ella, a pesar de que ella misma lo provocase con sus insinuaciones con respecto a Claire.

—Podríais serlo si quisierais —dijo de modo insinuante mientras se acercaba a él—. Creo que he dado claras muestras de mi interés por vos y me atrevería a decir que yo no os soy del todo indiferente —sugirió Adrienne mientras se aproximaba más y más a él.

—Por favor, no continuéis —le pidió apartándose bruscamente de ella—. No puedo permitir que prosigáis en vista de que, definitivamente,

habéis malinterpretado mis atenciones para con vos.

Adrienne lo miró confusa.

—El único interés que tengo en vos es el de vuestra agradable compañía, nada más —sentenció Erick.

—No os entiendo —balbuceó.

—Creo que habéis confundido mi caballerosidad con otro tipo de muestra de afecto o galantería —le aclaró.

Adrienne palideció al sentirse ciertamente rechazada. No era tan ingenua como trataba de aparentar. Por estar cerca de él, había hecho caso omiso a su indiferencia, indiferencia que casi se había tornado en frialdad y desdén en esos últimos días. Y estaba completamente segura de cuál era el motivo.

—Seguro que la Princesa Claire tiene algo que ver con este cambio en vuestra actitud —la culpó mientras apretaba los puños contra su cuerpo que temblaba de forma incontrolada por la ira y la rabia que la invadían.

—Alteza, cómo sería eso posible si vos misma me habéis informado de que va a casarse en cuanto se vaya —la contradijo.

—Ya pero...

—Os lo ruego, Alteza, no quiero parecer grosero con vos —le pidió—. No tengo intención alguna de censurar vuestro comportamiento, al contrario, disculpadme por no haberos comprendido antes y así sacaros de vuestro error.

Adrienne aflojó sus puños al sentirse derrotada. Era absurdo seguir negando lo evidente: Erick no la amaba, no lo había hecho nunca y era estúpido querer forzar la situación, intentando provocar algo que nunca ocurriría. Al contrario, si continuaba por ese camino lo más probable sería que finalmente perdería su amistad que sí parecía ser sincera. A pesar de su propósito claro de querer molestarlo hablándole de la Princesa Claire de ese modo, él se mostraba cortés y respetuoso y, aunque la estaba rechazando, trataba de hacerlo del modo más suave posible.

—Sabéis, de repente estoy empezando a sentir una gran nostalgia de mi hogar —sonrió ella con tristeza—. Creo que trataré de convencer a mi padre para que nos vayamos hoy mismo.

—Alteza...

—De hecho, este es un buen momento para despedirnos, ¿no creéis? —le cortó mientras alargaba su mano—. Confío en que volveremos a

encontrarnos —le dijo sin ninguna sombra de rencor en su voz.

—Por supuesto —respondió tras besar su mano.

Y sin más, Adrienne abandonó la biblioteca. Erick sintió que un sabor agrisado acudía a su garganta y una mezcla de sentimientos difíciles de ignorar. No podía evitar sentir pena por Adrienne al haber roto sus ilusiones y casi se sentía culpable al haber pensado en ella como un estorbo en su relación con Claire. Fue ahí cuando ese sabor en su garganta se tornó amargo, recordando lo que Adrienne le había revelado. ¿Sería cierto que Claire debía casarse? Y nada menos que con el Príncipe Zayev. Si tal y como había dicho la Princesa, ella estaba tan afligida, sería porque estaba en desacuerdo con esa unión pues, de lo contrario, se habría marchado con su padre, ya que su matrimonio sería un asunto más importante que su idea de formar la escuela. ¿Le daba eso alguna posibilidad?

Miles de ideas acudían a su mente y ninguna de ellas le ayudaba a explicar su incertidumbre. Deseaba que Claire llegara cuanto antes y poder disipar sus dudas. Verdaderamente se estaba retrasando. Quizás Adrienne tenía razón después de todo al afirmar que no acudiría a su cita, y Erick había empezado a perder las esperanzas cuando escuchó que se abría la puerta. Su corazón comenzó a palpar con fuerza en su pecho al verla por fin.

—Temí que ya no vinierais —respiró con alivio.

—Disculpadme, Alteza. Me he entretenido dándoos indicaciones a las muchachas para que acondicionen correctamente la sala que vamos a utilizar para la escuela —le explicó.

—Ya veo —sonrió Erick—. Dejadme que os felicite por tan brillante idea.

—Gracias —sonrió Claire. Pero era una sonrisa tan apagada.

Erick contempló esa mirada carente ahora de su usual brillo y su semblante mucho más pálido de lo habitual. Por un momento pensó que no estaba afligida, si no, enferma.

—Alteza, ¿os encontráis bien? —quiso saber Erick—. Estáis pálida. Si queréis puedo hablar con mi padre.

—No os preocupéis, os lo ruego. Quizás me ha afectado un poco la despedida con mi padre —mintió Claire y, a pesar de su esfuerzo, no pudo impedir que Erick se diera cuenta de ello. Sin embargo, él no quiso contradecirla.

—En cualquier caso, podemos dejar la lectura para otro día si os sentís

indispuesta —insistió Erick.

Claire negó rápidamente con la cabeza y se dirigió hacia un estante para tomar un libro, tratando de evitar por todos los medios la mirada de Erick. Pero en cuanto empezó a leer, su mente se abstraigo y comenzó a recordar la conversación que había tenido con su padre.

—Podría asegurar que no sois capaz de recordar ni una sola palabra de lo que acabáis de leer —la interrumpió al cabo de un momento un Erick sonriente.

—Lo siento, Alteza —se disculpó Claire—. Creo que hoy no soy una buena compañía para nadie —suspiró dejando el libro sobre la mesa.

—Tengo una idea —dijo tendiendo su mano—. Acompañadme.

Claire, sin saber que se proponía, tomó su mano y le siguió. Erick abrió lentamente la puerta de la biblioteca y se asomó.

—No hay nadie —susurró—. Seguidme.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

Erick hizo un gesto para que guardase silencio y la instó a seguirle. Recorrieron con sigilo los corredores del castillo, siempre deteniéndose en cada esquina para cerciorarse de que no había nadie. Cuando Claire se quiso dar cuenta, estaban frente a la recámara de Erick. Quiso protestar pero Erick la hizo entrar.

—Alteza, me habéis traído a vuestra habitación —exclamó.

—¿Acaso teméis...?

—Claro que no —le espetó Claire—, pero no es correcto.

—Alteza, llevamos varios días reuniéndonos a solas en la biblioteca y no os ha parecido mal —puntualizó Erick.

—Sí, pero no es lo mismo —titubeó ella.

—Puedo llenar toda la estancia de libros si así os sentís más cómoda —bromeó él.

Claire sonrió tímidamente.

—¿Entonces por qué habéis procurado que nadie nos vea? —le insinuó.

—Porque hay algo que quiero enseñaros... solo a vos —sonrió.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

Erick se acercó hacia un pequeño mueble de madera, que se hallaba bajo uno de los ventanales y que tenía una pequeña banqueta a sus pies. Le indicó a Claire que se acercará y levantó la tapa superior que lo cubría.

—Es un clavicordio —exclamó Claire alargando inconscientemente su



mano para tocar las teclas de aquel extraordinario instrumento.

—¿Lo conocéis?

—Bueno, he leído sobre ellos pero nunca había visto ninguno —le dijo.

—Mi padre me lo mandó traer de Sephos —le explicó.

—¿Y lo tenéis aquí y no en vuestro castillo? —preguntó extrañada.

—Bueno, en realidad me trajo dos —admitió con gesto de culpabilidad.

—Muy inteligente por parte de vuestro padre —concordó Claire sonriendo al pensar que Erick pasaba casi más tiempo allí que en Meissen.

—Eso parece —le sonrió Erick haciendo una pequeña mueca.

—¿Y sabéis tocar?

Erick asintió con la cabeza.

—¿Tocaríais para mí? —le pidió emocionada.

—En realidad no me gusta hacerlo en público —respondió viendo como la decepción apagaba más su ya sombría mirada—, pero haré una excepción por vos. Ojalá consiga animaros un poco y vuelva el brillo a vuestros ojos —susurró.

Entonces Erick tomó la butaca situada al lado de la cama y la colocó cerca de la banqueta.

—Sentaos a mi lado, por favor —le señaló Erick, y Claire asintió obedeciéndole.

Erick posicionó sus manos sobre el teclado y comenzó a presionar las teclas con destreza, arrancando de ellas la más dulce de las melodías; la música que escapaba de aquel instrumento llenaban la habitación de magia de una forma casi irreal. Pero lo que más sobrecogió a Claire no fueron aquellas notas que inundaban sus oídos sino aquella voz aterciopelada que ahora sonaba embargando por completo todos sus sentidos. Claire quedó instantáneamente cautivada, hechizada por aquella voz que acariciaba con su timbre la más bella canción que jamás hubiera escuchado. En ella, un joven le confesaba sus sentimientos a su amada, prometiéndole su fidelidad y su corazón eternamente a pesar de lo prohibido de su amor. Y Claire sintió la desdicha de aquel amor maltrecho como si ella hubiera sido aquel joven.

Con la última nota que aún resonaba en el aire, una pequeña lágrima escapó de los ojos de Claire surcando su mejilla. Supo entonces la respuesta a la pregunta que la había estado persiguiendo durante todo el día. En ese preciso instante, se arrepintió de no haberse marchado aquella mañana con su padre y así abandonar de una vez por todas ese castillo, aquel Reino y a

aquella tortura a la que ella misma se estaba sometiendo al quedarse allí por más tiempo. Estaba completamente segura de que su amor por Erick era mucho más profundo, más fuerte de que lo ella jamás hubiera imaginado. Nunca pensó que su corazón fuera capaz de sentir con tanta intensidad. Y al quedarse, lo único que iba a conseguir era que ese amor creciera con más y más vigor. ¿Cómo iba a enfrentarse después a una vida sin él, casada con alguien a quien no amase? ¿Cómo iba a arrancarse ese amor que cada vez se aferraba más a su esencia y a su ser?

Erick se giró para mirarla tratando de averiguar por su expresión si la melodía había sido de su agrado, para ver con sorpresa cómo la humedad de sus lágrimas recorría su rostro.

—Alteza, ¿qué os sucede? —le preguntó alarmado.

—Nada —negó ella apartando su rostro de él.

Erick tomó su barbilla y la obligó a mirarle.

—Os lo ruego, decidme que os hace sufrir de esa manera —le pidió en un susurro.

Claire se levantó con la intención de alejarse de él, pero Erick la siguió y se lo impidió sujetando su brazo con suavidad.

—Os lo suplico —insistió.

Claire se soltó lentamente del tacto de esos dedos que amenazaban con incendiar su piel pero se mantuvo de espaldas a él. Cerró los ojos en un suspiro tratando de sosegar.

—¿Nunca habéis querido escapar de esta jaula de oro con la que está disfrazada nuestra vida? —le dijo por fin—. Huir de ese destino que quedó escrito, impuesto desde nuestra cuna.

Erick se mantuvo en silencio, dejándola continuar y rezaba por que lo hiciera. Deseaba con todas sus fuerzas saber el porqué de aquella tristeza infinita que le hacían a su corazón encogerse, que le hacía anhelar el tomarla entre sus brazos y dejarla llorar sobre su pecho hasta que no le quedasen lágrimas por derramar.

—Sabéis, quizás lo desaprobéis pero envidio la vida sencilla y libre de los campesinos, en verdad los admiro —continuó, con las lágrimas brotando de sus ojos sin cesar—. A pesar de tener que trabajar duro de sol a sol o de deberse a su señor feudal, son libres de vivir como prefieran, de amar a quien quieran, de unir sus vidas con quien elijan.

En ese momento Erick tuvo la absoluta certeza de que todo lo que le

había dicho Adrienne era verdad; Claire tenía que casarse. Sintió que aún sin tenerla, se le estaba escapando de las manos, como humo que se diluía entre sus dedos.

—¿Qué haríais, Alteza? —le preguntó Claire de repente, girándose para mirarlo, con su llanto surcando sus mejillas—. Imaginaos que, por algún misterioso hechizo, os asegurasen que, hicierais lo que hicierais, no dañaríais a vuestros seres queridos, ni tendría consecuencia alguna en vuestro mundo, y que la vida continuaría como si nunca hubiera pasado. Decidme, ¿qué es lo que más desearíais hacer en el mundo? ¿Qué haríais? —le demandó con intensa insistencia.

A Erick no le hizo falta alguna el pensarlo, solo permitió que su cuerpo se dejara guiar por ese deseo que, cual un impulso nervioso, hizo que todas las células de su ser obedecieran de forma inconsciente. La tomó entre sus brazos y la besó. Sabía que en cualquier momento ella se apartaría de él, que lo rechazaría, por lo que trató de memorizar la forma y el sabor de esos labios que, aún mezclándose con la sal de sus lágrimas, eran deliciosos y embriagadores, como ambrosía de los Dioses, y la apretó más contra su pecho como si así pudiera dejar grabado en su piel el calor de su cuerpo. Quizás solo pasarían un par de segundos antes de que ella lo abofeteara por su osadía pero, aún siendo fugaz, esculpiría ese momento en su mente para conservarlo como el más preciado tesoro.

Sin embargo, esa bofetada no llegó nunca, ni tampoco esa lucha por apartarlo que él esperaba con tanto temor. Cuanto más insistentes eran los labios de Erick más se aferraba ella a su abrazo, sintiéndola temblar entre sus manos, sintiendo el latido de su corazón casi dentro de su propio pecho. Erick trató de alargar ese beso lo más que pudo, por el miedo a que todo fuera un sueño o solo ese misterioso embrujo del que ella había hablado, por miedo a que esa felicidad se la llevara el viento como a las hojas el otoño.

Cuando al fin su aliento entrecortado les hizo separar sus labios, miró en sus ojos oscuros tratando de encontrar cualquier atisbo de arrepentimiento, culpabilidad o desaprobación. Pero, por el contrario, los encontró más bellos y más brillantes que nunca. Pudo leer claramente la esperanza, la ilusión, el anhelo en ellos, lo que hizo que Erick no dudara ni un segundo más.

—Os amo, Claire, ardientemente —le confesó—. Decidme que también me amáis, decidme que no es tarde para nosotros.

Claire no pudo contestar, simplemente se lanzó a sus brazos, hundiéndose

su rostro en su pecho, temiendo morir de tanta felicidad.

—Claire—. Erick contuvo el aliento.

—Sí, Erick, os amo, con todo mi corazón.

Erick suspiró con alivio y la abrazó con fuerza, dando gracias por ser tan afortunado.

—¿Es cierto que debéis casaros con el Príncipe Zayev? —le preguntó con temor.

—¿Cómo...?

—¿Es cierto? ¿Estáis comprometida? —insistió tomando su rostro, obligándola a mirarle.

—Es cierto que mi padre desea de que me case con el Príncipe Zayev, pero ya os dije que me escucharía antes de decidirlo —le respondió.

—Entonces —Erick se arrodilló ante ella y tomó sus manos—, ¿me otorgaríais la dicha de aceptarme como vuestro esposo?

Claire se arrodilló frente a él y lo besó con pasión mientras lo abrazaba, hundiendo sus dedos en su cabello cobrizo.

—Lo tomaré como un sí —bromeó él sobre sus labios.

—Erick... —se quejó Claire levantándose para alejarse de él.

—No —rio yendo tras ella. Tomó su mano deteniéndola y la rodeó con sus brazos—. Estáis loca si pensáis que vais a escapar de mí tan fácilmente.

—¿Y qué haréis para evitarlo? —dijo con sonrisa traviesa.

Erick no contestó, cubrió su boca con la suya como respuesta, la mejor que podía darle.

## Capítulo 10

—Creo que deberíamos irnos ya. Seguro que nos están esperando para servir la cena —dijo Claire sobre los labios de Erick que hizo caso omiso a su sugerencia, atrapando de nuevo su boca en un beso. No quería, no podía separarse de ella. La dulce ambrosía que le regalaban esos labios estaba empezando a convertirse en una necesidad—. ¿Habéis escuchado lo que os acabo de decir? —insistió.

—Digamos que no me gusta lo que oigo, así que prefiero ignorarlo —bromeó, sin apenas separarse de su rostro—. Mejor repíteme lo que me dijiste hace un momento.

—Os amo —susurró Claire.

—Es música para mis oídos —suspiró Erick depositando otro dulce beso sobre sus labios—, pero, ¿no va siendo hora de que me tutees? Vamos a casarnos.

—No sois mi prometido... todavía —puntualizó Claire con una sonrisa insinuante—. Y creo que seguiré tratándoos de vos hasta entonces. ¡No! —añadió—, acabo de decidir que hasta que nos casemos —bromeó.

—¡Ni hablar! —exclamó Erick separándose de ella exagerando con aire teatral su desaprobación, provocando la risa de Claire.

—¿Os ofendo, mi señor? —preguntó entre risas.

—Claire, no hables así por favor, me recuerdas a mi primo —dijo

riendo también mientras tomaba su mano para, por fin, encaminarse juntos hacia el comedor.

—Pues a mí me parece un gesto muy romántico —admitió Claire.

—Será muy romántico pero tienes que reconocer que son un par de tontos —concluyó Erick.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber.

Erick se detuvo repentinamente soltándola, abriendo los brazos y mirando al cielo con fingido gesto de alivio.

—¡Por fin! —exclamó de nuevo con ese exagerado gesto teatral—. ¡Gracias a los Dioses! Realmente pensé que me ibas a tratar de modo formal hasta nuestra boda —mintió.

Claire golpeó levemente su brazo como reproche por su broma, mientras Erick tomaba de nuevo su mano entrelazando sus dedos para iniciar de nuevo su paseo.

—No me has contestado —le recordó.

—Bueno, quizás he sacado conclusiones demasiado precipitadas al suponer cuáles son los sentimientos de tu prima —confesó Erick—, aunque no creo equivocarme después de comprobar cómo mira a Nicholas —insinuó, a lo que Claire concordó asintiendo con la cabeza—. Lo que sí puedo asegurar es que él la ama, incluso más de lo que él mismo imagina.

—¿Lo ha admitido frente a ti? —exclamó Claire con cierta excitación en su voz.

—En realidad no —admitió—. La única vez que hemos hablado sobre eso fue al día siguiente de vuestra llegada, aunque reconoció haber quedado muy impresionado con ella.

El semblante de Claire se tornó serio, con un deje de decepción.

—Pero no hace falta que lo diga —añadió Erick—. Lo conozco lo suficiente para asegurarlo, además de saber que no se lo ha confesado a ella por miedo a que lo rechace.

—Eso mismo le dije yo a Gabrielle —afirmó Claire sorprendida, aún más convencida de las suposiciones Erick—. Ella tampoco se atreve a admitirlo por el temor de la decepción. Gabrielle había depositado muy pocas esperanzas en cuanto a este matrimonio y no quiere convencerse todavía de que estaba equivocada.

—¿Lo ves cómo son un par de tontos? —confirmó Erick—. Me pregunto qué tendrá que pasar entre ellos para que al fin se decidan a ser

sinceros, primero con ellos mismos y luego el uno con el otro.

—Tienes razón —coincidió Claire.

Tan absortos estaban en su conversación que no advirtieron que habían llegado al comedor hasta que, casi llegando a la mesa, percibieron las miradas llenas de asombro de todos sus familiares, que observaban de qué modo tan poco “decoroso” se hallaban entrelazadas sus manos.

—Querido, creo que nuestro hijo tiene algo que decirnos —advirtió Gladys con una sonrisa complaciente.

El comentario hizo enrojecer a Claire profundamente y soltó la mano de Erick con rapidez. Erick volvió a tomarla mientras todos, incluido él, reían ante su actitud. Le dio un leve apretón para infundirle confianza y se dirigieron hacia donde estaban sus padres. Ni siquiera habían hablado de ello, pero era absurdo mantenerlo oculto a su familia.

—Padre, madre, amo a Claire y tengo el firme propósito de hacerla mi esposa —les anunció con seriedad—. Ella me ha aceptado, así que espero contar con vuestro consentimiento para pedirle al Rey Richard la mano de su hija en matrimonio.

—Claro que sí —respondió rápidamente Gladys con una gran sonrisa y su voz impregnada de emoción.

—Creo que, si me niego, podrías heredar el trono de inmediato pues tu madre es capaz de asesinarme si me opongo —bromeó Trystan al ver lo complacida que se había mostrado su esposa ante tal unión—. Por supuesto que tienes mi apoyo —afirmó finalmente.

—Cuánto me alegro —exclamó Gabrielle, que se levantó para abrazar a su prima.

—Erick, podrías haberte decidido antes y haber hablado con tu futuro suegro hoy mismo —dijo Nicholas en tono jocoso. Erick le hizo una mueca en respuesta a su broma.

—No importa, mañana mismo le escribiré una carta —le respondió Claire.

—¿No prefieres que lo haga yo para pedir su consentimiento formalmente? —preguntó Trystan.

—Si no os importa, quisiera ser yo quien le diera la noticia, Majestad —respondió.

—Claire, ya que vas a casarte con Erick, podemos dejar el protocolo a un lado —concedió Trystan.

—Esa batalla no será tan fácil de ganar —le aseguró Erick recordando su conversación de momentos antes.

—Qué extraño. Yo no tuve que insistir mucho —añadió Nicholas con gesto despreocupado.

—¿Ah, no? —se sorprendió Erick que miraba de modo inquisitivo a una enrojecida Claire.

—Te recuerdo que soy el estratega de la familia —apuntó Nicholas sonriendo con aire de superioridad.

—Pues me gustaría saber qué tipo de estrategia usasteis con mi prometida, *Majestad* —inquirió Erick ofendido.

El semblante de Claire ahora se mostraba pálido, no alcanzando a comprender a qué se debía el enfrentamiento entre los dos hombres.

—Cuando quieras te puedo...

—¡Basta! ¡Los dos! —les recriminó Agatha con firmeza y ambos comenzaron a reír sonoramente—. Tranquila, Claire —se dirigió ahora a ella—. Con el tiempo aprenderás a entender el humor de este par de mentecatos —le explicó mirándolos con desaprobación.

—Discúlpame —le dijo Erick a Claire, a la que ya le había vuelto el color a sus mejillas.

—Sí, por favor, discúlpanos —le pidió Nicholas y ella asintió con una tímida sonrisa.

—¿Y dónde vais a celebrar la ceremonia? Tendremos que empezar con los preparativos —asumió Gabrielle entusiasmada.

—Buenas noches, con permiso —la poderosa voz de Jordan resonó en el comedor—. Quería avisaros de que, si no requerís de mis servicios, me retiraré a mi cuarto —le informó a Nicholas.

—Jordan, acércate. Erick y Claire se van a casar —le anunció Gabrielle.

—Es una gran noticia —afirmó sonriendo, caminando hacia Claire—. Mi más sincera enhorabuena —le dijo mientras ella acudía a su encuentro abriendo sus brazos.

—Muchas gracias, Jordan —le respondió encerrada entre los fuertes brazos masculinos. En vista de la relación entre Gabrielle y el guardia, a nadie le extraño que también existiese cierta cordialidad entre ellos.

—Felicitaciones, Alteza —le dijo a Erick, soltando a Claire. Sin embargo, Erick se acercó al guardia y él mismo le dio un abrazo palmeando su espalda. Jordan, sorprendido por tal afable reacción respondió de igual



forma, viendo cómo Gabrielle le sonreía ampliamente. Que los demás empezaran a tratarlo con cierta afectuosidad la llenaba de alegría.

—Tengo una idea —anunció Nicholas—. Imagino que mañana estas damas estarán muy ocupadas haciendo planes para la boda —supuso—. ¿Qué tal si nosotros ocupamos nuestro tiempo yendo de caza? Los habitantes del bosque ya han disfrutado de una larga tregua.

—Me parece excelente —acordó Trystan, a lo que Erick asintió con la cabeza.

—Perfecto —concluyó Nicholas—. ¿Te unes a nosotros? —le dijo a Jordan que se mostró desconcertado ante tal invitación.

—Sería un honor, Majestad —titubeó.

—Creo que tendrá que ser en otra ocasión, muchacho.

Aquel tono tan mordaz no podría ser de nadie más aparte de Agatha. Nadie disimuló la perplejidad con la que escucharon tal aserción.

—Dama parece tener algún problema en una de sus patas porque se agita cuando la hago trotar. Quiero que mañana mismo le revises sus herrajes y te asegures de que no tiene ninguna lesión —sentenció en su acostumbrado tono altanero y sin mirarlo, tal y como solía hacer.

—Agatha, déjame aclararte que Jordan no está aquí en carácter de yegüerizo —la reprendió Nicholas. Sin embargo, Jordan agitó una de sus manos restándole importancia.

—Como deseéis —le dijo inclinándose—. Ahora, me retiro. Buenas noches.

Y dicho esto salió del comedor a pasos apresurados. Sabía que un intento por parte de la Princesa para tomarse la revancha por lo que había sucedido en el torneo no tardaría en llegar, así que no le había sorprendido que hubiera aprovechado la oportunidad. Por otra parte, eso significaba que ella aceptaba su desafío. Bien, de ese modo no se arrepentiría de llegar hasta las últimas consecuencias.

A la mañana siguiente decidió acudir a su cotidiana cita matutina con aquel lago que se había convertido en su predilección. El sol veraniego ya había empezado a distanciarse del horizonte cuando decidió volver al castillo, ciertamente más tarde que de costumbre.

Como había supuesto, Agatha ya estaba esperándolo en las caballerizas; vislumbró su tentadora silueta femenina cerca de su yegua cuando entraba en la cuadra a lomos de Drakhon.

—Tranquila Dama, verás que te recuperarás pronto —la oyó decir en tono tan dulce que le habría costado asegurar que era Agatha.

—No conocía esa faceta tan afable en vos —se mofó Jordan mientras bajaba de su caballo—. Estoy realmente sorprendido.

—No preciso mostrarla con simples como tú —le espetó.

—Así que nos hemos levantado guerreros esta mañana —le dijo Jordan retirando la montura a Drakhon.

—No más que otros días —le aclaró.

—Entonces ese atisbo de dulzura que acabo de presenciar no ha sido más que un espejismo, por lo que veo —murmuró con falsa aflicción—. Sin embargo, no os mostrabais tan lacerante con vuestro Duque, aunque ha debido conocer vuestra verdadera naturaleza finalmente, en vista de su pronta partida —le sugirió con el sarcasmo desbordando sus palabras.

—Cómo me comporte con el resto del mundo no es asunto de tu incumbencia —le reprochó duramente—. Y si tuvieras un mínimo de decencia, no te atreverías a nombrar al Duque después de tu actitud, que estoy segura ha sido lo que ha apresurado su marcha.

—Así que es ese el motivo por el que me obsequiáis con tal dosis de veneno —se rio Jordan mientras negaba con la cabeza, acercándose lentamente a ella —¿Es así cómo agradecéis el favor que os he hecho al despacharlo por vos?

—No entiendo a qué tipo de favor te refieres —le dijo con la respiración cada vez más agitada por la rabia que estaba empezando a invadirla. Ese guardia insolente conseguía con demasiada facilidad alterar su firmeza y su entereza, pero estaba muy equivocado si pensaba amedrentarla; ella no se acobardaba tan fácilmente y menos con sus zafias insinuaciones.

—Por favor, Alteza, vos aspirareis a algo más que a un presumido Duque empolvado —sonrió malicioso.

—¿A qué debería aspirar, según tú? —le dijo alzando su barbilla desafiante a pesar de que la cercanía de Jordan y su masculinidad se mostraban casi de modo amenazante para su serenidad.

—Ese mequetrefe no es digno de una mujer como vos —le aseguró.

—¿Quién entonces? ¿Tal vez un príncipe o un rey? —preguntó con su orgullo femenino reflejado en sus ojos.

—No —negó con rotundidad—. Cualquiera, siempre y cuando sepa trataros como os merecéis —respondió con ironía.

Agatha enrojeció de ira al comprender la intención oculta en tal afirmación y que trataba de aplastar así su vanidad de mujer al sugerir que *cualquiera* podría tenerla.

—¿Incluso un patán como tú? —escupió esas palabras en su cara.

Jordan se acercó más a ella con sus facciones endurecidas, haciéndola retroceder, hasta que Agatha notó en su espalda la tibia madera del paredón de la cuadra, quedando atrapada entre ella y el cuerpo del guardia que, sin ni siquiera tocarla, lograba hacerla estremecer. A pesar de eso, intentó mantenerse firme sobre sus temblorosas piernas. No deseaba escapar, sin lugar a dudas intentaba intimidarla pero no iba a amilanarse por nada del mundo, no flaquearía ante sus provocaciones.

Jordan, por su parte, tampoco pensaba retirarse. Apoyó sus manos sobre las tablas, a ambos lados de la cabeza de Agatha, inclinándose sobre ella, acercando de forma peligrosa su rostro al de la joven.

—Puedo ser un guardia, un mozo de cuadras o un patán, pero soy un hombre, no lo olvidéis —sentenció mirándola fijamente a los ojos que ardían altivos mientras sus labios seguían aproximándose.

Sabía que tanta soberbia era pura fachada, sentía su agitada respiración golpeando su rostro, sus trémulos labios rojos que se mostraban entreabiertos, como una clara invitación a perderse en la más completa locura a la que sería verdaderamente fácil entregarse.

—¿Vas a acabar ahora lo que no te atreviste a hacer el otro día? —le dijo provocándolo.

Jordan sonrió satisfecho, sin duda la suya iba a ser una lucha sin cuartel.

—Si es lo que deseáis no tenéis más que pedirlo —susurró sobre sus labios.

—Jamás —murmuró, temiendo que le fallase la voz.

—Nunca digáis de este agua no beberé, pues el camino es muy largo y os puede dar sed —declaró Jordan.

—Aléjate de mí —le ordenó secamente tratando de dominar sus sentidos.

—Como deseéis —respondió obedeciendo con una amplia sonrisa vestida de ironía. Tomó las bridas de Drakhon y empezó a tirar de él para llevarlo hacia su cubil.

—Drakhon, será mejor que no te acerques a ciertas “damas” —le dijo a su caballo que parecía mostrarse reticente a alejarse de la joven yegua. Se

preguntaba si ella también llevaría a su caballo a la perdición igual que pretendía hacerlo con él su dueña, que ahora se apresuraba a escapar de aquel establo como alma que lleva el diablo.

Cuando Agatha llegó a la sala que se estaba acondicionando para ser la escuela, estaba tan agitada que las muchachas se alarmaron.

—Agatha, ¿estás bien? Pareces alterada —exclamó Gabrielle desde uno de los rincones de la habitación donde daba instrucciones a las doncellas para colocar los pupitres correctamente.

—No, es solo este calor —mintió—. Aún no es mediodía pero este sol arde más que las llamas del Inframundo.

—¿De dónde vienes? —cuestionó Claire sin apenas levantar la vista del pliego en el que estaba escribiendo

—Del establo. ¿Qué estás escribiendo? —respondió cambiando de tema, intentando no recordar lo que acababa de suceder en aquellas caballerizas.

—Una carta para mi padre —le informó con cierta ansiedad en su voz.

—Alteza, vuestro padre no tiene motivos para negarse a vuestro compromiso con el Príncipe Erick —la animó Ivette, una de las pocas doncellas que Claire había encontrado en el castillo que supiera leer y escribir y que se había mostrado muy entusiasmada con la idea de ayudarla en su tarea.

—Ivette tiene razón, Claire. Tu padre os dará su bendición. Parece que tiene en gran estima al Rey Trystan —añadió Gabrielle acercándose a ella. Claire se limitó a suspirar, sin alzar su mirada.

—Pensándolo bien, os comprendo. Es inevitable preocuparse cuando está en juego la felicidad junto al ser amado —concluyó Ivette.

—¿Tú también estás comprometida? —le preguntó Claire.

—En realidad, no —contestó bajando su rostro, sonrojada.

—Pero estás enamorada —supuso Gabrielle, a lo que Ivette asintió. —¿Quién es? —preguntó con curiosidad.

—Se llama Bruc y pertenece a la Guardia —les contó mientras colocaba algunos libros en un estante—. Jordan le encomendó una misión fuera del Reino, así que no sé cuándo lo volveré a ver.

—Parece que su afición favorita es espantar y mandar lejos a los hombres que nos rodean —se quejó Agatha.

—¿Lo dices por el Duque Hrodgar? —le preguntó Claire—. ¿Pasó algo

entre vosotros?

—¡Claro que no! —exclamó Agatha—. Pero su compañía era agradable. Lástima que se marchara tan pronto.

—Yo en cierto modo me alegro de que Bruc esté lejos —admitió Ivette, sorprendiendo a las otras tres muchachas—. No me malinterpretéis, estoy muy segura de mis sentimientos por él —se apresuró a aclararles—, pero de lo que no estoy segura es de los suyos. Creo que ni él mismo lo está. Y quizás, si se aleja por un tiempo, me eche de menos —añadió la joven con cierta tristeza en su voz.

—¿Por qué el amor es tan complicado? —suspiró Gabrielle con melancolía.

§ ~ \* ~ §

—Es una pena que tu padre se haya perdido tan buena jornada de caza —se lamentó Nicholas.

—Ciertamente, habría disfrutado mucho. Tus flechas siguen siendo infalibles —admitió Erick a lo que Nicholas asintió complacido.

—Pero anteponer su vocación a lo demás es loable —acordó su primo.

—Para mi padre no hay diferencia entre un noble o un campesino, es simplemente un enfermo al que atender.

—Y más si es un niño con una pierna rota —añadió Nicholas.

—Seguro que se presenta otra ocasión —concluyó Erick—, y quizás también nos pueda acompañar Jordan.

—¿Tú también estás simpatizando con él? —le preguntó, viendo que no era el único que parecía confraternizar con el guardia.

—Sí, creo que su actuación en el torneo, lejos de importunarnos, nos complació a todos —le confirmó—. A excepción, claro está, de tu hermana Agatha.

Nicholas soltó una carcajada.

—En efecto, y por eso ha intentado castigarle mandándolo a los establos —le recordó.

—Aunque a él no pareció afectarle mucho —puntualizó Erick.

—No, creo que le afectó más a Gabrielle que a él —murmuró Nicholas.

—Es que no eres capaz de ocultarlo —le aseguró su primo con una

sonrisa pícara.

—¿El qué? —preguntó sin comprender.

—Vamos, si hasta la expresión de tu cara se suaviza cuando la nombras —se mofó—. ¿Vas a negar que la amas?

Su primo no respondió, solo suspiró dubitativo.

—Nicholas, ¿por qué te muestras tan esquivo cuando se trata de lo evidente? —le reprochó.

—No soy esquivo, solo cauteloso —le corrigió.

—Sí, tal vez demasiado —concordó Erick. Nicholas le hizo una mueca de desaprobación —Primo, ya te dije que el amor no obedece estrategias ni entiende de planificaciones, hay que dejarse llevar.

—¿Eso es lo que hiciste tú con Claire? —insinuó Nicholas.

—En efecto —admitió sonriendo—. Y si no, júzgalo por ti mismo —le pidió, pasando a narrarle cómo había acontecido el momento más dichoso, hasta el momento, de su vida.

§ ~ \* ~ §

—¿Y cómo está el pequeño, querido? —se interesó Gladys. Toda la familia se hallaba sentada a la mesa, esperando que les sirvieran la cena.

—Por suerte ha sido una fractura limpia, ha bastado con entablillar su pierna —le informó Trystan—. Sin embargo es dolorosa, así que le he entregado a su madre algunos extractos que podrá mezclar con los alimentos para paliar el dolor.

—¿Y cuánto tiempo pasará hasta que pueda caminar? —preguntó Claire—. Mañana comenzamos las clases y me preocupa que no pueda asistir.

—Pues varias semanas, me temo.

—Pero no hay problema, Claire —le dijo Gabrielle—. Alguno de sus padres puede traerlo y si no les es posible a causa del trabajo podemos mandar a alguno de los muchachos a por él.

—Es una gran idea —concordó Nicholas sonriendo a su esposa.

Ella le respondió de igual modo cuando por la puerta del comedor vio aparecer a Jordan.

—Hola, Jordan —le saludó Gabrielle alegremente —No te he visto en

todo el día.

—Él también parece impaciente por verte. No ha sido capaz de asearse para presentarse ante nosotros —le acusó Agatha en su ya conocido tono altivo.

En ese momento, antes de que pudiera responder, apareció Erin portando una bandeja con los faisanes que Nicholas y Erick habían cazado aquel mismo día. La situó en el centro de la mesa y, antes de volver a la cocina, se detuvo ante el guardia.

—¿Dónde te has metido, Jordan? —murmuró tratando de que no la escucharan, aunque sin conseguirlo—. No has acudido a comer ni tampoco a cenar. Has de estar famélico. Ven a la cocina y te serviré algo de cena —le dijo mientras se disponía a salir.

—Gracias, Erin. Iré enseguida —respondió mirando de reojo a Agatha que se mordía el labio inferior al comprender que Jordan había estado hasta entonces ocupándose de su yegua.

—¿Eran ciertas tus sospechas? —quiso saber Trystan.

—Sí, Majestad —le confirmó—. El color en el borde del casco no daba lugar a dudas.

El gesto serio de ambos hombres le hizo presagiar a Agatha que algo grave le sucedía a la yegua.

—¿Qué le pasa a Dama? —preguntó mirando a ambos.

—Infosura —concluyó Trystan.

—¿Qué es eso? —se alarmó Agatha.

—Jordan, por favor —le indicó Trystan para que le diera las explicaciones pertinentes. Jordan asintió.

—La infosura es una afección en el interior de los cascos de los caballos que resulta bastante dolorosa, Alteza —le informó—. Es por eso que Dama se quejaba al trotar. Posiblemente, en un par de días, no habría sido capaz de mantenerse en pie.

El rostro de Agatha palideció ante tal noticia.

—¿Se puede tratar? —le preguntó Nicholas, en vista de que su hermana parecía haber enmudecido.

—Sí, Majestad. De hecho me he tomado la libertad de darle a los mozos las indicaciones para su correcto tratamiento y cuáles han de ser sus cuidados a partir de ahora, hasta su total recuperación que, desafortunadamente, puede tardar meses.

—¿Y cuáles son esos cuidados? —la preocupación en Agatha era más que evidente.

—Le di al herrero instrucciones precisas para forjar unas herraduras especiales con las que se la deberá herrar, aunque deberéis absteneros de montarla en una larga temporada.

Aquello sonó casi como una orden, y, seguramente, Agatha le habría increpado si se hubiesen encontrado bajo otras circunstancias, pero no tuvo más remedio que morderse la lengua.

—Ya se ha dispuesto una cama de arena en su cubil, que resulta lo mejor para este tipo de casos y he prohibido a los mozos que incluyan cebada en su dieta y que la sustituyan por avena, además de que controlen su dosis que parece ser que ha sido muy alta últimamente, causándole así esta dolencia —le explicó con voz firme y segura—. Le he añadido en su pileta de agua el extracto de corteza de sauce que me ha facilitado Su Majestad —añadió—, lo que espero sea suficiente para controlar el dolor, por lo que confío en que mañana se encuentre mejor.

El silencio que se dio en ese instante en el comedor era aplastante, en una mezcla de asombro y admiración por el empeño que había puesto Jordan en aquella yegua y con tanta capacidad y maestría. Incluso Gabrielle se hallaba sin palabras y, a su vez, llena de orgullo por su querido amigo.

Agatha por su parte se hundía en la confusión. Por un lado, aquel guardia se había esforzado por curar a Dama con ahínco, sin importarle la forma tan despectiva con la que ella lo había estado tratando desde que había llegado al castillo. Pero, por otro lado, le molestaba el tener que tragarse su orgullo y admitir que había hecho un buen trabajo, del que, además, debía estar agradecida.

En efecto, toda su familia la miraba expectante, de forma casi acusadora, esperando una muestra de gratitud, por mínima que fuera. Así que Agatha hizo gala de toda su entereza.

—No sé cómo agradecerle lo que has hecho por Dama —titubeó, casi sin ser capaz de mirarlo.

—No es necesario que me lo agradezcáis, Alteza —le dijo—. Bastará con que me deis permiso para retirarme y así podré asearme antes de comer algo —añadió Jordan, con el tono de su voz lo más plano posible. No hacía falta el sarcasmo o la ironía para hacer a notar ante su familia lo reprobable y soez de su comentario al verlo entrar al comedor.



Agatha se sonrojó abochornada mientras Jordan se tensaba firmemente en espera de su orden, acrecentando así su vergüenza.

—Retírate —susurró cabizbaja, no siendo capaz de controlar el timbre de su voz.

—Como deseéis —se inclinó Jordan.

Y sin más, se marchó.

## Capítulo 11

*Aquellos pasos siguen sonando tras de mí, torturándome. Por más que corro para alejarme, no consigo deshacerme de ellos. Alzo mi vestido para evitar tropezarme y bajo los pequeños escalones que dan al patio cercano al jardín, dirigiéndome hacia él. Sin embargo, esa presencia sigue persiguiéndome como si fuera parte de mi destino, como si no importase lo que yo haga... tarde o temprano tendré que abandonarme a él.*

*Por un momento, mi mente hace acopio de un atisbo de lucidez y, aun sin parar de correr, me pregunto por qué huyo. Se supone que mi posición me protege, se supone que su estatus no le permite ni siquiera pensarlo, se supone que bastaría con ponerlo en su lugar. Sería tan fácil escudarme ante la nobleza de mi cuna para rechazar a alguien como él, pero... ¿por qué no lo hago entonces?*

*Es ahí donde, de súbito, se presenta ante mis ojos la certeza, la realidad, la verdad... no huyo de él, no huyo del ardor de sus ojos, ni del sonido de su voz que trata de hechizar mis sentidos, ni del tacto de sus manos que amenaza con marcar mi piel a fuego, dejando su marca para siempre grabada en ella.... no... huyo de mí, de mi falta de voluntad, de no distinguir lo que está bien de lo que está mal, de la ausencia de temor a lo no permitido, a lo no establecido y lo peor, huyo de mis propios deseos, de mis anhelos...*

*Sigo corriendo con todas mis fuerzas, he de escapar, no puedo dejarme vencer ni rendirme, pero siento que con cada paso me debilito más y más. El no saber hacia dónde debo ir, cuál es mi vía de escape, hace que la desazón me invada y me abandonen las ganas de luchar. Si al menos él cesase en su empeño por martirizarme, si dejase de atormentarme, de turbarme... sigo escuchando sus pasos cada vez más cerca y veo ante mí el momento de mi perdición.*

*Siento que su mano se aferra a mi muñeca, obligándome a detenerme. Toma mi hombro y hace que mi cuerpo gire ante él y, sin que yo pueda hacer nada por impedirlo, su mirada de fuego se funde con la mía. En un último intento para evitar lo inevitable poso mi mano sobre su pecho, tratando de alejarlo pero ni eso, ni mi mirada suplicante lo hacen desistir.*

*Sus labios apremiantes atrapan los míos, rodeando con su brazo mi cintura y atrayendo mi cuerpo hacia el suyo, moldeándolo, derritiéndolo con su tacto. En ese momento se acaba cualquier lucha, cualquier intención de escapar y me rindo al calor de sus manos, de su aliento, alzando mis brazos y mezclando mis dedos con su pelo negro. Un gemido escapa de su garganta y sus labios varoniles continúan acariciando los míos con exigencia pero con dulzura, la que se siente cuando al final se consigue lo que tanto se ha anhelado. Con su lengua roza suavemente mis labios como demanda y los entreabro para recibirlo, probando por fin la miel de su boca.*

*Sé que me espera el infierno después de esto, pero poco me importa ya. Si he de arder, que sea bajo el fuego de sus besos y de su cuerpo...*

Agatha se sentó sobresaltada en su cama, ahogando un grito de espanto, tapando su boca con sus manos. Por un momento perdió la noción del tiempo, sin saber muy bien dónde estaba, hasta que poco a poco sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudiendo reconocer al fin su habitación. Su respiración agitada se fue sosegando al sentir la seguridad de su recámara al igual que se iba calmando su desbocado corazón.

De nuevo aquel maldito sueño había acudido esa noche a invadir su mente para manipular su cordura. En un movimiento inconsciente posó sus dedos sobre sus labios y los sintió arder, como si aquella fantasía perversa hubiera rozado la realidad. Y es que parecía tan real. Aún sentía en su boca el sabor de sus labios y su cintura podía recordar sin error la forma de su cuerpo. De repente, un ápice de rabia la poseyó y golpeó con fuerza su almohada. Aquel guardia petulante la acosaba hasta en sueños, ni siquiera

dormida le daba tregua.

Agatha volvió a tumbarse y la rabia dejó paso a la congoja. Lo peor de todo era esa sensación de pérdida que le quedaba en su alma al despertarse, al darse cuenta de que todo era producto de un malévolos juego de su subconsciente. Sintió, como cada noche, sus brazos y su corazón vacíos, como si nunca más pudiera sentir aquello con otro que no fuera él.

Sacudió su cabeza para disolver aquel pensamiento y, como en su sueño, se propuso huir de aquello que tanto la estaba atormentando. Cerró los ojos haciendo firme intención de dormir o, de al menos, dejar de pensar en él.

Apenas había despuntado el alba cuando se levantó. Finalmente no había conseguido volver a conciliar el sueño, y a cambio solo obtuvo una jaqueca. Se vistió rápidamente y bajó al comedor, pero era tan temprano que las doncellas aún no habían preparado la mesa para el desayuno por lo que decidió acudir a la cocina.

—Buenos días, Alteza —la saludó sorprendida Erin en cuanto la vio aparecer.

—Buenos días —contestó Agatha.

—Tenéis mal semblante, ¿habéis pasado mala noche? —le preguntó al ver la palidez de su rostro. Agatha afirmó con la cabeza.

—Permitidme que os prepare una tisana, quizás os alivie —se ofreció—. Podéis sentaros en el comedor y os la llevaré enseguida.

—No —respondió—. Quisiera salir al patio a tomar algo de aire fresco.

Al cabo de un momento la doncella la alargaba una jarrita con el brebaje humeante.

Gracias —le dijo antes de retirarse.

Agatha salió por la puerta trasera de la cocina y se dirigió al patio por uno de los corredores exteriores. Iba a cruzar la última de las arcadas de piedra cuando se detuvo súbitamente y se escondió tras una de las pilastras. En mitad del patio vio como se materializaba el objeto de sus sueños. Jordan se encontraba allí al parecer entrenando, lanzando con afán su espada contra un poste envuelto con sogas de esparto. Pero en verdad no había sido esa imagen la que la había turbado tanto, sino el hecho de que lo estuviera haciendo con el torso descubierto. ¿Cómo osaba? ¿Cómo se atrevía a obnubilar sus sentidos y su voluntad de tal manera que pareciera que no hubiera visto jamás el torso desnudo de un hombre?

Despacio, asomó un poco la cabeza y alcanzó a observarlo de nuevo. Su

espalda surcada por el sudor le hizo recordar aquella vez que lo había visto nadando en el lago, cuando las gotas cristalinas recorrían su cuerpo. Ahora, sin embargo, aquella visión se presentaba ante ella en todo su esplendor. Los músculos de su espalda se marcaban con cada movimiento de su cuerpo, mientras sus brazos bien formados golpeaban con fuerza contra la madera. Agatha se sintió estremecer ante la imagen de aquellos brazos poderosos que le recordaban tanto a los que la habían sostenido con firmeza hacía apenas unas horas en sus sueños.

Jordan levantó la espada sobre su cabeza y comenzó a danzar alrededor de la estaca, como si se estuviera preparando para el ataque de un enemigo. Agatha pudo apreciar entonces su corpulencia y lo bien contorneado de sus pectorales. Jordan se detuvo entonces y lanzó su espada contra las cuerdas, tensando toda la musculatura de su cuello y sus hombros. Sin duda ese cuerpo parecía esculpido por los mismos dioses y la dureza de sus músculos semejante al pétreo mármol. Fue en el siguiente de sus embates cuando Agatha se percató de una gran cicatriz que le cruzaba el abdomen, que empezaba en la parte izquierda de las costillas hasta la cadera derecha, perdiéndose por debajo de la cincha del pantalón. Aquello, en vez de restarle belleza a ese cuerpo perfecto le daba un aspecto mucho más varonil. De forma inconsciente se mordió el labio inferior mientras se preguntaba cómo sería el tacto de aquella línea rosada y cómo se sentiría bajo sus dedos.

Una mezcla de deseo y desesperación recorrió todo su cuerpo y, aquel vacío que había sentido esa noche tras despertarse de aquella abrumadora ilusión volvió a invadirla. Se sintió impotente al no poder apartar de su mente ni de sus recuerdos aquella boca que la había besado con fervor en su ensoñación. ¿Cómo sería ser besada por esos labios? ¿Sería comparable a su fantasía? Detuvo su mirada sobre ellos y le resultaron tan turbadoramente conocidos...

En ese instante, Jordan alzó la vista y Agatha rápidamente se ocultó de nuevo tras la pilastra. Escuchó cómo los pasos del joven se acercaban a ella, así que decidió llevarse la jarra a la boca y beber, tratando con ello de ocultar o, al menos, disimular su azoramiento. Quizás no la hubiera visto y pasara de largo.

Sin embargo, en cuanto Jordan llegó a su altura, se detuvo ante ella. Apoyó la punta de la espada en el suelo y se inclinó, acercando su rostro al de Agatha.

—Por suerte esta vez no vais a caballo, podríais haberos lastimado de nuevo —le dijo con una mezcla de apatía e indiferencia en su voz.

Dicho esto se apartó de ella. Agatha no tuvo tiempo ni fuerzas para contestar. Hubiera preferido uno de sus ataques altaneros y soeces a esa frialdad que no sabía por qué se le había clavado en el pecho. Una pequeña lágrima recorrió su rostro mientras lo vio alejarse por aquel corredor.

§ ~ \* ~ §

Claire estaba frente al espejo, acabando de acicalar su cabello cuando alguien llamó a la puerta.

—Claire, soy Erick. ¿Puedo pasar? —se escuchó desde el otro lado.

La muchacha acudió a abrir la puerta. No había terminado de hacerlo cuando, de repente, se vio envuelta entre sus brazos mientras sus labios la besaban con impaciencia.

—Buenos días —dijo al fin, sin separarse de ella.

—Buenos días —respondió ella con la respiración entrecortada.

Apenas si tuvo tiempo de tomar aliento pues Erick volvió a besarla con el mismo fervor. Sin duda, el mantenerse alejado de ella, aunque solo fuera por el tiempo que duraba una noche, era mucho más de lo que él podía soportar.

—Es un tormento dormir cada noche tan cerca de ti —susurró Erick—. No veo el día en que nos casemos.

—Debes tener paciencia —sonrió ella—. Mi padre no debe tardar en contestar mi carta.

Erick resopló con resignación.

—¿Bajamos a desayunar? —preguntó Claire.

—No —respondió Erick mientras la soltaba, tomando sus manos—. Además de darte los buenos días —sonrió travieso—, vengo a avisarte de que parto ahora mismo con Nicholas. Tiene algo que resolver en algunos feudos cercanos y quiere que le dé mi parecer sobre el tema en cuestión, así que he decidido ir con él.

Claire lo miró con preocupación.

—No, no, tranquila, no es nada grave. Se podría decir que es una campaña extraoficial, de hecho, solo vamos a llevar a unos cuantos guardias con nosotros —le explicó.

—¿Tardareis mucho en regresar?

—Espero que hayamos vuelto antes del atardecer —le dijo.

La mirada de Claire se entristeció y bajó el rostro. Erick la tomó por la barbilla y la obligó a mirarle.

—Yo también te voy a extrañar —murmuró mientras acariciaba su mejilla.

Volvió a inclinarse sobre ella y atrapó de nuevo sus labios. Esta vez, Claire lanzó sus manos hacia su nuca uniéndose más a él. Erick, alentado por la emotividad de su prometida la abrazó nuevamente, con fuerza, profundizando más su beso. Podía sentir el delicioso néctar de su boca que poco a poco iba invadiendo hasta el último rincón de su ser... su dulzura era embriagadora.

—Voy a marcharme cada día para que me despidas besándome así —susurró sonriendo—. Te amo, Claire.

—Y yo a ti —respondió abrazándolo—. Cuídate mucho.

—Te lo prometo —le aseguró él.

—¡Así que aquí estás! —exclamó Agatha desde el otro extremo del corredor—. Mi hermano te está esperando en la entrada —dijo encaminándose hacia ellos.

Erick le dio un beso rápido a Claire como despedida y se dirigió hacia Agatha corriendo.

—Tienes mala cara, prima —le dijo bromeando cuando pasó por su lado. Ella le respondió con un mohín.

—Es cierto —le dijo Claire cuando llegó a su altura—. Estás pálida.

—Digamos que no es el mejor de mis días. Gabrielle parece que aún no se ha levantado —quiso cambiar de tema.

—Vamos a ver, si quieres —le propuso, encaminándose ambas hacia la recámara de Gabrielle.

Trataron de entrar con sigilo pero Gabrielle se sobresaltó igualmente, sentándose en la cama.

—Lo siento —se disculpó Claire mientras Agatha entraba en la alcoba y descorría las cortinas para que entrara algo de luz.

—No te preocupes, debe ser tardísimo.

—En realidad, no —comenzó a decir Claire pero, de súbito, Gabrielle cerró los ojos durante un momento e inspiró profundamente. Después los abrió y comenzó a buscar con la mirada por la habitación.

—¿Qué sucede, Gabrielle? —quiso saber Agatha.

Gabrielle no le contestó. Se limitó a caminar hacia una pequeña cómoda situada bajo la ventana en la que había situado un cofre que no había visto hasta entonces. Encima de él había un pequeño ramillete de violetas y rosas blancas descansando sobre una nota. Gabrielle tomó las flores llevándolas hacia su rostro, oliendo aquel perfume tan perfecto mientras leía la nota.

*Buenos días, mi señora.*

*Confío en que hayáis descansando bien.*

*He de partir pues unos asuntos urgentes me reclaman fuera del castillo, mas espero regresar antes del anochecer. Vine a despedirme de vos pero os vi dormida tan plácidamente que no me atreví a despertaros.*

*Os veo esta noche en la cena.*

*Vuestro por siempre, Nicholas.*

*P.D.: Hoy hace siete días que os unisteis a mi vida para iluminarla con vuestra sonrisa.*

—¿Qué es? —preguntó Agatha impaciente.

—Una nota de tu hermano —Gabrielle apenas podía hablar, solamente leía la nota una y otra vez... aquella posdata.

—¿Qué te dice? —preguntó Claire acercándose a ella. Sin que Gabrielle pudiera evitarlo le arrebató el pliego de sus manos.

—¡Claire, no! —gritó Gabrielle persiguiéndola.

Claire se apresuró a leerla en voz alta mientras Agatha tomaba el cofre y lo llevaba a la cama, sentándose.

—Qué romántico —suspiró Agatha mientras Claire le devolvía la nota a su prima y se sentaba también—. Vamos, abre el cofre —la instó emocionada.

Gabrielle le lanzó una mirada reprobatoria pero se colocó en el otro lado de la cama y tomó el cofre para abrirlo.

—¡Diosas del Kratvah! —exclamó Gabrielle perpleja al ver el tesoro que contenía aquella caja.

Era un precioso collar formado por un rosario de flores, blancas como la nieve, con decenas de diminutos diamantes incrustados en ellas y cayendo de sus pétalos zafiros de un azul profundo en forma de lágrima engarzados por perfectos marcos de brillantes. Gabrielle lo tomó con cuidado sacándolo del cofre y los pequeños brillantes resplandecían con el sol de la mañana.

—¡Es la Sonrisa de Los Lagos! —clamó Agatha.



—¿Cómo? —preguntó Claire sorprendida. Gabrielle, definitivamente, había enmudecido.

—Ese collar perteneció a mi madre —les explicó—. Mi padre se lo regaló poco tiempo después de casarse como símbolo de su amor. Se dice que los zafiros representan cada uno de los lagos de nuestro Reino y los diamantes, el sol que los abraza cada día, iluminándolos. Mi padre decía que, en realidad, eran para que cada vez que mi madre los viera relucir, recordase cómo ella iluminaba cada uno de sus días con su sonrisa. Poco antes de morir, mi madre se lo dio a Nicholas para que se lo entregara a su esposa, la que pasaría a ser soberana de estas tierras y de estos lagos —concluyó mientras tomaba uno de los zafiros entre sus dedos.

—Es lo más hermoso que escuché jamás —dijo Claire posando sus manos sobre su pecho con emoción.

—Sin duda mi hermano te está cortejando —concluyó Agatha, mirando a Gabrielle con una sonrisa insinuante.

—Pues si es así, no seré indiferente —habló por fin Gabrielle con el nerviosismo marcado en su voz.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Claire con impaciencia.

—Por lo pronto, saca mi vestido azul. Dile a alguna doncella que por favor lo deje listo para esta noche. Me lo pondré con el collar —le pidió con voz más segura.

—¿No deberías esperar a algún acontecimiento o alguna celebración para usarlo? —cuestionó Claire mientras se encaminaba a buscar el vestido.

—¿Qué mejor día que hoy, Claire? —la corrigió—. Hoy hace siete días que nos casamos.

—Me parece perfecto —sonrió Agatha al ver el vestido.

—Además, pienso cocinar para él —añadió.

—¿Qué? —exclamó Agatha girándose hacia ella.

—¿Has perdido el juicio? —le espetó su prima.

—No puedes hacer eso, Gabrielle —dijo Agatha un poco más calmada—. Te recuerdo que eres la Reina. ¿Dónde se ha visto que una soberana se meta a la cocina a mezclarse con calderos y sartenes?

—Entonces no lo haré como Reina de Los Lagos sino como la esposa de Nicholas —sentenció.

A mitad tarde, la tres mujeres de dirigieron a la cocina. Las doncellas, en cuanto las vieron llegar, se inclinaron para saludarlas.

—Voy a necesitar tu ayuda, Erin —le dijo Gabrielle. La muchacha la miró confundida—. Hoy cocinaré yo.

—Parece que la soberana nos ha salido quisquillosa en cuanto a gustos culinarios —le susurró Sybill a Ethel, casi de modo imperceptible para los demás.

—¿Algún problema? —preguntó Agatha con voz firme.

—No, Alteza. Nos preocupa que Su Majestad no esté contenta con nuestra cocina —mintió Ethel dando un pequeño codazo a Sybill para que guardara silencio.

—En absoluto —la corrigió Gabrielle.

—Su Majestad va a cocinar hoy, es lo único que os debe preocupar —puntualizó Agatha.

—Ivette, por favor, en la recámara de Su Majestad hay un vestido sobre el baúl. ¿Podrías alistarlo para esta noche? —le pidió Claire.

—Por supuesto, Alteza —respondió inclinándose antes de salir.

—Pásame un delantal, por favor —le indicó Gabrielle a Erin—. ¿Queréis partir los vegetales? —les preguntó con cierta ironía a ambas Princesas.

—Vemos que os las arregláis perfectamente —respondió Agatha negando con la cabeza.

—Con permiso, *Majestad* —se inclinó Claire.

Las dos se echaron a reír mientras se iban, dejando a las doncellas desconcertadas, viendo con qué habilidad se desenvolvía la soberana.

Cuando Nicholas y Erick llegaron al castillo, ya había caído la noche. Se apuraron en ir a sus habitaciones a asearse después de una larga jornada para bajar a cenar. Al llegar al comedor únicamente los aguardaban los padres de Erick.

—¿Y las mujeres? —preguntó Nicholas.

Trystan le hizo una seña con la cabeza para que mirara tras de sí. Flanqueada por Claire y Agatha, se conjuró la única imagen que había querido tener frente sus ojos durante aquel largo día: la de su esposa. La había extrañado tanto, y ahora se presentaba ante él tan bella, tan hermosa, con aquel vestido azul intenso, como el de los zafiros que pendían de su

cuello. Su corazón empezó a latir emocionado al ver el collar de su madre. Le honraba tanto que hubiera decidido ponérselo aquel día... Pero, sobre todo le aturdió tanta belleza, tanta que ni las piedras preciosas conseguían opacarla. Se acercó hacia ella y tomó su mano.

—Gracias —susurró besando sus dedos.

Ella asintió sonriendo, con los ojos brillantes al ver que le complacía su elección y dejó que la guiará a la mesa.

—Oh, ¡es el collar de mi hermana Johanne! —exclamó Gladys con alegría.

—Sí, tía —afirmó Agatha que ya estaba a la mesa—. El collar de una Reina para otra Reina, ¿verdad Nicholas? —insinuó.

Nicholas asintió con la cabeza sin dejar de mirar a su esposa. Definitivamente lo había hechizado.

Al instante, Erin apareció en el comedor para servir la cena. Gabrielle, Claire y Agatha compartieron una mirada de complicidad con la doncella antes de que se retirara.

Todos comenzaron a comer excepto Gabrielle que, jugueteando con su cubierto, aguardó hasta que Nicholas lo hizo. En cuanto el muchacho introdujo la pieza de carne en su boca, notó su delicioso sabor. Por un momento, miró su plato pensativo.

—¿Sucedo algo, mi señor? —preguntó Gabrielle viendo su expresión.

—Nada, solo que no había probado jamás un venado tan sabroso como este —le explicó.

—Es cierto —agregó Trystan—. Y no solo el venado, las verduras están cocinadas justo en su punto, muy apetitosas.

Gabrielle sonrió para sí, le satisfacía tanto que hubiera sido de su agrado...

Todos comieron muy animados, llenando la mesa de comentarios sobre las viandas tan gustosamente preparadas. A punto de finalizar, acudió Erin para servir el postre.

—¿Qué es este platillo? —quiso saber Nicholas.

—Son frutas en almíbar de hierbabuena y canela, Majestad —le informó.

—Sin ninguna duda hoy te has esmerado con el menú —la felicitó él.

—Debo aclararos que el mérito no es mío, Majestad —admitió.

Nicholas la miró sorprendido mientras Gabrielle bajaba su rostro

mordiéndose el labio inferior, como siempre hacía al encontrarse frente a un posible desacierto por su parte. Quizás su esposo también hallase reprochable su comportamiento, al igual que lo había sido para Agatha y Claire.

—¿Qué quieres decir? —Nicholas continuó con su interrogatorio.

—El menú ha sido preparado por Su Majestad —declaró antes de retirarse.

—¿Vos? —preguntó asombrado buscando una respuesta en la mirada huidiza de su esposa.

Nicholas alzó el rostro hacia la mirada expectante de su familia y se maravilló al comprobar el semblante de Agatha y Claire que, lejos de estar impresionadas como él, se mostraban preocupadas. Entonces, al instante, entendió lo que estaba ocurriendo. La intención de Gabrielle había sido complacerlo, no solo deslumbrándolo con su delicada belleza, sino agasajándolo con aquel exquisito banquete, tal y como haría una esposa hacia su marido, aunque para ello hubiera tenido que descender de su posición de soberana. Aquella certeza lo conmovió sobremanera; era algo que jamás hubiera imaginado.

Volvió a mirar a Gabrielle y rescató una de sus manos que se apretaban contra su regazo, presionándolo levemente.

—No la culpéis, mi señor —se excusó Gabrielle rápidamente—. Yo se lo pedí.

Nicholas hizo un movimiento con su mano, interrumpiéndola.

—No deberíais haberos molestado, mi señora —le dijo suavemente.

—No ha sido ninguna molestia —susurró aliviada—. Al contrario, me he sentido muy dichosa de poder hacerlo.

—Os doy las gracias de nuevo —murmuró llevando su mano a sus labios y besándola con ternura.

—Brindemos entonces por la improvisada cocinera —anunció Erick alzando su copa y todos rompieron en vítores y brindaron por tan deliciosa velada.

Tras la cena y, como cada noche, Nicholas condujo a Gabrielle hasta sus habitaciones. Su corazón no había dejado de golpear fuertemente contra su pecho desde que la había visto enfundada en aquel vestido, tanto que temía que le fallase la voz por el nerviosismo, así que respiró hondo tratando de hallar algo de calma.

—De nuevo os agradezco esta noche tan maravillosa —dijo en cuanto

se detuvieron frente a la recámara de Gabrielle.

—Soy yo la que debe agradeceros, mi señor —respondió posando sus dedos sobre la valiosa alhaja que adornaba su cuello—. Lo llevaré con orgullo.

Nicholas negó con la cabeza.

—Hasta hoy había creído que era una de las cosas más hermosas que mis ojos habían tenido la fortuna de contemplar pero, esta noche, me dado cuenta de que no es digno de vuestra belleza.

Gabrielle bajó el rostro ruborizada, abrumada, sin que acudiera ni una sola palabra a su mente, al menos para agradecerle el cumplido. Nicholas tomó su barbilla y la alzó lentamente.

—Yo... —alcanzó a decir perdiéndose en aquella mirada violácea como las amatistas.

—¿Sí, mi señor? —murmuró Gabrielle.

Nicholas siguió observándola, en silencio, debatiéndose en su propia lucha interior. Era tan hermosa, sus ojos parecían brillar por la expectación. Hizo ademán de inclinarse hacia ella pero de nuevo la indecisión y la inseguridad se abrieron paso rápidamente, ganando finalmente la batalla.

—Me preguntaba si podría abusar mañana de vuestro tiempo —dijo casi con brusquedad, molesto consigo mismo por su vacilación.

—Claro, mi señor —respondió sin ser capaz de ocultar una nota de decepción en su voz—. ¿Me necesitáis para algo?

—Sí, mi señora, preciso de vuestra “visión” —respondió con media sonrisa. Gabrielle sonrió tímidamente al recordar aquella conversación entre ellos.

—Como gustéis —aceptó ella.

—Estaré toda la mañana en mi escritorio —le informó—. Os estaré esperando.

Gabrielle asintió con la cabeza.

—Qué descanséis —se despidió besando su mano.

—Buenas noches —respondió Gabrielle antes de entrar a su habitación.

En cuanto Nicholas cerró la puerta de su recámara se dirigió hacia su cama y golpeó con fuerza uno de los almohadones. Se sentó sobre el borde de la cama ocultando su rostro entre sus manos, reprimiendo un grito de rabia que luchaba por escapar de su garganta, avergonzado de su propia debilidad. Nunca se había considerado cobarde y, aunque no tenía gran experiencia con

las mujeres sabía con seguridad que no era la timidez lo que le hacía actuar así. Se dejó caer sobre la cama con gesto pensativo y no le hizo falta ahondar mucho en su mente para saber qué lo reprimía de ese modo. Era el miedo, el temor a que Gabrielle no sintiera lo mismo por él pues, aunque seguía creyendo que había pasado muy poco tiempo desde que se conocieran, era más que suficiente para que él sintiera que le faltaba el aire si no la tenía cerca. Se había metido en su alma de tal manera que no creía soportar su rechazo o su indiferencia.

Se levantó de la cama y se dirigió sin hacer ruido hacia la pequeña puerta que lo separaba de la dueña de su corazón, apoyando con cuidado una de sus manos en la fría madera. “Tan cerca y a la vez tan lejos”, pensó. Era una tortura tenerla ahí mismo, al alcance de su mano y no poder tocarla, no poder abrazarla, besarla... tenerla. Debía acabar con ese castigo que él mismo se había impuesto con su propia indecisión y debía hacerlo pronto o corría el riesgo de perder la cordura por tal desasosiego.

Sacudió la cabeza y se dirigió de nuevo a la cama desvestiéndose. Apagó la luz de la vela tras acostarse, aún sabiendo que aquella noche no sería capaz de dormir.

Al otro lado de la puerta, Gabrielle también luchaba, no solo por dormir sino por vencer aquella desazón que amenazaba con invadirla.

En sus labios ardía ese beso que Nicholas no le había dado y que ella había deseado con anhelo. No era la primera vez que vacilaba al tratar de besarla y se preguntaba por qué.

“¿Será que no le agrado?”, pensó. “¿Será por eso que no quiso consumir nuestro matrimonio?”

Gabrielle negó con la cabeza. Ese no podía ser el motivo, sabía que, por regla general, para los hombres era relativamente fácil no poner el corazón al poseer a una mujer si con ello solo buscaban satisfacer sus deseos. No, él hubiera podido tenerla si hubiera querido. Sin embargo le ofreció tiempo... ¿Tiempo para qué? ¿Para qué lo aceptase, para que confiase, para que se enamorara de él? Pues, si ese era el motivo, ya no era necesario esperar más porque Gabrielle ya lo amaba con todas las fuerzas de su ser.

## Capítulo 12

Antes de dirigirse a desayunar, Agatha acudió a la cocina en busca de una de esas tonificantes tisanas. Otra noche más en vela por culpa de aquel hombre que invadía a hurtadillas su mente para atormentarla con sus besos y sus brazos poderosos. Se preguntó si no estaría a merced de algún brujo o hechicero que hubiera lanzado un conjuro sobre ella porque, el hecho de que durante varias noches seguidas fuera víctima de aquel mismo sueño, una y otra vez, rozaba ya la maldición.

Recordó aquella noche, cuando era una niña, en que tuvo una horrible pesadilla. Tantos años habían pasado que ya no recordaba qué o quién había protagonizado aquel mal sueño pero, lo que si recordaba era que había corrido llorosa a la recámara de sus padres en busca de protección y consuelo. En cuanto la vieron tan agitada, le hicieron un hueco entre ellos y la recibieron en su cama, abrazándola y reconfortándola. Cuando estuvo más calmada, y en su inocencia de niña, le preguntó a su padre a qué se debían los sueños. ¿Acaso había sido una niña mala y por eso debía soñar cosas feas? Aún recordaba las risas de sus padres.

”No, pequeña”, le dijo su madre. “No es porque seamos buenos o malos por lo que soñamos”, le explicó. “Se dice que uno sueña sobre lo que más teme o lo que más desea.”

En aquel entonces, no entendió muy bien a qué se refería su madre,

pero en ese momento, aquellas palabras volvían a ella como un perverso eco y, verdaderamente temía buscar una respuesta en ellas al porqué de ese sueño que se repetía una y otra vez como un presagio. *¿Temía a ese hombre o lo deseaba?*

Por supuesto que era absurdo pensar que lo temía, de ningún modo, aquellos arranques suyos insolentes y descarados podían herirla lo mismo que el roce de una pluma sobre su piel, nada en absoluto; la llenaba de rabia su engreimiento y su osadía, pero nada más. A lo sumo, podía herir su vanidad femenina, mas, aunque nunca lo reconociera frente a nadie, sabía muy bien que siempre era ella quien lo provocaba. Sin embargo... ¿era igual de absurdo pensar que lo deseaba?

Se detuvo sobre sus pasos apretando los puños contra su vestido. No, no podía admitirlo. Si lo hacía estaría admitiendo lo imposible, lo inaceptable, lo prohibido...

Conocía muy bien su naturaleza, su esencia y, por muy independiente y orgullosa que quisiera mostrarse ante el mundo entero, se sabía muy capaz de luchar con todas sus fuerzas por amor. Era consciente de que para muchas mujeres era “inmoral” el simple hecho de mostrar por un hombre más interés del meramente necesario, por lo que era totalmente humillante el luchar por él. Para alboroto de muchas, ella no era de esa opinión. Para Agatha, eso no era “perseguir” a un hombre, sino la felicidad y, pobre de aquel que creyese ser merecedor de tal obsequio como para que viniese caído del cielo. Ese don divino había que alcanzarlo, ganarlo y bien valía cualquier esfuerzo.

Pero, “¿haría lo mismo por Jordan?”, pensó y negó con la cabeza mientras retomaba su trayecto hacia la cocina.

Bien sabía que no era por cuestión de orgullo. Lo supo muerto aquel día en las caballerizas cuando pensó que iba a besarla; deseó aquel beso más que nada en el mundo... Y aunque trató de cubrirlo con un lienzo de humillación y desaprobación, no podía engañarse a sí misma. No sentía rabia por su osadía, por haber intentado besarla, sino por su propia osadía al desearlo tanto. Y en esos momentos, su bienpreciado orgullo no le sirvió de nada.

No, había algo mucho más importante que le haría ocultarlo, evitarlo, negarlo hasta para sí misma... su propio origen la marcaba... ¡Era una princesa y él un simple guardia, por todos los Dioses! ¡El mero hecho de pensarlo estaba fuera de los límites de lo permitido! Nadie en el mundo aceptaría una unión tan deshonrosa, la vergüenza caería sobre su familia,



sobre todo el Reino, y ella sí que no era capaz de llevar ese peso sobre su conciencia.

Cuando estaba llegando a la cocina, escuchó voces muy animadas, entre ellas la de Jordan. Respiró hondo ante el escalofrío que recorrió su cuerpo al saber que iba a encontrarlo.

—¡Vamos, Erin! No seas malvada —exclamó Jordan provocando una risita en la doncella. Sin embargo, a Agatha no le pasó inadvertida la mirada iracunda de Nigel, que se sentaba frente a él.

—Aún me duele mucho el hombro —aseguró con una mueca—. Seguro que un masaje proveniente de tus lindas manos me calmaría el dolor.

—Ya te dije que no, Jordan —le respondió Erin con falsa indignación en su voz.

Agatha quedó casi petrificada en el umbral de la puerta al escuchar tal conversación. Fue únicamente el saludo de Nigel lo que la hizo reaccionar.

—Buenas días, Alteza —respondió Erin azorada—. ¿Deseabais algo?

—Una de tus tisanas —balbuceó Agatha, pálida.

—Un segundo, Alteza. El agua está a punto de hervir —dijo dirigiéndose al fuego.

Agatha asintió.

—En verdad tenéis mal semblante, si me permitís el decirlo, Alteza —se preocupó Nigel.

—Estoy segura de que la tisana que Erin me está preparando me aliviará —contestó Agatha amablemente como agradecimiento a su interés.

—¿Lo ves Erin? Tus manos son prodigiosas —añadió Jordan estirando su brazo y agarrando a la doncella por la cintura, acercándola a él—. ¿Vienes conmigo al lago cercano al viejo roble esta tarde? —le insinuó.

Erin se removió de su abrazo mirando a Agatha.

—No te preocupes por Su Alteza —le dijo Jordan con tono desenfadado—. No tiene por qué escandalizarse. Sabe perfectamente lo que ocurre entre un hombre y una mujer —concluyó con ironía.

Todos quedaron perplejos ante tal afirmación y Agatha tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no salir de allí huyendo, abochornada, humillada. Esta vez no había sido ella la de la afrenta, la de la provocación, esa ofensa había sido del todo gratuita y no se iba a quedar así.

—Estás en lo cierto, muchacho, lo sé perfectamente —le espetó alzando su barbilla y cruzando los brazos sobre el pecho—. Al igual que sé que no se

os paga a ninguno por hacerlo en horas de trabajo. Su Majestad quedaría muy decepcionado al saber en qué ocupas tu tiempo —le advirtió levantando la voz—. Estás equivocado si piensas que el tener el favor de la Reina te da más privilegios que obligaciones.

Dicho esto salió por la puerta hacia el patio. Ni siquiera aceptó la jarra que Erin le ofrecía cabizbaja.

Nigel le lanzó a Jordan una mirada llena de ira mientras Erin continuaba abatida, con la congoja reflejada en su rostro. Inevitablemente, la culpabilidad invadió a Jordan. Su batalla “personal” con la Princesa no justificaba que pudiera afectar a otros, y con su actuación, la propia Erin había quedado en entredicho frente a Agatha. Si bien le hería en su amor propio tener que pedirle excusas, si era necesario, lo haría en favor de la doncella. Sin decir una palabra, salió en su busca.

Agatha no había ido muy lejos, había tomado el corredor exterior para salir al patio, pero se había detenido en la última de las arcadas de piedra, en aquella pilastra en la que se había ocultado justo el día anterior para ver a Jordan entrenando.

Se rio con tristeza para sus adentros de su propia estupidez. Hacía solo unos minutos se había estado planteando el gran dilema de su vida en la que aquel hombre la había sumido sin tener en cuenta lo esencial, el hecho de que él realmente la despreciaba. La había convertido en el blanco de su desdén y sus exabruptos y ella se lo tenía bien merecido por haberlo incitado.

El sabor amargo de las ilusiones rotas acudió a su boca y se preguntó en qué momento su subconsciente la había conducido a aquella situación tan irracional en la que había perdido el control de la realidad y de la lógica. ¿De qué forma loca y absurda había llegado a confundirse su raciocinio como para pensar que aquel comportamiento impertinente podía deberse a algo más que a una simple muestra de orgullo masculino? Y ella que se jactaba de su personalidad resuelta y segura, había resultado ser la más ingenua de todas las mujeres. Tan a salvo que se sentía en su “noble” urna de cristal y había ido a romperla, dejándola desprotegida, el único hombre que hasta ese momento la había hecho sentir como una mujer pero que nunca la consideraría como tal.

Escuchó pasos que se aproximaban y, mirando de reojo, comprobó que se trataba de Jordan. Luchó con todas sus fuerzas para reprimir aquellas lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos, por disipar aquella

angustia que le oprimía el pecho. Nunca, jamás le daría la satisfacción de verla llorar, no llegaría el día en el que su debilidad pudiera convertirse en objeto de sus burlas.

—Alteza —lo escuchó titubear tras de sí.

Agatha se giró para mirarlo.

—¿Vienes a pedirme que no le diga nada a la Reina sobre lo que acabo de presenciar? —preguntó con su ya recuperada soberbia.

—¡Me importa muy poco lo que le podáis decir a Su Majestad sobre mí! —exclamó ofendido.

—¡Ah! Vienes a abogar por tu amada. ¡Qué romántico! —dijo con gran ironía.

—Sí, vengo a interceder por ella —admitió—. Erin no debe pagar por algo que solo he propiciado yo —añadió con voz más calmada—. Y para vuestra información, no es mi *amada*.

—Así que su reticencia no era fingida —se rio—. Ya que, según tú, soy tan versada en asuntos amorosos, quizás pueda darte algún consejo sobre cómo debes tratar a una mujer.

—¿Dudáis de mis habilidades con la mujeres? —sugirió acercándose a ella.

—No deben ser muy buenas cuando ella ha rechazado tan abiertamente tus más que directas proposiciones —se defendió alejándose de él, aunque manteniéndose altiva, sin que pareciera en ningún momento que estaba huyendo de él, de su cercanía turbadora.

—No hay nada que se pueda hacer si el corazón de la doncella ya pertenece a otro —respondió encogiéndose de hombros.

—No te entiendo —espetó sorprendida.

—Erin está enamorada de Nigel —le aclaró.

—¡Pensé que Nigel era tu amigo! —le inquirió ante tal desvergüenza. ¿Qué tipo de hombre era, robándole las atenciones y el cariño que ella no tenía intención de otorgarle?

—Porque es mi amigo es que lo hago —dijo cruzándose de brazos.

En ese instante, al otro lado del corredor vieron cómo Erin salía de la cocina apresuradamente, con su expresión llena de indignación, y a Nigel tras ella, siguiendo sus pasos.

—¿A qué te refieres? —le cuestionaba el Capitán dando una zancada y tomándola por la muñeca, deteniéndola.

—No seré yo quien te lo explique —le reclamó sin mirarlo.

—¡Habla, mujer! —le exigió con ira mientras la tomaba por los hombros, casi vapuleándola, obligándola a mirarlo.

—Eres un necio, Nigel, un ciego que no es capaz de ver lo que tiene frente a sus ojos —respondió con la voz casi quebrada y la desesperanza y la desilusión contenidas en su mirada, tratando de controlar el llanto que ya surcaba sus mejillas.

A Nigel no le hizo falta más, la atrajo hacia sí y atrapó sus labios con fervor, con pasión, como si toda su vida dependiera de ello. Solo se sosegó cuando notó las manos de Erin alrededor de su cintura, soltando entonces sus hombros para, sin dejar de acariciar su boca, encerrarla contra su cuerpo, en un abrazo lleno de promesas.

Cuando por fin, casi sin aliento, se separaron sus labios, él le susurró algo al oído, a lo que ella asintió sonriendo tímidamente. Nigel la tomó de la mano y ambos se alejaron de allí corriendo entre risas.

Agatha palideció ante tal escena. Avergonzada retiró su vista de ellos y de Jordan. Sabía que había emitido un juicio erróneo respecto a él y, por lo poco que conocía de su carácter, estaba segura de que no iba a dejar pasar esa ocasión para reprochárselo.

—De lo único que me puede acusar Nigel es de haberle forzado a que reaccione —le escuchó decir—. Si bien es cierto que no ha sido un método muy prolijo, creo que en este caso es posible aplicar aquello de “el fin justifica los medios” —le aclaró—. Sin embargo, ¿de qué me podéis acusar vos?

—De haberme hablado de forma tan insolente —le reprochó.

Jordan lanzó una fuerte carcajada.

—Que los Dioses del Kratvah me fulminen. Jamás hemos cruzado palabra alguna que no haya ido aderezada con una buena dosis de veneno, Alteza. ¿Hay alguna ocasión que haya escapado a mi memoria en que nos hayamos tratado con algún tipo de cordialidad?

—No debiste dirigirte a mí en esos términos con otras personas presentes —protestó.

—¡Ah! Ya entiendo, eso solo os corresponde a vos —puntualizó con ironía—. Vos sois la única que puede pisotearme en público.

Agatha no pudo menos que morderse la lengua ante tal alegato. Era cierto que lo había dejado muchas veces en ridículo delante de todos, incluso

de Gabrielle, aún sabiendo que eso podría humillarlo más.

—Además, tampoco recuerdo que en ningún momento me hayáis reprendido por haberos hablado de forma impropia o grosera hace un momento en la cocina —continuó—. Solo me habéis reprochado el estar cortejando a una mujer en, según vos, horas de trabajo. No sabía que el tiempo de las comidas era parte de nuestras tareas —dijo con fingida preocupación.

Agatha apretó su mandíbula mientras su mente viajaba a la velocidad del rayo en busca de algún argumento con el que rebatir su discurso sin que hallara algo lo suficientemente válido.

—¿Queréis saber cuál es el problema de todo esto? —preguntó Jordan con sorna—. Que creéis que vuestra posición os da derecho a, no solo emitir juicios, sino a dar el veredicto y la condena al resto del mundo. Y los que cometimos el horrible pecado de nacer como plebe debemos aceptarlo sin objeción.

—¡Eso no es cierto! —se defendió ella.

—Por favor, Alteza, ¿a quién pretendéis engañar? —prosiguió con el sarcasmo empañando cada una de sus palabras—. Creo que hablo con propiedad al afirmar que vuestra soberbia y vanidad no tienen límites. Y no digamos vuestro orgullo femenino, eso es lo único que alimenta vuestros sentidos. Os sabéis hermosa y creéis que el mundo gira alrededor vuestro.

—¡Ahora también soy culpable por mi belleza! —espetó ella sintiendo que la ira iba invadiéndola más y más con cada una de sus ofensas.

—Sois culpable de coquetería y frivolidad y de pensar que vuestra hermosura os servirá para conseguir vuestros fines. ¡Qué ilusa! —añadió en tono burlón—. ¿De qué sirve una flor de vistosos colores si no tiene fragancia que nadie pueda oler? ¿De qué sirve la más exquisita rosa pero tan llena de espinas que nadie se atrevería a acercarse a tocarla? —dijo aproximándose a ella con su mirada acusadora fundida en la de ella—. Qué hombre en su sano juicio querría estar con una mujer vacía y sin corazón como vos —sentenció.

Agatha sintió que aquello atravesaba su pecho como un puñal y fue presa de la impotencia, la frustración y, lo peor de todo, de una tristeza infinita. Hubiera querido abofetearle, como un último resquicio de dignidad herida, pero no tuvo fuerzas para ello. Simplemente se dio media vuelta y se marchó antes de que él viera sus lágrimas correr como ríos desbocados, con un gran pesar en su alma y el corazón hecho pedazos.

Jordan la observó alejarse mientras rogaba a los Dioses perdón por aquella infamia que acababa de cometer pues bien se merecía que el Señor del Inframundo lo condenase para toda la eternidad por haberla herido así, en lo más profundo. De hecho, él mismo terminaba de hundirse en el más mísero abismo al provocar que aquella mujer que se alejaba de él, lo hiciera para siempre.

Bien tarde se había dado cuenta de que Agatha se había metido en él como una enfermedad que acabaría por consumirle sin remisión. Él había sido el iluso al imaginar que en todo momento podría controlar la situación y jugar aquel juego con la seguridad de proclamarse victorioso, creyendo dominar las reglas que él mismo quería imponer. Y resultó que había obviado lo que supuso que no intervendría jamás, su tramposo corazón, al que sintió palpar con loco frenesí esa mañana en las caballerizas cuando a punto estuvo de robarle aquella miel que se ocultaba en sus labios.

¿Cómo había osado siquiera a imaginarlo? Era como querer tocar una estrella, inalcanzable, o como querer atrapar el viento con las manos, imposible.

La cólera lo cegó por un segundo y sintió deseos de golpear con fuerza aquel sillar de piedra hasta que sangraran sus puños, pero sabía que el posible daño que pudiera infligirse era mínimo en comparación con el que le había causado a ella.

“Es lo mejor”, quiso convencerse. Debía distanciarse de ella cuanto antes, evitando así que lo dominase la falta de cordura y llevándolo a la perdición y, si para ello tenía que conseguir que lo aborreciese, así sería.

Tomó la dirección contraria a la que había tomado ella para dirigirse al Patio de Armas. Era de esperarse que Nigel acudiese tarde a la instrucción aquella mañana, así que él mismo tomaría su lugar mientras tanto. Al menos, alguien podría ser feliz.

§ ~ \* ~ §

Nicholas caminaba a grandes zancadas alrededor de su escritorio. Con cada minuto que pasaba más se convencía de que había sido un acto infantil el haberle pedido aquello. No era que pusiera en tela de juicio sus cualidades, jamás, ni siquiera se lo había planteado, aunque era cierto que el asunto en cuestión a él mismo le había ocasionado más de un quebradero de cabeza. Sin

embargo, eso no era lo que le preocupaba, le preocupaba el hecho de que no había sido capaz de encontrar otra excusa aparte de aquella con tal de pasar más tiempo con ella. Debería haberla invitado a dar un paseo a caballo, o a caminar por los jardines, no a asesorarlo en asuntos de estado. ¡Era ridículo! ¿Necesitaba una razón, un motivo, para querer compartir más tiempo con su esposa?

Abrió el gran ventanal situado tras su escritorio y se asomó, captando una brizna de aire fresco en aquella mañana de verano. En cierto modo le ayudó a serenarse y a convencerse de que poco remedio podía ponerle a aquello ya. Lo importante era que gozaría de su compañía y debía disfrutar de ello.

Un leve toque de nudillos sonó en la puerta.

—Adelante —exclamó volviendo hacia su escritorio—. No cerréis, por favor —le pidió—, hay una brisa muy agradable.

Gabrielle asintió caminando hacia la mesa.

—Os agradezco que hayáis venido —le dijo.

—Aunque no estoy familiarizada con cierto tipo de asuntos, espero seros de utilidad, de una forma u otra —le advirtió.

—Estoy seguro de ello —aseveró mientras le ofrecía asiento en una silla próxima a la suya—. Aunque he de reconocer que se trata de un tema bastante tedioso.

—¿Hay algo que resulte más tedioso que los libros de filosofía de Claire? —bromeó.

—¿Tal vez la recaudación de impuestos? —respondió Nicholas con una pequeña mueca.

—Vos ganáis —suspiró Gabrielle con fingida resignación, provocando la risa en ambos, mientras Nicholas le alcanzaba un libro con estados de cuentas.

Gabrielle lo estudió durante unos momentos, viajando por sus páginas como si buscara algo que no lograba hallar en aquellas líneas.

—¿Usáis el mismo sistema que en Asbath? —preguntó extrañada.

—Me temo que sí —admitió él—. Y como podéis imaginar, estoy empezando a detectar ciertos problemas de fraude.

—Sabéis que las finanzas de Asbath están bastante resentidas, ¿verdad?

—Sí y me preocupa que esto desemboque en lo mismo —asintió pensativo—. Le pedí consejo a Erick pero, desgraciadamente, ellos también

siguen las mismas disposiciones, aunque con más suerte hasta el momento.

Gabrielle guardó silencio por un momento, pensativa.

—Mi tío Richard impuso hace un par de años un nuevo sistema de recaudación de impuestos en Breaslau y parece estar funcionando. De hecho, yo lo considero mucho más justo y equitativo. No creo equiparables las posesiones de un feudo con los de un campesino para que se les deba aplicar el mismo porcentaje en lo que a impuestos se refiere. Para un señorío poco es un cofre de oro si nueve más ocupan sus arcas, pero para un pobre campesino, una vaca, aunque tenga nueve más, puede suponer el sustento de su familia.

—Creí entender que no estabais familiarizada con este tipo de asuntos —bromeó sorprendido, citando sus mismas palabras de hacía un momento.

—Justo esta reforma coincidió con una época en la que estuve hospedada por varios meses en su castillo —le informó—. Y, podría decirse, que soy un poco curiosa —añadió soltando una risita y Nicholas rio con ella.

—Bien, escuchemos pues —dijo mientras se reclinaba contra la silla mostrando todo su interés.

—A grandes rasgos se trata de un sistema de baremos —comenzó—. Cada habitante se sitúa en un intervalo dependiendo de sus posesiones y a cada uno de estos tramos se le aplica su porcentaje correspondiente. No se pretende que el feudo pague mucho más, pero sí que el campesino pague menos. Puede que afecte las Arcas Reales pero opino que no es un gran perjuicio si así se gana en bienestar para el pueblo.

—Sí, por supuesto —se apresuró a afirmar Nicholas, completamente anonadado ante el discurso de Gabrielle.

—Ya sé que me vais a preguntar —exclamó sin dejarle apenas reaccionar—. Cómo controlar esas posesiones para que nadie intente defraudar y así situarse en un intervalo más bajo... Con alguaciles.

—¿Alguaciles? —preguntó dubitativo.

—Se encargarían de ir haciendo catálogo de viviendas, tierras, cosechas, ganados y si alguno de ellos no fuera reclamado por nadie, pasarían a la corona. De ese modo, si alguien decidiera no declarar alguno de sus bienes buscando pagar menos impuestos, lo conseguiría pero dejaría de disfrutar de los beneficios que ese bien pudiera procurarle.

Nicholas asentía una y otra vez con la cabeza, analizando cada uno de los argumentos que Gabrielle lanzaba.



—¿Y qué pasa con bienes que resultan fáciles de eludir, como las joyas o el dinero? —quiso saber. Gabrielle sonrió al tener una clara respuesta para eso.

—Si queréis obtener beneficios de las joyas, tendríais que venderlas, pagando en ese caso el ya implantado impuesto por compraventa. Y si tenéis mucho dinero, deberíais “canjearlo” por bienes para poder disfrutarlo, no sirve de mucho tenerlo guardado en un cofre. El alguacil será el que certifique ese cambio de nombre en el título de propiedad por lo que volvemos a tener catalogado ese bien.

—Lo tenéis todo bien pensado —decidió Nicholas viendo como Gabrielle sonreía satisfecha al ver su aprobación.

—Por supuesto —afirmó Gabrielle animada—. Es más, la imagen del alguacil nos servirá también para otorgar al pueblo la tranquilidad, la protección y el amparo que estamos obligados a procurarles.

—Si os referís al pillaje....

—No solo a eso, mi señor —lo interrumpió provocando la risa en Nicholas.

Lo que más le maravillaba era ver con que fervor defendía su razonamiento. Si un tema tan monótono podía enfocarlo con tal entusiasmo cómo sería con las cosas que verdaderamente la apasionaran. De nuevo sintió deseos de conocer hasta el último rincón de su mente, todas sus inquietudes y todos sus anhelos, para poder comprenderla, cuidarla, incluso consentirla. De nuevo, dio gracias a Los Hados por haber unido su destino al de ella.

—Podrían reportar informes sobre todas las demarcaciones del Reino —proseguía ella—. ¿Sabíais que las aldeas situadas más al sur han sufrido graves inundaciones?

Ahora Nicholas la miró sorprendido.

—Me he enterado por Jordan. Se lo escuchó decir a uno de los guardias cuya familia vive en aquella zona —le explicó al fin Gabrielle.

—¿Y por qué no he sido informado sobre eso? —inquirió molesto.

—Yo me he enterado casualmente esta mañana —dijo con prudencia—. Me he tomado la libertad de pedirle a Jordan que mandase una partida de hombres para que ayuden a reconstruir las casas —le aclaró tras lo que se mordió tímidamente el labio.

—Habéis procedido correctamente —concordó para disipar su recelo.

—Por eso mantengo que los alguaciles nos ayudarían a que el pueblo

cumpla sus obligaciones y a que nosotros cumplamos las nuestras —concluyó Gabrielle.

Nicholas se levantó y caminó hacia el ventanal. La palabra *nosotros* resonó en su mente mientras observaba el horizonte. Deseaba tanto que Gabrielle considerara esa palabra en todos los sentidos posibles, con todos sus significados, sobre todo, el de su completa unión...

—¿Qué pensáis, mi señor? —preguntó Gabrielle ante su silencio acercándose a él—. ¿No os parece buena idea?

—Me parece magnífica —la contradijo—. Habría que estudiar de qué forma implantar este sistema ocasionando el menor disturbio en el pueblo, pero estoy seguro de que con vuestra ayuda pronto quedará resuelto.

—Me alegra haberos sido útil —afirmó ella sonriendo.

—Más que útil —puntualizó—. Le habéis ahorrado a vuestro esposo un terrible dolor de cabeza —dijo devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo podría compensaros?

—Eso es absolutamente innecesario, mi señor —lo disuadió—. Me siento muy honrada de poder ayudaros en vuestra labor.

—Entonces digamos que es un pequeño obsequio que vuestro pueblo quiere haceros por haberle prestado un buen servicio hoy —añadió con tono divertido—. ¿No necesitáis nada? No sé... ¿Otro jardín, quizás? —bromeó y Gabrielle rompió a reír.

—No, mi señor.

—No me privéis de la satisfacción de hacer algo por vos —insistió ante su negativa—. Os lo ruego —murmuró tomando una de sus manos.

—Quizás... —susurró pensativa mordiéndose el labio.

—Decidme —le pidió. Le resultaba fascinante aquel pequeño gesto suyo.

—Quisiera conocer los lagos que dan nombre a este Reino —dijo tímidamente—. Me han asegurado que son espléndidos.

Nicholas entonces cayó en la cuenta de que Gabrielle apenas conocía los territorios que gobernaba, solo los había contemplado en su viaje hacia el castillo aquel maravilloso día en que llegó a su vida. Desde entonces, ni siquiera había salido fuera de las murallas.

—Qué mejor guía que su soberano para mostrároslos, ¿cierto? —le propuso entonces Nicholas.

Gabrielle no pudo ocultar la emoción que sintió en ese momento y

Nicholas sonrió complacido. Sus ojos, su rostro, toda ella parecían brillar de ilusión.

—¿Cuándo? —preguntó tratando de contener su entusiasmo.

—Ahora mismo si queréis —respondió—. Y os informo que no tengo intención de regresar hasta que oscurezca. Tengo mucho que enseñaros —le insinuó.

—¿Todo el día? —se sorprendió.

—¿No os agrada la idea? —una pequeña sombra de decepción nubló su voz—. ¿No queréis que yo...?

—Al contrario, mi señor —se apresuró a aclararle—. Nada me complacería más —admitió, aunque rápidamente bajó la cabeza avergonzada ante las palabras que se habían precipitado de su boca.

Nicholas suspiró con alivio mientras su corazón comenzaba a golpear su pecho con fuerza alimentado por aquella esperanza que nuevamente asomaba a su alma. Lentamente tomó su barbilla alzando su rostro mientras llevó la pequeña mano que aún sostenía entre la suya hacia su pecho, con la esperanza de que Gabrielle sintiese aquel palpitar y con él, todo lo que ella era capaz de provocar en todo su ser. Mientras, con la punta de sus dedos comenzó a acariciar su mejilla. Era tan suave, tan dulce, tan tierna, tan hermosa...

Gabrielle cerró los ojos, disfrutando de aquel contacto. Había deseado tantas veces una caricia suya, así. Su corazón repicaba en sus oídos, al unísono, en conjunción con aquel palpito que resonaba en la palma de su mano, como si fueran uno solo. La mano de Nicholas abandonó la tibia mejilla, recorriéndola hasta su nuca, enredándola entre su largo cabello negro mientras afianzaba la mano de Gabrielle contra su pecho antes de soltarla y descender hasta su cintura.

Esta vez no hizo su aparición ningún tipo de duda o vacilación, solo existían Gabrielle y su amor por ella. Poco a poco fue acercándose a su rostro y, durante un segundo, temió que ella lo rechazase. Buscó en sus ojos alguna sombra que lo incitara a detenerse pero se encontró con aquellos ojos violáceos que tanto adoraba llenos de anhelo... nunca los había visto brillar así. Bajó durante un momento la vista hacia sus labios, sonrosados, trémulos, casi expectantes que parecían llamarlo cual canto de sirena. Se inclinó un poco más sobre ellos, ya podía sentir su perfume embriagador aturdiéndole y su cálido aliento sobre su piel. El sabor de aquellos labios vino a su memoria,

al igual que esa necesidad por sentirlos de nuevo y que era incluso más poderosa que aquella vez cuando la besó en el altar.

Finalmente el deseo le venció y no pudo dilatar más aquel momento, posando sus labios sobre los suyos, lo más delicadamente que le permitió ese fervor que turbaba sus sentidos. Los acarició con dulzura, sintiendo como los de Gabrielle se unían a aquella sinuosa danza. Sin embargo, aquello no fue suficiente para Nicholas, para sus deseos, para aplacar esa necesidad que tenía de ella. Aferró su cintura y la apretó contra su cuerpo, haciendo que un pequeño gemido escapara de los labios de Gabrielle y aquello fue su perdición. Deslizó la mano desde su nuca hasta su espalda para abrazarla con fuerza a la vez que sus labios se separaron durante un segundo de los de ella para después volver a atraparlos intensamente, casi con desesperación. Nicholas profundizó el beso mientras Gabrielle entreabría los labios para recibirlo y tuvo que ahogar un gemido al sentir cómo la dulce boca femenina se entregaba a su caricia sin reservas y cómo su cuerpo se estremecía entre sus brazos, fundiéndose con el suyo.

Reticente se separó de ella, ambos sin aliento. Nicholas apoyó su frente sobre la de ella, disfrutando de aquel pequeño cuerpo que temblaba bajo sus manos, aún turbado por cómo se había abandonado ella a ese beso, como si también le hubiera impulsado el mismo deseo, el mismo anhelo que lo impulsaba a él.

¿Sería posible? ¿Sería posible que lo que tanto había esperado por fin le fuera concedido? ¿Sería ese el día en que por fin podría decirle, expresar todo lo que en su interior guardaba para ella?

Un carraspeo desde la puerta le obligó a despertar de su ensoñación y tuvo que reprimir aquellas palabras que luchaban por escapar de sus labios.

Tanto Gabrielle como él se giraron tras separarse para comprobar que era Nigel. El Capitán se inclinó, apabullado por su intromisión.

—¿Sí, Nigel? —le saludó Nicholas.

—Los muchachos ya están preparados, Majestad —le informó. Nicholas asintió.

—Os espero en media hora al pie de la escalinata —le susurró a su esposa.

—Iré a preparar la comida —concordó ella.

—Y yo me encargaré de los caballos.

Gabrielle lo miró con un deje travieso y, poniéndose de puntillas se

acercó a su oído.

—Con una montura será suficiente para los dos —susurró.

Nicholas rio para sí mientras veía a su esposa alejarse de él con su delicado caminar.

—Adiós, Nigel —se despidió amablemente antes de retirarse. El Capitán, sorprendido, apenas tuvo tiempo de inclinarse. Luego miró de nuevo a Nicholas haciendo un esfuerzo casi sobrehumano para no reír.

—Ni se te ocurra —le advirtió apuntándole con el dedo de modo intimidatorio.

—Jamás osaría, Majestad —alcanzó a decir antes de ahogar otra carcajada.

—¿Quieres ser sometido a un consejo de guerra? —insistió Nicholas.

Ambos mantuvieron la mirada fija durante un momento y, súbitamente, lanzaron sendas risotadas.

—Siento mucho la interrupción, Majestad —se disculpó.

—¿No tenías nada mejor que hacer? —suspiró resignado Nicholas cerrando el ventanal.

—En realidad, sí —confirmó—. Lo mismo que vos —añadió con cierta presunción.

—¿Erin? —preguntó—. ¡Ya era hora!

—¿Acaso era yo el único estúpido que no lo sabía? —se molestó.

—Amigo mío —le dijo con una palmada en la espalda—, no hay más ciego que el que no quiere ver —concluyó dirigiéndose a la salida.

—¿También vos? —se le oyó decir antes de cerrar la puerta tras de sí.

## Capítulo 13

Gabrielle caminaba de forma apresurada por el corredor, sus pasos acelerados eran un vivo reflejo del vertiginoso palpitar de su corazón. Sabía que tenía poco tiempo, aunque media hora para volver a encontrarse entre los brazos de Nicholas era toda una eternidad. Aún así tenía que hablar con Claire, necesitaba hacer partícipe a alguien de cómo su pecho albergaba tanta felicidad y ella mejor que nadie para comprenderla.

Tan emocionada estaba que no tuvo la precaución de llamar a la puerta de la sala y anunciar su presencia. Cuando irrumpió en la estancia, los murmullos de los niños no se hicieron esperar.

—¡Es la Reina! Qué bonita es... —susurraba una niña a su compañera de pupitre.

—Majestad —titubeó Claire llena de sorpresa.

—Alteza —la saludó Gabrielle con una sonrisita.

—Niños, saludad a Su Majestad —demandó Claire.

—Buenos días, Majestad —respondieron todos al unísono. Gabrielle inclinó su cabeza dedicándoles una amplia sonrisa.

—¿A qué debemos tan inesperada visita, *Majestad*? —preguntó Claire tratando de contener la risa. Dirigirse a su prima con tanta formalidad jamás dejaría de parecerle gracioso.

—¿Podéis salir un momento? Hay un tema que me gustaría tratar con

vos —le informó esforzándose por aparentar toda la seriedad posible.

Claire miró a Ivette que asintió haciéndole saber que ella se quedaría a cargo de la clase, antes de seguir a Gabrielle al corredor. Casi no había terminado de cerrar la puerta cuando su prima tomó sus manos y comenzó a hacerla girar con ella a lo largo del pasillo mientras canturreaba.

—¿Qué sucede, Gabrielle? —quiso saber la muchacha intentando dar fin a la frenética danza de su prima.

—¡Soy tan feliz! —afirmó deteniéndose finalmente.

—Ya lo veo —concordó Claire—. ¿Pero me vas a contar por qué o se lo tengo que preguntar a Nicholas? —bromeó.

—¿Y cómo sabes que es por su causa? —preguntó seria.

—Porque tu rostro habla por sí solo, querida prima. Indudablemente es el rostro de una mujer enamorada —le confirmó sonriendo.

—¿Y cómo no voy a estar enamorada de él? Es tan apuesto, tan gentil —suspiró—. ¿Has visto que manos tan varoniles? ¿Y sus ojos? Tan azules como el cielo. Nunca me había fijado en la pequeña cicatriz que nace de su ojo izquierdo y que llega casi a su sien —continuó como si hubiera olvidado por completo que Claire la acompañaba—. Seguramente fue causada por algún villano en una de las tantas batallas en las que ha luchado tan valientemente...

—Por fin reconoces que lo amas —exclamó Claire, interrumpiendo aquel discurso cuyas palabras escapaban en tropel de los labios de Gabrielle.

—¡Sí! —gritó abrazando a su prima, riendo ambas.

—¿Y a qué se debe este cambio? —preguntó tomando las manos de Gabrielle que se mantuvo en silencio con mirada traviesa, provocando la impaciencia en Claire—. ¡Por todos los Dioses, Gabrielle! ¡Habla de una vez! —le exigió ella riendo por la curiosidad.

—Hace un momento... me ha besado —le contó al fin a su prima, quien sonrió, feliz por ella—. Oh, Claire, nunca pensé que se pudiera sentir tal cúmulo de emociones en un único instante —admitió con un suspiro.

—Entonces, te ama —aseveró.

—Bueno, aún no me lo ha confesado —se entristeció por un momento—. Pero me dio la sensación de que quería hacerlo justo cuando se presentó Nigel —añadió más animada.

—¿Os interrumpió? —dijo Claire con desgana—. El Capitán tiene el don de la oportunidad.

—Quizás se decida ahora que vamos a salir a cabalgar —sugirió con una sonrisita—. Quiere mostrarme los lagos y tiene intención de no regresar hasta que anochezca.

—Qué romántico —Claire respiró hondo mientras llevaba sus manos a su pecho—. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Gabrielle? —la miró inquisitiva. Gabrielle comprendió al instante.

—Claire, no me sermonees ahora —se quejó con fingida expresión lastimera.

—Como quieras —accedió—. Pero reconoce que yo tenía razón y que tu recelo y desconfianza eran totalmente infundados.

Gabrielle le respondió con un mohín. Claire rompió a reír.

—Está bien, mi ilustrada prima —se inclinó Gabrielle de forma exagerada riendo también.

—¿Y cuándo es vuestra excursión?

La pregunta alarmó a Gabrielle.

—¡Divina Vetsa! —exclamó—. Debemos encontrarnos en unos minutos y aún tengo que ir a la cocina a preparar algo para la comida.

—¿Y qué haces aquí? —se rio Claire.

—Te veo esta noche —se despidió Gabrielle mientras reiniciaba su apresurado caminar en dirección a la cocina.

Claire la vio alejarse por el corredor. Se alegraba tanto por ella. Sin duda ese iba a ser uno de los días más felices de su vida, o eso esperaba.

Acelerando el paso, Gabrielle comenzó a repasar mentalmente qué alimentos le serían más fáciles y rápidos de preparar. Pensó que un poco de ayuda no le vendría mal. Erin había sido muy amable con ella el día anterior cuando estuvieron preparando la cena. Quizás accediera de nuevo.

Aún no había alcanzado el umbral de la puerta cuando la voz de Sybill resonó con claridad desde la cocina.

—Será muy reina y todo lo que tú quieras pero es una mosquita muerta.

Gabrielle paró en seco ante tal comentario... *¿Estaba hablando de ella?*

Decidió que debía presentarse frente a ellas sin más, incluso pedirle una explicación a tan peyorativa afirmación pero, simplemente, no consiguió que sus pies obedecieran. Solo pudo quedarse ahí, escondida tras el umbral de la puerta, escuchando aquella conversación de la que ella parecía ser objeto.

—No seas deslenguada, Sybill —le reprochó Ethel.

—Por favor, Ethel —se quejó ella—. ¿Me reclamas el que diga lo que



tú misma piensas? —le sugirió con pérfida voz. De repente, ambas muchachas rompieron a reír.

—Tienes toda la razón —le confirmó Ethel—. ¿La viste ayer, aquí metida, con delantal y todo, dándose esos aires de superioridad? —dijo con burla—. Pobre Erin, lo que tendría que aguantar.

Gabrielle palideció, ya no cabía la menor duda. ¿Pero por qué? ¿Por qué hablaban de ella de forma tan despectiva?

—Cocinando para su maridito... Como si a él le importara —añadió Sybill con mofa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ethel sin comprender.

—A que ni siquiera la ha tocado —le aseguró.

—¿Cómo sabes eso? —desconfió Ethel.

—¿Olvidas que soy yo quien ordena sus recámaras cada día? —le recordó—. Has de saber que, desde que ella llegó, siempre he arreglado las dos camas... las dos —insistió con tono mordaz—. Jamás han compartido el lecho.

Gabrielle no acababa de comprender. La mala intención de su comentario era más que evidente pero no entendía por qué era merecedora de tan venenoso discurso.

—Y en realidad no me sorprende —continuó Sybill—. Detrás de esa apariencia tan serena y contenida que muestra siempre, se esconde un hombre vigoroso, ardiente —suspiró la doncella—. Jamás se fijaría en una mujer tan insulsa como ella.

Gabrielle no daba crédito a lo que estaba escuchando. Con cada palabra de aquella muchacha sentía como sus entrañas se retorcían dolorosamente en su interior. Y lo peor de todo era que no se veía capaz de dar tan solo un paso más y presentarse ante ellas dando fin a aquellas purulentas palabras.

—¡No hables así, Sybill! —se escandalizó la otra doncella—. No debes referirte a Su Majestad de ese modo.

—El Rey además de rey es hombre, Ethel —la contradijo—, y como tal precisa una mujer que sepa darle lo que necesita, no una mojigata reprimida, pudorosa y anodina como ella que sabe de hombres lo mismo que yo de reinar... ¡Nada! —aseveró—. No es más que una niñita ingenua que se esconde tras una bonita caída de pestañas y a la que no le importa dejarlo en ridículo, mostrando más afecto por su guardia personal que por su propio marido —añadió—. Él necesita una mujer de verdad que lo complazca, lo

satisfaga, que lo haga sentir, vibrar...

—Pareces muy segura de lo que *necesita* el Rey —dijo Ethel con sorna—. Seguro que tú podrías dárselo, ¿verdad? —bromeó.

—Por supuesto —sentenció, tratando de dejar entrever mucho más de lo que estaba diciendo.

—¿Cómo? ¿tú...? —la muchacha no salía de su asombro.

—Eso mismo que estás pensando —le insinuó Sybill.

—¡La querida del Rey! ¡Su amante!—exclamó Ethel llena de incredulidad.

—Efectivamente —admitió—. No le hace falta buscar fuera lo que tiene aquí dentro...

Gabrielle se sintió desfallecer ante aquellas palabras que se clavaban en su pecho como dagas bañadas en veneno mientras algo en su interior se resquebrajaba, estallando en cientos de pedazos. Todos sus sentidos quedaron anulados por completo. Ya no fue capaz de escuchar nada más mientras se nublaba su vista y las náuseas se apoderaban de ella, llevando un sabor amargo a su boca y un sudor frío casi letal recorría su cuerpo una y otra vez. Se llevó una mano al pecho tratando de controlar el latido de su corazón que amenazaba con detenerse en cualquier momento, incluso el aire de sus pulmones le abandonó. Trató de dominar su mente paralizada y solo encontró el más terrible de los vacíos, nada excepto aquella frase que se repetía una y otra vez como un eco en su cabeza... *su amante, su amante, su amante ...*

Sus pies comenzaron a moverse, quizás alimentados por un impulso, o por una fuerza que Gabrielle nunca supo de dónde provenía, y, sin entender cómo, en un destello de lucidez se vio caminando hacia su habitación, cual ente etéreo que vaga sin destino ni propósito.

Al llegar a su cuarto, cerró la puerta tras de sí, con la mirada perdida en el abismo, catatónica, inerte... Poco a poco su espalda fue resbalando por la fría madera hasta caer de rodillas al suelo. Bajó su mirada hacia sus manos, aquellas manos con las que le había parecido tocar el cielo y que ahora se mostraban tan vacías... Solo pudo encontrar en ellas unas pequeñas gotas cristalinas como agua de lluvia. Se percató entonces de sus propias lágrimas y aquello, como un acicate que impulsaba sus propias emociones, hizo estallar su llanto como una catarsis a ese dolor tan inmenso que le rasgaba el alma. Ocultó su rostro entre sus manos, no para esconder sus lloros o su desconsuelo sino su propia vergüenza, su ingenuidad. ¿Cómo era posible que

hubiera estado tan ciega? ¿Cómo no fue capaz de comprender que se escondía tras aquella barrera que él mismo había interpuesto entre los dos aquella noche? ¿Y por qué ella había dejado de lado esa desconfianza que sin duda la habría protegido de aquel pesar que la invadía por completo?

Rememoraba como una tortura, una vez tras otra, las palabras de Sybill y no podía menos que reconocer que había tenido razón en todo. Era ingenua, insignificante, sin esa belleza voluptuosa que atrae a los hombres y una total ignorante en lo que a ellos se refería. Sí que era cierto que en los libros de Claire había encontrado pasajes que hacían alusión a la esencia masculina pero los había encontrado tan desalentadores que nunca había dado crédito a tales descripciones.

Ahora ya no estaba tan segura de ello y, por primera vez en su vida, tuvo que reconocer que aquellas lecturas no eran tal pérdida de tiempo como ella creía. Si no hubiera tomado tan a la ligera esas líneas habría comprendido la naturaleza insensible, lasciva e incluso viciosa del hombre en la que carecía de poca importancia la pureza o la castidad para, en su lugar, dejarse llevar por sus más bajos instintos. En muchas ocasiones consideró que aquellos textos describían monstruos y no hombres y, lo que no creyó en su día, se conjuraba ante ella como la verdad más devastadora. En ese momento, se hicieron presentes aquellas palabras que una vez le dijo su madre cuando consideró que ya tenía edad suficiente para comprender... “ *todos los hombres lo hacen y nosotras tenemos que resignarnos*” . Y ella era tan cándida que pensó que eso nunca le pasaría a ella, como el que ve las desgracias desde lejos, ajenas, como si nunca fueran a alcanzarle...

Casi a rastras, con las incesantes lágrimas surcando sus mejillas, llegó hasta la cama. Hundió su rostro en su almohada, ahogando su llanto, tratando de ahogar también aquel dolor.

Y pensar que hacía solo unos minutos se había sentido la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra...

Finalmente era ella quien tenía razón, jamás debió confiar.

Nunca se consideró una persona recelosa, era confiada por naturaleza, pero, por primera vez en su vida, su mente y su corazón se habían colocado a la defensiva en cuanto supo que debía desposarse a un desconocido. Si hubiera seguido aquel instinto, ahora no estaría en esa situación pues tan pronto como había retirado sus defensas, habían pisoteado sus ilusiones. Qué inocente había sido al creer en su gentileza y su caballerosidad, al creer que

trataba de no forzarla a compartir su lecho con él cuando en realidad el motivo era que estaba ocupado por otra... *Sybill, la amante de Nicholas* ... El solo imaginarlo volvía a causarle náuseas...

§ ~ \* ~ §

Nicholas recorría nervioso una y otra vez aquellos escalones. Se maravillaba de lo equivocado que estaba al vanagloriarse de su bien conocido temple y dominio, pues aquella sensación hacía trizas toda su calma y entereza. La amaba tanto... y ahora que tras una espera que a él le había resultado eterna la había vuelto a sentir entre sus brazos, se convencía aún más de lo poderoso de ese sentimiento que florecía en su pecho, extendiéndose hasta el último rincón de su ser.

En sus manos aún quedaba el recuerdo de la piel suave, tersa de sus mejillas, su cuello y el dulce sabor de sus labios aún permanecía latente en los suyos... Deseaba con fervor el volverla a estrechar contra su cuerpo y sentir su calidez, volver a sentirla estremecerse entre sus brazos. En su mente y en su piel aún estaba grabada aquella respuesta a su beso, su entrega, y la esperanza de que ella también lo amase se presentaba ante él más viva que nunca.

Subió de varias zancadas la escalinata, accediendo de nuevo a la antesala para comprobar que no había rastro de Gabrielle. Con preocupación empezó a preguntarse qué la habría entretenido tanto tiempo pues ya debería haber pasado una hora desde que se separaron en su escritorio.

Bajó de nuevo los escalones cuando escuchó con entusiasmo pasos tras de sí. Su ánimo se derrumbó cuando comprobó que quien se aproximaba era su hermana.

—Yo también me alegro de verte, hermanito —se quejó al ver su expresión sombría.

—Discúlpame, Agatha —se excusó acercándose a ella—. Estoy esperando a Gabrielle. Vamos a salir a cabalgar.

—Por el brillo de tus ojos adivino que tienes algo más que contarme —insinuó su hermana con sonrisa pícaro.

—Digamos que han habido ciertos avances en nuestra relación —se limitó a decir.

—¿Avances? Serás bribón —se rio Agatha mientras desordenaba los

cabellos de su hermano.

—¿Osáis comportaros de forma tan poco recatada frente a vuestro soberano, Alteza? —exclamó Nicholas con fingida indignación mientras atusaba su cabello.

—No me hagas recordarte que soy mayor que tú —bromeó apuntándole con el dedo amenazante.

Durante un segundo, la mirada de Agatha se desvió de su hermano hacia el patio y su cálida sonrisa palideció.

—Agatha —se inquietó su hermano—, sigues teniendo mal semblante. Insisto en que hables con nuestro tío.

—No te apures, Nicholas —negó con la cabeza—. Confío en que sea algo pasajero —afirmó bajando su rostro.

—Majestad, creí que ya os habríais marchado —la voz de Jordan sonó tras su espalda.

—Ah, Jordan —se volvió Nicholas—. Aún no, la Reina se retrasa.

—Quizás deberías acudir a su encuentro —sugirió Agatha sin apenas alzar su mirada.

—Tienes razón —concordó pensativo—. Dijo que iba a preparar algo de comida para nuestra salida. Quizás esté en la cocina —concluyó caminando ya hacia el interior del castillo.

Agatha quedó estática sobre sus talones con sus manos unidas bajo los pliegues de su vestido, mientras escuchaba los pasos de su hermano alejándose. Alzó levemente su rostro, apenas se atrevía a hacerlo sabiendo que Jordan estaba frente a ella. Su mirada se cruzó con aquellos ojos masculinos y se dio cuenta de que nunca había reparado en su color, tan oscuros como la noche cerrada. Durante un instante creyó ver que se teñían de sombras, de pesadumbre, pero aquella visión duró lo que dura un suspiro, tornándose su mirada gélida y dura.

—Si dais vuestro permiso me retiro, Alteza —pronunció con notable indiferencia.

—Es propio —murmuró ella haciendo acopio de toda su fortaleza. Sin duda, aquella frialdad con la que Jordan estaba decidido a tratarla era un arma mucho más poderosa y mortífera que todo su desdén. El guardia se inclinó y sin volver a mirarla se marchó.

Jordan apretó los puños contra su cuerpo mientras caminaba y se maldijo por haberse dejado llevar por su propia demencia. Se rio de sí mismo

al recordar el día en que decidió abandonarse a aquel desafío que él mismo había lanzado hasta llegar si fuera necesario a las últimas consecuencias... ¿Consecuencias? Ahí las tenía. Debía alejar de su vida a la única mujer que había amado y amaría por el resto de sus días.

Agatha lo observó marcharse y pronto desapareció de su vista, aunque aquel desasosiego, aquella aflicción, no desaparecieron con él. Por un momento la desesperación y la impotencia la invadieron ¿Qué debía hacer? ¿*Apartarse de él?* ¿Acaso en algún momento Jordan había estado cerca de ella? ¿*Olvidarse de él, entonces?* ¿Pero cómo se olvida a alguien que nunca ha pedido que se le recuerde? Al instante otra cuestión acudió a su pensamiento y, en esta ocasión, fue el temor lo que la invadió, el miedo al simple hecho de formular la pregunta en su mente y el miedo a no hallar tampoco una respuesta... ¿*Debería dejar de amarlo?* Sí, seguramente era lo más sensato pero, ¿cómo se le ordena al corazón que deje de latir?

Cuando Nicholas salió de la cocina ya no era nerviosismo lo que recorría sus venas, sino inquietud, desazón... Gabrielle ni siquiera había acudido a preparar la cesta con la comida, de hecho, nadie la había visto. Se dirigió al comedor y allí volvió a encontrarse con su hermana.

—Ni siquiera ha estado en la cocina —le dijo alarmado—. ¿Dónde habrá ido?

—Cálmate, Nicholas —le pidió Agatha—. Pensemos durante un momento.

—No sé —dudó—, quizás esté en su recámara.

—Te acompaño —decidió ella.

Rápidamente llegaron a la habitación. Nicholas llamó a la puerta pero no obtuvieron respuesta.

—Gabrielle —la llamó Agatha—. ¿Estás ahí?

Nicholas miró a su hermana y ella asintió. El joven tomó el pomo de la puerta y la abrió, siendo Agatha la primera en entrar.

—¡Gabrielle! —exclamó corriendo hacia su cama—. ¡Gabrielle!

Agatha empezó a dar leves palmadas a su rostro llamándola.

—¿Qué le sucede? —inquirió atemorizado en vista de que su esposa no reaccionaba.

—No lo sé, Nicholas —respondió alterada—, pero será mejor que llames a nuestro tío.

Claire se revolvió en su silla, desperezándose y abrió su libro. Por suerte los niños estaban en el patio trasero jugando e Ivette se estaba encargando de ellos. Sin duda, la visita de “La Reina” había alterado los ánimos de los infantes y la última hora había sido bastante dura así que, bien se merecía un pequeño descanso.

Aún no había posado sus ojos sobre las líneas de aquella página cuando escuchó unos nudillos golpear la puerta.

—Adelante —dijo.

Todo su cansancio y tensión quedaron en el olvido cuando vio a Erick traspasar la puerta. Sin dudarlo se levantó de la silla y, con una gran sonrisa dibujada en su rostro, corrió hacia él lanzándose a sus brazos que la recibieron, al igual que sus labios con aquella pasión arrebatadora que la hacían ignorar el resto del universo.

Fue cuando se apartó de él cuando vio la severidad de sus facciones.

—¿Sucede algo? —preguntó Claire aún abrazada a él.

—No quiero que te alarmes, ¿de acuerdo? —le pidió.

—Erick, si me dices eso es inevitable que me alarme —le advirtió con seriedad—. Dime qué sucede.

—Es Gabrielle.

—¿Gabrielle? —se sorprendió Claire—. Vino a verme hace poco más de una hora...

—Nicholas y Agatha la han hallado en su recámara. Estaba inconsciente —la interrumpió.

Claire ya no le permitió que le explicara nada más. Se separó de él y corrió hacia el cuarto de Gabrielle, con Erick siguiendo sus pasos. Al llegar vio a Nicholas sentado en la cama, al lado de su prima, tomando una de sus blanquecinas e inertes manos entre las suyas. Agatha, Gladys y Trystan también se encontraban allí.

—¿Qué le ha ocurrido? —quiso saber.

—No te preocupes, Claire —respondió Trystan calmadamente mientras acercaba un bote de sales al rostro de Gabrielle. Al momento, la escucharon lanzar un gemido.

—Gracias a los Dioses —murmuró Nicholas.

Gabrielle comenzó a removerse en la cama y poco a poco fue abriendo

los ojos. En cuanto se aclaró su vista, se aclaró también su mente y recordó dónde estaba y lo que había sucedido. Sin embargo, vio a todos a su alrededor. ¿Qué hacían allí? Notó que una mano sostenía la suya y se giró para averiguar quién lo hacía y se encontró con la mirada azul de Nicholas. La agonía volvió de nuevo a su garganta al evocar lo que había escuchado y aquel tacto sobre su mano empezó a arderle como un hierro candente. Quiso apartar su mano de la suya al mismo tiempo que alejaba su vista de él, pero una gran debilidad que dominaba todo su cuerpo le obligó a hacerlo más despacio de lo que ella hubiera querido. No, no quería verlo, mirarlo, eso suponía enfrentar una realidad a la que sabía que no estaba preparada. Al mover su cabeza la habitación se llenó de tinieblas y todo comenzó a girar alrededor de ella como una vorágine impetuosa que cubría de caos y brumas sus sentidos.

—Claire —susurró cerrando los ojos.

La muchacha se sentó al otro lado de la cama y tomó la mano que Gabrielle le ofrecía. Trystan, mientras tanto, comenzó a palpar sus brazos y su frente.

—Tiene mucha fiebre —murmuró—. Agatha, que traigan agua fría y paños —le pidió.

Agatha asintió antes de marcharse.

—¿Pero qué es lo que tiene, querido? —preguntó Gladys a su esposo con preocupación.

—No podría decirlo con seguridad —respondió.

—Cuando vino a verme esta mañana no parecía enferma —le explicó Nicholas—. Al contrario, se mostró muy animada.

Gabrielle se agitó. Aquella voz no, aquella voz resonaba en sus oídos como un tormento. No quería volver a escucharla. Le recordaban la culpabilidad de él y su propia ingenuidad.

—Claire —musitó Gabrielle—, padre también lo hacía... Dime que él no...

—Está delirando —afirmó Trystan, contestando así a las miradas que expectantes se posaban sobre él—. Es necesario hacer que disminuya la fiebre.

En ese instante, Agatha llegó acompañada por Erin con el agua y los paños que dejaron sobre la mesita de noche. Claire soltó las manos de su prima y se apresuró a humedecer uno de ellos y posarlo sobre su frente.



Gabrielle volvió a agitarse al sentir que un gran escalofrío la invadía ¿Acaso Claire había perdido el juicio? ¿No sentía el gélido ambiente en la habitación? ¿No la veía a ella temblar? Y además con aquello provocaba que un frío mortal recorriera todo su organismo. Definitivamente estaba loca. Entreabrió sus labios intentando hablar, pero ningún sonido salió de su garganta. Probó a moverse para apartar aquella masa helada que sentía en su cabeza, pero apenas si movió uno de sus músculos. Poco a poco, aquella bruma, aquella oscuridad, volvieron a cubrirla con su manto y, después de eso, solo quedó el silencio.

## Capítulo 14

Claire se levantó de la butaca y caminó despacio hacia la ventana, desviando por un momento su atención de la cama de su prima hacia el patio que ya bullía de gente dirigiéndose a sus quehaceres matutinos. Todo permanecía igual, fluyendo y siguiendo su ritmo, todo excepto Gabrielle, que parecía estancada, atrapada en aquella fiebre delirante que se negaba a abandonarla. Era ya el segundo día desde que la habían hallado inconsciente y así continuaba.

Se acercó de nuevo a ella para cambiarle la compresa húmeda. Sin duda, su estado era preocupante y ni el Rey Trystan podía dar una explicación lógica a su dolencia. Apenas si habían conseguido que ingiriese algún líquido, ni siquiera el extracto de hojas de sauce que podría ayudarle a que bajara la calentura por lo que, además, pronto podría presentar signos de debilidad.

Tomó otra de las compresas y comenzó a refrescar lentamente sus brazos y sus manos.

—Gabrielle, tienes que reaccionar —musitó la muchacha, aún sabiendo que no la escuchaba—. Si lo que pretendías era llamar nuestra atención, ya lo has conseguido —bromeó con amargura con las lágrimas luchando por liberarse de sus ojos.

—Claire... —suspiró Gabrielle, en un leve hilo de voz.

Claire alzó sorprendida su rostro hacia el de su prima, no muy segura de si aquel susurro había sido producto de su imaginación. Vio entonces como Gabrielle entreabría los ojos, confundida, y rápidamente se arrodilló cerca de su cabecera.

—Gabrielle, estoy aquí —le dijo tomando su mano—. ¿Cómo te sientes?

—Un poco mareada —alcanzó a decir.

—Oh, Gabrielle, estábamos tan preocupados —le acarició el cabello—. Voy a avisar al Rey Trystan —exclamó poniéndose en pie—. Vuelvo enseguida.

Gabrielle se limitó a asentir con la cabeza, se sentía tan débil y adolorida que no era capaz de nada más, incluso la luz que entraba por la ventana parecía quemar en sus retinas. Cerró por un momento los ojos, pero debió adormecerse pues cuando los volvió a abrir, Nicholas se encontraba a su lado, tomando su mano. En un acto reflejo apartó su mirada y su mano de las suyas y como en una cascada indómita regresaron a su mente y a su corazón las palabras, los recuerdos de lo acontecido aquella maldita mañana y, con ellos, aquel dolor que parecía dispuesto a instalarse en su ser por siempre. No sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces, cuánto había permanecido en esa cama, pero no había duda de que no había sido suficiente para cerrar esa herida. Lástima que el Rey Trystan no contara entre sus tónicos y extractos con alguno para curar el alma.

—No os inquietéis —le oyó decir.

—Es mejor que no trates de levantarte —le ordenó Trystan. Gabrielle alzó la vista buscándolo—. Estás muy débil, hace dos días que no has tomado algo sólido y necesitas reponer fuerzas antes —le informó—. Hoy deberías reposar y quizás mañana ya estés en condiciones para levantarte.

—¿Dos días? —preguntó mientras recorría la habitación con la mirada. Toda su familia se encontraba allí, incluso Jordan la observaba desde un rincón con una sonrisa de alivio en los labios.

—Sí, prima —le confirmó Claire sentándose a su lado—. Dos días en los que no había forma humana de bajarte esa condenada fiebre —le dijo con fingido reproche.

—Y en los que no he podido encontrar explicación a lo que te sucedió —añadió Trystan—. ¿Qué pasó exactamente?

Gabrielle guardó silencio por un momento mientras sentía que todos los presentes se concentraban en ella y en su posible respuesta. De nuevo aquella punzada atravesó su pecho al recordar aquellos momentos en tanto que su mente aletargada trataba de buscar una plausible explicación.

—Cuándo viniste a verme a la escuela te encontrabas bien. ¿Te sentiste mal de camino a la cocina? —supuso Claire.

—Sí —mintió Gabrielle rápidamente.

—¿Sentiste náuseas y mareos? —quiso saber Trystan.

Gabrielle asintió con la cabeza, angustiada, casi le parecía estar rememorándolo en ese momento.

—¿Qué crees que tiene, querido? —le escuchó decir a Gladys.

—Aún no lo sé, pues a esos síntomas hay que sumarle la fiebre tan alta que ha padecido —respondió Trystan frotando su barbilla pensativo.

En ese instante, apareció Erin con una bandeja con alimentos que situó encima de la cómoda.

—Majestad, me alegro mucho de que ya estéis mejor —le sonrió ampliamente la doncella.

—Gracias —susurró Gabrielle aunque no podía creer en sus palabras.

—Ahora será mejor que coma algo y descanse —puntualizó Trystan.

—Yo me encargaré de que así sea —concordó Claire.

—Entonces, nosotros mejor nos retiramos para no agotarla aún más —concluyó Erick que se acercó a Claire para besar su frente—. Te veo más tarde —le susurró.

Gabrielle notó que Nicholas tomaba su mano para besarla y trató por todos los medios de no rechazar abiertamente, frente a todos, aquel contacto que le abrasaba dolorosamente la piel.

—Descansad —le dijo, a lo que ella asintió, evitando así el tener que mirarle o hablarle. No tenía deseos ni fuerzas para hacerlo. Sabía que algún día debería enfrentarlo y, de hecho, debía decidir cómo y cuándo hacerlo pero, en cualquier caso, no por ahora, no si no quería flaquear, derrumbarse ante él. Ojalá pudiera refugiarse en esa cama por siempre, evadirse de la realidad que la esperaba ahí fuera.

Por lo pronto, y aunque sabía que era algo momentáneo y casi infantil, tenía la excusa perfecta para no salir de su habitación, e incluso de estar sola. Pudo comprobarlo al terminar de comer, al decirle a Claire que estaba cansada y que quería reposar. En cuanto cerró los ojos fingiendo dormir,

escuchó los pasos de su prima saliendo de la habitación.

Y, aunque por un lado pudo disfrutar de aquella soledad que tanto ansiaba en esos momentos, no pudo disfrutar en cambio del sosiego que necesitaban su cuerpo y su alma, pues su mente se empeñaba en evocar una y otra vez las palabras de Sybill, que resonaban en su cabeza atormentándola.

§ ~ \* ~ §

Claire salió al corredor cerrando la puerta de la recámara de Gabrielle tras de sí, dejando escapar un suspiro más de angustia que de alivio. Su prima mostraba una falta de apetito considerable y eso no era de ayuda para su recuperación. A la hora de la comida, se había excusado diciendo que se sentía muy débil y casi no tenía fuerzas, pero ahora, nuevamente se había mostrado reticente a tomar alimentos, a pesar de que Erin se había ofrecido a cocinarle sus platos preferidos para cenar.

—¿Algo os preocupa, Alteza? —la voz de Erick a su lado la hizo sobresaltarse.

—Erick, me has dado un susto de muerte —le reprochó con las manos en el pecho y la respiración entrecortada.

—Estás tan ensimismada que ni siquiera te has percatado de mi presencia cuando has salido —se rio Erick.

—¿Estabas aquí? —se sorprendió.

—Te buscaba para que acudiéramos juntos a cenar —le aclaró asintiendo, tomando sus manos.

—Discúlpame —se excusó ella.

—¿Qué te sucede? —le preguntó instándola a caminar con él hacia el comedor.

—Estoy preocupada por Gabrielle.

—No tienes por qué —la calmó él—. Ya no tiene fiebre y con el reposo cada vez estará más recuperada.

—Casi no tiene apetito y está muy pálida —puntualizó ella.

—Es normal que esté pálida después de dos días de fiebre altísima, ¿no crees? —le dijo—. Y en cuanto a su inapetencia, bueno, puedo pedirle a mi padre que le dé algún tónico para despertarle el apetito —le sugirió.

Claire concordó con la cabeza pero Erick observó que, por su semblante, la respuesta no le resultaba del todo convincente.

—¿Hay algo más? —quiso saber.

—Es que... —dudó ella.

—¿Qué? —insistió Erick.

—Me parece distinta —admitió Claire finalmente.

—¿Distinta? —preguntó extrañado—. ¿En qué sentido?

—Desde que se ha despertado esta mañana, y en todo el tiempo que he pasado con ella en el día de hoy, solo he conseguido arrancar monosílabos de sus labios y... —titubeó—, aunque sé que puede parecer absurdo —aceptó—, la siento abatida, desalentada, como derrotada y con su mirada ausente y apagada.

—Quizás todo sea a causa de su debilidad —le alentó él.

—Puede ser —reconoció Claire—, pero es que nunca la había visto así, ni siquiera cuando su padre le anunció su inminente boda con tu primo. Ni aún sintiéndose la mujer más desdichada del mundo al tener que unir su vida a la de alguien que no conocía, sus ojos se apagaron de ese modo.

—Si con ello mitigo tu inquietud hablaré a mi padre sobre ello, ¿de acuerdo? —le dijo llevando la mano femenina a sus labios.

Claire asintió.

—Y ahora... —susurró mientras, en un arrebato, la tomaba por los hombros para casi arrastrarla hacia una columna, apoyándola tras ella donde atrapó sus labios, besándola con ardor, con delirio. Claire, tras un segundo de aturdimiento se dejó llevar por su pasión arrolladora respondiendo con el mismo afán, alzando sus manos y hundiéndolas en su cabello cobrizo, sintiendo como el calor de sus dedos varoniles, de su tacto se extendía desde sus hombros hacia todo su cuerpo.

—No veo el momento en que tu padre nos dé su consentimiento para hacerte mi esposa —gimió Erick sobre sus labios.

—Debemos tener paciencia y esperar —alcanzó a decir sin que él dejara de besarla.

—Mucho me pides —respiró sobre su boca tras lo que la devoró de nuevo.

—Erick, por favor, alguien podría vernos —le pidió aunque sin alejarse de sus labios.

—Está bien —suspiró Erick con resignación, separándose reticente de ella—. Pero, ¿no deberían haber llegado noticias ya?

—Es solo que estás impaciente —le insinuó traviesa. Erick sonrió y se

acercó, dispuesto a abrazarla de nuevo.

—Será mejor que bajemos a cenar —se rio Claire apartándose de él.

—Esto no quedará así, Alteza —le advirtió él riendo.

—Eso espero —respondió ella con picardía, ofreciéndole su mano para continuar su camino hacia el comedor.

§ ~ \* ~ §

Sin apartar la cabeza de la almohada, Gabrielle alargó el brazo hasta la cómoda, palpando, buscando el libro que había estado leyendo días atrás. Al no hallarlo, levantó un poco el rostro para comprobar que, en efecto, no estaba. Volvió a acomodarse en la cama, preguntándose quién lo habría tomado. Podría haber sido Claire aunque, rápidamente desechó esa idea de su mente pues sabía bien lo poco aficionada que era su prima a la poesía. Quizás alguna de las doncellas lo había tomado para colocarlo en la biblioteca, decidió finalmente. Viendo que no podría entretenerse con la lectura, y entendiendo que ya sería bastante tarde, se dispuso a dormir, o a tratar al menos.

En cuanto hubo cerrado los ojos, escuchó cómo se abría lentamente la puerta que comunicaba con el cuarto de Nicholas. ¿Sería posible que él fuera a verla? Gabrielle no se movió y continuó con los ojos cerrados, deseando que la creyera dormida y se fuera. Sin embargo no fue así y oyó sus pasos acercándose hasta que sintió que, su peso al sentarse, hundía ligeramente la cama. Gabrielle trató por todos los medios de no abrir los ojos, se encontraría directamente con él si lo hacía, así que se concentró en su respiración, haciéndola lo más pausada posible, para hacerle creer que, efectivamente, estaba dormida. Rogaba que así fuera y que él se marchara cuanto antes. Pero notó entonces como Nicholas se inclinaba ante ella, como su aliento rozaba su rostro para depositar un suave beso en su frente. Gabrielle tuvo que contener su estremecimiento, aunque no supo distinguir muy bien si era de hastío o de emoción.

—Gracias a los Dioses que ya no tienes fiebre —le escuchó decir, pero... ¿la estaba tuteando? ¿Por qué?—. Debes reponerte cuanto antes —continuó él—, hay tanto que debo decirte, tanto que ha cambiado... Ni siquiera te pido que lo aceptes. Solo espero que puedas comprenderme, o que trates de entenderme al menos. Mas ya habrá tiempo de eso, primero debes

recuperarte.

Nicholas tomó con suavidad una de sus manos y la llevó a sus labios.

—Buenas noches, esposa.

Gabrielle dejó de sentir el peso de su cuerpo sobre la cama y contuvo el aliento mientras sus pasos se alejaban de ella hasta que, por fin, escuchó la puerta al cerrarse. Entonces, abrió los ojos y parpadeó con incredulidad. ¿Qué significaba lo que acababa de suceder? Tampoco alcanzaba a entender cuál era el significado de sus palabras. Y aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo evitar que su corazón latiera con brío al vislumbrar una pequeña esperanza. ¿Querría Nicholas decirle que iba a dar fin a su historia con Sybill al darse cuenta de que era a ella a quien amaba? ¿Era eso lo que había cambiado en él? ¿Quizás le estaba pidiendo comprensión por lo que él ya consideraba un equívoco?

A pesar de que, por su bien, trató de apartar todas aquellas ideas de su mente, ellas fueron las que la guiaron a través de sus sueños.

Mientras tanto, al otro lado de aquella pequeña puerta, Nicholas, tras desvestirse, se dejaba caer cansadamente sobre su cama. Quizás la mejoría de Gabrielle le permitiera conciliar el sueño esa noche. Aún sentía el dolor en sus entrañas al recordarla tumbada en aquella cama, inconsciente, ardiendo en fiebre, delirando. Se había sentido tan impotente, todo resultaba tan inútil... Durante algunos momentos, le había invadido el miedo ante la terrible idea de perderla en vista de que, con el paso de las horas, seguía sin reaccionar. De nada servían en esos momentos ni su corona ni todo su poder en la Tierra cuando, en un solo segundo, era capaz de arrebátársela otro poder mucho más grande, ilimitado, el Divino ¿O más bien era maléfico? Porque debía ser un habitante del Inframundo aquel que pudiera convertir su vida en el peor de los infiernos, sumirle en la absoluta oscuridad al llevársela de su lado.

Y pensar que se habría ido sin haber sabido cuánto la amaba él. Se daba cuenta de cuán estúpido había sido al perder un tiempo tan precioso con sus dudas e indecisiones. Era cierto que no estaba seguro de sus sentimientos hacia él pero, a esas alturas, cualquier cosa era mejor que esa inquietud, que esa zozobra de no saber.

Se pasó nerviosamente la mano por los cabellos. ¿Por qué se engañaba a sí mismo? No era eso lo que le impulsaba a confesarle lo que sentía, sabía muy bien que su propia cautela le habría impedido hacerlo. No, no era eso. Quizás no se hubiese decidido si no la hubiera sentido esa mañana temblar



entre sus brazos y entregarse a su beso de aquella forma, algo que le hizo creer en ese instante que eso mismo que él sentía por ella, de ese modo tan imprevisible y lejano a la razón, era lo que la impulsaba a ella a corresponderle así.

Pero ya poco le importaba, tampoco valía la pena lamentarse por el tiempo perdido. Viéndola en aquella cama, débil e indefensa, lo único importante eran sus deseos de cuidarla, protegerla ante todo mal...

“Si al menos ella me lo permitiese”, pensó antes de caer bajo el embrujo de Ophix, Señora de los Sueños...

§ ~ \* ~ §

*El viento helado se arremolina entre los pliegues de mi vestido y mis largos cabellos. No sé muy bien dónde me encuentro, sé que es un jardín pero nunca había estado en él. Un pequeño sendero repletos sus bordes de centenares de capullos de rosa blancos, va dirigiendo mis pasos... a dónde... aún no lo sé, solo alcanzo a ver una pequeña colina al final del camino.*

*Sin embargo, conforme voy recorriendo aquella sinuosa senda y como si un halo maligno se creara tras mis huellas, todos sus pétalos se colorean de muerte, negros. Me detengo cerca de uno de los rosales e, inclinándome, intento tomar una de aquellas flores, pero mi simple tacto la convierte en cenizas...*

*Las lágrimas asaltan mis ojos, no entiendo qué sucede ni cómo he llegado hasta aquí. Alzo la vista y, tratando de no moverme demasiado para no continuar con ese rastro de muerte, observo a mi alrededor.*

*Sobrecogida, acierto a vislumbrar que desde ese punto del camino, dos mundos completamente distintos se abren ante mí, como las dos caras de una misma moneda. Por una parte veo su lado oscuro y tenebroso, lleno de muerte y dolor, de flores marchitas y hedor. Mas si giro un poco mi rostro, el brillante sol se refleja en la pequeñas gotas de rocío que adornan los blancos botones florales, tan puros y limpios, llenos de un aroma embriagador y de blanca luz. La indecisión se apodera de mí, ¿debo continuar hacia ese amanecer que despunta tras la colina, que me espera al otro extremo del sendero o debo desandar mi camino y sumirme en esa oscuridad desconocida y putrefacta sin continuar así con esta ola de destrucción?*

*Decido dar un pequeño paso al frente y, muy a mi pesar, decenas de*

*arbustos se marchitan al instante. ¿Cuántos más tendría que sacrificar para llegar al final? Tras de mí, en la lejanía resuena una malévol y aguda risa de mujer, dispuesta a burlarse a causa de la encrucijada en la que me hallo, como si ya supiera de antemano cuál va a ser el desenlace. Respiro profundamente y decido continuar, trato de no mirar atrás, la visión de esa desolación rodeándome es también mi propia desolación al creer que nunca llegaré a mi destino.*

*Paso a paso, ese miedo se acrecienta, elevo mis ojos y esa colina parece cada vez más lejana, aunque, durante un segundo, mis anhelos parecen jugar de forma engañosa con mis sentidos pues, recortando el horizonte, una silueta se desfigura contra el sol. Apremio mi caminar, y doy gracias al comprobar que mis ojos no me están traicionando. No solo se hace más claro ese perfil que rasga el cielo sino que reconozco a quién pertenece. Su rubio cabello a merced del caprichoso viento... casi me parece estar viendo sus ojos azules observándome. No obstante y, aun estando lejos, distingo en su semblante cierta angustia al desviar su mirada hacia el escenario tan sombrío que se alza a mi alrededor.*

*En ese instante detengo en seco mis pasos. Quizás no debería continuar, conforme me acerco a él, del mismo modo lo hace esta oleada de podredumbre y muerte que me persigue. ¿Qué pasaría si a él también lo envolviese? ¿Este maligno embrujo causaría el mismo efecto en él? Viendo las flores marchitas que va sembrando mi andadura, el terror se apodera de mí y la voluntad para seguir parece abandonarme...*

*Tu figura grácil envuelta en ese vestido celeste como el cielo límpido, tus cabellos negros ondeando contra el viento, el brillo violáceo que desprenden tus ojos... nada de eso puede quedar opacado, ni siquiera por ese oscuro averno que se eleva en torno a ti. Sigues presentándote bella y majestuosa, perfecta ante mis ojos. Imagino tu temor ante semejante escena, yo mismo estoy aterrado, rogando porque esa cortina de tragedia no te toque. Sigues acercándote a mí, cada vez más y con cada paso tuyo una nueva gota de sosiego alimenta mi alma.*

*De repente, para mi desgracia, te detienes, tus ojos llenos de dudas y temor. ¿Pero por qué? ¿Acaso no sabes que en cuanto nuestras pieles se toquen se romperá este maleficio? ¿Que es aquí entre mis brazos donde estarás a salvo? ¿Que esta vez sí puedo protegerte de cualquier cosa que quiera dañarte? Intento gritar tu nombre, pero es solo silencio lo que asoma*

*a mis labios. Tampoco los músculos de mi cuerpo responden, quiero ir hacia a ti, extender mis brazos para que vengas hacia ellos pero me resulta imposible ¿Son esta impotencia y esta incapacidad a causa de ese hechizo maldito? Comprendo entonces que no está en mi poder que este se rompa, que eres tú la que debe hacerlo, la que debe luchar, confiar. “No temas” te grito con mi mente mientras busco con mi mirada la tuya, “ven a mí”.*

*Sigues paralizada por un segundo pero te veo recorrer con tus ojos tu alrededor, por última vez, antes de fijar tu mirada en la mía, como si te hubieras convencido por fin de que ese es tu norte, el rumbo de tu destino. Apresuras tu caminar, cada vez estás más cerca, al igual que la espesa oscuridad, mas ya no importa, pronto desaparecerá. Sendas sonrisas se dibujan en nuestros rostros y este tormento que trata de derrotarnos parece llegar a su consumación. Finalmente alzas tus brazos y te lanzas a los míos, y, tal y como había supuesto, todas las tinieblas se derrumban dando paso al día más luminoso que jamás hayamos podido contemplar y todo vuelve a florecer, incluso más allá de lo que puedan ver nuestros ojos. Con tu contacto, y acudiendo a mí la más completa dicha, rompes también estas cadenas invisibles que atan mi cuerpo y puedo así estrecharte entre mis brazos. Tu respiración agitada sobre mi cuello, tu delicada figura trémula en mi pecho, tu aroma exquisito, la suavidad de tu piel y mis deseos de embriagarme de ti hasta aturdirme... eso es lo único que ocupa mi mente. Busco tus labios con vehemencia, no hay tiempo para las palabras, solo para saciar esta sed, esta necesidad de ti que me invade cada vez que te tengo cerca. Tu cuerpo responde a mis demandas sin demora, entregándote a mi abrazo y entreabres tus labios permitiéndome saborear la ambrosía de tu boca. Con la unión de nuestros labios, de nuestros cuerpos, nuestras almas entran en armonía formando una sola y sabemos que así será por siempre...*

El barullo que sonaba en el patio lo despertó. Nicholas se sentó en la cama sobresaltado. Viendo la altura a la que se encontraba el sol desde su ventana supo con certeza que se había dormido. Rio para sí pensando que qué rey que se preciase acudiría tarde a cumplir con sus obligaciones. Sin embargo, era de esperarse tras dos días de duermevela. Además, hubiera preferido seguir durmiendo y disfrutar de aquel sueño con el que le había obsequiado la noche. Suspiró tratando de aferrar todos los recuerdos posibles de él, antes de que la consciencia borrara los últimos retazos que aún persistían en su mente. Aquel sabor conocido aún endulzaba sus labios y la

tibieza de su piel aún se extendía por sus manos. Y aunque había sido un sueño delicioso, lo que le producía mayor felicidad era el saber que no pasaría mucho tiempo hasta que pudiera sentirla así otra vez entre sus brazos.

Casi de un salto salió de la cama y se apresuró a ponerse el pantalón y la túnica. Con un poco de suerte aún hallaría a su familia tomando el desayuno. Se sentó en la butaca para colocarse las botas cuando alguien abrió la puerta irrumpiendo en el dormitorio.

—Disculpadme, Majestad —se excusó rápidamente Sybill—. No pensé que siendo tan tarde aún os encontrarais en vuestra recámara.

—Sí, ya lo sé —rezongó Nicholas mientras continuaba atando sus botas.

—Puedo retirarme si lo deseáis —le dijo con voz demasiado melosa para el gusto de Nicholas.

—No, me marcho enseguida —le aclaró con tono ausente.

—Podría ayudaros a vestiros, Majestad —le insinuó acercándose a él.

—No te molestes —respondió sin apenas prestarle atención, preguntándose si Gabrielle habría encontrado fuerzas suficientes como para levantarse esa mañana.

En realidad no sabía si sus piernas serían capaces de sostenerla en pie pero, aquella mañana tan luminosa y, por que no admitirlo, aquel maravilloso sueño que le habían regalado las deidades nocturnas, habían conseguido colmar su cuerpo de energía y fuerza renovada. Y no solo eso, a pesar de que una gran duda aún ennegrecía su alma, una nueva esperanza florecía en ella. No sabía muy bien cómo iba a hacerlo, ni qué iba a decirle, pero estaba decidida a presentarse frente a él y... que fuese lo que los Dioses dispusieran.

Dio unos cuantos pasos por la habitación y se complació al ver que habían desaparecido los mareos. Se acercó hacia el cofre de los vestidos dispuesta a buscar el más bonito cuando escuchó ruidos en la recámara anexa; Nicholas estaba ahí. Sin pensarlo, sin dudar y, craso y desgraciado error, sin llamar a la puerta, la abrió, encontrándose así con la última escena que esperaba presenciar. Nicholas de pie cerca de la cama mientras Sybill le ofrecía su cincho y la capa, cual amante prestando sus atenciones a su amado.

—Buenos días, mi señora —la saludó sorprendido.

Gabrielle no respondió. Quedó impávida frente a ellos sin ser capaz de reaccionar.

—¿Os encontráis bien? ¿Necesitáis algo? —titubeó preocupado en vista

de su expresión, y, aunque feliz de verla, sin comprender muy bien lo repentino de su aparición.

—Sí... No —salían las palabras atropelladamente de su boca—. En realidad quería preguntaros si habíais visto el “ *Razón de amor* ”—se apresuró a mentir—. Lo tenía en mi cómoda hace unos días pero no lo encuentro.

—Sí, yo lo tomé —afirmó extrañado—. Permitidme que os lo traiga —dijo mientras se dirigía a la cómoda que había en el otro extremo de la recámara.

Gabrielle lo intentó de todas las formas posibles pero le fue completamente imposible no dirigir su mirada hacia Sybill. Para su mayor desazón, se encontró con una sonrisa veleidosa y una mirada de ojos ladinos, llena de suficiencia y satisfacción. Sin duda, sabía muy bien el efecto que había causado en Gabrielle el hecho de haberla encontrado allí.

—Aquí lo tenéis —se lo ofreció.

Pero Gabrielle parecía no escucharle, apoyada sobre el quicio de la puerta, pálida y cabizbaja.

—¿Estáis bien? —preguntó alarmado.

—Sí, es solo un vahído —fingió—. Definitivamente no debía haber salido de la cama —concluyó girando sobre sus talones volviendo a su habitación.

—Dejadme que os ayude...

—No —le cortó ella—, y disculpadme por la intromisión —añadió cerrando la puerta, dejando a Nicholas con el libro en la mano e inmerso en la confusión.

## Capítulo 15

Aquella mañana había amanecido especialmente fría, a pesar de ser verano. Aún así, a Agatha no le importó. Desde que Dama había enfermado, no había salido a cabalgar y en ese momento sentía una necesidad imperiosa de hacerlo. Quizás la fría brisa de esa mañana lograra despejar su mente, ojalá aletargara sus pensamientos llenos de él, de sus ojos, sus manos, de su nombre... Si bien lo había visto alguna vez desde aquel día en que la hizo sabedora de en cuán bajo concepto él la consideraba, no habían cruzado ni una sola palabra. Si tanto la despreciaba, hubiera preferido que se lo demostrase con su desdén y su insolencia, no con esa indiferencia que la estaba matando.

No, la culpa de esa zozobra que la acompañaba día y noche no era de él; la culpa era suya por no ser capaz de dominar su mente, y lo que era peor, no ser capaz de dominar su corazón pues ya no era solo el dejar de pensar en él sino el dejar de amarlo. Y ya ni siquiera trataba de hallarle una razón, una explicación a ese sentimiento tan irracional e ilógico, simplemente se había instalado en su pecho y le parecía imposible que algún día pudiera arrancarlo de allí.

Cuando estaba llegando a las caballerizas lo vio. Su figura imponente, tan varonil, de músculos bien formados, destacaba de entre todos los hombres que allí se encontraban. Nunca podría acostumbrarse a aquel vuelco que le

daba su corazón al imaginarse rodeada por aquellos fuertes brazos, al igual que nunca se acostumbraría al vacío que invadía su interior ante la certeza de que eso nunca sucedería.

Respiró hondo antes de llegar hasta él. Estaba en el cubil de Dama, revisando sus cascos. Aunque había dado órdenes estrictas de cuál debía ser su tratamiento, sabía que se encargaba de hacerlo él personalmente, cosa que le alegraba, mas no entendía el porqué de su interés.

En cuanto Jordan se percató de su presencia, se levantó dirigiéndose a ella.

—Buenos días, Alteza —la saludó inclinándose.

—Buenos días —respondió ella—. ¿Cómo sigue Dama?

—Hay cierta mejoría pero aún es demasiado pronto. Su recuperación podría durar varias semanas —le aclaró.

—Yo... —titubeó—, sé que no forma parte de tu cometido aquí, así que te agradezco que te ocupes de ella.

—No es ninguna molestia, Alteza —la contradijo.

Agatha percibió de nuevo aquella indiferencia en su voz y en su expresión que tanto le amargaban. Observó por un segundo la dureza de sus rasgos y se preguntó cuál sería la razón de aquel cambio en él.

—¿Necesitáis algo, Alteza? —preguntó Jordan en vista de su silencio.

—Quiero que me ensillen a Fedro. Voy a salir a cabalgar —dijo mientras buscaba al caballo con la mirada.

—¿A Fedro? ¿Y con este clima? —exclamó tratando de disimular sin éxito su malestar. Agatha se sorprendió gratamente de ello... por fin alguna emoción teñía sus palabras.

—¿Algún problema con eso? —preguntó poniéndose a la defensiva, tratando de provocar en él alguna reacción que le hiciera albergar la maldita ilusión de que nada había cambiado.

—En realidad, varios —se crispó—. En primer lugar, Fedro es un caballo demasiado brioso para vos y, en segundo lugar, va a caer una tormenta de los mil demonios —añadió mientras se llevaba, inconscientemente la mano al vientre.

—Así que no solo sabes luchar y eres experto en torceduras, caballos y mujeres, sino que ahora también sabes predecir el clima... Estoy maravillada —se burló.

—Burlaos cuanto queráis pero os aseguro que, antes de que acabe el

día, tendréis que reconocer que tenía razón —la retó.

—Muy bien —se rio ella—. Mientras tanto, voy a salir a cabalgar.

—Os aconsejo que no lo hagáis —insistió.

—Si te preocupan mis dotes como amazona, te aseguro que no es la primera vez que lo monto; sé muy bien cómo manejarlo —le aseguró—. Y por la tormenta, un pequeño aguacero veraniego no mata a nadie.

—Alteza... —Jordan apretó los puños contra sus muslos.

—Muchacho, ensíllame a Fedro —le indicó a uno de los mozos.

—Estáis siendo una imprudente —le advirtió firmemente.

—No es de tu incumbencia —aseveró ella.

—No puedo permitir que cometáis semejante estupidez —la increpó con dureza.

—¿Y cómo piensas impedirlo? —le dijo con la clara intención de desafiarlo—. ¿Me lo vas a prohibir?

Jordan quedó en silencio, apretando la mandíbula, impotente, tragándose los deseos de agarrarla de un brazo y arrastrarla hasta uno de los torreones y encerrarla allí hasta que algo de cordura acudiese a su mente caprichosa.

—Ya decía yo —se mofó ella mientras tomaba las riendas que uno de los mozos le tendía.

Sin más, y haciendo uso de la destreza de la que tanto presumía, montó a Fedro de forma ágil y grácil. Lanzándole a Jordan una última mirada altiva, azuzó el caballo y salió al galope de las caballerizas, mientras él maldecía para sus adentros.

§ ~ \* ~ §

Gabrielle miraba desde su ventana el cielo ennegrecido. Sin duda, las nubes habían decidido acompañar el frío de sus sentimientos con aquella terrible tormenta que había oscurecido el firmamento, tanto que, siendo poco más de mediodía, parecía noche cerrada. Se volteó y caminó hacia su baúl. Rebuscó entre sus vestidos y, casi al fondo, encontró el que buscaba, el vestido negro que había llevado en el funeral de su padre. Ese día también era para vestir de luto, en cierto modo estaba asistiendo a otro funeral, al de su corazón.

Después de que la mañana anterior viera a Sybill con Nicholas, se había



sentido presa de la desesperación. Casi se había arrastrado hasta su cama, hundiéndose en ella, con el rostro en las almohadas, tratando de acallar sus gemidos y su llanto. No creía tener tantas lágrimas, quizás pasó horas así, pero no paró de llorar hasta que quedó seca. Fue entonces cuando, despejada ya la bruma de las lágrimas, pudo pensar con más claridad, cuando pudo por fin entender lo que en realidad estaba pasando. Lo había malinterpretado todo, como, sin ir más lejos, sus palabras de aquella noche cuando se hizo la dormida. Nicholas le hablaba de un cambio, y la esperanza le hizo desear que se refería a que sus sentimientos hacia ella habían cambiado, transformándose en amor. Tonta ilusa. Lo que había “ *cambiado* ” era que Gabrielle había llegado a su vida para ponerla del revés y lo que ella tenía que “ *comprender* ” era que él no iba a modificar sus costumbres por más casado que estuviera. Quería tener a su concubina bajo su mismo techo y ella iba a tener que “ *ya no aceptarlo pero, al menos, entenderlo* ” . Durante un minuto, un mísero minuto, creyó que él acudiría a darle una explicación por lo que acababa de suceder tras haberlos sorprendido juntos, pero después se dio cuenta de que, con su interrupción, lo que había conseguido era que ella misma se diera por enterada sin necesidad de que él pasara por el trago de tener que explicárselo.

Tan ingenua, tan inocente, tan... estúpida. Y ella que lo creía tan noble, tan considerado, tan caballero... y todo era pura fachada, pura hipocresía. No era más que un ardid para tener a la *esposa* conforme y así continuar con su vida. Muy bien, de acuerdo entonces. Si eso era lo que él quería, ella no sería un obstáculo. Jamás le reprocharía nada pues era absurdo acusarle por una situación que él consideraba completamente normal. Pero, del mismo modo, ella ya no tendría por qué mostrar hacia él ningún tipo de afecto, de emoción. Nicholas seguiría su rumbo y ella trataría de resignarse a los designios que marcaban el suyo, acostumbrarse a una vida sin amor y olvidarse de todos sus sueños e ilusiones.

Mientras se vestía, volvió a recordar aquella conversación que escuchó en la cocina. Ahora, aquellas palabras ya no eran tan dolorosas como antes. No eran más que la burda realidad sobre su matrimonio y todo era cierto, incluso el comentario de Ethel sobre Erin. Seguramente, la pobre doncella no la soportaba y solo se mostraba amable con ella porque era su soberana.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de cómo se había derrumbado todo ante sus pies, como un castillo de naipes, tan frágil como una burbuja de jabón. Debía haber sabido que, un mundo tan ideal como en el que ella había

creído estar viviendo, en cualquier momento podía romperse en mil pedazos. Y se dio cuenta de cuánta razón tenía Claire cuando le reprochaba que era demasiado cándida al no ver la maldad que reinaba alrededor.

Cuando se miró en el espejo, vio con más claridad que nunca la imagen de su madre en su reflejo y volvió a recordar sus palabras poco antes de morir. En aquellos entonces a Gabrielle le resultaron totalmente irreales, ajenas, imposibles, pero ahora las sentía más que conocidas, casi propias, y entendía perfectamente el calvario que había padecido. Ahora entendía las discusiones y el llanto de su madre y cómo aquello la fue consumiendo poco a poco.

Sin embargo, ella no cometería el mismo error. No valía la pena mostrarse ofendida, herida; eso la rebajaría aún más. Por eso había decidido bajar aquel día a comer; había acabado aquella reclusión que ella misma se había impuesto, pensando así protegerse de la realidad.

Qué tonta. La realidad seguiría siendo del mismo modo hiciese ella lo que hiciese y el quedarse confinada en su recámara no cambiaría nada. Y, aunque fueran simples espejismos, debía buscar otros motivos para continuar. El convertirse en la esposa de Nicholas no era el único motivo por el que ella estaba allí, también era Reina, además de mujer. Si debía dejar que se marchitase ese lado de su esencia, debía aferrarse a la misión que se le había impuesto, la de soberana. Pondría todo su empeño en desviar todos sus pensamientos y esfuerzos a su cometido y a nada más. Evitaría por todos los medios su trato con Nicholas, hasta que todo el rencor que sentía se fuera convirtiendo en indiferencia y su presencia ya no le afectase. Y si llegase el día, poco probable al tener ya a alguien que calentase su lecho, en que le pidiera cumplir con sus deberes conyugales, simplemente se negaría, hasta el momento en que en ella se despertasen los instintos maternales. Solo ese día accedería a “*entregarle*” su cuerpo... Su corazón ya no podría entregárselo a nadie, roto en mil pedazos como estaba.

Observó la imagen de su figura débil y demacrada, y le pidió fuerzas a Bhut, el Señor de los Dioses, para enfrentar su destino, que le diera motivos suficientes para acostumbrarse a aquel mundo frío y sombrío que asomaba por su ventana. Borró con rabia una lágrima que, furtiva, comenzaba a surcar su mejilla. No, las lágrimas estaban de más, de nada servían. Y si debía mostrarse distante y dura ante todo y todos para protegerse de ese mundo oscuro que amenazaba con aplastarla, lo haría.

Cuando la vieron llegar al comedor, todos la recibieron con miradas de regocijo. Con toda la apatía que sentía no le fue difícil ignorarlas.

—Me alegra que ya os sintáis mejor y hayáis decidido acompañarnos —le dijo Nicholas.

Gabrielle se limitó a mirarlo por un momento y, sin contestar, se dirigió a su puesto en la mesa.

Claire recorrió a Gabrielle con su mirada tras lo que miró llena de angustia a Erick que comprendió al instante. Efectivamente, aquella no parecía la dulce e inocente Gabrielle que él conocía. Se la veía tan pálida, sus rasgos angelicales ahora se mostraban fríos, al igual que su mirada, apagada y oscura, ausente de brillo alguno.

—¿De verdad te sientes bien? —quiso saber Claire.

—Perfectamente —le atajó ella.

—Y... ¿ese vestido? —titubeó Claire. Jamás creyó que Gabrielle lo usaría de nuevo.

—Tan apropiado como cualquier otro —respondió fríamente—. ¿Dónde está Agatha? —preguntó al notar su ausencia.

—No lo sabemos —le respondió su prima.

—¿Cómo? —se sorprendió.

En ese momento, Erin entró en el comedor interrumpiendo la conversación. El rostro de la muchacha rezumaba alegría a ver a la Reina a la mesa.

—Majestad, que alivio que ya os encontréis bien —la saludó ella con una sonrisa inclinándose.

Gabrielle, simplemente asintió con la cabeza y el rostro de la muchacha se ensombreció.

—¿Sirvo ya la comida, Majestad? —preguntó entonces mirando a Nicholas.

—¿Por casualidad has visto a la Princesa Agatha? —la interrogó Gabrielle sin dejarle responder.

—No, pero... —dudó la muchacha—, escuché a Jordan mientras hablaba con Nigel decir algo así como que la Princesa había hecho caso omiso a sus indicaciones y había preferido salir a montar.

Los murmullos de desaprobación por parte de todos no se hicieron esperar.

—Dile a Jordan que venga inmediatamente —le pidió ella.

—Sí, Majestad —la muchacha se apresuró cumplir su orden.

—¿A montar con esta tormenta? —se escandalizó Gladys.

—Y con este frío podría coger una pulmonía —añadió Trystan.

—Sé que mi hermana es impetuosa pero no la creí tan irresponsable —exclamó Nicholas irritado.

En ese instante, Jordan hizo su aparición en el comedor.

—Me alegro de vuestra mejoría, Majestad —la saludó Jordan.

—Gracias —respondió secamente.

—¿Es cierto que la Princesa Agatha salió a caballo? —le preguntó Nicholas sin dilación.

—Sí, Majestad —le confirmó él—, y por lo que veo, aún no ha regresado —aventuró preocupado al no verla sentada a la mesa.

—¿Y se lo has permitido? —le reclamó él y Jordan bajó la mirada.

—Explícanos qué ha pasado —le pidió Gabrielle.

—Esta mañana, Su Alteza vino a las caballerizas para que le ensillaran a Fedro —empezó a decir.

—¿A Fedro? Sin duda mi hermana ha perdido el juicio —exclamó Nicholas.

—Le pedí en reiteradas ocasiones que considerase el salir a cabalgar, primero porque no me parecía un corcel adecuado para ella y, además, porque sabía que se avecinaba una gran tormenta —continuó—. Insistí varias veces, puede que incluso de una forma más enérgica de la que se me permite, Majestad —le aclaró a Nicholas—, pero fue inútil. No supe cómo impedirselo sin extralimitarme y —dudó—, sin faltarle al respeto —admitió con un claro reflejo de aquella impotencia en su voz.

—No conozco criatura más obcecada que ella —se irritó Nicholas.

—Lo siento, Majestad —se disculpó Jordan.

—No tienes por qué —negó con la cabeza—. Dudo que hubieras conseguido hacerle cambiar de opinión, a no ser que le hubieses dado un par de azotes en las posaderas —masculló mientras se ponía en pie.

—No, Majestad —lo detuvo Jordan al adivinar sus intenciones—. Seré yo quien lo haga, yo iré a buscarla.

—Ya te dije que no es culpa tuya —le aseguró.

—Eso decídselo a mi conciencia. “Y a mi corazón”, pensó.

—Como bien has dicho, poco podías hacer —Nicholas quiso insistir.

—Majestad, os ruego que no tratéis de disuadirme —le interrumpió con

firmeza—. Conmigo ni siquiera sirven los azotes.

—Está bien —aceptó finalmente—. Pero llévate algunos hombres.

—No será necesario. Seguro que ha ido a refugiarse de la lluvia a alguna cabaña abandonada —trató de sosegarlo—. No volveré hasta encontrarla, os lo aseguro. Con permiso —se inclinó y, con un par de zancadas, salió del comedor hacia la cocina.

—¿Que sucede, Jordan? —quiso saber Nigel al ver su rostro lleno de inquietud.

—Por favor, Nigel, pídele a alguno de los muchachos que ensille mi caballo. Voy a buscar a Su Alteza —le explicó. El Capitán asintió y salió al patio.

—¿Entonces aún no ha vuelto? —preguntó Erin.

—No, ve y sirve la comida —dijo mientras salía hacia el corredor, al Cuartel de Guardias. Tomó su capa y corrió hacia las caballerizas, tratando de esquivar con ella la fuerte lluvia. Drakhon ya estaba preparado cuando llegó. Lo montó rápidamente y salió galopando.

Jordan decidió probar suerte con algunas casas abandonadas que había visto de camino al lago que solía visitar. Mientras la fría lluvia golpeaba su rostro, también le golpeaba cada vez con más fuerza la posibilidad de que aquel indómito caballo la hubiera tirado al suelo y que ella yaciera sin sentido en cualquier parte o, lo que era peor, malherida. Espoleó de nuevo a Drakhon que relinchó acelerando el trote.

Pronto avistó la primera cabaña pero cuando llegó, comprobó con aflicción que no había rastro de ella. Y así sucedió con el resto de casas que fue encontrando por el camino. Se exasperó al ver que se estaban acabando sus opciones pero decidió continuar más allá del lago; si era necesario los recorrería todos y no pararía hasta encontrarla. Maldijo en voz alta ¿Por qué era tan caprichosa? No, esto era demasiado para ser un mero capricho, de hecho, le había parecido adivinar cierta provocación en aquella absurda decisión y en sus palabras. ¿Pero por qué? ¿Qué pretendía con ello? ¿Acaso no se daba cuenta de que él ya no estaba dispuesto a continuar con aquel juego? Aquella mañana en que le había hablado de forma tan hiriente quiso encauzar de nuevo las cosas, dejar en claro cuál era la posición de cada uno, ella una noble y él un simple guardia y para ello, casi la había humillado de la peor manera. ¿No era eso suficiente? ¿O es que no iba a parar hasta conducirlo definitivamente a la locura? Tendría que marcharse de allí muy a

su pesar si ese era el único modo de arrancarla de él de una vez.

A lo lejos vislumbró otra cabaña. Su corazón comenzó a palpar con fuerza cuando, entre la lluvia, le pareció ver la silueta de un caballo amarrado a un madero. Al acercarse respiró con alivio al ver que sí se trataba de Fedro; seguramente Agatha estaba en aquella cabaña. Ató a Drakhon y entró en la cabaña que se presentaba sucia, polvorienta y en muy mal estado. La buscó con la mirada para encontrarla en un rincón, sentada en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho.

—Mujer obstinada y testaruda —bramó mientras caminaba hacia ella.

Agatha giró su rostro y el alivio se dibujó en su rostro trémulo. Jordan se arrodilló cerca de ella, estaba empapada, temblando, helada de frío y sus labios gélidos ya comenzaban a amoratarse. El guardia se levantó para buscar algo con que cubrirla, algo para hacer fuego, pero no halló nada.

—¡Maldita sea! —exclamó mientras se quitaba la capa mojada, tirándola al suelo.

Se acercó de nuevo a ella, había apoyado la mejilla en la pared, con los ojos cerrados, adormecida.

—Alteza —la llamó—. ¡Alteza!

Tomó su rostro entre las manos, agitándolo, tratando de que reaccionara. Finalmente abrió los ojos y él exhaló aliviado. Tan helada como estaba podría sufrir hipotermia.

—De acuerdo, lo admito —susurró ella, condensándose su aliento como neblina blanca—. Tenías razón.

—Ahora eso no importa —negó él mientras, con impotencia, la veía temblar. Tenía que hacer algo y pronto.

Jordan cerró los ojos, era incorrecto, lo sabía, pero era lo único que se le ocurría en aquellas circunstancias y, sin pararse a pensarlo de nuevo, la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó.

—¿Qué...? —se tensó ella.

—No digáis nada —le pidió posando uno de sus dedos sobre sus fríos labios, sintiendo entonces cómo ella se sosegaba y apoyaba su cabeza sobre su pecho.

Jordan la envolvió fuerte entre sus brazos, resguardándola en su regazo mientras acariciaba su espalda tratando de darle calor. Por suerte la capa había hecho bien su función y lo había mantenido seco. Solo esperaba que su calor corporal entibiara el cuerpo de Agatha, que ya parecía temblar con

menos intensidad. Sintió su aliento sobre su cuello y sí, era endiabladamente más cálido.

Por un momento dejó a un lado aquello que consideraba un exabrupto, un atrevimiento, un imposible. Tener aquella mujer, el fruto de sus desvelos, entre sus brazos lo elevaba hasta el mismísimo Kratvah, y casi dudaba de si, en realidad, estaba sumido en uno de esos sueños de los que ella siempre era objeto y en los que no importaban ni su rango ni su posición, simplemente eran un hombre y una mujer que eran libres para amarse.

Disfrutó del contacto de aquel cuerpo femenino, asombrado de la forma tan perfecta que se ajustaba al suyo, como si hubieran sido dos partes de un mismo todo que el desafortunado Azar había separado y que ahora volvían a unirse. Pero eso no era posible. Quizás en otro tiempo, en otro universo, o quizás únicamente en esa miserable cabaña alejada de la humanidad, pero nunca en el mundo real. Mas, ¿qué significaba todo eso en ese instante? Nada. Ni siquiera quería planteárselo. Quería seguir sintiendo a aquella mujer entre sus brazos, como jamás imaginó que la tendría. ¡Y pensar que hacía unos minutos había considerado el marcharse y alejarse de ella para siempre! Necio iluso... Amándola así, como un loco, no sabía si sería capaz de soportarlo, necesitaba verla, contemplarla, escucharla, aunque sus miradas, sus palabras no fueran para él.

Siguiendo un impulso la apretó más contra su pecho y comenzó a acariciar suavemente su cabello húmedo. Incluso así, empapada y desaliñada, era la mujer más hermosa que jamás hubieran visto sus ojos. Notó que Agatha alzaba uno de sus brazos y lo pasaba por su cuello, aferrándose a su nuca. “Se halla tan exhausta que ni cuenta se está dando de dónde se encuentra”, pensó Jordan. Pero poco le preocupaba y agradeció a los Hados el poder compartir con ella ese momento irrepetible y que nunca volvería.

Sin embargo, él desconocía que aquella armonía no era únicamente la de dos cuerpos que se complementaban, sino también la de dos mentes, como una perfecta conjunción, pues del mismo modo que él, Agatha deseaba no salir jamás de esa cabaña para que, de esa forma, no pudiera romperse el hechizo que los envolvía. No solo sentía su seguridad, su protección, su calidez sino que así, entre sus brazos, tenía la absoluta certeza de que no necesitaba nada más para ser dichosa. Aunque sabía que él solo buscaba reconfortarla, le traía sin cuidado. Estaba allí, con él, sintiéndolo más cerca de lo que hubiera imaginado jamás. Ni aún pareciéndole sus sueños tan reales

cada mañana al despertar se podían comparar con lo que ciertamente era. La fuerza con que la envolvía en su cuerpo; el tacto de sus manos masculinas sobre su cabello, sobre sus labios; el aroma que emanaba de su piel, de la curva de su cuello, que penetraban en ella con cada una de sus respiraciones... Nada de eso tenía comparación alguna con lo que albergaba en su imaginación y que se le antojaba ahora insignificante. Y si había creído hasta entonces que era imposible amarlo más de lo que lo hacía, se daba cuenta en el refugio de sus brazos que ese sentimiento era y podía llegar a ser mucho más poderoso de lo que ella pudiera llegar a pensar. Era tal el ímpetu con el que latía su corazón que incluso temió que él pudiera escucharlo. Pero alejó rápidamente esa idea de su mente. Disfrutaría de ese corto y delicioso lapsus de tiempo que le obsequiaba con la cercanía y el calor de aquel hombre que amaba tanto.

Estaba atardeciendo cuando cesó la lluvia. Jordan fue el primero en salir de aquel letargo en el que se habían sumido ambos. La miró profundamente a los ojos y ella comprendió entristecida que el momento de volver a la realidad había llegado; fuera les estaba esperando el mundo con sus malditas leyes y normas establecidas, donde parecía que sus caminos solo estaban destinados a separarse.

La ayudó a ponerse en pie y, sin mediar palabra, salieron de la cabaña. Mientras él iba a por los caballos, Agatha se volteó para echar una última mirada a aquella casita casi en ruinas que había sido el perfecto escenario de aquel momento compartido con él y que nunca volvería pero que siempre guardaría en su memoria. Luego caminó hacia Jordan que ataba a Fedro a la montura de su caballo. Ni él pidió permiso ni ella se opuso, solamente la tomó por la cintura y la sentó en la grupa de Drakhon, montándose él luego y colocándose tras ella. Quería sentirla cerca aunque fuera por última vez.

Durante el camino no hubo palabras, no hubo reproches por parte de ella por cómo se había comportado él, ni hubo explicación alguna a lo sucedido por parte de Jordan. Simplemente cabalgaron en silencio sintiendo ambos, sin saberlo, que parte de sus corazones quedaba encerrado en aquella cabaña.

Llegando al castillo vieron que todos esperaban en la escalinata, con miradas aliviadas. Nicholas fue el primero en acercarse al caballo y Jordan la depositó suavemente sobre sus brazos.

—Gracias —le dijo Nicholas antes de caminar hacia el castillo.



Jordan no pudo más que inclinar la cabeza. El ver cómo la apartaba de su lado, cómo la alejaba de él, le dolía como si le hubieran atravesado las entrañas. Al bajar del caballo, Gabrielle se acercó a él mientras lo observaba con gesto de preocupación. Tanta aflicción vio él en su mirada que, el pensamiento fugaz de que pudiera adivinar en sus ojos el dolor que estaba sintiendo, le hizo desviar la vista de ella, a pesar de que la joven había posado su mano en su brazo tratando de captar su atención.

—Jordan —le susurró.

El joven tuvo la certeza entonces por el abatido timbre de su voz de que así era. Se atrevió por fin a mirarla y se encontró con un par de ojos llenos de comprensión y de pesadumbre, como si en un único segundo hubiera podido leer su alma y entender todo lo que ocurría en su interior. Jordan cerró los ojos, negando con la cabeza y, tomando las riendas del caballo, se alejó hacia las caballerizas dejando allí a Gabrielle que lo miraba llena de tristeza. La llegada a ese castillo no solo le había producido a ella desdichas, sino también a su querido amigo y eso quebraba más aún a su golpeado corazón.

—Te he dicho que estoy bien —se quejó Agatha mientras Nicholas la dejaba sobre la cama—. No era necesario que os alarmarais tanto.

—¡Habrás visto! —se irritó su hermano—. Si cuando yo digo que necesitas una buena tunda...

—Déjala que descanse, hijo —quiso calmar los ánimos Gladys—. Ya habrá tiempo después para regaños.

—No ha sido para tanto —se defendió Agatha.

—Eres perfectamente consciente de que Fedro es un caballo difícil de dominar —la acusó—. Eres una imprudente al querer montarlo. Podría haberte derribado.

—No puedes culparme de imprudencia cuando sabes mejor que nadie que, a ese caballo, lo domino a la perfección —le refutó.

—¡Ah! Y tampoco es imprudente salir con este clima, ¿no? —se cruzó de brazos.

—¿Tengo yo la culpa de que me haya sorprendido la lluvia? —contestó Agatha molesta.

—Jordan te recomendó claramente que no salieras a cabalgar porque se avecinaba una tormenta —le recordó Nicholas. Agatha titubeó.

—No podía suponer que era tan infalible prediciendo el clima —respondió con fastidio.

—Pues ha quedado bastante claro que harías bien si de ahora en adelante dieras un poco más de crédito a sus indicaciones —le advirtió su hermano.

—¿Y puede saberse por qué lo defiendes tanto? —se exasperó.

—¡Porque ha demostrado tener más sentido común del que posees tú! —sentenció Nicholas dejándola sin argumentos.

—Ya está bien —intervino Trystan—. Deberíamos dejarla descansar.

—Estoy bien —repitió Agatha aún con muestras de enojo en su voz—. Solo necesito quitarme esta ropa húmeda y darme un buen baño.

—Ordenaré que te preparen la tina y que te suban la cena —se ofreció Gladys.

—No tía, cenaré con vosotros —afirmó con firmeza.

—Muy bien —aceptó al fin—. Entonces nos retiramos —dijo, instando a todos a dejar el cuarto, no sin que su hermano le dedicase una última mirada de censura antes de abandonar la recámara.

Al quedarse sola, toda esa máscara de fingido engreimiento se derrumbó. Ahora que se había apartado de él, se sentía como incompleta, vacía, y su cuerpo adolorido acusaba la ausencia del suyo. Sabía que ese leve momento del que había gozado le costaría caro, que pasada esa tarde todo volvería a la normalidad pero, después de haberlo tenido tan cerca... Si él volviera a tratarla con la misma frialdad con que la trataba en esos días no estaba muy segura de cómo iba a poder soportarlo.

§ ~ \* ~ §

Claire dejó sobre la cómoda el libro que intentaba leer sin éxito. Había decidido quedarse en su cuarto hasta que Erick fuera a buscarla para la cena tras tratar ciertos asuntos con Trystan. Intentaba concentrarse en las líneas de aquel texto pero le parecía imposible después de lo sucedido. Bueno, lo de Agatha, aun conociéndola poco, sabía que era producto de su carácter impulsivo. En cambio, la actitud de su prima le resultaba del todo desconcertante. Era una completa desconocida para ella, tan fría, distante, de palabras y miradas duras, con la servidumbre, con ella, incluso con Jordan a la hora de la comida y ni que decir con su esposo, a Nicholas apenas si lo había mirado. Con cada minuto que pasaba, estaba más convencida de que algo le sucedía, así que debía hablar con ella e intentar averiguarlo.

—Alteza, ¿puedo pasar? —la voz de Ivette sonó desde el corredor. Claire acudió a abrirle la puerta.

—Adelante —le indicó.

—Ha llegado esto para vos —le informó con una sonrisita en los labios. En cuanto Claire vio el sello real de Breslau se iluminó su rostro. —Os dejo sola para que la leáis con calma —se rio Ivette.

—Gracias —le sonrió sin poder ocultar su impaciencia antes de que la doncella cerrara la puerta. Corrió hacia su cama y se apresuró a abrir la carta, sin imaginar ni remotamente su contenido.

Cuando Erick llamó a la habitación de Claire, le extrañó no obtener respuesta, se suponía que ella debía esperarlo allí.

—Claire, estás ahí —insistió.

Al no contestarle acercó su oído a la puerta y le pareció escuchar sollozos. Sin dudarle, la abrió, encontrándose a Claire echada sobre su cama, llorando desconsoladamente, sosteniendo un pliego de papel en su mano.

—Claire, ¿qué te sucede? —le preguntó alarmado mientras la tomaba entre sus brazos, tratando de calmarla. La joven, sin dejar de llorar, escondió su rostro en su pecho ofreciéndole la carta.

Erick comenzó a leerla y con cada una de sus líneas, su alma se iba llenando de temor. Para cuando había terminado de hacerlo, vio como, frente a sus ojos, todas sus esperanzas y fantasías de vivir una vida junto a ella estallaban en miles de fragmentos. El Rey Richard no solo no había aceptado su compromiso sino que le informaba a Claire de que era su deseo, su *voluntad*, que contrajese matrimonio con el Príncipe de Dagmar... con el Príncipe Zayev. De hecho, debía regresar cuanto antes para empezar con los preparativos. Erick creyó estar inmerso en una de sus peores pesadillas.

## Capítulo 16

*Mi querida hija:*

*Cuánto me apena contrariarte. Si has tardado en recibir noticias mías, no ha sido más que debido a mi intención de alargar lo máximo el tiempo en que, al fin, debiera enfrentar la realidad que va a conllevar el que leas estas letras.*

*He intentado hallar miles de excusas plausibles al hecho de romper la promesa que te hice antes de que nos separáramos pero no he encontrado ninguna. Tampoco va a serme útil el pedir miles de disculpas que jamás me otorgarás. Por tanto, lo mejor es hacerte saber de una vez que no podré aceptar tu compromiso con el Príncipe Erick de Meissen, pues ya he concedido tu mano en matrimonio al Príncipe Zayev de Dagmar. Sé que, en el fondo, no te sorprenderá esta decisión, eres conocedora de mi predilección por ese muchacho.*

*En cuanto al motivo, me parecieron muy buenos los argumentos que el mismo Zayev me dio en nuestro viaje de retorno a casa sobre el hecho de no dilatar más un acontecimiento que, en cierto modo, había estado prácticamente establecido desde que ambos nacisteis. Nunca se anunció nada concreto sobre el asunto, pero mi corazón, y sé que también el del Rey Lyal, albergaban ese deseo con fervor.*

*No creo conveniente, dada la situación, culpar al muchacho de*

*haberme influenciado a su favor, si bien es cierto que compartía, al igual que yo, la absoluta certeza de que tu deseo de permanecer más tiempo en Los Lagos y no volver conmigo para enfrentarte a la responsabilidad de buscar un marido siendo una princesa heredera como eres, eran fruto de una infantil e injustificable rebeldía. Y creo que tú misma lo demostraste al revelarme tus intenciones al pretender contraer matrimonio con alguien que conoces desde hace apenas unas semanas.*

*Con esto no quiero poner en tela de juicio en absoluto la honorabilidad del Príncipe Erick, al contrario, estaré eternamente agradecido a su padre el Rey Trystan por haberme ayudado en momentos en que nos azotaba la calamidad. Sin embargo, no lo veo razón suficiente como para permitir que te aventures en un matrimonio al que no le veo ningún tipo de solidez ni de futuro, solo el enamoramiento fugaz de juventud, inmaduro y voluble.*

*En cualquier caso, me sería del todo imposible, en mi posición, retirar mi promesa con el Rey Lyal. Ciertamente nuestra amistad se remonta a hace muchos años pero, por la misma razón, la ofensa hacia él sería mucho mayor pues se sentiría del todo traicionado. Podría traer consecuencias desastrosas para nuestros Reinos y no estoy dispuesto a sobrellevarlas por lo que no considero sea una decisión acertada por tu parte.*

*Te prometí que haría honor a tu buen juicio pero, en esta ocasión no creo que haya sido lo que te ha llevado a hacer esta elección. De hecho, me atrevo a apelar a ese buen juicio para que reflexiones y comprendas que esto es lo mejor y que todo lo he hecho por tu bien. Imagino que a pesar de todo lo que te he explicado, no habré impedido tu enojo y tu rencor para conmigo. Solo me resta pedirte disculpas y rogarte que tengas a bien regresar cuanto antes a Breslau para iniciar los preparativos de tu matrimonio.*

*Tu padre que te ama.*

*Rey Richard de Breslau.*

Erick terminó de leer aquella condenada carta sin dar crédito a lo que estaba leyendo.

—Me lo prometió —gimió Claire—. Me prometió que no aceptaría ningún compromiso en mi nombre.

—Sin duda Zayev ha resultado ser más astuto y zaino de lo que yo creía —masculló con rabia aplastando aquella maldita hoja entre su puño—. Ha sabido jugar muy bien sus cartas.

—Jamás creí que fuera capaz de algo semejante —se lamentó Claire entre lágrimas.

—¿A quién de los dos te refieres? —aseveró Erick mirándola y Claire bajó su rostro—. Zayev entrevió el sentimiento que entre ambos estaba naciendo y se ha aprovechado del hecho de que contaba con el apoyo de tu padre para adelantarse y quitarme de su camino —concluyó Erick con una gran impotencia reflejada en su voz.

—¡Mi padre no puede hacerme esto! —se exasperó ella—. Le escribiré de nuevo —dijo levantándose de la cama pero Erick la tomó de la mano deteniéndola.

—Eso no servirá de nada, Claire —le aseguró—. Tu padre deja bien claro que no puede retirar su palabra al Rey Lyal —le recordó—. Si no he entendido mal, teme que pueda desembocar en un enfrentamiento entre los dos Reinos, a lo que él no está dispuesto a llegar.

—¡Pero alguna salida habrá! —exclamó ella—. ¡Algo tendremos que hacer! ¿Os es que piensas aceptar su decisión como si nada? —le reclamó crispada y él silenció su reproche tomándola y abrazándola con desesperación.

—Prefiero la muerte a dejar que te unas a otro —declaró con firmeza.

Le era imposible imaginarse la vida lejos de ella. Había confiado, al igual que ella, en que su padre les daría su consentimiento, pero darse cuenta de un modo tan inesperado e insospechado que debía renunciar a ella, le congelaba la sangre. Erick no acertaba a pensar con claridad, no era capaz de encontrar una solución, ni tan solo asimilar que era verdad aquel mal sueño. ¿Cómo remediar algo que resultaba tan irreal que incluso parecía una burla?

Claire lo miró a los ojos, desbordados los suyos de angustia y desesperanza. Erick se estremeció. La amaba tanto que todo carecía de sentido frente a la idea de no poder tenerla a su lado. De repente, notó que Claire rodeaba su cuello con sus brazos, besándolo con fervor, un fervor impregnado de congoja y sal. Él respondió con el mismo ardor; el saber que podría perderla le hacía necesitarla aún más. Sin embargo, las manos de Claire comenzaron a resbalar por su cuello hasta llegar a su pecho, mientras comenzaba a jugar con los cordones de su túnica.

Erick se apartó de sus labios por un momento, atónito, sin alcanzar a comprender.

—Hazme tuya —susurró Claire entonces.

—¿Qué? —la tomó por los hombros separándola de él.

—Quiero que...

—Te he escuchado, Claire —la interrumpió posando los dedos sobre su boca—. ¿Has perdido la razón?

—¿Por qué? —exclamó ella—. ¿No me dijiste ayer mismo...?

—Sí, Claire, y tú misma me dijiste que había que esperar —le recordó él.

—Pues ya no quiero esperar más —respondió intentando besarlo de nuevo.

—No, Claire —se irritó.

—¿No me amas? —le reprochó entre sollozos, sintiéndose avergonzada por su propia actitud y rechazada por la de él.

—Más que nada en el mundo y lo sabes —se crispó Erick.

—¿Entonces? —le inquirió ella.

—No es esto lo que quiero para nosotros, ¿no lo entiendes? —se exaltó.

—¿Y tú no entiendes que lo que queríamos para nosotros ya no va a ser posible?

—Por supuesto que soy consciente, al igual que soy consciente de que así tampoco se va a solucionar el problema —le aclaró.

—Quizás, sabiendo que he pertenecido a otro, el mismo Zayev me rechace —sugirió Claire. Erick la miró furioso ante tal afirmación, cosa que ella ignoró—. Y si no —continuó ella—, que sepa que, si aún así pretende casarse conmigo, ya no habrá nada que yo pueda ofrecerle —concluyó tras lo que comenzó otra vez a tirar de los cordones de la túnica del muchacho. Erick la agarró por las muñecas.

—No pienso mancillarte y sentarme después a esperar y ver cuál es la decisión de Zayev —le advirtió con dureza.

Los ojos trémulos de Claire empezaron de nuevo a desbordar en lágrimas.

—¿Es que no ves mi desesperación? —se rindió al fin apoyándose sobre el pecho masculino.

—Es la misma que encoge mi corazón, Claire —la rodeó entre sus brazos.

—¿Qué vamos a hacer? —sollozó ella.

—Por lo pronto le daremos la noticia a los demás y ojalá ellos vislumbren la solución que nosotros no somos capaces de ver —respondió

mientras seguía acunándola en su pecho ayudándola a calmarse.

Pasados unos minutos, y ya encontrándose ambos más calmados, Erick tomó a Claire de la mano y, cogiendo la carta causante de su mayor desdicha, bajaron hacia el comedor.

Ya todos esperaban en la mesa. Su alarma fue visible en cuanto los vieron aparecer con esa expresión tan sombría y desoladora en su rostro.

—Hijo, ¿hay algún problema? —se interesó Trystan.

—Léelo tú mismo —le dijo con voz grave, alargándole el pliego de papel, tras lo que tomó asiento al lado de Claire.

—¿Qué sucede, primo? —preguntó Nicholas impaciente, sin querer esperar a que su tío concluyera con aquella extraña petición.

—El Rey Richard deniega su consentimiento para que puedan comprometerse formalmente en matrimonio —se le adelantó Trystan.

Las expresiones de asombro no se hicieron esperar.

—¿Cómo? —preguntó Gabrielle estupefacta.

—De hecho, me comunica que estoy comprometida con el Príncipe de Dagmar —añadió Claire sin levantar la vista de su regazo, luchando contra las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Con el Príncipe Zayev? —se exaltó Gabrielle. Claire asintió.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —se lamentó Gladys—. Realmente creí que vuestro matrimonio era un hecho. Querido —miró a su esposo—, tal vez si tú intervinieras.

Trystan negó con la cabeza, mientras seguía leyendo la carta.

—Por lo que veo no hay muchas esperanzas de que el Rey Richard cambie de idea —le informó—. Primero porque cree que la suya es la elección correcta y segundo porque no quiere arriesgarse a crear conflictos entre los dos Reinos.

—Pero no podemos permitir que Claire se case con ese príncipe entrometido —sugirió Agatha que, tal y como le había advertido a su tía, había bajado para cenar.

—Por supuesto que no lo vamos a permitir —aseveró Gabrielle con voz firme.

—¿Tienes alguna sugerencia, Gabrielle? —preguntó entusiasmada Claire, creyendo ver un luminoso destello en ese oscuro pozo en el que se había sumido desde que recibiera la nota de su padre.

—En efecto —acordó—. De hecho, mañana mismo le daremos solución



a este problema.

—¿De qué forma? —preguntó Erick extrañado.

—Lo único que deberíais hacer en estas circunstancias sería escapar de vuestros respectivos Reinos y refugiarnos en algún otro para pedir asilo y pedirle al Rey de dicho Reino que consintiera en casarnos —le explicó—. Yo misma concuerdo en daros asilo a ambos y estoy segura de que el Rey de Los Lagos accederá gustoso a officiar vuestro matrimonio —sentenció con severidad—. ¿Cierto? —se giró hacia su esposo que la observaba atónito.

—Sí —titubeó él—. Por supuesto.

—Definitivamente aún no te has recuperado de la enfermedad que padeciste hace algunos días —espetó Claire cuya mirada se ensombreció ante semejante locura.

—¿Acaso necesitas el consentimiento de tu padre para ser feliz, Claire? —se irritó Gabrielle.

—Por supuesto que no —se ofendió ella.

—¿Entonces? ¿No es suficiente para ti casarte con el hombre que amas? —inquirió su prima con alterada voz.

El resto de los presentes observaba desconcertado cómo se iniciaba aquella discusión entre las dos primas y sin que ninguno de ellos fuera capaz de intervenir.

—Un matrimonio como el que te he sugerido es perfectamente válido —le aclaró Gabrielle.

—Sí, pero despertaría la ira de mi padre —le respondió Claire.

—¿Y qué prefieres, lidiar con la ira de tu padre o vivir una vida sin amor? —la retó.

—La respuesta es evidente, Gabrielle, mas no quisiera provocar una guerra entre ambos Reinos —añadió.

—A lo máximo que puede llegar tu padre es a retirarte el saludo —se mofó Gabrielle.

—¿Y si el Príncipe Zayev toma represalias? —puntualizó.

—¿Contra tu padre? No puede reprocharle algo de lo que no era conoedor —se encogió de hombros.

—Me refiero contra nosotros, Gabrielle.

—Si bien no tengo potestad absoluta sobre el ejército de este Reino si la tengo sobre el ejército de Asbath. Si hay que luchar contra los Territorios Gealach al completo, se luchará —sentenció con gran seguridad.

—Si fuera necesario, mi señora —la interrumpió Nicholas—, este ejército sobre el que también tenéis plena potestad —agregó con claro reproche en su voz—, se uniría a la causa.

—Pero provocar un enfrentamiento...

—Dudo que el Príncipe Zayev llegase tan lejos conociendo la gran envergadura que supondría la unión de todos nuestros ejércitos, Claire —la corrigió Nicholas.

—¿Hay algo más importante que el amor por lo que luchar, Claire? —se exasperó Gabrielle.

La joven suspiró contrariada. Aunque hubiera preferido que fuera de otro modo, Gabrielle tenía razón. Miró entonces a Erick que asintió, sus ya relajadas facciones eran clara muestra de que coincidía con la opinión de su prima.

—Padre —le escuchó decir al muchacho que miraba ahora esperanzado a su padre.

—Me apena que se hayan dado así las cosas —le confirmó Trystan—, pero es lo que propone Gabrielle o que renunciéis.

—Eso nunca —atajó él.

—Entonces no se hable más —concluyó Gabrielle—. Agatha, habría que pedir a tus costureras que hicieran horas extras esta noche. ¿Sería posible? La boda debería celebrarse mañana al anochecer.

—No habrá problema —le aseguró ella.

—Necesitaría tu ayuda y la de Gladys para disponer los arreglos rápidamente mañana —les pidió, a lo que ambas mujeres asintieron.

—Entonces todo listo —suspiró Gabrielle satisfecha—. Congratúlate, Claire —se dirigió ahora a su prima—, vas a casarte con el hombre que amas, algo muy poco común en los tiempos que corren.

Claire la miró en silencio, sorprendida. Habría sido todo un cumplido si no hubiera adivinado cierto resquemor en sus palabras.

—Ahora —dijo Gabrielle levantándose, viendo a Erin que ya entraba al comedor a servir la cena—, si me disculpáis me retiro. No tengo ningún apetito y quiero estar descansada para el ajetreado día que nos espera mañana.

Dicho esto, y sin esperar ningún tipo de respuesta de los allí presentes, se marchó, dejando a todos en un estado de estupor difícil de ignorar. Se miraban en silencio sin atreverse a hacer ni el más mínimo comentario a lo

que, ya todos, creían que era un comportamiento completamente fuera de lo común.

—Definitivamente, desde que Gabrielle enfermó ya no es la misma —rompió Claire al fin aquel silencio sepulcral—. ¿Es posible que una dolencia de tales características como la que ella sufrió la haya afectado así? —le preguntó a Trystan.

—No es probable —afirmó pensativo.

—Primo, discúlpame que sea tan directo pero, ¿ha ocurrido algo entre vosotros que haya provocado esta actitud? —se atrevió a preguntarle Erick.

Nicholas se limitó a negar con la cabeza, con la mirada perdida. Él estaba igual de confundido que todos, incluso más. Aquella mañana, justo antes de que Gabrielle enfermara, había creído por un momento que su máximo sueño estaba cercano a cumplirse, que por fin iba a poder disfrutar del amor de su esposa y que él tanto ansiaba, pero desde que Gabrielle despertara de aquella fiebre no había compartido ni un solo minuto con ella. Cada vez que había ido a visitarla la encontraba dormida y, en las pocas ocasiones en las que le había dirigido la palabra, había sido de un modo frío y tajante, casi hiriente, como si él solo le inspirara algún tipo de rencor que no alcanzaba a comprender por más que lo intentara.

—Voy a ir a hablar con ella —decidió Claire.

—¿Crees que conseguirás averiguar qué le sucede? —le preguntó Agatha.

—No lo sé, pero voy a intentarlo.

—Deberías cenar primero —la detuvo Erick.

—En realidad, yo tampoco tengo apetito —admitió—. Demasiadas emociones para un solo día.

—Está bien —aceptó él—, pero permíteme entonces que te acompañe hasta su recámara —le pidió.

—De acuerdo —accedió ella.

—Enseguida vuelvo —informó a los demás mientras ambos se retiraban de la mesa.

Tomó su mano y la condujo fuera del comedor hacia la recámara de Gabrielle. En cuanto se adentraron en el corredor, tiró de ella para ocultarse tras una columna.

—Veo que estás tomando como costumbre el refugiarte tras las columnas —se rio ella.

—Y yo compruebo con gran alivio que has recuperado tu estado de ánimo —sonrió Erick.

Claire suspiró intranquila tornándose seria su expresión.

—Creo que es la única solución factible —razonó Erick—. Es eso o, tal y como ha dicho mi padre, el que renunciemos.

—No —se apresuró a decir ella.

—Entonces, serénate. Verás que todo sale bien —afirmó él con confianza, inclinándose sobre ella con mirada sugerente.

—Creí que ya no estabas impaciente —bromeó ella.

—¿Estás tratando de castigarme? —preguntó él mientras seguía acercándose.

—Es posible —le insinuó ella mas no pudo, aunque hubiera tratado, que aquellos labios masculinos atraparan los suyos para acariciarlos con urgencia, con apremio, como si el hecho de haber creído por unos instantes que podría haberla perdido lo hubieran dejado sediento y ahora quisiera saciar esa sed de ella que lo asfixiaba. Erick comprobó con gozo que ella se abandonaba a su beso, pareciera que esa necesidad no solo lo invadía a él.

—Percibo que no soy yo el único impaciente —respiró él sobre sus labios.

Claire respondió con una simpática mueca.

—Mañana por fin te convertirás en mi esposa —susurró él besándola de nuevo.

—Rezo para que no ocurra algo que lo impida —admitió.

—Nada va a suceder —la tranquilizó.

—Está bien —aceptó ella—. Pero ahora, tú vuelve al comedor a cenar y yo voy a hablar con esa desconocida que dice ser prima mía.

—Ciertamente se comporta de un modo muy extraño —concordó Erick separándose de ella.

—Y por más que trato no se me va de la mente la idea de que tiene que ver con tu primo —puntualizó.

—¿Con Nicholas? —se sorprendió.

—¿No te has dado cuenta de cómo se refiere a él en estos días? —le preguntó—. ¿Dónde quedó aquel “mi señor” objeto de nuestras burlas? —le recordó—. Esta noche ni siquiera era su “esposo”, era “el Rey de Los Lagos”.

—Tienes razón —asintió él—. Y sin embargo tampoco él parece conocer la causa —añadió.

—Creo que sé cómo manejar la situación —sugirió.

—Buena suerte, entonces —le deseó dándole un último beso—. Y procura descansar.

—Hasta mañana —se despidió Claire con una sonrisa viéndole retomar el camino hacia el comedor.

Respiró profundo y se encaminó hacia la recámara de su prima, resuelta a enfrentarse a ella y averiguar de una vez qué le ocurría. Cuando llegó a su puerta, ni siquiera se molestó en llamar. Al entrar la vio de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche.

—¿Tú tampoco tienes apetito? —le preguntó Gabrielle sin apenas mirarla.

—No —respondió Claire cortante, cerrando la puerta tras de sí.

—Deberías estar entonces en la habitación de Agatha para comenzar con tu vestido —le dijo.

—Iré enseguida —le indicó—, en cuanto me expliques que está sucediendo.

—Que te vas a casar con Erick mañana —respondió ella con apatía.

—Deja el sarcasmo conmigo, Gabrielle, pues no va a funcionar —le advirtió—. Yo no soy Nicholas que deja que lo trates con absoluta frialdad e indiferencia sin que se inmute.

Gabrielle la miró entonces duramente, casi trataba de atravesarla con el fuego de su mirada.

—Así que es eso... —sonrió satisfecha. Iba a ser mucho más fácil de lo que creía.

Gabrielle desvió de nuevo su mirada hacia la negrura que cubría el exterior del castillo. En el reflejo del cristal observó cómo se acercaba su prima.

—Pensé que querías que fuera feliz —se lamentó Claire.

—¿Acaso no te he ayudado hoy a que lo seas? —se volteó ahora a mirarla, con un tono de reproche en su voz.

—¿Crees que puedo serlo viéndote así? —le preguntó.

—Deja de pensar en mí y ocúpate de tu propia felicidad —le recomendó.

—No, Gabrielle. Soy tan egoísta que quiero mi felicidad y la tuya.

—La mía es una causa perdida —negó con la cabeza.

—No me lo pareció aquel día que fuiste a verme a la escuela llena de

ilusión —sugirió.

—Han pasado muchas cosas desde entonces...

Aquella afirmación sorprendió a Claire. ¿Que más había pasado desde aquella mañana además de aquella fiebre que se había negado a abandonarla durante dos largos días? Fue entonces cuando la fugaz y casi absurda idea de que algo había pasado aquella mañana en el trayecto hacia la cocina se instaló de forma persistente en su mente.

—Gabrielle —le dijo tomándola por los brazos y obligándola a mirarle—. ¿Qué pasó en la cocina? —se arriesgó a aventurar Claire—. ¿Escuchaste algo?

Gabrielle abrió más los ojos hacia su prima. ¿Acaso sabía, sospechaba algo? Y, aunque Claire no sabía nada, su reacción le dio pie a seguir indagando.

—¿Es Erin? —continuó Claire—. ¿O tal vez esa otra muchacha? Sybill creo que se llama.

Fue entonces cuando Gabrielle palideció, más si eso era posible, como si toda su sangre hubiera abandonado su cuerpo. Su mirada, de repente, se convirtió en un par de guijarros fríos, sin vida. Claire temió por un instante que su prima se derrumbase entre sus manos. Despacio la llevó hasta la cama y la sentó junto a ella.

—Mírame, Gabrielle —le ordenó Claire a lo que la muchacha tardó varios segundos en obedecer—. Repasa en tu mente y dime si alguna vez te he fallado.

Gabrielle bajó su mirada hasta sus manos mientras negaba con la cabeza.

—¿Y crees que tengo motivo alguno para hacerlo en este momento? —continuó—. Dime, Gabrielle.

—No —musitó finalmente la muchacha.

—Te escucho, entonces —concluyó Claire con actitud paciente.

Sin embargo, aquellas palabras que ella aguardaba no llegaron nunca. Solo presenció cómo su prima se desmoronaba, rompiendo en llanto mientras se lanzaba a sus brazos, desconsolada.

—¡Gabrielle! —se alarmó Claire.

Pero Gabrielle seguía sin responder, se perdió en aquellas lágrimas que, de forma fallida, se había propuesto esa misma mañana anular de su existencia por completo. Y es que, por más que lo estaba intentando, no

formaba parte de su ser el comportarse así, incluso era temerosa de esa frialdad con la que estaba disfrazando su desilusión. Le suponía casi un esfuerzo sobrehumano el tener que actuar de forma tan indiferente con sus seres amados, con Claire, Jordan... con Nicholas... Porque, por más que se sintiera traicionada, no era capaz de reprimir su corazón desleal e impedirle que latiera con fuerza con el simple sonido de su voz. Y no solo los estaba dañando a ellos, se estaba dañando a sí misma, como si se estuviera envenenando con cada una de sus palabras lacerantes. Sentía a cada minuto que se estaba sumiendo por sí sola en un abismo de miseria y soledad y sabía que no sería capaz de soportarlo.

—Discúlpame, Claire —le dijo al fin entre sollozos.

—Te perdonaré si me cuentas qué pasa —le exigió con gran preocupación.

—Es que no sé cómo...

—Por lo pronto, deja de llorar y cuéntame qué pasó en la cocina —la alentó.

Gabrielle se separó del cuerpo de Claire y respiró hondo un par de veces en busca de sosiego para empezar a narrarle a su prima lo que había sucedido aquella mañana.

—¿Y tú creíste esa malintencionada insinuación? —le reprochó Claire.

—¡Todo encajaba! —se defendió Gabrielle—. Sus interrupciones, justo en el preciso momento, sus sonrisas llenas de maldad e intriga. Recuerda aquel comentario suyo aquella tarde en la cocina en que quise cocinar. Todo cobró sentido —le explicó—. Y tampoco olvides la actitud de él.

—Creo que te dejé bastante clara mi opinión sobre eso —le respondió—. No creo que sea más que cautela y temor a tu rechazo.

—Pues yo estoy convencida de que tiene amores con Sybill —la contradujo.

—¿Y qué me dices de aquel beso que te dio estando en su escritorio? —argumentó.

—Sí —aceptó entristecida—, yo también dudé por un segundo, pero...

—¿Hay algo más? —quiso saber Claire sin dar crédito aún a sus palabras. Gabrielle asintió.

—Ayer por la mañana, presa de esa duda que también me asaltó por un momento, creyendo de nuevo que sí existía la posibilidad de que pudiera ser feliz con Nicholas, acudí a su recámara y lo hallé... en compañía —le explicó

con voz trémula.

—¿De Sybill? —se alarmó Claire.

—Estaba... —titubeó la joven—, estaba ayudándole a vestirse —dijo al fin, tras lo que ocultó su rostro, surcado nuevamente por las lágrimas, entre sus manos.

—Debe haber una explicación —dudó Claire incrédula. No conocía a Nicholas ni un ápice para poder asegurarlo pero no lo creía capaz de semejante descaro.

—Sí, qué son amantes —insistió Gabrielle entre sollozos.

—No —negó Claire con cierto alivio en su voz y la clara expresión de haber hallado la respuesta que necesitaba—. De hecho él mismo la dio ayer.

—No te comprendo, Claire —la miró Gabrielle.

—Recuerdo que ayer se retrasó a la hora de desayunar —comenzó a decirle—, bastante, de hecho, casi estábamos terminando. Nos pidió disculpas por quedarse dormido. Se sentía molesto consigo mismo pues lo consideraba “impropio de un soberano”, e incluso comentó que había entorpecido la labor de la sirvienta que había acudido a ordenar su recámara al encontrarse aún en ella.

—Sí, claro, muy oportuno —se mofó Gabrielle.

—Por supuesto que todos lo disculpamos —continuó ignorando su comentario mordaz—, sabiendo que apenas si había dormido en los dos días en que estuviste enferma.

—¿A qué te refieres? —le preguntó extrañada.

—¿Quién crees que estuvo cuidando de ti? —le preguntó.

—Pues... —dudó—, imagino que tú.

—Sí —le confirmó—. Y tanto Gladys como Agatha me ayudaron a ocuparme de ti... durante el día —hizo hincapié en esa última parte.

—Durante el día. ¿Quieres decir que...? —Gabrielle no podía creer en absoluto la absurda idea que estaba asaltándola.

—Exactamente lo que estás imaginando —le reiteró casi como un reproche—. Durante el día, tu *horrible* marido se encargaba de cumplir con sus obligaciones como soberano mientras, por la noche, y sin que ninguno de nosotros fuera capaz de disuadirlo, cumplía con lo que para él, como nos decía, eran sus obligaciones como esposo, velando sin descanso tu agitado sueño.

Gabrielle no era capaz de articular palabra, tratando de no dejar que



semejante revelación hiciera hueco en su mente para volver a crear una esperanza que estaba segura volvería a derrumbarse, tal y como ya le había ocurrido.

—Tu esposo estuvo dos días sin apenas descansar —prosiguió Claire—. Trystan temía que él también fuera a enfermar si continuaba con aquella obstinación. Sin olvidar que apenas comía y se movía atormentado por el castillo como si fuera una aparición.

—¿Y qué me quieres decir con todo esto? —se puso Gabrielle a la defensiva.

—Que estoy convencida de que lo que me has contado es consecuencia de tu inseguridad y tu desconfianza —le reprochó—. Creo que al final vas a tener razón cuando me dices que te obligo a leer demasiado. Deja volar a tu imaginación.

—No es producto de mi imaginación que ella lo estuviera ayudando a vestirse —se defendió Gabrielle—. Ni la sonrisa maliciosa que me dedicó después.

—¿Y no crees que todo sea fruto de sus malas intenciones? —le quiso hacer entender.

—No lo sé... —dudó Gabrielle

—¿No la crees capaz de eso pero sí de ser la amante de tu esposo? —protestó Claire con sorna.

—No trates de confundirme —sacudió Gabrielle la cabeza. Sabía que había algo detrás de todo lo ocurrido y los comentarios de su prima no la iban a convencer de lo contrario.

Claire suspiró. Decidió por un momento ponerse en el lugar de su prima y entender la gran lucha interior que estaba atravesando.

—Gabrielle, no quiero persuadirte de nada, ni intentar que cambies de opinión —la tranquilizó—. Solo quiero que lo medites, que trates de recordar cómo se ha estado comportando Nicholas contigo desde el primer momento en que pusimos un pie en este castillo, y decide entonces si merece o no la oportunidad de que le hables sobre tus dudas.

—Seguramente lo negaría —aseveró Gabrielle.

—Entonces quedaría resuelto el problema, ya que tú estás tan convencida de que tienes razón —se encogió de hombros—. Pero, ¿y si estás equivocada y estás castigándolo sin motivo? Piénsalo, Gabrielle.

—Está bien —aceptó ella a regañadientes tras unos segundos—. Lo

haré, mas lo primero es tu boda.

—Hablando de eso —el semblante de Claire se suavizó—. Muchas gracias por lo que has hecho.

—No entiendo la actitud de tu padre —admitió—. Pero no podía permitir que las dos fuéramos infelices.

—Tú lo eres porque eres muy obstinada —le dijo Claire a modo de reproche.

—Ya te he dicho que lo pensaré, ¿no? —se excusó Gabrielle—. Así que, ahora, ve al cuarto de Agatha a que empiecen con tu vestido.

—¿Seguro que no quieres venir y ayudarme con eso? —le sonrió.

—No —se apresuró a negar—. Es tu boda, tu vestido, tu felicidad... tu momento, Claire —sonrió entristecida—. Nos vemos mañana.

—Está bien —le dijo levantándose y besando su mejilla—. Que descanses.

—Trataré —le respondió, aunque bien sabía que no iba a ser nada fácil, sumida en tal profunda confusión como estaba.

## Capítulo 17

—Te ves muy emocionada con la boda de Claire —dijo Gladys mientras se sentaba en uno de los banquitos de piedra del jardín, cerca de Gabrielle.

—La verdad es que sí —aceptó ella con voz ilusionada.

—Pareciera que más que con tu propia boda —insinuó la Reina.

Gabrielle bajó su rostro con culpabilidad. La noche anterior, tras la conversación con su prima, había decidido fijar todos sus esfuerzos y pensamientos en los preparativos de su matrimonio y había afrontado la tarea con, quizás, demasiado entusiasmo. No quería que las grandes dudas que la estaban acosando la atormentaran aquel día. Ya habría tiempo para hablar con Nicholas... si es que se atrevía a enfrentarlo.

—No te estoy juzgando, Gabrielle —le aclaró mientras posaba su mano sobre su hombro—. No puedo decir que lo entiendo pero trato de comprender, dada la situación.

—¿Amabas a Trystan cuando te casaste? —preguntó levantando su rostro.

—Mucho —sonrió Gladys.

—¿Cómo fue? ¿Cómo os conocisteis? —Gabrielle no pudo ocultar su curiosidad.

—En realidad el nuestro también fue un matrimonio pactado —le

dijo—. Pero, a diferencia del tuyo, fue pactado desde nuestra cuna.

Gabrielle la miró con asombro.

—Mi madre solo pudo darle dos hijas a mi padre, mi hermana Johanne era la mayor —comenzó a explicarle—. Y cuando mi madre falleció al darme a luz, él perdió toda esperanza de engendrar un heredero. Sin embargo, el padre de Trystan, el entonces Rey de Meissen, tuvo dos hijos varones, así que mi padre hizo un pacto con él. Theodore, su hijo menor, se convertiría en Rey de Los Lagos si yo desposaba a Trystan, su heredero.

Gladys hizo una pausa, viniéndole a la memoria en día en el que supo que se convertiría en la esposa de Trystan.

—No te negaré que, tal vez, en mi corazón había una gran predisposición al saber que sería mi esposo algún día pero, desde que tengo uso de razón, recuerdo haber estado enamorada de él —admitió—. Me enamoré de sus atenciones hacia mí y su galantería, aunque es el modo en que me hace sentir lo que me hace amarlo tanto, como si yo fuera lo máspreciado que hubiera en el mundo para él.

Gabrielle sonrió aunque con cierto deje de tristeza en su mirada.

—Y... —titubeó—, ¿cómo supiste que él te amaba?

Gladys le sonrió comprensiva. Sabía muy bien con qué sentido le había formulado aquella pregunta.

—Querida, es cierto que mentir con palabras es muy fácil. Sin embargo, mentir con la mirada ya no lo es tanto y —hizo una pausa con manifiesta intención—, te puedo asegurar que miradas de veneración como las que te suele dedicar mi sobrino cuando cree que nadie lo observa, no pueden ser mentira.

Gabrielle bajó el rostro, mordiéndose el labio.

—Dejarse llevar por el corazón no es humillarse —le dijo suavemente tomando su mano—, es ser sincero y fiel con uno mismo.

Gabrielle se mantuvo en silencio, pensativa, asimilando las palabras de la Reina.

—Vamos —se levantó Gladys instándola a hacer lo mismo—, he acabado con la recámara nupcial —el tono sugerente de su voz hizo sonreír a Gabrielle—. ¿Quieres venir a verla y darme tu opinión?

Gabrielle asintió animada mientras se encaminaba junto a ella hacia el castillo.

Claire no sabía muy bien si caminaba por aquel corredor o si, simplemente, flotaba como en una nube. El sentir su brazo rodeando el de Trystan era lo único que la hacía volver a la realidad. Tal y como había sugerido Gabrielle, Nicholas sería quien oficiaría la ceremonia. El Rey Trystan por su parte la llevaría al altar, afianzando así su apoyo a ese matrimonio para que gozara de total validez, tras lo que se colocaría al lado de su hijo, haciendo las veces de padrino.

Se detuvieron un momento en el umbral del Salón del Trono, esperando a que las trompas y cornetas dieran la señal que anunciara que la novia iba a hacer su entrada. El esplendor de la estancia la sobrecogió. Las lazadas, cintas y aromáticos bouquets la engalanaban delicadamente. Sin embargo, todo aquello dejó de tener sentido en cuanto posó sus ojos sobre el altar, donde aguardaba Erick tan apuesto, enfundado en su túnica de gala y su capa. Claire notó entonces que Trystan le daba un cariñoso apretón en su mano, alentándole, y juntos recorrieron esos últimos pasos que la dirigían hacia la felicidad. Erick la recibió con una amplia sonrisa y, tomando su mano, se inclinó sobre ella para besar su mejilla.

—Estás preciosa —susurró en su oído.

Claire enrojeció profundamente pero, la intensidad de los ojos de Erick que buscaban los suyos le hizo olvidarse de lo demás. Todo a su alrededor desapareció, solo quedaron aquella mirada y aquel tacto que ella amaba tanto. Ni siquiera las palabras de Nicholas la pudieron apartar de esa serenidad, hasta que Trystan se acercó a su hijo; había llegado el momento de recitar los votos y el intercambio de los anillos.

—En este momento, te conviertes en mía para siempre, del mismo modo en que yo seré tuyo eternamente —comenzó Erick.

—Desde este instante, no puedo vivir sin ti. No vivas tú sin mí —continuó Claire.

—Somos palabra y significado, unidos.

—Y tú eres pensamiento y yo sonido.

—Que las noches sean dulces junto a ti —concluyó Erick sonriendo, deslizando el anillo en su dedo.

—Que los despertares sean dulces junto a ti —respondió Claire colocándose a él.

Claire no había alcanzado a escuchar las últimas palabras de Nicholas cuando se encontró entre los brazos de Erick, que la besaba con fervor y Claire respondió a sus labios con el mismo afán. Todas sus zozobras y sinsabores culminaban con aquel beso y la felicidad más absoluta se mostraba al alcance de su mano.

—Por fin eres mi esposa —le dijo con emoción sin dejar de abrazarle.

—Te amo —susurró ella.

Erick volvió a besarla, aunque, la llegada de sus familiares para felicitarlos le obligó a soltarla.

Salieron del Salón del Trono y se dirigieron al comedor donde se realizaría el banquete nupcial. Al ser una celebración tan íntima, cenarían allí, como de costumbre, salvo que, esta vez, Erick y Claire serían los que presidían la mesa. Aún no habían acabado de acomodarse cuando aparecieron Jordan e Ivette, con expresión confusa en sus rostros. Ambos se apresuraron a felicitar a los recién casados.

—Erin nos ha informado de que demandabais nuestra presencia, Alteza —mencionó el guardia.

—Tanto Claire como yo consideramos que, los dos, os habéis ganado nuestra confianza y afecto, ya sea de un modo u otro —anunció Erick poniéndose en pie—, por lo que, es nuestro deseo, y esperamos concordéis con nosotros —miró ahora a su familia—, que celebréis con nosotros este momento y os sentéis a la mesa.

Jordan e Ivette lo miraron llenos de desconcierto.

—A no ser que la idea no sea de vuestro agrado —añadió Erick en vista de su silencio.

—Al contrario, Alteza —se apresuró a corregirle Jordan—, sería un honor para ambos —habló en nombre de Ivette que afirmaba con la cabeza—. Mas no sé si... —dudó mientras observaba los rostros de los presentes, buscando el mínimo indicio de desaprobación.

—Es una estima bien merecida —le cortó Nicholas que coincidía con su primo.

La labor de Ivette ayudando a Claire con la escuela era loable y se había ganado la simpatía de la Princesa, dando muestras más que suficientes de su buena educación y buen estar. En cuanto a Jordan, no en vano Gabrielle lo apreciaba tanto. Su lealtad y nobleza eran encomiables además de haber mostrado un gran sentido común. Nicholas sabía que había despertado la

admiración de todos con su forma de actuar, incluso la suya.

—¿A qué esperáis? —sonrió Claire—. Ivette, siéntate frente a mí.

La doncella sonrió complacida y Jordan la acompañó a ocupar dicho asiento por lo que él tuvo que hacerlo en el único lugar que quedaba libre... frente a Agatha. Al sentarse, esperó que la joven le dedicara alguna de sus ya acostumbradas miradas de fastidio al tener que compartir la mesa con él, pero, para su sorpresa, no fue así. No solo lo miraba con aceptación, casi se atrevería a afirmar que con cierta admiración, sino que, y aumentando su perplejidad, le sonreía tímidamente. Inevitablemente, los recuerdos sobre lo sucedido el día anterior en aquella cabaña ocuparon su mente y maldijo para sus adentros. Ni siquiera tenía la posibilidad de soñar con que sus sonrisas fueran solo para él.

La entrada de Erin, acompañada de otras doncellas, entre ellas Sybill, dio comienzo al festín. A Claire no le pasó desapercibido como el rostro de Gabrielle, que se había mostrado animada y sonriente tras varios días de gran apatía, se tornaba sombrío. Por un momento, Claire se fijó en la doncella, en sus movimientos, sus gestos, y empezó a apreciar cierto aire de insinuación, casi libidinoso en su mirada. Se había propuesto “servir” al Rey y no hacía más que revolotear en torno a Nicholas casi con descaro. Empezaba a comprender ahora que, por muy pequeña que hubiera sido la duda que asaltaba a Gabrielle, viendo la actitud de Sybill, no era de extrañar que la atormentase tanto.

—¿Te incomoda algo? —se preocupó Erick al ver el disgusto de su rostro.

—Ya sé quién es la causante de la desdicha de mi prima —masculló entre dientes, señalando disimuladamente con la cabeza en su dirección.

—¿Sybill? —preguntó asombrado.

—Tú obsérvala —le pidió Claire, al ver que la doncella volvía a acercarse a Nicholas. Erick asintió.

—¿Queréis más vino, Majestad? —le ofreció, inclinándose sobre él de modo sugerente y descarado.

—No —respondió secamente, con cierto malestar en su voz.

—Yo sí, por favor —le indicó Erick—, y te agradecería que trajeras más hidromiel, pero te rogaría que la suavices un poco. No quisiera que la Princesa Claire acabase la noche en estado inconveniente —bromeó.

La doncella obedeció sin poder ocultar su fastidio al tener que retirarse

de su objetivo, aunque eso supuso el alivio de Gabrielle.

—Creo que entiendo a qué te refieres —dijo en voz baja evitando ser escuchado—. Mas no hay ningún interés por parte de Nicholas —le aseguró él.

—Eso házselo entender a mi prima —se lamentó.

—¿No creerá que...?

—Eso mismo —le confirmó ella.

—Nicholas es incapaz —le defendió.

—Erin —le escucharon decir al joven—. Enhorabuena por la exquisitez del banquete de esta noche —la felicitó.

—Gracias, Majestad —se inclinó la joven halagada que entraba a servir los postres—. Seguí los consejos que una vez me diera la Reina.

Nicholas miró a su esposa con orgullo, que sonreía a la doncella con cierta turbación.

—Hablando de consejos, quería preguntarte algo Jordan —cambió de tema el muchacho.

—¿Sí, Majestad?

—¿Estuviste presente en Breslau cuando se instauró el nuevo sistema de recaudación? —quiso saber.

—No solo estuvo presente —intercedió Claire—. Le escuché decir a mi padre en más de una ocasión que había sido de gran ayuda.

—Me complace oír eso —le alabó Nicholas—. Me gustaría, si es posible, que mañana hablásemos sobre ello y me informaras de los detalles del proceso —le pidió.

—Por supuesto, Majestad —aceptó honrado.

—¿Ya has dado con la solución para ese asunto? —se interesó Erick.

—Más que eso —le respondió—. Descubrí que los Dioses me han concedido la gracia de una esposa tan hermosa como inteligente —añadió tomando la mano de Gabrielle que bajaba el rostro atormentada.

—Pues brindo por ello —rompió Erick aquel silencio alzando su copa—, mas, como bien le has dicho a Jordan, eso será mañana. ¡Nada de asuntos de estado en mi boda! —exclamó con tono jocoso—. Lástima que no haya juglares amenizando la velada.

—Eso tiene fácil arreglo, si me lo permitís —alegó Ivette.

—Cualquier sugerencia será bienvenida —respondió Erick animado.

La doncella asintió con una sonrisa y se retiró de la mesa, dejando a



todos los presentes expectantes, aunque no tardó mucho en regresar, aunque acompañada por varios muchachos que portaban instrumentos, al igual que ella. Todos celebraron la iniciativa de la doncella y Erick se puso en pie ofreciéndole su mano a Claire quien aceptó. Pero, mientras se ponía en pie, miró a su prima y una sonrisa maliciosa afloró en sus labios.

—No sé si sabías que tu esposa adora bailar —le dijo a Nicholas.

—¿A qué esperamos, entonces? —se levantó sonriente—. ¿Me acompañáis? —agregó demandando su mano.

Gabrielle no tuvo duda de las intenciones de Claire y supo que no podía negarse, así que aceptó la mano de Nicholas.

—Padre, ¿por qué no bailas con madre? —le animó Erick y su padre le guiñó el ojo.

—¿Me haríais el honor de concederme esta danza? —alargó la mano hacia su esposa, quien la tomó riendo.

—¿Y tú, Agatha? —se detuvo Nicholas frente a su hermana—. Jordan, ¿por qué no la invitas a bailar?

Agatha, al igual que Jordan, lo miraban atónitos.

—¿No me dirás que lo crees “inapropiado”? —se quejó su hermano—. Estamos de celebración.

—No —negó ella rápidamente—. Pero no sé si tú... —miró a Jordan con ojos esperanzados.

—Alteza —Jordan se puso de pie alzando su mano. En cuanto sus pieles se tocaron un estremecimiento los recorrió a ambos, pero tuvieron que ocultar esa turbación que se adivinaba en sus ojos y unirse al resto de parejas.

Todos danzaron sin cesar, bajo las alegres miradas de todos los presentes, sin que ninguno se percatase del tiempo transcurrido hasta que Gladys se acercó al resto de mujeres.

—Es la hora —les informó con sonrisa sugerente y Erick accedió gustoso a que le robaran de las manos a una sonrojada Claire.

Ya en la recámara, entre risitas de complicidad, las tres mujeres ayudaron a Claire a despojarse de su traje de novia, entregándole un bonito camisón de lino. Las tres la abrazaron, una vez lista, como despedida.

—Verás que todo va muy bien —le susurró Gladys con gesto maternal.

Claire asintió y la acompañó a la puerta, cerrándola cuando hubieron salido. Caminó después hacia la cama, donde se sentó, acurrucando las rodillas hacia su pecho. La soledad y la espera de aquella habitación hacían

que los nervios comenzasen a indagar en su mente y en su cuerpo; sus manos temblorosas jugando torpemente con el dobladillo de su camión eran buena prueba de ello. No es que tuviera miedo, sabía perfectamente lo que iba a suceder... ¿O sí lo tenía?

Su corazón comenzó a batir con fuerza al escuchar unos pasos acercándose a la recámara... Erick llegaba antes de lo que ella había creído. Oyó cómo la puerta se abría lentamente y algunos mechones de cabello cobrizo hicieron su aparición por la rendija, poco a poco, hasta que asomó la cabeza por completo.

—Hola, querida esposa —sonrió Erick.

—Hola —respondió ella, tratando de ocultar el temblor de su voz con una leve risita mientras él ya entraba cerrando la puerta tras de sí.

—Nadie diría que esta es mi recámara —bromeó mirando a su alrededor a la vez que iba quitándose la capa y desabrochándose el cincho para dejarlos sobre el butacón.

—Es cosa de tu madre —alcanzó a susurrar.

Contemplar cómo se deshacía de la túnica para quedarse con el pantalón y en mangas de camisa... Jamás lo había visto vestir de forma tan casual, cosa que, a pesar de darle un aire desenfadado, resaltaba sobremanera su aspecto varonil. El tejido del pantalón abrazaba perfectamente sus piernas esbeltas, aunque bien formadas, y su camisa medio abierta dejaba entrever la piel de su pecho que parecía tan cálida...

Claire cogió sus rodillas, intentando acercarlas más a su cuerpo, tratando de dominar el temblor de sus manos y el extraño ardor que empezaba a invadirla. El joven sonrió al notar su inquietud. Se acercó a la cama y se sentó frente a ella, sin dejar de mirarla, cosa que no ayudaba ni una brizna al nerviosismo de Claire. Erick tomó una de sus manos, soltándola de aquel agarre y la llevó a sus labios, besando la yema de sus dedos.

—¿Estás nerviosa? —le dijo él dedicándole media sonrisa.

Claire asintió sin apenas levantar la mirada. Erick se acercó más a ella y posó su mano sobre su mejilla, acariciándola levemente. Ella cerró los ojos ante la suavidad de su contacto y notó cómo sus dedos bajaban hasta su barbilla para alzar su rostro mientras él se inclinaba lentamente sobre ella. Muy despacio sus labios alcanzaron los suyos en un movimiento suave, leve, como el aleteo de una mariposa.

—¿Todavía? —susurró él separándose un poco de sus labios.

Claire volvió a asentir mientras un suspiro escapaba de su pecho. Erick llevó su mano hasta su nuca, enredando sus dedos entre su cabello y la atrajo de nuevo hacia su boca, besándola ahora con pasión, pero, a su vez, con tanta ternura... Aquel calor que Claire había sentido instalarse en su interior hacía un momento, ahora se expandía como una llama por todo su cuerpo. Antes de lo que ella hubiera querido, Erick se separó nuevamente de ella.

—¿Y ahora? —respiró sobre su boca, clavando su verde mirada sobre la suya.

Claire negó con la cabeza y Erick entonces capturó sus labios con urgencia, besándola con fervor y vehemencia mientras la rodeaba entre sus brazos, sintiendo cómo su cuerpo trémulo se abandonaba a su beso. Faltos ya de aire se separaron. Erick acarició su rostro una vez más, sin dejar de mirarla, descendiendo sus manos hasta llegar al primer lazo de aquel camisón de lino que la cubría y, como en una clara invitación, ella comenzó, con manos temblorosas, a hacer lo mismo con las lazadas de su camisa, ayudándolo a desprenderse de aquella prenda que ocultaba su glorioso cuerpo. Cuando Claire se percató de su propia desnudez, enrojeció avergonzada bajando el rostro.

—Eres tan hermosa —le dijo—, y te amo tanto —musitó Erick acariciando el rubor de sus mejillas.

Claire lo miró insegura, a lo que él respondió besándola de nuevo. Con sus manos ahora sobre su espalda, Erick la atrajo hacia sí, sintiéndola finalmente contra su piel, tan tibia, tan suave. Con ardor profundizó aquel beso, queriendo disfrutar de su dulce sabor y, para su gozo, escuchó un leve gemido que escapaba de la garganta de Claire, contestando por ella, mientras hundía sus manos entre su pelo.

La tumbó despacio sobre la cama, colocándose él a su lado y, sin dejar de besarla, comenzó a acariciarla, lentamente, su cuello, sus hombros, la delicada línea de sus senos, su cintura, recorriendo cada una de las curvas de su cuerpo, sintiendo su agitado aliento sobre su boca. Se separó de sus labios para besar su cuello y saborear su pálida piel... era tan deliciosa. Notó los dedos femeninos clavarse sobre su espalda, sin duda Claire iba a llevarlo a la locura. Erick se deshizo de la última de las prendas que ocultaba su masculinidad y se posó sobre ella con delicadeza. Viendo cómo buscaba ella su boca con tanto deseo, casi con desesperación, comprendió que estaba tan preparada como él. Aún así la miró a los ojos tratando de encontrar algún

atisbo de duda o miedo en ellos, pero en la oscuridad de sus pupilas no halló otra cosa que no fuera la confianza y la absoluta entrega que denotaban la grandeza de su amor. La tomó de forma muy lenta, aun sabiendo, muy a su pesar, que el dolor sería algo inevitable. Cuando traspasó la barrera de su virtud escuchó como un quejido escapaba de su boca.

—Lo siento —le dijo sobre sus labios, besándola para mitigar con sus besos aquel dolor que la hacía tensarse bajo su cuerpo.

Claire notó cómo el elixir embriagador de sus labios iba transformando, poco a poco, aquella punzada en un fuego abrasador que amenazaba con consumirla mientras un sentimiento de plenitud y completa unión la embargaba. Tuvo la completa certeza de que el lugar al que pertenecía era allí entre los brazos de Erick y del mismo modo supo él que Claire era la pieza que completaba su ser, su vida entera. Juntos iniciaron entonces aquella travesía que les llevaría a los confines de la dicha, creando un perfecto y eterno vínculo entre ellos y que nada ni nadie sería capaz de quebrantar jamás.

Al despertar, Claire se maravilló ante la sensación tan sublime que era amanecer en los brazos de Erick. Su expresión tranquila y serena, su cabello alborotado que le daba aspecto de niño travieso... Claire no pudo evitar apartar uno de sus mechones cobrizos que caía sobre sus ojos, haciendo, sin pretenderlo, que el joven se revolviere.

—Buenos días, querida esposa —la saludó con un beso tierno.

—Buenos días —sonrió ella—. Por un segundo me olvidé de dónde estaba.

—Pues vas a tener que acostumbrarte —sonrió él, acomodándola en sus brazos.

—No me será difícil —se acurrucó ella en su pecho, respirando el embriagador aroma de su piel.

—Claire —titubeó él—, ¿eres feliz?

—¿En verdad me lo preguntas? —alzó ella el rostro para mirarlo, sorprendida.

Erick asintió con seriedad.

—Todo ha sucedido muy rápido y sin que tu padre haya estado presente —dudó—. Quizás no era lo que esperabas.

Claire lo besó como respuesta a sus dudas.

—Me siento muy feliz, Erick, y afortunada —le confirmó—. En los

tiempos que corren, casarse por amor no es algo que se dé todos los días.

—¿Estás pensando en Gabrielle?

Claire asintió con tristeza.

—Pero ellos sí se aman —la corrigió, abrazándola de nuevo.

—Y eso es lo que más me apena —le dijo—. No veo correcto inmiscuirse entre ellos —admitió—, pero de seguir así, van a perder la oportunidad de ser felices.

—No te preocupes —acarició Erick sus cabellos—, verás cómo todo se aclara.

—Ojalá —deseó ella con un suspiro.

—¿Sabes? —exclamó él con tono más alegre—. Estoy hambriento.

—Bajemos a desayunar entonces —respondió tratando de levantarse, pero Erick se lo impidió, con declarada insinuación en su mirada.

Claire sonrió comprendiendo, tras lo que se entregó a la pasión de sus labios.

Cuando al fin bajaron al comedor, su familia ya había empezado a desayunar. Viéndolos aparecer tan radiantes y dichosos, Nicholas no pudo evitar una punzada de envidia en su corazón, tras lo que se sintió profundamente culpable. No era que su primo no mereciera esa dicha, al contrario, pero pareciera que fuera él quien no la mereciera. Cada día sentía a Gabrielle más y más lejana y todas sus esperanzas de una vida llena de amor se alejaban con ella.

—No sabíamos si esperaros —bromeó Trystan.

—Buenos días a ti también, padre —respondió Erick con una mueca divertida y, aunque las mujeres no recibieron a Claire con ese tipo de observaciones, sus miradas hablaban por sí solas, haciéndola enrojecer.

—Nicholas, ¿estás muy ocupado esta mañana? —quiso saber Erick.

—Quitando la cita que tengo con Jordan por lo del tema de la recaudación, nada importante. ¿Por qué? —preguntó confuso.

—Claire, y cito literalmente, es una mujer casada pero no una irresponsable, por lo que va a seguir ocupándose de la escuela —le respondió—. Podría decirse que tengo la mañana libre.

Su comentario produjo una risa generalizada y que Claire golpeara su brazo en señal de reproche.

—Podemos ir a cazar, si te apetece —sugirió Nicholas.

—Me parece una idea estupenda —concordó él—. Te animas, padre.

—Yo también soy un hombre responsable —negó Trystan con la cabeza—. El dispensario me espera.

—Podríamos avisar a Jordan —puntualizó Erick.

—Ya lo había pensado —afirmó él—. Ahora que lo vea se lo diré, a no ser que a mi querida hermana se le ocurra alguna insólita tarea que encomendarle.

Nicholas esperó como respuesta a su broma alguna de las usuales y desdeñosas contestaciones de Agatha, mas nunca llegó. Observó con sorpresa como su hermana bajaba el rostro con aflicción y en silencio.

§ ~ \* ~ §

—¡Maldición! —exclamó Nicholas, viendo cómo su flecha se estrellaba contra un árbol.

—Primo, si no lo veo no lo creo —lo miró Erick pasmado, golpeando su espalda.

—Majestad, me habían asegurado que erais infalible con el arco —bromeó Jordan.

—Y lo era, hasta ahora —Erick le guiñó un ojo—. Es la primera vez que le veo errar un tiro.

—¡Maldita sea! —volvió a blasfemar Nicholas aún más exasperado.

—¿Algo te aflige, primo? —se mofó Erick.

—El amor te está volviendo idiota —se quejó Nicholas.

—El amor nos ennoblece —le corrigió con una carcajada.

—O nos hunde en la más absoluta miseria —añadió Jordan por lo bajo.

—Olfateo una desilusión amorosa por aquí —insinuó Erick.

—¿Tienes una enamorada? —preguntó Nicholas sonriendo, desviando la atención por un momento de su propio tormento.

Jordan tuvo la primera intención de mentir, pero ambos hombres le habían dado claras muestras de su confianza y algo le impulsó también a confiar.

—En realidad, no —les dijo—. Ella ni siquiera sabe de mis sentimientos.

—¿No te atreves a confesárselo? —aventuró Erick.

—Ni siquiera me planteo el hacerlo —admitió él.

—¿Es una mujer casada o inapropiada para ti tal vez? —se extrañó

Nicholas.

—Creo que peor que todo eso —respondió cabizbajo—. Soy yo el inapropiado.

—Una noble... —concluyó Erick.

Jordan asintió azorado.

—No debes avergonzarte por eso —le animó Erick—. Sé que no es una situación sencilla, que tienes mucho en contra pero, tú tampoco eres un hombre común y corriente. Creo que eres merecedor del amor de cualquier mujer.

—Gracias, Alteza, pero ya perdí la esperanza hace tiempo —se encogió de hombros con resignación.

—Menuda penosa pareja formamos tú y yo —sonrió entristecido Nicholas.

—Lo sois por voluntad propia —les acusó Erick.

—Habla el feliz recién casado —se burló Nicholas.

—No seas absurdo, primo —le reprochó—. Jordan únicamente debe ganarse el corazón de la joven, como haría con cualquier mujer. Si ella le corresponde, serán capaces de encararse contra el mundo entero si es necesario. Que de algo sirva mi ejemplo —aseveró—. Y en cuanto a ti, basta con que enfrentes a tu esposa de una vez por todas y aclaréis este estúpido malentendido.

Nicholas lo miró atónito mientras Erick dibujaba una mueca en su rostro al darse cuenta de que, dejándose llevar por su impetuosidad, había hablado demasiado. Jordan también lo observaba extrañado.

—¿Qué malentendido? —inquirió Nicholas—. ¿Sabes algo que yo desconozca?

—Tómalo con calma, primo. No quiero que esto me cueste mi matrimonio y me tenga que unir a vuestro clan de los corazones rotos.

—Erick —le advirtió Nicholas con severidad.

—¿Qué opinas de Sybill? —quiso tantear Erick.

—¿Y qué demonios tiene que ver la doncella en todo esto?

—¿No crees que es demasiado *complaciente*? —hizo hincapié en esto último.

—Sí, y demasiado molesta también —se empezaba a exasperar—. ¿Quieres decirme de una vez a qué viene este interrogatorio?

De repente, Jordan comenzó a comprender.

—Alteza, no será que la Reina piensa...

—Eso mismo, querido amigo —afirmó Erick.

—Que el mismísimo Inframundo se abra bajo mis pies —bramó Nicholas—. ¿Alguien me puede explicar qué diantres sucede con mi esposa?

—Gabrielle está convencida de que tienes amoríos con Sybill —espetó Erick.

Toda la irritación que Nicholas sentía en ese momento se diluyó, dejando paso al más grande estupor.

—¿De dónde has sacado semejante exabrupto? —demandó saber.

—De labios de tu propia esposa —le dijo—. Claire me lo contó anoche.

—Pero, ¿cómo?

—Solo sé eso, Nicholas —se lamentó Erick—. El resto deberás averiguarlo tú.

—Por eso actúa de forma tan extraña —supuso Jordan.

—Eso es una vil calumnia —exclamó afrentado—. Yo amo a Gabrielle, no me atrevería ni a pensarlo siquiera.

—Lo sabemos, Majestad —concordó Jordan—. Pero pareciera que ella no.

—Debo hablar con ella enseguida —masculló—. No puedo permitir que por más tiempo crea que...

Pero le impidió continuar un terrible dolor que le atravesó el pecho en ese mismo instante. Alcanzó a llevarse la mano al cuerpo y palpó la madera de una flecha y algo cálido que emanaba de ella a borbotones. Tras eso... solo oscuridad.



## Capítulo 18

—¡Padre! ¡Padre! —el grito desgarrador de Erick que provenía del corredor estremeció a Gabrielle. Salió de su habitación al pasillo, en busca de aquel sonido escalofriante, preguntándose qué habría podido suceder, con una oscura y amarga corazonada en su interior. Fue entonces cuando se topó de frente con una terrible realidad... Erick y Jordan corrían hacia ella con el cuerpo de Nicholas ensangrentado entre sus brazos.

—¡Abre la puerta de su recámara! —le ordenó Erick a una Gabrielle que los veía llegar estática, incapaz de reaccionar por su propia voluntad.

Aún no habían terminado de colocarlo sobre su cama cuando Trystan, Gladys y Agatha entraban en la habitación.

—¡Dioses del Kratvah! —exclamó Gladys en cuanto vio la escena.

—¡Nicholas! —exclamó Agatha atemorizada al verlo en ese estado.

—Tranquilizaos, Alteza —la apaciguó Jordan.

—Gladys, querida, ve a por mi cofre de remedios —le pidió rápidamente—. ¿Qué ha sucedido, hijo? —le preguntó a Erick, quien presionaba con perseverancia sobre el pecho de Nicholas.

—Alguien le disparó una flecha mientras estábamos cazando en el bosque —empezó a narrarle Erick atormentado.

—Pero... la flecha —vaciló Trystan, incapaz de creer que su hijo hubiera cometido semejante temeridad.

—Lo sé, padre, sé que podría haberse desangrado —se excusó Erick—. No habríamos extraído la flecha si no llega a ser porque observamos que la sangre que brotaba de la herida se oscurecía.

—¿Dónde está la flecha? —se alarmó Trystan, entendiendo ahora los motivos de su hijo. Jordan se la ofreció y el Rey la tomó, acercándose la punta de metal a su rostro para olerla con cuidado.

—Padre... —la angustia de Erick era evidente ante la posibilidad de haber puesto en peligro la vida de su primo.

—Vuestras sospechas son acertadas, hijo —le calmó él—. Habéis hecho bien.

—Jordan me ayudó a extraerle la flecha evitando desgarrarle demasiado la carne —le explicó ahora más calmado—. Dejé brotar la sangre durante un momento, presionando un poco sobre la herida tratando de extraer toda la sangre contaminada posible.

—¿Contaminada? —se sobresaltó Gabrielle—. ¿Acaso la flecha estaba envenenada?

De súbito, como si aquella voz le hubiese otorgado brío a su casi inexistente energía, Nicholas exhaló sonoramente mientras abría los ojos.

—Gabrielle... —susurró con un tenue hilo de aliento, alzando con dificultad una de sus manos, buscando a su esposa.

—Estoy aquí —ahogó ella un sollozo, tomando su mano entre la suyas.

—Gabrielle... yo...

—No habléis, por favor —le pidió ella entre lágrimas—. No debéis agitaros.

—He de explicarte... Tienes que saber que...

Pero, de repente, su agarre se debilitó y su mano cayó pesadamente sobre la cama, inerte, sin vida.

—¡Trystan! —gritó Gabrielle horrorizada.

—Tranquila, solo ha perdido el sentido —la calmó el Rey.

En ese instante irrumpieron en la habitación, Gladys y Claire, acompañadas por Nigel quien traía consigo el cofre de Trystan, y finalmente Erin que portaba un aguamanil con agua caliente y paños limpios.

—Sus músculos se están endureciendo —puntualizó Erick.

—Son los primeros síntomas de la intoxicación por cicuta —le aclaró Trystan mientras comprobaba lo que su hijo decía.

—Sospechaba de algo así pero... ¿cicuta? —se extrañó Jordan—. Creí

que ese era un veneno que se ingería.

—Estás en lo cierto, pero puede ser igual de letal impregnada en una flecha si la sustancia alcanza el riego sanguíneo principal —le dijo—. Como buen narcótico que es, afecta al sistema nervioso, paralizándolo. Si llega al corazón lo detiene... produciendo la muerte.

Gabrielle colocó las manos sobre su boca ahogando un gemido.

—Afortunadamente, le han herido en la parte derecha del pecho y habéis retirado la flecha con rapidez—. afirmó Trystan mientras le tomaba el pulso a su sobrino—. Su latido tampoco se ha debilitado... con un poco de suerte lo superará. Jordan, corta con tu daga la túnica, con sumo cuidado. Hay que quitarle esas ropas —le pidió al guardia—. Erick, trata de seguir presionando mientras lo hace.

El Rey caminó hacia el arcón y sacó algunos recipientes y un pequeño mortero.

—Padre, ¿tienes algún antídoto? —preguntó Erick esperanzado viendo a su padre elaborando uno de sus ungüentos.

—Seseli —le dijo mostrándole un botecito de cristal verdoso.

—Ayúdame, Majestad —demandó Jordan a Gabrielle rasgando ya las vestiduras de Nicholas. Gabrielle fue apartando lentamente la tela de su cuerpo, dejando al descubierto varias cicatrices que recorrían su pecho y sus brazos.

—Aunque sí es la más grave, esta no es la primera herida de guerra que sufre tu esposo —respondió Erick a la expresión perpleja que asomaba al rostro de la muchacha—. Desde que tuvo la fuerza suficiente como para sujetar una espada, ha habido muy pocas batallas en las que no haya estado presente.

Durante un segundo, Gabrielle sintió deseos de acariciar aquellas marcas que rubricaban la piel masculina como un símbolo de su fortaleza. Viéndolo tan desvalido ahora, rezó para que esa misma fortaleza le ayudara a luchar contra aquel veneno que amenazaba con arrebatarle la vida.

—Lava su herida, por favor —le pidió Trystan.

Gabrielle, enjugando sus mejillas, se apresuró a tomar uno de los paños que Erin le ofrecía y lo humedeció para limpiar de forma delicada la hendidura que le había producido aquella mortífera flecha.

—Sigue sangrando —musitó ella con sus manos enrojecidas por la sangre.

—Este emplasto debería detener la hemorragia y penetrar en el flujo anulando los efectos del veneno —le aseguró mientras extendía el engrudo sobre la herida.

—¿Qué canalla ha sido el causante de esta infamia? —masculó Agatha, apretando los puños con rabia.

—Alguien del Reino de Adamón —respondió Jordan con firmeza.

—¿Cómo puedes afirmar eso, Jordan? —lo miró Erick atónito.

Jordan tomó la flecha entre sus manos y le señaló las plumas de su parte trasera.

—Son de cóndor, Alteza —aseveró él—. El cóndor es un ave casi extinta y que solo se da en las escarpadas Tierras Altas, allí donde se alza Adamón.

—¿Estás convencido de eso? —la eficiencia y don de la oportunidad de Jordan estaban resultando más que sorprendentes.

—Completamente, Alteza —le aseguró.

—Pero, ¿por qué? —susurró Gabrielle que no era capaz de reprimir las lágrimas viendo el rostro pálido e inexpresivo de su esposo.

Nigel miró al guardia durante un momento y pareciera que mantenían una conversación silenciosa.

—Creo que habría que tomar ciertas precauciones —anunció el Capitán.

—Opino igual —concordó Jordan—. Majestad —se dirigió a Trystan—, si no me necesitáis, me retiro.

—Tú labor aquí ha sido más que loable —lo alabó el Rey—. Las posibilidades que tiene mi sobrino para sobrevivir se las habéis otorgado vosotros con vuestra rápida y acertada decisión.

—Nada digno de mención —respondió él con humildad.

—Sí lo hay —se apresuró a contradecirlo Agatha, tomando una de sus manos, agradecida. Jordan no pudo evitar que la mirada femenina lo atravesara, una mirada llena de reconocimiento y admiración.

—Con vuestro permiso, Alteza —musitó inclinándose levemente.

—Jordan, acudiré a tu encuentro dentro de un momento —le informó Erick.

—Sí, Alteza —asintió antes de marcharse en compañía de Nigel.

—Me temo que hay poco más que yo pueda hacer —se lamentó Trystan terminando de colocar el vendaje alrededor del cuerpo de Nicholas.

—¿Se salvará? —cuestionó Gabrielle, temerosa incluso de plantear la pregunta.

Trystan suspiró profundamente.

—Si afirmara que sí de forma rotunda te mentiría —admitió a su pesar—. No hay duda de que mi sobrino es fuerte y parece que la suerte ha estado de su parte pero, es cierto que, aunque era el proceder correcto —dijo ratificando lo dicho a su hijo—, ha perdido mucha sangre.

—¿Y entonces...?

—Solo queda esperar —concluyó el Rey.

§ ~ \* ~ §

—¿A qué tipo de precauciones se refería Nigel? —le preguntó Claire a Erick que la acompañaba de camino a la escuela.

—Es lo que quiero averiguar —respondió él—. Pero por lo pronto, tal y como te dije, creo que será mejor mandar a los niños a sus casas.

Claire asintió.

—Luego quiero que te reúnas con mis padres —le pidió—. De sobra esta decir que no quiero ni que te asomes al patio, ¿no?

—No va a pasarme nada —se quejó ella ante su sobreprotección—. ¿O es que piensas que el Príncipe Zayev tiene algo que ver con esto?

—Jordan asegura que es el Rey Balkar quien está detrás de este atentado —negó él—. Pero, aún así, más vale prevenir.

—De acuerdo —suspiró ella con resignación.

Erick se detuvo y tomó las manos de su esposa.

—Claire, quizás estoy exagerando —admitió él con seriedad—, pero estuve a un paso de perderte hace unos días y te aseguro que es el sentimiento más horrible y agonizante que he experimentado jamás. No me importa reconocer ante el mundo entero que no concibo mi vida sin ti y el solo pensar que puedas faltarme... prefiero la muerte.

El corazón de Claire dio tal vuelco que casi se escapa de su pecho. Con lágrimas emocionadas en sus ojos y sin que pudiera encontrar palabras adecuadas que reflejaran cuanto lo amaba, se abrazó a él. Erick buscó con urgencia sus labios, besándola fervientemente. Claire rodeó su cuello con sus brazos, arqueando su espalda para unirse más a su cuerpo, correspondiendo a su beso con ardor. Quería que sintiese en su propia piel lo que hacía unos

segundos no había sido capaz de expresar con palabras y, cuanto más se derretía ella entre sus brazos, más se estremecía él con su entrega. Faltándoles el aliento, separaron sus labios, sus miradas abrumadas por la intensidad de sus propias emociones. Erick la estrechó contra su pecho, ocultando ella su rostro en la curva de su cuello.

—Te amo, Claire —le dijo sin poder dominar el temblor de su voz.

—Del mismo modo te amo yo a ti —susurró ella contra su piel lanzando miles de descargas a través de su cuerpo.

—Si no fueras mi esposa te pediría en matrimonio en este mismo instante —murmuró él.

Claire dejó escapar una leve risita.

—Pero, para mi fortuna, ya lo eres y vas a complacerme en lo que te pedí, ¿cierto? —le insinuó esbozando una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Te esperaré en el salón con tus padres —accedió Claire sonriente.

Erick volvió a besarla sin ocultar su satisfacción, despidiéndose de ella y viéndola adentrarse en la pequeña sala. Tras eso, se dirigió al Patio de Armas donde encontró a Nigel y Jordan, quienes, a modo de saludo, se cuadraron al verle. A Erick no dejó de sorprenderle esa actitud tan militar en Jordan.

—Hemos apostado guardias en todas las almenas y alzado el puente levadizo, Alteza —le informó Nigel—. Además hay algunos hombres patrullando por el bosque en busca de algún indicio.

—He de suponer que prevéis alguna ofensiva por parte del Rey Balkar —aventuró Erick.

—Lo que sí está claro es que este ataque no ha sido fortuito, Alteza —agregó Jordan.

Erick lo miró con cierto grado de desconfianza.

—¿Hay algo más que debería saber? —preguntó con declarada intención.

Fue entonces cuando Jordan le narró como la sed de poder del Rey Balkar y su deseo de conquistar el Reino de Asbath le había llevado a intentar secuestrar a Gabrielle y como él pasó a ser entonces su protector.

—Habiéndose coronado mi primo como Rey de Asbath, también se convierte en su objetivo —concluyó Erick tras la explicación del guardia.

—Eso me temo, Alteza —concordó Jordan.

—¿Su Majestad estaba al tanto de este asunto? —quiso saber Erick.

—Sí, Alteza —afirmó él—. Le informé en la primera conversación que mantuve con él.

—De acuerdo —asintió—. Que los muchachos estén alerta —les advirtió haciendo ademán de marcharse.

—Sí, Alteza —respondieron ambos hombres al unísono.

—Deberías habérselo contado todo —le reprochó Nigel cuando Erick se había alejado lo suficiente.

—Son solo conjeturas sin una base sólida —le recordó—. Bruc aún no regresa de su misión para poder corroborarlo.

—No me refería a eso y lo sabes —le insinuó.

—No veo cómo pueda afectar esa información al modo en que se vayan a desarrollar los acontecimientos —Jordan se tensó lanzándole una mirada de advertencia que, indiscutiblemente, le exigía silencio ante esa cuestión.

—Como prefieras —se encogió de hombros el Capitán.

Jordan se relajó entonces dándole una palmada amistosa en la espalda.

—Te veo luego —dijo despidiéndose de él.

Se encaminó hacia el otro extremo del patio, hacia el Cuartel de Guardias. A diferencia de Erick, él todavía no había podido asearse y, tanto su jubón como sus pantalones, estaban ensangrentados. Aún no lo había atravesado cuando sintió un calor punzante en su nuca y, casi de forma inconsciente, giró su rostro. Se encontró con la mirada azul de Agatha que lo observaba desde uno de los ventanales del corredor. Aunque hubiera tratado, no habría podido retirar su vista de ella, su mirada despedía un fulgor que lo hipnotizaba.

Quizás deberían haber hecho gala del decoro y apartar sus ojos de los del otro, pero no lo hicieron. Ni un instante dejó de fluir entre ellos ese halo que los unía irremediabilmente, aunque ninguno de los dos fuera capaz de admitir su existencia, por miedo a que este se rompiera. Sabían que una gran barrera invisible los distanciaba, eran como la noche y el día que, aún formando parte de una misma esencia, estaban destinados a estar separados. Al igual que al anochecer o al amanecer se da la etérea ilusión, la efímera posibilidad de que ambos puedan coexistir, ellos compartían unos segundos en los que esa distancia dejaba de tener sentido y en esos momentos, aunque no se atrevieran a reconocerlo, ambos brillaban bajo sus miradas.

Cuando Jordan se adentró en el castillo y tuvo que retirar sus ojos de ella, volvieron a oscurecerse sus almas, y, de nuevo, ella se convirtió en día y

él, en noche.

§ ~ \* ~ §

—¿Ha tenido fiebre hoy? —le preguntó Trystan a Gabrielle mientras retiraba con lentitud el vendaje.

Gabrielle negó con la cabeza, estaba tan atemorizada que casi no se atrevía a hablar, con gran esfuerzo conseguía dominar el temblor de sus manos.

—¿Me ayudas? —le pidió él con el único propósito de infundirle un poco de confianza.

Gabrielle asintió y comenzó a retirar cuidadosamente las gasas que cubrían la herida. La joven se estremeció cuando esta quedó a la vista. Era una abertura en forma oval de varios centímetros que mostraba la carne sonrosada en su interior y que se oscurecía al llegar al centro, donde había estado alojada la flecha y había penetrado el veneno, corroyendo todo a su paso. Gabrielle se echó las manos a la boca con estupor.

—¿Te da aprensión? —se preocupó Trystan al ver la extrema palidez de su rostro—. ¿Te sientes enferma?

—No —se apresuró a decirle, tragándose las lágrimas que intentaban inundar sus ojos.

—No te alarmes —la alentó él comprendiendo—. Aunque parece tener mal aspecto, está sanando muy bien.

Gabrielle volvió a mirar aquella herida que laceraba el pecho de Nicholas sin ocultar su incredulidad.

—No ha tenido fiebre por lo que no hay infección —le explicó—, y por otro lado, sus músculos han empezando a relajarse —añadió mientras palpaba sus brazos—. Eso es señal de que los efectos del veneno han remitido.

—¿Funcionó el antídoto entonces? —respiró aliviada.

—Sí —afirmó —hemos tenido suerte y la cantidad de veneno que se introdujo en su cuerpo ha podido ser contrarrestada.

—¿Y por qué no reacciona? —quiso saber ella—. Hace casi tres días que está inconsciente.

—Te recuerdo, jovencita, que tú también nos tuviste en vilo casi tres —bromeó él mientras comenzaba a elaborar uno de sus linimentos medicinales y Gabrielle se mordió el labio, apenada—. Gabrielle —la miró



con amabilidad—, en su caso es completamente normal —le aclaró—. Perdió mucha sangre y está débil. El organismo tiene sus propios métodos de defensa y el permanecer sin sentido es una buena forma de no malgastar energía, ¿no crees? —trató de animarla.

—Pero si no conseguimos darle alimentos, se debilitará más —le rebatió ella.

—Veo que lo estás intentando —le dijo señalando un pequeña vasija de caldo liviano que había en la cómoda.

—Apenas le introduzco unas cuantas gotas cada vez por miedo a que se asfixie —le respondió mortificada—. Temo que no sea suficiente y... —vaciló—, muera de inanición.

Trystan posó su mano sobre su hombro de forma cariñosa.

—Eso no sucederá —le aseguró firmemente.

—¿Se va a salvar? —preguntó con esperanza.

Trystan suspiró hondamente.

—Ahora depende de él —respondió con gravedad—. Pero con tus cuidados y atenciones conseguirás que se recupere —le sonrió.

Gabrielle negó enérgicamente con la cabeza.

—Resultan inútiles comparado con lo que has hecho tú por él. Si no hubieras estado aquí... —Gabrielle sintió que le fallaba la voz.

—Digamos que es un muchacho afortunado —alegó restándole importancia—, y esa misma fortuna le hará superar esta crisis.

—Ojalá así sea —suspiró sujetando las gasas con el ungüento sobre la herida para que Trystan colocara las vendas.

—Ya está listo —anunció cuando hubieron terminado, incorporándose de la cama—. ¿Bajas conmigo a cenar? —le preguntó mientras se lavaban las manos.

—Erin me subirá la cena —le contestó ella.

—Sí, y como siempre, volverá a bajar la bandeja con el plato casi intacto —le reprochó. Gabrielle bajó el rostro—. Entiendo cómo te sientes —le dijo besando su frente—, pero si eres tú la que se debilita por no alimentarse, no le serás de mucha ayuda cuando despierte.

—Está bien —accedió.

—Me retiro —le anunció Trystan—. Cualquier cosa, por simple que te parezca, no dudes en avisarme, ¿de acuerdo? —le dijo ya desde la puerta.

Cuando se hubo marchado, Gabrielle volvió a su butaca y se dejó caer

en ella, observando a su esposo. Entendía perfectamente todos los argumentos que le daba Trystan pero aquella inmovilidad en él la angustiaba. Gabrielle sabía que ella había permanecido inconsciente más de dos días pero, al menos se agitaba en su estado febril; eso le había contado Claire. Sin embargo, Nicholas no hacía ni el más mínimo movimiento que a ella le pudiera dar a entender que estaba vivo, solo el acompasado ritmo de su pecho, que subía y bajaba con su respiración. Llevaba casi tres días concentrada en aquella cadencia, rezando para que no se detuviera. Era sorprendente como el simple sonido de su efluvio podía mantener la esperanza de su recuperación viva en su corazón.

—¿Puedo pasar, Majestad?

Aquella voz hizo que Gabrielle se sobresaltase y se levantase del butacón... Sybill.

—Sí —titubeó Gabrielle.

La doncella entró con paso decidido, siendo Nicholas lo primero en lo que se posaron sus ojos ladinos.

—Majestad —le sonrió la doncella, con la falsedad dibujada en su rostro y su voz impregnada de hipocresía—. Quería avisaros de que la cena está lista en el comedor.

Gabrielle vaciló un momento, sin comprender.

—Erin no tardará en subirme la cena...

—No es necesario, Majestad —comenzó a caminar hacia ella—, yo puedo relevaros mientras tanto y cuidar de él.

Gabrielle la miró perpleja, viendo claras sus intenciones. Su falta de recato y pudor llegaban a ser insultantes.

—Es por vuestro bien —le aseguró la doncella, mas la maldad de sus ojos no correspondía a los buenos deseos que manifestaban sus palabras—. Os ayudará a despejaros y...

—¿Qué haces aquí? —la voz de Erin a su espalda la alarmó.

—Yo... —su seguridad se esfumó ante la mirada severa de Erin—. Le decía a su Majestad que si quisiera bajar a cenar con los demás yo podría quedarme a...

—Gracias por tu ofrecimiento pero no es necesario —la atajó Erin entrando en la recámara.

—Pero... —quiso replicarle.

—Los deseos de Su Majestad son cenar aquí —aseveró la doncella

dejando la bandeja en la cómoda y colocando sus brazos en jarra—. ¿Tienes algún problema con eso? —inquirió desafiante.

—No, por supuesto —masculló entre dientes tras lo que se marchó, airada.

—¿Cómo sigue Su Majestad? —se interesó la muchacha y Gabrielle agradeció para sus adentros que Erin no hubiera hecho ningún tipo de comentario sobre lo que había sucedido.

—El Rey Trystan se muestra optimista —le informó ella.

—Cuánto me alegro, Majestad —exclamó alegre la doncella—. Os he preparado vuestro platillo favorito —le dijo señalando la bandeja—. Comedlo antes de que se enfríe.

—Muchas gracias, Erin —le sonrió Gabrielle.

—No las merece, Majestad —se inclinó ella—. A vuestro servicio.

Gabrielle asintió mientras la veía dejar la habitación. La duda de si era cierto el comentario que lanzó Ethel aquel día sobre la cocinera la asaltó inevitablemente. Otra duda más a aquella zozobra que parecía infinita. Se volvió a sentar en la butaca. Quizás la simpatía que parecía tenerle la muchacha era sincera. Miró la bandeja que había depositado sobre la cómoda. Apreciaba enormemente las molestias que se había tomado la doncella para con ella, y sentía mucho contrariarla, pero no era capaz de digerir nada en ese momento.

Puso de nuevo la vista en Nicholas. Aquella cadencia milagrosa de su pecho seguía impasible y volvió a invadirla esa brizna de alivio. Se inclinó sobre la cama y posó su mejilla en ella, sin dejar de mirar aquel compás tan elemental y, a su vez, tan lleno de armonía, tratando de no pensar... mas era del todo imposible. Pareciera que aquella maldita mujer había acudido allí con la única intención de atormentarla y, si así era, lo había conseguido. ¿Pretendía hacerle creer que su lugar era al lado de él, que le correspondía ese privilegio? ¿Sería así?

Las lágrimas empezaron a brotar con libertad hacia sus mejillas, lágrimas inútiles que no mitigaban su pesar, pues no la ayudaban a descubrir la verdad ni tampoco harían que él se salvara. Alargó la mano queriendo tocar una de aquellas cicatrices que marcaban su brazo, pero se detuvo. Quizás ni siquiera tenía derecho a hacer eso. Cerró el puño y lo dejó caer sobre la cama con rabia contenida, dejando por fin que escapase de su boca aquel gemido que le quemaba la garganta.

—¿Sabes? —comenzó a hablarle entre sollozos—. Ya no consigo distinguir lo que es correcto y lo que no lo es, cuál es la verdad de entre todas las mentiras... ya no sé nada —gimió—. Solo sé que, si ese es el camino que tú has elegido, no seré capaz ni de entenderlo y mucho menos de aceptarlo, es superior a mí. Me alejaré de ti, me marcharé de tu lado si es lo que deseas, pero vas a tener que ser tú quien me lo diga, habré de escucharlo de tus labios —sentenció sumida en el llanto—. Así que sobrevive, aunque sea para alejarme de ti... Al menos, estarás vivo —le dijo mientras apretaba las sabanas contra su puño, con desesperación, llena de impotencia. Todo parecía estar establecido, fijado de antemano y ella era la que estaba fuera de escena. Y si así era, bienvenido fuera, todo acabaría de una maldita vez.

—No creí que los ángeles pudieran llorar...

Gabrielle cesó su llanto por un momento, tal era su deseo que la hacía delirar con el sonido de su voz. Fue al sentir el tacto de una mano sobre la suya cuando por fin abrió los ojos sobresaltada para encontrarse con la mirada azul de Nicholas que la observaba atormentado.

—¿Por qué lloráis? —susurró él.

—Mi señor —exclamó ella irguiéndose, enjugando con rapidez sus mejillas—. ¿Cómo os sentís? —le sonrió ella aliviada.

—Débil, adolorido —le dijo con un hilo de voz.

—No tratéis de moveros —se apresuró a decirle—. Vuelvo enseguida con vuestro tío.

Nicholas asintió cerrando los ojos y la escuchó marcharse, mas cuando dejaron de resonar sus pasos en la habitación, comenzaron a hacerlo las palabras que acababa de escuchar, palabras llenas de resentimiento y lágrimas, que le dolieron en lo más hondo, más que aquella herida que le ardía en su pecho. Recordaba de forma nítida lo que había ocurrido en el bosque, lo que le había narrado Erick y, después, aquel dolor infernal producido por aquella flecha que se estrelló contra su cuerpo. Ahora, ese dolor ya no le parecía tan mortífero, no después de escuchar a Gabrielle.

Escuchó de nuevo pasos acercándose y abrió los ojos, viendo como toda su familia irrumpía en tropel en la recámara. Primero Gabrielle, seguida de sus tíos, su hermana, Claire de la mano de Erick, e incluso Jordan y Nigel, en compañía de Erin y Sybill. Aun sin saber de qué forma había colaborado la doncella para que surgiera aquel maldito malentendido entre Gabrielle y él, Nicholas tuvo que controlar los deseos que lo embargaron de levantarse de la

cama y sacarla arrastras de la habitación.

—Todos aquí... parece una audiencia —bromeó, tratando de dominar su rabia.

—Al menos tienes buen ánimo —se regocijó Trystan—. ¿Cómo te sientes?

Nicholas intentó moverse para incorporarse un poco en la cama, lanzando un aullido. Erick corrió a asistirlo, ayudándolo a hacerlo de forma lenta.

—Por si no lo sabías te atravesaron hace unos días con una flecha envenenada —se mofó su primo—. Deberías ser más un poco más cuidadoso.

—¿Envenenada? —preguntó, tratando de reprimir el dolor.

—Cicuta —le informó su tío, que empezó a palparle el pecho—. ¿Sientes algo?

—¿Además del dolor de tus dedos clavándose en mí? —se quejó Nicholas.

—Había olvidado lo mal paciente que eres —se rio su tío.

—¿Y cuál es tu diagnóstico, padre? —preguntó con sorna Erick.

—Por desgracia, sobrevivirá...

Nicholas puso los ojos en blanco.

—Tía, por favor, ¿puedes decirle a este par que deje el tono festivo y contarme qué ha sucedido?

—Lo de la flecha con cicuta es cierto —le ratificó—. Tu primo y Jordan detectaron algo raro en tu herida y decidieron extraer la flecha allí mismo. Corrías el riesgo de desangrarte pero si el veneno se hubiera extendido no habrías tenido posibilidades de sobrevivir.

—Gracias, Jordan —miró condescendiente al guardia—. Estoy en deuda contigo.

—No las merece, Majestad —se inclinó él.

—¿Y a mí no me das las gracias? —se quejó Erick.

—Era tu deber —le respondió divertido—, por algo eres mi primo.

Todos rieron excepto Erick que le lanzó una mueca.

—En cuanto te trajeron te apliqué un antídoto, aunque tampoco tienes que agradecermelo —bromeó Trystan—. Lo único es que habías perdido mucha sangre y perdiste el sentido, hasta ahora. Tu esposa temía que no despertaras.

Nicholas buscó con los ojos a su esposa y en vez de hallarla al lado de

su cama, como debería ser, estaba casi al fondo de la habitación. El muchacho maldijo para sus adentros.

Su tío entonces comenzó a revisarlo de nuevo.

—Quiero asegurarme de que el veneno no te deja secuelas —le explicó—. ¿Puedes mover el brazo derecho? —le pidió.

El muchacho obedeció aunque con gesto adolorido.

—¿Y notas mi tacto? —le preguntó Trystan. Nicholas asintió.

—¿Se sabe quién fue el autor del disparo? —quiso saber mientras dejaba hacer a su tío.

—Parece que el Reino de Adamón está detrás de ello —le informó Erick.

Nicholas miró a Jordan alarmado.

—Hemos tomado todo tipo de precauciones, Majestad —lo tranquilizó.

—Estamos preparados para cualquier tipo de ataque —añadió Nigel.

—En ese caso...

—Quieto, jovencito —detuvo Trystan a su sobrino, que pretendía levantarse de la cama—. Tú debes reposar y calmarte. Ya te avisé de que perdiste mucha sangre. Debes empezar a alimentarte y reponer fuerzas —le exigió—. Te aseguro que está todo bajo control.

—Majestad —Sybill se aproximó sinuosamente a Trystan. Nicholas vio como Gabrielle se tensaba, ocultando sus puños apretados entre los pliegues de su vestido—. Me preguntaba cuáles son las instrucciones que debemos seguir para ayudar en la recuperación de Su Majestad, como la alimentación, las curas...

—De ese tipo de menesteres se puede encargar perfectamente mi esposa —la cortó Nicholas con sequedad—. ¿Cierto? —la miró entonces buscando sus ojos.

—Si es vuestro deseo... —vaciló Gabrielle.

—¿Es el vuestro? —murmuró él y ella asintió tímidamente.

—La herida acabamos de revisársela, así que estará bien hasta mañana —le recomendó entonces Trystan a Gabrielle que lo escuchaba con atención—. Y algún caldo suave para esta noche será suficiente. Si lo tolera bien, que mañana tome algo sólido.

—Majestad, puedo ayudaros en la cocina si queréis —se ofreció Erin.

—Claro, Erin —le sonrió ella.

—Y nosotros nos retiramos —anunció Trystan—. Descansa y obedece

las indicaciones de tu esposa —bromeó mientras desordenaba el cabello de su sobrino.

Estaban por marcharse todos cuando Gabrielle se detuvo, al ver que Sybill, en lugar de salir, disimuladamente se adentraba más en la recámara.

—Mi señora, no os inquietéis —escuchó decirle a Nicholas—. Erick me acompañará en vuestra ausencia.

Eso fue suficiente para que Sybill se marchara dándose por vencida y para que la sangre retornara a las mejillas de Gabrielle.

—Temo por Gabrielle —le confesó Nicholas a su primo en cuanto estuvieron solos.

—Sí bueno, Jordan ya me puso al día acerca de lo de su intento de secuestro —puntualizó Erick—. Pero, tal y como te dijo mi padre, está todo bajo control...

—No me refería a eso —lo interrumpió Nicholas.

—Basta con que hables con ella y lo aclaréis todo —se encogió de hombros.

—No va a ser tan sencillo —masculló él.

—Ya he visto lo escurridiza que es la doncella en cuestión pero parece que sabes manejarla a la perfección —se burló su primo.

—Erick —lo miró con reprobación.

—¿No estás exagerando?

Nicholas resopló.

—Ella no se ha dado cuenta pero la escuché hablar hace unos momentos —admitió—. Y es peor de lo que yo suponía. Había tanta amargura, tanta desilusión en sus palabras... incluso quiere marcharse de Los Lagos —se lamentó—. Me cree de la peor calaña.

—No estoy tan seguro de eso —le contradijo Erick—. En estos días no se ha apartado de ti ni un momento. Apenas si ha comido —añadió—. ¿No ves lo pálida que está? Apostaría a que tampoco ha dormido en su vigilia.

—En cualquier caso, he de hacer algo o la perderé —sacudía la cabeza.

—¿Alguno de tus brillantes planes, señor estratega? —le dijo con cierto tono divertido.

—No —negó rotundo—. Esta vez no.

—Verás que todo se aclara —Erick posó su mano sobre su hombro sano infundiéndole ánimos—. Y hablando de estrategias —cambió de tema—, Jordan está resultando ser de gran ayuda.

—Pareces desconcertado —se extrañó Nicholas.

—Es que no entiendo cómo tanto potencial es desaprovechado siendo un simple guardia, aunque sea el guardia de Gabrielle, no te ofendas —se excusó.

—No, tranquilo, yo opino igual.

Unas voces femeninas en el corredor les alertó de la llegada de Gabrielle. Erick corrió a asistirles, abriéndoles la puerta.

—Creí que mi padre había comentado algo de una cena ligera —se rio Erick cuando vio entrar a Erin y Gabrielle con sendas bandejas.

—Alteza, este plato es para la Reina —le aclaró Erin sonriendo, dejando la bandeja en la cómoda, cerca de la que le había traído a Gabrielle con anterioridad—. Supuse que este ya se le habría enfriado —agregó tomándolo para llevárselo.

Nicholas comprobó mientras la muchacha se iba que, tal y como le había sugerido su primo, ni siquiera lo había tocado.

—Te dejo en buenas manos, así que me retiro —anunció Erick.

—Gracias, Erick —le sonrió Nicholas.

—Majestad —se inclinó con gesto jocoso antes de cerrar la puerta.

—¿Vais a cenar conmigo? —le preguntó con suavidad a su esposa que dejaba la bandeja sobre la cama.

—En realidad no tengo apetito —admitió ella.

—Puedo negarme a comer si vos no lo hacéis —le advirtió.

—Vuestro tío os dijo expresamente que debíais obedecerme —le recordó.

—Eso no quita que podáis complacerme y cenar conmigo —le sonrió sugerente.

—Está bien —accedió ella colocando también su bandeja sobre la cama—. Va a resultar que vuestro tío tenía razón al afirmar que sois muy mal paciente —afirmó Gabrielle, acercándole un pequeño cuenco con caldo.

—No digáis que no estabais prevenida —le susurró mientras posaba su mano sobre los dedos femeninos que sostenían el cuenco y llevándoselo a la boca, fijando su mirada de modo penetrante en la suya.

—¿De niño eráis igual? —preguntó, retirando la mirada, azorada.

—Me temo que peor —le aseguró—. Cuando contaba con unos seis años me rompí una pierna y mi tío me la entablilló —empezó a narrarle—. En cuanto se descuidó, me escabullí y salí al patio a ver el entrenamiento de



la guardia, intentando imitar sus movimientos con mi espada de madera.

Gabrielle vio cómo una sonrisa asomaba a los labios masculinos al evocar sus recuerdos de infancia.

—Aquello me costó caro —continuó él—, pues tuvieron que colocarme el hueso en el sitio y volverme a entablillar la pierna. Mi madre casi me ata a la cama —rezongó con una mueca.

Gabrielle no pudo evitar emitir una risita al verlo así, con el pelo alborotado y su actitud de niño travieso, dejando atrás su imagen imponente de soberano y guerrero.

—Apuesto a que vos erais una niña obediente —sonrió él.

—Era bastante inquieta —le respondió negando con la cabeza.

—¿Quién lo habría imaginado? —bromeó haciéndose el sorprendido.

Y así transcurrió la cena, hablando de su niñez y tiempos pasados, un momento lleno de confianza, tranquilidad y sosiego, como no lo habían compartido hasta entonces. Él se sintió satisfecho al poder arrancarle en más de una ocasión la sonrisa a Gabrielle al narrarle sus diabluras infantiles y ella volvió a sentir su pecho palpar al perderse de nuevo en la inmensidad de sus ojos azules.

—Creo que deberíais descansar —titubeó ella cuando hubieron terminado de cenar.

—Vos también deberíais ir a acostaros —le dijo, haciéndole una seña hacia la puerta que separaba sus recámaras.

—No —negó ella—. Prefiero quedarme aquí —señaló el butacón—. Podríais necesitarme y...

—Por eso no os angustiéis —clavó su mirada en ella—. Os necesito siempre —murmuró.

Gabrielle bajó su rostro, sonrojada, incapaz de sostener aquella mirada de fuego.

—Creo que tengo la solución a este problema —sugirió Nicholas.

—¿Y cuál sería? —alcanzó a preguntar ella.

—Podéis tumbaros aquí conmigo —respondió con voz grave.

—Pero...

—Nadie tiene por qué escandalizarse, a fin de cuentas sois mi esposa —susurró.

Gabrielle lo miró insegura.

—Qué mejor que estéis a mi lado si requiero de vuestras atenciones

—concluyó con suavidad—. Estoy seguro de que mi sueño será mucho más plácido y reconfortante si os tengo cerca.

¿Alguien sería capaz de resistirse al embrujo de su voz, al hechizo de su mirada? Gabrielle no, hallándose obnubilada bajo su influjo.

—Id a poner os algo más cómodo —le pidió—. No creo que ese vestido sea muy apropiado para dormir. Prometo no moverme de aquí —bromeó, haciendo que se dibujase una sonrisa en el rostro de Gabrielle.

Finalmente la muchacha obedeció y se fue a su cuarto. El temblor de sus manos no le facilitó la tarea. Se puso un sencillo camisón de lino y respiró hondo un par de veces antes de volver a la habitación de su esposo. Aún sabiendo que no sucedería nada esa noche entre ellos, el solo pensar en la cercanía de su cuerpo la hacían estremecerse.

Con paso vacilante volvió a caminar hacia la cama donde reposaba Nicholas. Entonces volvió a su memoria las palabras que le dijera Gladys unos días antes cuando afirmaba que Trystan la hacía sentir como lo máspreciado del mundo. Nicholas la veía acercarse a él ensimismado, extasiado, como si tuviera ante él la cosa más bella que hubiera visto jamás. Y es que para él, la imagen de Gabrielle se le presentaba como la de un ser celestial, divino... delicado, hermoso y perfecto.

Gabrielle se acercó a la cabecera de la cama y le ayudó a recostarse. Después retiró la sábana y se tumbó a su lado, mirándole.

—¿Os sentís bien? —quiso asegurarse ella, preocupada.

—En el mismísimo Kratvah —musitó él uniendo su mirada de nuevo a la suya, con esa intensidad que le hacía perder la noción de sus sentidos. Con delicadeza, Nicholas tomó unas de sus manos y la acercó a sus labios, besando las yemas de sus dedos—. Buenas noches, esposa.

## Capítulo 19

*Queridísimo Padre:*

*Imagino que no esperabas la llegada de esta carta, sino la mía. Siento hacértelo saber de esta forma pero no será así. De hecho, tras haber finalizado la lectura de estas líneas, vas a tener que ser tú quien decida cuándo podré volver.*

*Si piensas que este es otro de mis actos de rebeldía, tal y como parecer ser que los denominas tú ahora, y que estoy desobedeciendo tus órdenes cual niña malcriada, te diré que esto va mucho más allá.*

*Tampoco me andaré con rodeos, padre. Cuando recibas esta misiva, hará al menos una semana que contraje matrimonio con el Príncipe Erick.*

*Puedo suponer cuál será tu reacción ante tal noticia. Ira al haberme negado expresamente a cumplir tus deseos; decepción al no cumplir con tus expectativas de hija obediente y abnegada; contrariedad al tener que enfrentarte a tu querido amigo el Rey Lyal y romper el compromiso matrimonial al que accediste sin, te recuerdo, sugerírmelo antes siquiera.*

*Podría darte miles de justificaciones y excusas ante lo que para ti es un comportamiento completamente reprobable y me pregunto si valdría la pena el esfuerzo. Pero de lo que sí puedo hablarte es de lo que sentí yo cuando leí tu carta. Me sentí engañada, traicionada y muy desilusionada. ¿Cuántas veces te he oído decir que te sentías orgulloso de tener una hija tan*

*juiciosa y madura? ¿Cuántas veces me dijiste que confiabas en mí y que te sentías tranquilo al tener la suerte de que fuera una muchacha responsable y comedida? ¿Dónde quedó todo eso? ¿Eran únicamente mentiras o era algo convenientemente a olvidar cuando te hablé de mis sentimientos hacia Erick y de cuál era mi decisión?*

*En realidad, ya poco importa todo eso. Soy la esposa de Erick y nuestra unión cuenta con legítima validez pues Nicholas y Gabrielle, como Reyes de Los Lagos, nos han ofrecido asilo y apoyo. Te ratifico que este tipo de apoyo es en todos los sentidos y no creo necesario tener que hacer hincapié en los tres ejércitos que se sumarían a nuestra causa en caso de que el Príncipe Zayev decidiese tomar represalias. En lo que a ti respecta, me niego a creer que pudieras llegar a tanto y, si por el contrario, te lo plantearas siquiera, sabe de antemano que, desde ese mismo instante, dejaría de considerarme tu hija.*

*Me entristece profundamente el haber llegado a esto y que no hayas comprendido cuál era mi felicidad. De hecho, confío en que haya sido eso, falta de comprensión por tu parte. Me destrozaría saber que sí eras consciente de ello y, aún así, hubieras decidido sacrificarme a tu conveniencia.*

*Solo por si fuera de tu interés, te hago saber que permaneceré en este Reino de forma indefinida. El Rey Nicholas sufrió un atentado por parte del Reino de Adamón, del que afortunadamente ha salido bien librado, y estamos en estado de sitio, con el ejército dispuesto y preparado para resistir cualquier ataque.*

*Cuando la situación se estabilice, que con la ayuda de los Dioses así será, tomaré rumbo hacia mi nueva patria, el Reino de Meissen. Hasta entonces, rogaré para que la benevolencia y la indulgencia que caracterizan tu naturaleza justa toquen tu corazón.*

*Tu hija que te ama.*

*Alteza Real Claire de Meissen.*

—Y Princesa Heredera del Reino de Breslau, Claire —exclamó el Rey Richard golpeando con ánimo el brazo de su trono—. Bien hecho, hija —masculló a través de la sonrisa que se dibujaba en sus labios—, no esperaba menos de ti.

—Esta vez habéis sido vos la artífice de esta exquisita cena —aseveró Nicholas con voz firme mientras disfrutaba del último bocado de su plato.

—Estáis muy seguro de eso, mi señor —sonrió ella halagada apartando la bandeja al otro lado de la cama.

—No pretendo desmerecer las habilidades de Erin pero la presencia de vuestras manos en este delicioso platillo es inconfundible —se reclinó contra la cabecera de la cama.

—Me complace que os guste —asintió ella.

—Recuerdo que la primera vez que lo hicisteis me asegurasteis que os sentíais dichosa de poder hacerlo —se inclinó ahora acercándose a ella—. ¿Aún pensáis igual? —le susurró clavando su mirada en ella. Durante un instante, Gabrielle se perdió en la inmensidad de aquel mar azul de sus ojos.

—Yo... —titubeó—. Voy a buscar las cosas para curar vuestra herida.

—Como gustéis —se volvió a recostar sobre la cama con sonrisa divertida.

Gabrielle tomó la bandeja con manos temblorosas y se apresuró a salir de la habitación. En cuanto Nicholas escuchó los pasos de su esposa alejándose por el pasillo, apartó la sábana y se levantó de la cama. Se regodeó al ver que, de nuevo, volvía a hacerlo sin sufrir ningún atisbo de mareo y, con paso vacilante primero y más seguro después al comprobar la firmeza de su equilibrio, comenzó a pasear por la habitación.

Sabía que su tío no se lo habría permitido y habría insistido en que debía reposar durante más tiempo, pero casi tres días inconsciente y cuatro guardando reposo, eran mucho más de lo que su acostumbrado sosiego podía soportar. Por eso, en esos dos últimos días, había aprovechado las ocasiones en que Gabrielle lo dejaba a solas para salir de aquella cama.

Con la imagen de su esposa en su mente se dirigió a la ventana, perdiendo su vista entre la oscuridad de la noche. Durante esos cuatro días había intentado acercarse a ella, ganarse su confianza, tratar de derribar ese muro de frialdad que se interponía entre ellos y, como siempre, ella se mostraba a la defensiva, alejándose de él. Sin embargo, él no se rendía, sabía que el momento en que ella bajase la guardia llegaría y él lo esperaba atento, dispuesto a no desaprovecharla cuando se diera la ocasión.

—¿Me podéis explicar por qué motivo estáis levantado? —oyó exclamar a Gabrielle a sus espaldas, sobresaltándolo.

Nicholas comenzó a pasarse la mano por el pelo con gesto infantil al verse sorprendido.

—Esto...

—No creo que haya ningún tipo de excusa para vuestra irresponsabilidad —espetó enojada, mas guardó silencio por un momento, observándolo—. Si no me equivoco, no es la primera vez que lo hacéis, ¿verdad? —aventuró al verlo en postura tan erguida y segura.

—Me levanté por primera vez ayer por la mañana —reconoció con cierta culpabilidad.

Gabrielle lo miraba con desaprobación.

—Me exasperaba permanecer inmóvil en la cama —agregó Nicholas en su defensa—. De hecho, mañana pretendo salir a caminar por el jardín —sentenció con firmeza acercándose a ella, con paso decidido, mostrándole cuán recuperado estaba—. ¿Me acompañaríais a dar un paseo mañana? —le sonrió insinuante.

Gabrielle apartó la vista de él, vacilante.

—Deberíais consultarle primero a vuestro tío —concluyó finalmente—. Ahora si me lo permitís, quisiera revisaros la herida.

Nicholas asintió sin perder la sonrisa. Era evidente que cada vez le era más difícil mostrarse indiferente ante a él. El joven obedeció y volvió a sentarse en la cama para que Gabrielle le examinase. Ella se situó cerca de él y comenzó a retirar las vendas. Aún le resultaba inquietante hacerlo, el observar su torso desnudo, tocarlo... Debía hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar el temblor de sus dedos.

Cuando hubo retirado el vendaje por completo, hizo lo mismo con la gasa que cubría la herida. Ya no tenía tan mal aspecto, de hecho estaba cicatrizando y bastante bien, según Trystan que, a modo de broma, le decía a su sobrino que pronto pasaría a engrosar su amplia colección de cicatrices. Mientras aplicaba el ungüento cuidadosamente, no pudo evitar que su vista se desviara a aquellas marcas que le resultaban tan fascinantes. A pesar de ser un claro reflejo del dolor que le habría sido infligido al realizarle aquellas heridas, ella sentía un inexplicable deseo de acariciarlas y sentir el tacto de aquellas líneas rosadas.

—¿Os producen aprensión? —preguntó él preocupado al ver cómo observaba ella aquellos cortes que desfiguraban su cuerpo—. Puedo cubrirme si os incomodan.

—No —se apresuró a corregirle ella—. Disculpadme si os he importunado.

—¿No os inspiran repulsión? —se sorprendió él gratamente.

Gabrielle negó con la cabeza volviendo a vendar su herida.

—¿Os... duelen? —dudó sin poder reprimir su curiosidad.

—Únicamente esta que es más reciente —le dijo señalándole uno de los cortes que recorría su hombro derecho.

—¿Y cuál fue la primera? —se animó a preguntar, mordiéndose el labio después, dudosa de si estaría resultando una molestia para Nicholas el tratar ese tema, aunque él se sentía extrañamente complacido ante el interés que le producían aquellos desagradables estigmas.

—Esta —giró levemente su rostro indicándole una pequeña ramificación que brotaba de su ojo izquierdo llegando casi a su sien. Gabrielle recordaba bien esa cicatriz. También era la primera que ella le había visto.

—¿Fue una dura batalla? —se interesó ella.

—Cruenta —admitió él con seriedad—. Erick con una piedra en la mano, aunque contara con tres años de edad, era mortífero.

Gabrielle no pudo impedir soltar una carcajada.

—Pues no creáis que él también salió mal parado de aquella contienda —agregó tratando de mantener seriedad en su expresión, sin apenas conseguirlo—. Preguntadle por su coronilla la próxima vez que lo veáis.

Viendo la naturalidad con la que Gabrielle reía ante su comentario, él no pudo evitar acompañarla y reír también. Cuando ambos pararon, el rostro de Gabrielle se mostraba relajado y resplandeciente.

—Sois preciosa cuando sonreís —le dijo Nicholas con suavidad, acercando su mano a su rostro, acariciando su mejilla levemente, produciendo que el rubor maquillara su piel.

Quizás este era el momento que había estado esperando...

Con lentitud se inclinó hacia ella, deslizando su mano tras su nuca, atrayéndola hacia él, deseoso de volver a probar la dulzura de sus labios. El tiempo que había transcurrido desde la última vez que lo hiciera le parecía una eternidad ahora. Se miró un momento en sus ojos grises, que lo miraban con brillo trémulo, instándole a perderse en ellos. Nicholas continuó el tumultuoso viaje hacia sus labios y casi podía sentir la frescura de su aliento cuando Gabrielle se separó de él.

—No, os lo ruego —exclamó levantándose de la cama, yendo hacia la cómoda y apoyándose en ella, con una mano en el pecho como si buscara un hálito que le faltara.

—¿Por qué? —preguntó él lleno de frustración.

—Porque no soporto la doble moral —dijo con voz desgarrada—. Es superior a mis fuerzas.

Nicholas se incorporó lentamente y caminó hacia ella, despacio y se posicionó unos pasos tras ella, en silencio, expectante. Por fin había llegado el momento en que Gabrielle se abriera a él y aguardaría paciente el tiempo que fuera necesario.

—Soy consciente de que muchos hombres lo hacen y que a nosotras solo nos queda el vano consuelo de la resignación, mas yo no puedo conformarme —continuó tras unos segundos, haciendo palpable en su voz la gran lucha que se debatía en su interior—. Me repugna el libertinaje, la lujuria que empuja a los hombres a compartir el lecho con su esposa y, como si eso no fuera suficiente, retozar con cuanta mujer se presente para saciar su vicio. Lo considero indigno, sucio.

Nicholas apretó los puños contra sus muslos al ver como las lágrimas comenzaban a surcar sus suaves mejillas y con cada una de ellas la sentía más y más lejana.

—¿Mas qué nombre darle a su pecado cuando un hombre apenas toca a su esposa y prefiere refugiarse en los brazos de otra? —prosiguió con gran dureza en su voz, sus hombros temblando, tratando de dominar los sollozos que invadían su garganta—. ¿Es mera indiferencia hacia ella? ¿repulsión? o...

Entonces Gabrielle se volteó a mirarle. Pero su expresión no reflejaba ahora la acritud, la aspereza con la que le había lanzado su alegato hacia un momento, sino que eran los ojos de una mujer que lo observaba derruida, destruida, sin esperanza.

—Decidme —alcanzó a susurrar, con el llanto rompiendo su voz—. ¿Tanto la amáis?

Nicholas la miraba atónito, incapaz de emitir sonido alguno. Aún siendo consciente de cuál era el motivo de su frialdad hacia él, jamás pensó que fuera tanto el rencor, el resentimiento y el dolor que la reconcomían, tanto que a él le acababa de golpear el pecho de forma tan poderosa que le helaba la sangre. Fue al verla encaminarse hacia su habitación, huyendo de él, humillada ante su mutismo, cuando reaccionó y corrió tras ella, tomándola



por los hombros, deteniéndola, sabiendo que si no lo hacía, la perdería definitivamente.

—No, Gabrielle —aseveró con firmeza notando como sus brazos se tensaban bajo sus manos—. No sin que antes me hayas escuchado.

Tras un momento, el decaimiento de sus músculos dio la señal a Nicholas para alivianar su agarre, soltándola. Gabrielle se mantuvo en silencio, de espaldas a él, estática.

—Me prendé de ti en el primer instante en que te tuve frente a mis ojos —comenzó a decirle—. Me enamoré del brillo de tu mirada, de tu sonrisa inocente, la delicadeza de tus rasgos, de tu alma cándida. Pero fue la pureza, la calidez de tu corazón lo que hizo que perdiera por completo el control de mis sentidos. Por primera vez en mi vida me supe egoísta, deseando con todas mis fuerzas que tu corazón fuera completamente mío, que latiera por mí, para mí —admitió atormentado—. ¿Mas cómo? Se abría ante mí el camino de la felicidad y la posibilidad de recorrerlo de tu mano. ¿Pero de qué forma enfrentar, emprender un viaje del todo desconocido para mí?

Nicholas se volteó, suspirando pesadamente, en un intento de ordenar las miles de ideas que bombardeaban su mente.

—Nunca había amado a una mujer, Gabrielle —reconoció, asombrando a la joven con tal afirmación—. Me considero un hombre pragmático, de estrategias, planificaciones y pautas dispuestas a priori. ¿Cómo encajar en todo eso algo tan irracional, impredecible e intempestivo como el amor? —se detuvo dubitativo—. Pero lo que más me angustiaba era no saber cómo llegar hasta ti, cómo conseguir la dicha de tu amor —manifestó abatido—. Temí que, al confesarte mis sentimientos, me rechazaras o que me correspondieras guiada por la obligación, condicionada a hacerlo y, el solo pensarlo, me ennegrecía el alma.

Ese pensamiento de nuevo cruzó la mente de Nicholas y volvió a tensar los puños. Aún ahora la simple idea era más dolorosa que antes.

—Decidí entonces darte tiempo, esperar, no hostigarte o comprometerte con el apremio de mis anhelos, ocultándolos de ti para no forzarte a amarme si no era lo que tú deseabas y ansiando el día en que por fin lo hicieras.

Se giró y la tomó por los brazos obligándola a mirarle y acercándola a él casi con brusquedad, sobresaltándola.

—Sí, soy culpable de cautela, indecisión, inseguridad y estupidez, pero jamás de indiferencia o desinterés hacia ti —sentenció con firmeza—. Y no

sé qué maldita burla te ha hecho creer que te he faltado. Es una vil infamia y me enferma, me asquea el solo pensarlo.

Nicholas veía como su serenidad escapaba de su cuerpo con cada una de sus palabras. Cerró los ojos e hizo gala de todo su temple, respirando pausadamente y así sosegándose. Cuando se hubo calmado, volvió a mirarla, soltándola.

—Gabrielle —le dijo ahora con suavidad—. Tú has sido, eres y siempre serás la única mujer en mi vida. Te has convertido en la razón de mi existencia y te amaré hasta el momento en el que exhale mi último aliento —le susurró—. Solo espero que no sea tarde para nosotros, y que si en tu corazón llegó a surgir algún sentimiento hacia mí, no haya muerto irremediablemente.

Nicholas quedó en silencio, con el alma pendiente de un hilo, observándola, intentando descifrar de entre todas las lágrimas que brotaban de sus ojos algún indicio que le anunciara cuál sería su condena. Gabrielle bajó entonces su rostro apartando su mirada de él y con cada uno de sus segundos silenciosos, Nicholas sentía que poco a poco se le escapaba la vida.

—En la infinidad de libros que Claire me ha hecho leer, a menudo trataban el tema del amor —comenzó a hablar finalmente, en un hilo de voz que era casi imperceptible—. Quizás mi ingenuidad me hacía apreciarlo como un sentimiento emocionante, fascinante, pero a la vez desconocido. Nunca había sentido nada igual y soñaba con el día en el que ese sentimiento tocara mi corazón —le confesó—. Mas todavía hoy rememoro sus pasajes y ninguna de sus líneas consigue reflejar o describir algo tan poderoso que pueda elevarme a los cielos y hacerme caer hasta el infierno en un solo instante, o tan abrumador que consiga obnubilar la consciencia de mis sentidos dejando de pertenecerme, algo que acierte a expresar mínimamente lo que tú provocas en mí —susurró vacilante—. Solo sé que es la luz de tus ojos la que ilumina mis días y el embrujo de tu sonrisa el que guía mis sueños, mis noches, que es el sonido de tu voz el que marca el ritmo de los latidos de mi corazón y —suspiró temblorosa—, y que sería capaz de morir por una caricia tuya.

Obedeciendo un impulso, Nicholas entonces alzó su mano y la posó en su mejilla, acariciándola con dulzura, incitándola a mirarle.

—No, Gabrielle —musitó aliviado—. Jamás por algo así, nunca con todo lo que me resta aún por darte.

Y sin esperar a que ella pudiera decir algo más, sin la necesidad de tener que seguir buscando en sus ojos grisáceos lo que ya había escuchado de sus labios, la atrajo hacia él y la besó.

Disfrutar de nuevo de aquella piel suave y tersa llenaba su alma de gozo y, lo que empezó como un beso delicado y lleno de dulzura, pronto se tiñó de pasión. Tanto lo había deseado, tanto lo había soñado que sentir por fin a Gabrielle entre sus brazos con la maravillosa certeza de su amor por él lo cegaba por completo. Necesitaba compensar todos esos besos, todas esas caricias que no le había dado, borrar con sus labios todas esas lágrimas que había derramado de forma absurda por él y mitigar con su calor toda esa soledad que la había acompañado en todo ese tiempo. La sintió estremecerse en su abrazo haciéndole temblar a él, embriagándose de la exquisitez de su boca, sabiendo que jamás conseguiría paliar la sed que tenía de ella. Era tanta...

Gabrielle se separó de él sin aliento, turbada, azorada ante su fervor, pero la mirada azul de Nicholas, oscurecida por el deseo, la hechizó sin remedio. Volvió a atrapar la boca femenina con vehemencia, con urgencia y Gabrielle vio cómo su razón y sus fuerzas huían de ella con la exigencia de sus besos. Rodeó su cuello con sus brazos, hilando entre sus dedos las hebras doradas de su cabello, uniéndose más a él. La entrega de Gabrielle lo estremeció, queriendo sentirla con mayor intensidad y, dejándose llevar por el frenesí que producía en él la dulce ambrosía de sus labios, los acarició con su lengua como una clara invitación, a lo que ella respondió separándolos ligeramente, permitiéndole poseer su boca y saborearla por entero.

Cuando Nicholas abandonó sus labios y le hizo bajar los brazos para dibujar un hilo ardiente de besos sobre la curva de su cuello, Gabrielle dejó escapar un gemido sobresaltado. Nicholas la miró con temor, esperando encontrar en ella alguna señal de rechazo, mas solo halló una mirada incendiada, reflejo del ardor que lentamente se posicionaba en su interior. Sus labios enrojecidos producto de su propia pasión se mostraban entreabiertos, incitantes, alentándolo a besarlos de nuevo, a lo que él obedeció complaciente.

La vorágine de sensaciones que nacía en sus bocas ahora comenzó a invadir sus cuerpos, iniciando el viaje sin retorno a la locura. Nicholas elevó sus manos hacia su nuca y empezó a acariciarla, con tortuosa lentitud, deslizando sus dedos por su cuello, hasta sus hombros mientras su boca se

posicionaba cerca de su oído, sintiendo Gabrielle su respiración cerca de su sien.

—Te amo —le susurró él con voz grave, lanzando miles de escalofríos a lo largo de su espalda, recorriendo ahora con sus labios el camino que segundos antes dibujaran sus dedos, mientras sus manos desprendían de sus hombros el vestido de Gabrielle, que caía hasta sus pies. La prenda interior femenina dejó así la piel de sus brazos y el nacimiento de sus senos a la vista.

Nicholas tomó sus manos y, sin separar sus ojos de los suyos la condujo hasta el lecho, sentándola a su lado, percibiendo en sus mejillas enrojecidas su temor virginal, lo que le daba un aire puro, inocente y encantador. Entonces volvió a besarla con ternura, mostrándose gentil, queriendo mitigar así su nerviosismo y tratando de apaciguar su propio anhelo. Las caricias que Gabrielle comenzó a trazar sobre su piel así se lo demostraron. Con la delicadeza de sus dedos comenzó a dibujar las cicatrices que marcaban su cuerpo, una por una, admirando cada uno de aquellos estigmas como si hubieran sido tallados con un cincel de divinidad y transmitiendo a su cuerpo miles de sacudidas con su tacto sobre ellos.

—¿Y tu herida? —musitó preocupada Gabrielle al posar sus dedos sobre el vendaje que la cubría.

Nicholas le dedicó una sonrisa sugerente y la tendió con delicadeza sobre la cama, recostándose cerca de ella.

—Gabrielle, ni mil heridas podrían impedirme que te haga mía esta noche —susurró sobre sus labios, perdiéndose de nuevo en ellos, hundiendo Gabrielle sus dedos en su cabello y uniéndolo más a ella.

Muy despacio, sin premura, Nicholas empezó a deshacer los lazos delanteros de aquella prenda que ocultaba el cuerpo femenino y poco a poco lo dejó al descubierto completamente. Se separó entonces de sus labios para observar su desnudez, extasiado por su belleza, mientras Gabrielle cerraba los ojos, llena de pudor, avergonzada.

—Mírame, Gabrielle —le pidió con suavidad.

Ella obedeció, reticente para encontrarse entonces con su mirada ardiente y llena de veneración.

—Eres lo más hermoso que he contemplado jamás —murmuró él, acariciando lentamente su boca con la punta de sus dedos.

Nicholas atrapó con sus labios un suspiro que Gabrielle dejaba escapar, turbada, sintiendo cómo los dedos masculinos comenzaban a explorar su piel,

contorneando su figura; su cuello, su clavícula, el valle de sus senos, su cintura, la curva de su cadera... Aquel peregrinar se convirtió en un tormento para ella cuando fueron sus labios los que empezaron a surcar su piel, sintiendo cómo su lengua dejaba ríos de fuego a su paso. Nicholas deslizó entonces su mano hacia uno de sus pechos, acariciándolo, sin que Gabrielle pudiera reprimir un gemido que al poco se transformó en un jadeo incontrolado cuando el calor de su boca sustituyó al tacto de sus dedos. Aquel sonido lo hizo estremecer, le enardecía hacerla vibrar así y cómo respondía ella a sus caricias, cómo hundía sus dedos en su pelo, arqueándose contra él, incitándole a seguir con las atenciones que su boca le ofrecía. Poco quedaba ya de su inocente timidez, que quedaba arrasada por la entrega de una mujer apasionada.

Sin que su boca abandonase su pecho, Nicholas hizo descender de nuevo su mano hacia su cintura, notando cómo la respiración de Gabrielle se entrecortaba con su tacto, alcanzando de nuevo su cadera y bajando hasta sus piernas. Conforme él deslizaba sus dedos hacia la cara interna de sus muslos, Gabrielle sintió cómo un ardor sofocante se instalaba en sus entrañas, que la envolvía cada vez más al ir aproximándose sus dedos a su femineidad y haciéndola estallar en llamas cuando por fin alcanzó su centro. Nicholas no pudo reprimir un gemido al rozar su humedad, al tocar aquella piel tersa y suave que se abría como una flor para él, elevando hasta el límite su propia excitación. Siguió acariciando con sinuoso tormento el brote que se alzaba entre los pliegues de su carne sin dejar de saborear la cima de su pecho que se endurecía cada vez más en su boca con el roce de su lengua, disfrutando del deleite que le producía escuchar los jadeos de Gabrielle y que se reflejaba en su propio cuerpo inflamado, situándole al borde del abismo.

Se separó entonces de ella, colocando sus manos a ambos lados de su cabeza, sofocadas sus respiraciones y sus ojos fijos en los del otro, con sus miradas llenas de la misma pasión y del mismo anhelo, el de pertenecer el uno al otro. Deshaciéndose él de la última prenda que lo cubría, besó los labios de Gabrielle y se posicionó sobre ella. Cierta sombra de temor ensombreció la mirada de Gabrielle y Nicholas acarició su rostro, volviendo a besarla con dulzura, tratando de transmitirle todo el amor que sentía por ella. Cuando notó que su cuerpo se relajaba bajo el suyo, él la miró a los ojos, buscando en ellos una señal que le indicase cuándo continuar y siendo su brillo, lo que de forma silenciosa, lo alentó a continuar.

La hizo suya de la forma más lenta que su propio deseo le permitió, mas no pudo evitar ejercer presión contra la resistencia de su virginidad, rompiendo su barrera. Una pequeña lágrima rodando por su mejilla fue el precio por obsequiarle con su pureza.

—Daría todo lo que soy por ser yo quien padeciese ese dolor —le dijo atormentado, enjugando aquella pequeña gota que escapaba de sus ojos.

—Nicholas —susurró ella con el corazón encogido por la emoción que le provocaban esas palabras. Y él cerró los ojos y dejó caer su rostro sobre el cuello de Gabrielle.

—Mi nombre saliendo de tus labios es música celestial —murmuró él turbado—. Dilo otra vez, te lo ruego.

Gabrielle giró su cara, mirándolo.

—Nicholas —musitó ella cerca de su oído, arrancándole un suspiro, produciendo en él miles de descargas que recorrieron su cuerpo y haciendo que, de forma inconsciente, se moviera dentro de ella.

Fue entonces cuando la primera oleada de placer los envolvió a los dos, emitiendo ambos sendos gemidos al sentir aquel fuego que empezaba a abrasarlos.

Nicholas volvió a mecerse en ella, lentamente, clavando sus ojos en los suyos y Gabrielle le respondió uniendo sus caderas a él, elevando aquel torbellino un poco más. Él fundió sus labios con los de ella mientras sus cuerpos se fusionaban a la perfección con cada uno de sus movimientos, cada uno de sus suspiros apasionados, al mismo compás y en completa armonía, siendo cada vez mayor el cúmulo de sensaciones que se anudaba dentro de ellos. Poco a poco, aquel nudo que los oprimía comenzó a expandirse, penetrando en cada poro, en cada rincón de su ser para volver a contraerse en su interior de forma devastadora, lanzándoles finalmente a un vórtice de éxtasis inconmensurable.

Con los últimos resquicios de placer aún abandonando sus cuerpos, Nicholas la rodeó con sus brazos, estrechándola, descansando su cabeza sobre su pecho mientras ella acariciaba su cabello, ambos con la respiración entrecortada, mas llenos de dicha y de una plenitud abrumadora. Aquella noche, tras una agonizante espera, por fin habían unido sus cuerpos, sus almas y sus corazones formando uno solo y, a partir de ese momento, compartirían el resto de su vida siendo confidentes, esposos y amantes.

—Te amo, Gabrielle —susurró él contra su piel.

—Y yo a ti —respondió ella con un suspiro. Sintió entonces como él se retiraba de ella con lentitud y, rodando sobre su espalda, la colocó a ella sobre su pecho.

—¿Estás bien? —preguntó él con preocupación, rozando con sus dedos el camino que aquella lágrima había recorrido en su mejilla como muestra de su dolor.

—No podría ser más feliz —le aseguró ella levantando su rostro hacia él, sonriente—. ¿Y tú? —quiso saber ella, pasando con delicadeza sus dedos sobre la gasa que cubría su herida—. ¿Te duele?

—Sí, me duele tanto no estar dentro de ti...

—Eres muy atrevido —golpeó ella su brazo con falso reproche, riendo.

—¿Te molesta? —le insinuó con sonrisa traviesa.

—No, es solo que no me lo imaginaba así —se apoyó sobre su pecho.

—Es lo que se da entre un hombre y una mujer que se aman, ¿no? —levantó la barbilla de Gabrielle con su dedo—. Deseo, entrega mutua, completa unión, confianza... —hizo una pausa y Gabrielle se mordió el labio sabiendo lo que vendría después—. Eso me recuerda, esposa mía, que aún debes explicarme de dónde sacaste la absurda idea de que yo te era infiel —le advirtió.

—No, ahora no —respondió ella con una mueca de disconformidad—. Déjame disfrutar de este momento —suspiró dejándose caer de nuevo sobre su cuerpo empezando a trazar con sus dedos las marcas que adornaban su torso.

—Está bien —concordó él—, pero con una condición —le dijo, acariciando con suavidad su largo cabello negro que caía sobre su espalda.

—¿Cuál? —preguntó extrañada.

—Que a mí me dejes disfrutar de ti —le susurró—. Ahora...

Gabrielle rio complacida mientras Nicholas volvía a tumbarla sobre la cama, besándola, poniendo otra vez rumbo hacia aquel nuevo paraíso recién descubierto llamado pasión.

## Capítulo 20

Los primeros rayos de sol le hicieron abrir los ojos. Nicholas notó entonces cómo un ligero peso descansaba sobre su cuerpo y bajó la mirada para encontrarse con el rostro dormido de Gabrielle sobre su pecho. Uno de sus delgados brazos se enroscaba en su cintura, mientras la negra cascada de su cabello cubría su espalda desnuda. Apartó de su delicado rostro un pequeño mechón que caía sobre su mejilla, acariciándola dulcemente. Era como contemplar a la más bella de las diosas, su diosa, su Oona resurgida de las aguas para colmar su vida de felicidad.

En ese instante, sintió cómo el cuerpo de la muchacha se revolvía sobre él, tras lo que abrió los ojos. Por un segundo se mostró desorientada mas, cuando elevó su mirada para encontrarse con la de él, una hermosa sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nicholas —susurró ella risueña ante el maravilloso hallazgo de sus ojos.

—¿Te había dicho ya que el sonido de tu voz diciendo mi nombre es como música que acaricia mi alma? —murmuró él rozando su rostro con dulzura.

—Sí... Nicholas —respiró ella en su boca con mirada insinuante. Los labios de Nicholas acataron obedientes al arrebatado palpitar que dominó su pecho y buscaron los de Gabrielle con urgencia. Y ella no solo se dejó besar



complacida sino que alzó sus manos para hundirlas en su cabello, correspondiendo a ese beso con la misma pasión.

—Vas a conseguir que pierda la razón —le dijo él tratando de recuperar el aliento.

—Entonces será mejor que me aleje de ti —bromeó separándose de él y sentándose en la cama—. Mi conciencia no podría soportar que privase a dos Reinos de su soberano.

Nicholas se incorporó siguiendo el movimiento de Gabrielle, haciéndola caer de espaldas y posicionándose sobre ella.

—¿Y crees que yo te dejaría escapar tan fácilmente? —musitó él con voz grave—. Bendita locura la que me hace amarte así.

Con el corazón estremecido, Gabrielle levantó su rostro recorriendo la distancia que la separaba de los labios de Nicholas. Un suspiro abandonó su pecho ante el inesperado impulso femenino y acarició su mejilla con suavidad, disfrutando del contacto cálido y delicioso que ella le ofrecía.

—Te amo tanto que llega a doler —susurró ella al apartarse de él.

—Es la misma dulce tortura que me consume a mí —le respondió él—. Una necesidad de ti que parece no saciarse jamás.

Nicholas volvió a besarla, lentamente ahora, deleitándose en la suavidad de sus labios, sintiendo bajo su cuerpo la piel vibrante de Gabrielle, desnuda y fresca. Sin embargo, ella enredó sus manos en su nuca y su cabello atrayéndolo más a ella, haciendo más profundo su beso y él accedió a su exquisita exigencia saboreándola con avidez. Nicholas notó entonces cómo la boca de Gabrielle abandonaba la suya, posicionándose cerca de su oído, lanzándole su aliento y provocando en él infinidad de descargas a lo largo de su cuerpo. Comenzó a recorrer de forma tortuosa la curva de su cuello con sus labios, marcando senderos de fuego en su piel, inflamándolo por completo. Era un delicioso tormento sentir sus caricias y lo exaltaba sobremanera que ella lo amara así, sin reservas, dejándose llevar por sus propios deseos. Nicholas no pudo reprimir un gemido cuando ella se acomodó entre sus brazos y enfrentó sus caderas con las suyas, rozando con su movimiento su excitación.

—Gabrielle... —gimió él casi sin aliento.

Ella se apartó un poco de él, sus labios enrojecidos y entreabiertos eran una incitante insinuación, al igual que su mirada incendiada.

—¿Necesitas que te diga que quiero que me hagas tuya? —susurró

irradiando sensualidad.

Aquello desbordó a Nicholas y atrapó sus labios lleno de deseo mientras sus manos empezaban a acariciarla. Su propia piel ardía sintiéndola temblar bajo su tacto. Se detuvo en uno de sus pechos, endureciendo su cúspide entre sus dedos y haciéndola gemir, tal y como él pretendía. Gabrielle, en respuesta, rodeó con sus piernas su cintura apretándose más a él, rozando su intimidad, provocando que ambos perdieran el control sobre sus cuerpos, que ahora se buscaban con desesperación.

Nicholas entró en ella lo más pausadamente que le permitió aquel ardor que lo anegaba por dentro, quería dilatar al máximo ese fuego que amenazaba con consumirlos a los dos con cada uno de sus movimientos. Notó el cuerpo de Gabrielle curvarse hacia él, fundiéndose con él, entregándose a esa pasión que los derretía. La muchacha inocente y cándida quedaba a un lado, dando paso a una mujer ardiente y deseosa de amar y Nicholas gustoso la recibía complaciente y anhelando aquel fervor suyo que lo estremecía. Volvió a besarla sediento de sus labios y sintió como ella se tensaba a su alrededor, sabiendo entonces que su clímax no tardaría en alcanzarla. La acompañó por aquel sendero que prometía conducirlos a los límites de la dicha y pronto el placer esparció su semilla extendiéndose por sus cuerpos, dejándolos sin aliento.

Nicholas se derrumbó sobre el busto de Gabrielle, desfallecido mientras ella lo rodeaba con sus brazos temblorosos.

—Me parece estar tocando el cielo con las manos cada vez que te hago el amor —dijo él contra su pecho cuando hubo calmado su respiración—. Te amo tanto, Gabrielle. Te he amado siempre, creo que hasta incluso antes de conocerte.

—Yo temía que no pudieras amarme —le confesó ella—. Me aterraba una vida sin amor llena de infelicidad.

—Sin embargo esa era mi principal inquietud —alzó su rostro para mirarla—. Cuando me vi en tus ojos supe con certeza que haría cualquier cosa con tal de que fueras feliz, incluso si eso suponía mantenerme lejos de ti —suspiró—. Pero tal parece que fracasé en mi empeño —admitió él entristecido.

Gabrielle comprendió al instante a qué se refería su esposo. Alargó su mano y acarició su rostro con ternura.

—Nada de eso fue culpa tuya —lo miró dulcemente.

—Yo... —vaciló—, necesito que me expliques, Gabrielle.

La joven guardó silencio durante unos segundos tras lo que asintió. Entonces Nicholas se incorporó y se sentó recostando su espalda sobre la cabecera de la cama, posicionando a Gabrielle en su regazo, acunándola sobre su pecho.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —reconoció ella tímidamente—. Ahora que me doy cuenta de todo, me avergüenzo al pensar en lo tonta que fui.

Nicholas sonrió para sus adentros, aquella muchacha entre sus brazos volvía a ser su Gabrielle ingenua e inocente.

—No debes avergonzarte conmigo —le dijo alzando su delicada barbilla para que lo mirara—. Confía en mí —le pidió.

Gabrielle asintió y tomó aire tratando de infundirse valor.

—Todo comenzó esa mañana que me besaste y me invitaste a dar un paseo —empezó a contarle—. Desbordaba felicidad ante la idea de que pudieras amarme, pero la duda seguía instalada en mi corazón. Nos conocíamos tan poco, había pasado tan poco tiempo... Una pequeña espina se clavaba en mi pecho diciéndome que aún no era posible que me correspondieras.

Gabrielle hizo una pausa y Nicholas besó su frente instándola a continuar, pensando que esa misma duda era la que lo había reprimido a él.

—Fue entonces, dirigiéndome a la cocina para ir a preparar la comida para nuestro paseo, que escuché una conversación entre Sybill y Ethel —continuó—. Al principio hablaban de alguien de modo despectivo y pronto me di cuenta de que se referían a mí. Ya había notado en ellas, sobre todo en Sybill, cierto comportamiento descortés hacia mí, pero no le había dado importancia.

—¿Y no las reprendiste? —se tensó él.

—Debería haberlo hecho pero estaba tan sorprendida que no fui capaz de reaccionar. No entendía el porqué de su mala voluntad para conmigo —le respondió—. Y después, Sybill te incluyó en su alegato contra mí.

—¿En qué forma? —quiso saber él frunciendo el ceño.

—Afirmaba que yo... —vaciló—, que yo no era suficiente mujer para ti.

—¿Y tú le creíste? —demandó disgustado.

—¿Por qué no, Nicholas? —se defendió ella—. Yo no poseo una belleza voluptuosa o atrayente para los hombres.

—¿Estás segura de eso? —preguntó irritado—. ¿O es que tengo que recordarte lo que has provocado en mí hace un momento?

—¿Y yo debo recordarte lo que sucedió en nuestra noche de bodas? —argumentó ella y Nicholas suspiró pesadamente.

—Ya te expliqué que...

—Ahora lo sé, Nicholas —lo excusó ella—, mas no aquel día. Y eso no hizo más que acrecentar mis dudas —le confesó.

—¿Y eso fue todo?

—No —negó con la cabeza—. Lo peor vino después, cuando... —se detuvo un instante a tomar aliento—, cuando se jactó de que ella sí era capaz de darte lo que necesitabas, lanzando al aire la insinuación de que era tu amante.

—¡Gabrielle, por todos los Dioses! —exclamó asqueado.

—Si la hubieras escuchado —continuó—. Su seguridad, su suficiencia, hablando con tanta propiedad, como si gozara de legítimo derecho... y tú te mostrabas tan distante. Aquello fue lo que me hundió en la desesperación. No sé cómo conseguí llegar a mi cuarto, a partir de ahí todo se vuelve confuso, se nubla y no recuerdo nada más hasta que desperté dos días después.

—Fueron los días más angustiosos de toda mi vida —la apretó contra su pecho mientras una punzada se le clavaba en su interior al recordar los momentos en que creyó que podía perderla.

—Hoy sé que debería haberte hablado pero no era capaz de enfrentarte, temía que confirmases mis temores y no creía ser capaz de soportarlo —admitió llena de culpabilidad—. Sin embargo, aquella noche te escuché hablarme.

Nicholas la miró confundido.

—Decías algo sobre un cambio en tu vida, algo que yo debía entender —prosiguió ella.

—Tú eras lo que había llegado a mi vida —le aclaró—, para iluminarla con el brillo de tus ojos, de tu sonrisa. Ante la agonía que sentí esos días al poder perderte decidí confesarte mis sentimientos, con la esperanza de que me aceptases o, al menos, me comprendieras.

—Yo no alcanzaba a entender tus palabras pero mi propio anhelo me hizo creer por un momento que tu amor por mí era ese cambio al que te referías.

—Pero tampoco hablaste conmigo entonces —puntualizó pensativo.

—Intenté hacerlo, a la mañana siguiente cuando vine a tu habitación —le explicó—. No obstante...

—¿Qué? —preguntó confundido al detenerse ella, mas, de repente todo quedó claro en su mente—. Gabrielle...

Una terrible duda se hizo presa de él y tomó el rostro de su esposa, mirándola acongojado y tratando de leer en sus ojos alguna señal, alguna sombra que le indicase que ella aún creía aquella atrocidad.

—Gabrielle, te juro que entre esa mujer y yo nunca ha pasado nada —le aseguró rogando porque creyera en sus palabras—. Esa mañana me había quedado dormido y ella me sorprendió cuando iba a ordenar la recámara.

—Claire ya me explicó eso —lo calmó.

—¿Claire?

—Días después —asintió ella—. Sin embargo... —suspiró—. Nicholas, tú no te diste cuenta pero Sybill sí fue consciente de lo comprometida de la situación y del efecto que había causado en mí. A partir de ese momento su comportamiento hacia mí se volvió más irrespetuoso y hacia ti más... sugerente, casi indecoroso —añadió.

—¿Sugerente? —preguntó con hastío—. Era una completa molestia, me disgustaba su presencia.

—Nunca le reclamaste —aseveró ella.

—No pensé que tuviera que darle importancia —se excusó apenado.

—Y en realidad sí la tenía, con ello trataba de acercarse a ti y de provocarme a mí.

—Conmigo no funcionaron sus malas artes —le reiteró.

—Pero conmigo sí, Nicholas —admitió—. Incluso consiguió hacerme dudar de si era a ella a quien le correspondía el derecho de asistirte en tu convalecencia.

—De eso sí me percaté —le dijo, recordando su actitud vacilante cuando él recuperó la consciencia.

Gabrielle lo miró extrañada.

—Justo antes de que me hirieran, Erick me contó que estabas convencida de que tenía amoríos con esa mujer —vistió esa última palabra de sarcasmo—, aunque no sabía ni los motivos ni las circunstancias.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —inquirió ella confusa.

Nicholas respiró hondo y estrechó a Gabrielle contra su pecho.

—Yo también te escuché entre sueños, Gabrielle —admitió—. Y te juro

que tu llanto me partió el alma. Creí morir de dolor cuando insinuaste que te marcharías de mi lado —susurró afligido—. Todo ese rencor, todo ese resentimiento... Me alcanzó con más violencia incluso que esa maldita flecha envenenada. Temí perderte para siempre y supe que no bastaba solo con asegurarte que nada era cierto, eso no sería suficiente, así que traté de acercarme a ti primero —le explicó—. Doy gracias a los Dioses porque se desmoronó ese muro que se interponía entre nosotros.

Gabrielle se separó de él y lo miró a los ojos, suplicante.

—Perdóname, Nicholas —le rogó ella.

—¿Por qué, Gabrielle? —tomó su rostro con dulzura.

—Si me hubiera confiado a ti se hubiera aclarado mucho antes este malentendido.

—Y si yo te hubiera confesado desde el primer momento que te amaba como un loco te habría ahorrado todo este sufrimiento —le rebatió torturado—. Además, no creo que a esto se le pueda llamar malentendido, más bien es un acto malintencionado y al que muy pronto voy a poner remedio —añadió separándose de ella y bajando de la cama, tomando su pantalón.

—¿Qué vas a hacer? —se alarmó ella.

—¿Pretendes que deje el asunto correr? —le reprochó—. Esa mujer pagará cada una de las lágrimas que has derramado, cada humillación, cada segundo que permaneciste inconsciente, siendo tu cuerpo incapaz de sobrellevar el calvario que causó en ti su veneno —sentenció—. Cuando pienso en las veces que estuve a un paso de perderte, me invade el deseo de castigarla con mis propias manos —añadió apretando contra sus muslos los puños, lleno de rabia.

—¡No! —exclamó ella.

—Gabrielle, jamás sería capaz de golpear a una mujer —la tranquilizó—, pero entenderás que debo tomar cartas en el asunto, los dos, de hecho.

—Para mí es suficiente con que se vaya de aquí —aseveró ella mientras tomaba su enagua y colocaba la larga prenda sobre su cuerpo.

—Pero Gabrielle...

—No quiero que nada perturbe esta felicidad que siento —se acercó a su esposo—. Además, suficiente castigo es el no haber conseguido nada de ti.

Nicholas resopló contrariado.

—Merece unos cuantos latigazos —masculló él por lo bajo.

—¿Y crees que eso borraré de mí lo que hizo? —inquirió ella tomando el rostro de su esposo.

—¿Qué lo borraré entonces? —se mostró preocupado.

—Tú, con tus besos y tus caricias —le dijo rodeando su cuello con sus finos brazos—. Con tu amor.

—Es todo tuyo, Gabrielle —susurró abrazándola—. Te pertenezco por entero.

Y lo mismo que le aseguraba con palabras se lo demostró besándola apasionadamente, como si le fuera la vida en ello.

—No necesito nada más —musitó ella sobre sus labios—. Por favor...

El sonido de nudillos en la puerta captó su atención.

—Adelante —concedió Nicholas, sin separarse de su esposa.

La alegre expresión de Erin al entrar en la recámara se turbó al ver la escena.

—Disculpadme la intromisión —se inclinó ella, bajando el rostro avergonzada.

—Buenos días —la saludó Gabrielle con amabilidad.

—No te apures, Erin —la tranquilizó Nicholas.

—Me alegro mucho de que hayáis recuperado las fuerzas para levantaros —declaró la doncella con una sonrisa.

Gabrielle se soltó de su esposo y se dirigió a ella con mirada de complicidad.

—Veremos que opina el Rey Trystan por su desobediencia —le dijo por lo bajo, con falso disimulo—. ¿Entre reyes están permitidos los azotes?

Gabrielle se echó a reír y Erin no pudo evitar acompañarla.

—No olvidéis que estoy aquí, mi señora —bromeó el aludido tomando el brazo de Gabrielle y estirando hacia él—. Me encuentro perfectamente —aseveró rodeando su cintura—. ¿O necesitas otra demostración? —susurró quedamente en su oído para que la doncella no le escuchara.

Erin los miraba con una gran sonrisa en sus labios, parecía que los problemas por los que la pareja pareciera estar atravesando habían quedado a un lado, su actitud cariñosa bien lo revelaba.

—¿Debo entender entonces que desayunareis en el comedor con vuestra familia? —aventuró la doncella.

—En efecto —le confirmó Nicholas—. Pero antes, necesito que me

hagas un favor...

Cuando Erin le comunicó a Sybill que el Rey reclamaba su presencia en su recámara, sintió que no todo estaba perdido tal y como ella había imaginado. Ante la negativa de Nicholas de que ella se encargara de sus cuidados creyó que aquella mujercita insulsa la había desplazado del camino, pero, al parecer, se equivocaba. No deberían haber sido muy satisfactorias las atenciones que le había procurado si ahora la hacía llamar y, además, el hecho de que Erin le hubiera asegurado que la Reina aún dormía aumentaba aún más sus expectativas. Sin duda, al Rey no le habrían pasado desapercibidos sus encantos y lo solícita que se mostraba ella por complacerle; él era un hombre muy apetecible y a ella no iba a suponerle ningún esfuerzo el cumplir todos sus deseos.

Llamó a la puerta despacio.

—Pasa, Sybill —le respondió Nicholas. Ella sonrió satisfecha, la estaba esperando...

Con la sonrisa aún esbozada en sus labios entró. La sorprendió gratamente verlo levantado y repuesto. Lo recorrió con la mirada con destellos lascivos emanando de sus ojos, solo llevaba puestos unos pantalones y el vendaje no alcanzaba a cubrir su torso bien formado y sus músculos tensos. Se alegró de que su esposa lo hubiera estado alimentando bien, lo había dejado preparado para ella.

—Buenos días, Majestad —le saludó ella cerrando la puerta.

—Buenos días —respondió él sonriéndole de modo sugerente.

—¿Me necesitabais? —preguntó ella con cierto toque lujurioso pincelando su voz.

—Acércate —le indicó él con suavidad.

Sybill obedeció complacida, caminando hacia él, contorneando sus caderas de modo sensual, exhibiéndose.

—Detente —le señaló alzando su mano cuando estuvo en el centro de la recámara.

Entonces se acercó a ella mostrando gran interés y comenzó a girar alrededor de ella, observándola, estudiándola. Sybill sonrió llena de gozo. Ese hombre conseguía hacerla estremecer con solo su mirada, tratando de desnudarla con los ojos. Se mordió el labio ante la idea de que fueran sus manos las que la recorrieran... El solo imaginarlo ya le resultaba placentero.

Nicholas siguió mirándola, pero se alejó de ella, dirigiéndose al fondo



de la habitación, sin apartar su vista de ella, como si quisiera contemplarla desde lejos.

—¿Sabes por qué te he hecho llamar? —cuestionó él con una clara insinuación.

—Puedo suponerlo, Majestad —respondió ella con tono seductor, posando sus manos en sus caderas de forma provocativa.

De repente, la pequeña puerta que separaba ambas recámaras se abrió y Gabrielle irrumpió en el cuarto, llevando en sus brazos un precioso vestido dorado con filigranas en plata.

—Lo encontré —exclamó alegremente mientras se acercaba a él.

—Déjame ver —dijo tomando la prenda y posicionándola sobre ella—. Ves, sé que lucirás espléndida con él, vida mía.

—Y yo sé cuál de tus túnicas escogeré para ti —aseguró ella mirándolo de forma traviesa.

—¿Qué tal si me negara a llevarla? —bromeó él arrojando el vestido de forma descuidada sobre la cama—. ¿Qué harías? —susurró envolviendo la cintura de Gabrielle con sus brazos, aproximándola a él.

—Podría obligarte —le sonrió ella—. Ponértela yo misma.

—Y si accediera, ¿me privarías del placer del tacto de tus manos acomodando esa prenda sobre mi cuerpo? —musitó sobre sus labios.

—Si es lo que deseas —respondió justo antes de que la boca de Nicholas cubriera la suya para besarla con pasión. Gabrielle rodeó su cuello con sus brazos y se unió más a él mientras Nicholas hundía sus dedos en su cuerpo por encima del blanco tejido de su enagua, al tiempo que devoraba sus labios con afán.

—Amor mío, no estamos solos —puntualizó Gabrielle con falso reproche, separándose un poco de él.

—Tienes razón —suspiró con resignación—. Creo que antes debería explicarle por qué está aquí —agregó volteándose hacia Sybill.

La doncella se hallaba estupefacta con lo que acababa de presenciar. Tenía el rostro desencajado, rojo de ira y cólera, y apretaba tanto los puños contra su vestido que sus blancos nudillos llegaban a temblar.

Nicholas lanzó una sonora carcajada viéndola en tal estado mientras colocaba a Gabrielle frente a él, haciendo que apoyara la espalda contra su pecho y rodeándola con sus brazos.

—Creo que, en realidad, no sabes por qué te he hecho llamar —se mofó

de ella—. Es que, verás, me asalta una duda y tú eres la única que puede disiparla —agregó—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó en vista de su silencio con expresión seria ahora.

—Sí, Majestad —respondió con voz trémula a causa de la rabia contenida.

—Tengo entendido que eres de la opinión de que mi esposa no es la mujer más apropiada para mí —espetó sin rodeos.

El rostro enrojecido de Sybill palideció al instante al verse descubierta, como si toda su sangre hubiera abandonado tu cuerpo y el pavor fue quien sustituyó a la furia.

—¿Quién lo sería? —continuó Nicholas con la dureza esculpida en sus facciones—. ¿Crees que una ramera como tú? —escupió con desprecio.

Sybill seguía sin habla, incapaz de articular palabra alguna. Entonces Nicholas soltó a Gabrielle y se dirigió a ella, tomándola por el brazo con brusquedad y ella bajó su rostro llena de temor.

—Mírala —le ordenó—. ¡Te he dicho que la mires! —gritó sobresaltándola, obligándola a mirar a Gabrielle—. ¿Acaso una zorra como tú osa a compararse con el ser más maravilloso y extraordinario que hay sobre la faz de la Tierra? —inquirió con mirada acusadora—. ¿Acaso tu aspecto vulgar y soez podrían equipararse a una belleza sin parangón como la suya? ¿Cómo te atreves?

Nicholas la soltó violentamente, sacudiéndola y ella se restregó el brazo adolorido por la rudeza de su agarre.

—Y ni siquiera eres capaz de mostrar arrepentimiento alguno —la miró por encima del hombro—. ¿Debería yo mostrar alguna clemencia hacia ti?

El temor se instaló en el rostro de la doncella, acompañado de los peores presagios.

—Os lo ruego, Majestad —lloriqueó lastimera temiendo sus represalias acercándose a él, quien le giró el rostro. Sybill entonces caminó hacia Gabrielle con gesto compungido, tratando de apelar a su candidez.

—¡Ni se te ocurra acercarte siquiera! —tiró Nicholas de ella, alejándola de Gabrielle, que la miraba con frialdad—. Eres más infame y rastrera de lo que yo creía y siento que no seas hombre para poder castigarte yo mismo —le increpó lleno de odio.

Sybill se llevó las manos a la boca en la que se dibujaba una mueca horrorizada.

—Sabe que deseo con fervor cruzar tu espalda a latigazos hasta que se desgarre tu carne —la amenazó—. Agradécele a la Reina que me haya persuadido con su benevolencia para te permita irte sin más —agregó dándole la espalda, mas al momento se volteo de nuevo. —¡No te escuché! —farfulló entre dientes desafiante.

—Gracias, Majestad —se inclinó con temor en una profunda reverencia ante una Gabrielle impávida.

Nicholas chasqueó la lengua riendo con desgana.

—No vale la pena ni el esfuerzo de las palabras —sentenció asqueado—. Vete de aquí —le ordenó abriéndole la puerta—. No vuelvas jamás a este Reino y dile a Ethel que te acompañe. No quiero en este castillo a quien no es capaz de respetar a su soberana.

Sybill bajó la cabeza y se apresuró a salir de la recámara, mientras Nicholas cerraba la puerta tras ella. Después se aproximó a Gabrielle ofreciéndole su mano para atraerla hacia su pecho.

—¿Estás bien? —le preguntó estrechándola, depositando un beso en su cabello.

—Sí —asintió ella—. Me alegro de que haya acabado.

—Yo también —concordó él acariciando su espalda, infundiéndole sosiego, reconfortándola.

—Por cierto...

—¿Sí? —quiso saber él.

—Hace un momento me llamaste *vida mía* —señaló ella con sonrisa pícara.

—Puedo seguir dirigiéndome a ti como *mi señora* y hablándote de *vos* si lo prefieres —se rio él.

—Tendría que pensarlo —bromeó ella.

—¿Y qué me dices de ti? —indagó él—. ¿Escuché mal cuando me dijiste *amor mío* ?

—Eso fue producto del momento —se excusó ella con tono juguetón—. Me dejé llevar por la improvisación.

—¿También improvisaste cuando me propusiste vestirme tú misma? —preguntó divertido.

—Eso lo dejo a tu elección —le dijo ella insinuante mientras acariciaba su nuca.

—Estoy empezando a creer que eres una hechicera —susurró él

inclinándose sobre ella—. Me tienes a tu merced bajo tu embrujo.

—¿Eso significa que cumplirás mis deseos? —sugirió ella con una risita.

—Incluso antes de que lo pronuncien tus labios —le aseguró acercándose cada vez más a ella.

—¿Entonces sabes lo que deseo ahora? —musitó Gabrielle entrecerrando sus ojos, sintiendo el aliento embriagador de Nicholas mezclándose con el suyo.

Nicholas no respondió, su boca lo hizo por él, atrapando la de Gabrielle y cumpliendo así con el anhelo de ambos.

§ ~ \* ~ §

—Erin, ¿estás segura de eso? —volvió a cuestionar Jordan, caminando en círculos por la cocina.

—¿Quieres que te lo repita de nuevo? —respondió divertida la doncella que se hallaba sentada en el regazo de Nigel.

—¿Acaso te disgusta esa deferencia por parte del Rey? —se extrañó el Capitán.

—No —se apresuró a negar—. Es solo que no creo merecerla.

—Amigo mío, yo sí lo creo y, lo que es más importante, así lo cree Su Majestad —puntualizó Nigel.

—Pero yo solo me he limitado a cumplir con mi deber desde que llegué aquí —alegó Jordan.

—Sí, por eso decidiste encargarte personalmente de la yegua de la Princesa Agatha o te apresuraste a ir en su búsqueda cuando aquella terrible tormenta la sorprendió cuando cabalgaba —agregó el joven con declarada segunda intención—. Aunque mi parte preferida fue cuando ahuyentaste a aquel zángano refinado sangre azul de un puntapié en el trasero.

—¡Nigel! —le palmeó Erin en el brazo.

—Con todos mis respetos hacia el Duque Hrodgar, por descontado —añadió divertido.

—¿Qué estás insinuando? —lo miró Jordan de modo inquisitivo.

—Nada, es el burlón Dios Kivhe que me confunde —se defendió Nigel regodeándose—. Aunque, es posible que estés exagerando.

—¿Exagerando? Desde hoy compartiré su mesa cada día y abandonaré

el Cuartel de Guardias, pasando a ocupar uno de los aposentos de este castillo, como si *fuera* uno de ellos —le rebatió con cierto nerviosismo—. ¿Qué más resta a partir de esto?

—Que llegues a *ser* uno de ellos —apostilló con firmeza—. Algo que estoy seguro se dará con el tiempo.

—No digas sandeces...

—¿Vas a tratar de negarlo de nuevo? —se rio Nigel.

—¿En qué maldito segundo bajé la guardia y dejé de ser cauteloso? —masculló entre dientes con resignación.

—Alguien tan experimentado como tú debería saber que las “artes militares” están en completo desacuerdo con los designios del corazón —se mofó Nigel—. Además, no hay más que verte cuando la miras.

—Cállate, Nigel —exclamó contrariado.

—Y del mismo modo te mira ella a ti —agregó Erin por lo bajo mientras se ponía en pie y se dirigía a los fogones—. No imaginarías quién está disponiendo tu recámara en estos momentos.

—Sybill y Ethel se encargaban de eso —razonó Jordan cuando salió de su asombro—, y al haberlas expulsado...

—Y no hay más doncellas en este vasto castillo, ¿verdad? —le cortó Erin.

—Dejadlo de una vez —les advirtió—. Ambos sabéis que no es posible —dijo con expresión torturada, apoyando sus manos en el respaldo de una silla, cabizbajo.

—Quizás ya no esté en tu mano el evitarlo —le palmeó Nigel amistosamente.

—Erin, ¿sabes dónde...? —irrumpió Agatha en la cocina, que se detuvo sorprendida al ver a los dos jóvenes.

—Buenos días, Alteza —la saludaron ambos rápidamente.

—Buenos días —les respondió ella con amabilidad.

—¿Necesitáis ayuda, Alteza? —se ofreció Erin—. ¿Sus Majestades ya bajaron de sus habitaciones?

—No, Erin —la tranquilizó ella gesticulando con sus manos—. De hecho, te estaba buscando a ti —afirmó señalando a Jordan.

—¿En qué puedo servirlos, Alteza? —se tensó él, inquieto.

—Relájate —le sonrió ella—. Solo quería aprovechar para enseñarte tu recámara.

—Yo... —titubeó él—. No deberíais molestaros.

—¿Me acompañas? —insistió haciendo caso omiso a su queja.

—Por favor, después de vos —le indicó con la mano.

Antes de abandonar la cocina, Jordan tuvo que soportar la sonrisa pícaro de Erin y Nigel, a lo que respondió con mirada furibunda. Después aceleró su caminar y se situó un paso por detrás de Agatha.

—No te quedes atrás —señaló ella—. Pareces un sirviente.

—Pensaba que se me consideraba como tal...

Agatha se detuvo en seco y se giró a mirarlo.

—La única culpable de eso soy yo —bajó la cabeza—. Te pido perdón por ello.

—No tenéis por qué, Alteza —le aseguró, colocándose a su lado.

Agatha elevó sus ojos y se encontró con la mirada oscura de Jordan. Aquella cercanía suya la aturdió al igual que su perfume varonil y él... él moría por estrecharla entre sus brazos.

—Sigamos —desvió ella la vista, turbada.

Continuaron caminando en silencio uno cerca del otro durante unos momentos hasta que se adentraron en uno de los pasillos.

—Creí que nos dirigíamos al torreón de invitados —puntualizó Jordan al percatarse de que corredor tomaban.

—No, en este torreón están las recámaras más luminosas y espaciosas y en ellas suelen alojarse los más allegados, nuestra familia. De hecho, tus aposentos están junto a los míos —se detuvo frente a una de las puertas—. Espero que sea de tu agrado —le dijo abriéndola e instándole a entrar.

Las palabras “luminoso” y “espacioso” no alcanzaban a expresar el esplendor de aquella habitación. Jordan caminó por aquel espacio bañado por la cálida luz del sol con paso vacilante, admirando cada uno de los elementos que la vestían, dándole un aire muy masculino, como si hubieran sido escogidos con gran dedicación, expresamente para él. Se preguntaba cómo en tan poco tiempo Agatha había conseguido disponer esa habitación con tan buen gusto y sin que faltase ningún detalle.

—Mandé a traer tus cosas —se defendió ella cuando vio que el muchacho posaba con asombro la mirada en su baúl.

Jordan guardó silencio durante unos segundos, sobrecogido.

—Lo siento si te he importunado —se disculpó Agatha ante su mutismo.

—No —negó con premura—. Es solo que... —dudó—. Esto es demasiado para alguien como yo.

—No es lo que opina mi hermano —se encogió ella de hombros.

—Vuestro hermano se confunde —sacudió él la cabeza.

—Entonces todos aquí nos confundimos porque compartimos su opinión —aseveró ella.

—¿Vos también? —quiso saber.

Agatha asintió.

—Creo tratáis de hallar en mí alguien que no existe —se lamentó.

—Y yo creo que eres demasiado humilde —objetó ella.

—¿Humilde? —lanzó una carcajada mordaz—. No, Alteza, no es humildad sino la pura realidad. No soy más que un simple guardia.

—Deja de decir eso —exclamó atormentada.

—¿Queréis que niegue mi identidad, Alteza? —se mofó él dándole la espalda—. ¡Eso es lo que soy!

—¡Eso no es cierto, Jordan! —le gritó ella—. ¡Tú lo eres todo!

Jordan volvió a mirarla completamente desconcertado. Ni siquiera se atrevía a repetir en su mente lo que acababa de escuchar, no era posible, ella debía haber confundido las palabras. Mas los ojos de Agatha eran claros. No había ni un solo atisbo de consternación o arrepentimiento por su afirmación, al contrario, lo miraban anhelantes, ansiosos de ver en él alguna señal de respuesta. Jordan se acercó muy despacio a ella, a pesar de ser consciente de que obraba mal y es que, llegados a ese punto, él mismo también necesitaba saber. Fundió su mirada con la suya, sin dejar de aproximarse hasta detenerse justo frente a ella, que seguía sus movimientos con expectación, su respiración entrecortada era buena prueba de ello. Entonces Jordan, guiado por un impulso, alzó una de sus manos y la dirigió hacia su mejilla, lentamente, conteniendo el aliento y, a punto estaba de tocar su suave piel cuando un destello de sensatez lo asaltó, deteniéndolo. Suspiró sonoramente, contrariado y, había comenzado ya a retirar su mano cuando Agatha la tomó entre las suyas y ella misma la llevó hacia su propia mejilla.

—¿Aún no lo comprendes? —lo miró con ojos vidriosos que cerró repentinamente, para abrirlos un latido después—. Bésame —le susurró.

—Agatha —murmuró casi sin aliento.

No hacía mucho tiempo que se había jactado de eso mismo, de que Agatha le pediría que la besara, pero nunca había imaginado que él mismo

rogaría por un beso suyo. Por primera vez, obedeció a los instintos que tantas veces había tratado de refrenar y que en ese momento lo desbordaban por completo. Llevó su mano hasta su nuca, rodeando con la otra su cintura mientras la atraía hasta sus labios y tembló al poder saborear al fin aquel dulzor con el que había soñado, poseer esa boca como lo había deseado tantas veces y deleitarse con el calor de ese cuerpo que se estremecía con su tacto. Su boca exquisita lo besaba con fervor, sus labios parecían arder bajo los de Jordan y sus dedos se clavaban en su pecho, queriendo fundirse con él. El mismo deseo incontrolable la embargaba a ella, al igual que la misma falta de cordura.

—No —se separó Jordan de ella sin apenas aliento—. Esto es una locura.

Agatha se apretó contra su pecho, hundiendo su rostro en la curva de su cuello.

—¿Acaso puedes tú luchar contra ella? —susurró sobre su piel haciéndolo estremecer—, porque yo no —tomó su rostro obligándolo a mirarla, incendiándolo con ojos llenos de anhelo.

Jordan supo entonces que estaba perdido, que cualquier intento por alejarse de ella sería en vano. Volvió a atrapar su boca y la devoró con afán, aprisionándola entre sus manos y su cuerpo, queriéndola sentir por entero mientras Agatha alzaba sus brazos, mezclando sus dedos con su pelo negro, rendida sin remisión al calor de su piel y de su aliento. Dominado por la pasión, Jordan acarició sus labios con su lengua como demanda y ella lo recibió gustosamente, lanzando ambos sendos gemidos ante la gloriosa sensación. Agatha arqueó su cuerpo contra el suyo uniéndose más a él y Jordan creyó arder de deseo.

—Agatha —alcanzó a susurrar apartándose un poco de ella—. Haces que pierda la cabeza... voy a enloquecer.

—¿Y no es lo que quieres? —respiró sobre su boca.

—Sí... no... —titubeó él—. No me refiero a eso.

—¿Es que tú no me...?

Jordan posó sus dedos sobre sus labios, callándola.

—Por supuesto que te amo —le aclaró él.

—¿Entonces? —quiso saber ella.

—Me siento como un ladrón robando tu cariño, tus besos —se lamentó él.



—No estás tomando nada que yo no te haya ofrecido —lo contradijo.

—Sí, pero bien sabes que no es correcto.

—Mi hermano hoy por hoy ya te tiene en gran estima —le recordó.

—Pero no creo que sea la suficiente como para aceptar algo entre nosotros —le hizo una mueca de disgusto.

—¿Y piensas renunciar antes de empezar a luchar? —inquirió ella molesta.

—Por supuesto que no —se apresuró a negar—. Pero debemos ser precavidos por lo pronto —le dijo—. ¿De acuerdo?

—Está bien —asintió Agatha.

—Será mejor que bajemos —le indicó Jordan.

—Sí, pero antes...

Agatha rodeó su cuello con sus brazos y se fundió con sus labios y Jordan no habría podido evitar corresponderle aunque lo hubiera intentado. No bromeaba al afirmar que le haría enloquecer; esa mujer deliciosa le nublababa el raciocinio, le robaba el sentido común. Iba a ser muy difícil mantenerse alejado de ella y mostrarse indiferente en presencia de los demás.

Cuando llegaron al comedor, guardando una distancia prudencial entre ellos, Nicholas y Gabrielle ya estaban allí, en compañía del resto de sus familiares.

—Debería revisarte esa herida igualmente —le decía Trystan a su sobrino.

—Gabrielle acaba de hacerlo y yo me siento perfectamente —insistió Nicholas.

—Eso se nota, primo —le susurró por lo bajo Erick, bromeando—. Todos tus poros destilan felicidad.

—Entrometido —masculló Nicholas riendo.

—Jordan —exclamó Gabrielle en cuanto vio al muchacho, saludándolo con entusiasmo.

El joven le sonrió como respuesta, aunque después desvió la mirada hacia Nicholas.

—Majestad, me alegró mucho de vuestra mejoría —caminó hacia él—. Y no sé cómo agradecerlos que...

—Eso no entra en discusión —lo silenció alzando su mano—. Yo también te debo el haber ayudado a salvar mi vida, entre otras cosas.

—Majestad, eso forma parte de mi deber —quiso rebatirle.

—Yo no lo considero así, pero si eso te hace aceptarlo, digamos que es una retribución por tus servicios —insistió—. Aunque, para mí, habiendo estado a un paso de la muerte, es solo un intento de tener a mis amigos cerca.

Todos miraron a Jordan con aprobación, así que asintió.

—Entonces, a la mesa —le palmeó Erick la espalda—. Erin no tarda en servir el desayuno.

Aunque no fue Erin la que acudió al comedor, sino Ivette y con expresión disgustada.

—¿Sucedo algo? —se interesó Nicholas al verla así.

—Majestad, acaba de llegar el Duque Hrodgar de Bogen...

—Buenos días —irrumpió en la sala apartando a Ivette de modo desdeñoso y haciendo una reverencia—. Espero no ser inoportuno.

## Capítulo 21

—Duque Hrodgar de Bogen —se levantó Nicholas de su silla saludándolo—. ¿A qué debemos el honor de tu presencia? —añadió con un toque de ironía y tratando de ocultar su disgusto por la non grata sorpresa.

—Majestad —hizo una profunda y exagerada reverencia—. Quise aprovechar la invitación que muy amablemente vuestra hermana me hizo antes de marcharme de vuestro Reino, cuando asistí a vuestro magnífico enlace matrimonial.

Agatha palideció al instante mientras miraba de reojo a Jordan. Había olvidado por completo aquel episodio con el Duque, y precisamente cuando en su corazón albergaba la felicidad inmensa que otorgan los sueños cumplidos, ese hombre venía a ensombrecerla con su inconveniente aparición.

—Cuando partí de aquí, viajé hasta el Reino de Shyt donde debía resolver ciertos asuntos —les explicó Hrodgar—, y de regreso ahora hacia Bogen, he decidido hacer un paro en el camino.

—Una parada que os desvía varias decenas de millas —susurró Erick por lo bajo.

—Cualquier distancia es ínfima si se trata de volver a contemplar la extraordinaria belleza de la Princesa Agatha —contestó Hrodgar con tono mordaz a su comentario.

—Me alagáis, Excelencia —respondió ella simulando complacencia ante sus palabras. Hrodgar inclinó su cabeza sonriente.

—Debes estar cansado tras una travesía tan larga —aventuró Nicholas—. ¿Has desayunado ya?

—Ciertamente, no —admitió.

—Entonces, siéntate —le indicó con la mano un lugar frente a Jordan, quien se hallaba al lado de Agatha—. Acompáñanos.

—Os lo agradezco, Majestad —dijo ocupando su puesto, lanzándole una mirada llena de desprecio al guardia—. Veo que han habido muchos cambios en este tiempo —puntualizó Hrodgar sin apartar sus ojos lacerantes de Jordan. Agatha, con su mano oculta bajo la mesa apretó con disimulo la del joven, que ahogó los deseos de hacerle apartar su vista de él con un puñetazo en su refinado mentón.

—No entiendo a qué te refieres —apostilló malicioso Nicholas, sin querer darse por enterado.

—A la cantidad de guardias que he visto apostados en las murallas del castillo —se apresuró a responder, obviando el tema en cuestión.

—Eso se debe a un desafortunado episodio que hemos vivido recientemente —le anunció Erick.

—¿Puedo saber qué sucedió? —quiso saber lleno de curiosidad.

—Sufrí un pequeño atentado que, como puedes observar, no tuvo grandes consecuencias —le informó, sin querer declarar demasiado.

—Pues nadie mantendría que haya sido de tan insignificante calibre —le rebatió él—. Conforme me atravesaba las murallas tenía la sensación de estar penetrando en una fortaleza infranqueable.

—Cualquier precaución es poca —espetó Jordan quien recibió otra mirada altiva por parte del Duque.

—¿Y cuánto tiempo piensas permanecer con nosotros? —cambió de tema Nicholas tratando, sin apenas conseguirlo, de mostrarse amable.

—Quizás abuso de vuestra hospitalidad si os dijera que deseo quedarme todo el tiempo que sea posible —reconoció—. Pero la duración de mi estancia aquí lo dejo en las delicadas manos de Su Alteza —añadió dedicándole a Agatha un sonrisa deslumbrante, que habría azorado a cualquier muchacha, mas no a ella que maldecía para sus adentros por la inoportuna visita del Duque.

—Por lo pronto, ordenaré que os preparen una habitación —dijo

Agatha, aprovechando que Erin llegaba al comedor para servir—. Erin, que alisten una de las recámaras del torreón de invitados —le pidió a la doncella.

—Sí, Alteza —asintió ella.

—Es una lástima que hayas decidido visitarnos precisamente ahora —comentó Nicholas—. Mi hermana no podrá mostrarte las maravillas de este Reino.

—No os entiendo, Majestad —se extrañó Hrodgar.

—Desde que atentaron contra mi hermano tratamos de no salir de las murallas del castillo —le aclaró Agatha.

—¿Habéis decretado el estado de sitio? —preguntó con asombro.

—Es una simple medida cautelar —agregó Nicholas restándole importancia—. En cualquier caso, no creo que mi agresor tenga nada contra ti así que eso no implica que tú no puedas hacerlo cuando gustes, siempre bajo tu responsabilidad, claro —agregó.

—Sí, es algo lamentable, pero no me cabe duda de que, a pesar de eso, mi estancia aquí será más que satisfactoria, siempre y cuando cuente con la compañía de la Princesa —admitió Hrodgar mientras miraba a Agatha insinuante.

—Majestad, he de retirarme —anunció Jordan de súbito levantándose de la mesa, bajo la mirada sorprendida de los asistentes—. Debo atender cierto asunto que no puede esperar —se excusó.

—De acuerdo —asintió finalmente Nicholas—. Cuando te desocupes me gustaría que vinieras a mi escritorio. Quiero terminar de concretar aquel asunto de las recaudaciones.

—Por supuesto, Majestad —se inclinó—. Con permiso.

Y sin más dilación, abandonó la estancia.

—Admirable —murmuró Hrodgar maravillado.

—¿Cuál es la razón por la que os mostráis tan asombrado? —lo miró Erick con recelo.

—Disculpadme, Alteza, si me inmiscuyo en asuntos que no me conciernen pero, en mi anterior visita, creí que ese muchacho afirmaba que era un simple guardia, y ahora no solo se sienta en vuestra mesa sino que se tratan con él temas de estado —apuntó Hrodgar molesto, sin poder contener más su disgusto al observar la cordialidad y la familiaridad con la que se trataba a aquel burdo plebeyo que había osado a ridiculizarlo frente a todos. Agatha no pudo evitar tensarse ante su despectivo alegato.

—Como bien has dicho antes —se sonrió Nicholas al comprobar que la incomodidad del Duque era mayor que su discreción—, han habido muchos cambios.

§ ~ \* ~ §

Jordan caminó rápidamente hacia la que desde ese día era su nueva habitación y se apresuró a entrar. De nuevo se sobrecogió al contemplarla, a la luz de las velas la estancia seguía siendo magnífica. Se quitó la camisa dejándola en la butaca y se tumbó pesadamente sobre la cama mientras se pellizcaba el puente de la nariz. Demasiado para un solo día. Primero que le invitaran a compartir la mesa de los señores y lo trasladaran a esa habitación y luego...

Giró la vista hacia el centro de la recámara y rememoró en su mente lo que había sucedido esa mañana en aquel preciso lugar, haciendo que su cuerpo volviera a estremecerse con el simple pensamiento. Lo había deseado tantas veces... las mismas que había tratado de sacarlo de su cabeza y de su corazón. Sin embargo, por más que intentaba convencerse a sí mismo de que aquello estaba lejos de estar permitido, no pudo reprimir por más tiempo todo lo que se agolpaba en su interior y menos después de oír aquellas palabras, “*Tú lo eres todo...*” Quizás la última brizna de cordura que quedaba en él le habría hecho apartarse de ella si hubiera visto en sus ojos cualquier atisbo de duda, pero esos labios sugerentes ardían deseosos por ser besados, al igual que él moría por hacerlo. Lo que nunca, ni en sus sueños más osados había imaginado era una respuesta tan apasionada por parte de Agatha, cosa que, lejos de incomodarle, lo atraía más hacia ella. Lo había besado con el mismo incontrolable frenesí que lo había dominado a él, sin reservas ni tapujos. Volvió a sentir escalofríos al recordar sus labios exigentes y sus manos cálidas aferradas a él, mas una sombra acechante pronto lo sacó de su ensoñación.

—¡Maldito Duque! —masculló para sus adentros.

Había tenido que llegar justo en ese momento para derrumbarlo todo de un solo plumazo, volatilizándolo su ilusión como si fuera una efímera burbuja, simplemente con su petulante presencia y su pomposa y casi ridícula grandilocuencia.

Jordan se sentó en la cama apoyando la cabeza en sus manos. Era

absurdo engañarse. Él era un hombre pragmático, con los pies en el suelo, pero sin duda alguna, que aquel pretencioso hubiera vuelto justo ese día le pareció una señal de los Dioses muy difícil de obviar. Le mostraban con claridad que él no era el tipo de hombre que Agatha merecía y que jamás podría serlo.

Un ruido en el corredor lo sobresaltó y se puso en pie, expectante. Sin tener tiempo apenas para reaccionar, vio a Agatha entrar a hurtadillas a la recámara y cerrar la puerta tras ella.

—Agatha...

Mas ya no pudo añadir nada más. Agatha corrió hacia él, lanzándose contra su pecho y estrellando sus labios contra los suyos, besándolo con fervor. Turbado por un instante, la estrechó contra su cuerpo, apretando sus manos contra aquel fino camisón que la cubría mientras ella hundía sus dedos en su torso desnudo, gimiendo en su boca.

—Necesitaba tanto verte —susurró ella contagiándole con su aliento embriagador.

—¿Cómo se te ocurre venir aquí? —musitó él tratando de hacer uso del poco sentido común que aún residía en él.

—Apenas te he visto en el día de hoy —dijo elevando otra vez su rostro para volver a besarlo.

—Y ambos sabemos bien la razón —aseveró de repente con tono hiriente, separándose de ella un par de pasos.

—¿Me consideras culpable de que el Duque haya decidido visitarme? —le reprochó Agatha.

—Desde luego no fui yo quien lo invitó —apuntó con tono mordaz.

—Aquello sucedió bajo otras circunstancias —se defendió ella.

—Sí, puedo recordar perfectamente lo que yo te inspiraba en aquellos días —se volteó tensándose.

—¿Y qué era si tan seguro estás de saberlo? —preguntó con sarcasmo.

—Desprecio —la miró con dureza.

—Más que eso —se mofó ella—. Desprecio y rabia infinita —se acercó a él y tomó su rostro entre sus manos—, por no ser dueña de mis sentidos cada vez que tus ojos se posaban en mí y no poder dominar la reacción de mi cuerpo ante tu cercanía —sentenció con seriedad—. Hace mucho que mi alma dejó de pertenecerme para convertirse en tuya.

Jordan dejó escapar un suspiro que parecía querer oprimirle el pecho y

atrapó su estrecha cintura entre sus manos para atraer sus labios hacia los suyos. La besó con lentitud, acariciando cada rincón de su boca muy despacio, memorizando cada milímetro de su dulce piel y deleitándose en la exquisitez de su efluvio. Agatha soltó su rostro y deslizó sus manos hasta su nuca, enredándolas en ella, perdiéndose en la cálida sensación que le producían aquellos labios.

—Perdóname —susurró Jordan con arrepentimiento—. Me enferma verlo cerca de ti.

—Para mí tampoco es agradable aunque reconozco que fue mi error —se disculpó ella—. Pero créeme que me mostraré ante él lo más indiferente posible y que me esforzaré para que se marche de aquí cuanto antes.

—Sí, pero mientras tanto...

—¿No confías en mi amor por ti? —se molestó ella.

—No es eso —respondió angustiado.

—¿Entonces? —quiso saber ella.

—Veros juntos hace que me cuestione...

—¿Qué? —preguntó Agatha con impaciencia.

—Mi condición —aseveró finalmente.

—¿Acaso el amor que dices tenerme queda medido por tu posición y tu cuna? —inquirió ella airada.

—Por supuesto que no —se molestó él—. No hallarías a nadie en este mundo que pudiera amarte como yo, pero... —vaciló—, un hombre como él es lo que te conviene.

—¿Y por qué debería conformarme con un amor incompleto cuando solo tú podrías dármelo por entero? —exclamó—. ¿Qué importan el linaje o un título nobiliario si únicamente en tus brazos podré hallar la felicidad? Quizás soy yo quien no sea suficiente para ti.

—¿Cómo se te ocurre pensar semejante estupidez? —la miró mortificado—. No hay ser terrenal o celestial que se te pueda comparar, ni hay mujer en el mundo que pueda obsequiarme con la dicha que siento al tenerte entre mis brazos —la estrechó contra su pecho—. Si supieras todas las veces que deseé que cada una de las palabras que respiraban tus labios, cada una de tus miradas teñidas del azul de tus ojos fuera solo para mí.

—Del mismo modo deseaba yo sentirme refugiada en el calor de tu pecho —susurró ocultando su rostro entre su cuello—, sentir las caricias de tus manos y el sabor de tus besos.



Jordan bajó su rostro buscando los labios de Agatha fundiéndolos con los suyos. Inició una danza sinuosa, pausada sobre ellos impregnándose de su dulzor y que para Agatha pronto se convirtió en tormento, deseosa de embriagarse de él. Con osadía, los entreabrió y acarició suavemente con su lengua su labio inferior, gesto que él no esperaba y que produjo que un gemido escapase de su garganta. Jordan perdió entonces el poco sosiego que aún restaba en su cuerpo y entreabrió los suyos respondiendo a la demanda que ella le hacía y dio comienzo el delirio que embargó a ambos al profundizar su beso, mientras se derretían sus bocas ante el ardor de su aliento. Agatha separó las manos de su nuca y empezó a recorrer con sus dedos el pecho desnudo de Jordan, contorneando con ellos cada una de las líneas de sus músculos bien formados, sintiendo él cómo su piel se incendiaba bajo su tacto y cómo iba perdiendo el control con cada uno de sus roces.

—¿Cómo te hicieron esta herida? —le preguntó Agatha sin apenas alejarse de sus labios con la voz revestida en sensualidad, trazando con las puntas de sus dedos, como tantas veces había deseado hacer, la larga cicatriz que marcaba su abdomen.

—En... un entrenamiento, hace años —titubeó él.

—¿Te cuesta recordarlo? —sonrió ella con malicia al ver que se tomaba su tiempo para contestar.

—Anulas toda mi voluntad —se apartó Jordan un poco de ella calmando su respiración.

Agatha no pudo evitar que eso exaltara su vanidad femenina al saber lo que era capaz de producir en él y una sonrisa con pinceladas de orgullo se dibujó en su rostro.

—¿Creí que habíamos acordado ser cautelosos? —inquirió él con fingido reproche.

—Lo estamos siendo, ¿no? —dijo con coquetería.

—No creo que el venir a mi recámara vestida con esta prenda que deja adivinar hasta la más minúscula curva de tu cuerpo lo sea —le sugirió él.

—¿Insinúas que trato de tentarte? —le sonrió provocativa.

—No lo insinuó, lo afirmó —aseveró él—. Toda tú eres una tentación.

—No parece que te esfuerces por resistirte —susurró ella en su oído sintiendo él cómo un escalofrío recorría su espalda.

—Por todos los Dioses, Agatha —blasfemó Jordan—. No soy de piedra

—musitó atormentado.

Agatha hizo caso omiso a sus quejas y posó sus labios en su cuello, depositando besos ardientes en él. Jordan suspiró hondamente, abrumado por la pasión arrolladora de aquella mujer que hacía temblar todo su cuerpo y tuvo que hacer gala de toda su entereza para separarse de ella.

—No, Agatha —la tomó por los hombros apartándola, tratando de escapar del influjo de su boca mientras ella lo miraba confundida—. Sé que he traspasado los límites de lo establecido por todos los cánones humanos o mundanos, y abandonado el sendero de la sensatez y el buen juicio al dejarme llevar por mis sentimientos hacia ti, pero esta es una barrera que no tengo intención de quebrantar.

De repente Agatha le dio la espalda, con expresión turbada, avergonzada. Había perdido por completo la lucidez, hasta tal punto que había dejado de lado el decoro y el más mínimo intento por salvaguardar su propio honor y su virtud.

—Discúlpame, yo... —vaciló ella—. Me aterra imaginar lo que pensarás de mí en este momento —cruzó los brazos sobre su pecho, afligida.

Jordan se posicionó frente a ella y se inclinó a besarla, levemente y ella bajó su rostro aturdida.

—Creo que eres una mujer muy hermosa, apasionada y fascinante —tomó su barbilla obligándola a mirarle—, y te amo aún más por ello.

—Y yo te amo a ti —le respondió con la emoción en sus ojos.

—Ahora, deberías irte a tu recámara —le sugirió.

—Está bien —aceptó ella con una sonrisa, depositando un dulce beso en sus labios—. Te veo mañana en el desayuno —concluyó mientras caminaba hacia la puerta, pero no la hubo alcanzado cuando Jordan la tomó por un brazo para llevarla hacia él y estrecharla de nuevo.

—¿Te sentarás a mi lado? —preguntó él suspicaz.

—Es lo que he hecho hoy, ¿no? —lo miró con aire pícaro.

—Solo quería asegurarme —bromeó.

—Desde hoy ocupas ese lugar y lo harás siempre, al igual que ocuparás para siempre mi corazón —susurró ella acariciando su rostro.

—Como tú el mío —añadió con seriedad.

—Que descanses —le sonrió ella, separándose de él, dejándola Jordan ir esta vez.

Cuando hubo cerrado la puerta, Jordan se volvió a dejar caer sobre la

cama, con una inquietud sobrevolando la estancia. Con seguridad sabía que ella sería por toda la eternidad la dueña de su corazón pero... ¿lo sería él del suyo?

§ ~ \* ~ §

Ya hacía casi dos semanas del atentado contra Nicholas y, por tanto, de que se hubiera decretado el estado de sitio. En ese tiempo, la vida intramuros se había normalizado considerablemente, aunque los portones y puentes levadizos seguían cerrados y se tenía especial precaución a la hora de permitir el paso hacia el castillo. Así que Claire, aunque Erick se mostró reticente, decidió continuar con la escuela.

—¿Qué tal la lección, mi amor? —recibió Erick a su esposa abrazándola, besándola con ternura.

—Agotadoras —suspiró con pesadez dejando que Erick rodeara sus hombros con su brazo y la instara a salir de la sala que hacía las funciones de aula—. Aún tienen dificultades para comprender las operaciones aritméticas un poco más complejas —le explicó.

—Me lo imaginaba —apuntó él—. Por eso mismo, hoy, nada de lectura —agregó enseñándole sus manos vacías—. Disfrutarás de una relajante tarde de verano en compañía de tu esposo.

—Eso suena prometedor —sonrió ella mientras se dejaba guiar.

Acababan de adentrarse en uno de los jardines cuando vieron a Ivette caminar hacia ellos.

—Estaba buscándoos, Alteza —se detuvo frente a ellos la doncella, con aire de preocupación en su mirada.

—¿Sucede algo? —se interesó Claire.

—Un emisario ha traído esto para vos —le informó alargándole un pliego lacrado.

—Gracias, Ivette —le dijo tras lo que la muchacha se retiró—. Erick, es de mi padre —le anunció mostrándole inquieta el sello de Breslau.

—Tranquila, Claire —la calmó él mientras la llevaba hasta uno de los bancos de piedra—. Dámela, yo la leeré para los dos —le pidió sentándose a su lado y tomando la misiva.

*Queridísima hija:*

*Antes que nada quiero expresar mi profundo pesar por el atentado que*

*sufrió el Rey Nicholas y quisiera que le hicieras llegar en mi nombre mis más sinceros deseos de recuperación. De más está decir que si precisase de mi ayuda para cualquier tipo de menester, incluido el apoyo de mi ejército, estoy a su entera disposición.*

*Dicho esto, paso al motivo real de esta carta y que tanto me va a costar expresar. Antes de continuar, quiero apelar a vuestro entendimiento y comprensión, tanto tuyos como de tu esposo y, a ti en concreto, al amor de hija que, en el fondo de mi corazón, espero aún me profeses.*

*La verdad de todo esto es que nada de lo que te escribí en última carta fue dicho desde la sinceridad, no sentí ni una sola de las palabras que plasmé en aquel pliego y si lo hice fue solo con la esperanza de provocar lo que ha sucedido, que unas tu vida a la del Príncipe Erick.*

*Imagino vuestro más que comprensible asombro y, sin más dilación, paso a relatar la inverosímil e incalificable situación que me ha llevado a actuar así.*

*Claire, como bien sabes, el Príncipe Zayev viajó conmigo de vuelta a casa después de la boda y durante todo el trayecto no hizo más que sugerirme lo conveniente de una alianza entre nuestros Reinos mediante la unión entre vosotros, además de confesarme sus sentimientos hacia ti y asegurarme que te haría feliz. Yo no dudé de ello, y creí que sus deseos de establecer finalmente un compromiso entre vosotros lo llevó a manifestarlo abiertamente. Hoy por hoy creo que, además de eso, él sí percibió, al contrario que yo por desgracia, que algo comenzaba a nacer entre el Príncipe Erick y tú y quiso anticiparse.*

*Cuando llegamos a Breslau y después de tantas jornadas de viaje, expresó sus deseos de hacer noche allí para descansar, antes de partir hacia Dagmar y yo, por supuesto, acepté encantado. Claire, tú sabes que siempre he tenido en gran estima a ese muchacho y muchas veces te hice saber mi preferencia a que te unieras en matrimonio con él, y ahora me doy cuenta de que él también lo sabía. Lo que aconteció después... Incluso todavía me avergüenzo al recordarlo y, aunque quisiera justificarme y culparlo a él de que me engatusó vilmente o me engañó con malas artes, sería injusto pues yo mismo, inconscientemente permití que lo hiciera. Nos pasamos la velada brindando, e imaginando en voz alta la dicha que traería para nuestras familias el que se produjera tal unión. Zayev hizo especial hincapié en tu aprecio por él y se mostraba más que convencido de que llegarías a amarle,*

*era una felicidad completa. Entre eso, y el sopor de un par de jarras de vino de más, me convenció de que firmara un acuerdo nupcial entre vosotros... así de sencillo y... bochornoso.*

*Al día siguiente, con el documento en la mano, partió hacia Dagmar, imagino que lleno de gozo y satisfacción. Sin embargo, yo me angustié al saber que había roto la promesa que te había hecho hacía solo unos días, pero confié en que fuera cierto ese aprecio que tú sentías por él del que tanto hacía mención Zayev y que, por tanto, no te negaras a aceptar aquel compromiso. Me disponía a escribirte cuando llegó tu carta. Créeme cuando te digo que me sumí en la desesperación al comprobar que, en un acto tan irresponsable, insensato e impropio de mí, estaba poniendo en juego tu felicidad, y aunque jamás puse en tela de juicio tu amor por el Príncipe Erick o lo apropiado o no de tu elección, no sabía cómo hacer para asumir la situación que yo mismo había procurado con tanta simpleza y estupidez.*

*Decidí partir hacia Dagmar. Como era de esperar, Lyal estaba radiante de felicidad ante la perspectiva del matrimonio entre nuestros hijos. Sin embargo, Zayev no entendía el porqué de mi pronta visita y lo noté inquieto, por lo que decidí tantearlo. En lugar de comunicarles claramente tu firme decisión de unirte a Erick, les confesé mi preocupación ante tu reacción al no habértelo consultado primero y fue cuando Zayev me mostró su verdadera cara. No trató como la vez anterior de convencerme alegando que tu afecto por él pasaría rápidamente al amor, sino que se mostró del todo ofendido, airado, restregando en mis narices el maldito acuerdo que yo había firmado de mi puño y letra, incluso me dejó entrever las consecuencias de romper dicho pacto. No habló expresamente de un enfrentamiento pero no hizo falta.*

*Puedes imaginar la decepción que sentí ante aquel muchacho que alguna vez creí que podría ser mi sucesor y la impotencia de no saber cómo romper ese endemoniado compromiso sin provocar una catástrofe. Para mi fortuna, él mismo me dio la idea. Me propuso que lo mejor era escribirte cuanto antes para poder empezar con los preparativos de la boda... Definitivamente, ese muchacho temía que surgiera algo entre vosotros dos.*

*Decidí complacerle, y de qué manera. Era incapaz de ocultar el gozo que le creaba la dureza y firmeza de mis palabras caligrafiadas en ese pliego obligándote a volver, y tuvo por seguro que tú no dudarías en acatar mi voluntad. Sin embargo, yo confiaba en que no sería así. Eres mi hija y te*

*conozco, y si tu amor por Erick era tan genuino y verdadero como narrabas en tu carta, no te conformarías tan fácilmente, lucharías por hacerlo valer y recé para que ocurriera lo que justamente ha ocurrido.*

*Hijos míos, me apena en lo más profundo que las cosas se hayan dado de esta forma, que os haya precipitado a celebrar vuestro matrimonio de un modo furtivo e intempestivo, sin que todos vuestros seres queridos hayan sido testigos y creyendo que contabais con mi profunda desaprobación. Erick, para mí es un verdadero castigo el no haber podido ser yo quien te entregara a mi única hija en el altar, aunque soy consciente de que es muy poco para lo que merezco. Sé que apenas te conozco pero estoy seguro de que tú eres la felicidad de Claire, por algo te ha elegido, y eso hace que te respete y te aprecie, sabiendo con certeza que dejo a mi hija y a mi Reino en las mejores manos. No puedo hacer más que pedirte perdón humildemente. Y a ti, mi querida hija, no sé con qué palabras describir el pesar que siento y la vergüenza por haberte decepcionado de esta forma. Solo espero que algún día puedas, si no perdonarme, tratar de entenderme. Este es tu Reino, Claire, y sus puertas, al igual que las de mi corazón, siempre estarán abiertas para vosotros. Solo espero que no me cerréis las vuestras.*

*Con todo mi amor y arrepentimiento.*

*Rey Richard de Breslau.*

Cuando Erick concluyó la lectura de la carta desvió su mirada hacia Claire y vio que las lágrimas recorrían sus mejillas. Él mismo se hallaba aturdido, sin habla. La apretó contra su pecho y acarició su cabello, tratando de darle consuelo.

—Erick, no sé qué decir —susurró ella.

—No creo que debas decir nada, ya está todo dicho —la calmó él.

—Pero mi padre...

—Cometió un error —atajó él y Claire alzó su rostro sorprendida.

—Es una forma muy sutil de llamarlo, ¿no crees? —lo miró confundida—. Es una actuación totalmente deplorable, incluso ridícula —espetó—. Dejarse manipular así...

—Lo que me lleva a pensar que él no fue el único culpable en esta historia, Claire —aseveró con firmeza.

—Zayev... —agregó ella—. Nunca creí que fuera tan ruin —La decepción en su voz era más que evidente—. Me preocupa cómo pueda actuar cuando se entere de todo —dijo con recelo.

—Pues a mí, en lo absoluto —sentenció él con seguridad—. Ya eres mi esposa, nada puede hacer para remediarlo —le sonrió mientras secaba suavemente con sus dedos los rastros que había dejado el llanto en su piel—. Y dudo que se atreva a provocar un enfrentamiento, sabe que está en desventaja ante nuestros ejércitos.

—¿No estás... molesto? —preguntó vacilante ante su calma. Erick resopló.

—No podría definirlo, Claire —negó con la cabeza—. Me reconcome el dolor que has sentido este tiempo al pensar que tu padre no aprobaba nuestra unión y que te hayas casado conmigo con la certeza de que lo hacías en contra de su voluntad aunque... —dudó durante un momento—, llámame egoísta si quieres pero en el fondo me alegro de que esto haya sucedido —acarició con ternura su rostro—. He disfrutado de la dicha de hacerte mi esposa, de hacerte mía, mucho antes de lo que jamás hubiera imaginado y eso nadie podrá cambiarlo, ni siquiera el propio Zayev lanzando una horda de demonios sobre nosotros —añadió con un susurro, deslizando sus dedos hacia su barbilla e inclinándose sobre ella de forma peligrosa—. Eres mía, Claire, me perteneces, en cuerpo y alma, y para siempre.

Y con sus labios rubricó aquella afirmación, besando los suyos con urgente necesidad, tratando de borrar con el dulce sabor que emanaba de Claire esa pequeña punzada que había sentido en su pecho ante la fugaz idea de que aquel príncipe tramposo tratara de recuperarla. Moriría antes que permitir que así fuera.

§ ~ \* ~ §

Richard bajó con gesto agotado del carruaje. Desde Breslau al Reino de Dagmar solo había dos jornadas de viaje pero debían cruzarse las escarpadas tierras de los Picos de la Media Luna, y por otra parte, el motivo de su visita tampoco elevaba su ánimo. Iba a atravesar el pequeño patio que anteceda la puerta principal cuando una linda joven de largo y negro cabello, al igual que sus ojos, y piel de un tenue cobrizo salía a su encuentro.

—Ylva —exclamó el Rey al verla.

—Hola, Majestad —lo saludó ella con entusiasmo.

—Qué grata sorpresa encontrarte aquí —respondió él animado.

—Llegamos hace unos días con mi padre —le informó la hija de su

buen amigo Phelan, Rey de Tarsus.

—Me alegra enormemente tener la ocasión de encontrarme con él —le sonrió—. ¿Ha venido también tu hermano?

—Sí, Cailen está con Zayev en las caballerizas y mi padre está en la sala con el Rey Lyal —le respondió.

—¿Me podrías hacer el favor de ir a buscar a Zayev? —le pidió amablemente.

—Claro que sí —asintió antes de ir a cumplir su petición.

Richard la vio por un momento alejarse y volvió a emprender su camino hacia el interior del castillo. Su amistad con Lyal se remontaba a muchos años atrás y sus visitas eran asiduas, así que ya no precisaba de ser anunciado, por lo que pasó directamente al salón, encontrando a sus dos amigos riendo, sentados a la mesa con sendas jarras de cerveza.

—¿No es demasiado pronto para empezar con la cerveza? —les dijo a modo de saludo. Ambos hombres se voltearon a mirarlo y se levantaron abandonando la mesa para ir a su encuentro.

—Querido Phelan —le palmeó la espalda a su amigo con entusiasmo—. Cuánto tiempo sin verte —exclamó—. Acabo de encontrarme con Ylva y casi no la reconocí. Se ha convertido en una jovencita preciosa.

—Lyal me estaba contando sobre Claire y su compromiso con Zayev —le guiñó el ojo y la expresión de Richard se ensombreció.

—Richard, sabes que aprecio cada una de tus visitas pero solo hace un par de semanas que te marchaste de aquí —le sonrió—. Si lo que quieres es pasar una temporada con nosotros no tienes más que decirlo —bromeó.

—Temo que el motivo de mi visita no sea nada agradable —anunció con seriedad.

—Me alarmas amigo mío. ¿Qué sucede?

—Deberíamos esperar a Zayev antes de explicar nada —le dijo—. Esto le concierne a él más que a nadie.

—No será necesaria la espera —apreciaron la voz de Zayev en la entrada al salón, que caminaba flanqueado por Cailen e Ylva—. Ya estoy aquí y dispuesto a escuchar todo lo que tengáis que decir —añadió con gran suficiencia.

Aquella muestra de soberbia molestó a Richard, y aún más al recordar su innoble engaño, así que se limitó a buscar en el bolsillo de su capa la carta de Claire.



—Entérate tú mismo —demandó ofreciéndosela.

Zayev tomó el pliego con desconfianza y comenzó a leerlo. Conforme sus ojos iban recorriendo cada una de sus líneas su expresión se tornaba más y más iracunda.

—¡Esto es una vil calumnia! —le acusó exaltado sin apenas terminar de leerla—. ¡Una verdadera infamia! No creo ni una sola palabra de este miserable escrito.

—¿Qué está sucediendo? —insistió Lyal molesto.

—Amigo mío, siento comunicarte que el acuerdo matrimonial que firmé en el que fijaba el compromiso entre nuestros hijos, no podrá hacerse efectivo —le informó con solemnidad—. Desobedeciendo mis expresos deseos, Claire ha contraído matrimonio con el Príncipe Erick de Meissen.

—¡Eso es una completa falsedad! —gritó Zayev, incapaz de creer aquello.

—Tú mismo lo has leído —aseveró Richard.

—Tendré que verlo con mis propios ojos —masculló entre dientes.

—¿Qué piensas hacer, hijo? —se alarmó Lyal.

—Ir al Reino de los Lagos —le aclaró.

—Eso es una necedad —le sugirió Phelan, aunque Zayev hizo caso omiso y se dispuso a abandonar la sala.

—¿No has terminado de leer la carta? ¡Están sitiados! —alcanzó a agregar Richard haciendo que Zayev se detuviera.

—¿Sitiados? —se sorprendió Lyal.

—Parece que el Rey Nicholas sufrió un atentado —comenzó a explicarse.

—¡Poco me importa! —lo interrumpió Zayev—. No podrán negarse a recibirme —le advirtió—. Claire me debe una explicación.

—No, Zayev, espera —le sujetó por un brazo Cailen, quien más que un amigo era casi un hermano para él.

—¡Suéltame! —se zafó con brusquedad de su agarre y salió a grandes zancadas del salón, yendo Ylva tras él.

—¡Muchacho, que ensillen mi caballo! —le ordenó a uno de los mozos que encontró en el corredor mientras se dirigía a su recámara.

—Zayev, estáis siendo un insensato al actuar de forma tan impulsiva —lo acusó Ylva quien casi tenía que correr para poder alcanzar sus pasos—. Paraos a pensar por un minuto.

—¡No tengo nada que pensar! —vociferó abriendo con violencia la puerta de su habitación.

—Pero si ya se ha unido a otro hombre es algo que no tiene remedio —trataba ella de hacerlo entrar en razón—. ¿Qué vais a hacer si no, matarlo? —agregó con sorna.

Zayev soltó encima de la cama la muda de ropa que había tomado y la miró con dureza, los ojos inyectados de furia.

—No me deis ideas, Ylva —farfulló crispado.

—¿Os habéis vuelto loco? —se alarmó ella—. Vais a manchar vuestras manos de sangre por una mujer que no os ama y a la que estoy segura que no amáis vos tampoco.

—¿Qué sabréis vos de mis sentimientos? —se puso a la defensiva, airado—. Además, esto no es de vuestra incumbencia.

—Por supuesto que lo es —le gritó ella—. Me duele ver cómo habéis hecho el ridículo todo este tiempo, tratando de que ella simplemente os mirara, de ganar su favor, cuando estaba más que claro que a Claire solo la unía a vos un afecto fraternal. Os visteis deslumbrado por su naturaleza tan singular, mezcla de fragilidad y fortaleza, sin ni siquiera plantearos si una mujer como ella os haría feliz —aventuró con voz firme—. Y ahora os habéis propuesto conseguirla a como dé lugar, utilizando incluso argucias indignas de alguien de vuestra posición, únicamente porque otro hombre ha posado sus ojos en ella.

Zayev la miró furioso, con una demanda en sus ojos.

—Escuché cuando le narrabais a mi hermano la sucia jugada mediante la cual obtuvisteis ese maldito acuerdo matrimonial —le explicó con tono reprobatorio—. Os habéis propuesto desposar a una mujer sin pararos a pensar si realmente os haría feliz

—No sabéis lo que decís —espetó mientras terminaba de acomodar su morral, sin mirarla, tratando de impedir que su subconsciente depurase de aquellas palabras lo que pudieran tener de ciertas, y que él bien sabía era mucho.

—Zayev, no es más que un sueño de humo —le dijo ahora con mirada comprensiva, posando una mano sobre su brazo, afablemente—. No sabéis el dolor que produce cuando uno cree estar a punto de tocarlo y se desvanece entre los dedos.

—Cualquiera diría que sabéis de qué estáis hablando —concluyó con

cierta sorna en su voz, colgando el morral en su hombro, tras lo que abandonó la recámara.

—Lo sé mejor de lo que tú crees —susurró ante una habitación ya vacía, con el corazón entristecido y anegado por las lágrimas.

## Capítulo 22

Nicholas se apoyó en el alféizar del gran ventanal de su escritorio mientras divisaba el horizonte. La luz de media tarde comenzaba a vestir de tonos melocotón y rosado la verde pradera que se extendía hasta donde se perdía la vista. Desde allí, a un lado se podía ver una porción del vasto bosque que siempre solía recibirlo amablemente en sus partidas de caza, hasta aquel fatídico día. Volvió a su mente de forma dolorosa el recuerdo de lo acontecido en aquel lugar, lo que le hizo recordar la decisión que, muy a su pesar, estaba a punto de tomar. Solo restaba hacer una cosa más previamente y era consciente de cuán duro iba a ser. Abrió la vidriera y se asomó, dejando que la suave brisa golpeará su rostro y que su frescura mitigara, aunque fuera de forma efímera, su desazón. Entonces escuchó un sonido leve de nudillos y se volteó hacia el escritorio.

—Adelante —exclamó abriéndose la puerta—. Mi amor, ¿desde cuándo llamas antes de entrar? —sonrió él al recordar las ocasionales irrupciones impulsivas de su esposa.

—Solo intento comportarme apropiadamente —le rebatió Gabrielle con fingido reproche—. ¿Puedo pasar, mi señor? —se inclinó ella con solemnidad.

Nicholas no pudo reprimir una carcajada y Gabrielle lo acompañó, cerrando la puerta tras ella.

—Déjala abierta —le pidió él—. La brisa es agradable.

Gabrielle caminó hacia él pensativa mientras Nicholas le ofrecía su mano incitándola a acercarse hasta él.

—Creo haber vivido ya este momento —sonrió ella con picardía, aceptándola, dejándose conducir hasta sus brazos.

—Yo también lo recuerdo —la miró complacido—. Aunque creo que falta algo para completar la escena.

Se inclinó hacia ella y, rodeándola con sus brazos, la besó. Era una sensación sublime el sentir cada susurro, cada caricia, cada beso con más intensidad que el anterior. Nunca se cansaría de amarla así, de estrechar contra su pecho aquel cuerpo suyo frágil y delicado, de hacerla temblar bajo su tacto, de sentirla vibrar cada noche, abandonándose ambos a aquella pasión que los consumía. Siguió disfrutando de su dulzor mientras pudo, hasta que sus respiraciones entrecortadas les obligaron a separarse.

—Te amo, Gabrielle —musitó gravemente—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿A qué viene esa pregunta? —le cuestionó ella al ver cómo una sombra oscurecía el azul de sus ojos—. ¿Por qué querías verme?

—Hay algo que debo decirte —le confesó—, pero ¿te parece que vayamos a tu jardín? No hemos vuelto a visitarlo juntos desde antes de nuestra boda —le propuso.

—Sí, claro —aceptó ella sin ocultar cierta preocupación por la actitud de su esposo.

Nicholas tomó la mano de su esposa y se encaminaron hacia el lugar. La inquietud de Gabrielle iba en aumento con cada paso, acrecentada por el silencio de él y su expresión sombría. Sin duda, era algo muy importante lo que debía contarle.

—Me alegra comprobar que mantiene su esplendor —dijo con alivio al contemplar aquella belleza floral—. Temo que he descuidado mi deber en este aspecto —se lamentó.

—Dadas las circunstancias eso era inevitable, ¿no crees? —le justificó ella—. Los jardineros hacen un excelente trabajo.

—Ya veo —respondió con satisfacción mientras caminaba hacia un árbol—. Ven —le pidió sentándose a sus pies, apoyando la espalda en su tronco—, siéntate aquí conmigo.

Sin cuestionarlo, Gabrielle obedeció, acomodándola Nicholas en su regazo y apoyando ella su cabeza en su pecho. Gabrielle lo sintió respirar

hondo, como buscando cierto sosiego.

—Nicholas, ¿qué ocurre? —preguntó ella con cierta impaciencia, alzando su rostro para mirarlo.

El joven lanzó otro suspiro antes de volver a hablar.

—Imagino que eres consciente de que hace casi tres semanas que se declaró el estado de sitio —comenzó a decirle, con gran seriedad en su voz, yendo directo al punto.

Gabrielle asintió con la misma seriedad reflejada en sus facciones.

—Y también sabes que esta situación no puede ser mantenida por mucho más tiempo —continuó él.

—Sí —afirmó ella—, pero si lo levantas, ¿no corremos el riesgo de que nos ataquen? —aventuró ella sin tener plena seguridad en su suposición.

—Yo no podría haberlo dicho mejor —concordó él.

—¿Entonces? —quiso saber ella llena de confusión.

—Hace varios días que le estoy dando vueltas al asunto y temo que solo haya una solución, Gabrielle —sacudió la cabeza, contrariado—. Si hubiera alguna otra salida que pudiera evitarlo, por Bhut que la tomaría —apretó su mandíbula.

—Me asustas, Nicholas —lo miró—. ¿De qué estás hablando?

—De atacar nosotros —dijo de súbito.

Gabrielle se mantuvo en silencio durante unos segundos, tratando de asimilar lo que la naturaleza de esa afirmación podría significar.

—Eso supone la guerra —exclamó ella con horror—. No puedes estar hablando en serio —alzó un poco su rostro para enfrentarlo al suyo.

La joven trató de escudriñar en sus facciones, en sus ojos... No podía ser cierto, pero su mutismo y su rictus endurecido no daban lugar a equívocos.

—¿Y si negociarás? —trató de disuadirlo esperanzada.

—¿Cuántas veces intentó negociar tu padre con el Rey Balkar sin conseguirlo? —le rebatió—. Las mismas que tuvo que resistir sus embates —Nicholas resopló—. Gabrielle, ¿debo recordarte que intentó asesinarme? ¿Qué tipo de diplomacia funcionaría ante eso?

Gabrielle negó con la cabeza y se abrazó a su esposo. Aquel momento en que Erick y Jordan corrían hacia ella con su cuerpo ensangrentado entre sus brazos todavía la torturaba en su memoria, al igual que aquella agonía que sintió ante la posibilidad de perderlo. Ahora, aquella herida aún sangrante

volvía a abrirse, pues era seguro que, si se declaraba la guerra, Nicholas encabezaría su ejército.

—Entiéndelo, Gabrielle. No podemos vivir a la defensiva para siempre, atemorizados, pues esa sería otra forma de tenernos bajo su yugo —razonó—. Yo más que nadie deseo la paz, no solo para nuestro pueblo, también para nosotros —tomó su barbilla y la obligó a mirarle—. Ahora que sé que la felicidad existe, deseo que sea plena, eterna y contigo, y no permitiré que las ansias de un rey sanguinario nos arrebatase ese derecho.

—No quiero que luches —sollozó ella dejándose llevar por el egoísmo de su amor por él que trataba de retenerlo a su lado a toda costa.

Nicholas tomó entre sus dedos una lágrima que surcaba la mejilla de Gabrielle. Habría dado cualquier cosa por evitarle ese dolor, era el mismo que en ese instante le quebraba a él el corazón, pero aquello iba mucho más allá del inmenso amor que sentía por ella.

—Gabrielle, no puedo mandar a mis hombres a la batalla y observarles entregar su vida por mí, por ti, desde la comodidad de mi trono —alegó él con suavidad, enjugando sus lágrimas—. Me conoces y sabes que ni mi moral ni mis principios me permitirían hacerlo. No podría vivir con ello.

—Pero podrías morir —musitó con apenas un hilo de voz.

—¿Y crees que esa nimiedad me separaría de ti? —aseveró con voz grave, clavando su mirada profunda en la suya.

—Nicholas, por favor —le suplicó hundiendo su rostro en su cuello, sin poder impedir el llanto que oprimía su pecho.

—Gabrielle, te lo ruego, no me hagas esto —le pidió él, estrechándola con fuerza.

—¿Y qué más puedo hacer? —inquirió ella llorosa—. Soy tu esposa y te amo. ¿Tan extraño es que no pueda vivir sin ti?

—¿Y crees que yo sí puedo? —se defendió él—. ¿Crees que esto no me está desgarrando el alma?

—¿Entonces?

Nicholas se separó de ella y con ambas manos volvió a secar sus lágrimas.

—Gabrielle, te lo pido, cálmate y escúchame —le susurró con ternura pero, a su vez, con firmeza, mirándola a los ojos.

Ella suspiró por última vez en busca de sosiego y asintió.

—Sé que me amas —le dijo él—, y sí, eres mi esposa, más que eso;

eres mi compañera, mi mujer, mi corazón, mi vida entera... eres todo para mí, Gabrielle. Pero hoy más que nunca te imploro que, además, seas mi Reina.

Gabrielle intentó desviar la mirada, desolada, mas Nicholas se lo impidió tomando su mejilla.

—No estoy anteponiendo nuestro deber a nuestro amor —le aclaró rápidamente y Gabrielle lo miró sin comprender—. Estoy hablando de mi propia integridad, Gabrielle. De ser fiel a mis convicciones y creencias, a mis ideales. Estaría siendo deshonesto conmigo mismo y me sentiría indigno, no solo de mi corona sino de ti también. No podría amarte libremente, con orgullo, como es debido —Nicholas cerró los ojos y suspiró profundamente—. Lo siento, Gabrielle. Esto es lo que soy —se lamentó abatido.

—Y yo te amo por ello —declaró ella con la emoción tiñendo sus palabras, lanzándose a los labios de su esposo que recibieron los suyos con apremio, casi con necesidad, sintiendo cómo Nicholas ceñía su cuerpo contra su pecho, como si quisiera fundirla con él.

—Te amo, Gabrielle —musitó casi sin aliento contra su oído, sin dejar de abrazarla—. Más que a nada en este mundo y te juro que si hubiera alguna forma de evitar esto lo haría.

—¿Cuándo marcharíais? —preguntó ya resignada, separándose de él.

—Imagino que en unos días —se encogió él de hombros—. Me reuniré después con Trystan, Erick, Jordan y Nigel para anunciarles mi decisión y, entonces, concretaremos.

—¿Aún no lo saben? —quiso saber, extrañada.

—Debía informarle a mi soberana primero, ¿no crees? —le sonrió con cierta tristeza.

—Júrame que tratarás de mantenerte a salvo, que no te expondrás inútilmente —le pidió con ojos anhelantes.

—Gabrielle, nada ni nadie podrá separarnos y mucho menos la muerte —le reiteró él.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —cuestionó ella con aflicción.

—Porque necesito vivir, Gabrielle, tengo que vivir —sentenció él, tomando su rostro entre sus manos—. Aún no te he entregado ni una mínima parte de todo lo que tengo para darte y no será la muerte la que me prive de ese privilegio.

—Nicholas...



El joven atrapó aquel suspiro que esbozaba su nombre entre sus labios y tomó los de Gabrielle, besándolos con dulzura, con lentitud, pero a su vez, con vehemencia, queriendo recorrer con su caricia cada milímetro de su piel. Enredó una de sus manos entre su pelo negro mientras la otra bajaba por su espalda hacia su cintura, rodeándola con su brazo. La aferró contra su pecho, corazón con corazón y el mismo latido los hizo palpitar, el mismo amor. Nunca tuvo Nicholas mayor certeza sobre sus propias palabras... Nada le arrebataría esa sensación tan gloriosa, ni la misma muerte.

—Se ven muy enamorados y... entusiasmados —le apuntó Hrodgar a Agatha con cierta sorna, al ver desde lejos la conmovedora escena mientras paseaban.

—Es lo que cabe esperar en una pareja de recién casados, ¿no, Excelencia? —le respondió ella sonriendo, sin ocultar el gozo que le producía la felicidad de su hermano.

Hrodgar se mostró gratamente sorprendido ante aquel detalle.

—¡Por fin os veo sonreír, Alteza! —exclamó con gesto exagerado—. Estaba empezando a temer que aquella deliciosa jovialidad de la que gozabais cuando nos conocimos hubiera sido un mero espejismo.

—Disculpadme, Excelencia —se quiso excusar—. Quizás las circunstancias que estamos viviendo hayan influido en mi ánimo.

—A vuestro hermano no parecen afectarle —apostilló con aire malicioso.

—Excelencia, que seamos gemelos no significa que exterioricemos nuestras emociones del mismo modo —le aclaró—. ¿Os importa si vamos a las caballerizas? —quiso cambiar de tema—. Quisiera ver a mi yegua.

—Sí, claro —le indicó con la mano dejándose guiar.

Pero para desgracia de Agatha, cuando llegaron a las caballerizas se dio cuenta de que no había sido la elección más acertada, pues Jordan estaba atendiendo a Dama en ese momento. Intentaba que la viera con Hrodgar lo menos posible, sabía que eso alimentaba sus celos y su inseguridad, además de que al joven le reconcomía aquella necesidad del Duque de permanecer allí, a pesar de que ella intentara no mostrarse como la más agradable de las compañías. Aún así, Hrodgar no se daba por enterado, y aquella situación, con el paso de los días, estaba llevando a Jordan al límite. Agatha se lamentó para sus adentros por su ocurrencia, pero ahora era demasiado tarde para cambiar de idea y retroceder. El rostro de Jordan, quien se encontraba

arrodillado cerca de la yegua revisando sus cascos, se endureció al verlos llegar mientras que, en el de Hrodgar, se esbozaba una sonrisa malévolamente.

—Por fin las cosas vuelven a su lugar —se mofó del guardia posicionándose frente a él—. Este es el orden natural que rige el mundo. La plebe, arrodillada ante la nobleza, mirando desde abajo la alta posición a la que nunca debería atreverse a aspirar.

—Excelencia —trató de detenerlo Agatha.

—No, Alteza, dejadlo —la cortó Jordan con frialdad—. No hay falsedad alguna en vuestra aseveración, Excelencia, y os agradezco vuestro interés en querer recordármelo —inclinó su cabeza con fingida cortesía—. ¿Algo más sobre lo que deba ser ilustrado, Excelencia? —añadió con ironía.

—Eso será suficiente por hoy —alegó con soberbia, tratando de disfrazar con sus palabras la furia que sus facciones no podían esconder—. Pero podemos seguir mañana con tu instrucción.

—Ya sabéis donde encontrarme, Excelencia —espetó Jordan.

—¿Volvemos al jardín, Excelencia? —intervino Agatha con una sonrisa, tratando de ocultar lo mortificada que estaba.

—Por supuesto, Alteza —alzó Hrodgar su mano, ofreciéndosela.

Agatha posó la suya sobre la del Duque y, lanzándole una disimulada mirada de disculpa a Jordan, se alejaron de allí.

—¡Maldita sea! —farfulló él por lo bajo apretando los puños.

Aquella situación comenzaba a sobrepasarle. Conforme iban pasando los días, más intenciones tenía aquel pusilánime de permanecer en el castillo a pesar de la indiferencia que Agatha aseguraba mostrarle ¿Por qué no se iba entonces? Agatha se lamentaba de que aún no se le hubiera declarado, eso le daría la oportunidad de negarse y así deshacerse de él de una vez por todas. Sin embargo, había ciertas ocasiones, como hacía unos momentos, en que Jordan no estaba tan seguro de que esa debería ser la respuesta que ella habría de darle.

No podía llevarse a engaños, no podía continuar negando lo evidente, tratando de tapar el sol con un dedo. Él era un don nadie que había cometido el atrevimiento de ir a posar sus ojos en nada menos que una princesa. La mera sugerencia ya se presentaba ridícula y sabía bien que aquel amor clandestino no les llevaría a ninguna parte. ¿O acaso tenía la absurda esperanza de convertirse en príncipe de la noche a la mañana?

Jordan se rio de su propia ingenuidad. Se había dejado llevar demasiado

tiempo por aquella ilusión y era el momento de volver a poner los pies en el suelo.

—¿De qué te ríes, Jordan? —lo sorprendió la voz de Nigel.

—De la forma tan insospechada en que la vida se nos es mostrada, amigo mío —respondió de forma distraída.

—Anda, levántate —le hizo una mueca de extrañeza—. Su Majestad quiere vernos.

—Hijo, ¿no crees hallar otra opción? —trataba de persuadir Trystan a su sobrino tras informarles de su decisión.

—Tío, no sé si sepas que esta no es la primera tentativa del Rey Balkar —comenzó a explicarle Nicholas.

—Sí, Erick ya me puso al tanto del intento de secuestro de tu esposa —se apresuró a confirmarle.

—¿Le has hablado de tus intenciones a Gabrielle? —se interesó Erick. Nicholas asintió.

—Intentó disuadirme pero ha acabado aceptándolo —le respondió—. Creo que, en el fondo, ella también sabe que es la única salida —añadió con pesar.

—Si esa es vuestra decisión, Majestad, os diré que los hombres están cansados de esta situación y están deseosos de luchar —le informó Nigel.

—Jordan, ¿qué sabes acerca del ejército de Adamón? —quiso saber Nicholas.

Nigel le lanzó una rápida pero significativa mirada al guardia.

—Bueno... —titubeó él—. Es bien sabido lo despiadado de sus hombres y su falta de piedad. La sed de sangre es lo único que parece moverlos, ni planes ni estrategias, solo el placer de matar.

—¿Es numeroso? —prosiguió—. ¿Más que el ejército de Los Lagos?

—Me temo que sí, Majestad.

Nicholas se mantuvo pensativo durante unos momentos. Era cierto que quería atajar de raíz con aquella plaga llamada Balkar pero no por eso iba a mandar a sus hombres al suicidio, a no ser que...

—¿Qué tienes en mente, primo? —le preguntó Erick que entendía por su expresión que alguna idea lo asaltaba.

De repente Nicholas negó con la cabeza, sin prestarle atención.

—Sí, Majestad —lo alentó Jordan a decir en voz alta aquello que pasaba por su mente como si supiera con certeza lo que era, y sobresaltando a

Nicholas al sentirse descubierto.

—Sería una osadía por mi parte pretender algo así —susurró por lo bajo, sin querer aceptarlo—. Ni siquiera me he presentado ante ellos.

—La Guardia de Asbath es fiel a su Reino —aseveró Jordan—, y por tanto, serán leales a su soberano, Majestad.

—No pongo en tela de juicio su lealtad hacia la Reina, sin embargo... —vaciló—. Yo no creo ser poseedor aún de ese derecho.

—Es vuestro desde el instante en que os coronasteis como Rey de Asbath, Majestad —rebatió Jordan.

—La confianza y la fidelidad no las otorgan una simple corona, Jordan —discrepó Nicholas—. Apenas han oído hablar de mí y ya les estoy mandando a la batalla. Buen soberano he resultado ser.

—Yo mismo me aseguraré de que se unan a la causa —le propuso Jordan.

Nicholas lo miró con recelo.

—Creo que soy el más indicado para ello, Majestad —le reiteró—. Nadie mejor que yo para hacerlo que os conozco y cuento, por tanto, con infinidad de argumentos que ofrecerles por los que deberían luchar.

—Pero Jordan...

—Partiré al alba, Majestad —concluyó con seguridad—. En unos días, el ejército de Asbath estará acampado en La Encrucijada, a la espera de vuestras órdenes.

—Está bien —aceptó al fin.

—Entonces me retiro, Majestad —le anunció—. He de preparar mi equipaje.

—Majestad, yo también me retiro —dijo Nigel con cierta premura mientras Jordan dejaba la estancia—. Hay algo que quiero tratar con él.

Se inclinó rápidamente y salió corriendo tras el guardia.

—Espérate —lo tomó de un brazo haciéndolo detenerse—. ¿Qué locura es esta?

—Tú sabes mejor que nadie...

—Sí, lo sé —le cortó—. Aún así creo que te estás precipitando.

—No veo por qué —le contradijo.

—Bruc aún no regresa de Bogen —le recordó—. ¿Ya no sospechas del pelele empolvado?

—Era desconfianza, Nigel, ni siquiera sospechas —puntualizó.

—Aún así creo que deberíamos esperar a que el chico regresara —le sugirió.

—Asbath no se encuentra en los Confines del Mundo —dijo con apatía—. Puedes mandar a buscarme —concluyó iniciando de nuevo su camino hacia su recámara.

—¿Vas a dejarla sola a merced de ese hombre? —inquirió Nigel con declarada intención.

Jordan se detuvo en seco y se giró a mirarlo de un modo casi amenazador.

—Fin de la discusión —sentenció Jordan con dureza antes de marcharse.

§ ~ \* ~ §

—¡Majestades! —exclamó Jordan sorprendido cuando se abrió la puerta de su habitación y los vio esperando en el umbral—. Pasad —les pidió.

—Te extrañamos en la cena, amigo mío —le reprochó Nicholas.

—Lo siento, Majestad —se disculpó—. ¿Erin no...?

—Sí, ya nos avisó de tu falta de apetito —lo estudió Gabrielle con ojos inquisitivos.

—¿Me necesitabais? —preguntó Jordan sin terminar de entender el motivo de su visita.

—Queríamos desearte buen viaje —le explicó Nicholas—, y yo, personalmente, quería pedirte que le entregaras esta misiva al Capitán de la Guardia y, por tanto, a sus hombres.

—Pero...

—Es lo menos que puedo hacer, Jordan —lo cortó.

—De acuerdo, Majestad —concordó él.

—¿Necesitas algo? —se ofreció Nicholas.

—No, Majestad —negó él—. En cuanto estemos apostados en La Encrucijada, mandaré a avisaros.

—¿Tú... lucharás? —se atrevió a preguntarle.

—Por supuesto —respondió con firmeza—. Sería un honor luchar a vuestro lado.

Nicholas negó con la cabeza.

—El honor es todo mío, Jordan —posó afable su mano sobre su hombro—. Cuídate mucho.

Jordan asintió agradecido.

Nicholas hizo ademán de abandonar la habitación y miró a su esposa.

—Yo... —balbuceó ella.

—Te espero en la recámara —la interrumpió, depositando un leve pero dulce beso en sus labios. Gabrielle le respondió con una sonrisa y aguardó hasta que se retiró su esposo.

—Muy bien —espetó ella con seriedad cuando se hubo cerrado la puerta—. Ahora me explicarás qué esperas conseguir con tu actitud.

—No os entiendo, Majestad —contestó eludiendo su mirada indagadora.

—Estás hablando conmigo, Jordan —exclamó airada colocándose frente a él—. Puedes obviar la mascarada.

—¿Qué queréis que os diga? —se encogió de hombros.

—Quiero que me expliques por qué huyes —le exigió.

—No estoy huyendo —se defendió, aunque no sabía muy bien de qué—. Creo que es lo que debo hacer.

—Entonces, ¿estás convencido de que por el simple hecho de marcharte, tu amor por ella morirá, sin más? —agregó Gabrielle, dejándose de rodeos.

Jordan palideció ante sus palabras, comprendiendo al instante. Se sentó, dejándose caer sobre la cama y, avergonzado, bajó su rostro.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó con tono grave.

—Desde el día de la tormenta —le respondió sentándose a su lado. Jordan suspiró recordando aquel momento en que Gabrielle se lo había dado a entender sin que él hubiera querido admitirlo—. En realidad no estaba segura pero no he necesitado mucho para estarlo. Vuestros ojos irradian amor cada vez que se cruzan vuestras miradas.

—Por favor, Majestad —ocultó su rostro entre sus manos, atormentado.

—Jordan, no te estoy juzgando —apartó sus dedos de su cara—. Al contrario, soy feliz por ti.

—¿Os alegráis de mi desdicha? —una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Ella te corresponde?

Jordan asintió con pesadumbre.

—¿Dónde está el problema, entonces? —preguntó confundida.

—En mi sangre —le mostró el anverso de su muñeca—, en mi nombre, mi identidad, en que solo soy...

—Jordan, te vuelvo a recordar que estamos solos —le atajó—. Lo del “simple guardia” te lo puedes ahorrar y dejar de representar ese papel conmigo.

—Aún así no es suficiente, sigo sin merecerla —argumentó él.

—¿Porque no procedes de una familia de rancio abolengo? —inquirió Gabrielle—. Creo que Nicholas ha dado claras muestras de no ser una persona clasista —alegó—. Eso dejémoselo al Duque Hrodgar.

Jordan alzó su cara y le miró con las facciones endurecidas y ojos reveladores.

—Así que eso es lo que pretendes —aseveró Gabrielle al entender sus intenciones—. Te estás apartando de su camino, entregándosela a otro hombre.

—Es lo mejor para ella —exclamó poniéndose en pie.

—¿Y con qué derecho te atreves a decidir eso? —le acusó.

—Con el que me otorga el sentido común y la sensatez —se justificó.

—¿Desde cuándo el amor es sensato?

—Jordan... —Agatha irrumpió en la habitación sobresaltándolos a ambos—. Perdón... yo...

—Tranquila, Agatha, yo ya me iba —se puso Gabrielle en pie—. Solo espero que, cuando te des cuenta de tu error, no sea demasiado tarde —le susurró al joven—. Buen viaje, Jordan. Manda mi cariño a todos —se despidió de él abrazándolo.

—Gracias, Majestad —respondió con cierta turbación.

Gabrielle se separó de él con pesar y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose cerca de Agatha.

—Ojalá le hagas entrar en razón —le dijo antes de marcharse, cerrando tras de sí.

—¿Lo sabe? —dudó ella acercándose a él.

Jordan asintió.

—¿Y lo acepta? —le cuestionó entusiasmada—. Podría ayudarnos a interceder ante mi hermano.

—No hay nada por lo que interceder —espetó con sequedad.

—No te entiendo...

—¿Aún no te has enterado de que me marchó? —sonrió con sarcasmo.

—Sí, pero volverás, ¿no? —se extrañó ella.

Jordan no respondió, le dio la espalda y se mantuvo en silencio.

Agatha no tardó en comprender. Ya su hermano había hecho un comentario en la cena sobre lo insistente de su alegato al ofrecerse a ser él mismo quien marchase a Asbath. Para Nicholas, aquello resultaba digno de admirar, aunque Agatha se preguntaba el porqué de su actitud tan voluntariosa. Tenía la respuesta frente a sus ojos.

—Entonces ese es el verdadero motivo de tu partida —aventuró ella posicionándose frente a él—. Me estás abandonando.

—No se puede abandonar lo que no se posee —sentenció él con frialdad.

Entonces Agatha tomó su rostro con ambas manos y unió sus labios con los suyos, besándolo con fervor, aturdiéndolo. Deslizó sus brazos rodeando su cuello y se abrazó a él, arqueando su cuerpo contra el suyo, con la firme intención de que la sintiera, por entero, mientras seguía besándolo ávidamente, continuando con aquella lucha sin cuartel. Por mucho que Jordan intentó no doblegarse, sus deseos de tocarla y abrazarla eran cada vez más poderosos, y se acrecentaban con cada una de las caricias que le dedicaban aquellos deliciosos labios. Finalmente se rindió sin remisión, y elevó sus brazos para estrecharla contra su pecho. Sí, la sentiría una vez más, era una justa recompensa por aquel sacrificio que le laceraba el corazón, el alma. Respondió a su beso con el mismo ardor, saboreando su boca hasta la saciedad, queriendo que ese exquisito dulzor impregnara su mente y sus recuerdos donde permanecerían para siempre. Y Agatha lo comprendió. Aquel beso le supo a despedida, a adiós, y aunque quiso transmitirle todo su amor, todos sus anhelos y acallar de su mente la estúpida idea de dejarla, con cada instante que pasaba lo notaba más y más lejano. Sus brazos la abrazaban, sus labios la besaban pero su alma se separaba angustiosamente de la suya.

—¿De cuántas formas he de decirte que te pertenezco? —lo miró con ojos suplicantes—. ¡Te amo, Jordan!

—Y yo a ti. Desesperadamente —le declaró.

—¿Entonces, por qué?

—Porque esto es lo mejor —bajó él su rostro huyendo de su mirada.

—¿Para quién? ¿Para ti? —inquirió con furia, tratando de tragarse las



lágrimas que luchaban por liberarse de sus ojos.

—No —se apresuró a negar—. Es lo mejor para ti.

—¡Tú eres lo mejor para mí! —dijo exasperada.

—Te conviene alguien como Hrodgar —exclamó mortificado.

Agatha se alejó un paso de él y comenzó a reír, una risa falsa, aderezada con la sal de su llanto.

—Eres un iluso —ironizó—. ¿Crees que porque te marches me arrojaré a sus brazos? ¿Tan banal piensas que es mi amor por ti? ¿O es que has olvidado lo que me dijiste una vez cuando ocurrió aquel episodio entre Erin y Nigel? “No hay nada que se pueda hacer si el corazón de la doncella ya pertenece a otro”. ¿Lo olvidaste? —insistió—. ¡¿Lo olvidaste?! —golpeó su pecho obligándole a contestar.

—No —masculló entre dientes.

—Pues mi corazón no solo te pertenece, Jordan —prosiguió entre lágrimas—, lo marcaste a fuego, y es un ardor que me consume dolorosamente cuando no te tengo cerca pero que tu simple contacto mitiga tornándose en embriagador bálsamo. Mis manos solo reconocen la tuyas, al igual que mis labios, mis ojos, mi aliento, mi esencia... solo te reconocen a ti.

Agatha posó su mano en la mejilla de Jordan y captó una lágrima solitaria que la surcaba.

—Dime que volverás a mi lado —le pidió.

Jordan cerró los ojos y tomó aire, tembloroso.

—Adiós, Alteza —suspiró contra su piel.

Tomó sus dedos, apartándolos de su rostro, y se giró dándole la espalda, sin querer ver cómo se marchaba, evitando así la tentación de detenerla, alejando el deseo de estrecharla de nuevo para no volver a soltarla jamás. Escuchó sus pasos lentos a lo largo de la habitación, el sonido de la puerta al cerrarse y entonces se derrumbó. Cayó sobre sus rodillas con el rostro entre sus manos, ahogando un grito de dolor al sentir su corazón resquebrajarse en miles de pedazos dentro de su pecho. Y lloró como nunca antes lo había hecho al saber que él mismo se había condenado a la más absoluta soledad, a una vida llena de oscuridad y de su ausencia. Solo le quedaba aquel sabor en sus labios que jamás se borraría de su piel.

Aún no despuntaba el alba cuando se levantó de la cama, con los músculos entumecidos tras horas de vigilia y aflicción. Se acercó a la cómoda tomando la carta de Nicholas y la leyó, guardándola después en el interior de

su jubón. Sin duda a los guerreros les honrarían las palabras de su Rey pero seguía convencido de que eran innecesarias; el ejército de Asbath lucharía con toda seguridad. Se colgó el morral al hombro y se dirigió a la puerta, despidiéndose de aquella habitación en el que quedaría encerrado su corazón.

Antes de cruzar el puente levadizo se volteó para echar una última mirada a aquel castillo en el que se había permitido el lujo y la osadía de soñar. Vislumbró una de las ventanas del torreón alumbrada por la luz de las velas y su fulgor desdibujó el rostro de Agatha. Jordan no pudo evitar que el brillo de sus ojos lo capturaran una vez más y Agatha sonrió para sus adentros con amargura. Podrían pasar semanas, meses, años, incluso siglos, pero ella siempre estaría allí, esperándolo, hasta que él decidiera volver. Porque él volvería y ella estaba convencida de ello, debía estarlo... Esa esperanza era lo único que la mantendría con vida hasta entonces.

## Capítulo 23

Una reluciente bruma nublaba sus ojos, quizás iluminada por la luz del sol o quizás era producto de su mente obnubilada por el sueño. No pudo encontrar la conexión con la realidad hasta que las puntas de unos dedos que eran de sobra conocidos por ella comenzaron a rozar su espalda. No le hacía falta abrir los ojos para comprobar a quién pertenecían esas manos que la acariciaban, su piel siempre sería capaz de reconocer ese tacto; él era el único que conseguía estremecerla con ese acto tan simple o turbarla como ahora que podía sentir su aliento en su oído mientras depositaba ardientes besos en el nacimiento de su cuello. Dejó escapar un suspiro, casi de derrota, y volvió a tomar aire buscando una fortaleza que difícilmente podría encontrar al acercarse aquellos labios que ella tanto deseaba peligrosamente a los suyos.

—¿Tratáis de embaucarme, Alteza? —forzó Claire su voz en un reproche que apenas así lo parecía.

—¿Sabéis cuál es el castigo por llamar tramposo a vuestro esposo? —susurró Erick contra su mejilla mientras pegaba su torso a la espalda de ella.

—No creí que se pudiera ser culpable por decir la verdad —alegó apenas dominando el temblor de sus palabras.

Erick rio quedamente mientras, con movimiento certero, la volteó colocándola de espaldas en la cama, su rostro frente al suyo y, con media

sonrisa dibujada aún en sus labios, se inclinó sobre los de ella. Aún sin saber de dónde había sacado la fuerza suficiente para escapar del embrujo de sus verdes ojos, Claire giró su rostro rechazando su beso.

—Ya no estés molesta conmigo, Claire —musitó él con voz lastimera—. Ni siquiera me diste un beso de buenas noches ayer —hizo un mohín infantil.

—Puedo comenzar a dar saltos de alegría por toda la habitación si eso te hace feliz —ironizó ella.

Erick resopló.

—Creí que con la discusión de anoche había habido más que suficiente —puntualizó ahora con seriedad.

—¿Significa eso que no quieres atender a mi petición? —lo acusó ella.

—No se trata de querer, Claire —se sentó en la cama pasándose una mano por el cabello con nerviosismo—. Y no —la cortó adivinando sus intenciones—. Aquello de *querer es poder* no es aplicable en absoluto en esta cuestión.

—No veo qué te lo impide —se incorporó ella también, cubriéndose con la sábana y cruzándose de brazos.

—Por ejemplo, el amor a mi familia y a esta tierra.

—Que está muy por encima de tu amor por mí —le cuestionó ella con frialdad.

—Hiriéndome tampoco evitarás me una a lucha —bajó él la mirada con decepción.

Claire sintió un gélido escalofrío recorrerla sabiendo que se había extralimitado en su acusación y los remordimientos hicieron mella en sus mejillas que se sonrojaron de vergüenza y temor.

—Perdóname —le pidió con voz trémula casi tomada por las lágrimas—. Te juro que no he sentido ni una sola de las palabras que te he dicho y tampoco pretendía herirte —añadió temblorosa ante su silencio—, no podría, Erick; tu dolor es mi dolor. Por favor...

El muchacho tomó su mano y la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza, siendo ese el impulsor de aquellas lágrimas que anegaban sus ojos, liberándose como parte de su alivio y de su propia penitencia.

—Jamás vuelvas a dudar de mi amor por ti —le pidió él con tristeza—. Te lo ruego, Claire.

—Discúlpame —le repitió ahogando un sollozo.

—¿Y se puede saber por qué lloras? —le preguntó con aire desenfadado al notar la agitación de sus hombros, intentando restarle importancia al asunto.

—No quise decir algo así —le respondió mortificada—. Pero la simple idea de poder perderte me impide pensar con claridad.

—Me hago cargo, amor —la consoló enjugando sus mejillas con sus pulgares—, pero trata de comprender mi postura. Este Reino es prácticamente mi segundo hogar y Nicholas es como un hermano para mí. ¿No es lo mismo que sientes tú por el pueblo de Asbath y por tu prima Gabrielle? —le cuestionó calmadamente.

Claire tuvo que asentir, aquello era una verdad irrefutable.

—¿Y no harías cualquier cosa que estuviera en tu mano si se vieran amenazados? —siguió con su razonamiento—. ¿Podrías vivir con la conciencia tranquila si Gabrielle estuviera en peligro y tú no movieras ni un dedo para ayudarla?

—Sentiría que la habría traicionado —admitió ella muy a su pesar, bajando su rostro avergonzada.

—Pues esta es una de esas ocasiones en las que necesitan de nuestro apoyo, Claire —alzó su barbilla para que lo mirara—. Sé que Nicholas jamás me pediría que lo acompañara pero lo haré a pesar de su posible negativa.

—¿Y mi parte de la lucha cuál debería ser según tú? —quiso saber ella.

—Bastará con que entiendas mi decisión, me veas partir tranquila y orgullosa de tu esposo, y que aguardes mi regreso confiada y esperanzada —concordó él.

—Mucho me pides —susurró ella reprimiendo aquel dolor en su garganta provocado por nuevas lágrimas que luchaban por escapar de sus ojos.

—Nunca dije que tu misión fuera a ser sencilla, pero querías luchar, ¿no? —le sonrió él con calidez.

—Erick... —lo miró con ojos vidriosos.

Él volvió a refugiarla en su pecho otorgándole consuelo, acariciando su cabello y su espalda.

—Volveré sano y salvo —le aseguró él.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿Dudas de mis habilidades combatiendo? —trató de bromear él.

Claire chasqueó la lengua con su comentario.

—Estamos del lado de la justicia, la razón y el honor, luchando contra un déspota, un tirano, un asesino, y ni siquiera hemos sido quienes han lanzado la primera piedra —le recordó—. La fortuna siempre sonrío a los audaces y los inocentes, y nosotros somos ambas cosas.

Erick tomó el rostro de su esposa y le obligó a mirarla.

—¿Estás de acuerdo? —indagó con tono conciliador, a lo que ella asintió—. Entonces dedícame una de tus deslumbrantes sonrisas.

Claire no pudo evitar reírse de su ocurrencia.

—Así me gusta —le sonrió él—. ¿Puedo reclamar ahora mi beso de buenas noches? —se inclinó sobre ella sugerente.

—Ya ha amanecido —negó ella con la cabeza siguiendo su juego.

—Entonces me debes también el de los buenos días —susurró sobre su boca antes de tomarla con la suya ardientemente, embriagándose ambos con el dulce sabor de la reconciliación.

Sin dejar de besarla, Erick empujó con suavidad a Claire y la tumbó sobre la cama, colocándose sobre ella delicadamente y la corriente que produjo en ellos el contacto de sus cuerpos los hizo gemir a ambos.

—Llegaremos tarde a desayunar —jadeó ella contra su boca mientras Erick comenzaba a acariciarla con maestría, sabiendo el lugar justo donde la haría vibrar.

—¿A quién le importa el desayuno? —la miró él con ojos inyectados en pasión, haciendo que un suspiro escapase de la garganta de Claire.

Con movimientos rápidos y precisos, Erick la despojó de su camisón y enterró su cabeza en el hueco de su cuello, comenzando a delinear las líneas de su piel con sus labios llenos de fuego e incendiándola a su paso mientras la humedad de su lengua avivaba más esas llamas, en lugar de mitigarlas. Formó un sendero sinuoso y ardiente de besos hasta uno de sus senos y Claire no pudo reprimir un gemido al sentir sus labios sobre la sensible piel, enterrando sus dedos en su cabello, embargada por la sensación.

Erick sabía por su respuesta que estaba más que preparada para él, del mismo modo que él lo estaba para ella, pero no quería privarse del gozo de seguir acariciándola y hacerla estremecer, temblar de deseo, llevándola casi hasta el límite. Deslizó su mano hasta su abdomen rozándola suavemente hasta una de sus piernas, separándose un poco, haciendo que Claire se arquease de anticipación. Guió sus dedos desde su rodilla ascendiendo por el interior de sus muslos con tortuosa lentitud, mientras Claire cerraba una

mano entre la sábana con fuerza, tratando de alivianar su impaciencia.

Cuando Erick llegó a su centro gimió sobre su seno al comprobar su humedad y la forma con que su femineidad se abría a su tacto, como sus dedos resbalaban por su tersura, arrancándole jadeos de su pecho. Amaba el tenerla así, expuesta a él, entregada, abandonándose, sucumbiendo a sus caricias y fue así, teniéndola a merced de su pasión, que un deseo irrefrenable se apoderó de él y, negándose a combatirlo, se dejó llevar.

Elevó su boca hasta la de Claire y la atrapó con avidez, sin dejar de acariciarla.

—No me detengas, por favor —le susurró contra sus labios. Erick la miró a los ojos buscando su respuesta y, aún sin entender lo que le estaba pidiendo, Claire accedió.

Entonces comenzó a recorrer de nuevo su cuerpo con sus labios y fue cuando sus besos siguieron descendiendo hasta su abdomen que Claire entendió su petición. Se mordió el labio sin creer que aquello fuera posible, casi sin atreverse a desear que así fuera, hasta que notó que la mano de Erick dejaba de acariciarla y sintió su cálido aliento en su lugar.

Cuando sus labios rozaron su centro, Claire tuvo que reprimir un grito ante el íntimo contacto que la colmaba de un placer inimaginable. Erick comenzó a saborear extasiado la exquisitez de su carne y se deleitó de su extrema suavidad, mucho más que al tacto de sus dedos. Con su lengua alcanzó su cúspide y la sintió enloquecer, hundiendo sus manos entre sus cabellos, deseando que no parara, que no terminase nunca esa placentera sensación.

Gozar de aquella reacción que él era capaz de provocar en ella lo hizo más osado y quiso saborear su interior, viajando con su lengua hasta su entrada, degustándola, una y otra vez. Erick gimió contra su intimidad, su delicioso sabor era atrayente y escucharla jadear así lo estaba llevando al borde del abismo.

—Erick, te necesito —gimió ella, cumpliendo así con su mismo deseo y, separando su boca de ella, trepó por su piel hasta volver a colocarse sobre ella, poseyéndola al fin, entregándose a ella y a la calidez de su cuerpo.

Claire buscó su boca con desesperación mientras Erick iniciaba su danza dentro de ella, una danza llena de la pasión y el amor de ambos. El cúmulo de sentimientos anudó su unión en una sincronía de movimientos y la conjunción perfecta de sus esencias.

—Abrázame, necesito sentirte más —le pidió él apoyando su rostro en la curva de su cuello y ella obedeció, apretando sus brazos en su espalda y rodeando su cuerpo con sus piernas, ligando más sus caderas a las de él, gimiendo ambos ante el pleno contacto.

Sus cuerpos estallaron al unísono, con oleadas de placer inundándolos por completo, transportándolos, aislándolos de la realidad. Sus cuerpos temblorosos se derrumbaron uno en brazos del otro y quedaron mirándose, en silencio, mientras sus pechos trataban de hallar aliento.

—Gracias —susurró Erick cuando se calmó su respiración, apoyando su rostro sobre su pecho.

—¿Por qué? —preguntó ella extrañada, acariciando su mejilla.

—Por satisfacer mi petición —respondió él con sonrisa pícaro.

—Será un placer volver a cumplir tus deseos —lo miró ella insinuante.

—Deberíamos discutir más a menudo —sugirió Erick divertido y haciéndola reír, atrapando él su risa entre sus labios.

§ ~ \* ~ §

Con las manos entrelazadas salieron de la habitación. Aún anidaba en su cuerpo el recuerdo del momento que acababan de compartir, alimentado por sus miradas y sonrisas llenas de complicidad. Al asomarse al comedor, encontraron a su familia esperándolos.

—Perdón por el retraso —se excusó Erick con tono despreocupado, aunque las mejillas sonrosadas de Claire eran más que deladoras—. Veo que no somos los únicos —apuntó mirando los asientos vacíos de Jordan y Agatha.

—Imagino que mi hermana sí que se habrá dormido —repuso Nicholas—, pero Jordan se marchó antes del amanecer.

—¿Nos ha abandonado nuestro guardia predilecto? —inquirió Hrodgar mordaz, sin poder ocultar la satisfacción que le producía aquella noticia.

—Le confié un asunto de vital importancia y se ha marchado a Asbath a cumplir con el encargo —le anunció Nicholas con declarada provocación en su afirmación, y rio para sus adentros al ver sus efectos en el rictus de Hrodgar que se retorcieron al comprobar, por enésima vez, en cuán alta estima tenía el Rey a aquel guardia arribista.

—Yo voy a despertar a Agatha —atajó de repente Gabrielle,



levantándose. Nicholas la miró sorprendido—. Podéis empezar sin mí —le sonrió ella confidente a lo que él asintió.

Depositó un beso en los labios de su esposo y se apresuró a salir del comedor, dirigiéndose a la habitación de su cuñada. Estaba casi segura de que no se había quedado dormida, de hecho dudaba de que hubiera conseguido conciliar el sueño más de cinco minutos seguidos. No sabía de qué forma habría concluido la conversación entre ellos la noche anterior pero, conociendo a Jordan como lo conocía, tenía serias dudas de que Agatha hubiera podido disuadirlo.

Cuando llamó a la puerta no obtuvo respuesta, como era de esperar, así que entró con paso decidido. La encontró tumbada en la cama, vestida aún con las ropas del día anterior, inmóvil y con la mirada perdida hacia la ventana. No reaccionó hasta que Gabrielle se sentó a su lado tomando una de sus manos y, aún así, su única respuesta fue un débil parpadeo. Su bello rostro estaba marcado por surcos húmedos de lágrimas y sus ojos enrojecidos habían perdido su brillo azulado de costumbre, tornándose oscuros por el pesar.

—Dime que volverá —susurró de repente como un lamento. Entonces, como guiada por un impulso se incorporó y se abrazó a Gabrielle, apoyando su rostro en su hombro.

—Jordan es un estúpido por dejarte así, pero sé que no puede vivir sin ti —la consoló Gabrielle abrazándola.

—Entonces, ¿por qué? —la miró con el rostro roto por la desesperación.

—Cree que alguien como él no es...

—Ya sé lo que cree —exclamó dolida—. Me lo ha repetido hasta la saciedad. ¿Y sabes lo peor? Han sido las mismas veces que me ha dicho que me ama.

—Es que te ama —le reiteró Gabrielle—. Pero vive en conflicto por la situación.

—Se regodea en un conflicto que ha creado él mismo —lo acusó—. ¿Cuándo se convencerá de que yo no necesito todo esto? —señaló a su alrededor—. Teniéndolo a él me basta y me sobra.

—No quiere que te enfrentes a tu hermano por él o que abandones tu posición para seguirlo —le aclaró—. En cierto modo es comprensible.

—¿También es comprensible que trate de arrojarme a los brazos de otro

hombre? —espetó molesta, enjugándose las lágrimas casi con brusquedad.

—Creo haberte dicho nada más comenzar nuestra conversación que Jordan es estúpido —puntualizó divertida.

En el rostro de Agatha se esbozó lo que parecía una tenue sonrisa pero que se esfumó al instante, ensombreciéndose de nuevo su mirada.

—¿Qué puedo hacer, Gabrielle? —preguntó con desazón.

—Por lo pronto, vas a quitarte estas ropas y ponerte algo más cómodo —respondió levantándose de la cama e instándole a ella a hacer lo mismo, mientras la ayudaba a desvestirse—. De cara a la galería, tienes molestias en el estómago y te he dado una tisana, pero procuraré que tu tío venga a revisarte lo menos posible —le ofreció un camisón—. Yo misma te voy a preparar un agua de tila para que descanses. Debes sobreponerte y recuperarte ¿O quieres que Jordan te vea ojerosa y echada a morir cuando regrese? —bromeó.

—Gabrielle...

—Jordan regresará, no lo dudes —le dijo más seria mientras la cubría con la sábana y se sentaba junto a ella—. Te aseguro que esto está siendo igual de doloroso para él que para ti, y aunque sé que es obstinado e incluso testarudo, no tardará en darse cuenta de que ha cometido un error al marcharse y volverá.

—Pero hasta entonces...

—Serás fuerte y harás acopio de todo tu coraje y resolución para aguardar su retorno sin dejarte llevar por la angustia —sentenció—. Aparte de tu belleza, esas son las cualidades que Jordan ama en ti, así que haz honor a ellas.

Agatha la miró afligida.

—También puedes idear formas de vengarte de él —bromeó, haciéndola sonreír de nuevo levemente—. Voy a por la tila y vuelvo en un minuto —decidió poniéndose en pie.

—Gracias, Gabrielle —musitó Agatha.

—No es nada —le respondió ella.

Cuando volvió a quedarse a solas, sus ojos volvieron a posarse en aquella ventana, desde donde lo había visto alejarse y se preguntó si llegaría el día en que esa misma ventana le regalaría la imagen de su regreso. Pensó en las palabras de Gabrielle. ¿Sentiría Jordan ese dolor que a ella le oprimía el pecho de modo agonizante hasta entumecerla? ¿Sentiría que cada latido de

su corazón era como una daga que se clavaba cada vez más en su interior? Sería tan fácil mitigar todo ese pesar, liberarse de ese calvario que los torturaba a ambos...

§ ~ \* ~ §

El sol ya empezaba a caer tras las colinas cuando Jordan divisó el castillo de Asbath, su patria... Se le antojaba tan extraña ahora... Sabía muy bien que el único lugar donde podría sentir que estaba su hogar era en los brazos de Agatha y él mismo los había rechazado.

En la soledad del viaje había tenido demasiado tiempo para pensar, en realidad para atormentarse, y cada vez que un destello de duda inundaba su mente se esforzaba por ahuyentarlo y convencerse de que su decisión era la correcta. Sin embargo, esa pesadumbre que cargaba sobre sus hombros, ese dolor que había invadido su pecho como una mala semilla y que crecía a cada segundo retorciendo sus entrañas de forma despiadada hasta el punto de dejarlo sin aliento era difícil de obviar. Su honor le decía que actuaba apropiadamente, pero su corazón aún seguía resquebrajado en mil pedazos en su interior y aquella herida, lejos de sanar, no hacía más que sangrar y sangrar.

Cruzó el puente levadizo y, entre animados saludos y miradas de admiración, llegó al castillo. Ató a Drakhon a un madero y se apresuró a entrar a la cocina donde una mujer de avanzada edad, mediana estatura y apariencia fuerte revisaba los calderos que hervían en los fogones.

—Había olvidado el aroma de tus guisos, Vieja Bianca —espetó a su espalda con sorna.

—Solo hay una persona en este mundo que se atreva a llamarme así —aseveró mientras se volteaba a enfrentarlo, con expresión dura y que solo pudo mantener durante unos segundos hasta que se echó a los brazos del joven que la esperaban abiertos.

Jordan la hizo girar varias veces antes de soltarla.

—Por los Pilares del Kratvah, ¡estás en los huesos! —exclamó ella palpando sus músculos—. ¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién? —se extrañó él.

—La mujer que te tiene en este estado y por la que se entristecen tus ojos ojerosos —repuso con mirada inquisidora.

—No sé de qué me hablas —se encogió de hombros tratando de fingir lo más que pudo.

—Si tú no estás enamorado, yo estoy ciega —concluyó ella.

—Pues lo disimulas muy bien —agitó Jordan una mano frente a sus ojos, golpeando ella su brazo.

—¿Y dónde está mi niña? —quiso saber con clara emoción tiñendo su voz.

—En Los Lagos, con su esposo —le informó mientras tomaba una manzana del frutero y la mordía.

—Pero...

—Destilando amor a cada paso que dan —la tranquilizó él.

—¿Entonces él la ama? —se iluminó el rostro de la mujer.

—Como un demente —le guiñó el ojo Jordan.

—Más respeto hacia Su Majestad —le reprochó ella alzando un cucharón con mirada amenazante.

—Tú preguntas y yo respondo —le hizo un mohín.

—Muy bien, entonces te preguntaré cuál es el motivo de tu visita o, ¿es que piensas quedarte definitivamente?

—Han surgido ciertas dificultades —le dijo ahora con seriedad—. De hecho, quiero que reúnas a toda la servidumbre en el Patio de Armas. Lo que vengo a anunciar les concierne a todos.

—¿Pero ellos están bien? —le cuestionó preocupada antes de que saliera de la cocina.

—Por el momento, sí —respondió antes de salir.

Caminó con premura hacia el patio, atravesando las innumerables arcadas de piedra que formaban la galería y no pudo evitar que volviera a su mente aquella vez que descubrió a Agatha oculta tras una pilastra, espiándolo. Solo habían pasado unas cuantas semanas desde aquello pero parecía algo tan lejano...

Cuando llegó al Patio de Armas se encontró con los guerreros en el último entrenamiento de la tarde y los observó durante un momento. Su formación y su estado físico seguían siendo excelentes a pesar de su ausencia y se enorgulleció al pensar que Nicholas estaría más que satisfecho con su ejército.

—Steven, la espalda erguida y tú, Patrick, afirma esos dos pies en el suelo si no quieres que una leve brisa te tumbe —exclamó Jordan llamando la

atención de sus hombres que lo miraron sorprendidos, tirando las armas para correr hacia él.

—¡Capitán! —gritó otro muchacho que hizo lo mismo que sus compañeros.

—Francis, creo que desde hace más de dos años ese es tu cargo —le dijo Jordan poniendo los ojos en blanco.

—Solo a efectos prácticos y hasta que tú decidas volver a ocupar ese puesto —le recordó él con precisión—. Además, todos, incluido yo, te consideramos nuestro Capitán por mucho que te quejes. ¡Mírate! Acabas de llegar y ya estás dando instrucciones a los hombres.

Jordan se rascó la cabeza con gesto de culpabilidad mientras los cuatro hombres se echaban a reír.

—¿Cómo es el Rey? —se atrevió a preguntar Steven, sonriendo Jordan ante su justificada preocupación.

—Un soberano extraordinario —afirmó con el pecho henchido—. Su Majestad, que en brazos de la Diosa Xeira repose, no pudo elegir mejor a quién legar este Reino.

Los tres hombres respiraron aliviados.

—¡Ah! y os encantará saber que él mismo supervisa las rutinas de entrenamiento de sus guerreros —se rio él ante sus expresiones de asombro.

—Eso sí que es una sorpresa —comentó Patrick sonriente.

—¿Entonces no te ha dejado dirigir a los hombres? —intervino Francis.

—La Guardia de Los Lagos tiene su propio Capitán, Nigel, muy capaz por cierto —le aclaró—. Además, te recuerdo que viajé en calidad de guardia, no de capitán.

—¿Quieres decir que Su Majestad no lo sabe? —frunció el ceño.

—Aún no, pero temo que se enterará pronto, si aún deseas deshacerte de ese puesto —le insinuó Jordan.

—Desde este preciso instante es tuyo —concordó—, pero ¿qué significa eso de muy pronto? —lo miró con suspicacia.

—Reunid a los hombres —les pidió con rostro severo—. Hay algo que debo comunicaros a todos.

Los hombres asintieron y se apresuraron a obedecer. Jordan se encaminó hacia un pequeño estrado de madera que utilizaban para ciertos ejercicios y se subió a él con la intención de que todos pudieran escucharlo sin dificultad. A lo lejos, vio a Bianca aproximarse del brazo de Selene, la

hermana de Francis, junto con el resto de la servidumbre y a los últimos hombres que salían del Cuartel de Guardias y que lo miraban con entusiasmo mientras escuchaba algunos murmullos animados que anunciaban que “*había vuelto el Capitán*”. Jordan alzó las manos demandando silencio.

—Antes de narraros por qué estoy aquí —habló con potente voz—, y a sabiendas del gran aprecio que sentís hacia la ya coronada Reina Gabrielle, os diré que se halla feliz al lado de su esposo, el Rey Nicholas. Me pidió encarecidamente que os transmitiera todo su cariño y me consta que siempre os lleva en su corazón.

Los vítores y exclamaciones de alegría no se hicieron esperar.

—¿Y cómo es nuestro soberano? —se escuchó una voz entre la multitud.

Jordan comprendía a la perfección el recelo que albergaba la inmensa mayoría del pueblo al haber elegido el Rey Alexandre a un desconocido para formar aquella alianza que uniría ambos Reinos.

—En el tiempo que he permanecido en Los Lagos, Su Majestad no ha dado más que muestras de su ecuanimidad, su benevolencia y su honestidad. Como bien sabéis, es un Reino muy próspero y ha sido gracias a su empeño, su esfuerzo y la búsqueda de bienestar y justicia para todos los ciudadanos que lo ha conseguido. Sin embargo, me temo que ahora todo eso esté en peligro —añadió con voz grave—. Hace unas semanas alguien del Reino de Adamón atentó contra su vida y lo puso al borde de la muerte.

Las maldiciones y juramentos en contra del Rey Balkar llenaron el amplio patio y Jordan tuvo que pedir silencio y tranquilidad en reiteradas ocasiones.

—Nuestro Rey, además de fuerte e inteligente, es valiente, un guerrero —continuó cuando se hubieron calmado los ánimos—. Se declaró el estado de sitio por prevención durante su convalecencia pero es una situación que no se puede mantener por más tiempo. Quiere luchar y enfrentarse al Rey Balkar pero yo mismo le disuadí de acudir a la batalla únicamente con su ejército. Están altamente cualificados aunque en inferioridad numérica y habría sido un suicidio. Por eso estoy aquí —les informó—. Os aclaro que Su Majestad no insinuó en ningún momento que os unierais a la lucha, de hecho se negó cuando se lo sugerí porque no cree merecer esa deferencia por vuestra parte. Sin embargo, yo me tomé la libertad de asegurarle que lo haríais. Decidme, ¿me equivoqué cuando le ofrecí nuestro apoyo al Rey? ¿Dejaremos que luche

solo contra esa escoria del Reino de Adamón?

Los gritos eufóricos se adueñaron de las voces del gentío y Jordan se sintió orgulloso de pertenecer a ese pueblo.

—Su Majestad me pidió que os leyera esto —exclamó Jordan sobre el griterío reclamando de nuevo su silencio y su atención.

Extrajo la misiva del interior de su jubón y bajo las miradas atentas y curiosas de todos comenzó su lectura.

*Al apreciado y respetado pueblo de Asbath:*

*Siento que sean estas las primeras palabras que os dirijo como vuestro soberano y que no sean personalmente pero, desgraciadamente, las circunstancias me lo impiden y me obligan a actuar de esta manera.*

*Antes de visitaros y celebrar de nuevo frente a vosotros la ceremonia de coronación y poder festejar juntos la anexión de los dos Reinos, debía solventar algo que requería con urgencia de mi atención. Por otro lado, y como imagino ya sabréis, hace poco más de tres semanas sufrí un atentado por parte del Reino de Adamón que me mantuvo postrado en una cama varios días y del que, gracias a los Dioses, ya estoy recuperado. Se declaró el estado de sitio de forma preventiva y todavía perdura hasta el día de hoy aunque, como podéis suponer, es una situación insostenible.*

*Quiero hacer hincapié en que no temo por mi persona. Con gusto entregaría mi vida si eso asegurara la paz y la dicha de nuestros pueblos y la de la Reina, a la que no me avergüenza decir frente a todos que amo profundamente. Igualmente pienso que el atentado que sufrí va más allá de la herida que me pudieron infligir, pues es una agresión a nuestra integridad y nuestra libertad como ciudadanos. Pretenden apabullarnos con sus provocaciones disfrazadas de terror y someternos, pisotearnos, aprisionarnos bajo su yugo y eso es algo que no pienso consentir.*

*He tomado la decisión de luchar, mas no creo ser yo el que esté iniciando el enfrentamiento. Me consta que Asbath también ha recibido varios ataques por parte de Adamón y que bien habéis sabido sortear. Pero yo me pregunto, ¿hasta cuándo? ¿En qué momento podremos dejar de temer los arranques sanguinarios del Rey Balkar? ¿Deberemos vivir siempre alerta a sus movimientos y pretensiones sin vivir en paz?*

*Sé que cualquier tipo de negociación sería en vano, sus métodos son a golpe de cuchillo y parece que respondiendo con sus mismas armas será la única forma de finiquitar esta situación. No me produce ningún tipo de gozo*

*el mandar a mi pueblo a la guerra, pero no veo otra salida y ellos mismos prefieren luchar que vivir bajo la amenaza de un Rey mezquino y caprichoso.*

*Estos son los únicos argumentos que os ofrezco para que luchéis a mi lado, y digo a mi lado pues yo seré el primero que cabalgará espada en mano contra la ruindad de Balkar. No pretendo apelar a vuestra posible lealtad hacia mí pues no creo ser merecedor aún de ese honor. Mi corona no me concede ese privilegio pues sois vosotros los que debéis concedérmelo, cuando yo así lo amerite con mis actos y mis decisiones a la hora de gobernar. Tampoco apelaré a la fidelidad que, me consta, sentís hacia la Reina, ni siquiera os juzgaré si creéis que esta lucha os es del todo ajena, pues tenéis todo el derecho y la libertad de hacerlo.*

*A los que quieran unirse a mí no puedo menos que agradecerlos eternamente. Prometo luchar mientras me quedé un hálito de vida y honraros hasta el final, sin temor a desfallecer.*

*Solo me resta reiteraros el juramento que hice ante el altar el día de mi coronación.*

*Yo, Nicholas, Rey de los Lagos por vínculo de sangre, Rey de Asbath por vínculo conyugal, juro solemnemente gobernar los Pueblos de ambos Reinos y sus Posesiones y otros Territorios pertenecientes a cualquiera de ellos, según sus leyes y costumbres. Así mismo, me comprometo a respetar y defender a mi Pueblo, asegurando la paz y haciendo justicia con misericordia.*

*Que los Dioses del Kratvah os guarden a todos.*

Jordan concluyó la lectura de la carta y la plegó, mientras un denso silencio se apoderaba del patio. Observó a todos los presentes tratando de escudriñar en sus rostros alguna reacción, y habría podido jurar que incluso mantenían la respiración, expectantes. ¿A qué aguardaban? ¿Significaba eso que no pelearían?

—¡Gloria al Rey! —gritó alguien de súbito entre la muchedumbre, y ese fue el acicate que los despertó de su ensimismamiento, lo que impulsó su entusiasmo que se alzaba entre ovaciones, elogios y alabanzas en honor a Nicholas, en honor a su Rey.



## Capítulo 24

Aunque era bien entrada la noche, Jordan, asaltado por el insomnio y la melancolía, caminaba por el corredor que recorría la parte alta de la muralla, entre las almenas. Recordó sus tiempos de adolescencia, cuando se pasaba noches enteras de guardia entre aquellos sillares y pensó en lo lejanos que quedaban aquellos días.

Apoyó sus brazos en un merlón, inclinando su cuerpo, asomándose al vacío y suspiró, respirando el silencio de la noche mientras su vista se perdía en la oscuridad del horizonte... En aquella dirección, más allá de los Montes Aunin, había dejado abandonada su alma, con ella. Apenas llevaba separado de Agatha unos días y con cada minuto que pasaba se sentía morir un poco más. Había sido un completo estúpido al pensar que iba a poder superarlo. Maldito iluso, ¿superarlo? Para eso la herida de su pecho debería dejar de sangrar y sabía que no lo haría hasta que se consumiera su último aliento. Ese dolor lo acompañaría por el resto de sus días.

Las lágrimas anegaron sus ojos y no fue capaz, ni quiso contenerlas. Las dejó vagar libremente por su rostro pero, como siempre, la desazón volvió a apresarlos. Aquello no mitigaba su tormento, su maltrecho corazón no hallaba serenidad ni alivio entre sus sollozos y, lo peor de todo era que sabía con exactitud qué era lo único que sanaría su herida. Un simple roce, una caricia, un solo beso de los labios de Agatha tornaría ese oscuro abismo de

soledad y amargura en radiante y abrumadora felicidad.

Elevó sus ojos humedecidos al cielo y se maravilló de ver al cielo llorar con él. Decenas de pequeños y rápidos destellos caían raudos atravesando la negrura del firmamento.

“Lágrimas de Vetsa”, recordó.

Decían los Sabios Antiguos que Tapso, hijo de Bhut y Vetsa, los Señores de los Dioses, pereció al defender las Puertas del Kratvah de las Isthas, criaturas oscuras pobladoras del Inframundo. Y Vetsa lloró amargamente, rogando a Malhok, Señor del Inframundo, que le devolviera a su hijo. Se decía que aquellos destellos en forma de lágrimas evocaban el sufrimiento de Vetsa, aunque la Diosa consiguió conmover a Malhok quien, llevado también por los remordimientos al no haber sabido controlar a sus bestias, liberó a Tapso permitiéndole su regreso al Kratvah.

Jordan, por el contrario, no obtendría recompensa alguna, solo la de esas lágrimas que le recordarían que él mismo había llevado su vida a una oscuridad perpetua, a un sufrimiento merecido. Solo le quedaba el consuelo de creer haber hecho lo mejor para ella; no merecía a alguien como él. Alzó su plegaria a los Dioses para que ella pudiera encontrar al hombre apropiado, el que la hiciera dichosa y le diera una vida plena. Y les imploró para que aquello sucediera, porque si ella no era feliz, él prefería morir.

Alzó de nuevo la vista y la única respuesta que recibió fueron aquellas lágrimas que recorrían el cielo, y de pronto, la brisa de la noche le trajo un quejido lastimero que parecía provenir de la lejanía, más allá de las montañas. Una terrible certeza lo invadió, la que definitivamente lo rasgaría por dentro. Su decisión no había traído únicamente sus propias lágrimas, se las había arrebatado también a ella y eso sería algo que jamás se podría perdonar.

§ ~ \* ~ §

—Es una verdadera lástima que la Princesa Agatha aún esté indispuesta y no haya podido acompañarnos a desayunar —apuntó Hrodgar con clara decepción en su voz—. Confío en que su dolencia no se haya agravado.

—Seguro que en un par de días más estará del todo respuesta, ¿verdad, Trystan? —aventuró Gabrielle.

—Eso espero —concordó él.

—Si me lo permitís, Majestad, volveré a abusar de vuestro ofrecimiento

y saldré del castillo —le propuso a Nicholas—. Lo poco que contemplé de vuestro Reino en mi salida de ayer me dejó completamente fascinado.

—Me alegra oír eso, Duque —concordó él—. Y, como ya dije, puedes salir del recinto amurallado cuando gustes, si es tu decisión.

—Entonces, con vuestro permiso, me retiro —se levantó de la mesa, inclinándose antes de salir del comedor.

—Qué liberación —susurró Gabrielle por lo bajo cuando se hubo ido.

—Pareciera que el Duque te desagrada —apuntó su esposito.

—No creo ser la única —repuso, y lo miró de tal forma que Nicholas supo a quién se refería.

—Tío, ¿qué tan mal se encuentra Agatha? —se interesó él mirándolo con cierto recelo—. Ayer fui a verla pero dormía.

—Bueno —titubeó él—. Según los síntomas que ella me explicó que padece podría ser una indigestión, aunque lo que me preocupa en realidad es su estado de ánimo. Parece muy... deprimida.

—¿Deprimida? —se preocupó Nicholas—. Pero...

—Será por no poder disfrutar de la agradable compañía del Duque —ironizó Gabrielle, tratando de desviar el trasfondo de la conversación.

—¿Significa eso que no le agrada? —sugirió Erick con el ceño fruncido—. Creí que ella lo había invitado a visitarla.

—Las cosas cambian —concluyó ella encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué no se lo dice y acaba con esto de una vez? —Nicholas parecía molesto.

—¿Y cómo hacerlo sin desairarlo? —quiso saber Gabrielle—. Enemistarnos con otro Reino no creo que esté en los planes de tu hermana, dadas las circunstancias actuales.

—Ese no es un problema del que ella tenga que preocuparse —negó él—. No por eso debe soportar una situación que le incomoda.

—Majestad, disculpadme —les interrumpió de repente Ivette, que estaba en mitad del comedor con el rostro desbordado en desasosiego.

—¿Qué sucede? —se alarmó él.

—Acaba de llegar el Príncipe de Dagmar —le anunció con voz inquieta.

—¿Zayev? —exclamó Claire mientras se oía cierto revuelo en la mesa.

—Exige ver al Príncipe Erick.

—Pues veamos qué quiere de mí —se levantó Erick al instante.

—No —tomó Claire su brazo tratando de detenerlo.

—Tranquila, Claire. Ya venía esperando su visita —reconoció.

—Hijo, se prudente —le pedía su padre.

—No pretenderás que me oculte en lo más profundo del castillo para evitar este encuentro, ¿no?

—Asegura que no se marchará hasta que lo haya hecho —se atrevió a intervenir Ivette.

—Y yo voy a complacerlo —sentenció él.

—Entonces te acompaño —decidió ella.

—Más bien te acompañaremos todos —añadió Nicholas, poniéndose en pie, sin esperar a que su primo contestara.

Erick no tuvo más remedio que aceptar y, tomando la mano de su esposa, se dirigió a la entrada, siguiéndoles los demás a una distancia prudencial.

—Cuán bella estampa —se mofó Zayev al verlos llegar.

—¡Zayev! —le iba a reprochar Claire, pero Erick alzó su mano pidiéndole silencio.

—¿Venís a felicitarnos por nuestro matrimonio? —preguntó Erick con gran sarcasmo en su voz.

Zayev no respondió, manteniendo su rictus impasible. Sin embargo, lentamente comenzó a desenvainar su espada y la clavó en el suelo frente él, señal inequívoca de lo estaba retando a duelo, aunque no se detuvo ahí y, para perplejidad de todos, se deshizo de su capa y la arrojó a los pies de Erick.

—Quiero pensar que tantas jornadas bajo el abrasador sol veraniego hasta llegar aquí os han trastornado el raciocinio —espetó Erick ante su acción.

—¿Vais a disfrazar vuestra cobardía achacándolo a mi falta de cordura? —se rio Zayev—. No esperaba esto de vos.

—Es simplemente que os creí más inteligente, Alteza —repuso Erick con severidad—. ¿Me estáis retando a duelo?

—Y no a un duelo cualquiera —agregó con gran ironía—. Habéis obviado el insignificante detalle de que es a muerte —señaló la capa en el suelo—. Es lo menos por el agravio cometido.

—¿Sois de ese tipo de hombres tan ingenuo que piensa que una muerte puede restaurar el honor herido? —inquirió Erick con altivez.

—Es el que me arrebatasteis al casaros con mi prometida —escupió lleno de rencor—. Tal vez así recupere las dos cosas de una sola vez.

—Eso nunca sucederá y lo sabéis —le advirtió.

—Dejemos que la fortuna y nuestras habilidades guíen a la justicia y sea ella quien lo decida —le sugirió.

—Zayev —quiso intervenir Nicholas.

—Con todos mis respetos, Majestad, no tratéis de apelar al diálogo —habló con suficiencia—. Sabéis que estoy en mi justo derecho. El acuerdo matrimonial fue firmado antes de que vos consintierais su unión —le recordó.

—Pero ese acuerdo... —Claire iba a replicar pero Erick alzó su mano y le pidió silencio, sin desviar su mirada de Zayev.

—Os recomiendo que desenvainéis la espada —le escuchó decir—. Se está agotando mi paciencia y no me gustaría que me acusaran de haber sido tan despiadado como para mataros desarmado.

—¿Ahora? —inquirió con sarcasmo—. ¿No queréis descansar antes de vuestro viaje?

Zayev lo miró con desdén, mientras asomaba una sonrisa de suficiencia a sus labios, siendo esa la mera contestación que otorgó.

Sin apartar la mirada de él y en silencio, Erick comenzó a deshacerse de su capa, dando así por entendido que aceptaba su desafío.

—No, Erick —susurró Claire con el terror instaurado en su rostro.

Él continuó con su tarea desoyendo su súplica, depositando la prenda en el suelo cuando hubo terminado, tras lo que desenvainó la espada. Fue entonces cuando se volvió hacia su esposa.

—Confía en mí —le pidió tomando una de sus manos—. El amor está de nuestro lado.

Claire quiso replicar pero Erick la silenció posando sus labios sobre los suyos. Fue un beso suave, dulce y lleno de esperanzas, mas pronto se vio aderezado por las lágrimas de Claire.

—Te amo —respiró él sobre su piel fijando su verde mirada en la de ella.

—No más que yo a ti —alcanzó a musitar ella, ahogada su voz.

Erick enjugó sus lágrimas con sus dedos antes de besar su mejilla.

—Veo que os estáis despidiendo —apuntó Zayev con sorna, aunque su mano empuñada era buena prueba de su furia.

—Y vos tenéis prisa por morir —respondió Erick sin amilanarse,

separándose de su esposa para encararlo—. Parece que habéis olvidado nuestro último enfrentamiento.

—Al contrario, Alteza —se sonrió—. Aprendo rápido de mis errores —aseveró mientras arrancaba la espada de la tierra y se ponía en guardia.

Erick alzó también su espada, sosteniéndola con ambas manos y caminando en círculos alrededor de Zayev. Era muy posible, tal y como le había apuntado hacía un momento, que cambiase su táctica de lucha pero confiaba en que se dejara llevar por la rabia que lo estaba consumiendo y las ansias de desquite.

Sin bajar la guardia, continuó girando, aguardando, no sería él quien diera el primer paso, y a cada segundo y para su satisfacción, el rostro de Zayev se tornaba más y más iracundo por la impaciencia. Hasta que, por fin, Zayev lanzó su primer ataque, tan impetuoso y descontrolado como en aquella ocasión en la que se enfrentaran.

Erick sonrió para sus adentros mientras resistía su lance; sacarle de sus casillas era más fácil de lo que creía. Zayev volvió a lanzar otra serie de embates, igual de potentes y agresivos y Erick siguió devolviéndolos, siempre a la defensiva, pero sin ceder terreno.

—¿Es así como pensáis vencerme? —le quiso provocar Erick... y funcionó.

Zayev alzó la espada sobre su cabeza y lanzando un grito encolerizado, embistió contra él, bajando el arma con rapidez y violencia. Erick tuvo que hacer un gran esfuerzo por resistirlo esta vez, elevando también el filo y recibéndolo, soltando chispas al impactar el metal contra el metal. Ambas armas estuvieron en contacto unos segundos, presionando uno sobre el otro, con brío, tratando de derribar al contrario, hasta que Erick tomó impulso flexionando las rodillas y rechazó el contacto, empujando a Zayev a unos metros de él.

Zayev sonrió satisfecho y Erick comprendió el porqué. La fuerza de Zayev era poderosa y sospechó que, en esta ocasión, no había hecho uso de toda su energía en su ataque. Esa, se la reservaría para sus próximos embates... si es que él se lo permitía.

Erick volvió a caminar en círculos, con expresión dura, sin amedrentarse, con el arma en alto, habiendo decidido cuál iba a ser su siguiente paso. De súbito, acortó la distancia entre ellos y, con premura comenzó a asestarle una serie de golpes cortos y veloces con la espada, tanto

que Zayev apenas atinaba a adivinar por donde vendría la siguiente acometida. No tuvo más remedio que liberar espacio entre ellos, alejándose un poco de él.

Claire se abrazó a Gabrielle, ocultando por unos instantes su rostro en el hombro de su prima; el miedo la tenía completamente dominada y temía derrumbarse en cualquier momento. Ambos jóvenes se observaban atentamente, sus respiraciones agitadas, acompasadas con el movimiento ascendente y descendente de su pecho y con rostros impasibles, como si fueran ajenos al hecho de que estaban jugándose la vida.

Cuando volvió la mirada hacia ellos otra vez, Zayev alzaba su arma y se abalanzaba sobre Erick, devolviéndole, como respuesta a su anterior ataque, un golpe horizontal con su espada, tan enérgico que habría podido cortar a cualquiera por la mitad. Sin embargo Erick volvió a ser más rápido y, saltando hacia atrás, se agachó justo a tiempo para quedar debajo de la espada de Zayev. La furia hervía en su rostro trigüeño; a pesar de su potencia claramente superior, la espada de Erick siempre estaba allí para recibir la suya, rechazándola.

Zayev se aproximó, blandiendo la espada en el aire. Erick lo esperó, calmo y alerta. Cuando el arma bajó, él volvió a esquivarla con movimientos ágiles y fluidos. Zayev atacó de nuevo pero el golpe fue evitado una vez más. Rabioso, emitió un grito de ira, salvaje y entonces, comenzó un intercambio continuo de golpes y el ruido metálico del encuentro de las hojas se tornó ensordecedor.

La rapidez de Erick se acrecentó si eso era posible y el vigor de Zayev disminuyó en intensidad pues cada vez le resultaba más difícil manejar la espada al mismo ritmo de su oponente. Sin donar un segundo de tregua, Erick giró sobre sí mismo dándose impulso, revoleando su espada sobre su cabeza, para hacerla descender en un gesto raudo, inesperado y certero y fue entonces, cuando con horror, comprobó la ausencia del sonido del arma de Zayev chocar contra la suya interceptando su golpe. En su lugar, escuchó el murmullo de tela y carne rasgarse al paso de su filo y su corazón se paralizó durante unos segundos.

Zayev, jadeante y exhausto, cayó de rodillas con una mueca de intenso dolor en su cara, soltando su espada y llevando su mano al brazo izquierdo, dejando correr entre sus dedos hilos de sangre que corrían hasta el suelo.

—¡Maldita sea, Zayev! —exclamó Erick sin dejar de sentir cierto alivio

al comprobar que, por suerte, no era una herida mortal la que le había infligido—. Habéis llevado esto demasiado lejos. Ya es suficiente —añadió lanzando su propia espada a metros de ellos.

Zayev lo miró con una mezcla de confusión y rabia en sus ojos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Es que en ningún momento había tenido intención de tomar su desafío con seriedad? ¿Qué clase de burla era esa?

—Vamos adentro y que mi padre os revise esa herida —agregó Erick con tono desenfadado, mientras giraba su cuerpo, poniendo rumbo al interior del castillo.

Aquello enfureció más a Zayev si cabe. Lo estaba tratando como a un niño, ignorándolo, como si su actitud no fuera más que una simple rabieta infantil. No, Zayev había acudido allí con un firme propósito y lo cumpliría.

Desatendiendo el dolor de su miembro lacerado, tomó de nuevo su espada poniéndose en pie.

—¡Esto aún no ha terminado! —le gritó a Erick.

Erick se volteó a mirarlo sin comprender y vio cómo Zayev alzaba su espada desafiante, dispuesto a asestarle un duro golpe. Ni siquiera había pasado por su mente la idea de recuperar su espada o defenderse cuando el cuerpo de Claire se interpuso ante ellos dos.

—¡Basta, Zayev! —le exigió Claire.

—¡Apartaos, Claire! No quiero lastimaros —le pidió sin bajar su arma.

—Tendréis que hacerlo, no os quedará más remedio —declaró uniendo instintivamente su espalda al pecho de su esposo, que la observaba atónito.

—¿Qué demonios hacéis? —inquirió Zayev bajando su arma por fin.

—Es evidente, ¿no? —alzó su barbilla.

—¿Sois capaz de tal bajeza por él? —la miró de arriba abajo.

—Para mí no es ninguna bajeza entregar mi vida por el hombre que amo —se defendió ella enérgicamente.

Zayev no salía de su asombro mientras una punzada alcanzó su pecho. Sin embargo no logró descifrar su naturaleza; aquello no eran celos, ni siquiera su propio orgullo herido... ¿Qué era entonces? A pesar de eso, se mantuvo firme y con el rostro impávido. Desvió su atención hacia Erick, que miraba a su esposa con una mezcla de devoción y admiración en sus ojos.

—¿Y vos os escondéis tras las faldas de una mujer? —quiso provocarlo—. ¿No os avergüenza permitir que quiera entregar la vida por vos?



—No será él quien me obligue a entregarla, si no vos pues si queréis matarlo, tendréis que matarnos a los dos. No pienso separarme por nada del mundo de su lado —respondió Claire por Erick—. Si lo que queréis es restituir vuestro honor, descargad vuestra espada sobre mí pues fui yo quien rompió ese maldito acuerdo que, por cierto, conseguisteis con malas artes.

El rostro de Claire que, hasta ese instante se había mostrado enrojecido de la rabia, se tornó en decepción al recordar que todo aquello había sido provocado por lo que ella consideraba la traición de un amigo, un buen amigo, y Zayev supo leer aquello en sus ojos; por primera vez, la vergüenza lo invadió y bajó su rostro, huyendo de la censura de la mirada femenina.

—Claire, no es momento para reproches —le susurró Erick colocándola a un lado al hacerse cargo de la situación—. Solo tiene que entender que...

—¿Qué debo entender? —inquirió Zayev ahora airado.

—¿Acaso creéis que matándome conseguiríais a Claire? —le preguntó con tono sosegado.

—Muy seguro parecéis de que no —lo miró con desprecio.

—Por supuesto que no me iría con vos —repuso ella—. Prefiero la muerte.

El rostro de Zayev se ensombreció.

—¿Tanto me despreciáis? —la miró con tristeza.

—Claro que no, Zayev, pero no se trata de eso —le corrigió—. ¿No podéis pensar durante un segundo en lo que yo siento? Lo amo y no concebiría mi vida al lado de alguien que no fuera él; es Erick y nadie más.

—¿Y qué pasa con lo que siento yo? —le recriminó él.

—No sé lo que sea que sintáis por Claire pero desde luego no es amor —intervino Erick.

—¿Qué sabréis vos de mis sentimientos? —espetó él furibundo.

—Si la amaseis, os conformaríais con su elección, aunque no recayera sobre vos, sobre todo si sabéis que esa es su felicidad.

—Es muy fácil decirlo siendo ya su esposo —lo miró con desdén.

—No seáis ingenuo, Zayev —le habló Erick con calma, sin embargo—. Hace un momento cuando os herí, podría haberos asestado un último golpe y haber acabado de una vez por todas con esto. ¿Por qué creéis que no lo he hecho? ¿Por lástima? —le preguntó—. No os confundáis, Zayev, mi generosidad tiene un límite.

—Pero... —titubeó.

—Razonad por un minuto, Zayev. ¿No entendéis que no está en mi mano, ni en la vuestra? —se acercó a él—. Está en las tuyas —aseveró señalando a Claire—. Si para mi desgracia su corazón os perteneciera, poco podría hacer yo para retenerla a mi lado. Sí, podría dejarme llevar por mis bajos instintos y tratar de arrebatárosla pero a lo máximo que podría aspirar sería a tener su cuerpo, jamás su amor.

Erick consumió la distancia que lo separaba de él y posó su mano en su hombro, con gesto conciliador mientras Zayev bajaba su rostro contrariado.

—Es lo primero que se aprende cuando uno ama de verdad —le dijo—. No podemos exigir que nos amen por más que lo deseemos, debemos conformarnos con la felicidad del ser amado, aunque sea lejos de nosotros.

Zayev dirigió su vista hacia Claire quien, a su vez, miraba a su esposo y vio en sus ojos la misma devoción y admiración que había visto en los de él hacía un instante, en el momento en que la vio poner su cuerpo frente al suyo en un intento casi cándido e inútil, aunque sincero, de protegerlo. De nuevo esa punzada cruzó su pecho y fue a comprender entonces el porqué. No, por supuesto que no eran celos o rencor por el orgullo herido. Era resquemor, desazón, egoísmo, todo causado por su propio anhelo, por el deseo de que hubiera alguien capaz, dispuesto a hacer por él lo mismo que había hecho ella. ¿Habría alguien en el mundo que pudiera sentir por él un amor así, tan fuerte, tan fiero, que no dudase en ofrecer su vida a cambio de la suya como había demostrado Claire hacía tan solo un momento?

Supo entonces que ella nunca sería esa mujer y entendió también que la intensidad de su sentimiento hacia ella se despejaba por fin y que no iba más allá de una profunda fraternidad. Se sintió vil y miserable, por tratar de arrebatar de ella un amor que, en realidad, él tampoco sentía, y por primera vez en su vida, una sensación de soledad y desencanto lo asoló.

Volvió a bajar su mirada y rebuscó en su mente las palabras adecuadas, y para su desconsuelo, no halló ninguna. Entonces introdujo la mano en su jubón y extrajo un pliego del interior, el acuerdo matrimonial. Lo observó durante un segundo, y luego si más, lo rasgó en pedazos, una vez tras otra, hasta que se convirtió en una amalgama, teñida con su propia sangre, su culpabilidad y reconcomio. Extendió su brazo y se lo ofreció a Claire, quien lo observaba sorprendida, mientras él se mantenía así, en silencio, aguardando a que ella hablara, actuara.

Después de su actitud esperaba cualquier reacción por su parte, ya no

solo que lo insultase o incluso que lo abofetease, si no que lo odiara por haber tratado de destruir su felicidad de una forma tan infame. Habría esperado cualquier cosa de ella, excepto lo que hizo. Claire ignoró su gesto y avanzó hacia él, con paso decidido, seguro y el semblante sonriente y, cuando estuvo a su altura, elevó sus brazos hacia su cuello, abrazándolo.

Zayev quedó estático, estupefacto, sin atinar a reaccionar y lo único que alcanzó a hacer fue mirar a Erick lleno confusión y con una disculpa en sus ojos, a lo que Erick respondió asintiendo. En ese momento Zayev se armó de valor y, tomándola levemente de la cintura, la separó de él.

—Mancharéis vuestro vestido —musitó con la voz impregnada de culpa y vergüenza.

—Eso me recuerda que sería mejor que te revisara esa herida, muchacho —intervino Trystan quien se había esforzado por mantenerse al margen, como el resto de la familia, convencidos de que no debían entrometerse en algo que bien sabían serían capaces de resolver por sí mismos.

Zayev miró dubitativo a Claire mientras Trystan lo instaba a seguirle.

—Hablaremos después —le dijo ella dejándolo marchar.

Zayev echó un último vistazo hacia Erick, quien volvió a asentir con la cabeza y se separó de ellos, siguiendo la indicación de Trystan.

—Padre...

—Tranquilo —lo cortó entendiendo—, es menos grave de lo que parece —añadió antes de que continuara guiando a Zayev al interior del castillo. El resto hizo lo mismo, en silencio, pues apenas podían asimilar lo que había ocurrido y cómo había ido a concluir.

Claire también aguardaba en silencio mientras observaba con cierto temor a Erick que se mantenía cabizbajo. No sabía descifrar la expresión de su rostro, una mezcla entre compungido y aliviado. Quizás le reprocharía su proceder, tal vez esperaba que hubiera sido más intolerante ante la actuación de Zayev y seguramente no comprendía que lo hubiera disculpado tan rápidamente, al igual que tampoco entendería el cariño que, a pesar de todo, sentía hacia el joven.

Claire susurró su nombre, con el mismo temor que la invadía impreso en su voz y Erick alzó su rostro al fin. Estaba ya preparada para cualquier tipo de reclamo cuando él tomó su rostro entre ambas manos y la atrajo hasta él, besándola. Claire casi se tambaleó ante el ímpetu de su esposo y tuvo que

colgarse de su cuello para no caer, mientras Erick rodeaba su cintura fuertemente entre sus brazos. La besó como nunca antes lo había hecho, no solo consciente del amor tan inmenso que sentía por ella sino tan lleno de dicha como solo podía estar al haber tenido la mejor y definitiva prueba de la magnitud del amor que Claire sentía por él. Nunca antes la había sentido tan suya como en ese instante y la estrechó más aún contra su pecho con el único deseo de que ella supiera que él también le pertenecía, por entero.

—Te amo, Erick —suspiró ella en cuanto sus bocas se separaron reclamando aire.

—Lo sé, Claire —susurró contra su pelo sin dejar de abrazarla.

—¿No estás molesto? —se atrevió a preguntar.

Erick negó con la cabeza.

—Aunque creo que, en cualquier caso, deberíamos mantener una conversación con él —le sugirió.

—Me parece bien —accedió ella—, pero eso será después. Ahora lo único que quiero es estar con mi esposo. Hubo momentos en los que creí que te perdía.

—Sigues sin confiar en mis dotes en combate por lo he podido comprobar —bromeó.

Claire chasqueó la lengua con desaprobación y Erick no pudo evitar reír.

—Estoy convencido de que Zayev no tenía intención de matarme, Claire —reconoció con seriedad—, pero yo tampoco quiero hablar de eso ahora.

—¿Y qué es lo que quieres? —le preguntó Claire con sonrisa inocente.

—Amarte hasta desfallecer —susurró sobre sus labios con aquella voz aterciopelada que la hacía temblar.

Claire se sintió enrojecer ante el ardor que desprendían sus palabras, y no solo por eso, sino por el delicioso fuego que había empezado a recorrer sus labios al tomarlos Erick de nuevo, como preludeo a lo que sabía, y deseaba, vendría a continuación.

§ ~ \* ~ §

—Dichosos los ojos que os ven —se mofó Nicholas al ver entrar a Claire y Erick al comedor—. Después de vuestra ausencia a la hora de la

comida pensé que tampoco bajaríais a cenar.

—Hemos ido a ver a Zayev pero estaba dormido —repuso Erick tratando de evadir el tema, aunque le guiñó el ojo a su primo con disimulo.

—¿Cómo está su herida, Trystan? —preguntó Claire mientras Erick la ayudaba a acomodarse en la mesa antes de sentarse a su lado.

—Le he tenido que dar varios puntos pero no hay infección así que no tardará en sanar —le informó—. Comió bien a mediodía y es normal que esté cansado del viaje, así que no hay de qué preocuparse.

—Qué desafortunada mi salida de hoy —intervino Hrodgar con exagerada aflicción—. No he podido asistir a lo que sin duda ha debido ser el acontecimiento más emocionante desde que llegué aquí.

Gabrielle lo miró contrariada aunque no quiso hacer ningún comentario.

—Parece que tu visita no está resultando tan satisfactoria como creías en un principio —habló Nicholas en cambio, y con declarada segunda intención.

—Confío en que finalmente vuestra hermana se reponga para que así varíe la perspectiva —respondió con un desenfado casi insultante y grosero.

Inevitablemente se hizo el silencio discurriendo así la cena, hasta que el mutismo se vio rasgado de repente por una profunda y grave voz que provino de la entrada.

—Disculpad nuestra intromisión —se escuchó decir mientras todos levantaban la vista de sus platos para ver a los recién llegados.

—¡Padre! ¡Ylva! —exclamó Claire a la vez que se levantaba apresuradamente para correr hacia Richard en cuyo rostro se dibujaba una sonrisa de alivio al ver la reacción de su hija. Después de lo que había provocado era lo que menos esperaba. Sin embargo, rompiendo todos sus pesimistas esquemas, Claire se echó a sus brazos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con cierta reprobación—. Te dije que era muy peligroso.

—El padre de Zayev nos facilitó algunos hombres para escoltarnos —le narró.

Mientras abrazaba a su hija vio cómo se aproximaba a ellos Erick, quien lo miraba con cierto asombro.

—Majestad —se inclinó saludándolo.

Richard, sorprendido en cierto modo por su actitud amistosa se acercó a él y lo tomó por los hombros instándole a levantarse.

—Por favor, déjate de protocolos, muchacho —le pidió—. Tanta formalidad me hace sentir más culpable de lo que ya me siento con mi proceder.

—Eso es del todo innecesario —sacudió Erick la cabeza—. En vuestra carta quedó perfectamente explicado y, en eso estamos todos de acuerdo, más que justificado.

—En cualquier caso permíteme que me disculpe de nuevo con vosotros humildemente y de paso, reiterar las palabras que os escribí y daros personalmente mi bendición —añadió mientras posaba sus manos en los hombros de Erick y su hija.

—Os lo agradezco —repuso Erick con sinceridad.

—Pero no os quedéis ahí parados —les interrumpió Gabrielle—. Pasad a la mesa.

—Mi querida sobrinita —le sonrió Richard yendo hacia ella para besarla—. Te ves preciosa.

Gabrielle le respondió con una sonrisa risueña.

—Nicholas, me alegra verte tan repuesto —le saludó—. Como ya le dije a Claire, si necesitas a mis hombres para combatir a ese bellaco cuenta con ellos.

—Lo tendré en cuenta —le dijo complacido.

—No veo a tu preciosa hermana —apuntó.

—Está recostada, no se ha sentido bien estos días, pero no es nada de cuidado —le informó—. ¿Recuerdas al Duque Hrodgar?

—Sí —lo observó Richard por un momento—. Asististe a la ceremonia, ¿verdad?

Hrodgar asintió sin mostrar mucho interés, así que Richard no insistió, dirigiéndose entonces a Trystan y Gladys.

—No sabéis lo apenado que estoy con todo lo sucedido —se disculpó de nuevo ante ellos—. Y os aseguro que es todo un honor el crear vínculos familiares con vosotros aunque siento mucho la forma en que...

—Ese asunto ya es agua pasada, querido Richard —le cortó Gladys en cuya sonrisa se reflejaba la franqueza de sus palabras.

—Además, Zayev ya se ha encargado él mismo de solucionarlo —apostilló Trystan.

—¿Dónde está Zayev? ¿Qué ha pasado con él? —intervino por primera vez Ylva desde que había entrado al comedor. En su rostro no se podía

ocultar su gran preocupación.

—Perdonadme la falta de delicadeza —se disculpó Richard—. Os presento a Ylva, la Princesa de Tarsus, de los Territorios Gealach. Su padre, Phelan, es un gran amigo mío, al igual que el padre de Zayev.

Ylva se inclinó respetuosamente, tratando de contener su impaciencia. Claire, quien hacía tiempo sospechaba del interés de la joven por su amigo, veía confirmadas sus sospechas al observar su expresión angustiada. A pesar de las circunstancias, no pudo evitar alegrarse, Zayev tenía la felicidad al alcance de su mano y no tenía más que estirarla para alcanzarla.

—El Príncipe Zayev está descansando —la tranquilizó.

—¿Pero qué ha sucedido? —le preguntó su padre—. Venimos siguiendo a ese muchacho impulsivo desde Dagmar.

—Digamos que hicieron falta más que palabras para que diera por zanjado el tema —admitió Erick con cierto pesar.

—Solo una herida en el brazo —les informó Trystan viendo la inquietud de sus rostros—. No es nada grave.

—¿Podría verlo? —solicitó Ylva anhelante.

—Claro que sí —afirmó Claire que le hacía una señal a una de las doncellas—. Por favor, condúcela a la habitación del Príncipe Zayev.

—Sí, Alteza.

—Muchas gracias —le sonrió Ylva—. Con permiso —se excusó antes de dejarse guiar por la doncella.

Mientras la observaban alejarse, Erick se inclinó hacia su esposa, con cierta suspicacia en su mirada.

—¿Acaso ella...? —quiso insinuar.

—Eso mismo que estás pensando —le corroboró ella lo que él también había sabido entrever.

—A veces uno se empeña en buscar en los Confines del Mundo lo que tiene justo delante...

*Sé que voy en busca de algo, mi instinto me lo dice, estoy en plena búsqueda pero, ¿de qué? ¿Y dónde estoy? ¿Por qué aquí? Las sendas de este bosque me son del todo desconocidas y la espesura del follaje parece querer oprimirme, impidiéndome avanzar. La luz del sol apenas se filtra entre las hojas y este camino que recorro no parece llevar a ningún lugar, no hay nada que me indique si es el correcto o cuál debería seguir en su lugar.*

—Zayev...

*Me sobresalto...*

*Una voz femenina reclama mi nombre, sí, viene de aquella dirección, estoy seguro, siguiendo aquella pequeña senda. ¿Me llevará a lo que sea que estoy buscando?*

*—Zayev...*

*Conforme avanzo, la voz resuena con mayor claridad y cada vez me parece más conocida. En realidad me atrae la sensación que me produce; me inspira al anochecer sentado cerca de una hoguera, el olor a hierba mojada con la lluvia primaveral, los primeros rayos de sol que iluminan mi rostro desde mi ventana, la calidez de mi hogar...*

*Apresuro mi paso, necesito averiguar qué hay más allá. Esa voz que recita mi nombre sigue sonando en mis oídos y con cada segundo que pasa, más seguro estoy de que este vagar por este escenario desconocido está cerca de terminar.*

*De repente, la frondosidad abrupta del bosque se abre a un claro bañado por un torrente cristalino pero furioso, aunque el rugir del agua no me impide seguir escuchando esa voz que ya se ha introducido en mí de malsana forma y que me obliga, me exige, encontrarla. En realidad, ya se ha convertido en una necesidad, sé, estoy convencido de que la he escuchado antes y necesito saber a quién pertenece, dar por terminada esta maldita búsqueda que me lleva a ella.*

*Decido atravesar el arroyo, ya no me importa que pueda llevarme la corriente, debo llegar a la otra orilla como sea, llegar a ella. En cuanto pongo un pie en el río, al otro lado una silueta de mujer parece desdibujarse entre la bruma que asciende desde el agua y eso me alienta a luchar contra la fuerza del cauce que amenaza con arrastrarme en cualquier momento. Opto por no bajar la vista ni un segundo y concentrarme en aquellos brazos que parecen abrirse esperando mi llegada y centro todos mis sentidos en ella, en su figura, en su voz, sabiendo por fin que no es una ilusión, que mi esfuerzo valdrá la pena y que, en cuanto mis manos toquen su piel, esta aventura incierta llegará a su término. El sonido de mi nombre sigue alentándome y yo creo que no he escuchado jamás sonido más bello que ese...*

*—Zayev... Zayev...*

*—Zayev, ¿me escucháis? Despertad...*

*—¿Entonces erais vos, Ylva? —se incorporó el joven sobresaltado en la*



cama al verla sentada frente a él.

—Alteza, ¿estáis bien? —preguntó ella confundida.

—Sí... —titubeó él—. ¿Vos...? ¿Cómo...? ¿Qué hacéis aquí? —quiso saber, sintiéndose aún aturdido por el sueño del que acababa de despertar.

—El Rey Richard y yo salimos tras de vos pero no conseguimos daros alcance —le explicó.

—Pero... Me estaba refiriendo a vos —le cuestionó sin acabar de comprender.

La joven bajó el rostro apenada buscando en su mente alguna excusa plausible que diera una explicación a su presencia allí.

—Temí que cometierais alguna tontería —dijo al fin, sin saber muy bien qué tanto declaraba con aquella afirmación.

—Pues siento deciros que habéis llegado tarde —se miró el brazo vendado haciendo una mueca.

—¿Os duele mucho? —murmuró ella afligida, posando su mano sobre la herida.

Zayev iba a asentir cuando sus ojos quedaron fijados en los finos dedos que lo tocaban. No, ni siquiera lo estaba tocando, era una leve presión sobre las gasas que cubrían su herida. Sin embargo, una cálida sensación parecía traspasar el tejido como bálsamo que mitigaba el dolor de su carne injuriada. Estaba a punto de eliminar esa absurda idea de su mente cuando Ylva retiró su mano haciendo que una punzada recorriera todo su brazo, endureciendo Zayev sus facciones, ya no solo por aquel dolor que avanzaba a ráfagas, sino por no acabar de entender lo que acababa de ocurrir.

—Os veis muy cansado —continuó ella—. Incluso tenéis ojeras.

Y entonces volvió a suceder. Ylva había posado las yemas de sus dedos en una de sus mejillas, rozando la sombra morada que se extendía bajo sus ojos, y aquella calidez volvió a invadirle. Y no era una calidez cualquiera, era la misma que había sentido momentos antes en su ensoñación, una calidez familiar, que lo calmaba pero que, a su vez, lo llenaba de una deliciosa inquietud. Mas, al igual que la vez anterior, la hipnótica sensación desapareció en cuanto Ylva apartó su mano de él. Alguna Deidad burlona disfrutaba mofándose de él.

Zayev apretó sus puños instintivamente ante la repentina ausencia. Los deseos de volver a sentir aquello lo invadieron, a pesar de no poder descifrar de qué se trataba. De lo que no había duda era de que era ella quien lo

provocaba, y miró en sus ojos oscuros tratando absurdamente de hallar una respuesta, aun sabiendo que no la hallaría. Se encontró con la mirada de Ylva, confiada, dulce, límpida, cristalina, como el agua del riachuelo de su sueño, y del mismo modo que su arrojo le había empujado a cruzarlo, a seguir más allá, se dejó llevar de nuevo, en un intento de averiguar, de despejar aquella duda que se había instaurado en su mente como una semilla insignificante para tornarse en agonía.

Despacio, alzó una de sus manos hacia su mejilla, preguntándose cómo sería su tacto y conteniendo la respiración, pidiendo, casi rogando para que ella no rechazara su contacto. Cuando las puntas de sus dedos alcanzaron su piel, la calidez que él esperaba sentir se transformó en una oleada fulgurante que recorrió todo su cuerpo. Escuchó a Ylva ahogar un pequeño suspiro en su garganta y él no pudo evitar que el que apresaba la suya se liberara de modo delator.

—Zayev —musitó ella.

Y la mujer de su sueño se conjuró frente a él... Esa voz... Ella, era ella. Su corazón comenzó a cabalgar en su interior desbocado y la certeza de que su búsqueda había terminado se presentó ante él. Los ojos de Ylva le decían a gritos lo que él tantas veces se había negado a escuchar y que ahora no podía obviar, siendo su propio corazón el que ahora entonaba el mismo canto. Acarició su mejilla con suavidad, deleitándose por fin de aquella tersura y quiso embriagarse de aquella maravillosa sensación que lo invadía con su simple contacto.

Deslizó su mano por la línea de su rostro hasta su cuello, enredando sus dedos en su nuca, entre su pelo y la atrajo hacia él. Posó sus labios sobre los suyos, con un delicado roce pero que fue suficiente para que un escalofrío lo recorriera por entero, traspasando su corazón como una flecha. Se separó un segundo de su boca para volver a tomarla con mayor intensidad, haciéndola suspirar y aquello lo estremeció. Ignorando su herida, la rodeó entre sus brazos, acercándola a él, profundizando más ese beso que había abierto una brecha en él por donde lo asaltaban una y otra vez un cúmulo de sensaciones hasta ahora desconocidas para él, pero que con el paso de cada segundo, se iban transformando en elixir vital. Necesitaba seguir sintiéndolo, seguir sintiéndola a ella y cómo sus labios sonrosados y llenos se movían bajo los suyos guiados por el mismo ardor, el mismo deseo que lo dominaban a él. Se perdió en la dulzura de su sabor, la ambrosía más exquisita que jamás había

probado y hundió sus manos en el contorno de su cuerpo, aferrándose a ella, haciéndola temblar ante la exigencia de sus labios.

Se separó de ella levemente y observó su rostro y su cándida belleza lo golpeó fuertemente. Sus mejillas enrojecidas le daban un aire inocente, delicioso, sus ojos brillaban llenos de ese amor que él estaba deseando tomar y sus labios ligeramente hinchados por su propia pasión lo incitaban a besarlos de nuevo. Apartó una de sus manos de su cintura y los acarició, arrancando otro suspiro de su pecho agitado.

—Zayev —respiró ella contra su piel.

Zayev cerró los ojos en un suspiro... *de nuevo aquella melodía que susurraba su nombre.*

—Erais vos —musitó él inclinándose de nuevo hacia sus labios, fundiendo su mirada con sus negros ojos cuyo fulgor titilaba como un lucero de la noche.

—¿Quién? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Quien había estado buscando —le dijo antes de volver a tomar sus labios, para llenarla de promesas y sueños cumplidos... como el suyo.

§ ~ \* ~ §

Las ansias de llegar a su destino le habían hecho abandonar la posada mucho antes del amanecer. Tenía tantos motivos para llegar cuanto antes a Los Lagos... Con toda la información que Jordan le había facilitado para su misión, sabía bien que las noticias que portaba eran de vital importancia pero, no era esa la única razón que alimentaba esa urgencia de volver.

¿Cuántas semanas se había ausentado? ¿Cinco? ¿Seis? Incluso más. Pero aquello no habría sido más que una aventura o un simple mandato que cumplir si su mente no hubiera estado llena de ella.

Ivette.

Su nombre revoloteaba en su mente acompañado de la imagen de su rostro, haciéndolo sonreír como a un jovencito ingenuo. Si alguien, cuando abandonó el castillo, le hubiera asegurado que iba a extrañarla tanto, seguramente se habría reído en su cara, aunque ahora, ni siquiera sabía en qué preciso momento de su cruzada había empezado a echar en falta a aquella muchacha de mirada lánguida que solía observarlo tímidamente a través de sus largas pestañas. Estaba más que acostumbrado a su presencia, a las

bromas que le hacían los muchachos cuando la veían pasar por delante de la liza de entrenamiento para encontrárselo, tratando de que fuera algo casual, incluso estaba familiarizado con el leve temblor de su voz al hablarle. Pero para lo que no estaba preparado era para soportar su ausencia.

Eso era lo que le hacía espolear con ánimo su caballo, el regresar cuanto antes a ella y ponerlo todo en su lugar y que era ella a su lado, junto a él. Conocía bien el terreno y sabía que La Encrucijada quedaba cerca, indicándole aquello que solo restaban unas horas para llegar a su destino. Con suerte, llegaría antes del anochecer.

Sin embargo, se vio obligado a disminuir la marcha al vislumbrar lo que parecía un campamento apostado en la lejanía. Acercándose con cautela, comprobó que los estandartes y banderines que ondeaban en el aire llevaban la insignia de Asbath y aquello lo alertó. Al llegar al asentamiento un centinela lo detuvo, tal y como esperaba.

—Mi nombre es Bruc y pertenezco a la Guardia de Los Lagos —se apresuró a presentarse. El rostro serio de su interlocutor se volvió más afable conoedor de la hermandad entre ambos pueblos—. ¿Qué hacéis apostados aquí? ¿Ha sucedido algo?

—Aquella es la tienda del Capitán —le señaló con la mano—. Él te lo explicará mejor que yo.

—¿El Capitán? —dudó.

El guardia, que había dado por supuesto que lo conocía, afirmó algo confuso.

—Entonces, con tu permiso, voy a hablar con él —le informó.

—Es propio —asintió permitiéndole el paso.

Bruc desmontó y ató a su caballo a un madero cercano a la tienda, quedándose en la entrada.

—¿Dais vuestro permiso para entrar, Capitán? —se anunció.

—Adelante —lo escuchó responder con cierto tono distraído.

Cuando accedió a la estancia que formaba la carpa, vio a Jordan sentado a una mesa situada en un extremo, cercana a una abertura a modo de ventana que dejaba pasar la luz del mediodía, mientras estudiaba unos mapas con mucho interés.

Su aspecto era bien distinto a cuando lo vio por última vez en Los Lagos. Ahora su atuendo era el apropiado para alguien de su rango, incluso sus rasgos parecían haberse endurecido desde entonces. Alzó por fin la vista

de los documentos y su expresión se tornó llena de sorpresa.

—¡Bruc! Por fin estás de vuelta —exclamó al verlo frente a él—. Creí que era uno de los muchachos —le aclaró—. ¿Desde cuándo te diriges a mí con tanto formalismo?

—Desde que vuelves a ser el Capitán —le señaló con la mano, refiriéndose a su vestuario.

—Capitán de Asbath —le recordó con cierta sorna—. Si Nigel te escuchara hablar así, te tacharía de desertor —bromeó.

—¿Pero qué hacen tus guerreros aquí? —quiso saber—. ¿Ha sucedido algo?

—Te lo explicaré todo enseguida —repuso ahora con seriedad—. Pero primero necesito saber qué noticias me traes del Reino de Bogen —solicitó con clara impaciencia.

—No son muy halagüeñas —se lamentó.

—¿A qué te refieres? —se alarmó él.

Bruc no respondió. Se limitó a abrir su morral y extraer un objeto que permanecía envuelto en un hatillo, tras lo que se lo entregó a Jordan. Su rostro daba claras muestras de que no comprendía el significado de aquello, pero Bruc le instó con un gesto a que lo abriera. Jordan obedeció descubriéndolo con cuidado, y lo que era una expresión confusa, se tornó en pavor ante lo que aquel objeto representaba.

—Bruc, ¿estás seguro de que esta flecha...?

—La arranqué yo mismo de su cuerpo —le corroboró.

—Siendo así, debemos partir en este mismo instante hacia Los Lagos —aseveró con la voz infectada en la misma desesperación que irradiaban sus ojos—. Solo espero que el Señor de los Dioses nos permita llegar a tiempo.

## Capítulo 25

Zayev entró cabizbajo en el comedor. Una de las doncellas había acudido a su cuarto a ofrecerle el desayuno y, en esos instantes, se preguntaba si no habría sido mejor idea el quedarse recluido en la recámara un poco más. Sin embargo, debía enfrentar su propia vergüenza y las consecuencias de sus actos y decidió hacerlo de una buena vez. Que la Madre Luna se apiadase de él...

Se acercó con cierta cautela a la mesa, no muy seguro de cómo irían a recibirle los demás quienes, para su sorpresa, lo hicieron con gran cordialidad y familiaridad, como si no hubiera sucedido nada el día anterior. Estaban casi todos a la mesa, solo faltaban Agatha y Hrodgar; quizás se interesaría después por su ausencia, pues la única persona que en verdad le interesaba ver se encontraba en aquella mesa, bajando el rostro, y rehuyéndole la mirada.

—Príncipe Zayev, sentaos a mi lado —le indicaba Claire obligándolo a apartar la vista de ella.

Para su fortuna, el asiento que debía ocupar estaba justo frente a ella, frente al objeto de sus ensoñaciones, porque aquella muchacha de piel trigueña y ojos oscuros había ocupado sus pensamientos desde que ella irrumpió en ese castillo, directamente hasta su corazón.

Sin embargo, no tomó asiento inmediatamente. Se posicionó tras la silla

y colocando ambas manos sobre el respaldo, tomó aire, dándose aliento y ánimo para afrontar la situación y hacer lo que debía.

—Antes que nada, quería disculparme sinceramente con todos y cada uno de vosotros —comenzó mirando directamente a sus interlocutores, esforzándose para que la vergüenza no le hiciera bajar la cara—. No tengo ningún tipo de excusa mínimamente aceptable para mi comportamiento en este último tiempo y ni siquiera me atrevo a pedir que me perdonéis.

Nicholas hizo intención de hablar pero Zayev se lo impidió con un gesto de su mano.

—Por favor, Majestad, permitidme que continúe, es lo menos que puedo hacer después de todo. Invadí vuestro hogar y el de vuestra esposa, avasallando con mis malas maneras, y aún así, me habéis recibido y tratado con hospitalidad, de igual modo que Sus Majestades —inclinó la cabeza ante Gladys y Trystan—, que aun habiendo atacado a su hijo con la peor intención, sin derecho o justificación alguna, me asistieron y trataron mi herida.

—No creo que en ningún momento tuvierais seria intención de matarme —le interrumpió Erick que lo miraba con suspicacia.

—Tenéis razón —admitió Zayev lanzando un suspiro pesado—, pero habría podido heriros seriamente.

—Mas no lo hicisteis —puntualizó.

—Sí, me heristeis vos a mí, dándome una gran lección de paso.

—No era mi propósito el aleccionaros —se excusó Erick.

—No me malinterpretéis —se apresuró a corregirle—. Pero es cierto que vuestras palabras significaron para mí mucho más de lo que imaginaba —añadió dirigiendo su mirada por un momento a Ylva, quien la evadió de nuevo—. Os agradezco enormemente que me ayudaseis a abrir los ojos y a darme cuenta de la barbaridad que estaba cometiendo. Traté de entrometerme entre vosotros por algo que era una pura fantasía, como alguien me dijo una vez, un sueño de humo y que, como era de esperar, acabó por desvanecerse.

Por primera vez, Zayev bajó su rostro hacia el suelo, afligido y volvió a tomar aire antes de continuar.

—Claire, solo espero que el cariño que sé me habéis tenido todos estos años, al igual que vuestro padre, no se haya dañado irremediablemente —miró a ambos recorriendo la mesa con la vista—. Soy consciente de que os ha decepcionado mi actitud pero confío en que no sea algo irreparable.

—Por supuesto que no lo es —intervino Richard con aire socarrón—. Solo recuérdame que cuando llegemos a casa te dé una buena tunda.

Aquello, inevitablemente produjo una carcajada generalizada y terminó con el alegato de Zayev, quien miraba a su alrededor agradecido y aliviado, con una sonrisa esbozada en sus labios. Claire le volvió a indicar que tomará asiento y así lo hizo, disfrutando del desayuno y de la compañía de aquella familia que reía y compartía en completa armonía.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, una extraña desazón comenzó a invadirle. El hecho de que Ylva se mostrase tan esquiva con él empezó a atormentarle. Quizás la noche anterior, como siempre le sucedía, había sido demasiado impulsivo pero no por eso era menos válido su acto, al contrario, la felicidad que lo había embargado hasta ese momento era buena prueba de que no había errado en su proceder. En lo único que había errado era en no haberlo hecho mucho antes.

De repente, al parecer a Ylva se le hizo insostenible la mirada indagadora de Zayev pues, sin haber terminado de desayunar, presentó sus excusas y se levantó de la mesa.

—Maldición —farfulló Zayev entre dientes viéndola marcharse.

—Parece molesta —se atrevió a apuntar Erick por lo bajo, tratando de que los demás no le escucharan.

—No —negó Claire categóricamente—. Por lo que conozco del carácter de Ylva te puedo asegurar que no es simple molestia lo que había en sus ojos, sino algo más —escudriñó en el rostro de Zayev que evadía su mirada—. ¿Sucedió algo anoche? —indagó en vista de su mutismo—. ¿Fuisteis grosero con ella por haber venido tras de vos?

Zayev sacudió la cabeza negando.

—¿Qué pasó entonces? —le cuestionó.

El joven suspiró hondamente pero evitó contestar.

—Zayev —insistió Claire intentando no alzar la voz.

—Pasó lo que tenía que pasar —declaró al fin.

Claire y Erick intercambiaron sendas miradas, llegando ambos a la misma conclusión ante su afirmación.

—Me alegro mucho por vos —le dijo Erick con gran sinceridad.

—También me alegraba yo hasta hace un momento —se lamentó Zayev abatido.

—Quizás solo ha malinterpretado lo que fuera que sucedió entre



vosotros —se atrevió a aventurar Claire.

—O peor, quizás haya ido a suceder demasiado tarde —apostilló Zayev endureciendo su expresión.

—No quisiera inmiscuirme en vuestros asuntos —le anunció Erick—, pero creo que lo mejor sería que hablarais con ella, y cuanto antes.

—Tenéis toda la razón —asintió levantándose—. Si me disculpáis todos, he de retirarme —anunció llamando la atención de los presentes—. Hay un asunto que debo resolver con urgencia.

—Sí, claro —repuso Nicholas algo confuso.

Sin detenerse a dar más explicaciones, Zayev apresuró el paso para ir tras ella. Salió a la puerta principal y, desde lo alto de la escalinata, la vio dirigirse a uno de los jardines. Bajó los escalones de varios saltos y no tardó en alcanzarla, dándose unos segundos para controlar su respiración y su corazón desbocado. Esta vez debía dominarse, tenía muy claro lo que quería decirle y lo haría, sin dejar lugar a equívocos o dudas.

—Ylva —la llamó al fin, haciendo que se volteara a mirarlo, deteniéndose.

Zayev la observó durante unos instantes, tratando de leer en su rostro, en sus ojos, deseando encontrar el mismo brillo que viera en ellos la noche anterior, y que ahora parecía ir apagándose, escapando a su comprensión el motivo.

—Necesito hablar con vos —le pidió.

—Vos diréis —respondió con cierta sequedad que bien supo él que era fingida.

—Antes, en el comedor, no me han dado la ocasión de disculparme también con vos —le dijo con seriedad.

Ylva le dio la espalda sin querer terminar de escucharle. Sabía muy bien lo que le iba a decir, la razón por la que quería disculparse. Con rapidez y disimulo enjugó una lágrima que empezaba a surcar su mejilla; no le daría esa satisfacción, no la vería llorar, ni derruida como lo estaban ahora sus ilusiones.

—Podéis ahorrároslo —espetó tratando de que no se le quebrara la voz—. Puedo entender que anoche os dieron algún tónico que no os hacía ser consciente de lo que ocurría a vuestro alrededor, posiblemente estabais aturdido.

Zayev sonrió para sus adentros. No era demasiado tarde, el resquemor

que leía en su voz se lo decía. Rogó porque fuera cierto y que solo se tratase de un malentendido o de incompreensión.

—Sí, reconozco que estaba aturdido —alegó con media sonrisa—, aunque deberíais saber que no fue a causa de un tónico. Si bien es cierto que el Rey Trystan me lo ofreció, me negué a tomarlo a modo de castigo, digamos que para sentir en mi propia carne las consecuencias del exabrupto que había cometido.

Ylva giró un poco su rostro, mirándolo de reojo y sorprendida por su declaración.

—Entonces ya comprendo. Fue el dolor lo que os aturdió —aseveró ella sin poder contener el temblor de su voz, deseando acabar de una vez por todas con aquel diálogo tan absurdo como amargo—. No os preocupéis, Alteza, me hago cargo de la situación así que estáis más que disculpado —concluyó mientras daba media vuelta y retomaba su camino.

Zayev la asió por un brazo y la detuvo, mientras una extraña inquietud se instalaba en su pecho y una cruel duda en su mente. ¿Sería que ella no sentía lo mismo por él? ¿Tal vez la noche anterior se había dejado llevar por un sentimiento de lástima al verlo herido y por eso no lo rechazó?

—¿Por qué os comportáis así conmigo? —quiso saber—. ¿Por qué evitáis mi mirada?

—¿Y desde cuándo a vos os interesa lo que yo haga o deje de hacer? —inquirió ella mordaz—. ¿Y por qué estáis aquí hablando conmigo? Deberíais estar bajo las faldas de vuestra Claire, feliz porque sigue teniéndooos en gran estima.

Entonces Zayev comprendió. Lo que la invadía era una mezcla de celos, inseguridad y desconfianza hacia él y hacia lo que había pasado entre ellos, y en cierto modo, no la culpaba. Por la mañana, había llegado a ese castillo decidido a reponer su honor mancillado y a batirse en duelo por una mujer, y esa misma noche, como si aquello no hubiera ocurrido, estaba besando con todo su ser a otra, a ella.

Zayev agarró su otro brazo y la hizo girarse, aunque ella mantuvo la vista baja.

—Miradme, Ylva —le exigió, haciendo ella oídos sordos, por lo que tomó su barbilla y se la alzó, obligándola—. Estoy donde debo estar, donde debí estar siempre.

—No os comprendo —se soltó ella de su agarre a lo que Zayev

respondió colocando su mano en su mejilla para que volviera a fijar sus ojos en los de él.

A pesar de verse ensombrecidos conservaban esa belleza que a él le habían encandilado la noche anterior, al igual que sus rasgos, femeninos y delicados. Su agitada respiración se escapaba de sus sonrosados labios, dulces y suaves, como ya sabía que eran. Ahora que había disfrutado de su sabor, aquel dulzor había penetrado en su sangre como elixir adictivo y se había convertido en una necesidad el volver a sentirlo. Mas no, debía controlar sus anhelos, antes tenía aclarar todo aquello. Deslizó su mano lentamente, liberando así su mejilla.

—He estado ciego, Ylva, durante mucho tiempo —comenzó a decirle—. Y me arrepiento enormemente de haber venido aquí, pudiendo haber provocado una tragedia, aunque, siendo sincero, me alegro de que haya ocurrido.

La joven lo miró confundida, sin alcanzar a comprender.

—Como bien dije antes, estaba persiguiendo una fantasía, un espejismo y viéndola allí, junto al Príncipe Erick, me vine a dar cuenta de que Claire no era lo que yo quería, lo que yo buscaba —prosiguió—. Permanecí recluido toda la tarde en esa recámara preguntándome qué era en realidad lo que necesitaba o a quién, y la cruel idea de que en realidad no hubiera nadie ahí fuera destinado para mí se instaló en mi mente de forma lacerante.

Ylva cruzó sus brazos sobre su pecho, y bajó su rostro, mordiéndose el labio, atormentada. Si tan solo tuviera el valor para decirle que sí que había alguien para él, que ella...

—Y de repente, aparecisteis vos —agregó Zayev entonces, levantando ella su rostro, sorprendida—. Y por eso os quiero pedir disculpas —se acercó a ella, tomando sus manos, soltándolas así de su cuerpo—. Todo este tiempo habéis estado frente a mí y yo os veía sin miraros, tan ciego como estaba. Anoche os miré por primera vez, por fin, y bastó el simple tacto de vuestros dedos para mitigar de un solo soplo todo el dolor y el cansancio que acusaba mi cuerpo, una sola mirada vuestra para quedar cautivo de vos y vuestra cálida voz entonando mi nombre para que mi corazón golpeará mi pecho de forma desmedida.

Zayev alzó su mano haciéndola resbalar por su mejilla, recorriendo con las puntas de sus dedos la línea de su piel, hasta llegar a sus labios.

—Cuando os besé, tantas emociones invadieron mi cuerpo que creí que

iba a enloquecer. No me habría importado rendirme a aquella gloriosa sensación que me aturdí por completo —declaró mientras se acercaba más y más a ella—. Temí por un instante que desapareciera cuando me separé de vuestros labios —admitió mientras se los acariciaba—, y lo hizo, durante un momento, hasta que volví a teneros entre mis brazos y me golpeó de nuevo, con más furia incluso que la vez anterior.

Ylva cerró un instante los ojos, embargada por aquel roce de sus dedos. Cuando volvió a abrirlos, Zayev suspiró con alivio al volver a percibir aquel brillo, aquel fulgor que lo había deslumbrado hacía tan solo unas horas, ofreciéndole todo aquello que él ansiaba, aunque de repente, una sombra fugaz cruzó por ellos.

—Sé lo que estáis pensando —hizo él eco de sus pensamientos—. Que es únicamente deseo lo que me impulsa estar junto a vos, pero no lo es —negó con la cabeza—. Sí es cierto que deseo volver a sentirlo, embriagarme de vos hasta perder el sentido pero, sobre todas las cosas, deseo que vos lo sintáis y ser yo quien lo provoque —le susurró deslizando sus manos hasta su cintura, acercándola a él—. Haceros estremecer, que tiemble todo vuestro ser hasta que necesitéis sosteneros en mí para no caer, que vuestro corazón palpite tan fuerte que sintáis que vais a morir incapaz de soportarlo, que creáis sumiros en la locura si no os toco, si no os beso y que enloquezcáis vertiginosamente cuando lo haga. Deseo que vos lo deseéis, con todas vuestras fuerzas, que deseéis mis caricias, mis besos, o un simple abrazo que os reconforte. Porque quiero cuidaros y que me cuidéis, consentiros y que me consintáis, perteneceros y que me pertenezcáis.

Ylva dejó escapar un suspiro que había estado oprimiendo su pecho, sin poder emitir palabra alguna y Zayev sintió su dulce aliento en su cara. Aquella necesidad se hizo presente en él y se inclinó lentamente sobre ella, sabiendo que no sería capaz de resistirse a ella por mucho tiempo más.

—Dime, Ylva, si esto no es amor, ¿qué es? —musitó fijando sus ojos en los suyos—. Tiene que serlo porque, de no ser así, todo mi mundo, mi realidad y mis creencias no habrán sido más que quimeras. Dime que sí, que este sentimiento inexplicable, incontenible, impetuoso e incontrolable es el mismo que te domina a ti —respiró sobre su boca—. Dímelo.

—Sí, Zayev.

Y eso fue todo lo que alcanzó a decir antes de que él poseyera sus labios con avidez, con vehemencia, lanzándola a una vorágine de sensaciones

indescriptible. Turbada, rodeó su cuello con sus brazos mientras él la apresaba contra su cuerpo, gimiendo en su boca al sentirla finalmente entre los suyos, como tanto había ansiado desde que la viera en el comedor. Lo llenó de gozo el notarla temblar entre sus manos y cómo se entregaba a su beso, besándolo a él con el mismo ardor. Ylva entreabrió sus labios permitiéndole saborear de nuevo su dulce ambrosía, y de nuevo, aquel elixir de su esencia lo invadió. Era sublime el alcanzar toda esa dicha con un simple beso, como un don divino, y ahora que estaba al alcance de su mano no lo iba a perder.

—Te amo, Ylva —le confesó sin apenas separarse de su labios—. Te amo, te amo, te amo —le repetía una y otra vez.

—Y yo te amo a ti —le respondía ella mientras volvía a perderse en sus besos, sin apenas prestar atención a aquellas lágrimas que habían empezado a surcar sus mejillas, las de los dos, escurriéndose y llegando a sus bocas. Allí se entremezclaron con sus labios, maravillándose ambos de cuán dulces eran, hasta que cayeron en la cuenta. ¿De qué otra forma podían ser las lágrimas de felicidad?

§ ~ \* ~ §

El atardecer ya comenzaba a colorear los lagos con tiznes anaranjados cuando divisaron el castillo, recortando con silueta solemne el horizonte. El corazón de Jordan no había dejado de cabalgar en su interior desde el mismo instante en que decidió emprender el camino de vuelta. Mas no era únicamente por la gravedad de los motivos que le había dado Bruc sino por saber que iba a volver a verla.

No podía llevarse a engaños, si bien sabía que era su deber acudir al Rey a comunicarle aquellas noticias que le había traído Bruc por estar siguiendo sus órdenes, en el fondo de su alma habitaba la certeza de que no habría pasado mucho tiempo hasta que hubiera decidido volver a Los Lagos, a ella. No podía menos que admitir que le era imposible sobreponerse a ese calvario que él mismo se había impuesto, todo su ser iba muriendo cada día con aquella distancia y no sabía cuánto tiempo más habría podido soportarlo.

Solo esperaba que ella no le guardase rencor, se conformaba con que aún existiese aunque fuera un pequeño resquicio de aquel amor que ella había asegurado tenerle. Una simple brizna sería suficiente, él sabría cómo hacer

para alimentarla y que volviera a crecer, resurgiendo cuan ave fénix en un sentimiento igual o incluso más poderoso de lo que era antes de que él cometiera el absurdo de marcharse de su lado.

Al atravesar el puente levadizo principal vieron cómo en su interior se respiraba el aire previo a la batalla pues apenas había gente por las calles, todos refugiados en la seguridad de sus casas. En el Patio de Armas, el ejército estaba terminando de concretar los últimos preparativos, aguardando a que se diera el aviso de que se reunieran con él y sus hombres en La Encrucijada. Y no solo era portador de aquel hecho sino que debía revelarle a Nicholas más de una verdad que él había estado ocultando, quizás de modo equivocado, y que ya había llegado el momento de confesar. Rogó para que le escuchara y le permitiese luchar a su lado. Tenía más de un motivo para hacerlo.

Aún no habían terminado de atravesar el Patio de Armas cuando vieron en el corredor que daba a la cocina a Erin y Nigel que conversaban, tomadas sus manos en actitud cariñosa, siendo él quien se percató de su llegada.

—¡Jordan! ¡Bruc! —exclamó Nigel animadamente—. Qué sorpresa veros de vuelta y juntos.

—Sí, ya estaba deseando volver —respondió Bruc con cierta premura—. Y os rogaría que me dierais un minuto —pidió descabalgando.

Sin ni siquiera asegurar al caballo y dejando a los tres siguiéndolo con mirada atónita, corrió hacia el otro lado del patio, hacia la puerta trasera de lo que era la escuela. Allí, con sonrisa amable, se encontraba Ivette, que despedía a los últimos niños que salían de clase para dirigirse a sus casas. Tan inmersa estaba en su tarea que no alcanzó a ver al muchacho ir hacia ella hasta que casi lo tuvo enfrente.

—¡Bruc! Por fin has vuelto —la alegría en la voz de la muchacha era difícil de ocultar, al igual que la ilusión que irradiaban sus ojos al volver a verlo.

El joven no pudo evitar sonreír ante aquello, llenándolo de regocijo el observar cómo ella bajaba su rostro sonrojada, avergonzada por, tal vez, haber declarado más de lo que ella habría deseado con su saludo.

—Sí, por fin —agregó él, emocionado por la anticipación de lo que estaba seguro iba a suceder, él se encargaría de que así fuera—. Aunque si evitas mirarme creeré que en realidad no te alegras.

—No digas eso —se apresuró ella a discrepar, volviendo a mirarle,

obviando la vergüenza que coloreaba sus mejillas.

A Bruc le pareció delicioso aquel rubor y poco pudo hacer para evitar acariciarlo, posando una de sus manos sobre él, haciendo que ella ahogara un suspiro al notar su tacto.

—Te extrañado tanto, Ivette —le confesó en un susurro—. Lo único que deseaba era acabar con esa misión que me mantenía lejos de aquí y volver, volver para verte.

—¿A mí? —preguntó ella con inocencia, titubeante, desviando su mirada con timidez.

—¿Acaso te sorprende? —demandó aún sabiendo que la ponía en un aprieto—. ¿No sabes los motivos por los que ansiaba llegar a casa?

Ivette negó con la cabeza. Su mirada ingenua lo hizo sonreír, aunque alcanzó a vislumbrar un atisbo de esperanza en aquellos ojos huidizos. Hubiera deseado dilatar aquel momento un poco más, disfrutar de su sonrojo y sus tímidos sobresaltos, pero ya no era capaz, y no por el temor a perder el momento, la ocasión, sino porque la necesidad de abrazarla le oprimía el pecho. ¿Que por qué quería volver?

—Por esto —le dijo mientras deslizaba sus dedos hasta su nuca, atrayéndola hacia él.

Posó sus labios en los suyos, con suavidad, como una caricia, tratando de dominar el impulso que le hacía desear apretarla contra su pecho, esperando su reacción. Y fue deliciosa, como toda ella, titubeando primero, azorada ante su beso, extendiendo temerosa sus finas manos y colocándolas en su espalda para después abandonarse a sus labios, que comenzaban ya a danzar sobre los suyos con exigencia, uniéndose ella a su cadencia. Bruc se liberó entonces de aquello que apresaba sus anhelos y la rodeó con sus brazos, con ímpetu, fundiendo más sus labios a los de Ivette, que alzaba sus manos para colgarse de su cuello, haciendo más pleno el contacto de sus cuerpos y profundizando su beso. Sendos gemidos ahogados escaparon de sus gargantas, turbados los dos por el cúmulo de sensaciones que se abría paso a través de ellos y que aunaba sus esencias con la ligadura de aquel mutuo sentimiento que residía en sus corazones.

—Ahora sí he vuelto a casa —musitó él casi sin aliento, juntando su frente con la de ella, sin dejar de abrazarla.

—Bienvenido —susurró ella, justo antes de que Bruc volviera a besarla.

—Eso es lo que se llama un reencuentro en toda regla —observaba la

escena Nigel, con expresión divertida.

—Ni la propia Gisla recibió con semejante pasión a su amado Niall tras su periplo por los Confines del Mundo —sonrió Jordan—. Dejémoslo. Lo merece después de haber cumplido con su cometido con tanto éxito.

—¿La investigación ha dado frutos? —preguntó Nigel con cierta expectación.

Jordan sacó del morral que colgaba de un costado de Drakhon el hatillo que Bruc le entregara en La Encrucijada, y al desenvolverlo para mostrárselo, el rictus de Nigel se endureció con una mezcla de horror y aprensión.

—Por suerte he tenido varios hombres vigilando —alegó Nigel.

—Eso me tranquiliza —reconoció Jordan mientras volvía a cerrar el hatillo y lo colocaba entre su cincho.

—Yo me hago cargo —se ofreció—. Tú deberías ir a hablar con el Rey.

—Lo sé —reconoció cabizbajo.

—Su Majestad está en el torreón sur con el Príncipe Erick y el Príncipe Zayev —le indicó.

—¿El Príncipe Zayev? —preguntó extrañado.

—Es una larga historia —se encogió de hombros—. Mejor la dejamos para luego.

—Y...

—La mañana siguiente a tu marcha amaneció enferma —leyó su pensamiento—. Desde entonces, no ha abandonado su recámara.

Jordan sintió rigidizarse todos los músculos de su cuerpo al escuchar aquello.

—Pero está...

—Calma —agitó sus manos—. No parece que sea nada grave, aunque yo estoy completamente seguro de que sanará pronto, ¿verdad? —agregó con declarada insinuación.

—Eso espero —suspiró él.

—Ve —lo alentó palmeando su hombro—. Todo irá bien.

Jordan, asintió con la cabeza y se encaminó hacia el interior del castillo, hacia cualquiera que fuera su destino.

—No exageres, Nicholas —le recriminaba Agatha a su hermano.

—No exagero —discrepaba él mientras la instaba a sentarse en el diván—. No hay más que mirarte.

—¿Me has hecho venir solo para sermonearme? —inquirió Agatha



dirigiendo su mirada al escritorio donde Zayev y Erick se esforzaban por mantenerse ajenos a la conversación.

—No —hizo él un mohín—. Quería decirte que, si en realidad te disgusta que el Duque permanezca aquí, puedo hablar con él y, apelando a las circunstancias en que estamos inmersos, pedirle que se vaya. Amablemente, por supuesto —remarcó la última parte.

—¿Harías eso por mí? —preguntó ella con expresión aliviada.

—Agatha, eres mi hermana. ¿Qué esperabas? —repuso él con cierto enojo—. Me molesta que no hayas sido capaz de confiar en mí. Si te desagrada la presencia de Hrodgar, no hay ninguna necesidad de continuar con esta farsa.

—Pero...

—Buenas tardes —la voz grave de Jordan resonó en la estancia haciendo que todos desviarán la mirada hacia la puerta que estaba abierta.

Jordan aguardó en el umbral a que le permitieran entrar y tuvo que hacer gala de todo su temple al ver a Agatha allí, y esforzarse para que su expresión se mostrará impasible ante aquello tan inesperado y, a la vez, tan deseado. La observó durante un instante, lo justo para guardar las apariencias frente a los demás, pero lo suficiente para comprender a lo que se refería Nigel. Su extrema palidez, sus rasgos pesarosos, entristecidos, el brillo mortecino de sus ojos de un azul casi cenizo. Trató por todos los medios de desplazar aquellos pensamientos e inclinó su cabeza a modo de saludo. Había otros asuntos que debía resolver antes.

—¡Jordan! —exclamó Nicholas con sorpresa mientras lo instaba a entrar—. No esperaba noticias tuyas tan pronto.

—Ni de esa guisa —añadió Erick divertido—. ¿Te han nombrado Capitán? —agregó señalando sus ropas.

—Estáis de broma, ¿no? —preguntó Zayev ceñudo.

—¿De broma? —se extrañó Erick—. No os entiendo.

—Ninguno te entendemos —apostilló Nicholas y Jordan contuvo la respiración al ser consciente de que el momento de la verdad había llegado y no de la forma que él esperaba.

—Jordan es el Capitán de Asbath desde hace varios años —despejó finalmente Zayev sus dudas.

Los rostros de Erick y Nicholas, incluso el de Agatha, no dejaban lugar a dudas del desconcierto que aquella afirmación les producía.

—No puedo creer que no lo supierais —aseveró Zayev asombrado—. Cuando el Reino de Mhoën vio sus fronteras amenazadas por el Rey Balkar al querer hacerse con el completo control del Paso de Teschen, fue Jordan quien comandó a los ejércitos aliados. Todos los guerreros Gealach, incluido yo, combatimos bajo sus órdenes. Tenía entendido que también habíais luchado —prosiguió sin ser apenas consciente de lo que estaba revelando.

Tanto Nicholas como Erick se voltearon a mirarlo, incluso Agatha, quien no salía de su asombro. Jordan mantuvo sus miradas, aunque sin altivez, esperando cualquiera que pudieran ser sus reproches.

—Aquello coincidió con los funerales por la muerte de mi tío —rompió el silencio Erick, quien seguía mostrándose atónito—. Ni mi primo ni yo pudimos combatir pero si es cierto que mandamos una parte de nuestros ejércitos para que apoyasen la causa.

—Así que eras tú —apuntó Nicholas.

—¿Quién? —quiso saber Erick.

—Cuando Nigel regresó de la batalla y me narró lo acontecido, me habló de la gran hazaña del joven comandante que había guiado a las tropas a una victoria impecable, sin apenas bajas en las filas aliadas, aunque mermando de modo implacable las fuerzas enemigas.

Jordan escuchó aquellas palabras con sorpresa, y ya no solo por la generosa apreciación de Nigel sino porque, aunque apenas se atrevía a creerlo, pareciera que el Rey se refería a él con cierta admiración.

—Nigel era consciente de quién eras, ¿verdad? —aventuró Nicholas.

—En realidad toda la guardia, Majestad —admitió Jordan con tono de disculpa.

—¿Y por qué, sin embargo, te presentaste ante nosotros como guardia personal de la entonces Princesa Gabrielle? —le cuestionó con calma, sin la brusquedad que Jordan habría esperado.

—Porque en aquellos entonces lo era —le aclaró—. Hasta hace unos días que regresé a Asbath y volví a ocupar mi antiguo cargo.

—Somos todo oídos —se cruzó Nicholas de brazos, apoyando su espalda en el escritorio, como clara indicación de que deseaba y esperaba oír toda su explicación. Jordan bajó la vista tomando aire y comenzó su relato.

—Como bien os ha indicado el Príncipe Zayev, hace varios años que ostento el cargo de Capitán de la Guardia de Asbath. En cierta ocasión me llegó información de una fuente nada fidedigna de que el Rey Balkar trataba

de atentar contra la vida de nuestro Rey. Aquello coincidió con una época en la que sufrimos incontables ataques por parte del Reino de Adamón, así que decidí tomar cartas en el asunto. Si recordáis, cuando os hablé sobre el intento de secuestro de la Princesa...

—¿Trataron de secuestrar a Gabrielle? —le interrumpió Agatha que miraba estupefacta a su hermano quien, con un gesto de su mano, le indicaba que ya habría tiempo para relatarle aquello.

—Sí, recuerdo que me hablaste acerca de un infiltrado —continuó Nicholas con el hilo de la conversación.

—Yo fui quien se infiltró en el Reino de Adamón —le confesó Jordan.

—¿Tú, siendo el Capitán? —Nicholas no comprendía.

—El Rey Alexandre tampoco estaba de acuerdo con mi decisión pero no quise arriesgar la vida de ninguno de mis hombres, a pesar de estar ampliamente cualificados. Sabía que era una misión suicida y mi conciencia no me lo permitía.

—Eso te honra —admitió Nicholas a lo que Jordan asintió agradecido.

—Varios meses estuve malviviendo en aquel castillo, como un simple yegüero, un mozo de cuadras.

—Por eso sabes tanto de caballos —intervino Erick.

—Sí —afirmó él—. El trabajo era relativamente sencillo y me permitía estar cerca del castillo y del Cuartel de Guardias. Fue entonces cuando descubrí los planes del Rey Balkar de secuestrar a la Princesa Gabrielle. Huí de allí con el tiempo justo de avisar a mis hombres y preparar una emboscada a aquellos malditos —apretó los puños contra sus muslos—. Como ya sabéis, vencimos pero yo —titubeó mientras llevaba una de sus manos de forma inconsciente a su abdomen—, yo fui herido de gravedad. Con seguridad habría muerto de no ser por mis hombres y por los cuidados de la Princesa —reconoció.

Esa revelación conmovió a Nicholas, sabía de la naturaleza generosa y desprendida de su esposa y aquello se lo reiteraba.

—Creí entender que ella no sabía nada acerca de aquella tentativa de secuestro —aventuró Nicholas.

—Y no lo supo —le confirmó—. Creyó que era simplemente un ataque más.

—Entiendo —repuso Nicholas.

—Durante el largo tiempo que duró mi recuperación —continuó

Jordan—, Francis, un joven muy capaz, ocupó mi puesto, y después, viendo que mi cargo quedaba en buenas manos, decidí pagar aquel gesto de la Princesa, ofreciéndole a su padre mi protección, escoltándola, sobre todo al saberla blanco de la demencia del Rey Balkar, hasta que llegara el día en que ya no fuera necesaria mi custodia.

—¿Y crees que ese momento ha llegado? —cuestionó Nicholas viendo que había recuperado su rango.

—En realidad mi intención era marcharme después de vuestros esponsales —admitió él—, pero bien sabéis que el principio resultó un tanto duro, así que decidí no alejarme hasta que no me convenciera de que ella era realmente feliz. Cuando al fin sus ojos volvieron a brillar, reconozco que debería haber vuelto a Asbath —añadió Jordan recordando qué fue lo que lo retuvo en ese castillo, o mejor dicho, quién; aquella que ahora lo miraba con una mezcla de asombro y orgullo en sus ojos y de forma tan intensa que lograba aturdirlo—. Así que cuando decidisteis luchar —prosiguió—, vi la oportunidad de volver. “De escapar”, pensó.

—Por eso me asegurabas que la Guardia de Asbath lucharía —recordó Nicholas aquel momento.

—Sí, Majestad —respondió Jordan con la culpabilidad reflejada en su rostro.

—¿Y has vuelto para informarme de que tus hombres están listos? —supuso él.

—Me temo que no he regresado por eso, Majestad. Si es cierto que vuestro ejército —Jordan hizo hincapié en ello—, está preparado, pero pensaba mandar a un grupo de guardias para avisaros.

—¿Entonces...?

—Lo que me ha traído hoy aquí es algo mucho más grave de lo que yo alcancé a imaginar —alegó con gravedad en su voz—. Y os ruego, a todos, que me permitáis apelar a vuestra comprensión y a la certeza de que mi proceder fue siempre pensando en vuestra tranquilidad, jamás creí que ponía en riesgo vuestra seguridad.

—Está bien —accedió Nicholas con cierta impaciencia—, pero habla de una vez.

—Todo comenzó con la llegada del Duque Hrodgar —les contó—. Yo ya le había hecho partícipe a la Princesa Claire de que su rostro me era familiar pero no era capaz de situarlo. Su Alteza trató de disuadirme de esa

idea pero no pude evitar inquietarme. Fue entonces cuando, en los juegos, escuché a vuestra hermana hacer referencia a una batalla en la que él había participado, la de Teschen, y aquello me alertó.

—¿Por qué? —preguntó Agatha al verse aludida.

—Porque el Reino de Bogen no participó en aquella batalla, Alteza —le respondió tratando de controlar el temblor de su voz al dirigirse a ella, directamente—. Se mantuvieron neutrales en aquella contienda.

—Nadie mejor que tú para saber eso, claro —intervino Erick.

—Sí, y me consta que nadie luchó fuera de sus filas por lo que no había posibilidad de que él hubiera hecho bajo otra bandera —agregó—. En un principio pensé que únicamente estaba alardeando frente a la Princesa Agatha pero después todos pudieron comprobar su inexistente nobleza a la hora de luchar conmigo.

—Ciertamente —apostilló Erick quien recordaba perfectamente su modo indigno de luchar al golpear a Jordan en el yelmo.

—Soy de naturaleza desconfiada —reconoció Jordan—, y tras comentarlo con Nigel, decidimos que no perdíamos nada por enviar a Bruc al Reino de Bogen a ver si averiguaba algo.

—Jordan, puedo entender que en aquel entonces no me informases porque, en realidad, había pocas bases para tu sospecha pero, te recuerdo que cuando partiste hacia Asbath, Hrodgar ya llevaba aquí varios días.

—Tenéis razón, Majestad, y eso mismo alegó Nigel antes de que me marchara —admitió—, pero es que seguía sin haber ninguna base para mi desconfianza, ni siquiera era una sospecha, era una simple corazonada. Tal vez, el Duque estaba siendo el blanco de mi bien declarada antipatía hacia él. Aún así, por precaución, Nigel me acaba de informar de que ha tenido a varios hombres vigilándolo.

De repente, Jordan hincó una de sus rodillas en el suelo, apoyando sus manos en la otra y bajando el rostro con gesto arrepentido.

—¿Pero qué haces, Jordan? —preguntó Nicholas que lo miraba atónito, al igual que todos los demás por lo que se apresuró a tomarlo de los hombros para que se irguiera.

—Necesito suplicar vuestro perdón —declaró con pesadumbre—. Por no informaros de esto antes y haberos puesto en peligro.

—Eso es innecesario —espetó Nicholas—. Con lo que me has contado ahora, que imagino habría sido lo mismo que me habrías comunicado antes

de marcharte a Asbath, no habría hecho más que ordenar lo que Nigel ha previsto —aseveró disculpándolo—. A no ser que en esos entonces supieras algo más que aún no me has dicho.

—Nada, Majestad, os lo juro —le aseguró con firmeza.

—Sin embargo hay algo más, ¿verdad? —sugirió Erick.

—Sí Alteza, y tan pronto como he sido conocedor de ello me he apresurado a volver —le indicó.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Nicholas quien, a pesar de todo se mantenía calmado.

—Cuando Bruc regresaba de Bogen se encontró con nuestro asentamiento en La Encrucijada y acudió a hablar conmigo. Ahí ha sido cuando me hizo entrega de esto —agregó mientras tomaba el hatillo y lo mostraba frente a ellos, desenvolviéndolo.

—¿Una flecha? —preguntó Nicholas.

—Un momento, esas plumas no son...

—Sí, Alteza, de cóndor —corroboró las sospechas de Erick.

—Es una flecha idéntica a la que te hirió a ti, Nicholas —añadió—. Entonces, Hrodgar...

—Asesinó al verdadero Duque de Bogen para poder así suplantarle —concluyó la afirmación por él—. Mostrando interés por la Princesa Agatha y cortejándola, se aseguró el poder visitarla de nuevo y ya hemos visto cuáles han sido las consecuencias. Ha atentado contra vos y ahora está al tanto de todos nuestros movimientos contra su Reino.

—Tenemos que detenerlo. Debemos apresar a ese malnacido inmediatamente —exclamó Nicholas que se mostraba alterado por primera vez desde que Jordan llegara allí.

—Nigel me ha asegurado que se hacía cargo de la situación mientras yo os informaba —trató de calmarlo.

—Está bien —respiró con cierto alivio.

—Que vuestro Dios Kivhe me confunda si llego a imaginar algo así —intervino Zayev que había tratado de mantenerse al margen en la conversación—. Habéis tenido al enemigo bajo vuestro mismo techo sin sospecharlo siquiera.

—Y no un enemigo cualquiera —apostilló Jordan—. Por desgracia no he ido a recordar quién era Hrodgar hasta que Bruc me ha contado todo. Ha sido al relacionarlo con el Reino de Adamón que he ido a situar el momento y

lugar donde vi su rostro, una sola vez, pero que jamás debería haber olvidado. ¡Maldito sea! —blasfemó apretando su mandíbula—. Y pensar que él mismo lo había dicho.

—Claro, en la Batalla de Teschen, pero del lado enemigo —sugirió Zayev.

—Fue uno de los primeros cobardes que huyó —escupió con rabia—, acompañando al Rey Balkar.

—¿Quién es? —inquirió Erick con perspicacia.

—La mano derecha del Rey, su perro guardián, el brazo ejecutor, quien se encarga del trabajo sucio. Su fama de sanguinario es igual de amplia que la lista de vidas que ha arrebatado —les explicó con el desprecio inundando su boca.

—Quién iba a suponerlo —sacudía Erick la cabeza con incredulidad—. Con aquellos aires de grandilocuencia, tan refinado y tanta palabrería banal.

—Y en todo el tiempo que estuviste en su castillo, ¿no volviste a verlo? —se extrañó Nicholas.

—Como buen sabueso que es, Hrodgar no se separa del Rey Balkar, quien jamás se mezclaría entre la plebe —le aclaró—. Con todos mis respetos, su carácter no es tan afable como el vuestro, Majestad. Fijaos —bajó su rostro avergonzado—. Estáis hablando conmigo como si todo esto fuera ajeno a mí, cuando merecería que me azotasen por mi imprudencia y temeridad.

—No digas más sandeces —lo atajó Nicholas—. Si no fuera porque gracias a tu corazonada mandaste a Bruc a Bogen, quién sabría lo que habría sido de este Reino. Jamás lo habríamos descubierto hasta que hubiera sido demasiado tarde.

—Aún así...

—Ya sé Jordan, deberías habérmelo dicho —lo cortó—, y yo te repito que habría hecho lo mismo que Nigel. Supuestamente, Hrodgar era un noble y, en aras del honor, ni siquiera yo me habría atrevido a ir más allá de vigilarlo —agregó volviendo a excusarlo—. Aunque debo admitir que sí habría actuado de forma diferente si hubiera sabido quién eras tú.

—¿A qué os referís, Majestad? —preguntó confuso.

—Jordan, a veces parecías un mozo de cuadra —frunció los labios con desaprobación.

—Os recuerdo que nadie me obligaba a ello, Majestad, y no veo de qué

otra forma deberíais haberme tratado —alegó—. Al contrario, fue mucho más de lo que merecía, ya hubiera sido como guardia o como capitán. Al menos, en Asbath, el Capitán sigue durmiendo en el Cuartel de Guardias y no comparte la mesa con la nobleza.

—Eso te lo ganaste por méritos propios, creí que lo había dejado claro en su día —le reiteró—, y no quiero...

—¡Majestad! —el gritó desde el pasillo de Nigel los alertó.

—¿Qué ha ocurrido?! —bramó Nicholas al verlo llegar con el rostro desencajado y las manos y el pecho ensangrentados.

—¡Hrodgar ha escapado!

—Pero, ¿cómo? —lo miró sin comprender—. ¿No había hombres vigilando?

—¡Esta sangre es de ellos! —le dijo con la voz rota y mostrando sus manos—. Ese maldito no ha dudado en matarlos. Al igual que a los guardias del portón Oeste.

—¿Por qué? —Nicholas no entendía—. Podría haberse ido sin más.

—Para llevarse a la Reina Gabrielle con él —espetó Nigel sin rodeos.

—¿Qué barbaridad estás diciendo! —tomó al joven de los hombros.

—Majestad, la Reina ha desaparecido —le explicó—. Hemos registrado todo el castillo y no la encontramos por ningún lado.

—Yo la dejé hace un par de horas en su jardín —exclamó Nicholas presa del pánico—. ¿La habéis buscado ahí?

—Ha sido el primer lugar, Majestad. Hemos encontrado esto en el suelo.

Nigel extrajo de la parte trasera de su cincho un libro, “ *Razón de amor* ” —leyó Nicholas en la portada y, de repente, sintió detenerse el latido de su corazón, como si toda la sangre hubiera abandonado su cuerpo. Se volteó soltando el libro sobre el escritorio, apoyando sus manos en el mueble, cabizbajo, sin fuerzas, con las nauseas abordando su garganta y temblando todo él, horrorizado ante aquella realidad.

—Nicholas —posó Erick sus manos sobre sus hombros—. Sería un buen momento para que hicieras gala de todo ese temple y control que suelen caracterizarte. Te ruego que no te dejes llevar por la desesperación.

—Juro por mi alma que ese maldito pagará por todo lo que ha hecho —maldijo Nicholas con la voz inyectada en odio—. Si algo le ocurre a Gabrielle yo mismo le arrancaré el corazón con mis propias manos.



—Si hubiera querido dañarla ya lo habría hecho —se atrevió a apuntar Erick.

—Lo sé —repuso Nicholas más calmado—. Sé que Balkar querrá utilizarla como baza a su favor.

Erick observó a su primo con gran admiración. A pesar de todo, aquel dominio suyo seguía siendo firme ante cualquier adversidad, incluso ante esa que bien sabía lo estaba hiriendo en lo más profundo. Entonces Nicholas inspiró hondo, tratando de llenarse de esa calma a la que Erick había hecho referencia, y ya no solo por complacencia sino porque él mismo lo necesitaba, necesitaba tener la mente despejada, la cabeza fría, tanto como aquel dolor que le atravesaba las entrañas le permitiera. Moriría si algo le pasaba a Gabrielle pero no la ayudaría si se dejaba dominar por aquel terror que apenas le dejaba moverse. Dio media vuelta apoyando de nuevo la espalda en el escritorio y observó a los demás. Sí, la salvaría, a como diera lugar, y sabía que no lo haría solo, que contaba con el apoyo de todos, ellos le ayudarían en aquella cruel empresa que le había interpuesto la Fatalidad. Tanto Erick como Zayev lo miraban expectantes, deseosos de seguir sus instrucciones; Nigel con los puños cerrados y el rostro retorcido de furia esperaba cualquiera que fuera su orden; su hermana limpiaba de forma fugaz las lágrimas que corrían por sus mejillas, tratando de guardar la compostura; y Jordan, apoyado en el quicio de la puerta, aguardaba con los brazos cruzados sobre su pecho, intentando ocultar sus manos trémulas y con el rostro desdibujado por la culpabilidad.

—Quítate esa idea de la cabeza —le ordenó Nicholas de súbito, sorprendiendo a todos, y habiendo recuperado la serenidad en su voz.

—Majestad —masculló Jordan con aire derrotado.

—¿Aún no has entendido que esto escapaba por completo a tu control? —dijo tratando de disuadirlo—. Hemos estado a merced de ese miserable desde el día que se presentó en mis esponsales. Ese mismo día podía habernos matado a todos sin piedad y poco podrías haber hecho tú para impedirlo.

Nicholas se acercó a él y posó una mano en su hombro, con gesto conciliador.

—Nada de esto es culpa tuya —le repitió—. Es culpa del malnacido de Balkar y sus ansias de sangre y poder.

—¿Qué ordenáis, Majestad? —inquirió Nigel impaciente.

—¿Crees que mandará a alguien para informarnos de sus exigencias?  
—aventuró Erick.

—No —negó Nicholas—. Ese cobarde querrá que nos mostremos ante él, en campo abierto.

—Entonces lo haremos —agregó Jordan con el semblante endurecido—. Como ya os dije, los hombres están listos.

—Jordan, me consta que siempre habéis resistido los ataques de Balkar y el hecho de que estuvierais replegados entre las murallas de Asbath imagino que os habrá ayudado.

—¿A dónde quieres ir a parar? —lo interrumpió Erick que no entendía aquel alegato.

—A que no quiero dejar el castillo desprotegido —le aclaró—. Cabe esperar cualquier cosa de la mente retorcida de esa sanguijuela.

—La mitad de nuestros hombres resistiría sobradamente si permanecen afinados tras los muros —le indicó Nigel.

Nicholas asintió y volvió a mirar a Jordan, en espera de una respuesta.

—Con el resto de hombres y el ejército de Asbath sería suficiente para acabar con esa plaga —le corroboró Jordan.

—Pues no perdamos más tiempo —decidió Nicholas—. Nigel, tú alista a los hombres mientras nosotros informamos de todo a nuestra familia. Jordan, tú...

—Solo necesito unos minutos para refrescarme y cambiarme de ropa —declaró él—. Me reuniré con vos en un momento.

—Sí —accedió Nicholas—. Después de tu largo viaje es comprensible.

—Con permiso —se inclinó dispuesto a retirarse.

Le dedicó una última y breve mirada a Agatha, que seguía en el diván con expresión compungida. Por un instante, ella le devolvió el gesto y Jordan quiso, con sus ojos como único medio, gritarle todo lo que tenía en su interior. Se alejó de allí habiendo deseado pasar aunque solo hubiera sido un segundo con ella a solas para besarla, abrazarla, tocarla al menos, poder transmitirle con un leve roce todo lo ella significaba para él.

Cuando entró en la que había sido su recámara, lo que había sucedido en aquel escenario le golpeó con fuerza, y vio con ironía cómo todo se mantenía intacto, ajeno a la debacle que se estaba dando afuera. Se alegró de no haberse llevado la totalidad de sus cosas la última vez y se apresuró a registrar en su baúl, un pantalón, una camisa y, del fondo, una brigantina de

cuero. Ni siquiera sabía por qué había incluido en su equipaje su uniforme de Capitán, aunque ahora le sería de utilidad.

Para su asombro, la jarra de la cómoda tenía agua como si, efectivamente, alguien se hubiera encargado de que todo siguiera igual, como si hubiera tenido la certeza de que él regresaría pronto. Volcó el contenido del recipiente en el aguamanil y agradeció su frescura.

Con premura se colocó el pantalón y estaba tomando la camisa cuando alguien irrumpió en la habitación, cerrando de un golpe. Jordan no prestó atención a cómo la prenda se resbalaba de sus manos pues sus sentidos estaban completamente enfocados hacia la puerta donde se apoyaba, con respiración agitada, la dueña y señora de su vida.

Jordan casi no se atrevía a moverse, temía que si lo hacía aquella imagen se fuera a desvanecer, tenía que ser un sueño el tenerla frente a frente como tanto había deseado. Estudió sus ojos, anhelantes y que mágicamente habían recuperado su deslumbrante brillo y que era a causa de él, tenía que serlo.

—Jordan —la escuchó susurrar con la voz quebrada y aquel fue el impulso que hizo despertar a su cuerpo.

Con un par de zancadas se posicionó frente a ella, y sin pedir permiso o preguntarse qué la había llevado a su habitación, la tomó entre sus brazos y la besó con infinita pasión, queriendo arrancar con sus labios aquel dolor que él les había infligido a ambos, queriendo obligarla a olvidar el sufrimiento por el que la había hecho deambular y que a él tanto le atormentaba. Al cabo de unos instantes sintió como Agatha alzaba sus manos hacia su pelo, exigiéndole una mayor proximidad de sus bocas y sus cuerpos, arqueándose contra él y haciéndolo gemir ante su arrebatadora respuesta. Apretó los puños en los pliegues del tejido que vestía su fina cintura y la unió más a él, devorando sus labios con afán, tratando de saciar aquella sed que lo había consumido todos aquellos días llenos de su ausencia.

Dejó atrás toda su sensatez, su tan arraigado sentido común, hasta su honor, nada de eso importaba ya. Solo estaba Agatha y la certeza de que moriría antes del volver a separarse de ella. La Fortuna le estaba otorgando la dicha de que aquel amor siguiera intacto en el corazón de ella y él no osaría jamás a cometer de nuevo la estupidez de rechazarlo.

—Temía que este momento no llegara nunca —le confesó ella sobre sus labios.

—¿Es que aún no sabes que mi vida está condenada sin ti? —musitó él fundiendo sus negras orbes en las tuyas.

—Sé que debes partir pero, de no ser así, permanecerías a mi lado, ¿verdad? —preguntó suplicante.

—Claro que sí —le aseguró él—. Parto a luchar porque tengo miles de motivos para hacerlo pero existe uno, mucho más importante que todos ellos juntos, que me hará regresar a ti.

—Dime qué es —le suplicó ella—. He de escucharlo de tus labios.

—Eres tú, Agatha —le dijo—. Tú eres mi razón para existir, el impulso que hace latir mi corazón, la sangre que recorre mis venas, el aliento que le da la vida a mi alma. Sin ti no soy nada.

Agatha se lanzó a sus labios mientras las lágrimas comenzaban a surcar sus mejillas, tan distintas a las que la había acompañado todos esos días. Ellas eran la expiación de su propia alma, expulsando todo ese dolor, borrándolo como ablución purificadora. Su sal pronto quedó cubierta por el atrayente sabor de aquellos labios que la poseían con desenfreno, como jamás lo habían hecho.

—Prométeme que volverás a mí —le exigió. Sabía que no podría soportar de nuevo su abandono.

—Te lo juro, mi hermosa Princesa —respiró sobre su boca—. Estaré a tu lado mientras tú lo quieras.

—Te advierto que será para siempre —le sonrió ella coqueta.

—Que así sea —susurró antes de volver a besarla... nunca se saciaría de ella.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le preguntó separándose un poco de él, haciendo deslizar los dedos por su torso desnudo, recorriendo la cicatriz que lo cruzaba.

—Perdóname —suspiró él pesadamente—. No pienses que fue por desconfianza —le pidió—. Simplemente no creí que eso pudiera ser de ayuda. ¿De qué habría servido?

—Para estar aún más orgullosa de ti, mi gallardo Capitán —le sonrió con picardía mientras jugueteaba con la punta de sus dedos por aquella línea sonrosada, como si no fuera consciente de lo que aquel roce producía en él.

—¿Ah sí? —sonrió él con complacencia y malicia.

—Aunque, pensándolo bien, eso me habría entristecido más —añadió ahora con seriedad, deteniendo su caricia y bajando su rostro—. Tal vez

incluso habría alimentado mi rencor hacia ti.

—¿Por qué dices eso? —le alzó él la barbilla para que lo mirara.

—¿Dónde quedó tu valentía cuando te marchaste? —le dijo ella casi con reproche.

—Sí que salí huyendo, Agatha —reconoció—, pero no por cobardía. Me sobraba arrojo y valor para subirte a lomos de mi caballo y arrancarte de este castillo —le aseguró—. Y fue de eso mismo de lo que huí. Sabes que nunca creí ser digno de ti, que merecías a alguien mejor que yo.

—¿Y ya no lo crees? —preguntó ella con un tizne de esperanza en sus ojos.

—La verdad, no sé si te merezca o no —admitió—. Y puedes tacharme de egoísta si quieres. Solo sé que te necesito, como el aire, en mi vida, amándome, amándote, y no pienso renunciar a ti. Soy capaz de luchar contra el mundo con tal de tenerte conmigo, incluso soy capaz de obligarte.

—No tendrás necesidad —le declaró ella con mirada emocionada, con el corazón lleno de dicha ante aquella declaración.

—Júramelo —le rogó él.

—Te lo juro —selló ella su voto fundiendo sus labios con los suyos.

Para Jordan aquello fue la más sagrada de las promesas y así se lo hizo saber, correspondiendo a su beso con entrega, depositando en él todo su corazón y sus sentimientos, todo su amor.

—Júrame tú a mí que vas a volver —aseveró con angustia. Jordan supo al instante a qué se debía su inquietud.

—Será él quien caiga bajo el filo de mi acero —le aseguró, lanzando aquel augurio al aire—. Por mi vida que ese maldito pagará con la suya, y no solo por lo que le ha hecho a Gabrielle sino por haber osado a mirarte, a hablarte.

Jordan suspiró tembloroso, con un escalofrío de espanto recorriendo su espalda.

—Cuando pienso en que has estado a su alcance y expuesta a su mente perversa, yo...

—No pienses más en eso —posó sus dedos sobre sus labios, callándolo—. Solo quiero que pienses en tu juramento, recuerda que me has jurado volver —le repitió ella.

—Está bien —repuso él, aunque si abandonar su expresión de culpabilidad.

—Abrázame, Jordan —le pidió ella, con la única intención de borrar aquella idea de él. Y él obedeció, sumiso, uniendo su cuerpo al de ella, deseoso de que llegara el día en que no tuvieran que separarse más.

—Creo que debería irme ya —se lamentó él—. Quizás ya estén esperándome.

—Es cierto —afirmó ella, separándose de él y recogiendo del suelo su camisa, colocándosela, con toda naturalidad. Jordan sonrió ante aquello, sin poder evitar el preguntarse cuándo Agatha podría volver a hacerlo pero como su esposa.

—Reconozco que extrañaré al guardia altanero que un día conocí —suspiró con fingido lamento mientras le ayudaba a colocarse la brigantina—, pero debo admitir que luces muy atractivo enfundado en tu uniforme, mi apuesto Capitán —añadió con sonrisa frívola.

Jordan no pudo reprimir una carcajada y la abrazó, agradecido por hacerlo capaz de sonreír a pesar de la tragedia que estaban viviendo.

—La salvaréis, ¿verdad? —reflejó ella en voz alta el pensamiento de ambos.

—¿Crees que tu hermano permitiría lo contrario?

—No —aseveró ella con seguridad.

Jordan la observó por unos segundos, acariciando con suavidad su mejilla. Quería llevarse con él esa imagen de ella, radiante y hermosa y, lo más maravilloso, enamorada de él; sería la que lo acompañaría en aquella lucha y la que con certeza lo haría volver.

—Creo que deberías ir delante —anunció Jordan el momento de la despedida.

Agatha no respondió, se limitó a besarlo por última vez. Pero esta ocasión no sería como aquella en que se separaran. Ese no sería un adiós, ni tendría su mismo sabor amargo. Ese momento estaba lleno de promesas y sueños por cumplir, simplemente pospuestos, aplazados y convencidos ambos de que llegaría el día en que se hicieran realidad.

—Te amo —le dijo Agatha como despedida.

—Te amo —respondió él antes de verla alejarse.

Cuando Jordan salió a la entrada principal, se sobrecogió al ver cómo los hombres iban desfilando a lomos de sus caballos, firmes, erguidos, leales y entregados a aquella lucha, y siendo iluminado su transitar por sendas procesiones de antorchas que bordeaban ambos lados de la senda que

formaban hasta llegar al portón principal y atravesando ya el puente levadizo. Al pie de la escalinata que ya había empezado a descender, vio a Erick y Trystan despidiéndose de sus esposas, a Nigel de Erin e incluso a Zayev, que se había unido a ellos y que besaba a quien recordaba era la Princesa Ylva. Desvió la vista para buscar a Agatha y la vio frente a él, abrazando a su hermano, deseando ser él quien ocupara su lugar. Sin embargo, le reconfortó el simple hecho de que ella le dedicara la más hermosa de las miradas y lo envolviera con su sonrisa. Con gesto disimulado y sutil, Agatha alargó una de sus manos, separándola un poco de su cuerpo, justo en el momento en que Jordan pasaba por su lado al dirigirse a su caballo, tomando la suya, por un sencillo segundo y estrechándola por un instante, llenándolo de gozo con aquel impulso suyo.

Sí, aquello sería suficiente... hasta su regreso.

## Capítulo 26

Claire acariciaba con gesto descuidado el vacío que ocupaba el otro lado de la cama y que se veía iluminado por el sol del amanecer. Era tan irónico... Aquellos hechos ocurridos apenas unas horas atrás, como un cúmulo de sucesos concatenados, vinculados, hilvanados por una hebra de tragedia y que había caído sobre ellos despiadadamente, aún revoloteaban por el castillo, dejando un halo de fatalidad a su paso. Y sin embargo, aquella mañana el sol se mostraba en todo su fulgor, de forma burlona, ignorando la terrible escena acontecida la noche anterior y pasando sobre ella con insultante alegría estival.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos? ¿Tal vez una hora? Eso fue lo que bastó para que la vida de todo aquel que habitaba en ese vasto castillo se viera volteada por la desgracia. Ella misma se encontraba con Ylva y su padre en el Salón, hablando de temas nada trascendentales, casi banales, gracias a que Ivette se había ofrecido a ocuparse de la escuela para que ella disfrutara de aquella tarde.

Aún viéndola aparecer con aquel rostro tan indescifrable, mezcla de felicidad y pavor, jamás habría sospechado la hecatombe que se avecinaba.

—¿Ha vuelto Bruc! —había exclamado llena de entusiasmo y de alarma.

—¿Y por qué pareces tan inquieta? —quiso saber Claire.



—Me he enterado del motivo de su ausencia —respondió con respiración agitada—. Jordan le había ordenado marchar al Reino de Bogen a investigar al Duque Hrodgar.

—¿Jordan? —intervino Richard—. Ha debido tener un buen motivo para hacer eso.

—Y nunca más acertado —añadió la doncella—. Me ha narrado, aunque sin profundizar demasiado que, al llegar al Reino de Bogen, descubrió que se hallaban preocupados por el Duque pues había desaparecido un par de días antes de emprender su viaje para acudir a los esponsales de Sus Majestades.

—¿Desaparecido? —se extrañó Claire.

—Sí —afirmó Ivette—. Lógicamente aquello alertó a Bruc y se ofreció a ayudarles alegando su condición de guardia. A los pocos días, hallaron su cadáver con varias flechas ensartadas en su cuerpo y que eran iguales a aquella con la que atentaron contra Su Majestad.

—Entonces, Hrodgar... —se alarmó Claire.

—En vista de los acontecimientos, Jordan llegó a la conclusión de que su intención era suplantar al verdadero Duque, a quien él mismo asesinó y, mostrando interés por la Princesa Agatha, tener mejor acceso al Rey y conocer de antemano sus movimientos contra el Reino de Adamón, su Reino.

—Que la Madre Luna nos ayude —exclamó Ylva—. Habéis estado todo este tiempo en peligro sin sospecharlo siquiera.

—Nigel me ha pedido encarecidamente que me acompañéis todos al Cuartel de Guardias con tal de poder protegeros mientras capturan a Hrodgar —les indicó con un gesto para que la siguieran.

—Pero ¿y los demás? —quiso saber Richard mientras los tres obedecían.

—Jordan está con ellos en estos momentos —les informó—. Erin se iba a encargar de ir al dispensario a alertar al Rey Trystan y la Reina Gladys y Bruc ha ido en busca de la Reina Gabrielle.

Claire respiró con cierto alivio, parecía que la situación pronto estaría bajo control, de hecho se tranquilizó al hallar a los padres de Erick en el Cuartel de Guardias, mas aquel sosiego duró un instante. Aún no había cruzado una palabra con ellos sobre lo acontecido cuando llegaron Bruc y Nigel, ambos con sus ropas ensangrentadas y pidiéndole a Trystan que los acompañara.

Al preguntar el motivo, fue cuando les sobrevino la desgracia, a todos. Había algunos guardias malheridos y todo apuntaba a que Hrodgar se había fugado del castillo y llevándose a Gabrielle con él.

Lo que continuó a aquello fue un ir y venir desesperado, la búsqueda infructuosa de Gabrielle por todos los terrenos encerrados tras las murallas, para solo encontrar el rastro de sangre que aquel maldito había dejado tras su paso. Cinco hombres en total sucumbieron al filo de su cuchillo y Trystan, lleno de rabie e impotencia, no pudo hacer nada por ellos.

Estaban reuniendo los cuerpos en el patio de entrada cuando llegaron Erick, Zayev y Nicholas, este último con el rostro desencajado.

—Hijo —corrió Gladys a abrazar a su sobrino, quien trataba con todas sus fuerzas de no claudicar a aquel intenso dolor que amenazaba con aplastarlo.

—¿Qué has pensado hacer? —preguntó Trystan sabiendo que a pesar de todo, Nicholas intentaría manejar aquella situación de la manera más fría posible.

—Partimos ahora mismo hacia Adamón —anunció separándose de los brazos de su tía—. Nigel está preparando la mitad de los hombres para que nos acompañen y el resto se quedará al cuidado de las mujeres y el castillo, con alguno de vosotros dos —lo señaló a él y a Richard.

—Seré yo quien vaya —se apresuró a decir Trystan.

—Amigo —intervino Richard—, perdona que discrepe pero, aunque puedo entender que tengas a Gabrielle en gran estima, es mi sobrina, así que debería ser yo quien marchara con ellos.

—Estás en lo cierto —repuso Trystan—, mas insisto. Mis conocimientos pueden ser de utilidad.

Y aquello bastó para que Richard desistiera en su alegato. Su rostro ensombrecido daba buena prueba de que comprendía a qué se refería, al igual que el resto que, apartaron sus miradas tratando de ahuyentar la terrible realidad de lo que aquello podía significar.

—Pero querido... —quiso replicar Gladys.

Trystan miró a su sobrino quien asintió, accediendo así a sus intenciones y tomó la mano de su esposa para alejarla unos pasos de los demás.

Observó el rostro acongojado de Gladys unos momentos y le pareció estar viendo a aquella jovencita de la que se despidió cuando marchaba a los

Montes Gaynor a que Uvsad el Curandero lo instruyese en las artes curativas. Ya se amaban entonces con toda la intensidad que su joven corazón les permitía y, aunque Gladys siempre se había mostrado como una muchacha juiciosa frente a los demás, en lo que concernía a su amor por él, era impulsiva y apasionada. Bien sabía que Trystan deseaba cumplir aquella meta que se había impuesto antes de contraer matrimonio con ella para enfrentar su vida en común sin las frustraciones que los anhelos malogrados suponían. De hecho lo apoyaba en aquel atípico propósito, mas la idea de la separación y la distancia la aterraba, y no por desconfianza a la fortaleza de su amor, sino a la suya misma. No creía ser capaz de soportar aquel tiempo alejados, la espera; apenas podía manejar la que transcurría entre sus visitas así que mucho menos iba a conseguirlo con una ausencia tan prolongada. Lo necesitaba, de forma imperiosa, era tal la dependencia de su corazón al amor que Trystan le ofrecía que el dolor de la nostalgia llegaba a rozar lo físico.

Ahora volvía a mirarlo con aquellos mismos ojos que una vez le rogaron, a pesar de saberse egoísta y que luego le reconcomiera la culpabilidad, que no se alejara de ella. Y en esta ocasión, él era consciente de que lo hacía con mayor razón pues, en aquella cruzada, él también arriesgaba su vida.

—Trystan...

Posó sus dedos con delicadeza en los labios de su esposa, acallándola. Sabía muy bien los múltiples motivos con los que ella trataría de disuadirle y, antes de tentar a la suerte, prefirió ser él quien diera los suyos.

—Gladys, no hace falta que te diga que esto va en contra de mi temperamento tranquilo y pacífico —comenzó a decirle—, y deberías saber que nunca me ha atraído la búsqueda de aventuras o emociones. Eso se lo dejo a nuestro hijo —trató de bromear, consiguiendo únicamente una leve sonrisa de labios de su esposa que pronto se tornó en aflicción.

—Erick tiene una esposa a la que rendirle cuentas —replicó ella—, y ya poco puedo decir yo en lo que a sus decisiones se refiere. Pero en cuanto a las tuyas...

—No pretendo hacer caso omiso a tus razones —negó con la cabeza—, pero debes comprender que mi deber es acompañarlos. Mi labor sería mucho más provechosa con ellos.

Gladys guardó silencio y Trystan supo había comenzado a bajar la guardia y era el momento de completar su discurso, ella debía entender.

—Sé que es duro lo que te voy a decir y solo pensarlo me encoje las entrañas pero no podemos eludir lo evidente —puntualizó—. Alguno de ellos podría salir herido y tampoco sabemos en qué estado encontraremos a Gabrielle.

—No digas eso —se angustió ella, cuyo rostro se crispó, llegando incluso al borde de las lágrimas de solo imaginar aquello.

Trystan se apresuró a abrazarla, con fuerza. Quizás había sido duro con la crudeza de sus palabras pero era una posibilidad que no podían ignorar.

—Pueden necesitarme, Gladys, y yo no podría vivir con el remordimiento de haber perdido a alguno de ellos por haber permanecido aquí —prosiguió sin apartarse de la calidez del cuerpo de su esposa—. Richard es muy capaz de cumplir con la responsabilidad de dirigir a los hombres que se queden aquí y de vuestro cuidado, y yo soy más útil con los muchachos.

—No haces más que hablar de los demás pero, ¿qué me dices de ti o de mí? —inquirió ella—. Ya que lo tienes todo tan bien pensado, dime qué es lo que debo hacer yo si es a ti al que le sucede algo.

Gladys se apartó de él para encararlo. De nuevo aquella muchacha que le rogaba que no se fuera se asomaba a sus ojos, llenos de aquel inocente egoísmo que otorgaba el amor juvenil y de las lágrimas que producía un corazón inexperto. La amó más aún por eso, por contagiarle de aquel mismo egoísmo que lo impulsaban a quedarse a su lado, por recordarle los sobresaltos que proporcionaba el amor ingenuo de la adolescencia y por hacerlo sentir de aquel modo, tan amado. Y quienes decían que con el paso de los años el amor se tornaba más maduro y sosegado se engañaban porque aquella mujer que ahora buscaba sus labios con desesperación, lo embriagó de una pasión tal que, esos mismos que lo afirmaban, habrían debido replantearse aquella aseveración, avergonzados por su blasfemia.

Trystan respondió al beso de su esposa volcando en él todos los sentimientos que ella le producía, todo lo que ella significaba para él; el amor que compartían sus corazones, el deseo que residía en sus cuerpos, la satisfacción de lo que habían logrado juntos en su vida en común, los anhelos de lo que aún restaba por alcanzar, incluso la gratitud por ser él quien gozara de toda aquella dicha. En aquel beso volvieron a sentir la emoción del primero que se dieran, vacilante y cándido, y el ardor que los hacía vibrar cuando se entregaban, puro y consagrado, como lo era su unión.

—Prométeme que te mantendrás a salvo —le rogó ella, hundiendo su rostro en la curva de su cuello.

—Me situaré alejado de la batalla —le aseguró—, pero lo suficientemente cerca para asistirles con rapidez.

—Te amo —le susurró, y no porque pensase que él necesitaba escucharlo sino porque ella necesitaba decírselo.

Trystan se separó de ella sonriendo, acariciando su mejilla, admirando a aquella mujer que lo convertía en el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra.

—Mi amada esposa —musitó antes de volver a estrecharla y besarla con afán.

Erick observaba la escena, enternecido. No era que sus padres se mostraran fríos o distantes frente a los demás, al contrario, eran afectuosos y muy cálidos, cosa que a él le complacía pero, en ese momento, no estaba contemplando a sus padres sino a una pareja que se profesaba un amor infinito e inmenso a pesar de los años. Una pequeña punzada de envidia sana le hizo sonreír.

—¿En qué piensas? —sintió el roce de los dedos de Claire en su mejilla, haciéndole desviar la vista hacia ella.

—En que ojalá nosotros nos amemos así cuando seamos viejos —le declaró.

—Eso depende de ti —repuso ella.

Erick no pudo evitar tensarse. Tal vez Claire iba a tratar de disuadirle de nuevo para que no se fuera o a reprocharle que lo hiciera.

—¿Me amarás aunque sea una ancianita canosa llena de achaques y dolencias? —preguntó ella sin embargo, sorprendiéndolo.

El hecho de que Claire tratase de bromear en un momento como ese le demostraba el gran esfuerzo que estaba haciendo por afrontar la situación, intentando, tal y como él le había pedido, mostrarse comprensiva y tranquila ante su partida. Emocionado la atrajo hacia su pecho, fundiéndola contra su cuerpo.

—No es una perspectiva muy alentadora que digamos —trató de continuar su broma, aunque su voz temblorosa lo hizo fracasar estrepitosamente, mientras acrecentaba la intensidad de su abrazo, tanto que creyó por un segundo que podría quebrarla. Mas Claire, lejos de protestar alzó su rostro para besarlo, llenándolo aún más de aquella emoción de la que

solo ella podría embriagarlo.

La besó con avidez, importándole bien poco estar rodeados de gente, sin pretender otra cosa que llevarse ese instante con él, grabar en sus manos el calor de su piel y llenar sus labios de su sabor, memorizándolos en su mente para evocarlos cuando le atacase la soledad, y alentándole a regresar para sentirla de nuevo y colmarse de ella.

—Volveré —declaró como un juramento.

—Más te vale si no quieres vértelas conmigo —le amenazó ella tratando de reprimir las lágrimas, aunque sin conseguirlo y, el hecho de que Erick atrapara una de aquellas gotas entre sus dedos, le hizo emitir un sollozo que desencadenó su llanto, el de ambos.

Se abrazaron de nuevo buscando consuelo y otorgándose mutuamente, y aunque Claire se sintió culpable por haber flaqueado a las lágrimas, notar las de Erick fue su expiación. Era lo apropiado, lo correcto en aquellas circunstancias, esa tragedia los sacudía a todos, incluso, y para su asombro, a Zayev que, mostraba toda la intención de partir. Se maravilló al pensar en la ironía de cómo el infortunio unía a las personas. Hacía apenas unos días que se hallaban enfrentados de manera casi irreconciliable y ahora se despedía de Ylva, como un guerrero más, afrontando esa lucha como si fuera propia.

—Ylva, no puedo permanecer aquí impasible, cruzado de brazos, sin hacer nada —trataba el joven de excusarse.

—No te voy a pedir que te quedes —le dijo ella sorprendiéndolo.

Zayev la miró receloso, sin alcanzar a comprender. No sabía cómo descifrar esa afirmación, pues, al contrario que aquello, esperaba algún intento por su parte de retenerlo allí. Era lo propio, ¿no?

—¿Serviría de algo si te pidiera que no fueses? —alegó ella entonces.

Zayev bajó su rostro. No es que fuera a hacer oídos sordos a su petición pero no podía negar que le atraía la sensación que le producía la adrenalina al recorrer su cuerpo los instantes previos a la batalla y quizás fuera una insensatez y un exabrupto reconocerlo pero le gustaba luchar. E Ylva debería saberlo, siempre que ella y su hermano Cailen acudían a visitarlo, los dos jóvenes se pasaban las horas entrenando, era... divertido. Además, esa era una causa justa, lo que le animaba aún más a marchar.

—En cualquier caso, no me atrevería a tratar de impedir algo que está en tu naturaleza —añadió Ylva.

Y Zayev alzó la vista. Sí, claro que ella lo sabía, por supuesto que sí.

La miró a los ojos y, en vez de encontrar reproche en ellos, halló comprensión, cubriendo, sin apenas conseguirlo, la inquietud que aquello le producía. Zayev sonrió entendiendo. No era desinterés hacia él, al contrario, aguardaría con esperanza y angustia su regreso pero, en vez de dejarse llevar por el deseo de retenerlo a su lado, lo sacrificaba por el suyo de acudir a la lucha, como una complacencia, tratando de que él fuera feliz. Y vaya si lo era. No solo era la mujer que mejor lo conocía sino que sería la única que podría hacerlo dichoso, la única que ofrendaría su propio bienestar por complacerlo, en un gesto completamente desprendido, generoso y lleno de su amor hacia él.

Aquello le hizo preguntarse si él sería capaz de hacer lo mismo por ella y viéndola, frente a él, tratando de esbozar una sonrisa que le infundiese confianza, animándolo a partir aún sabiendo del riesgo que eso suponía y anteponiendo todo a su propio deseo, supo que sí, que haría cualquier cosa por ella.

Tomó su rostro entre sus manos y la acercó a él, fundiendo su mirada en sus luceros negros.

—Dime que me quede y lo haré —susurró sobre sus labios, con voz queda aunque firme, seguro de que si ella pronunciaba esas palabras él las cumpliría, sin lamentarlo jamás. Si eso podía ser para ella una muestra de su amor, gustoso se quedaría a su lado.

Ylva lo miró confundida, jamás habría esperado aquello, esa actitud tan repentina estaba muy lejos de ser algo que cuadrara con el temperamento de Zayev. Quedó sin habla, sopesando aquellas palabras, el gran dilema que le suponían y vio cómo su momentánea indecisión hacía mella en él, ensombreciendo su mirada.

Su primer impulso fue acortar la distancia que la separaba de sus labios, sorprendiéndolo y sorprendiéndose ella, pues era la primera vez que tomaba la iniciativa. Sin embargo, él parecía complacido porque pronto soltó sus mejillas para rodear su cintura con sus brazos poderosos y tomar así el control de aquel beso, haciendo que sus labios danzaran al son que marcaban los suyos, de aquella forma tan arrebatadora y que le abrumaba la razón.

—Pídemelo —volvió a musitar él, sin dejar de acariciar sus labios una y otra vez, turbándola con la calidez de su aliento que engalanaban aquellas palabras que a ella le sabían a gloria y que la incitaban a cumplir su propio

anhelo.

—No puedo pedirte eso —murmuró de repente sobreponiéndose a aquello que bien era una tentación.

—Ylva...

—No hay cosa que desee más en el mundo que permanezcas aquí, conmigo —le declaró despejando cualquiera que fueran sus dudas—. Y sé que voy a sufrir lo indecible sabiéndote en peligro, pero no podría soportar los remordimientos si te retuviese a mi lado sin que les otorgases tu ayuda. Hay que salvar a Gabrielle y tú debes hacer todo lo que esté en tu mano para que así sea.

Zayev la abrazó sobrecogido y pensó que algo muy bueno debía de haber hecho en su anterior vida para merecerse a una mujer como Ylva. Jamás creyó que pudiera existir una compenetración, una conexión entre dos personas, entre dos almas, tan fuerte como la suya, tanto que casi le asustaba.

—No puedes hacerte una idea de cuánto te amo —le dijo apartándose de ella y mirándola a los ojos, sonriendo, lleno de dicha.

—Yo creo que sí —le devolvió ella la sonrisa—, pero dejaré que me lo muestres cuando regreses.

—Eso dalo por hecho —le aseguró antes de besarla de nuevo.

—Disculpadme, Alteza —una voz les hizo separarse y Zayev vio como Nigel le ofrecía las riendas de un caballo.

—Gracias, Nigel —asintió él.

—No, gracias a vos —alegó él con gesto sombrío y cabizbajo, mientras se alejaba para dirigirse a Nicholas, alargándole otras riendas.

—Ya está todo preparado, Majestad —le informó él y, antes de que Nicholas pudiera responder, se dio media vuelta y caminó hacia Erin, refugiándose en sus brazos.

Nicholas se volteó hacia el caballo, apartando su vista de ellos, de todos. Tantas muestras de afecto le molestaban, le dolían y bien sabía que pecaba de egoísmo, pero era algo superior a sus fuerzas. El no saber si él volvería a disfrutar de una caricia de manos de Gabrielle, si la abrazaría de nuevo, si escucharía su voz, su risa... si estaría viva...

Apretó los puños mientras las lágrimas anudaban su garganta, lágrimas de rabia contenida y de un sufrimiento que lo iban a enloquecer al pensar en la posibilidad de perderla, y deseando él su propia muerte si eso sucedía.

No, eso no podía suceder, no podían los Dioses llevar aquel ángel a su



vida para arrebatárselo así, de esa forma tan cruel e injusta. Quería, necesitaba creer que no sería así, tanto por él como por ella porque sabía que, si se rendía a aquel dolor que lo martirizaba, iba a perder la cordura y eso no sería de ayuda para ninguno de los dos. Debía hacer frente a aquello como acostumbraba a hacer, con sosiego y temple, dominando sus propias emociones. Esa sería la única forma en que podría salvarla.

—Estoy segura de que la salvarás —sonó la voz de Agatha a su espalda haciendo eco de sus pensamientos.

Nicholas se giró para mirarla. Se mostraba sonriente y tranquila, y sin una gota de incertidumbre en su aseveración.

—Trae a mi hermanita de vuelta y, de paso, ataja de raíz con esa alimaña del Inframundo llamada Balkar.

Que Agatha se refiriera de un modo tan afectivo a Gabrielle le hizo sonreír. Su esposa era el ser más maravilloso del mundo y no merecía correr con esa suerte. Gabrielle merecía que la amasen, como hacían todos lo que la conocían, y una buena prueba de ello era cómo se había volcado todo su pueblo ante la noticia de su rapto.

—No estás solo en esto —volvió a leer ella sus pensamientos.

Nicholas alzó su mano para acariciar su mejilla cariñosamente. Con el paso de los años se convencía cada vez más de que el vínculo entre hermanos gemelos distaba mucho de ser una leyenda. Sin embargo, le habría encantado que ese instinto hubiera estado más desarrollado en él para saber qué era lo que tanto la había afligido en los últimos días y que parecía haber desaparecido casi de forma milagrosa al volver a percibir aquel brillo azulado tan característico de sus ojos. Ahora era demasiado tarde para hablar, ya tendrían tiempo a su vuelta, cuando regresara trayendo a Gabrielle con él.

—Agatha, sé que no es el momento apropiado pero quiero que sepas que lo único que quiero es que seas feliz —le declaró, asombrándola.

Lo abrazó deseando poder sincerarse con él y decirle cuánto significaban para ella esas palabras pero, como él había dicho, no era el momento. Ojalá Nicholas las recordara cuando le confesase que su felicidad estaba de la mano de Jordan, la misma que en ese preciso instante tomaba ella de forma furtiva mientras él pasaba por su lado para dirigirse a su caballo. Fue apenas un segundo lo que se mantuvieron estrechadas pero lo suficiente para alimentar sus corazones hasta su regreso.

—Bruc, te quedas a cargo de todo, bajo las órdenes del Rey Richard

—resonó la voz de Nigel quien ya había montado su caballo.

—Sí, Capitán —se cuadró el guardia, para quien significaba todo un honor aquella orden.

—No tenéis de que preocuparos —decretó Richard mientras el resto de hombres montaban.

Se encaminaron hacia la salida principal y las mujeres desfilaron tras ellos en séquito, flanqueando su marcha. Todos voltearon sus rostros varias veces, tratando de prolongar el instante de la separación definitiva lo máximo posible y ellas los vieron alejarse con la cabeza erguida, orgullosas de aquellos valientes que emprendían un viaje lleno de incertidumbre, cuyo destino incierto llenaba sus ojos de lágrimas. Permanecieron allí hasta que desaparecieron en el horizonte, momento en el que se izó el puente levadizo y las hizo retornar sobre sus pasos, a intentar recomponer las trizas de lo que aquel maldito había provocado, siendo los cuerpos de aquellos cinco desdichados lo que las hizo volver a la cruda realidad.

Tanto Richard como Bruc estaban dando ya las órdenes pertinentes para poder realizar un funeral tal y como ellos merecían, con honores y, teniendo que abandonar la protección de las murallas, había que tomar todas las precauciones posibles.

En circunstancias normales aquello no habría sido necesario. Era cuestión de honor el establecer una tregua para poder dar homenaje a los muertos, sin que se produjese ningún tipo de ataque enemigo mientras eso ocurría, pero tratándose de Balkar, toda cautela era poca.

Se dispusieron los cadáveres en carromatos, escoltada la comitiva fúnebre, que se dirigía a uno de los lagos cercanos, por decenas de guardias, quedando el resto afincado en las murallas, resguardando el dramático desfile desde las altas almenas. Los hombres más fornidos se apresuraron a talar algunos árboles mientras otros, construían, a orillas del lago, las correspondientes plataformas que darían asilo al último viaje que emprenderían aquellos héroes donde los colocaron acompañados de su espada y su escudo, el emblema del Reino que defendieron con su vida.

En el silencio más absoluto y entre lágrimas acalladas, fueron empujadas hasta quedar acogidas por las cristalinas aguas del lago y que les dio la bienvenida, llevándolos hasta su seno, hacia el centro del lago.

El Rey Richard, quien presidía el funesto ceremonial, alzó sus brazos con gesto solemne.

—Llamas que arrasáis el cuerpo, elevad el alma. Que las Puertas del Kratvah se abran y los Dioses os acojan en su seno —exclamó a viva voz dando la señal a los arqueros que lanzaron flechas prendidas y que incendiaron las cinco piras fúnebres, dando así fin al rito.

En la retina de Claire aún estaba grabada la imagen de aquellas cinco lenguas de fuego que surgían de las aguas con furia recortando la oscuridad de la noche y cuyo testimonio aún quedaba representado por aquellas columnas de humo que, a pesar de haber transcurrido varias horas, aún se resistían a desaparecer ocupando aquel cielo que iluminaba el sol naciente, tratando de permanecer impertérrito en el tiempo y en sus memorias.

—¿Alteza? —la alertó la voz de Erin en el pasillo.

—Pasa —le indicó mientras se incorporaba de la cama.

Conforme entraba, la doncella la observó de arriba abajo, reparando en sus ropas. Ella tampoco había dormido, como las demás.

—Voy a servir el desayuno —le anunció—. Deseáis que os lo traiga aquí.

—¿Dónde están...?

—La Reina Gladys y Sus Altezas ya están en el comedor —le aclaró antes que pudiera terminar.

—En ese caso, bajaré yo también —decidió.

Sí, desgraciadamente el tiempo corría impávido, despreocupado y ajeno a los acontecimientos que sacudían a la humanidad; la vida debía continuar, aún en aquel malogrado castillo.

Efectivamente, al acudir al comedor, tanto Gladys como Agatha e Ylva aguardaban por ella, reunidas, agolpadas en un extremo de la mesa, en una búsqueda inconsciente de calor humano, consuelo y compañía.

—Buenos días —la saludaron al verla llegar.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Claire mientras se sentaba cerca de Gladys.

—Tomó un poco de pan y vino dulce y se marchó enseguida en busca de Bruc —le informó Ylva.

—Aunque me entristece el hecho de que Trystan haya decidido partir en su lugar, me tranquiliza que Richard se haya quedado con nosotras —tomó Gladys la mano de Claire con gesto cálido y que ella agradeció inmensamente.

—Yo no puedo evitar sentir cierta culpabilidad —alegó Ylva de

repente.

—¿Y por qué decís eso? —se extrañó Agatha.

—Aunque ruego porque todos vuelvan sanos y sanos, por quien más teme mi corazón es por Zayev y, en cambio, vosotras, estáis arriesgando tanto... a toda vuestra familia.

—No pienses eso, Ylva —trató de alentarla Gladys.

Ylva asintió, aunque la aflicción de su rostro daba a entender lo contrario.

—Si os sirve de consuelo, todas tenemos un punto en común —añadió Claire intentando infundirle confianza—. Todas rezamos para que regrese el hombre que amamos.

Y, en ese instante, todas las miradas recayeron sobre Agatha. La de Ylva extrañada al no comprender y las de Claire y Gladys con un deje de complicidad.

Aún con conocimiento de causa, Agatha bajó la vista, esperando que aquel comentario pasara desapercibido o se consumiese el tiempo destinado a continuarlo.

—Agatha —murmuró Gladys, cerrando ella los ojos al comprender que aquello no sucedería—. ¿No crees que ya es bastante duro sufrir por ellos como para que además le añadas la angustia de tratar de ocultarlo?

—Ella y Jordan están enamorados —le aclaró Claire a Ylva, asintiendo la joven como si aquello fuera lo más normal del mundo, ante la mirada atónita de Agatha.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —se atrevió a preguntar, temerosa aún del juicio que pudieran emitir sobre aquello.

—Yo lo supe la noche del matrimonio entre Erick y Claire al verlos bailar —contestó Gladys con cierta picardía en su tono y que a Agatha no dejó de sorprenderle.

—A mí me lo sugirió Erick —reconoció Claire.

—¿Erick? —se asombró Agatha.

—Empezó a sospecharlo a raíz de que Jordan les insinuara a Erick y a Nicholas que estaba enamorado de una noble.

—Entonces, mi hermano...

—No creo que él esté al tanto —la tranquilizó Gladys.

Agatha respiró con alivio pero se mantuvo expectante, mirando con recelo a las mujeres que la acompañaban, a la espera.

—Te equivocas si crees que vamos a juzgarte —apuntó entonces su tía con tono divertido—. Aunque te podemos dar nuestro parecer.

—Por favor —les pidió Agatha con impaciencia.

—Sé que no es una circunstancia muy afortunada —comenzó Gladys—, pero Jordan ha dado claras muestras de su valía y honradez. Ambos merecéis ser felices, así que contad con nuestro pleno apoyo.

—¿Nuestro? —preguntó Agatha perpleja—. ¿Acaso mi tío...?

—Cuando enfermaste, estaba desesperado porque no sabía qué hacer para que te aliviaras —le explicó—. No tuve más remedio que contárselo y, ¿sabes qué me dijo? Que siempre se había mofado del dicho que reza que se puede enfermar por amor, hasta que lo había comprobado con sus propios ojos, al verte a ti.

—Por eso dejó de darme tónicos —aventuró ella.

—Se lamentó por no conocer ningún remedio para el mal de amores —sonrió al recordarlo.

Agatha se mantuvo en silencio, asimilando todo lo que acababa de contarle.

—Por nuestra parte —intervino Claire—, estamos encantados —le hizo un guiño robándole una sonrisa—. Me cuesta creer que pensaras que condenaríamos vuestro amor —bromeó.

—En realidad, no podría deciros en qué momento dejó de importarme —reconoció—. No me malinterpretéis —les pidió—, pero le preocupa más a Jordan que a mí, sobre todo por mi hermano.

—Tu hermano puede parecer muy estricto —apuntó Gladys—, pero estoy segura de que lo aceptará.

—Además, por lo que conozco a Gabrielle, con certeza intercederá por vosotros —intervino por primera vez Ylva, provocando un aplastante silencio—. Perdonadme si he sido irrespetuosa —se apresuró a excusarse.

—No lo habéis sido —le aclaró Claire.

—Es solo que pareciera que se han marchado a dar un paseo y fueran a volver en cualquier momento —sonrió Gladys con tristeza.

—En cierto modo, ese es el espíritu con el que hay que enfrentar esta situación —apuntó Ylva—. Siempre he creído que es inútil lamentarse por lo que no podemos evitar. ¿De qué nos sirve el pesimismo? No vamos a solucionar nada con él, ni nuestras lágrimas les infundirán mágicamente fuerzas a nuestros guerreros. La angustia es ineludible pero el optimismo será

lo que nos ayude a sobrellevarla.

Las tres mujeres la miraron en silencio, asimilando su discurso.

—Pues creo que estás en lo cierto —habló Agatha rompiendo el mutismo—. Debemos demostrar nuestra confianza en ellos y en que harán todo lo que esté en su mano por volver a nosotras y devolvernos a Gabrielle. Es lo menos que merecen.

Y todas asintieron, convenciéndose de que aquello era lo que debían hacer o, al menos, intentarlo. Sería una utopía creer que alejarían los malos pensamientos tratando de eludir el tema en sus conversaciones u ocupándolas con banalidades o frivolidades femeninas pero, después de todo, sería una forma como otra cualquiera de ocupar su tiempo, que avanzaba dolorosamente lento, demasiado lento.

## Capítulo 27

Todo estaba saliendo a pedir de boca, desde el principio. Hrodgar se desperezó estirando sus brazos que casi chocaron contra el techo del carruaje y miró por la pequeña ventana. Hacía horas que el relieve se había tornado accidentado y ya se divisaban las cumbres escarpadas de las Tierras Altas. La tranquilidad que le otorgaba el estar cercanos ya a Adamón le hizo recordar todo lo sucedido, volviendo a degustar en su boca el sabor del triunfo. Se preguntaba cuánto tiempo tardarían en percatarse en Los Lagos de que era el Rey Balkar quien estaba tras lo sucedido. Estaba seguro de que el rastro de la sangre con la que su cuchillo había rubricado su tarea lo conducirían hasta él, y si no, pronto se lo harían saber a Nicholas.

Casi desde el primer momento supo que había tres moscones vigilándolo y así, como si fueran meros insectos, se deshizo de ellos cuando llegó el momento. Aquella mañana se había ausentado del castillo con su fingida visita a los lagos cercanos y se adentró en el bosque que tan bien conocía al haber aguardado allí tantas jornadas a que Nicholas se pusiera a tiro de su flecha. Aquella vez falló, pero eso no se volvería a repetir. Alyna y Douglas ya lo esperaban con el carruaje que le había robado al Duque de Bogen después de encargarse de él, cosa que fue una muy buena idea; hubiera sido un verdadero fastidio llevar aquella mujercita maniatada a lomos de un caballo en un viaje tan largo.

Después de concretar los pasos a seguir, volvió al castillo a continuar con su charada de Duque estirado, cosa que verdaderamente llegaba a contrariarle sobremanera. Aun habiendo pasado varios días de aquello, aún se sentía contagiado por aquellos manierismos crispantes.

Había estudiado a la perfección las costumbres de aquella familia y sabía a ciencia cierta que Gabrielle acudiría a su jardín predilecto después de comer. Fue entonces cuando se encargó de sus tres sombras a golpe de cuchillo, escondió los cuerpos y fue a por Gabrielle. Casi ni se percató de cuando la asaltó. Con una mano tapó su boca para que no gritara y con la otra manipuló el punto de presión adecuado en la zona del cuello y la hizo desvanecerse al instante. La tirió sobre su caballo, con la cabeza y las piernas a ambos costados del animal como si de un mero fardo se tratase y la cubrió con una manta. Era tan menuda que bien parecía una manta enrollada, muy adecuada para una salida al campo.

Sin embargo, los dos fisgones que aguardaban en uno de los portones secundarios tenían que hacer preguntas de más. Obtuvieron la respuesta que querían de mano de su cuchillo; quien les manda, ¿no? Solo restaba hacer descender con la máxima cautela la pequeña pasarela que atravesaba el foso y, a partir de ahí, todo fue coser y cantar.

Hizo nota mental para después; el hecho de haber contado con Alyna y con la leche de adormidera había sido decisivo. La sirvienta relevaba a Douglas en las riendas y no debían hacer más que las paradas esenciales, lo que compensaría el posible retraso que provocara el ir en el carruaje en vez de al galope a caballo. La leche de adormidera, por su parte, hacía que aquella mujercita permaneciese narcotizada la mayoría del tiempo, lo que era un alivio. No le apetecía en absoluto tener que lidiar con sus posibles pataletas o ataques de pánico. Además, Alyna resultó doblemente práctica porque ella, en su condición de mujer, se encargaba de alimentarla, más bien de embutirle la comida tan drogada como estaba, y de arrastrarla un par de veces al día tras los matojos a que se aliviara, cosa que solía hacer, ya fuera por la necesidad o por simple instinto, aunque si no lo hubiera hecho, no era el problema de Alyna, sino de Gabrielle y su pobre vestido.

Y mucho menos le importaba a Hrodgar. Su parte del trabajo la había realizado y con creces. Aún sonreía de satisfacción al recordar cómo días atrás habían pasado por La Encrucijada, cerca del campamento donde estaba asentado el Ejército de Asbath. Como era lógico, ni siquiera prestaron



atención a aquel carruaje que portaba en sus portezuelas el escudo de Bogen y, si lo hubieran hecho, bastaba con esconder a la muchacha en el doble fondo que había habilitado Douglas bajo el mullido asiento que ella ocupaba la mayor parte del día dormida y amordazada. Sin embargo, ni tan solo se habían acercado a ellos. ¡Y pensar que su adorada Reina permanecía allí secuestrada y pasaba por delante de sus narices sin que ninguno de aquellos ineptos tuviera ni la más remota idea para acudir a salvarla!

Una sonrisa burlona curvó su boca y volvió a desperezarse. Sin duda, el Rey Balkar estaría más que satisfecho con su trabajo. Faltaba organizar la segunda parte del plan pero, al igual que la primera, saldría a pedir de boca. Aquella mujercita era una gran baza.

La observó durante un momento, casi escudriñando en sus facciones, en su cuerpo... y nada. Así dormida lo único que le inspiraba era ver a una mujer insignificante, casi podía afirmar que anodina. Aunque no era muy común en él, aquella mujercita no le despertaba ni el más mínimo deseo, y a pesar de que le hubiera resultado facilísimo el tomarla en su estado, eso mismo habría anulado la única satisfacción que aquel cuerpo insulso podría haberle proporcionado, el de la lucha por salvaguardar su cuerpo ante la idea de ser mancillado, lo que enfrió cualquier interés que hubiera podido provocarle. Otro gallo cantaría si se hubiera tratado de Agatha. Su cuerpo voluptuoso y su singular belleza le habían atraído desde el principio y más de una vez tuvo que dominar sus impulsos de hacerla suya en detrimento de su plan, que se hubiese visto descubierto. Pero tal vez, si todo marchaba según lo establecido, aún era posible contar con esa oportunidad...

Cruzaron el puente levadizo y a los pocos minutos llegaron al patio de entrada. Se apeó del carruaje y se encaminó hacia la entrada del castillo, mirando por última vez a Alyna y Douglas.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —les señaló a Gabrielle quien aún dormitaba en el interior—. Y cuidado conforme la tratáis —les advirtió—. No queremos que muera... aún.

Y se alejó, mientras se dibuja una sonrisa malévola en los tres rostros. Con premura se dirigió a sus aposentos, cruzándose en el corredor con dos doncellas.

—Preparadme un baño, inmediatamente —les ordenó secamente, sin apenas mirarlas.

—Ya está dispuesto, mi señor —se atrevió a informarle una de ellas.

Hrodgar no contestó, aunque les dedicó una breve mirada, recelosa.

—Que nadie me moleste, ¿entendido? —inquirió amenazante.

—Sí, mi señor —respondieron ambas al unísono, alejándose rápidamente de allí.

Hrodgar resopló contrariado y siguió hacia su habitación. En cuanto abrió la puerta la encontró allí, tal y como había supuesto, sentada en su butacón. Era más hermosa de lo que recordaba, sus exquisitas facciones que ahora albergaban una sonrisa provocadora, quedaban enmarcadas por su rojiza melena larga y rizada, que caía libre sobre su espalda. Moira; tan bella como peligrosa.

—¿Qué haces aquí? —exclamó molesto cerrando la puerta de un manotazo.

—Yo también te he extrañado —alegó ella con voz sugerente mientras se levantaba de la butaca y caminaba hacia él, contorneando sus caderas.

En un par de zancadas, Hrodgar llegó hasta ella y tomando su rostro, casi con violencia, atrapó su boca, devorándola.

—Apártate —lo empujó ella zafándose de él, con una carcajada—. Apesta.

Lo tomó por la solapa de aquel disfraz ridículo de Duque y lo llevó hasta el fondo de la habitación, donde ya tenía preparada la bañera y el agua caliente para su baño.

—¿De eso también te ha informado tu cuervo al igual que de mi llegada, bruja? —preguntó con cinismo.

—Sabes que ese es el mejor halago que podrías dedicarme —se mofó ella mientras lo desvestía.

—El Rey querrá su informe lo antes posible —le advirtió, introduciéndose en la tina y sumergiéndose en la calidez del agua.

—Es lo propio asearse antes de presentarse ante Su Majestad, ¿no crees? —alegó ella con picardía, tomando un paño y arrodillándose tras él para ayudarle en su tarea y frotar su espalda.

—Por cierto, ha sido buena idea el prestarme a Alyna y darme la leche de adormidera —le agradeció.

—¿Lo dudabas? —se rio ella.

—Serás vanidosa —le acusó él mirándola de reojo.

—Cosa que te encanta —repuso pasando el trapo por su torso y recorriéndolo sinuosamente—. Al igual que otras muchas cosas, ¿cierto?

—susurró en su oído mientras su mano descendía por su abdomen hasta sumergirse bajo el agua. Un gemido gutural escapó de labios de Hrodgar cuando Moira alcanzó su objetivo.

—¿El celibato también formaba parte de tu disfraz de Duque? —se rio a la vez que sus dedos atrapaban toda su longitud, hinchada.

Hrodgar lanzó un bufido y se puso en pie, saliendo de la bañera, arrebatado. Tomó a Moira de los hombros, quien seguía riendo, complacida, y la empujó hasta la pared más cercana. Con violencia le arrancó el vestido, casi rasgándolo y eso a Moira, lejos de molestarla, la encendió aún más. Hrodgar atrapó su cuerpo ya desnudo entre el suyo y el muro, y también sus labios, continuando con lo que había comenzado a hacer cuando llegó a su habitación.

Entonces Moira se colgó de su cuello y, dándose cierto impulso, alzó sus caderas y rodeó la cintura de Hrodgar con sus piernas. Ella misma lo posicionó en su entrada y con un solo movimiento lo tomó, haciendo que él invadiera todo su interior, y lanzando ambos sendos jadeos llenos de deseo y lujuria.

Aquella ansia bien podría ser fruto de la impaciencia de dos personas que se aman y desean unirse con urgencia, pero no. No era la necesidad que alienta a los amantes a satisfacer al ser amado sino la búsqueda imperiosa del propio placer, donde no hacían falta ni los preámbulos ni las dulces palabras susurradas al oído. Simplemente el sentido egoísta de la posesión del cuerpo del otro para saciar los propios y más bajos instintos era lo que los arrastraba a buscarse y encontrarse una y otra vez, de forma casi adictiva. Esa era la única forma de amor que dos seres como ellos, con el alma tan ennegrecida, podían sentir, y el hecho de poder compartirlo era más que suficiente. Para ninguno existía ni el vínculo de la fidelidad ni el de la propiedad, solo el que otorgaban aquellos momentos en que sus cuerpos se ligaban emanando aquel ardor que los corroía por dentro.

Hrodgar atrapó uno de sus senos en su boca mientras hundía sus dedos en sus muslos, acelerando, intensificando su vaivén produciendo que Moira gimiese extasiada. Hrodgar rio sobre la piel de su pecho, complacido, sabiéndola bajo su dominio, pero Moira no era de las que se dejaba vencer. Estrechó aún más el cuerpo de Hrodgar entre sus piernas inclinando su cadera, haciendo más pleno su contacto y, esta vez, fue él quien gimió de placer. Ella notó como él se endurecía más, producto del inminente clímax y

buscó sus labios hambrienta, necesitada de las sensaciones que su boca le ofrecía. Hrodgar acrecentó el ritmo de sus movimientos al sentir como ella se tensaba a su alrededor y sus cuerpos estallaron al unísono, en un grito enfundado en placer, derramándose él en su interior y clavando ella sus uñas en su espalda, mordiendo su labio inferior hasta hacerlo sangrar, amplificando con aquel brote de agresividad y el sabor de la sangre en sus bocas, las oleadas que aún los sacudía a ambos.

—Utilizas tus malas artes conmigo, bruja —farfulló Hrodgar jadeando, con la mirada oscurecida por las reminiscencias del deseo que aún no abandonaban su cuerpo.

—Y obtienes justa recompensa por ello, ¿no? —repuso con tono sugerente, atrapando con su lengua una pequeña gota carmesí que brotaba de su labio, en un gesto lleno de sensualidad.

—Pareciera que no es tan justa, al menos para ti —se regodeó Hrodgar mientras ella continuaba jugueteando con su boca.

Moira rio entre dientes y recorriendo los músculos de su espalda con las puntas de sus dedos, deslizó su lengua desde su mentón hasta su oído, lanzándole un cálido suspiro que lo hizo estremecer.

—¿Y qué me dices de ti? —le susurró insinuante al apreciar que volvía a endurecerse dentro de ella.

Atrapó el lóbulo de su oreja entre sus labios, lamiéndolo, y Hrodgar, emitiendo un gruñido casi salvaje, la separó de la pared y, sin salir de su cuerpo, se dirigió hacia la cama, tumbándola sobre ella. La fricción entre sus intimidades los hizo gemir a ambos.

—Creí que debías encontrarte con el Rey lo antes posible —sonrió Moira con malicia.

—Que espere —masculló Hrodgar mientras hundía su boca en la curva de su cuello, comenzando así, de nuevo, aquel ritual que no cesaría hasta que sus cuerpos se hubieran saciado por completo.

§ ~ \* ~ §

—Deberías aguardar en tu cabaña —le aconsejaba Hrodgar a Moira mientras esta lo ayudaba a vestirse.

—¿Ahora te preocupas por mí? —rio ella.  
Hrodgar la miró con fastidio.

—Tu plan debería ir a la perfección —aventuró ella.

—¿Esa es una de tus predicciones o una simple suposición? —ironizó Hrodgar.

—Para el caso es lo mismo pues tú nunca escucharías ninguna de las dos —repuso ella aunque sin reproche.

—Yo forjo mi propio destino, bruja —le dijo, como había hecho ya tantas veces.

Tomó su fino cuello con una de sus manos y la atrajo hasta él, atrapando sus labios en un beso impetuoso al que ella correspondió con la misma avidez.

—Tal vez me halles aquí cuando termines de informarle al Rey sobre tu misión —le insinuó.

Hrodgar soltó una carcajada mientras acariciaba sus labios con el pulgar.

—Hasta entonces —se despidió de ella bien seguro de que la encontraría allí.

—¿Quién es el vanidoso? —se burló ella.

Hrodgar le hizo un guiño y se apartó de ella. Moira lo vio desaparecer tras la puerta y, en el preciso instante en el que Hrodgar la cerraba tras él, un temblor escalofriante recorrió su espina dorsal, paralizándola, consciente de que el hecho de estar desnuda tenía muy poco que ver con aquello.

—Por fin te dignas a presentarte ante mí —le reprochaba a Hrodgar el Rey Balkar quien se hallaba cómodamente en su trono.

—Estaba aseándome, Majestad —se disculpó Hrodgar, inclinándose.

—Por supuesto —se rio Balkar ante su excusa—. Veo que finalmente has traído a la mujer —se restregaba las manos, regocijándose.

—Está en uno de los cuartos de la servidumbre —le informó.

—¿Y crees que funcionará? —preguntó con desconfianza.

—Nicholas ama a su palomita casi de un modo ridículo —se mofó—. Hará cualquier cosa que le pidamos.

—Eso lo veremos —espetó el Rey.

—Con la venia, Majestad —irrumpió en el Salón de Trono un guardia quien, esperando en el umbral, solicitaba su acceso.

Hrodgar le hizo un gesto con la cabeza y el muchacho se acercó a ellos, deteniéndose a una distancia prudencial.

—Majestad, los rastreadores han avistado un asentamiento a una hora

de aquí —le anunció.

—Y antes de lo que yo creía —asintió Balkar, complacido.

—¿Es numeroso? —quiso saber Hrodgar.

—Sí, mi señor —afirmó temeroso.

—Que preparen a la mujer —le ordenó—. Ya sabéis lo que hay que hacer.

El guardia se inclinó y se apresuró a salir de la estancia.

—¿Aún te ronda por la cabeza ese plan tuyo? —se sorprendió el Rey.

—Era un excelente plan hace dos años y lo será igualmente ahora, Majestad —se justificó—. No pudimos llevarlo a cabo porque se frustró nuestro intento de secuestro pero, la palomita ya está en nuestras manos.

§ ~ \* ~ §

—Era casi imposible darles alcance —maldecía Nigel mientras contemplaba el vasto castillo que se erigía en la lejanía sobre el peñasco, como si colgara de él de forma antinatural y las propias fuerzas malignas fueran las que lo sustentaban allí—. Si al menos ellos hubieran detenido la carroza.

—No tenían por qué hacerlo —apuntó Nicholas con resignación—. Por desgracia, no tenían conocimiento de lo sucedido y su cometido en La Encrucijada no era detener a cuanta carroza pasara por allí.

—En cualquier caso, ya no vale la pena lamentarse —intervino Zayev—. No hay tiempo que perder.

—Zayev tiene razón —apostilló Erick—. Mientras los hombres van preparando el campamento, nosotros dos vamos a ir al castillo.

—¿De qué diablos hablas? —inquirió Nicholas.

—Alteza, eso es una temeridad —discrepó Jordan.

—Alguien tendrá que ir a averiguar las condiciones de ese bastardo, ¿no? —puntualizó Zayev.

—Sí, pero no creo que vosotros...

—¿Quién más si no? —se encogió Erick de hombros—. Lo que sí sería una temeridad es que acudieras tú para ponerte a tiro de sus arcos y a Jordan lo podrían reconocer después de haber convivido con ellos varios meses.

—De eso hace años, Alteza —le refutó Jordan.

—No es necesario arriesgarse —le indicó Zayev, quien se mostraba

totalmente de acuerdo con Erick.

—Ya lo teníais decidido, ¿verdad? —los miró Nicholas con suspicacia.

Ambos asintieron intercambiando miradas de complicidad mientras rebuscaban en sus morrales, extrayendo sendos pañuelos blancos y que ataron a la punta de sus espadas.

—Hijo, ¿crees que Balkar respetará eso? —desconfió Trystan.

—Si quiere que le transmitamos su mensaje a Nicholas, tendrá que hacerlo —habló Erick con seguridad.

—Para eso solo necesitaría a uno de vosotros dos —aventuró Nicholas receloso.

—Yo me ofrezco a acompañarles con algunos hombres más para cuidar sus espaldas —intervino Nigel.

—Asunto arreglado —sonrió ampliamente Zayev con gesto travieso. Bien pareciera que aquello fuera un simple juego, como si olvidase que iban a meterse en la mismísima boca del lobo.

—Entonces no perdamos más tiempo —concluyó Erick.

Aquello fue la orden para que todos los hombres que iban a custodiarlos montaran, cabalgando alrededor suyo, como un parapeto. Ambos portaban su espada cruzando su pecho, dejando visible aquel símbolo que, desde tiempos ancestrales, había significado la paz.

Se adentraron en el bosque, tratando de evitar la desprotección que les otorgaba el camino, y los recibió de forma tenebrosa con viejos robles y árboles centinelas de troncos anudados y cuyas ramas se iban enredando formando una maraña que apenas dejaba traspasar la luz de la tarde. A pesar de la época estival, aquello producía una humedad en el ambiente tal que casi se podía tocar con las manos. Habría sido imposible orientarse en aquel entresijo a no ser por el musgo que marcaba todos los troncos en la misma cara, la norte, y que les indicaba el camino a recorrer.

De pronto, el bosque terminó de forma abrupta. Con cautela, avanzaron despacio hacia el claro, para darse cuenta de que era más que eso. Era un anillo desierto, desprovisto de cualquier tipo de vegetación y que rodeaba la parte delantera de la gran cumbre que albergaba el castillo.

Tardaron varios minutos en cruzar aquel terreno rojizo que se extendía ante ellos y la sensación que los invadió les hizo comprender que aquello no era un simple capricho de la Madre Naturaleza. La mano del hombre era quien lo había creado, con el único propósito de controlar de un modo más

que efectivo quién se aproximaba a las regias murallas, haciéndoles sentir completamente desprotegidos, vigilados y a merced de sus habitantes.

En cuanto llegaron a las proximidades del foso que bordeaba la fortaleza, se encaminaron hacia el sendero principal, llegando así al puente levadizo, flanqueado por sendas almenas.

—¡A del castillo! —bramó Nigel para llamar la atención de los guardias.

—¿Quiénes sois? —preguntó el que se situaba en una de las almenas.

—Somos el Príncipe Erick de Meissen y el Príncipe Zayev de Dagmar —le informó Erick.

—Deseamos discutir con el Rey Balkar las condiciones para la liberación de la Reina Gabrielle —añadió Zayev.

—Entiendo —respondió el guardia, tras lo que abandonó su puesto.

Los hombres se miraron con cierta incredulidad. Erick y Zayev casi se sentían ridículos blandiendo sus espadas de aquella guisa. Esperaban encontrar la muralla atestada de hombres, preparados para su llegada y, sin embargo, a excepción de los hombres que ocupaban cada una de las almenas, estaba desierta.

Tuvieron que esperar varios minutos para que descendiera el puente levadizo aunque no fue al Rey Balkar a quien vieron aparecer, sino a Hrodgar, que, escoltado por varios hombres se acercaba a ellos a lomos de su caballo y esbozando una sonrisa de incredulidad.

—¡Si no lo veo, no lo creo! —exclamó con gran sarcasmo—. Los acérrimos rivales unidos por la fatalidad.

—Creo que estabas un tanto ocupado secuestrando a la Reina Gabrielle como para percartarte de que ya habíamos solucionado nuestras desavenencias —espetó Zayev con desprecio.

—Cuidado, Alteza —lo miró Hrodgar con desdén—. Creo que no estáis en situación de importunarme —le advirtió con suficiencia—. Podría obviar lo que pende de la punta de vuestras espadas.

—Mensaje captado —intervino Erick—. Ahora escuchemos vuestras condiciones.

—¿Nuestras condiciones? —soltó una sonora carcajada. Zayev apretó su mano alrededor de la empuñadura de su espada, conteniendo la rabia y deseando golpear a aquel maldito—. No haremos petición alguna, si es a lo que os referís.



—No te entiendo —expresó Erick la confusión de todos.

—El Rey Nicholas quiere a su esposa de vuelta, ¿no? Pues veamos lo que ofrece a cambio —declaró con sonrisa malévola.

Ambos muchachos lo miraron sorprendidos.

—Como habréis comprendido, si la oferta no es, digamos, tentadora, la Reina morirá —alegó con un tono de lo más formal y despreocupado.

—¿Y cómo sabemos si aún está viva? —inquirió Erick.

—Deberéis confiar en mi palabra —se encogió de hombros

—Sería como confiar en la misma Muerte —masculló Zayev.

Hrodgar soltó una sonora carcajada.

—Me halagáis, Alteza.

—Lamento el descuido —le respondió con desgana.

—Si estuviera en vuestro lugar, me apresuraría en informar a Su Majestad —quiso dar por terminada aquella cháchara—. La arena del reloj que marca su vida ya ha comenzado a caer —se tornó su tono solemne ahora. Inclínó levemente su cabeza y dirigió su caballo hacia el interior de la muralla, tras lo que se volvió a elevar el puente.

El grupo, aún atónito por lo que acababa de suceder, se apresuró a volver al campamento. Durante el camino de vuelta, ninguno dijo ni una sola palabra, sus mentes estaban ocupadas por las de Hrodgar, tan viles como misteriosas.

Tanto Nicholas como Jordan y Trystan corrieron a su encuentro al verlos llegar.

—¿Que ha sucedido? ¿Cómo está Gabrielle? —preguntó Nicholas de forma atropellada.

—Suponemos que está bien —le informó Erick.

—¿Suponéis? Pero...

—Mejor dejemos que nos cuenten lo ocurrido —trató de calmarlo Trystan.

Los dos jóvenes asintieron y procedieron a narrarles todo lo acontecido.

—¡Maldito sea! —blasfemó Nicholas—. Ni aún dándole mi Reino entero me devolvería a Gabrielle.

Pasó con nerviosismo una mano por su cabello. Por primera vez en toda su vida, se sentía atado de pies y manos, sin saber cómo actuar y el temor de perder a Gabrielle lo invadió, helándole la sangre.

—¿Qué propones, primo? ¿Atacamos? —sugirió Erick sabiendo lo

infructuosa de aquella negociación.

—Ahora que habláis de atacar —intervino Nigel—, ¿no os resultó un tanto extraño que no hubiera casi hombres apostados en las murallas? —puntualizó.

—La verdad, sí, pero no atino a comprender a qué se debe —negó con la cabeza, meditabundo.

—Su soberbia no tiene límites —farfulló Zayev—. Era como si supiera de antemano que no atacaríamos.

—O como si no le importase —añadió Jordan alarmado, como si hubiese encontrado la solución de aquel acertijo.

—¿Qué quieres decir? —lo miró extraño Nicholas.

—Alteza, repetidme las últimas palabras de Hrodgar —le pidió a Erick con apremio.

—Dijo que la arena del reloj que marca su vida ya ha comenzado a caer —repitió sus palabras aun sin entender aquella petición.

Jordan mantuvo silencio unos segundos, mirando al suelo, asimilando el significado de aquella cita cuando, de repente, su rostro se crispó, palideciendo.

—¡Hijo de una mala madre! —bramó maldiciendo.

Los hombres lo miraron estupefactos ante aquella reacción y apenas se atrevían a preguntar el motivo.

—¿Qué sucede, Jordan? —preguntó Nicholas confundido.

—La Reina no está en el castillo —exclamó con gran inquietud.

—Explicáte —indagó Nicholas alarmado, ya no solo por su aseveración sino porque Jordan temblaba como una hoja.

—Pero antes, cálmate —le aconsejó Trystan, que también se había percatado de su estado.

Jordan obedeció tomando aire profundamente antes de comenzar su relato.

—Cuando hace dos años averigüé los planes del Rey Balkar acerca de secuestrar a Su Majestad, no solo descubrí cómo planeaban hacerlo sino lo que planeaban hacer después de llevársela —les explicó—. Recuerdo cómo aquellos yegüeros lo comentaban entre risas y vasos de vino, ensalzando la ocurrencia de su señor como si fuera la más heroica de las hazañas, cuando en realidad era lo más monstruoso que yo había escuchado jamás.

—¡Por los Dioses del Kratvah, Jordan! —lo tomó Nicholas por los

brazos—. ¡Dime qué pasa con Gabrielle! —lo sacudió, desesperado por saber.

—¡La Reina ya está condenada a muerte! —sentenció Jordan con la voz quebrada.

—¿De qué demonios hablas?! —preguntó esta vez Erick, quedando Nicholas mudo ante aquello.

—El plan de ese malnacido era, en algún lugar de estos parajes, cavar una fosa y...

—¡¡No!! —gritó Nicholas enloquecido, tapando la boca de Jordan con sus manos, como si el hecho de que él no pronunciara aquella aberración fuera a evitar que ocurriera—. ¡No, no, no! —repetía una y otra vez incapaz de escuchar aquello tan macabro, mucho menos de imaginarlo.

Zayev y Erick tuvieron que luchar con todas sus fuerzas por apartarlo de Jordan, dándose finalmente por vencido, cayendo de rodillas al suelo, encogido por el dolor tan inmenso que le atravesaba las entrañas.

—¡La Reina aún vive! —se arrodilló también Jordan, frente a él—. Pero si atacamos, ordenará que la maten.

Nicholas levantó su rostro, arrasado por las lágrimas y que ahora esbozaba un deje de esperanza.

—Que...

—La fosa debería ser lo bastante amplia como para que tenga suficiente aire, pero hay que hallarla cuanto antes.

—¡Pero cómo, por todos los Dioses! —exclamó exasperado.

—Lo más probable es que tres o cuatro hombres la estén custodiando pues, a pesar de que la fosa estará cubierta, deben evitar la posibilidad de que alguien la halle accidentalmente —comenzó a explicarle—. Además, deben estar lo suficientemente cerca como para ver alguna señal hecha desde el castillo, imagino que de una antorcha, para asesinarla en caso de que el Rey se vea amenazado de alguna forma.

—¿Amenazado? —escupió Nicholas con cinismo—. No lo voy a amenazar, simplemente lo voy a matar. Lo juro por mi vida.

De repente, como si toda su fortaleza hubiera vuelto a su cuerpo, Nicholas se puso en pie, con el rictus endurecido, aunque más sosegado. Hizo gala de todo su temple, ahora casi inexistente, y se dirigió a los demás que lo miraban atónitos ante su resolución.

—Formaremos grupos de seis hombres y registraremos todos y cada

uno de los terrenos aledaños a ese maldito castillo —decretó apretando los puños tratando de infundirse un valor que se empeñaba en abandonarlo. Y no porque temiera enfrentarse a aquel malnacido, sino porque le aterraba la idea de no llegar a tiempo y hallarla muerta.

No, Jordan tenía razón. Gabrielle vivía, su corazón se lo decía... Si no fuera así, ya habría dejado de latir.

## Capítulo 28

*Hace demasiado frío. Me acurruco abrazando con fuerza las rodillas contra mi pecho, pero la gélida superficie en la que se apoya mi espalda no ayuda demasiado. Decido levantarme, no sin dificultad, algo impide a mis manos y mis pies moverse con libertad. Pareciera que estuviera atada, pero por más que palpo no distingo el causante de esa trabazón que entorpece mis movimientos, como si el aire a mi alrededor pesara o si una gruesa cadena invisible me ligara. Sigo palpando y nada, si al menos pudiera ver... pero tampoco, y la misma duda agonizante me invade. ¿Es simple oscuridad o también una etérea venda rodea mi cabeza tapando mis ojos? Un zumbido en mis oídos me hace perder el hilo de mis pensamientos e, involuntariamente, me los tapo con ambas manos, de forma inútil, pues cuanto más pienso en él y más deseo que desaparezca, más presente está en mi cabeza.*

*Estoy tan confundida... Trato de enfocar mi mente en alguna cosa, algo que me haga salir de este sopor, así que centro mis energías en tratar de levantarme de nuevo. Tras varios intentos de lucha contra mi opresor invisible lo consigo, pero está todo tan oscuro que no se hacia dónde ir. Posiciono mis manos delante de mí para interceptar cualquier objeto que se presente en mi camino y empiezo a andar, sin rumbo fijo.*

*No sé cuánto tiempo estoy caminando pero concentrarme en el movimiento de mis brazos y mis piernas deja de dar resultado y ya no solo*

vuelven los zumbidos, sino que vienen acompañados de voces, voces extrañas, ni siquiera sé si de hombre o mujer. Y entonces el miedo empieza a acechar. Hasta ese momento, no me he tomado el tiempo suficiente para pensar qué es este lugar en el que estoy y por qué. No hay nada familiar para mí pero llevo tanto tiempo aquí que me pregunto si no será que estoy donde debo estar y simplemente yo no lo recuerdo.

Me detengo dispuesta a escuchar esas voces que siguen resonando, tal vez ellas me digan lo que necesito oír, pero no son más que obscenidades, blasfemias y risotadas desagradables. Me siento y vuelvo a abrazar mis rodillas, hundiendo mi cara en ellas... Tiene que haber algo más, algo que esas voces intentan ocultar.

De repente lo escucho, “Gabrielle” en lo que parece una voz masculina. Cierro los ojos e inicio una búsqueda entre la algarabía de esa voz que juraría trata de decirme algo y de pronto la encuentro de nuevo “Gabrielle”. Sé que no es un nombre lanzado al azar, por la pasión con la que lo pronuncia tengo la certeza de que me está llamando, a mí. Vuelvo a escuchar ese sonido, que se convierte en la más bella de las melodías, alzo el rostro con la firme intención de responder pero abro mi boca y no se escucha nada, mientras mi nombre sigue danzando a mi alrededor. Sigo moviendo mis labios, rasgando mi garganta para arrebatarse algún sonido pero no da resultado y el temor de que esa voz me abandone cansada de esperar mi respuesta se apodera de mí.

“Tranquila”, me dice, “no trates de luchar, solo aguarda por mí”.

Y es cuando ese sonido viene acompañado de un rostro, uno que deseo ver toda mi vida cerca de mí y del que reconozco cada uno de sus rasgos. Las rubias hebras de su cabello, el azul de sus ojos y esa pequeña cicatriz que adorna uno de ellos, el hoyuelo de su mentón que tanto adoro, sus labios bien perfilados y perfectos cuyo sabor soy plenamente capaz de recordar... y su nombre acude entonces a mi boca muda... Nicholas.

Intento llamarlo una y otra vez, pero mi voz sigue sin obedecerme y lágrimas de impotencia acuden a mis ojos.

“Cálmate, amor”, le escucho decirme. “Verás como pronto estaremos juntos de nuevo, iré a buscarte. Solo confía en mí”.

—¿Lo prometes? —intento gritar aunque sé que no va a oírme.

“Lo juro”, me responde sin embargo.

—¿Puedes escucharme? —pregunto con la recién descubierta voz de

*mi mente.*

*“¿Acaso crees que se puede acallar al amor?”, me cuestiona él. “Mi corazón siempre escuchará al tuyo, estés donde estés”.*

*—Tengo miedo —empiezo a temblar.*

*“No tienes por qué, pronto volverás a estar conmigo”, me asegura, transmitiéndome la melodía de su voz una paz infinita.*

*—¿Me lo prometes? —vuelvo a pedirle de todos modos.*

*“Te lo juro, solo tienes que aguardar por mí”.*

*—Mientras tanto, ¿te quedarás conmigo? —necesito saber.*

*“Por siempre y para siempre”, me responde colmándome de dicha e iluminando mi corazón.*

*Veo que la bruma vuelve a acecharme. Aprieto más aún mis manos contra mis piernas y vuelvo a hundir mi cara en mis rodillas y aguardo, pero no con miedo, sino como me ha pedido él, tranquila y llena de esperanza, mientras su voz sigue inundándolo todo sin dar cabida a ningún temor.*

§ ~ \* ~ §

*—Pondremos nuestra vida en ello —le había asegurado Francis al separarse de ellos y emprender la búsqueda de Gabrielle.*

*El antiguo Capitán de Asbath dirigía uno de los grupos que partirían hacia aquella misión en la que el transcurrir del tiempo era su principal enemigo, y el pecho de Nicholas se llenó de orgullo y agradecimiento ante aquellos hombres que darían todo lo que eran por salvar a su Reina.*

*Jordan, Erick, Zayev y Nigel habían decidido acompañar a Nicholas, mientras Trystan permanecería en el campamento a la espera de quien primero hallase a Gabrielle, aunque de corazón esperaba no tener que aplicar sus habilidades y conocimientos en ella.*

*Estudiando la situación y con la información que contaba Jordan, avanzaron por el bosque hacia el castillo, en busca de algún claro desde el cual pudiera divisarse aquella fatídica señal que supondría la muerte de Gabrielle.*

*El espeso ramaje en el que se entretejía la maraña de árboles que se cernía sobre ellos de forma tenebrosa apenas permitía ver la luz del sol, mucho menos el castillo, así que decidieron acercarse a aquel perímetro desprovisto de vegetación que Erick y Zayev cruzaran para llegar al castillo y*

que Jordan recordó con el nombre de “Anillo de Desolación”, nombre que era más que apropiado pues, no solo era una tierra yerma y asolada sino que, desde la fortaleza, bien se podría arrasar cualquier atisbo de vida que osase acercarse a sus murallas, sin nada tras lo que ocultarse en aquel paraje desértico.

Mientras avanzaban, Nicholas se tomó algunos minutos para tratar de asimilar lo que estaba sucediendo y que se resumía en muy pocas palabras, de un modo macabro y que le licuaba las entrañas de solo pensarlo; Gabrielle estaba enterrada en vida.

Tenía que admitir que tanto la imaginación de Balkar como su malicia no tenían límites. Esa era una forma de asegurarse de que, si él atacaba, no encontraría a Gabrielle en el castillo pero tendría su vida en sus manos, siendo suficiente el abandonarla en su térreo lecho y que le serviría ya de nicho, si se veía amenazado. También era una forma de mantenerla viva el tiempo suficiente que durasen las negociaciones, si las habían, y eso le llevó a Nicholas a plantearse cierta cuestión. ¿Qué habría considerado suficiente Balkar como para devolvérsela con vida? Posiblemente nada, ni siquiera el entregarle sus dos Reinos por lo que ya entendía lo que Jordan había predicho: Gabrielle ya estaba sentenciada a muerte.

Entonces, ¿por qué aquella artimaña? ¿Para qué alargar su vida en aquel tormento? Y pronto tuvo la respuesta. Lo que en realidad no tenía límites era su perversidad, su crueldad. Aquel proceder se veía únicamente impulsado por su sádica inclinación hacia el sufrimiento humano, regocijarse en la agonía de una muerte lenta y terrible de otro ser y deleitándose en la idea de arrebatarse dos vidas de un simple manotazo, pues bien sabía aquel maldito que despojándole de Gabrielle, Nicholas se convertiría en un alma en pena. ¿Qué mayor satisfacción que esa?

Por primera vez en su vida, Nicholas agradeció la maldad que dominaba a ciertos seres despiadados, como lo era Balkar, pues aquel divertimento suyo les otorgaría a ellos el tiempo suficiente para poder salvarla. Eso y la fortuna de contar con el hombre que cabalgaba con rostro severo a su lado; Jordan. El hecho de que hubiera convivido con aquellos malnacidos y contase con indicios para saber qué pasos seguir estaba siendo crucial, decisivo, y con seguridad, si lograban salvarla, a él le debería la vida de Gabrielle y la suya propia. Viendo su rictus endurecido bien sabía que el sentimiento de culpabilidad lo estaba torturando sin piedad, algo que a Nicholas le parecía



absurdo y que ya le haría entender cuando todo aquello acabase. No sabía cómo, pero la deuda de gratitud que sin duda iba a contraer con él desde el mismo instante en que encontrasen a Gabrielle, tendría que solventarla de algún modo, aunque, ¿cómo se recompensaba a quien te devuelve la vida?

Un escalofrío paralizante recorrió su espalda. Todo aquello tendría que esperar, lo primero era hallarla y conforme recorría el sol el firmamento al encuentro del horizonte, el tiempo de Gabrielle y el poco aire que pudiera haber en aquella maldita fosa se iban consumiendo.

“Aguarda por mí, Gabrielle”, repetía en su mente una y otra vez.

Rogó para que su fortaleza le diera la energía necesaria para esperar su llegada. Ojalá y su corazón sintiese que él estaba cerca y luchando contra el tiempo que pendía sobre ella como espada aniquiladora. No quería ni pensar lo que ella estaría sufriendo en lo que ya creería su propia tumba, abandonada a su negra suerte y que solo le dejaba ante ella la macabra perspectiva de una muerte lenta y agónica. No, Gabrielle debía ser fuerte y confiar en él, no podía creer que él la había abandonado, debería tener la certeza de que removería Cielo y Tierra para encontrarla y eso debería mantener su espíritu esperanzado... y cuerdo.

Sacudió la cabeza cerrando los ojos, apartando aquel tormento de su mente y, al abrirlos de nuevo, vio como habían dejado atrás el bosque y se extendía ante ellos aquel paraje desolado que su primo le describiera. Definitivamente era desolador. No había ni el más mínimo brote de vida en aquella extensión árida que alcanzaba con sus lenguas rojizas, más allá del foso, el pie rocoso sobre el que se erigía el castillo, la Fortaleza Roja. Bien podía el color de sus sillares dar su nombre a aquella tétrica construcción, mas, la gran cantidad de sangre derramada por sus moradores se lo otorgaba con mayor propiedad.

—Me atrevería a asegurar que los hombres que estén vigilando a Su Majestad aguardarán en este borde del anillo —aventuró Jordan.

—Tienes razón —asintió Nicholas al llegar a esa misma conclusión—. Necesitan plena visión del castillo para atender una posible señal y ya hemos comprobado que con la espesura de este bosque es imposible verlo. Habrá que separarse.

—Concededme un minuto —le pidió Jordan, tras lo que lanzó un largo y arremolinado silbido, que bien podría haber sido de algún ave nocturna—. Solo será un momento.

Antes de que Nicholas pudiera preguntar qué estaban aguardando, apareció tras ellos Francis con su grupo de hombres, entre los que estaban Steven y Patrick. Tanto Nicholas como Nigel miraron con asombro a Jordan, mientras Zayev y Erick soltaban sendas carcajadas; decir que Jordan era una caja de sorpresas era un completo eufemismo.

—Hacía tiempo que no escuchábamos esa señal, Capitán —le apuntó Steven en cuanto se detuvo cerca de Jordan.

—¿Habéis encontrado algo? —se apresuró a cuestionar Francis.

—No, pero suponemos que los hombres que tienen a la Reina están situados en algún lugar a lo largo de este borde exterior —le explicó Nicholas.

—Mi grupo podría recorrerlo hacia el Este —propuso Francis entendiéndolo al instante.

—Entonces nosotros iremos al Oeste —asintió Nicholas complacido. No era de extrañar que Jordan le hubiera confiado su cargo con total tranquilidad durante tanto tiempo.

—En cuanto recorráis vuestra mitad regresad. No debemos exponernos demasiado —le indicó Jordan.

—Sí, Capitán —concedió Francis. Con un gesto de su cabeza, sus hombres emprendieron la marcha tras él.

Tal y como habían acordado, Nicholas y los demás comenzaron a rodear el borde hacia el Oeste. Se habían adentrado unos cuantos metros en el bosque, para no permanecer tanto tiempo al descubierto. Trataban de cabalgar de la forma más sigilosa posible para no alertar a los captores de Gabrielle, pero la oscuridad no tardaría en absorberlo todo y eso dificultaría mucho la búsqueda. Además, conforme iban avanzando, menos terreno por revisar de aquel lindero quedaba y Nicholas no pudo evitar preguntarse si no habrían errado en su suposición. Tal vez Gabrielle estaba oculta en el lugar más inhóspito del bosque y ellos estaban desperdiciando su tiempo.

Llevado por un arrebatado tiznado en desesperación, salió del bosque, en un intento de ver el terreno más allá de su posición, cuando avistó en la lejanía lo que parecía una hoguera. Volvió sobre sus pasos con la mano en alto haciendo que el resto se detuviera.

—He distinguido una hoguera, a unos minutos de aquí —respondió Nicholas a la silenciosa cuestión que se dibujaba en el rostro de sus compañeros.

—Deberíamos avanzar un poco más y luego continuar a pie, sería más silencioso —sugirió Erick a lo que los demás asintieron.

—No creo que nos esperen pero estarán preparados —alegó Nicholas—. Tratad de no matarlos, al menos no a todos —añadió en vista de sus semblantes contrariados—. Será más fácil si podemos interrogarlos.

Los hombres asintieron y reemprendieron la marcha y, en cuanto Nicholas consideró que se habían acercado lo suficiente, desmontaron, asegurando los caballos en un par de árboles, tras lo que continuaron, ballesta en mano.

Se aproximaron con sigilo al asentamiento, ocultándose tras los nudosos troncos que los cobijaban. Pronto lo hicieron lo suficiente para ver que eran solo tres hombres, sentados en algunos troncos talados y rodeando la hoguera. A ninguno le pasó desapercibido que al lado de cada uno de ellos descansaban varias ballestas, preparadas para disparar.

El primero en hacerlo fue Nicholas, a uno de los malhechores que se sentaba de espaldas al bosque. Su flecha impactó en su hombro, haciendo que cayera hacia adelante, casi sobre la hoguera, lanzando un gruñido de dolor. Aunque eso hizo que se alejara de sus armas, alarmó a sus dos compañeros que comenzaron a lanzar flechas a discreción hacia el bosque, sin apenas importarles no divisar a su agresor.

Nicholas se maravilló de con qué rapidez recargaban su ballesta cuando se percató de que no eran ballestas comunes. Poseían varias ranuras para alojar varias flechas, lo que disminuía el tiempo entre disparos, y, por otro lado, el número de ballestas era superior a lo que habían supuesto, pues estaban situadas tras los troncos y fuera de su alcance, donde ahora se habían tumbado los bandidos, utilizándolos como parapeto. Desde aquel ángulo Nicholas concluyó que sería prácticamente imposible alcanzarles.

Erick y Zayev se lanzaron sendas miradas y asintieron. Este último sacó un par de dagas de su cincho y lanzó una a los pies de Erick quien, haciendo resbalar su espalda por el tronco, descendió hasta alcanzarla. Al ponerse en pie alzó su brazo y, bajándolo con brusquedad a modo de señal, marcó el inicio de aquella maniobra, que tomó por sorpresa tanto a sus compañeros como a aquellos truhanes.

—¡Erick! —exclamó Nicholas con horror viendo a su primo lanzarse a un plan suicida.

Tanto él como Zayev corrían hacia la hoguera dibujando un camino

sinuoso en el que se cruzaban constantemente para no ser un blanco fijo y confundir a los tiradores, que les lanzaban flechas a diestro y siniestro, sin acertar en ninguna ocasión. La atención de ambos hombres se centró en ellos así que Nicholas vio su oportunidad. Saliendo de su escondite se aproximó varios pasos y apuntó a uno de los malhechores, directamente a la cabeza. A pesar de saberse expuesto, sus manos no temblaron ni un segundo y su flecha rompió contra el yelmo del sujeto, atravesándolo, matándolo en el acto. Esto hizo que su compañero desviase la vista hacia él, cosa que Zayev y Erick aprovecharon para lanzarse sobre él. Un brillo de metal surgió de las manos del bandido al sacar su cuchillo por lo que el forcejeo se convirtió en una lucha encarnizada donde la daga de Zayev quedó enterrada en su cuello y la de Erick en su axila, ambas seccionando vasos vitales y produciéndole la muerte a los pocos segundos.

En vista de aquello, Nicholas corrió hacia el hombre que él había herido y que se hallaba tendido en el suelo, sin sentido. Se colocó sobre él y lo tomó de los brazos.

—¿Dónde está la muchacha? —le gritó sacudiéndolo.

Aquello hizo que recuperara la consciencia, abriendo los ojos ampliamente con temor al verse atrapado, pues los cinco hombres lo rodeaban.

—¡Dime dónde está la muchacha! —insistió Nicholas iracundo—. ¡Si deseas que te torture hasta que te arranque la confesión de tu garganta lo haré! —bramó amenazante.

Entonces aquel maldito esbozó una sonrisa malévola en sus labios y antes de que Nicholas pudiera entender que sucedía, llevó una de sus muñecas a su boca, tragándose algo parecido a un pequeño guijarro blanco y que pendía de un cordel.

—¡No! —gritó Nicholas metiéndole los dedos entre sus dientes, tratando de extraer lo que bien tarde se percató era veneno.

Sin embargo, todo fue en vano. Al cabo de un segundo comenzó a echar espuma por la boca cual perro rabioso mientras su cuerpo convulsionaba violentamente. Con los ojos en blanco comenzó a lanzar ásperos alaridos, seguramente producidos por el dolor que causaba el veneno y que cesaron repentinamente, al igual que los temblores.

—Maldita sea mi suerte —blasfemó Nicholas soltando el cuerpo sin vida de ese malnacido que se llevaba sus últimas esperanzas con él.

Blasfemando entre dientes se alzó lanzando un vistazo a aquel paisaje desolador que se extendía frente a ellos. Apretó los puños contra su cuerpo; así sería imposible encontrarla. Miró los tres cadáveres y elevó sus ojos hacia el castillo, en el que ya empezaban a iluminarse algunas estancias con la proximidad de la noche y una duda lo asaltó. ¿Cómo habrían hecho esos tres bandidos para encontrar el escondite de Gabrielle en la oscuridad de la noche? Entonces, la idea de que debían de haberlo señalado de alguna forma le vino a la mente, aunque no solo a él.

—¡Majestad! —lo llamó Jordan quien se había alejado unos pasos de ellos y miraba hacia el anaranjado horizonte.

Y extendiendo su brazo en alto le mostró aquello que, como ambos habían supuesto, marcaría la morada de Gabrielle y que, si su Señor Bhut lo permitía, no sería la última. En aquella devastada llanura se elevaba el único hito que podía acoger aquellas tierras muertas. Como si de un árbol seco se tratase, se izaba solitario un estandarte del que pendía el emblema del Reino de Adamón; un cóndor con las alas desplegadas, entre las que se enroscaba desafiante una gran serpiente, cuya lengua bifurcada parecía silbar al aire.

—¡Venid! —les pidió Nicholas a los demás, que rápidamente acudieron a su llamado—. Este estandarte está tan fuera de lugar aquí que debe ser lo que usaban de referencia —les dijo una vez reunidos alrededor del mástil. Y dicho esto, se desplegaron cada uno en una dirección, iniciando la búsqueda.

Fue Jordan quien notó a los pocos pasos cómo el sonido amortiguado de sus pisadas sobre la tierra se tornaba seco y grave, como si golpease algo de madera.

—¡La he encontrado! —exclamó con voz rasgada mientras se arrodillaba palpando la tabla, en busca de uno de sus bordes.

Los cuatro hombres lo imitaron, apartando con sus manos la tierra que la cubría y pronto la descubrieron, tomándola entre todos con ligereza y lanzándola lejos. Cada uno de los lados no excedía de un metro de largo, al igual que de profundidad. Y Gabrielle estaba en el fondo, maniatada, echa un ovillo, con una mordaza en la boca para impedirle gritar y aparentemente inconsciente.

Sin perder ni un segundo, Jordan se metió en el interior y la alzó con cuidado, entregándosela a Nicholas quien la recibió con brazos temblorosos. Tanto Erick como Zayev le ayudaron a liberarla de sus ataduras mientras él le retiraba la venda de su cara. A pesar del ajetreo, Gabrielle no reaccionó, sus

ojos seguían cerrados y su cuerpo laxo y frío entre sus brazos.

—Gabrielle —la llamó Nicholas tomando su mejilla con una de sus manos—. ¡Gabrielle! —la sacudió levemente aun sin obtener respuesta.

Por un segundo, el terror de haber llegado tarde se apoderó de él y colocó su rostro en su delicado pecho, queriendo saber. Para su fortuna, aunque leves, escuchó los latidos de su corazón y notó en su cuello su débil respiración, apenas superficial.

La estrechó entre sus brazos y, aunque lleno de alivio por saberla viva, no pudo evitar que le atormentara el sufrimiento al que la habrían sometido, aflorando lágrimas incontenibles a sus ojos.

—¿Qué te han hecho? —sollozó contra su vestido que presentaba un aspecto mugroso y jironado.

—¿Vive? —se arrodilló Jordan junto a él angustiado, temiéndose lo peor.

Nicholas asintió con la cabeza, incapaz de separar su rostro del cuerpo de Gabrielle que continuaba marchito en su regazo. La complejidad de sentimientos que asaltaron a Nicholas lo dejó inmóvil, a excepción de su llanto convulsivo. La gratitud por haberla encontrado; la zozobra por verla en ese estado; la impotencia por no haber podido evitarlo; y el odio y la rabia que se acumulaban en su interior y que apenas lo dejaban respirar. Todo aquello se entremezclaba entre la sal de sus lágrimas que, a modo de bálsamo, comenzaban a liberar su alma.

—Será mejor que mi padre la revise —posó Erick una mano sobre su hombro.

Entonces Nicholas se levantó, sosteniéndola aún entre sus brazos y, con los demás siguiéndole, se adentraron en el bosque hacia los caballos. Ya allí, Jordan le ayudó a colocarla en su regazo tras haber montado y pusieron rumbo hacia el campamento, lanzando Jordan otro de sus silbidos, esta vez más sesgado y que, Nicholas supuso, haría que los hombres cesasen la búsqueda y volvieran al punto de encuentro.

Mientras cabalgaban, Nicholas no dejaba de observar a Gabrielle. Sus muñecas y sus tobillos estaban amoratados debido a las cuerdas, y su rostro, que siempre solía relucir con una sonrisa, se mostraba ahora cenizo, pálido, con sombras grises en sus párpados. Aseguró las riendas de su caballo con una de sus manos y la otra la posó suavemente sobre su mejilla, acariciándola con dulzura. Aunque seguía inconsciente, su piel ya no parecía tan fría y su

respiración se había acompasado, cosa que alivió a Nicholas.

Deslizó la yema de sus dedos hasta sus labios y se alegró de notarlos tibios bajo su caricia. Tanto había temido no volver a tocarlos que no pudo reprimir el impulso. Se inclinó sobre ella y, muy despacio, la besó, de forma muy suave, apenas un roce pero que le hizo a su corazón desbocarse al sentir su calor, al sentirla viva.

En ese instante, Nicholas la notó removerse y se apartó sobresaltado.

—Nicholas —la escuchó susurrar, adormecida.

—Aquí estoy —le respondió, aunque miró su rostro y sus ojos seguían cerrados.

—Aguardé. Sabía que cumplirías tu promesa —prosiguió ella con lentitud en lo que él supuso era un sueño, o peor, un delirio de su mente desquiciada—. Estoy muy cansada —añadió con un hilo de voz.

—Entonces, duerme —musitó él tratando de que no se le quebrara la voz con la congoja.

—¿Te quedarás conmigo?

Nicholas sonrió con tristeza al reconocer la candidez que la caracterizaba.

—Por siempre y para siempre —ahogó él un sollozo mientras la pegaba a su pecho. Y, aunque seguía inconsciente, la profundidad y el sosiego de su respiración le decían que su alma había hallado cierta paz y tanto su maltrecho cuerpo como él mismo lo agradecían. Rogó para que aquella paz fuera la suficiente para sanarla física y mentalmente y le permitiera recuperarla, por completo.

Al llegar al campamento, Trystan salió a su encuentro. La recibió de brazos de Nicholas y se dirigió a la tienda más espaciosa, donde había preparado ya su instrumental y un par de aguamaniles llenos de agua caliente y paños. Al ver que Nicholas le seguía se detuvo.

—Preferiría que aguardaras fuera —le indicó su tío.

—Pero...

—Hijo —le hizo una seña a Erick.

—Mi padre tiene razón —lo tomó amistosamente por un brazo—. Trabajaré mejor si no te tiene revoloteando alrededor y acribillándolo a preguntas.

Nicholas resopló pero acabó accediendo. Con el corazón encogido lo observó adentrarse en la tienda con Gabrielle en sus brazos. Entonces, Erick

sacudió su cabeza y señaló hacia Jordan quien se hallaba sentado contra un árbol con la frente apoyada en sus manos. Nicholas le indicó con un gesto a su primo que lo acompañara y así lo hizo.

—Jordan —lo llamó Nicholas al llegar a su altura.

El joven se apresuró a ponerse en pie a lo que Nicholas respondió colocando su mano en su hombro, pidiéndole calma.

—¿Se pondrá bien? —se atrevió a preguntar.

—Mi padre la está revisando —le informó Erick.

—Confiemos en que se reponga —murmuró Jordan cabizbajo.

—En cualquier caso, estoy en deuda contigo —intensificó Nicholas la presión de su mano sobre su hombro.

—Pero, Majestad...

—De por vida —añadió interrumpiendo su clara intención de discrepar.

—Eso es innecesario, Majestad —protestó igualmente.

—Deberías saber que soy bastante obstinado en ese aspecto —le recordó Nicholas—. Y te aseguro que el que compartas mi mesa no es, ni por asomo, lo que mereces después de lo de hoy.

—Simplemente hemos tenido la ventaja de que viví por un tiempo en aquel castillo —trató de insistir.

—Sé que también estoy en deuda con los Divinos Hados por haberte puesto en nuestro camino —reconoció Nicholas—. Hasta que encuentre el modo de agradecerse en persona, lo haré a través de ti.

—Me basta con que la Reina se recupere —admitió Jordan con humildad.

—Lo hará —aseveró Nicholas con firmeza.

Él mismo debía creerlo o se volvería loco.

Le habría encantado continuar con aquella conversación pero, a pesar de todo, su mente estaba lejos de ese árbol. En concreto, todos sus sentidos estaban puestos en aquella tienda donde su tío revisaba a Gabrielle. Tal vez habían transcurrido unos cuantos minutos pero a Nicholas le parecían eternos.

Con la mirada ausente dirigió sus pasos hacia la carpa, con la intención de aguardar en la entrada, viéndose acompañado en su espera por Jordan, Erick, Zayev, Nigel y algunos hombres más del Ejército de Asbath, entre ellos Francis y sus guardias, mostrando todos y cada uno su preocupación por su soberana. Nicholas comenzó a deambular distraídamente, en círculos, con la vista perdida en el centenar de hojas que cubrían el terreno, tratando sobre



todo de abstraer su mente y alejarla de la posibilidad de que Trystan fuera portador de malas noticias. El nerviosismo no tardó en atormentarlo y ya veía toda su paciencia consumida cuando su tío salió por fin de la tienda.

—¿Cómo está? —se apresuró a preguntar mientras el resto de hombres le rodeaban.

—Como era de esperarse, está un poco adolorida y magullada, pero nada de importancia —comenzó a explicarle—, aunque presenta claros signos de inanición.

—Esos bastardos ni siquiera la han alimentado —farfulló Nicholas entre dientes, furibundo.

—Yo diría que lo han intentado, cosa difícil dadas las circunstancias —le corrigió Trystan quien prosiguió dada la expresión confusa de los presentes—. Lo que en realidad me preocupaba es el estado de semiinconsciencia con que me la has traído pero no he tardado en averiguar el motivo.

Nicholas lo miraba expectante.

—Le han suministrado leche de adormidera, y en repetidas ocasiones —le explicó.

—¿Leche de la amapola blanca? —inquirió Jordan con cierta suspicacia—. Creí que eso era propio de...

—De brujas, estás en lo cierto —concluyó Trystan por él.

—Tío, perdona mi ignorancia pero...

—La leche de adormidera es un fuerte narcótico, Nicholas, difícil de obtener y muy peligroso si no se utiliza con mesura. Me temo que es el método que han utilizado para mantenerla tranquila, más bien, adormecida, todos estos días. Alimentarla así ha debido ser todo un logro.

—¿Se pondrá bien? —quiso asegurarse Nicholas.

—Le he dado una tisana para tratar de expulsar cualquier resquicio que pueda albergar su cuerpo de esa sustancia, pero necesita alimentarse bien y descansar —Trystan hizo una pausa—. Debería volver a Los Lagos —sentenció al fin.

—Por supuesto —accedió Nicholas—. Y tú la acompañarás.

—Yo también lo había pensado, pero mi intención al venir aquí era la de asistirlos en caso de que me necesitarais —reconoció él.

—Si alguien cree que su vida depende de tu presencia aquí, tiene total libertad para marcharse ahora mismo —decretó con firmeza y alta voz.

El silencio abrumador que siguió a aquello, les dio la respuesta, a ambos.

—He estado a un paso de perderla y no soportaría volver a pasar por eso de nuevo —le confesó su sobrino con rostro afligido.

—Con la venia, Majestad —intervino Francis—. Una carroza viene de camino desde Asbath —le anunció.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Nicholas sorprendido.

—Cuando Jordan nos explicó lo sucedido, antes de partir de La Encrucijada, decidimos mandar a varios hombres a por un transporte adecuado para la Reina, Majestad y más teniendo en cuenta sus días de cautiverio.

—Os lo agradezco —dijo Nicholas mirando a Francis y Jordan—. ¿Puedo verla? —se dirigió ahora a su tío quien asintió.

—Mientras tanto le escribiré una nota a Claire —comentó Erick—. ¿Se la entregarías, padre? —le guiñó el ojo a su padre.

—Claro, hijo —accedió Trystan—. Incluso a Ylva y Erin, si Zayev y Nigel lo desean.

—Gracias, Majestad —se inclinó Nigel agradecido.

—Jordan, tú podrías escribirle a Agatha —le sugirió Erick con desenfado—. Sería muy triste para ella ser la única que no recibiera correspondencia y no creo que mi primo esté de ánimos para hacerlo.

Jordan lo miró atónito e, inconscientemente dirigió su mirada a Nicholas, de quien esperaba un comentario cuanto menos reprobatorio.

—Hazlo si gustas —le dijo sin embargo, encogiéndose de hombros y restándole importancia, mientras seguía a su tío hacia la tienda.

—Tal vez recupere la consciencia —le advirtió Trystan—. Pero no te angusties si comienza a divagar o confundir los hechos. Es a causa de esa sustancia.

—De acuerdo —asintió Nicholas.

—Te dejaré a solas con ella —le instó a entrar con un gesto—. Espero que no te importe que haya cambiado sus ropas.

—Por supuesto que no —se apresuró a negar.

Nicholas se adentró en la tienda y Trystan corrió la cortina que hacía las veces de puerta para darles intimidad. Con paso titubeante, Nicholas se acercó hacia el camastro donde descansaba Gabrielle, parecía dormir tan plácidamente que resultaba increíble que hubiera pasado por aquel calvario.

Tal vez, a pesar de todo, había sido una suerte que hubiera estado adormecida todo ese tiempo. Si hubiera permanecido plenamente consciente de toda la situación, su lucidez mental bien habría podido estar en juego.

Lentamente se sentó sobre el camastro frente a ella. La camisa blanca y el calzón largo que creía reconocer como suyos, lejos de ridiculizar su apariencia por ser prendas de hombre y demasiado amplias para su cuerpo menudo, le otorgaban una imagen angelical e inmaculada. Nunca había contemplado Nicholas algo tan hermoso. En su rostro, que ya había recuperado algo de su rubor natural, se reflejaba una calma y una dicha difíciles de expresar.

Alargó su mano y acarició su mejilla, con suavidad, más tranquilo ahora al saber que, tarde o temprano, se repondría. Y aunque le doliese volver a separarse de ella después de tantos días de angustia, tenía que irse de allí cuanto antes, ponerse a salvo.

Tomó una de sus manos y la apretó sobre sus labios y su perfume lo inundó al aspirar sobre su piel. Otro detalle más que le aseguraba que había recuperado a su esposa, como si a cada minuto los fuera necesitando para convencerse de que era así, y es que parecía tan irreal. Por un instante le parecía estar compartiendo uno de esos delirios de los que hablara Trystan y que, de un momento a otro, volvería a la realidad, la cruel realidad en la que perdía a Gabrielle.

Cerró los ojos al sentir cómo los invadían las lágrimas, mientras un nudo le atoraba la garganta. No sabía si era por el sufrimiento que lo había acompañado tantos días, o que la dicha necesitaba hacerse hueco en su corazón y la única purga que había hallado era la de sus lágrimas. Aunque si eso le ayudaba a deshacerse de ese vacío mortal que sentía en su pecho ante la simple idea de una vida sin Gabrielle, gustoso lloraría por horas.

—Alguien me dijo una vez que los ángeles no lloran —un leve susurro de labios de Gabrielle le hizo abrir los ojos.

—Gabrielle —exclamó Nicholas lleno de felicidad al verla consciente.

—¿Por qué lloras? —alzó ella su otra mano para enjugar las lágrimas que surcaban sus mejillas. Nicholas la aprisionó con la suya, apretándola contra su mejilla. Habiendo imaginado tantas veces que tal vez no volvería a disfrutar de sus caricias, aquello lo colmó de dicha.

—Es de felicidad —le dijo él—. Hubo momentos en que pensé que no te encontraría.

—Pues yo siempre supe que lo harías —le contradijo ella.

—Gabrielle, ¿recuerdas algo? —preguntó Nicholas con cierto recelo.

—Lo único que recuerdo con nitidez es tu voz —negó ella con la cabeza—. Me repetías una y otra vez que aguardara por ti, que irías a buscarme.

Nicholas la tomó por los hombros y la hizo incorporarse, con delicadeza, tras lo que la rodeó con sus brazos, sin poder reprimir los deseos de abrazarla. Notó sus finas manos aferrarse sin apenas fuerza a su cintura y Nicholas hundió su rostro en su cuello, dejándose embriagar por su tacto y su aroma, dejando escapar un sollozo, como si su desconfiado corazón no acabara de convencerse de que aquello era real.

—Soy real, Nicholas —murmuró ella haciendo eco de sus pensamientos—. Y te amo.

Ella misma separó el rostro de su fuerte pecho y lo giró buscando sus labios, con la intención de obsequiarle con la prueba definitiva de que ninguno de los dos estaba soñando, y Nicholas creyó desfallecer al sentir los labios de Gabrielle sobre los suyos. Aquel beso le devolvía a la vida, borrando de un solo plumazo todo el sufrimiento de los días pasados. Un suspiro escapó de su pecho impregnado de la dicha y la emoción que lo invadían por completo mientras se dejaba llevar por los deliciosos labios de su esposa. Nada había cambiado, ni la tersura de su piel ni su dulce y exquisito sabor, incluso la sintió temblar entre sus brazos, como siempre cuando sus manos viajaban por su cuerpo, acariciándola.

—Te amo tanto, Gabrielle —musitó sobre su boca—. Eres mi vida entera.

—Y tú la mía —murmuró volviendo a abandonarse al vital elixir de sus labios. Casi sin aliento se separó de él, refugiándose en sus brazos.

—Gabrielle...

—¿Qué pasará ahora? —lo interrumpió sabiendo lo que vendría después. Lo miró a los ojos y por un segundo se perdió en ellos, jamás los había visto de un azul tan profundo.

—Partirás con Trystan esta misma noche. Debes reponerte y es mejor que lo hagas en casa.

—¿Tú no vienes conmigo? —se entristeció ella.

—Ya habíamos hablado de esto —alegó él con suavidad—. Y ahora más que nunca debo acabar con lo que ese maldito ha empezado.

—Tengo miedo —exclamó ella, hundiendo su rostro en su pecho.

—También te expliqué todos los motivos que me harían volver, ¿verdad? —le recordó, a lo que ella asintió—. Puedo añadir uno más si eso hace que te quedes más tranquila.

—¿Cuál? —quiso saber ella.

Nicholas la tomó de los brazos y la separó de él.

—Extiende tus manos —le pidió, y aunque Gabrielle no comprendió su petición, obedeció.

Nicholas cerró sus ojos y, aspirando profundamente, juntó sus manos sobre su pecho, durante unos instantes. Entonces, aún unidas como si sostuvieran un pequeño objeto en su interior, las llevó hacia las de Gabrielle, quien las alzó, dispuesta a recibir lo que fuera que él le ofreciese. Él hizo el gesto de depositarlo sobre las suyas y después las tomó, cerrándolas a su alrededor.

—Dejo mi corazón en tus manos —le susurró—. Volveré a ti para recuperaros a los dos.

Con la vista nublada por las lágrimas, Gabrielle soltó sus manos aún unidas como si encerrasen algo entre ellas de las de Nicholas, llevándolas después hacia su pecho y abriéndolas, enterrando en su interior con ese gesto, aquella valiosa ofrenda con la que él le obsequiaba.

—Permanecerá junto al mío mientras aguardamos tu regreso —alcanzó a musitar, con un leve hilo de voz, antes de que las lágrimas oprimieran su pecho haciéndola enmudecer.

Tras observar unos segundos el brillo perlado de sus ojos, Nicholas la atrajo con fuerza hacia él, fundiéndola contra su cuerpo mientras sus labios trataban de acallar el llanto que entristecía su boca. La sal de sus lágrimas se entremezcló con el dulzor de su aliento, cosa que no le afectó a ninguno de los dos. Sabían que ese era un precio muy bajo a pagar por lo que sería una vida completa; juntos y felices. Estando uno en brazos del otro, dejó de tener importancia lo que sucedería hasta entonces. Aún restaban muchos momentos por vivir y miles de sueños por realizar, yendo la certeza de verlos cumplidos en ese beso y que era uno de los muchos que aún quedaban por compartir, como una promesa que ambos estaban dispuestos a consumir, fuera como fuese, pero siempre juntos...

## Capítulo 29

*Mi amada Agatha:*

*Hay tantas cosas que quisiera decirte y tan pocas que me atrevería a declarar libremente... Aunque, con el simple hecho de leer el encabezado de esta carta y la forma en la que me dirijo a ti, poco más queda ya que ocultar a los ojos del mundo.*

*Cuando tu primo, seguramente sin ser consciente de ello, me ha obsequiado con la dicha de mandarte una nota con el Rey Trystan he tenido la tentación de hacerlo de la manera más formal, distante y respetuosa en que el trazo de mis dedos me lo hubiera permitido, pero una punzada dolorosa en mi corazón me ha castigado de antemano por haberme planteado durante ese segundo el haber llevado a cabo esa farsa, que no nos habría servido a ninguno de los dos más que para llenarnos de tristeza y desilusión.*

*Mi amor, no pienses que ha sido por cobardía o debido a mis antiguos temores. Creo que dejé patente con mis palabras y mis besos cuando nos vimos por última vez que todo aquello quedó atrás, y mi promesa de volver a ti sigue tan firme como aquel día. Sabe que si algún atisbo de duda llega a asaltarme es porque pienso en tu bien... Sí, mi amor, sé que para ti yo soy tu bien pero no me habría gustado que hubieras tenido un enfrentamiento con tu tío por el contenido de esta carta sin estar yo presente para defender*

nuestro amor. Sin embargo, tengo la certeza de que Su Majestad es un hombre íntegro y discreto y por eso confío en que te la entregue sin, ni siquiera, haberse planteado el hecho de revisarla.

*Agatha, cada vez queda menos para que regrese a ti. Al menos ya hemos cumplido con la parte principal y esencial de nuestra misión, que era encontrar a la Reina. Si supieras... El hecho de haber tenido éxito en nuestra empresa ha contagiado a todo el campamento de un gran ánimo y renovadas ansias de luchar contra el villano de Balkar. Aunque yo, a quien espero tener pronto frente a mí es a ese bastardo de Hrodgar. Juro que pagaré con su vida la osadía de haber puesto sus ojos sobre ti.*

*Mas no seguiré perdiendo el tiempo hablando de él, déjame hacerlo repitiéndote cuánto te amo y cuán profundo te llevo en mi alma y mi corazón. Y vuelvo a reafirmar la promesa que te hice de volver a ti y te aseguro que, a partir de ese momento, nada me apartará de tu lado, únicamente tú tendrás la potestad para ello.*

*No puedo engañarte, aún cavilo en la manera apropiada de plantearle nuestra relación a tu hermano. No quisiera que mi cariño te arrebatara el de los tuyos, pero me temo que ambos estamos de acuerdo en que es un riesgo que debemos correr. Tú me diste motivos más que suficientes para no renunciar a ti y mi corazón tampoco me lo permitiría. No nos queda más que confiar en que la fuerza de nuestro amor nos ayude a superar ya no solo este obstáculo, sino cualquiera que se nos pueda presentar en nuestra vida juntos, porque así es como quiero vivir cada uno de los días que los Dioses me otorguen, junto a ti, siempre.*

*Te envió en cada una de las palabras que componen esta misiva todo mi amor. Atesóralo, mantenlo vivo en tu corazón hasta mi regreso. Así es cómo mantendré el tuyo en mi pecho hasta el día en que pueda volver a sentirte entre mis brazos, en mis labios.*

*Mi amor y mi corazón te pertenecen, al igual que todo mi ser. Soy tuyo hasta el fin de nuestros días.*

*Jordan.*

Jordan releyó por segunda vez el contenido de aquella carta. No alcanzaba ni a cubrir una mínima parte de todo lo que ocupaba su interior en esos instantes, pero él siempre se había considerado un hombre de hechos y acciones, no de palabras que bien se podía llevar el viento. La plegó con sumo cuidado y la lacró, tras lo que salió de la tienda para entregársela a

Trystan.

—Majestad —vaciló un instante antes de alargar su mano.

—Me alegro de que te hayas animado a escribir a Agatha —le sonrió afable. Jordan no pudo evitar sorprenderse.

El Rey tomó la misiva y tras guardarla en el interior de su túnica se acercó a él.

—Estoy seguro de que tus palabras alegrarán a mi sobrina, aunque más seguro estoy de que rebotaría en dicha si las escuchara directamente de tus labios —musitó por lo bajo, con tono más que intencionado.

Jordan permaneció estático, atónito, mientras recibía una palmada cariñosa en su hombro. Cuando Trystan se alejó de él para atender la llamada de su hijo, Jordan aún reflexionaba sobre aquellas palabras que tanto habían declarado con tan poco. Apenas se atrevía a pensarlo pero, ¿acaso el Rey estaba al tanto de los sentimientos que ambos compartían? Y lo que aún era más insólito, ¿acaso lo aprobaba?

—Capitán —la voz de Francis lo sacó de su ensimismamiento—. Ya están llegando los hombres con la carroza que transportará a la Reina.

—Excelente, que la acerquen lo máximo posible —le pidió—. Iré a avisar a Su Majestad.

Con paso decidido se encaminó hacia la tienda donde reposaba la Reina. Gabrielle debía partir cuanto antes, era una de las ventajas con las que contaban.

—¿Puedo pasar, Majestad? —aguardó tras la cortina a que le permitieran su acceso.

—Claro, entra —le anunció Nicholas.

Cuando lo hizo, en lo primero que se posaron sus ojos fue en la resplandeciente sonrisa que se dibujaba en el rostro aún pálido de su Princesita, quien, con los brazos extendidos, clamaba por él.

—Jordan —insistió ella en su demanda a la vez que Nicholas se levantaba del camastro, apartándose, con gesto permisivo.

El joven ocupó ese mismo espacio sentándose frente a Gabrielle, quien no tardó en rodear su cuello con sus pequeños brazos y hundir el rostro en su fuerte pecho. Jordan miró con cierta culpabilidad a Nicholas quien, sin embargo, veía la escena enternecido.

—Cuánto me alegro de volver a verte —exclamó Gabrielle.

—Credme, Majestad, más me alegro yo de veros a vos —masculló



Jordan con alivio.

—Ciertamente no recuerdo mucho —se apartó un poco de él—, pero Nicholas me ha contado que gracias a ti me habéis encontrado.

—Majestad, yo...

—No pretenderás mentirle a tu soberana, ¿verdad? —atajó ella su intento de discrepar con un fingido reproche. Jordan bajó su rostro avergonzado y Gabrielle, abrazándolo de nuevo, aprovechó para girar su rostro hacia su oído.

—Sé muy bien cuál es la justa recompensa por haber salvado mi vida, Jordan —le susurró con tono serio y procurando que Nicholas no la escuchara—. Por esa misma vida te juro que si tu felicidad está en mi mano, te la daré. Cuenta con ello.

De súbito, se apartó de él, con otra gran sonrisa risueña en sus labios, como si no acabaran de pronunciar lo que Jordan había escuchado.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó entonces Nicholas, suponiendo que su visita se debía a algo en concreto.

—Sí —titubeó Jordan tratando de ocultar la sorpresa producida por las palabras de Gabrielle—. La carroza para transportar a Sus Majestades ya está en el campamento.

—Perfecto —asintió Nicholas—. Que la aprovisionen con mantas y alimentos para el viaje —le pidió.

—Sí, Majestad —se levantó del camastro encaminándose hacia la salida y desapareciendo tras la cortina.

Nicholas volvió a sentarse frente a Gabrielle, quien lo miraba con ojos vidriosos, apenas conteniendo las lágrimas. Sabía que debía marcharse esa noche, pero no pudo evitar entristecerse ante su inminente partida.

—Gabrielle... —posó él su mano en su mejilla surcada por una pequeña lágrima y la acarició dulcemente.

—Lo sé, Nicholas —afirmó mientras cerraba sus ojos para sentir aquel contacto.

Deleitándose en la hermosura de su rostro, Nicholas deslizó sus dedos hasta su nuca y la atrajo hasta sus labios. Sintiendo de nuevo su dulce sabor, la duda de cómo iba a soportar tantos días su ausencia lo torturó. Bajó sus manos hasta su cintura y la apretó contra él, sin rudeza pero con la firme intención de que su cuerpo memorizara las curvas que contorneaban delicadamente el suyo y que quedara así grabado en él. Los finos dedos de

Gabrielle se enredaron en su cabello y le correspondió con toda la fuerza que en su castigado cuerpo habitaba, como si quisiera entregarle toda su alma, su vida, en aquel beso.

Casi sin aliento y embriagado por la exquisita sensación que siempre le producían los labios de su esposa, se separó de ella, estrechándola contra su pecho, sintiendo su respiración entrecortada en su cuello, cálida y viva, sobre todo, viva.

—No olvides tu promesa —musitó ella con lánguida voz.

—Jamás en mi vida cumpliré un juramento tan gustosamente como cumpliré ese —besó su frente—. No te preocupes por mí, necesito que estés tranquila y te repongas cuanto antes, ¿de acuerdo?

Nicholas notó como Gabrielle asentía levemente contra su pecho.

—¿Me lo prometes? —insistió él a su reticencia.

—Sí —dijo al fin.

—Trystan te acompañará y se asegurará de que así sea —golpeó cariñosamente la punta de su nariz con su índice.

Depositando un suave beso en sus labios, mantuvo una de sus manos rodeando su cintura y posicionó la otra bajo sus rodillas, alzándola entre sus brazos al levantarse del camastro, mientras Gabrielle afirmaba su agarre alrededor de su cuello. Nicholas cerró los ojos un segundo golpeado de nuevo por la fragilidad del cuerpo de su esposa en sus manos, mucho más liviano de lo que recordaba, pero trató de recomponerse tragándose aquel odio que volvía a corroerlo.

Ayudándose de su hombro, apartó la cortina y salió al exterior, deteniéndose de súbito al ver la cantidad de hombres que se apostaban en torno a la salida, aguardando por ellos. Gabrielle no pudo reprimir un respingo de excitación al ver tantas caras conocidas.

—Erick, Zayev —comenzó a recitar—. Nigel, Francis... Estáis todos —exclamó sin apenas ocultar su alegría al ver sus rostros. “Patrick, Steven...”, continuaba recitando en su mente.

—Por supuesto, Majestad —repuso Francis, su antiguo Capitán, quien fue el primero en hincar una de sus rodillas en el suelo, cosa que imitaron todos los demás.

Nicholas observó aquello maravillado, notando el silencioso sollozo de Gabrielle reflejado en su trémulo cuerpo, que se estremecía contra el suyo. Aquel gesto iba más allá de la lealtad o el deber. No cabía duda, el cándido

corazón de Gabrielle era capaz de conquistar a cualquiera y así se lo hacían saber.

Gabrielle estiró su mano hacia Francis instándolo a erguirse y que el muchacho tomó, obedeciendo a su muda petición.

—Soy yo quien debería arrodillarse ante todos vosotros por haber salvado mi vida —decretó Gabrielle con solemnidad, mientras Nicholas observaba con orgullo a su Reina.

—Es un honor servirlos, Majestades —se inclinó el joven con una leve sonrisa de complacencia.

—Majestad —dijo Jordan un paso al frente para dirigirse a Nicholas—. Tres hombres irán en la vanguardia de la marcha.

—Se asegurarán de que el camino está despejado, previniendo al séquito en caso de detectar algo extraño —agregó Francis.

—También hemos dispuesto a una veintena de hombres para escoltar el carruaje, Majestad —intervino ahora Nigel.

—Gracias —inclinó Gabrielle su cabeza—. Espero verlos a todos pronto en Los Lagos, celebrando nuestra victoria —paseó su mirada por todo el campamento—. Que los Dioses os acompañen a cada uno de vosotros.

Murmullos de agradecimiento se alzaron a su alrededor. Les dedicó una sonrisa llena de calidez y sinceridad y giró su rostro hacia su esposo, dándole así la señal de que estaba lista para partir.

Con ella aún en brazos, Nicholas se encaminó hacia la carroza y la depositó con delicadeza sobre las mantas de uno de los asientos, recostándola y cubriéndola con ellas. A salvo de las miradas de los demás se profirieron entre susurros sus últimas palabras de amor y un último beso, lleno de promesas y esperanza. Después Nicholas apartó su cuerpo de la entrada para permitirle el paso a Trystan, no sin antes lanzarle una significativa mirada.

—Se repondrá —le dijo por lo bajo, antes de acceder y ocupar el asiento frente a Gabrielle.

Un momento antes de que la carroza emprendiese la marcha, Gabrielle se llevó una mano al pecho, apretando la manta entre su puño, contra los dos corazones que ahora ocupaban su interior. Ambas bocas dibujaron un “te amo” entre sus labios, sordo a los oídos del mundo aunque lleno de melodía para sus almas.

El vacío que Nicholas sintió en su pecho al ver desaparecer el coche entre la espesura del bosque lo dejó sin aliento. Mas pronto el sosiego volvió

a invadirlo, había dejado su corazón a buen recaudo, sin duda alguna, en las mejores manos.

§ ~ \* ~ §

Las carcajadas socarronas de Balkar resonaban por encima de la algarabía. Lo que había comenzado como una cena distendida había pasado rápidamente a convertirse en una celebración. Todo estaba saliendo a pedir de boca y aquello se respiraba en el ambiente jocosos festivo en que se había tornado la noche.

Las barricas de vino, cerveza e hidromiel desfilaban por docenas entre los bancos donde se hallaban sentados los comensales brindando sin parar y derrochando optimismo y alcohol a mansalva. También había acrecentado el ánimo y el descaro de algunas doncellas que desfilaban a lo largo de sus mesas, sorteando las fuentes de comida, exponiendo sus piernas desnudas al alcance de los ojos y las manos de los hombres, quienes se esforzaban por acaparar la atención de las jóvenes, creando más de una trifulca entre ellos y arrancando risas vanidosas de sus femeninas bocas.

Balkar disfrutaba del espectáculo apoltronado en su Sillón del Trono. En ese instante, un guardia más bien bajito y poco agraciado pretendía disputarle a punta de cuchillo una de las damas en cuestión a otro mucho más alto y bien parecido. Era increíble como la lascivia movía a los hombres hasta límites absurdos y casi ridículos.

Escuchó como Hrodgar lanzaba con desgana un trozo de venado sobre su plato, resonando el metal sobre la mesa. Estaba sentado a su lado. Como su mano derecha, ese era su puesto.

—¿Estás aburrido o preocupado? —alzó Balkar una ceja con sorna.

—Ansioso diría yo —se removió en su sillón.

—No creo que Nicholas acuda a nosotros con su oferta hasta el amanecer —aventuró Balkar—. ¿La palomita resistirá hasta entonces?

—No llegará al mediodía —aseveró despreocupado—. ¿Pensáis entregársela?

—Si Nicholas acude deponiendo las armas y entregándome todas sus posesiones, tal vez no le arrebaté esta última —esgrimí una sonrisa ladina—. Dependerá de la inspiración del momento —se carcajeó—. ¿O es que te interesa?

—En absoluto —le hizo una mueca desagradable.

—Pensé por un momento que tu gusto por las mujeres había decaído —se mofó el Rey.

De repente, percibió entre la muchedumbre una estela de fuego con la que refulgía cierto cabello de mujer asomando por una de las puertas que daba a la sala anexa. Balkar miró de reojo a Hrodgar esbozando media sonrisa.

—Si me disculpáis —le escuchó decir, cosa que no le sorprendió y lo observó divertido perderse tras aquella puerta.

—¿Vienes a unirme a la fiesta? —sonrió Hrodgar mordaz cerrando la puerta tras de sí.

—¿Para tener que soportar a cuanto baboso quiera retozar conmigo? —ironizó Moira, apoyando sus manos en su cadera de modo provocativo—. Es una oferta muy tentadora, mi señor. La tendré en cuenta para la próxima vez.

—¿Entonces? —se acercó a ella lentamente, recorriéndola con los ojos, más bien, devorándola. Aquella mujer despertaba en él deseos difíciles de aplacar.

—Necesito hablarte —fue retrocediendo ella siguiendo su juego, retándolo con la mirada, hasta que su espalda golpeó con una mesa, impidiéndole continuar.

Posicionando sus manos sobre la tabla a ambos lados de su cadera, Hrodgar se inclinó sobre ella y lamió sus labios.

—Creo que es algo muy distinto lo que necesitas —susurró en su oído, bajando hasta su cuello mordisqueándolo.

Moira echó la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso mientras hundía sus dedos en su cabello amarrado. Lanzó un gemido de satisfacción. Eran muy pocas las veces en que se recreaban con caricias pero no estaba de más el disfrutarlas. Además, con su anterior encuentro de hacía pocas horas, habían saciado más que de sobra aquella urgencia que solía dominarles hasta el punto de querer arrancarse las ropas para apresurar el momento de su unión.

Notó como Hrodgar le hacía bajar los brazos para deslizar el vestido por sus hombros mientras sus labios acompañaban el movimiento del tejido. Pronto quedó al descubierto la parte superior de su cuerpo y Hrodgar se mordió el labio inferior deleitándose en la imagen de sus pechos.

La alzó sentándola sobre la mesa a la vez que su boca capturaba uno de sus senos, recreándose en su cúspide, endureciéndolo con sus labios y su lengua. Moira apoyó las manos en la mesa arqueándose contra él, gimiendo ante la placentera sensación que le suministraba su boca, y también ahora sus dedos que rozaban su otro pecho como un tormento. Era delicioso cómo su vientre comenzaba a comprimirse lentamente emanando exquisitas ondas de placer contenido a lo largo de todo su cuerpo con solo sentir la caricia de su lengua sobre su piel.

Sin abandonar sus pechos, Hrodgar hizo descender su mano libre hasta el final de su vestido, llegando hasta el tobillo y comenzó a deslizarla con lentitud en sentido ascendente, bajo el tejido. Moira se retorció sobre la mesa con anticipación al notar sus yemas recorrer la parte interna de su muslo y Hrodgar gimió en respuesta al ir más allá, acariciando su intimidad, resbalando sus dedos en su cálida humedad. Moira estaba más que preparada, siempre estaba preparada para él, pero no quiso reprimir el deseo de recrearse en la tersura de su piel un poco más.

Apartó sus manos y su boca de ella y el cuerpo de Moira se estremeció como queja por su repentina ausencia. Hrodgar disfrutó aquel reproche; las ansias de Moira solo eran equiparables a las suyas, pero pronto las satisfaría, ambas.

Tomó el borde del vestido y lo elevó hasta sus caderas, observando su desnudez casi de un modo pecaminoso pero que a Moira la incendió. Se arrodilló frente a ella y el aroma almizclado de su intimidad lo invadió y se preguntó por qué solía privarse de aquel placer. Decidido a resarcirse, comenzó a saborearla, despacio, con sus labios y su lengua, hasta el último rincón de su feminidad.

*Maldición...*

Su dulzor era tan delicioso, tan atrayente que bien parecía la antesala de una trampa mortal, más los pensamientos de Hrodgar quedaron embotados por los jadeos de Moira que eran aún más tentadores si cabía. Ni siquiera lo había tocado y ya ardía por dentro, lo enardecía provocarla así. Se detuvo en la cumbre de su centro y lo notó palpitar bajo la caricia de su lengua.

—Hrodgar —gimió Moira que apretaba las manos en el borde de la mesa, los nudillos casi blancos por la presión.

Él sonrió sobre su piel. La sabía cerca pero dilataría su éxtasis un poco más.

—¿Qué era lo que decías que necesitabas? —jugó con ella mientras su lengua posaba leve y tortuosas caricias en su piel inflamada.

—¡Hrodgar! —exclamó deseando que pusiera fin a su tormento.

—Dime que necesitas, Moira —susurró sobre ella con tono grave.

—A ti, maldita sea —farfulló al borde de la desesperación.

Entonces Hrodgar se puso en pie dispuesto a cumplir con su petición y consciente de que tampoco lo resistiría mucho más. Ella misma liberó su masculinidad de su pantalón y lo tomó, introduciéndolo en ella, lanzando un grito gutural al sentirse llena de él, por fin. El poco dominio de Hrodgar se esfumó y la poseyó con fuerza mientras la boca de Moira hacía lo mismo con la suya.

De repente, Hrodgar se vio envuelto por ella, de todas las formas posibles, y aquello lo dejó sin aliento. Su calidez, el terciopelo de su suavidad, el palpar de su cuerpo, eran de sobra conocidos pero jamás los había sentido de esa manera, tan dentro de él, en lo más profundo, en un lugar que ni él mismo sabía que existía. Se detuvo un momento dentro de ella y cuando volvió a moverse, lentamente, trató de llegar lo más lejos posible, adentrándose en aquel lugar ajeno, abandonándose a él... se estaba tan bien allí. Una extraña placidez comenzó a correr por sus venas tornando los compases de aquella danza de sus cuerpos en languidez y pausa, cubierta con una ternura, una dulzura difíciles de admitir, casi vergonzosas y denigrantes, pero sentía a Moira acompañándolo en aquel viaje sin retorno, fundiéndose con él.

Sí, la sentía tanto...

Por un instante temió que sus cuerpos se alearan como dos metales fluidos, candentes, como una amalgama de carne, sangre y sudor, pero las caricias de Moira entregada a su misma pasión, notar sus dedos esculpiendo su piel, le devolvió su corporeidad, como si fuera una diosa maleando figurillas de barro a su antojo. Mas ella se hallaba perdida en el estado de ensoñación al que la sumía la dulce cadencia de las caderas de Hrodgar, siendo el tacto de su piel bajo sus manos lo único que podía vincularla a la realidad y que volvía a enturbiarse en vaporoso delirio cada vez que lo sentía avanzar a través de ella con tormentosa lentitud, recorriendo, hundiéndose, rozando todo su interior, sin que quedase ni un solo poro de su piel que él no poseyera.

Nunca antes habían sentido su unión tan palpable, tanto que casi podían

tocarla, presente en ellos a pesar de ellos mismos. Su clímax comenzó a arremolinarse en sus vientres como dorado oro líquido cuyo halo se trenzó a lo largo de todo su cuerpo, entremezclándose ambos, diluyéndose y fusionándose como un todo. Se tensó a su alrededor comprimiéndose hasta estallar en miles de gotas brillantes que los bañó como una lluvia cálida y reconfortante, liberándolos.

Recuperaron el aliento en silencio, uno en brazos del otro, Hrodgar apoyado en Moira, su cabeza recostada sobre su hombro. Notó una pequeña gota que cayó desde lo alto en su mejilla, pero no hubo sobresalto, ni sorpresa, ni reproche en Hrodgar, solo su propia sal que escapaba en forma de brillante de su prisión y recorría la línea de su pómulo para fusionarse con su compañera, como una simbólica efigie de lo que habían sido Moira y él.

No hubo miradas, ni palabras, ni consuelo. No era necesario. La tomó entre sus brazos y, en silencio, se adentró en el corredor que llevaba a su habitación.

§ ~ \* ~ §

—¿Crees que Balkar habrá mandado hombres a Los Lagos? —le preguntaba Erick a Nicholas.

—No lo creo —frunció los labios, pensativo—. Tú mismo has visto que apenas tenía hombres vigilando la fortaleza. Está seguro de tener todos los triunfos en su mano así que no es necesario arriesgarse a salir de la protección de sus murallas.

—Me pregunto cómo traspasaremos nosotros esas malditas murallas —masculló Zayev.

—No esperan nuestra llegada y con un ataque frontal desaprovecharíamos el factor sorpresa —caviló Nicholas.

De repente, inclinó un poco su cabeza mirando a Jordan. Estaba especialmente callado de forma casi sospechosa y tuvo la certeza de que por su cabeza rondaba la solución. No era de sorprenderse, había vivido en el castillo durante meses y con seguridad había tratado de descubrir todos sus entresijos en ese tiempo. Sin embargo, siempre se mostraba cauteloso y modesto a la hora de mostrar sus ideas, sin ambición alguna o intención de vanagloriarse por el papel que en realidad estaba desempeñando allí. Jordan estaba siendo decisivo, más que eso, había resultado vital y, lejos de



enorgullecerse de ello, se cubría tras una máscara de humildad, alejado de cualquier pretensión o reconocimiento.

En realidad Nicholas no lo culpaba por ello. Lo único que demostraba aquello era el pundonor y la honradez de su naturaleza y eso bien se merecía todo su respeto y admiración. Si Jordan dejara un poco de lado aquella obsesión suya por el deber y su posición, con seguridad podrían ser grandes amigos.

Lo observó cavilar un momento más, su rostro concentrado, y decidió instarlo a exponer sus pensamientos.

—Jordan, ¿descubriste algo en tu estancia en la fortaleza que nos pueda ayudar ahora? —aventuró Nicholas.

—Capitán, pido permiso para hablar —se atrevió a intervenir Francis.

Jordan retorció su rostro en una mueca de disgusto. Miró a su alrededor. La luz de las velas iluminaba la tienda y los rostros de sus ocupantes. Nigel, Erick, Zayev y Nicholas. Meditó un solo segundo sobre la conveniencia de su discurso en su presencia pero sus labios hablaron antes de haber tomado él la decisión.

—Francis, ¿desde cuándo nos conocemos? —le preguntó con tranquilidad y desenfado, cruzándose de brazos.

El muchacho bajó el rostro avergonzado mientras todos observaban la escena con gran interés.

—Crecimos juntos, Capitán —respondió con voz casi imperceptible.

—Hemos sido buenos amigos —le replicó con mirada ausente, rememorando tiempos pasados—. ¿Es que ya no me consideras como tal? —inquirió con sequedad ahora, fulminándolo con los ojos y sobresaltando al joven. Jordan le sostuvo la mirada, con dureza, durante un largo segundo en el que el rictus de Francis se crispó. Y, de repente, Jordan soltó una sonora carcajada.

—Serás estúpido —farfulló Francis por lo bajo, palpándose la nuca con nerviosismo y alivio. Jordan continuaba riendo y él no pudo evitar acompañarlo.

—Disculpadme todos —se excusó Jordan ante los demás quienes también reían por lo bajo al comprender el aprieto en que había tratado de poner a su amigo.

—No era necesario que me ridiculizaras delante de Su Majestad —le reclamó Francis.

—Despreocúpate —agitó Nicholas su mano negando, con la diversión aún reflejada en su cara.

—Acepto que delante de los hombres me llames “Capitán” como muestra de respeto frente a ellos —le rebatió ahora Jordan golpeando su hombro amistosamente—, pero en el momento que me hablas con tanta cortesía me haces sentir como un completo extraño cuando, prácticamente, somos como hermanos.

Francis no respondió, pero asintió, resoplando.

—En fin —trató Erick de contener una carcajada—. ¿Le das tu permiso para hablar, Capitán? —agregó con mofa. Quien ahora no pudo reprimir una risotada fue Zayev.

—Alteza... —hizo un mohín Jordan como reproche ante su broma.

Aquello sí era curioso, pensó Nicholas. Jordan siempre le había dejado más que claro que debía tratarlo conforme a su condición, incómodo ante su deferencia mas, cuando se trataba de los demás, aquellos límites dejaban de tener validez para él. Admirable...

—Habla, Francis —le dijo él mismo al muchacho. La necesidad de un avance en su planificación volvió a urgirle después de aquel momento de relajo.

—Sí, Majestad —accedió él—. Recuerdo que en su convalecencia, Jordan me habló de una gruta que llevaba al castillo.

Todos voltearon hacia él, quien asentía con aprobación al ser eso justamente en lo que él estaba pensando.

—Existe dicha gruta —recitó Jordan—. Está situada al norte de la fortaleza, en la ladera, en el nacimiento de las Tierras Altas.

—Si es un acceso al castillo estará vigilado —supuso Nigel.

—No es un acceso propiamente dicho —meditó Jordan—. De hecho, antes de marcharme de allí, aún seguía en desuso.

—¿A dónde lleva? —lo miró Nicholas receloso.

—Va directo a la antigua cripta, Majestad.

Nicholas lo miró sorprendido. Criptas. No eran muy comunes, pero sabía de su existencia. Normalmente se usaban como lugar de enterramiento pero había contadas ocasiones en las que también se habían utilizado como refugio o incluso vía de escape. Indudablemente, este era el caso. Los antiguos y legítimos ocupantes del castillo lo habrían utilizado para huir del primer antepasado de Balkar que los invadió dispuesto a tomarlo por la

fuerza y, si eso era así, era muy posible que Balkar ni siquiera supiera de su existencia. Pero si Jordan lo sabía...

—¿Cómo lo descubriste tú? —indagó.

—Fue puro azar, Majestad. La gruta no es fácil de encontrar a simple vista —reconoció él—. La hallé en una de mis acostumbradas salidas a reconocer los alrededores. Decidí adentrarme en ella y acabé en la cripta y, al final de ella, una trampilla me llevó a las mazmorras.

—Tal vez podríamos entrar por ahí —sugirió Zayev.

—Sí, pero habrá que planificarlo bien —se tomó la barbilla Nicholas, meditabundo.

Ellos mismos fueron los que se impusieron aquella misión, a excepción de Nicholas quien, a regañadientes tuvo que admitir que era mejor si aguardaba a que completaran la primera parte de la misión.

Con Jordan, Nigel y Francis, la discusión fue irrefutable. Los tres hombres irían porque ese era su deber y no hubo argumento posible para que delegaran esa responsabilidad en alguien más, pero Nicholas mostró su total desacuerdo ante la aseveración de que Zayev y Erick también acudirían. Si ellos iban, él también lo haría, pero Erick se negó en rotundo. Nicholas era enemigo natural de Balkar y, si lo descubrían, sin duda lo matarían. Sin embargo, no tenía nada personal contra ellos dos y lo más probable sería que, si los capturaban, también tratarían de utilizarlos como moneda de cambio como a Gabrielle. En cualquier caso, Zayev no iba a renunciar a tal desafío. Temblaba de excitación con solo pensar en aquella aventura.

“Temerarios”, pensó Nicholas al verlos alejarse. Luego, seguido del resto de hombres emprendió el camino hacia el lugar señalado.

Resguardados en el bosque, los cinco hombres más la mitad de la guarnición, rodearon el Anillo de Desolación hacia el norte. No supieron a ciencia cierta cuánto tiempo cabalgaron, tal vez una hora, cuando se acercaron al nacimiento de las escarpadas Tierras Altas. A partir de ahí había que continuar a pie.

Vadearon un pequeño arroyo y se adentraron en la maleza, ascendiendo por la ladera. Tras unos espinos, Jordan les mostró la boca de la gruta. La disposición de las rocas dejaba patente que las había colocado la mano del hombre. Improvisaron antorchas ayudándose con ramas y hojarasca, y con Jordan al frente de la expedición, penetraron en la cueva.

Recorrieron en fila la galería que era tan estrecha que apenas les dejaba

extender los brazos en cruz. De repente, el pasadizo se ensanchó encontrándose sus dos muros salpicados de nichos perforándolos, hileras de tumbas apiladas unas encima de las otras, exponiendo las osamentas de sus moradores. La escena helaba la sangre. Había pasado tanto tiempo que ya no quedaba carne asida en los huesos ni ese olor putrefacto a descomposición, pero la húmeda atmósfera estaba enrarecida, rancia y añeja.

Jordan señaló una escalera al fondo esculpida en la roca y en su cumbre una trampilla, la que llevaba a las mazmorras.

En silencio continuaron avanzando.

Él fue quien escudriñó el exterior alzando mínimamente la tabla y, tras comprobar que no había nadie, salió, permitiendo a los demás ir haciendo lo mismo. No era de extrañar que aquellas celdas estuvieran vacías. El Rey Balkar no era famoso por hacer prisioneros sino por asesinarlos.

El espacio no era excesivamente grande, aún no habían subido todos los hombres, y Jordan con un gesto les pidió que aguardaran. Él, Nigel y Francis salieron para llevar a cabo la siguiente etapa de la misión mientras Erick y Zayev se ocultaban tras el marco de la puerta vigilando el exterior. Apenas los vieron bordear el patio envuelto en sombras para llegar a uno de los portones traseros, sigilosos como una pantera y letales como una víbora. Vieron relucir un par de brillos en el aire y como el sonido de sendos cuchillos al atravesar la carne se unía a los ruidos de la noche.

Escucharon un silbido amortiguado entre las manos de Jordan y otro más lejano en respuesta. Nicholas y el resto de hombres ya estaban aguardando al pie del foso. Su única misión era atravesar a pie, que era un modo más silencioso que a caballo, el anillo, cosa que hubiera sido imposible si no hubiera sido porque era una noche oscura, sin luna. Una vez más tenían la suerte de su lado. De esa forma, no arriesgaban la totalidad de los hombres a caer en una emboscada dentro de aquellas murallas y conseguían que Nicholas también estuviera a salvo hasta que ellos, desde el interior, se aseguraran de que no había peligro.

Erick y Zayev salieron de su escondite hacia el patio ocultándose también entre las sombras, haciendo que su grupo de hombres los acompañara y fueran tomando posiciones. Los dos llegaron hasta Nigel, Jordan y Francis. Solo restaba un paso más, el más peligroso y el que los pondría al descubierto, así que tenían que ser rápidos.

Jordan alzó su espada sobre su cabeza y, asestando un golpe seco y

poderoso, sesgó la maroma que contenía la cadena del puente levadizo, que cayó de forma atronadora al otro lado del foso, adentrándose los hombres como marabunta en el patio. Para cuando los guardias salieron del sopor con el que les había obsequiado el alcohol, Nicholas y los demás ya habían coronado la escala de entrada y accedían al castillo.

Al grito de “invaden la fortaleza” Hrodgar se despertó, alarmando a Moira que yacía a su lado. No llegó a escuchar de sus labios que se lo había advertido, la mirada que recaía sobre él mientras se vestía a toda prisa hablaba por sí sola. Pero él no fue capaz de reprocharle nada o excusarse siquiera. Tenía razón.

Alargó su mano entregándole un puñal y que ella tomó temblorosa.

—Cierra la puerta con llave y no salgas por nada del mundo —le dijo, volteándose para marcharse.

—¡Hrodgar! —lo detuvo ella corriendo desde la cama, tomando las solapas de su brigantina, trémulos sus labios y sus pupilas.

Enterró sus dedos en su cintura desnuda y la atrajo hacia él, tomando su boca en impetuoso arrebató, saboreándola por, posiblemente, última vez y ella lo supo. Al separarse de él quiso hablar, decirle en el único segundo que les restaba por compartir todo lo que no le había dicho en esos años pero Hrodgar posó su mano en sus labios.

—Me perteneces, igual que yo a ti. Siempre lo hicimos —le susurró con una dulzura que surgía de algún lugar remoto y desconocido para los dos.

Mas poco importaba ya.

Consumió el último instante que le quedaba en volver a besar su boca, dominado por esa maldita ternura que lo estaba trastornando y se separó de ella con premura, sin un adiós o una postrera mirada. Nada. Y nada fue lo que quedó en el interior de Moira al verlo desaparecer por aquella puerta.

## Capítulo 30

Protegidos bajo el manto oscuro de aquella noche sin luna, Nicholas y los demás hombres aguardaban bordeando el foso. Jordan tenía razón al afirmar que el portón frente al que se apostaban era más bien secundario. Su aspecto descuidado y lleno de musgo bien lo reflejaban, además de que no daba a ningún camino. Lo pestilente de sus aguas hacía suponer que únicamente lo utilizaban para lanzar desechos.

Apenas llevaban unos minutos ahí cuando escuchó del otro lado de la muralla un silbido atenuado y que un hombre cercano a él, sin duda de Asbath, respondía de igual modo. Era la señal.

De repente, con un ensordecedor ruido metálico de cadenas rodando y engranajes retorciéndose sobre sí, vieron cómo la sólida madera caía a sus pies y, a partir de ese instante, la suerte estuvo echada. Invadieron aquel patio trasero a toda velocidad, blandiendo todos sus espadas al aire y encabezando él la marabunta en que se convirtió la fusión de sus hombres con los que ya esperaban en su interior. Pronto, Nicholas se unió a Erick, Zayev, Jordan, Francis y Nigel, quienes aguardaban por él, y se apresuraron a atravesar aquel patio para llegar a otro en forma de claustro y, que según les había explicado Jordan, llevaba a la entrada principal, pero donde también se situaba el Cuartel de Guardias.

Tanto Francis como Nigel tomaron a un numeroso grupo de hombres y aguardaron allí para contener el ataque de los guardias de Balkar, evitando que arremetieran contra el otro grupo que asaltaría el interior del castillo, impidiendo así que se vieran envueltos en un doble flanco enemigo. Nicholas no había coronado aún la amplia escalinata de piedra cuando escuchó a su espalda los primeros choques de metal quebrando la negrura de la noche. Giró su rostro por encima de su hombro y divisó a sus hombres controlando sin dificultad los intentos de ofensiva de aquellos esbirros y respiró con cierto alivio, pero que no disipó en absoluto su preocupación por sus hombres.

Al llegar a la antesala, varias facciones del gran grupo que ellos formaban se fueron dirigiendo hacia los distintos corredores que se iban bifurcando a su paso, pero Nicholas decidió continuar por la galería principal que era la que más alumbrada estaba en aquel momento. Erick, Jordan y Zayev lo siguieron. Sin duda, la mayor cantidad de habitantes del castillo estaría en dirección a aquellas antorchas.

—Lleva al comedor —despejó Jordan la cuestión en voz alta.

“Tan iluminada como se hallaba la galería, ¿sería posible que Balkar estuviera aún disfrutando de la cena?”, quiso pensar Nicholas. Y ya no solo él, sino el resto del castillo pues, desde que incurrieran en él, no se habían topado con nadie, ni siquiera con una doncella. Definitivamente su visita iba a ser una sorpresa y nada agradable para aquel tirano.

Nicholas no tardó en darse cuenta de que no había errado en sus suposiciones, yendo más allá. No solo estaban disfrutando de la cena sino que, viendo la algarabía y el bullicio de la gran estancia, aquello era una celebración en toda regla.

Los ojos de Nicholas avanzaron por toda la sala hasta llegar al fondo, hasta Balkar, fijándose de forma amenazadora sobre los suyos mientras advertía que sus hombres avanzaban en tropel, despegando las tablas que hacían las veces de mesas de sus caballetes y lanzándolas contra sus ocupantes, aprisionándolos contra las bancadas y el suelo. Algunos de ellos, visiblemente afectados por el sopor del vino y el estupor del ataque, tanteaban torpemente en busca de su espada que para su fortuna habían mantenido con ellos, no así sus escudos, viéndose desprovistos de dicha protección al no esperar aquella intrusión y que los hacía mucho más vulnerables aún que la dosis de alcohol que calentaba sus cuerpos.

Balkar se ocultó tras su trono mientras algunos hombres formaban un

ridículo arco de protección hacia su soberano. De vez en cuando, asomaba la cabeza por el respaldo esbozando aquel bellaco muecas en forma de sonrisa ante la idea de estar a salvo pero que acababan retorciéndose al ver el avance implacable de los hombres de Nicholas, quien no pudo evitar sonreír.

A su alrededor, comenzaron a arremolinarse los primeros combates dominados siempre por sus hombres, lo que le permitió tomarse un instante para observar el poder que emanaban a su paso. Sus ansias de justicia y revancha por todo lo acontecido les otorgaba una energía imparable y que transmitían con cada uno de sus embates. Reconoció a muchos de sus guardias luchar mano a mano con los del ejército de Asbath, creándose una hermandad entre ellos que iba más allá del mero hecho de estar gobernados por el mismo Rey, unidos por aquella lucha e impulsados por los mismos ideales. Incluso vio a Erick y Zayev avanzar hacia el centro de la sala donde las mesas ya habían volado hacia los costados de la sala y, espalda con espalda, comenzaban una danza devastadora viajando sus armas al mismo compás y asestando certeros golpes a quien osara acercarse. En ese instante, Erick hundía su filo en el pecho de un enemigo mientras Zayev hacía descender el suyo, cincelando mortalmente el torso de otro desde su hombro a su estómago. Combinaban la fuerza de uno con la rapidez del otro, como una dupla de precisión letal, sus espadas ya teñidas en sangre siguiendo el ritmo de sus movimientos, siempre de frente al enemigo y cubriéndose las espaldas, como si un hilo invisible los aferrara obligándolos a mantenerlas unidas.

—¡Erick! —llamó su atención Nicholas, haciéndole un gesto con la cabeza para que se fueran dirigiendo hacia el fondo del comedor, hacia Balkar.

Erick le hizo la indicación a Zayev y, conforme los tres iban avanzando, Jordan se les unió. Los cuatro hombres barrían literalmente el centro de la estancia. El horizonte se tornaba rojo a su alrededor. La sangre iba salpicando el aire, liberada por los continuos embistes de sus espadas que se hundían en la carne del enemigo, lacerando miembros y rebanando gargantas sin piedad.

—¡Guardad las posiciones! —gritaba Balkar resguardado tras su trono y Jordan, entre golpe y golpe, miraba por encima de las cabezas buscando a Hrodgar. El perro debería estar cerca de su amo, protegiéndole, pero no había rastro de él.

Rápidamente, llegaron a su objetivo, y Zayev fue el primero en



deshacer la formación atacando con impetuosidad a uno de sus oponentes. Los otros tres lo imitaron y pronto aquella línea comenzó a cerrarse a su alrededor, cercándolos peligrosamente, aunque por un solo instante. Nicholas observó cómo sus guardias no tardaban en acudir como apoyo equilibrando el combate, en el que se habían visto obligados a enfrentarse, desdoblado sus fuerzas, a más de un hombre.

Fue entonces cuando Balkar se sintió perdido y se dirigió hacia una de las esquinas de la sala donde había situada una pequeña puerta, tratando de escabullirse.

—Ni en tus sueños más preciados —masculló Nicholas al ver un reflejo de negro y plata desaparecer tras la puerta.

Arremetió contra el último de los hombres que le impedía el paso y corrió tras él. Escuchó pasos siguiéndole y giró su rostro preparado para atacar si se daba el caso pero comprobó que era Jordan.

—Yo también tengo un objetivo propio, Majestad —le aclaró, y Nicholas comprendió al instante. No iba tras Balkar, iba tras Hrodgar.

Atravesaron a la carrera una pequeña sala anexa al comedor y se adentraron en una galería, desde la que, perforando uno de sus muros, nacía una escalera de caracol que ascendía. Al pie, ambos hombres se detuvieron sopesando las dos posibilidades que se abrían ante ellos.

—Al final del corredor está situada la cocina cuyo patio lleva a las caballerizas. La escalinata conduce a los aposentos de Balkar —le informó Jordan haciendo uso de su conocimiento del castillo.

—No lo creo tan estúpido como para ocultarse bajo su cama —aventuró Nicholas—. Sería una trampa mortal.

—Opino lo mismo, Majestad. Intentaré huir —afirmó él—. En cualquier caso, iré a echar un vistazo.

—Suerte en tu búsqueda —golpeó Nicholas el brazo de Jordan.

—Manteneos a salvo, Majestad, o la Reina no me lo perdonará jamás —bromeó Jordan.

—Lo mismo te digo —le respondió con una carcajada emprendiendo la marcha a través de la galería mientras Jordan se apresuraba a recorrer las escaleras.

En apenas un par de zancadas llegó al piso superior. Al fondo estaba la recámara de Balkar y le pareció escuchar ruidos estando la puerta abierta. Al asomarse, no pudo creer en su suerte.

—¿Qué pensaría tu Rey si supiera que lo has creído tan cobarde como para venir a ocultarse bajo su colchón, como una atemorizada doncella? —se mofó Jordan apoyado en el quicio de la puerta haciendo que su ocupante diera un respingo y se girara a enfrentarlo, sobresaltado—. Encantado de volver a verte, Hrodgar —saboreó las palabras en su boca.

—Lo mismo digo, Jordan —lo miró de arriba abajo con una sonrisa soez dibujada en su cara.

—Capitán, si no te importa —apuntó un índice sobre sí mismo, señalándose.

Hrodgar inclinó la cabeza con sorna y fingida complacencia.

—Pensé que tu Rey tenía en mayor estima a su esposa —aventuró Hrodgar mientras medía a Jordan en la distancia, sin haber hecho ninguno de los dos ningún gesto intimidatorio.

—¿Qué te hace pensar lo contrario? —lo miró de reojo con el sabor del triunfo en la boca.

—Con este ataque habéis provocado su muerte de modo inexorable —Hrodgar no pudo evitar regocijarse.

—Acércate a la ventana —le pidió Jordan indicando el gran ventanal que se alzaba a su espalda. Hrodgar lo miró confundido aunque comenzó a dar pequeños pasos hacia ella, de espaldas, sin perderlo de vista—. Si mi sentido de la orientación no me falla, desde aquí debería verse la hoguera en la que se calentaban tus hombres, y digo calentaban porque si miras bien, ninguno de ellos se mantiene con vida, ni el fuego, ni tus hombres.

Hrodgar echó un vistazo rápido por la ventana y su semblante hasta ese momento sonriente se endureció, dirigiéndole una mirada de hielo a Jordan.

—¿Cómo...?

—Nos superaréis en perversidad pero nunca en astucia, Hrodgar —se jactó Jordan.

—Ya veo —sonrió en un mohín—. Dime, ¿qué tal se encuentra la bellísima Agatha?

—Muy bien —espetó secamente. Sabía con certeza que Hrodgar solo trataba de provocarle e iba a tener que hacer un gran esfuerzo para dominarse.

De súbito lo escuchó carcajearse.

—¿Aún sigues creyendo que Nicholas te aceptará como esposo de su hermana? —inquirió con saña y los escasos segundos en que Jordan había tomado control de su dominio se fueron al traste.

—De lo que sí estoy seguro es de que no he venido aquí a charlar contigo —sentenció entrando en la recámara, espada en alto.

Hrodgar desenvainó rápidamente y detuvo su embate.

—Estupendo, Capitán —ironizó apretando los dientes conforme acumulaba sus fuerzas en sus brazos para apartar a Jordan de él.

Ambos hombres se separaron y, en guardia, comenzaron a moverse en círculos en el centro de la gran estancia, estudiándose. El primero en avanzar fue Hrodgar, con una gran zancada y lanzando su espada desde lo alto y que Jordan recibió sin esfuerzo, y no solo ese embate, sino los siguientes. Jordan dejaba a Hrodgar guiar el combate, en apariencia, sin esforzarse en atacar y analizando así sus movimientos.

Como era de esperar en alguien de su calaña, no eran para nada sutiles y no desperdiciaba ninguno de ellos. Si alguno le alcanzara, sin duda sería para matarlo, aproximándose siempre a partes vitales. Hrodgar comprendió la jugada y comenzó a moverse más rápido por la habitación, con gran agilidad. Agarrándose de uno de los postes del dosel de la cama y esquivándola de un solo salto, se acercó a él.

—Me aburres, Jordan —masculló entre dientes mientras lanzaba ataques sin parar, sosteniendo el mandoble con ambas manos y que Jordan siempre esquivaba.

—Te pido disculpas —le replicó—. Mi intención no es la de aburrirte, sino la de matarte.

Una carcajada resonó en la garganta de Hrodgar.

—Veo que esto va más allá de tus obligaciones con tu Rey —advirtió divertido—. Tranquilo, Capitán, no hice nada que Agatha no haya querido que hiciera.

Jordan no respondió, con la boca no al menos, pues sí lo hizo con su acero, alzándolo por primera vez hacia Hrodgar quien tuvo que detenerlo sosteniendo con fuerza y ambas manos la empuñadura del suyo.

—Esto me gusta más —Hrodgar le dedicó una sonrisa ladina.

Y a partir de ahí, se sucedieron un sinfín de lances por ambas partes que acababan siempre con un sonido ensordecedor de metal y que chisporroteaba con la violencia de cada encuentro. El sudor bañaba ya sus cuerpos y la adrenalina alimentaba la sangre que golpeaba sus sienes. La lucha se tornó cruenta y agotadora y el más mínimo error sería fatal.

Pero tal vez no se tratara de errores, sino de aciertos y el primero en

obtenerlo fue Hrodgar. Arremolinó la espada por encima de su cabeza girando su cadera y posicionando su peso hacia un lado pero la hizo descender por el lado contrario, artimaña que Jordan no esperaba. Notó el filo lacerar su brazo derecho hasta lo más profundo haciendo que su arma cayera al suelo al dejar de sentir la fuerza de su miembro injuriado.

—Si he de matarte desmembrando una a una todas las partes de tu cuerpo, lo haré —le amenazó Hrodgar excitado por el olor a sangre que emanaba copiosamente de la herida y que impregnaba el aire de la estancia.

Levantó su mandoble con ambas manos dispuesto a dar un golpe certero, aventajado por el hecho de que Jordan había perdido su espada, y casi sintiendo el triunfo correr por sus venas, pero lo único que sintió en realidad fue el frío metal hundirse en su costado. En el instante en que iba a descargar su filo contra Jordan, este se arrodilló y extrajo de su bota una daga y se la clavó hasta el puño, habiéndose quedado Hrodgar expuesto ante él debido a su postura. La espada cayó hacia atrás desde sus manos, golpeando con violencia en el suelo detrás de él. Estupefacto y reprimiendo una mueca de dolor, Hrodgar rodeó la empuñadura del cuchillo con sus dedos y lo extrajo, escuchándose el rumor del acero sesgar la carne y el de la sangre brotando libremente.

Jordan lo observaba aún de rodillas, su mano izquierda presionando con fuerza su bíceps sangrante y la respiración entrecortada. Vio un rayo de furia nublando la mirada de Hrodgar y el ademán de alzar una de sus manos contra él y clavarle el puñal. Hincado como estaba, Jordan apoyó el pie izquierdo en el suelo y, tomando impulso, arremetió con el hombro sano contra él en un movimiento ascendente y que le hizo a Hrodgar perder el equilibrio y caer de espaldas.

Lo recibió la colorida vidriera del gran ventanal que se situaba tras él y que, con la fuerza de su caída, no fue capaz de sostenerlo. Se quebró en miles de pedazos deshaciendo su abrazo transparente y dejándolo caer al vacío. Hrodgar no gritó, ni siquiera blasfemó, únicamente le lanzó una última mirada a Jordan que bien valía por mil maldiciones, antes de hundirse en el regazo de la noche.

Jordan suspiró hondamente mientras se tambaleaba al ponerse en pie. Despacio, caminó hacia el hueco que antes ocupaba la gran ventana y se asomó, viendo en el fondo del patio el cuerpo descoyuntado de Hrodgar cual muñeco de trapo y un charco de sangre bajo él.

Cerró los ojos volviendo a suspirar. Había acabado, por fin.

Soltó su brazo herido durante un momento, lo suficiente para envainar su espada y salió de la habitación para ir en busca de Nicholas, aunque no le sería de gran ayuda en ese estado.

Descendió por la misma escalera por la que había subido y atravesó la totalidad del corredor y la cocina, accediendo al patio. Antes de llegar a las caballerizas, escuchó el resonar del choque del metal y supo que Nicholas y Balkar se estaban enfrentando.

Para su asombro, no estaban solos. Los hombres de ambos bandos se hallaban situados alrededor de la escena, sin luchar, con los brazos caídos, como si aquel combate fuera a ser el que decidiera el destino final de aquella guerra. Nadie intervenía, solo observaban. Era un duelo de Reyes, de Titanes, y su desenlace marcaría su sino.

Jordan se acercó a Erick y Zayev quienes también observaban la contienda.

—Es todo o nada —le susurró este último al notar su presencia.

Y así era.

Jordan no había visto nunca un combate tan igualado y, a la vez, tan dispar. Los movimientos de Balkar eran toscos, agresivos, sin ningún tipo de patrón o estilo, incluso su postura era desgarbada. Lanzaba su espada de forma arrebatada y desordenada, guiado por las ansias de triunfo y la rabia de saber que todos sus planes habían fracasado, incluso el secuestro de Gabrielle, pero sus embates siempre eran certeros y letales, aunque recibidos con maestría por parte de Nicholas. Él, por el contrario, avanzaba erguido, su postura estable, con giros de muñeca rítmicos y bien estudiados, controlando todos y cada uno de sus movimientos, acompasando sus manos y piernas con una cadencia frenética pero armoniosa. Las facciones de Balkar estaban crispadas, enseñando los dientes como un lobo queriendo amedrentar a su contrario, pero las de Nicholas se mostraban relajadas, rezumando seguridad y calma, dueño de todo su temple y su control.

Sin embargo, ninguno de los dos cedía terreno, los ataques y defensas se repartían por igual, no pudiendo decidir en ningún momento si había una mínima ventaja que recayese en alguno de los dos oponentes.

—Vamos, Nicholas —musitaba Erick por lo bajo—. Acaba con esto de una vez.

—¿Creéis...?

—No —cortó a Zayev—. Balkar no es mejor, es simplemente más ladino, y Nicholas se está limitando a estudiarlo y dejarle hacer.

Jordan reconoció algunos de los movimientos de Hrodgar en Balkar; el aprendiz y el maestro en el arte del juego sucio.

Y tan sucio...

De repente, en una maniobra que nadie esperaba, Balkar fingió tropezar tomando después un buen puñado de arena del suelo y lanzándosela a Nicholas directamente a los ojos.

—Maldito bastardo tramposo —farfulló Jordan iracundo, haciendo ademán de inmiscuirse en la pelea.

—Espera —lo detuvo Erick indicándole que observase.

Nicholas, haciendo un mohín y apretando los párpados debido al escozor, tomó de inmediato su mandoble con ambas manos y comenzó a hacer ochos rodando sus muñecas, silbando su filo en el aire, mientras giraba sobre sí mismo.

Balkar lanzó una carcajada burlesca detrás de él.

—¿Quién te ha enseñado semejantes florituras? —se mofó—. ¿Tu mujercita?

Y Nicholas sonrió, lo tenía donde quería.

Guiado por su grotesca risa, extendió más sus brazos frente a él avanzando en círculos, hacia aquel sonido, que se silenció de súbito cuando, en uno de sus giros, la espada de Nicholas besó su garganta. La sonrisa de Balkar se tornó roja mientras el filo se abría paso a través de su piel, su carne, sus venas y su gaznate, y el único sonido que pudo emitir su boca fue el de los borbotones de sangre que emanaban de ella. Cuando Nicholas pudo por fin abrir los ojos, Balkar soltaba la espada y se llevaba las manos al cuello como si aquello pudiera cerrar aquella herida de golpe. Con la mirada desorbitada, cayó de rodillas y finalmente se desplomó en el suelo, brotando la sangre de su garganta abierta lentamente al compás de los latidos, cada uno más débil que el anterior, hasta que se detuvo.

—Esto es por Gabrielle —le dijo Nicholas un instante antes de que sus ojos inyectados perdieran toda su luz.

Lo que siguió a aquello fue un grito eufórico de júbilo por parte de los hombres de Nicholas y otro de terror por parte de los de Balkar, quienes se apresuraron a deponer las armas o a huir despavoridos hacia, supuso Nicholas, las Tierras Altas.

Él se limitó a dirigirse hacia donde estaba su primo con Zayev y Jordan y a tomar un paño húmedo que Nigel ya le ofrecía.

—Ha sido increíble, Majestad —exclamaba Francis caminando a su otro lado.

—¿Cuántas bajas ha habido? —preguntó deteniéndose frente a los tres hombres.

—Ninguna, Majestad —respondió Nigel.

—Una veintena de hombres heridos, pero se recuperarán —agregó Francis.

—Benditos sean los Dioses —lanzó Nicholas un suspiro de alivio—. Nigel, ve con algunos hombres a la gruta y recuperad los caballos, nos vemos en el campamento. Y tú, Francis, reúne todas las carrozas o carretas que puedas, hay que transportar a los heridos lo más cómodamente posible.

—Sí, Majestad —respondieron ambos hombres al unísono, apresurándose a obedecer.

—Jordan, tú...

—Asunto finiquitado, Majestad —respondió él.

—¿Y por qué estás tan pálido? —lo miró con recelo—. ¿Qué es eso? —señaló su brazo ensangrentado.

—Nada, yo...

—Déjame ver —le exigió Erick, quien le hizo soltar el brazo y, con ayuda de una daga, rasgó su manga dejando al aire el acentuado corte.

Aquel movimiento, y el enfrentarse de modo abierto a su herida, provocó que Jordan casi se derrumbara en el suelo, teniendo Erick y Zayev que sostenerle.

—Maldita sea —farfulló Jordan ante su propia debilidad.

—Estás perdiendo mucha sangre y el corte es demasiado profundo —señaló Erick.

Sin pensarlo dos veces, Nicholas le arrebató la daga a su primo y desgarró su propia túnica en varias tiras.

—Majestad...

Las pasó alrededor de su brazo, por encima de la herida y las ató con fuerza a modo de torniquete.

Erick se detuvo a observar mejor el corte y su rictus se endureció, casi podía verse el hueso. Nicholas golpeó su brazo en busca de respuestas.

—Tenemos que llevarlo al campamento lo antes posible. Imagino que

mi padre habrá dejado algún instrumental. Hay que suturar la herida o —titubeó—, o podría perder el brazo.

—¿Lo has hecho alguna vez? —le susurró Nicholas.

Erick negó sutilmente con la cabeza.

—Pero se lo he visto hacer a mi padre muchas veces —dijo por lo bajo.

—Entonces no perdamos tiempo —concluyó—. ¿Eres capaz de montar? Llegaríamos más rápido —se dirigió ahora a Jordan, quien asintió.

—¿Y qué hacemos con los muertos? —preguntó Zayev mientras iban caminando ya hacia las caballerizas.

—Que se encarguen sus vivos —sentenció Nicholas—. No quiero saber nada de este maldito Reino. Mi único deseo ahora es volver a casa.

A Jordan, el camino de vuelta al campamento se le hizo eterno. Erick le había colocado el brazo en forma de cabestrillo y pudo sujetar las riendas con la mano izquierda, pero apenas estaban avistando una de las tiendas al fondo cuando la vista empezó a nublársele. Maldijo para sus adentros. Era cierto que había perdido mucha sangre, pero aquella flojedad en las piernas... Las sentía como gelatina y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para bajar del caballo y no desplomarse allí mismo. Lo último que recordó fue una punzada de dolor que le recorrió todo el brazo hasta la columna vertebral que lo paralizó conforme se adentraba en la carpa y, después, todo oscuridad.

—Casi lo prefiero así, desmayado —admitió Erick mientras Zayev y su primo lo colocaban en un camastro habiendo acudido a su auxilio—. Aunque no me gusta ni su aspecto ni el de la herida.

—¿Crees que el filo estaba envenenado? —quiso saber Nicholas.

—No lo sé —sacudió la cabeza—. Pero que se haya debilitado tanto y este sudor frío no son buena señal. De momento veamos qué tanto me ha servido la ayuda que le he estado prestando a mi padre.

Erick tomó unos ungüentos y limpió la herida. No sabía si, en efecto, había veneno, pero al menos evitaría una infección que agravaría su estado, de paso que eliminaría cualquier sustancia remanente. Cuando comenzó a coser, se alegró de nuevo de que Jordan estuviera inconsciente. No pudo evitar unas primeras puntadas titubeantes, no estando muy seguro de lo que hacía, y aquello le habría dolido horrores de estar despierto.

Al cabo de una hora, la herida de Jordan estaba limpia y suturada, con bastante éxito al parecer, sus ropas cambiadas, y en su estado ahora de semiinconsciencia, Zayev le estaba obligando a beber un tónico preparado



por Erick y que supuso paliaría la fiebre que estaba empezando hacer mella en él.

Estaba Erick inclinado sobre el camastro, colocándole el brazo en una posición que afectase lo menos posible a la herida cuando lo escuchó removerse.

—Agatha... Agatha...

Apenas fue un susurro audible pero suficiente para que Zayev, que estaba a su lado, le lanzara una mirada significativa. Erick le hizo una indicación con los ojos, señalando a su primo tras ellos para que guardara silencio.

—Nicholas, creo que deberíamos descansar, aunque sea unas horas. Nos vendría bien a todos —extendió su mano señalando a Jordan.

—¿Acaso...? —su rostro reflejó la preocupación.

—Confío en que lo que le he suministrado evite que la fiebre suba más, pero sería mejor si no lo moviésemos mucho las primeras horas —le explicó Erick.

—Hablaré con los hombres —accedió Nicholas—. Vuelvo enseguida.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Zayev por lo bajo cuando se quedaron solos.

—Creo que no necesitáis que os lo explique —se encogió de hombros—. Ahora, el único que no lo sabe es él —señaló con un gesto de cabeza hacia la puerta.

Zayev lo miró confuso.

—Con la excusa de las cartas de hace unas horas, intenté tantear a mi padre, y me llevé una grata sorpresa al saber que mi madre se lo había contado —le comentó con tono desenfadado—. ¿Lo censuráis?

—No, no —agitó Zayev las manos, negando—. Me preguntaba que opinará el Rey Nicholas cuando sepa que ha sido el último en enterarse.

—He tenido el pensamiento de decírselo muchas veces, sobre todo cuando mi prima enfermó por culpa de este testarudo que quiso alejarse de ella. Es una larga historia —agregó al ver el rostro ceñudo del Príncipe—. Lo importante es que se recupere y que sea él mismo quien encare la situación.

—Entonces, se repondrá, ¿no? —vaciló preguntándose si habrían realizado una buena labor.

—Eso espero —resopló Erick—. Tal vez vos os salvéis porque apenas os conoce, e incluso puede que hasta valore vuestro esfuerzo, pero en cuanto

a mí y conociéndola como la conozco, si algo le pasa a Jordan, Agatha es capaz de matarme. Tenedlo por seguro.

§ ~ \* ~ §

El traqueteo de ruedas golpeando el camino y unos tenues y cálidos rayos de sol lo despertaron. Al abrir los ojos, lo primero con lo que se encontraron fue con el techo de madera de una carroza. ¿Cómo demonios había llegado hasta ahí?

Su primer impulso fue apoyarse en el mullido asiento sobre el que estaba recostado y un fuerte dolor atravesó su brazo derecho, devolviendo a su memoria todo lo acontecido hacía... ¿cuánto tiempo había estado inconsciente?

Se incorporó, esta vez de forma más pausada, y se asomó por la ventanilla del coche, viendo a Francis cabalgar a su lado.

—Por fin, despiertas —le sonrió su amigo al verlo—. Creí que la Diosa Ophix no iba a liberarte de su abrazo jamás. Detente —le dijo de pronto al hombre que manejaba las riendas—. Voy a avisar a Su Majestad.

Y antes de que Jordan pudiera decir algo, Francis espoleó su caballo y se adelantó.

Aprovechando que se habían detenido, abrió la portezuela y descendió. El reducido habitáculo de la carroza lo había mantenido con las piernas flexionadas y le dolían todos los huesos. Se sintió liberado cuando pudo estirar los músculos al pisar tierra firme, aunque algo débil.

Al momento, vio como frente a él volvía con Nicholas, aunque no solo ellos, pues también se habían unido al grupo, Erick, Zayev y Nigel.

—Por un momento temí que llegaríamos a Los Lagos sin que hubieras recuperado la consciencia —exclamó Nicholas descabalgando, cosa que imitó el resto—. Esa maldita fiebre parecía no querer abandonarte.

—¿Cómo te sientes? —se interesó Nigel viéndolo aparentemente tan repuesto.

—Un poco adolorido pero bien —respondió masajeándose el hombro derecho.

—¿Y el brazo? —señaló Nicholas su herida.

—Algo entumecido —cerró y abrió varias veces la mano notando un hormiguelo propio de un miembro adormecido.

—Me sorprende que incluso seas capaz de moverlo —intervino Erick—. El corte era muy profundo.

—Hicimos un buen trabajo —le guiñó el ojo Zayev.

—No sé como agradecerlos...

—Tonterías —atajó Erick—. Aunque te aconsejo que dejes que mi padre te revise en cuanto lleguemos al castillo.

—Si no me equivoco, ya hemos superado La Encrucijada, ¿verdad? —aventuró Jordan oteando el terreno a su alrededor.

—Y si no pasa nada, mañana antes del atardecer culminará nuestro viaje —suspiró Nicholas.

Jordan sintió una punzada en el pecho.

—¿Vuelves a tus aposentos? —bromeó Francis.

—No, prefiero cabalgar —negó.

Nicholas alargó el brazo señalando tras de él; Drakhon estaba atado en la parte de atrás de la carroza. Al acercarse Jordan para soltar sus riendas, el caballo piafó a su amo como bienvenida.

—¿Qué tal, muchacho? —acarició sus crines antes de montarlo.

—Vamos —le hizo Nicholas un gesto la cabeza para que se les uniera. Obedeciendo, los acompañó cabalgando hasta que se situaron al frente de la marcha.

Ya allí, miró a su alrededor y vio su posición, justo a un lado del Rey. La punzada que sintiera hacía un instante volvió a oprimirle el estómago. Aquel lugar denotaba confianza y concesión y no podía negar que Nicholas se portaba con él de un modo mucho más cordial que de costumbre. La pregunta de dónde quedaría todo aquello cuando al día siguiente, con Agatha a su lado, le plantearan la situación revoloteó por su mente y no pudo evitar el sentirse culpable.

A pesar de toda esa deferencia, que lo considerara digno de unirse a su hermana era algo muy distinto y Agatha no tendría más remedio que elegir, pues, con todo el dolor de su corazón, él ya no podía hacerlo. Hubiera preferido que la espada de Hrodgar hubiese acabado con él si tuviera frente a sus ojos una vida sin ella. Egoístamente y, para su fortuna, sabía cuál sería la elección de Agatha: él, y aunque eso le hiciera el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra, ella sufriría por verse privada del cariño y el calor de los suyos y a su vez, ellos quedarían devastados al perderla. El daño infligido a Nicholas iría más allá de la deshonra y el deshonor, rozaría la traición, la de

toda la confianza que hasta entonces había depositado en él.

—¿Te sientes bien? —lo escuchó preguntar a su lado, sintiendo él como la bilis de la culpabilidad se agolpaba en su garganta.

—Sí, Majestad —titubeó.

—Es normal que esté un poco atontado —le quitó importancia Erick.

—Si deseas volver a la carroza...

—No es necesario pero gracias, Majestad —le aseguró él.

Nicholas decidió no insistir y volvió a mirar al frente, y lo mismo hizo él, con la vista puesta en aquella senda que lo dirigiría a un destino incierto. Y con cada recodo del camino que iban dejando atrás, más pesada se hacía esa culpa sobre sus hombros.

Se dijo a sí mismo que aún quedaba un par de días para afrontar aquella situación, y esperaba haber dejado atrás toda esa zozobra conforme se fueran acercando a Los Lagos. La perspectiva de volver a ver a Agatha prevalecería sobre la angustia, juntos superarían todo aquello, pero la familiaridad con la que siguió tratándolo Nicholas a lo largo de aquellas jornadas incidía más sobre su conciencia. Compartió con él el fuego de la hoguera y el calor del vino, riendo y narrando cada uno de ellos su experiencia en aquella batalla. Zayev y Erick discutían sobre quién había derrotado a más hombres; Nicholas por su parte les narró cómo había alcanzado a Balkar cerca de las caballerizas pretendiendo escapar y cómo le escupió en la cara lo infructuoso de sus planes; y todos se mostraron más que interesados al recordar Jordan su encuentro con Hrodgar. Todo fluía de forma extrañamente perfecta y la fuerte convicción de que todo aquello acabaría pronto y de la peor manera no hizo más que atormentarlo.

Cuando al atardecer del siguiente día divisó su lago predilecto, aquel tan especial para él y donde se produjo su primer encuentro con Agatha, creyó que no podría soportarlo más. No podía enfrentarse así a Nicholas, ni aún con ella a su lado. Necesitaba despejarse, un momento a solas para calmarse y reflexionar bien sobre cómo le plantearía la situación, necesitaba respirar...

—Majestad, quisiera detenerme a refrescarme —dijo de súbito sorprendiendo a todos.

—Jordan, llegaremos en menos de una hora al castillo —le señaló Nicholas el horizonte donde ya se perfilaban los torreones.

—Me daré un baño en el lago y os alcanzaré —insistió, aunque trató de

simular su desesperación.

—Pero...

—Déjame que le eche un vistazo al vendaje —se interpuso Erick con su caballo, tomando su brazo con gran interés—. Recuerda que hay quien te espera en el castillo, y no me refiero a Gabrielle —le susurró repentinamente de modo casi imperceptible—. Trata de no mojarlo excesivamente —alzó su voz con sorprendente normalidad—. Y en cuanto llegues, que te revise mi padre. Es necesario.

—Descuidad, Alteza —titubeó levemente, contestando con aquello a todas sus indicaciones.

—¿Vamos, Nicholas? —trató de instarlo Erick a continuar—. Yo si quiero un buen baño caliente.

Nicholas le lanzó una última mirada de recelosa a Jordan antes de emprender la marcha.

Solo cuando quedó del séquito el polvo que habían levantado del camino, Jordan se atrevió a moverse. Descabalgó asegurando las riendas de Drakhon en aquel árbol tras el que se escondiera Agatha a observarlo y se sentó apoyándose en su tronco, revoloteando sin parar las palabras que le acababa de decir Erick. Ya no había duda, al menos él y Trystan, al igual que Gabrielle, sabían de su amor por Agatha y, por consiguiente, no era de extrañar que también lo supieran Gladys y Claire. ¿Es que el bendito castillo al completo estaba enterado de todo? Todos excepto Nicholas, quien en realidad era el más interesado. Sin embargo, otra duda lo asaltó, una más intrigante todavía si aquello era posible ¿Por qué no lo habían acusado frente a él? ¿Sería que con su silencio querían convertirse en cómplices de aquel amor prohibido?

Por primera vez desde que conoció a Agatha, un atisbo de esperanza flotó frente a él, pero temió estirar la mano por miedo a que se desvaneciera y un frío extraño recorrió sus huesos a pesar de la tarde veraniega. Nicholas tenía la última palabra y esa era la que más temía.

## Capítulo 31

Fue al cruzar la muralla cuando Nicholas por fin se sintió libre. Todo había acabado.

Recorrieron la vía principal que llevaba al castillo mientras los habitantes de las casas se agolpaban en las puertas y ventanas, incluso salían a la calle para recibir con voces de alegría a sus héroes. Continuaron avanzando hasta la gran escalinata de la entrada, y también salieron a su encuentro todos los habitantes del castillo y muchos ciudadanos ya estaban allí, reunidos en la plaza, aguardando su regreso, vitoreando y festejando su llegada. Aquello le hizo suponer, no sin cierto alivio, que las cosas en el castillo habían seguido con normalidad, incluso Gabrielle debía estar bien, si no, el ánimo del pueblo no estaría tan exaltado.

Llegando ya a la escalinata, divisó en lo alto a Agatha, sus tíos, a Richard, Claire e Ylva. Estas últimas ya bajaban con premura y cierta temeridad los escalones, y apenas habían descabalgado Erick y Zayev cuando ya las tenían en sus brazos dándoles un beso de bienvenida. Por el rabillo del ojo vio a Nigel tirando del brazo de Erin, que aguardaba al pie de la escalera con el resto de la servidumbre, y hacía lo propio. Pero no había rastro de Gabrielle. Nicholas empezaba a sentir una punzada en el pecho y un gran vacío en sus brazos subiendo aquellos peldaños cuando Agatha acudió a su encuentro a llenarlo.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntaba desde lo alto Trystan.

—Muy bien —le respondió mientras mantenía a su hermana abrazada—. Hemos contado con el beneplácito de los Dioses y no ha habido ninguna pérdida. Solo algunos heridos que se han ido recuperando por el camino.

—El único es Jordan, padre. Deberías revisarlo —agregó Erick.

Y Nicholas sintió el hasta ahora laxo cuerpo de Agatha, tensarse entre sus manos como la cuerda de un arco.

—¿Dónde está Jordan? —preguntó con el rostro crispado y tal vez demasiado énfasis, soltándose de su hermano y descendiendo la escalinata a la carrera.

—Quería darse un baño y se ha detenido en un lago, el que está al lado del viejo roble —le explicó Erick, sorprendido por su reacción tan poco discreta. Aunque más se sorprendió cuando le arrebató las riendas de su caballo y, como experimentada amazona que era, lo montó con un movimiento ágil y se abrió paso entre el gentío.

Nicholas observó con estupefacción cómo se dirigía hacia la muralla, cabalgando como si el Señor del Inframundo la persiguiera, pero que se tornó en confusión al reparar en los rostros de su familia que era el único asombrado. ¿Qué estaba pasando allí? Y aunque la necesidad de averiguarlo era imperiosa, más lo era saber dónde estaba su esposa.

—¿Y Gabrielle? —preguntó a su tío con cierta preocupación—. ¿Sigue enferma?

—He querido que repose, eso es todo —lo tranquilizó.

Y ya no esperó ninguna explicación más. Corrió hacia su habitación deseando llenar ese vacío que aún ahondaba en su pecho cuanto antes.

Al abrir la puerta la encontró arrodillada sobre la cama, mirando hacia la puerta con una gran sonrisa floreciendo en su cara y la mirada brillante. El negro de su pelo caía libre sobre su cuerpo, contrastando con la blancura de su camisón, tan hermosa que sintió que el aliento abandonaba sus pulmones. La vio correr con los brazos extendidos, lanzándose a su pecho y sus labios, recibéndola él más que gustoso. Si era posible que un simple mortal disfrutara de las bendiciones del Kratvah, ese era el momento, estrechando a Gabrielle con fuerza y besándola como si el mundo fuera a desaparecer.

—Me ha dicho Trystan que necesitas reposo —caminó hacia la cama sin apenas separarse de ella, tomando su cintura con ambas manos y

obligándola a andar de espaldas—. ¿Estás bien? —le preguntó mientras la instaba a sentarse.

—Estamos bien —se recostó ella contra el cabezal.

—¿Seguro? —insistió él sentándose frente a ella.

Gabrielle se limitó a asentir con mirada risueña y Nicholas suspiró aliviado. Sonriendo, tomó una de sus finas manos y la llevó a su mejilla, queriendo sentir su tacto, cuando su sonrisa se congeló.

—Gabrielle —tragó saliva vacilante—. ¿Has dicho estamos?

Entonces Gabrielle, mordiendo su labio, liberó su mano de su rostro tomando la de él y la llevó a su vientre.

—Majestad, os presento a vuestro hijo —la escuchó murmurar, y Nicholas creyó que moriría en ese mismo instante. Observó su mano sobre su cuerpo y una corriente de energía lo traspasó... su hijo...

No fue capaz de hablar, solo de rodear entre sus brazos la cintura de su amada esposa, apoyando la cabeza sobre su abdomen. Hundido su rostro en aquel camisón blanco, el Rey Nicholas lloró mientras su corazón de hombre palpitaba desbocado, henchido de felicidad y dicha.

—Nicholas... —musitó ella emocionada acariciando su cabello.

—¿Estás segura, Gabrielle? —alzó él su rostro humedecido por las lágrimas.

—Tu tío así lo afirma. Ya tuve mi primera falta y, aunque un poco pronto, ya empecé con los síntomas —se sonrojó.

—¿Síntomas? —se preocupó él—. ¿Te sientes bien?

—Náuseas matutinas, nada más —le explicó limpiando con ternura los surcos de sus mejillas—. La mañana después de dejar el campamento me sentí indispuesta y Trystan creyó que sería el cansancio, aunque el resto del día sentí un apetito feroz. Al tercer día, ya no tuvo duda alguna —emitió una tímida risita—. ¿Estás contento?

—Gabrielle, la palabra “contento” no creo que se acerque ni lo más mínimo al estado de euforia en el que me hallo —apoyó de nuevo su cabeza en su regazo, abrazándola—. Me asomaría por la ventana dando gritos pero temo que me tomen por loco y me obliguen a abdicar.

Gabrielle rio y continuó acariciando las suaves y largas ondas de su cabello.

—Espero que sea un varón, tu heredero —deseó ella.

—No me importa, con tal de que se parezca a ti y esté sano...



Y como si el cuerpo de su esposa quemase, se apartó de ella arrodillándose a su lado.

—¿Te estoy apretando demasiado? —preguntó alarmado—. ¿Te hago daño?

—No seas tonto —se rio ella—. Soy una mujer embarazada, no una figurita de cristal.

Nicholas volvió a acercarse y la tomó apoyándola en su regazo, estrechándola.

—Aún me pregunto qué de bueno he hecho en mi vida para que el Todopoderoso Bhut me haya obsequiado de esta manera —susurró sobre su cabello—. Te amo, Gabrielle —bajó su rostro buscando los labios de su esposa para besarla con ternura.

—Bienvenido —musitó ella.

—Sí, ya estoy en casa, todos hemos vuelto a casa.

Gabrielle respiró aliviada contra su pecho, sabiendo cuánto significaba aquello para él.

—Hirieron a Jordan —le escuchó decir de súbito, alzando ella su rostro angustiada—. Solo un corte en el brazo que Erick suturó con bastante éxito —la tranquilizó—. Tuvo fiebre unos días pero ya está repuesto. De hecho, se ha detenido a darse un baño en un lago, lo que me recuerda algo que ha sucedido a nuestra llegada.

—¿Qué? —preguntó extrañada separándose de él.

—Agatha se ha alarmado mucho al enterarse de que estaba herido. Le ha robado, literalmente, el caballo a Erick en cuanto le ha dicho dónde estaba.

Escudriñó en el rostro de Gabrielle en busca de una respuesta y la obtuvo al ver cómo se mordía el labio con culpabilidad.

—¿Qué me ocultas? —inquirió con seriedad—. Más bien, ¿qué me ocultáis todos?

Gabrielle estudió las facciones de su esposo. No estaba enojado, ni siquiera molesto, solo quería una respuesta, y por la calma de sus facciones concluyó que, ciertamente, no la necesitaba.

—En realidad, ya sabes lo que ocurre, ¿verdad? —aventuró vacilante.

Nicholas suspiró profundamente.

—¿Desde cuándo? —indagó él.

—Desde la primera vez que se vieron, aunque ninguno lo admitió frente al otro hasta el día en que invitaste a Jordan a compartir con nosotros la mesa

—le explicó cuidadosamente—. Jordan ha luchado de todas las formas posibles contra ese sentimiento sin conseguirlo —quiso disculparlo.

—Por esa razón se marchó a Asbath tan repentinamente —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Y por eso mismo, tu hermana...

—Enfermó —concluyó él por ella.

Nicholas exhaló sonoramente por la nariz con pura exasperación y Gabrielle aguantó la respiración temerosa.

—¿Y era necesario pasar por todo eso en lugar de hablar conmigo? —inquirió él de repente, sorprendiéndola—. ¿A qué esperaban para decírmelo?

—Bueno... —titubeó Gabrielle desconcertada por su reacción—. Según me ha contado Agatha, consiguieron hablar un momento antes de que partierais hacia Adamón y tomaron la decisión de decírtelo. Imagino que Jordan consideró que los momentos previos a una batalla no eran la mejor ocasión para plantear una cuestión así.

—Pero en el viaje de vuelta...

Nicholas guardó silencio un momento y comprendió. Su mutismo, su semblante intranquilo, aquella parada tan inusitada en el lago... Muestras más que fehacientes de su propia lucha interna.

—Nicholas —titubeó ella insegura—. Dime, ¿lo desapruebas?

—Mi señora, me sorprende sobremanera que aún no conozcáis a vuestro esposo lo suficiente como para dudar —bromeó y Gabrielle se abrazó a él hundiendo su rostro en su pecho.

—Disculpadme, mi señor —respondió ella emocionada—. Solo puedo alegar en mi defensa que con cada día que pasa descubro que sois mucho más maravilloso de lo que creía el día anterior.

Nicholas la rodeó con sus brazos sonriendo.

—Gabrielle, tengo mil razones para aceptarlo y ninguna para oponerme —le dijo—. La deuda de gratitud que tengo para con él es impagable; no solo salvó mi vida, sino también la tuya y la de nuestro hijo —susurró con ternura mientras acariciaba su vientre—. Podría darle mi Reino entero si me lo pidiera, mas, por encima de todo eso, está el hecho de que lo aprecio sinceramente y lo admiro. Es un hombre leal y honorable, fiel y de buenos principios y de una resolución y agudeza inestimables. Además, creo que es el único que podría dominar la naturaleza intempestiva de mi hermana

—agregó con un deje de diversión.

Gabrielle rio ante su comentario aunque, alzó su rostro y lo miró con seriedad.

—Pero Nicholas, Jordan no pertenece a la realeza, ni siquiera es un noble —alegó entristecida.

—Nadie dijo que su unión fuera fácil —acarició su mejilla—, pero si eso es lo que quieren, así será. Si la felicidad de ambos depende de mí, no seré yo quien les prive de ella.

De súbito, Gabrielle soltó una risita y se abalanzó sobre él, haciéndole caer de espaldas en el lecho mientras depositaba numerosos besos por toda su cara, provocando su risa. Mas, del mismo modo repentino que había comenzado aquella lluvia de besos, cesó. Gabrielle separó su rostro de él y, en ese mismo instante, Nicholas se vio atrapado por los bellos ojos de su esposa que lo miraban como nunca lo habían hecho hasta entonces. La plata de sus pupilas le resultó indescifrable y enigmática, reflejando toda la profundidad de los sentimientos que rebosaban en ellos. ¿Amor, pasión, admiración? Esas palabras no significaban nada comparadas con aquel halo que emanaban sus ojos y que lo ligaban a ella irremediamente. Quedó devastado, indefenso ante ella y sin aliento cuando ella hizo descender sus labios para tomar los suyos. Gabrielle siempre dejaba su espíritu cándido a un lado a la hora de amarlo dando paso a una mujer impetuosa, repleta de anhelos, aunque había mucho más en aquellos labios. Jamás creyó Nicholas que se pudiera dar y recibir tanto en solo un beso. Su aliento cálido y lleno de vida le entregaba la esencia de su alma y la caricia de su boca le ofrecía el sabor de su elixir, intoxicándolo, impregnando hasta la última gota de la sangre que corría por sus venas.

Respondió a su beso tembloroso, aturdido por aquella intensidad desbordante. Pasaron por su mente muchos motivos para detenerla; el polvo del camino aún pegado a sus ropas, la precaución por su embarazo... pero se diluyeron todos y cada uno de ellos cuando sus labios viajaron por su mentón hasta su cuello hundiéndose en su piel de forma exquisita.

—Gabrielle... —escapó su nombre de sus labios como un susurro, abandonándolo la cordura y el control de sus sentidos.

—¿Sí, mi señor? —musitó ella con una sensualidad exultante besando la sensible piel de detrás de su oído, donde golpeaba su pulso acelerado.

Y Nicholas creyó desfallecer. No habría podido, aunque lo hubiera

intentado, resistirse al delicioso tacto de sus manos, a la calidez de sus labios estremeciendo cada una de las fibras de su cuerpo, a la caricia de su piel contra la suya, y cuando Gabrielle comenzó a despojarlo de sus ropas no movió ni uno solo de sus músculos para detenerla. Se maravilló de su desenvoltura, algo más bien lejos de importunarle. ¿Podía culpar a su mujer de necesitarle cuando él estaba hambriento de ella?

Nicholas permitió que lo liberara de toda su ropa para, finalmente, hacer él lo mismo con su camisón. La tumbó a su lado y la acarició con sus ojos y sus manos, venerando aquel templo de vida en el que se había convertido su cuerpo. En su vientre aún no se apreciaba su estado, pero sí en su piel sonrosada y brillante, en la que dibujó líneas vibrantes con sus dedos, o en la sensibilidad de sus pechos que se mostraban más que receptivos ante el roce de sus labios. Hizo descender su mano más allá y Gabrielle tomó su rostro entre sus manos para besarlo con fervor conforme Nicholas hundía sus dedos en la tersura de su feminidad, inhalando ella su gemido ahogado al deslizarse por su humedad. La voluptuosidad de su esposa lo hizo arder y sus ansias de él casi lo llevan al borde del abismo. Se sumergió en el cálido abrigo de su cuerpo con lentitud y suma delicadeza y aquello los estremeció a ambos aún más.

Sus cuerpos conectaron al instante, anhelando cada mitad encontrarse con la otra y sintiéndose completos finalmente. Sus movimientos, sus alientos y sus latidos se unieron en perfecta armonía, en perfecta conjunción... Al fin y al cabo, eran un único ser.

Se fundieron, se sintieron y se amaron el uno al otro como nunca antes lo habían hecho y su clímax los golpeó alcanzando un nivel supremo al que no habían osado aspirar jamás. Languidecieron suavemente abrazados, entregados a las sensaciones que los recorrían por entero y juntos irían al encuentro del letargo del atardecer.

§ ~ \* ~ §

—Así que apenas recuerda nada —alegó Erick meditabundo.

—Es un gran alivio —agregó Ylva que se sentaba frente a él y Claire.

—Yo me atrevería a decir que ha sido su salvación —replicó Richard.

Trystan asintió ante la mirada extrañada de su hijo.

—Aunque reticente, me sentí en la obligación de narrarle todo lo

sucedido, aún sabiendo cuánto podría afectarle, pues creo que no la estaríamos protegiendo manteniéndola engañada —admitió—. Sin embargo, su reacción era como la de alguien a la que le estás narrando la vida de otra persona. No recordaba casi nada, leves atisbos y que no sabría discernir si eran la realidad o producto de su mente turbada así que, aunque creyó mis palabras, le resultaban del todo ajenas.

—Y esa sustancia... —titubeó Claire—. ¿No le habrá afectado al bebé?

—De haber sido así, ya se habría malogrado y lo habría perdido. Pero Vetsa, Madre de los Dioses, debe haberla bendecido pues su preñez sigue su curso —le aclaró Trystan—. Aunque yo haya insistido para que repose estos días, ella se encuentra perfectamente, dentro de lo común en su estado claro está, así que su hijo está sano —le sonrió tranquilizándola.

—Con permiso —escucharon a Ivette en la entrada del comedor.

—¿Sí, Ivette? —le indicó Gladys que pasara.

—Alteza, vuestro baño está casi listo —le informó a Erick—. Y, Princesa Ylva —se dirigió ahora a ella—, el Príncipe Zayev me ha pedido que os mande a llamar.

—Gracias —asintió ella un poco cohibida.

Se incorporó a la vez que Claire y Erick para encaminarse a las habitaciones y en uno de los corredores se separó de ellos para dirigirse a la recámara de Zayev.

Tras un momento de duda, llamó a la puerta y, desde el interior, escuchó su voz invitándola a entrar.

Cuando lo hizo, Zayev salía del cuarto de aseo habiendo sustituido sus ropas por otras limpias y secándose su larga melena con un mullido paño. La miró sonriente y ella se sintió estremecer ante su imagen. Muchos pensarían que lo que bien parecía un rasgo propio de una mujer podría restarle hombría, pero su espeso y largo cabello negro resaltaba su masculinidad de modo casi salvaje. A pesar de las sales de baño, su aroma personal impregnaba la atmósfera de la estancia, a hierba humedecida por las lluvias de otoño y a especias, las que aromatizaban el aire de su tierra, los Territorios Gealach, e Ylva aspiró llenándose de él. Con toda la naturalidad del mundo, Zayev se dirigió hacia la cómoda, dejando el paño en el respaldo de la silla y sentándose frente al espejo. Luego, tomó un peine de concha y, buscando la mirada de Ylva en el reflejo, se lo alargó.

—¿Qué sucede? —preguntó él en vista de su quietud.

—No creo que sea apropiado —vaciló ella.

—¿Que peines mi cabello? —la miró ceñudo.

—Y que esté aquí, en tus aposentos —agregó.

—Ambas son cosas que has hecho centenares de veces antes —dejó él el peine sobre la cómoda con un mohín, girándose hacia ella.

—Creo... que la situación ha cambiado —titubeó ella.

—No entiendo en qué —discrepó él—. Siempre te he respetado y no veo motivo alguno para no seguir haciéndolo ahora —sentenció.

Volvió a girarse hacia el espejo y cogió el peine con disgusto, hundiéndolo en su melena, pero no empezaba aún con su tarea cuando notó los dedos de Ylva tomando su lugar. Comenzó a deslizarlo con delicadeza, mechón a mechón, como siempre hacía, mientras Zayev estudiaba su expresión desde su imagen. Le resultaba indescifrable. No podía afirmar con seguridad si estaba molesta, preocupada o incluso afligida, aunque tampoco parecía que tuviera mucha intención de explicárselo. Su silencio le intrigó, pero no quería forzarla a hablar, así que decidió narrarle su parte de la aventura en aquella batalla, como acostumbraba a hacer.

Estaba rememorando en voz alta la eterna discusión que había mantenido con Erick a lo largo del viaje de vuelta sobre quién había matado a más hombres cuando notó un tirón en su cabello. Zayev trató de recordar cuántas veces había hecho eso Ylva y llegó a la conclusión de que era la primera.

—Perdón —se apresuró a disculparse ella.

—¿Te molesta que te lo cuente? —supuso él tratando de buscar una excusa a su inquietud.

Ella negó con la cabeza pero su semblante seguía apagado. Zayev se mantuvo en silencio, a la espera, sabiendo que no tardaría en explotar, y así fue; vio la señal cuando ella soltó su cabello.

—Me resulta de lo más veleidoso por tu parte que te regodees en tus bravuconadas cuando yo... —y se calló apretando los labios.

—Hasta ahora nunca te habían molestado mis bravuconadas, como tú las llamas —se extrañó él.

—Sí, hasta ahora —musitó ella retomando su labor con expresión sombría.

Zayev guardó silencio tratando de asimilar la situación, que parecía escapársele de las manos. ¿En qué maldito momento habían cambiado las

cosas entre ellos? El hecho de que se amaran no significaba que las bases de su relación tuvieran que olvidarse. Habían sido amigos, desde niños, compartiendo, viviendo miles de situaciones que les habían llevado hasta donde estaban ahora ¿Había que dejarlo todo simplemente atrás?

Estudió su reflejo, su semblante absorto, enredándose sus dedos en su cabello, con suavidad y sumo cuidado... con dedicación, más bien, como uno trataría siempre al ser amado. Sin saber muy bien por qué ni de donde salió, se coló en su mente la imagen de Ylva hilando entre sus dedos el cabello de otro hombre y aquello lo golpeó oprimiéndole, sintiendo como si una violenta sensación de posesión le apuñalara, y comprendió.

Por supuesto que habían cambiado las cosas. Él jamás podría soportar perderla, saberla ajena, de otro hombre que no fuera él, y ella había estado días enteros conviviendo con el terror de perderlo en aquella batalla. Quizás siempre había sentido miedo por él, por su temeridad, pero nunca se habría sentido con derecho como para reprochárselo... hasta ahora.

Volvió a observarla por los ojos del espejo y tragó saliva.

—Creo que nunca te lo he dicho pero me encanta la forma en que peinas mi cabello —le dijo de súbito, mostrándose ella sorprendida—. Aún después de tantos años, yo no consigo más que darme tirones.

—Bastaría con que lo hicieras con más cuidado —logró decir.

—Tal vez soy brusco por naturaleza —se lamentó él.

—Eso no es verdad —musitó ella por lo bajo, concentrada en el último mechón de cabello que resultaba de lo más interesante.

—En cualquier caso, necesito una solución —prosiguió él encogiéndose de hombros—. A lo mejor debería cortarlo.

—No —exclamó ella con, quizás, demasiado ímpetu, bajando rápidamente su rostro de nuevo.

—Bien —sonrió él para sus adentros—. Si no es una solución factible, se me ocurre otra alternativa.

—¿Cuál? —le cuestionó sin saber muy bien a dónde llevaba aquella conversación.

—Que siempre lo hagas tú —se levantó volteándose, quitándole el peine de las manos para dejarlo en la cómoda.

—Eso será un poco difícil, ¿no crees? —se rio ella con nerviosismo—. Te saldrán piojos si tienes que esperar hasta que pueda hacerlo.

—No, si nunca te separas de mí —susurró con voz grave.

Ylva entreabrió los labios dispuesta a decir algo pero no se escuchó nada, ni siquiera su respiración.

—¿Deberé decir todas y cada una de las palabras para que me entiendas? —le sonrió Zayev—. Está bien. Que conste que no lo tenía preparado pero, allá vamos.

—¿Qué haces? —comenzó ella a reír de nuevo al ver cómo Zayev se arrodillaba frente a ella.

—Un poco de seriedad, mi amor —bromeó él—. Estoy intentando hacer esto como es debido.

—Lo siento —se disculpó ella, reprimiendo una risita.

Zayev cogió una de sus manos entre las suyas y cerró los ojos un segundo, tomando aire. La atmósfera distendida se tornó seria al volver a abrirlos, e Ylva le sostenía la mirada expectante.

—Ylva, sé que nunca podré encontrar a una mujer a la que amar como a ti y nadie me amará como lo haces tú. Estando contigo comprendo al fin lo que es sentirse completo, he hallado en ti a mi compañera, quien me complementa, y no concibo mis días sin ti. Por eso y por mil motivos más, me atrevo a preguntarte si me concedes el honor y la dicha de convertirme en tu esposo.

Ylva cayó sobre sus rodillas y, liberando su mano de entre las suyas, tomó su rostro y lo besó. Zayev reaccionó de inmediato rodeando su cintura con sus brazos y respondiendo a su beso con vehemencia. Se alimentó de sus labios con ansias, bebiendo de ellos la respuesta que le estaba dando, ya no con su voz pero sí con su boca.

—¿Significa eso que sí? —quiso escucharlo de cualquier modo.

—Sí, sí, sí —dijo una y otra vez mientras seguía depositando decenas de besos en su rostro.

De pronto, Zayev se separó un poco de ella y se quitó su anillo, un sello de platino con diminutos zafiros engarzados delineando la letra Z, tras lo que tomó su mano izquierda. A pesar de llevarlo él en el meñique lo deslizó en su fino dedo corazón acoplándolo a la perfección.

—No es propiamente un anillo de compromiso pero hará bien su labor hasta que pueda mandar a forjar otro más apropiado cuando lleguemos a casa —le sonrió.

—Hazlo si quieres pero este ya se queda conmigo —se llevó las manos a su pecho sonriéndole—. Este es mi anillo de compromiso y dejaría de ser tu



prometida si me lo quitaras.

—Entonces gustoso lo doy por perdido —acarició su mejilla—. Lo mire por donde lo mire, yo salgo ganando —susurró inclinándose sobre ella, sellando con otro largo beso su unión—. Quiero que nos casemos cuanto antes —musitó sin aliento, aún arrodillados uno frente al otro.

—Zayev, yo quisiera que mi padre se recobrara del todo antes —repuso ella—. Sabes que por eso no acudimos a la boda de Nicholas y Gabrielle. No debe experimentar grandes emociones, ni fatigarse, a pesar de que se empeñe en viajar hasta tu castillo cada vez que lo asalta el aburrimiento.

—No creo que le dañe nuestra boda —discrepó él—. Más bien, le hará feliz. Además me parece que está muy recuperado y...

—No tengo preparado mi ajuar —alegó ella cabizbaja.

—Yo pensé que lo tenías listo hace años —la miró él extrañado—. Es la costumbre desde la Época de los Antiguos. Toda doncella Gealach en edad casadera...

—Pensé que nunca sería una doncella casadera —continuó sin alzar su rostro.

—¿Creíste que no encontrarías un marido? ¿Que nadie querría desposarte? —seguía sin comprender.

—Creí que el hombre que yo amaba no querría desposarme, nunca —afirmó con convicción.

Zayev la miró atónito con el corazón dándole un vuelco.

Desde ahí había empezado su amor por él, desde que lo había visto como a un hombre y, a pesar de no vislumbrar esperanza alguna, se había mantenido firme y fiel a él. Y sin embargo, él nunca la había visto como a una mujer hasta tan solo unos días atrás. Qué necio había sido, cuánto tiempo habían perdido por su estúpida ceguera.

Tomó su barbilla, alzando su rostro y fijó sus ojos en los suyos.

—Ese hombre es un cretino —le susurró mientras sus ojos suplicantes se fundían en los de él.

Lo miraba con un amor y una devoción infinitos y Zayev bendijo su suerte por haber ella esperado por él. Se inclinó sobre ella y posó sus labios sobre los suyos con suavidad y ternura. Quería contagiarla de su amor por ella, conmoverla, hacerla estremecer; tenía que compensarla por aquellos absurdos años de espera.

—Quiero desposarte, Ylva —respiró en su boca—. Y te aconsejo que

empieces con tu ajuar lo antes posible o deshonraré todas nuestras costumbres y tradiciones —sentenció antes de volver a cubrir sus labios con los suyos con mucho más ardor ahora.

Por primera vez en su vida, Zayev vio con disgusto el tan arraigado legado de los Territorios Gealach. Con gran placer lo haría desaparecer.

§ ~ \* ~ §

—Gracias —despidió Claire a la última doncella que se retiraba tras terminar de llenar la tina, cerrando la puerta de la recámara.

Al entrar en el cuarto de baño vio que Erick extendía sus brazos en cruz con declarada intención.

—¿Es que de pequeño no te enseñaron a bañarte solo? —lo provocó ella suponiendo que esperaba que lo ayudara a desvestirse y comenzó a caminar despacio hacia él.

—Por supuesto que sé bañarme solo —le respondió trazándose en sus labios esa media sonrisa que a Claire le hacía temblar—. El punto, esposa mía, es que no “quiero” hacerlo solo —y Claire se sintió enrojecer profundamente.

—Ya tomé un baño esta mañana —puso como excusa, aunque el temblor de su voz la delataba.

—Seguro que no te importará volver a hacerlo para complacerme, ¿verdad? —le guiñó el ojo travieso.

—¡Erick! —exclamó ella con falso reproche conforme él empezaba a deshacer los lazos de su vestido.

Entonces se detuvo y tomó su barbilla, obligándola a mirarle.

—Quiero sentirte, Claire —musitó con ojos anhelantes y ella le respondió rodeando su cuello con sus brazos y lanzándose a sus labios, haciéndole partícipe de sus propios deseos—. Se enfriará el agua —le susurró él retomando de nuevo su tarea de desnudarla.

Pronto sus ropas quedaron olvidadas en el suelo hechas un ovillo y se sumergieron en la calidez del agua. La redondez de la gran tina los albergó con sobrado espacio, sentándose Erick contra la madera y apoyando la espalda de Claire en su pecho.

—Te he extrañado tanto —suspiró rodeándola con sus brazos.

—No puedo creer que ya hayas vuelto —se recostó aún más en su

regazo.

—¿Dudabas de mi palabra? —bromeó él.

—No puedes reprocharme que estuviera preocupada —se excusó ella.

—Claro que no —admitió él—. Pero ya ha acabado todo —susurró besando su cabello.

—Y de forma feliz —agregó Claire.

—Y tan feliz —sonrió él—. Aún no puedo creer que Gabrielle esté esperando un hijo.

—Tu padre se sorprendería al comprobar la poca credibilidad que das a su experiencia —se mofó ella.

—Es solo una forma de hablar —bromeó justificándose—. Mi primo debe estar loco de alegría en estos momentos —suspiró.

—Me parece entrever un deje de envidia en vuestras palabras, Alteza —se rio ella.

—Y de la peor, querida Princesa —respondió con exagerado tono—. Que los Dioses me perdonen pero desearía estar en su piel en este instante.

Claire continuó riendo, hasta que se percató de que ella era la única que lo hacía. Erick no reía, había hundido su rostro en su pelo con un pesaroso suspiro mientras posaba su mano en su abdomen. Notó que volvía a tomar aire con intención de hablar y Claire contuvo la respiración.

—Creo que no habría visión más maravillosa que la de tu vientre abultado acogiendo a nuestro hijo —le escuchó murmurar lleno de dulzura.

Claire giró su rostro para ver el suyo y se encontró con su mirada llena de anhelo.

—Erick... —susurró ella enternecida.

—Dame un hijo, Claire —musitó, con sus palabras a modo de plegaria—. Un varón, de cabellos y ojos oscuros, que me desvele con sus travesuras y su afán de peligros, o una niña de piel pálida y mejillas sonrosadas, que ponga siempre en tela de juicio mis opiniones y luche por hacer valer las tuyas —tomó su mejilla inclinándose sobre ella—. Dame un hijo, Claire, y me harás el hombre más feliz de este mundo.

Claire consumió el poco espacio que quedaba entre ellos como respuesta y Erick se apoderó de sus labios besándola con desenfreno, sosteniendo su rostro. Sin querer separarse de él, Claire giró su cuerpo y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, enfrentándolo y Erick afirmó su cintura entre sus brazos acercándola a él, llevando ella sus manos a su nuca, mientras

sus bocas continuaban con aquella sinuosa danza.

La proximidad de sus cuerpos desnudos, la añoranza de su piel después de su ausencia y la necesidad de fundirse uno en el otro pronto hizo arder las chispas de la pasión. Erick deslizó su boca hacia su cuello dejando senderos de fuego a su paso y Claire dejó caer su cabeza hacia atrás enajenada por la ardiente sensación, jadeando con anticipación conforme Erick iba descendiendo hacia sus senos. Gimió hundiendo sus dedos en su cabello cobrizo cuando por fin alcanzó su cúspide, besándola, acariciándola de forma tortuosa con sus labios y su lengua, recreándose él en su dureza.

La urgencia de sentirlo en ella empezó a oprimirle el vientre de forma implacable mientras Erick seguía deleitándose en la suavidad de sus pechos, habiendo abandonado uno de ellos para refugiarse en el otro, martirizándola. Claire notó como sus manos abandonaban su cintura para presionar la parte baja de su espalda, entrando en contacto sus intimidades, que gemían con aquel simple roce, ávidas, necesitadas la una de la otra.

Ella misma fue la que puso fin al tormento incapaz soportar un segundo más aquel fuego que derretía sus entrañas. Alzó sus caderas y lo tomó dentro de ella, lanzando Erick un gemido gutural contra su pecho con su inesperado impulso. Aferró sus manos a sus caderas acompañando los movimientos de Claire que lo sumían en el delirio, recorriéndolo con la calidez de su cuerpo.

La forma en que sus cuerpos conectaron los traspasó. Decir que nunca habían sentido su unión tan viva como en ese instante era un soez eufemismo. Claire sintió cada poro de su piel reaccionar ante la piel de Erick, encadenándose, formando vínculos de esencia y sangre con la suya y cada una de las células del cuerpo de Erick buscaba su gemela en el de Claire, fusionándose en perfecta armonía. Cada uno de sus movimientos combustionaba más aquellos lazos, fundiéndolos en una indestructible aleación, elevándose a lo sublime cuando su éxtasis los envolvió lanzándolos a los confines del universo, derramándose Erick en su interior y recibiendo ella su semilla.

Hay quien dice que una mujer sabe cuándo sucede, el preciso momento en el que concibe...

...y Claire lo supo.

## Capítulo 32

Descabalgando al pie de aquel árbol, Agatha vislumbró a lo lejos el cuerpo sumergido hasta la cintura de Jordan que se hallaba de espaldas a ella. Se habría detenido a recrearse y recordar aquella vez que lo espiara en esa misma situación, tras ese árbol, pero la exasperación la superaba. Sin tiempo que perder, aseguró el caballo de Erick a una rama cerca de Drakhon y se quitó el vestido, quedando cubierta únicamente por la larga enagua. Fue al entrar en el lago y comenzar a caminar hacia él cuando Jordan se giró, alertado por el chapoteo del agua. Sorprendido en un primer momento, finalmente fue a su encuentro sonriente y ya iba a alcanzarla para rodearla entre sus brazos cuando ella empuñó sus manos y empezó a golpear su pecho, arrebatada, maldiciendo entre dientes. Jordan no forcejeó con ella, simplemente tomó sus muñecas y la atrajo hasta él, capturando sus labios y besándola con insistencia. Cuando notó sus músculos distenderse, las soltó y sintió las manos de Agatha viajar hasta su cabello, encerrando entonces su cintura entre sus dedos, aferrándola e intensificando su beso y correspondiendo ella con el mismo fervor.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó apartándose de ella, casi sin aliento.

—Eso es lo que debería preguntarte yo —le reprochó indignada—. ¿Sabes la angustia que he sentido al no verte llegar con los demás y enterarme de que estabas herido? —señaló su brazo vendado.

—Un simple corte no iba a ser un impedimento para cumplir con mi palabra —alegó con un deje de suficiencia.

—No has vuelto todavía por lo que veo —le increpó aún molesta.

—Discúlpame. Solo necesitaba un momento de reflexión —le explicó—. Pensar en cuál es la mejor forma de planteárselo a tu hermano.

—A estas alturas ya debe estar al tanto de todo —se encogió de hombros—. En cuanto he sabido dónde estabas, me he escapado de sus brazos para montar el primer caballo que he visto y venir aquí.

Jordan la observó sorprendido de forma casi reprobatoria.

—¿Qué pretendías que hiciera? —se justificó ella—, ¿que permaneciera de brazos cruzados a esperarte? En cualquier caso, imagino que con mi arrebató me he descubierto, así que, ya poco queda por hacer.

—Sí, pero que tu hermano lo sepa no hace que lo acepte —hizo un mohín.

—¿Acaso te estás acobardando? —lo acusó—. ¿Tienes miedo?

—Claro que no me estoy acobardando —se defendió—. Y por supuesto que tengo miedo —la tomó por los brazos—. Por todos los Dioses, Agatha, solo soy un hombre y la mera posibilidad de perderte me hiela la sangre.

Agatha lo miró durante un segundo y, de pronto, lo besó. Aferró sus manos a su nuca y quiso borrar con sus labios aquel miedo, tratando de convencerlo de ser absurdo.

—No vas a perderme —quiso reiterarle también con palabras.

—Tu hermano bien podría negarse.

—Y con ello me obligaría a abandonarle —lo atajó con firmeza—. No voy a separarme de ti, Jordan. Te seguiré a donde quiera que vayas.

—¿Vas a renunciar a todo por mí? —insistió en su alegato.

—De lo que sí estoy segura es de que no voy a renunciar a ti, Jordan —continuó sin dejarse llevar por su acérrima negación.

—Tendríamos que abandonar el Reino. Yo me uniría a cualquier ejército que aceptara mi espada, cobrando un mísero sueldo y tú...

—He dirigido un vasto castillo durante años. Creo que podría arreglármelas perfectamente para dirigir nuestro hogar, ¿no te parece? —alzó ella su barbilla.

—¿Y eso es lo que quieres? —inquirió secamente—. ¿Una vida llena de carencias y necesidades?

—No me importa dormir a la intemperie si voy poder refugiarme entre

tus brazos —espetó ella indignada—. ¿Cuántas veces he de repetirte que nada de lo que tengo me interesa si no te tengo a ti?

Jordan chasqueó la lengua contrariado sacudiendo la cabeza y Agatha sintió que el corazón se le encogía dolorosamente dentro del pecho.

—Leí tu carta —murmuró afligida—, la he leído una y otra vez. Y no debiste lanzar promesas fáciles de plasmar con la tinta de una pluma si luego no eres capaz de mantenerlas, de repetírmelas a viva voz.

—Quise entregarte el corazón con cada una de la palabras que escribí —respondió apretando las mandíbulas, herido por su acusación.

—¿Es eso lo que debo creer? —preguntó con profunda tristeza—. Te amo, Jordan, y lo único que deseo es estar contigo, pero ya no sé qué decir o hacer para que me creas —tomó aire en busca de aliento—. Y todo esto me hace pensar que eres tú quien no quiere compartir esa vida conmigo, eres tú quien no me quiere a mí.

—No te atrevas a dudar de mi amor por ti, Agatha —agarró su brazo viendo su intención de marcharse.

—Ya veo —bajó su rostro evitando mirarle—. Eres tú el único que tiene derecho a dudar, ¿no?

—No dudo —aseveró rotundamente —Es solo que yo... Agatha, tú eres la que más pierde con todo esto.

—Por supuesto —admitió derrotada—. Lo abandonaría todo para unir mi vida a un hombre que no me ama de verdad.

Jordan la atrajo hacia él casi con rudeza y la sujetó por los hombros.

—No vuelvas a decir eso —masculló entre dientes furibundo, mas toda su ira se diluyó ante la primera lágrima que rodó por la mejilla de Agatha—. No, te lo ruego —la llevó hasta su pecho rodeando sus hombros con sus brazos—. ¡Maldición! —blasfemó por su torpeza al ver su cuerpo sacudirse por los sollozos—. Por favor, Agatha, por favor —murmuró turbado—. Pídeme lo que quieras pero, te lo suplico, deja de llorar.

—Quiero que me digas de una vez por todas qué es lo que tú deseas, lo que tú quieres —le exigió con la voz tomada por la desesperación.

—Te quiero a ti, Agatha —la estrechó con más fuerza—. Lo que más deseo es convertirme en tu esposo, unirme a ti, en cuerpo y alma.

—Pues hazlo —separó su rostro humedecido de su pecho para desafiarlo con su mirada aún llorosa—. ¡Hazlo! ¡Ahora, maldita sea! —lo retó ahogando un sollozo—. Únete a mí en cuerpo y alma.

Jordan contuvo el aliento al escuchar sus palabras, tan inequívocas.

—No sabes lo que me estás pidiendo —enjugó con ternura sus lágrimas—, lo que me estás ofreciendo.

—Es todo lo que tengo —susurró como un lamento.

—Tú misma lo has dicho, es todo —suspiró él acariciando su rostro, emocionado por la fiereza del amor que aquella mujer le entregaba.

—Y es tuyo —añadió con un hilo de voz—. Tómalo.

Eso fue mucho más de lo que Jordan podía soportar. Cerró los ojos un largo segundo pero al abrirlos aquel resquemor seguía ahí. En la mirada húmeda de Agatha no había ni el más mínimo atisbo de duda o inseguridad, solo el anhelo de pertenecerle, de entregarle todo su ser, y que Kivhe lo confundiese si no era eso lo que él más ansiaba.

Sin soltar sus mejillas, atrajo su rostro al suyo con lentitud, sin separar sus ojos de los suyos y cuanto más se acercaban más se iluminaba el azul de sus pupilas. Una leve brizna lo separaban ya de sus labios cuando se detuvo a observarlos, rojos, deseables y entreabiertos para recibir los de él. Sí, los tomaría, porque eran suyos, así como lo sería ella. Y cuando por fin cubrió su boca con la suya supo que ardería en el infierno por su blasfemia, pero era preferible a salvar su alma y vivir la vida sin ella.

Mas, ¿qué importaba todo eso? Una vez lo hubo embriagado con su dulzor, el resto del universo dejó de tener sentido. Se dejó envolver por el calor que desprendía su piel, por su aroma que confundía todos sus sentidos y por el contacto de su cuerpo contra el suyo a través de aquella etérea prenda de lino. Y cuando ella hundió sus dedos en su espalda desnuda supo que ya no habría redención.

Sin alejarse de sus labios, la obligó a caminar hacia la orilla y la tumbó, recostándose él a su lado, quedando sus cuerpos sumergidos hasta la cintura debido a la pendiente de la ribera. Sin embargo, la superficie cristalina no ocultaba la visión de aquella prenda casi transparente abrazando cada una de sus perfectas curvas que formaban la figura de Agatha. Parecía una seductora divinidad emergiendo de las aguas, y la deseaba tanto que le dolía.

Hundió su mano bajo el lago hasta el borde de la enagua y la hizo resbalar por su piel, descubriéndola con lentitud. Arrugó el tejido al llegar a su cintura y con ambas manos lo deslizó por encima de su cabeza, alzando ella los brazos facilitando su labor. De la prenda mojada cayeron algunas gotas sobre su clavícula y la parte de su escote que comenzaron a resbalar



perezosas entre el valle de sus senos, descendiendo por su abdomen hasta fundirse con el lago. Jordan no pudo reprimir un gemido al observarlas, deseando unirse a ellas.

—Eres gloriosa, Agatha. Una diosa —le susurró recorriendo con sus dedos la curva de sus hombros hasta su cuello.

—Tu diosa —musitó ella con mirada cautivadora.

—Sí, mía... solamente mía —sonrió él complacido mientras alzaba su mano para acariciar sus labios. Agatha cerró los ojos ante su contacto, estremecida cuando fue sustituido por el calor de su boca. El fuego lento de su beso en forma de suaves caricias se tornó abrasador y exigente. Rozó con su lengua sus labios y ella los entreabrió gustosa de recibirle. Sintió como se deleitaba saboreando toda su boca, devorándola y ella disfrutó de su sabor masculino, tan varonil y embriagador.

Perdida en la sensación, apretó sus dedos contra su espalda, aferrándose a él, y el cuerpo de Jordan tembló por entero al sentir contra su pecho su desnudez. Liberó su boca para bajar hasta la curva de su cuello, dibujando cada una de las líneas de su contorno, descendiendo hasta el nacimiento de sus senos y esculpiendo su redondez hasta su cúspide, haciendo que Agatha se arquease contra él al coronarla con su lengua. Jordan gimió al notarla endurecerse entre sus labios, cómo se tensaba la sensible piel bajo su roce y los sensuales jadeos de Agatha embotaron su mente, enloqueciéndolo.

Su mano siguió modelando su cintura y su cadera, adentrándose en la superficie del lago. Alcanzó la parte interna de sus muslos y ella los separó levemente en una más que tentadora invitación, tentación que Jordan no pudo resistir. Sumergió sus dedos en su feminidad, mezclándose la humedad del agua con la de su intimidad de forma exquisita. Los pliegues de su carne fresca y trémula se abrían para él como una flor en primavera y Jordan ardía en el deseo de perderse en ella.

Mas no era él el único que se había perdido en los senderos de la pasión. Las manos de Agatha quemaban con las ansias de acariciarlo, de tocarlo, traspasando la lámina cristalina para buscar su masculinidad. A pesar de que el contacto fue por encima de su pantalón, todo el cuerpo de Jordan reaccionó, estremeciéndose con violencia. Agatha era más que una diosa, era una hechicera que lo amarraba a ella con sutil poder, sin posibilidad alguna de escapar de él, y pensó que estallaría de placer cuando sus dedos serpentearon por el interior de su prenda tomando entre ellos su inflamada

longitud.

—Agatha —murmuró sobre su pecho creyendo que no lo resistiría más.

—¿Te hago daño? ¿Te duele? —apartó la mano creyéndose culpable por su inexperiencia.

Jordan alzó su vista hasta su rostro aún confuso, y la miró. A pesar de su alarma, sus ojos refulgían con ardor y sus labios turgentes y enrojecidos eran el más infalible objeto de seducción. Era tan deliciosa...

—Jordan...

—Sí, me duele hasta el alma por no tenerte —le susurró con la mirada incendiada.

—Entonces, tómame —volvió a tentarlo con voz insinuante—. Hazme tuya.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, Princesa mía —musitó contra su cuello, besando su piel conforme se deshacía del molesto pantalón y se posicionó sobre ella con sus contorneadas piernas flanqueando sus caderas, dispuesta a recibirle.

Besó sus labios con fervor mientras tanteaba en busca de su entrada. A pesar del deseo urgente de hundirse en su cuerpo, avanzó lentamente de la forma más tortuosa posible para él pero, supuso sería la menos dolorosa para ella, queriendo que su estrechez se fuera acostumbrando a su invasión. Agatha gimió al sentir su carne penetrar en ella y aunque la sensación era muy placentera, sabía que debía haber más, eso no era suficiente en modo alguno. Notó cómo se detenía e imaginó que había topado con su barrera, confirmándolo él al inspirar hondamente en busca de aire y de sosiego. Tomó ella su rostro entre sus manos y lo miró. Sus facciones estaban endurecidas por la necesidad de control, de dominarse.

—Quiero que me lo entregues todo —musitó ella, fijando sus ojos en él para que advirtiera la seriedad de su petición—. No dejes nada por darme.

Jordan suspiró pesadamente, liberado.

—Así será —asintió con voz trémula y sus ojos aún más ennegrecidos por la pasión.

Con una última mirada de aceptación por parte de Agatha, Jordan traspasó con decisión su pureza, sumergiéndose por completo en las aguas de su intimidad. La punzada de dolor que notó Agatha, pronto quedó sustituida por la plenitud de sentirse llena de él.

—Por fin soy tuya —se escuchó a sí misma decirle mientras una

lágrima recorría su mejilla ante aquella nueva realidad.

—Y para siempre —susurró él, captando aquella gota entre sus dedos y llevándola a sus labios, saboreándola.

Agatha probó su propia sal cuando su boca poseyó la suya. Jordan la rodeó entre sus brazos y comenzó a moverse con lentitud en su interior, lanzándoles a ambos a una vorágine de sensaciones indescriptible. La forma en que encajaban sus cuerpos a la perfección era asombrosa y cada nueva caricia, cada toque, cada roce era una nueva senda que se abría ante ellos despertando hasta el último rincón de su ser. La calidez del lago que los bañaba se fundía con la que irradiaba su piel, las gotas que los cubrían uniéndose con su sudor, bailando el agua al mismo son que danzaban sus cuerpos. La Madre Naturaleza acogió su entrega como el más puro acto de amor y aquello no podía ser censurado bajo la mirada de los Hombres. A los ojos de Dioses ya eran uno, y nada ni nadie podría separarles.

Jordan deslizó sus manos bajo su espalda y acunó sus caderas, guiado por la necesidad de sentirla aún más, la necesidad urgente de fundirse en ella, entregarle todo lo que tenía, lo que era, aunque ya no quedase nada de él después de eso. Sin embargo, y para su dicha, no fue dar lo único que hizo. Respondiendo a su anhelo, Agatha lo rodeó completamente con sus brazos y sus piernas, moldeando la tensión de sus músculos con sus manos, dispuesta a que Jordan tomara todo lo que ella le ofrecía. En una acción tan desinteresada, donde su máximo afán era darse por entero el uno al otro, lo único que podían obtener era eso mismo, todo... Quedaron saciados de sus besos, sus caricias y su piel, llenos de su alma y su amor.

Y cuando Jordan empezó a sentir en su vientre la presión que anticipaba su inminente éxtasis, se negó a emprender ese viaje solo. Agatha lo acompañaría, como lo haría a partir de ese momento en todos los aspectos de su vida. Hizo resbalar una de sus manos entre sus cuerpos ligados, alcanzando con sus dedos su intimidad.

—Ven conmigo —susurró en su oído mientras acariciaba su centro ardiente.

Y tras un simple latido notó el clímax de Agatha palpitando a su alrededor, dejándose él arrastrar por su corriente. Desde su unión comenzó a destilar con violencia como cálido placer líquido, arrastrándolo todo a su paso y flameando por sus venas como fuego demoledor. Se tornó una espiral devastadora, que los aniquilaba y los hacía resurgir cual Ave Fénix, una y

otra vez, hasta que las olas de placer los abandonaron, acariciándolos suavemente como el mar a la orilla.

Con la misma suavidad se retiró Jordan de ella, acusando instantáneamente ambos la rotura de su ligazón. Rodó sobre su espalda y la llevó hasta su pecho, abrazándola con ternura. Podrían haberse dicho miles de cosas pero no hacía falta ninguna de ellas. Las palabras se las podía llevar el viento, pero aquella entrega mutua quedaría marcada por siempre en su corazón y su alma.

§ ~ \* ~ §

Arrodillada fuera de la bañera, Gabrielle rodeó el pecho de su esposo con sus brazos conforme él se introducía en el agua y se sentaba.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó mientras su esposa besaba su mejilla—. Quizás deberías recostarte.

—Pues yo pensaba pedirte que hablaras con tu tío para que me permitiera levantarme ya —alegó con expresión infantil.

—Sí, hablaré con él pero no sobre eso precisamente —repuso dejando entrever su malestar.

Gabrielle hizo un mohín y tomó el paño que flotaba en el agua. Empujó levemente los hombros de Nicholas para que le diera acceso y comenzó a frotar su espalda.

—Tuve que insistirle mucho para que me lo contara —lo justificó.

—Debería haber dejado que insistieras más —masculló enjabonándose los brazos enérgicamente.

—Le convencí de que haciéndome ignorante no me protegeréis mejor de lo que está sucediendo a mi alrededor —argumentó.

—Tampoco entiendo en qué te beneficia que sepas todo lo que te... —titubeó —todo lo que pasó.

—¿Cómo pretendes que sea una buena Reina si vivo entre nubes de algodón? —discrepó ella—. He de saber cómo es el mundo en el que vivo, sus bendiciones y también sus maldades.

Nicholas resopló y giró su rostro para ver el de su esposa.

—¿Sabes lo que sentí cuando Jordan me explicó lo que habían hecho contigo? —murmuró con dulzura, tratando de controlar las reminiscencias de la ira que aún habitaban en él—. Por un momento todas mis esperanzas se

desvanecieron, era como querer coger agua con los dedos abiertos, resbalándose entre ellos de forma exasperante —le mostró sus manos extendidas, reflejando su impotencia—. Creí enloquecer ante la idea de perderte, pero después hayamos el lugar donde te escondían y no pude evitar preguntarme en qué estado te encontraría. Sabía que estabas viva porque mi corazón así me lo decía, pero no sabía cómo.

Nicholas giró su cuerpo, encarándola ahora, tomando sus mejillas entre sus manos.

—Gabrielle, un encierro así bien podría haberte hecho perder la razón, ¿no lo entiendes? Si no hubiera sido porque estabas narcotizada...

—Eso mismo, no fui consciente de nada, así que...

—¿Y crees que me agrada que habiendo sido tu mente afortunadamente liberada de ese suplicio, tú te empeñes en saberlo? —le reprochó.

—Creí que buscabas en mí a una compañera, a tu Reina, a una mujer, no una muñequita de adorno —le increpó, y Nicholas quedó mudo sin ningún argumento ante su aseveración.

Gabrielle se mordió el labio y bajó el rostro, temerosa de haberse excedido en su alegato.

—Lo siento, yo...

Nicholas silenció su disculpa alzando su barbilla para besar sus labios.

—No lo sientas —murmuró él antes de abrazarla—. Tienes razón. Discúlpame si soy sobreprotector pero sabes que eres mi vida entera y no puedo soportar la idea de que algo te suceda a ti o a nuestro hijo.

Esta vez fue ella quien tomó las mejillas de su esposo para besarlo.

—Por supuesto que quiero que me protejas —le sonrió ella—. Pero no puedes mantenerme oculta ante el mundo. Deberé ayudarte a tomar decisiones, en ocasiones duras y difíciles, y no podré hacerlo de forma justa si desconozco la verdad del mundo.

Nicholas asintió con reticencia. Gabrielle lo hizo voltearse y comenzó a lavar su cabello.

—Toda mi vida se me ha apartado de la realidad. Primero mi padre, luego Jordan, ahora tú, creyendo que si desconocía lo que iba estallando a mi alrededor sería más feliz. No os culpo, pero ya no más.

Nicholas observó a su mujer. Aquellas palabras eran mucho más de lo que parecía.

—Gabrielle, tú...

—Hace tiempo trataron de secuestrarme, ¿verdad? —insinuó ella.

—¿Por qué dices eso? —la miró con recelo.

—Creí escucharlo durante mi cautiverio. No sabía si era parte de mi ensoñación, pero ahora veo que fue así —dedujo ella.

Nicholas la miró impávido.

—Fue así, ¿cierto? —insistió ella—. Por eso Jordan se convirtió en mi guardia personal —concluyó ella—. Ahora que lo pienso, creo que siempre lo supe. Pareciera que la que no quería salir de su burbuja encantada era yo —se lamentó.

—Ya todo eso quedó atrás —acarició la mejilla de Gabrielle con suavidad—. Ese reino de terror llegó a su fin.

—¿Lo... mataste? —vaciló, no muy segura de si él querría hablar de ello.

—Juré que lo haría, con mis propias manos, y aunque no me sienta orgulloso, así fue —aseveró con firmeza.

Gabrielle asintió en silencio. Nicholas terminó de enjuagarse, y cuando hizo ademán de levantarse, ella tomó un gran paño de lino para ayudarlo a secarse. Aún se mostraba pensativo mientras Gabrielle le alcanzaba la ropa limpia y se vestía.

—¿Sabes? —dijo finalmente—, sospecho que Jordan actuó del mismo modo que yo pero con respecto a Hrodgar, por la forma en que fue en su busca, aunque más que por ti, creo que fue por Agatha. ¿Crees que aceptarán las condiciones? —preguntó tras una pausa.

—Sin duda es la mejor solución que podrías proponerles, dadas las circunstancias —concordó ella—. Y si quieren estar juntos, lo harán.

De repente la escuchó lanzar una risita.

—¿Qué sucede? —la miró él extrañado sentándose en la cama.

—Jamás creí que aceptaras de tan buena gana su amor —le confesó ella, abrazándolo, de pie frente a él.

—¿Acaso parezco un ogro? —la miró ceñudo. Gabrielle rio con su comparación.

—Eres bastante más apuesto que un ogro —bromeó ella.

—Gracias, me alegra que me tengas en tan buena opinión —ironizó él y Gabrielle volvió a reír—. ¿De verdad crees que soy apuesto? —le preguntó con fingida inseguridad.

—El hombre más apuesto que haya visto jamás —depositó ella un

sonoro beso en sus labios, divertida—. Espero que nuestro hijo se parezca a ti y sea tan buen rey, como lo eres tú —auguró jugueteando con las húmedas hebras de su cabello.

—Muy segura estás de que será un niño —la miró intrigado.

—Puedes apostar por ello —le sonrió, sentándose a su lado—. Y tendrá tu cabello y el hoyuelo de tu mentón —besó su barbilla.

—¿Tengo alguna posibilidad de opinar ya que soy el padre? —se rio él.

—Claro que sí —asintió ella—. Excepto en lo que te he dicho.

—De acuerdo —aceptó él mientras acariciaba pensativo su vientre—. Tendrá la bondad de tu corazón, tu sonrisa y tus ojos.

—¿Mis ojos? —se sorprendió ella.

—Quiero verte en los ojos de nuestro hijo y recordar lo que sentí al ver los tuyos por primera vez —alzó su mano hasta su mejilla.

—Los tuyos son mucho más bonitos, azules como los lagos de estas tierras —alegó con timidez.

Nicholas negó con la cabeza.

—No discutas con tu Rey —bromeó—. Los tuyos son preciosos y muy enigmáticos.

—¿Enigmáticos?

—Aunque ya empiezo a saber leer en ellos —se entretuvo perdiéndose en ellos un instante—. Ahora sus vetas violáceas brillan con luz propia, así que estás feliz.

—No hace falta ver mis ojos para saber eso —lo miró con suspicacia.

—También sé que se convierten en dos frías perlas plateadas cuando estás triste y en ocasiones la plata desaparece y se tiñen completamente de un violeta brillante —recitó él.

—¿Completamente violeta? —preguntó sorprendida.

—Te lo puedo asegurar —le sonrió insinuante—. Igual que te puedo asegurar que soy el único que los ha visto y que los verá.

—¿Qué...?

De súbito, Nicholas consumió la poca distancia que lo separaba de sus labios y la hizo caer sobre la cama, sin separarse de ella. Lo que empezó con un beso tierno y delicado pronto se tornó insistente, ávido y lleno de pasión. Gabrielle quedó sin aliento ante su inesperada caricia, viéndose arrastrada por el ardor que desprendían los labios de Nicholas y hundió sus dedos en las suaves ondas de su cabello, negándose a que su boca la abandonara.

—Mírame —le escuchó susurrar.

Gabrielle obedeció y se encontró con la mirada de su esposo, llena de complacencia y devoción.

—Ahí están —musitó sonriente, maravillado, como si estuviera frente al más hermoso descubrimiento—. Y más bellos que nunca.

—Nicholas...

—Espero que no tengas mucha hambre —deseó mientras volvía a atrapar los labios de su esposa, dispuesto a terminar lo que había comenzado.

§ ~ \* ~ §

El atardecer comenzaba a teñir el firmamento con sus cálidos tonos melocotón. Ya vestidos, recostado Jordan contra el tronco del árbol mientras Agatha descansaba en su pecho, observaban como el sol comenzaba a sumergirse en las calmadas aguas del lago, aquel que momentos antes había acogido en su seno su entrega de amor. Jordan hubiera querido permanecer así con Agatha en sus brazos eternamente, pero debían enfrentar la realidad y cuanto antes mejor.

—Agatha, deberíamos volver antes de que anocheciera —susurró contra su cabello.

—Aún no —negó ella con la cabeza hundiéndola en su pecho—. No quiero regresar todavía, no quiero enfrentarme hoy a mi hermano y que se rompa la magia de este día.

—Pero no podemos pasar aquí la noche, al descubierto —discrepó él.

—Ya te dije que no me importa con tal de estar entre tus brazos —insistió ella—. Por favor Jordan, quiero pasar esta noche contigo.

Jordan lanzó un suspiro y la apretó con fuerza.

—Está bien, pero vayámonos antes de que oscurezca —la instó a levantarse.

—¿A dónde? —lo miró con extrañeza.

—No quiero que te enfermes por pasar la noche al raso —desató las riendas de su montura y se las pasó—. Confía en mí —le guiñó el ojo mientras montaba a Drakhon—. Veamos qué tan buen esposo puedo resultar ser.

Agatha rio y montó también, siguiendo a Jordan quien se dirigió hacia el bosque y que alcanzaron a los pocos minutos. En cuanto se adentraron en



él, le hizo una señal para que se detuviera.

—¿Qué hacemos aquí? —quiso saber ella.

—¿Has cazado alguna vez? —le preguntó echándose el carcaj con flechas al hombro y tomando su arco.

—Pues la verdad, no —lo miró con suspicacia.

—Entonces, ahí van las dos reglas básicas que deberás seguir a rajatabla —decretó—. Primero, mantente siempre detrás de mí, y segundo, guarda silencio, desde ahora —le pidió.

—Pero, ¿y tu brazo? —se preocupó ella pero Jordan posó un dedo en sus labios reiterando su petición.

Agatha obedeció y asintió con la cabeza. Jordan azuzó levemente a Drakhon y Agatha se posicionó tras él, cabalgando ambos muy lentamente. Las agujas de los pinos que cubrían la senda amortiguaban los cascos de los caballos quedando su sonido embebido en los ruidos del bosque. Llevaban caminando algunos minutos cuando, de repente, Jordan alzó un brazo indicándole a Agatha que se detuviera. Tomó una de las flechas del carcaj y la colocó en el arco, tensándolo. Un segundo después, un silbido cortó el aire, adentrándose en la espesura del follaje, tras lo que se escuchó un chillido agudo. Jordan había dado en el blanco.

—Espero que te guste la liebre —sonrió satisfecho, desmontando. Agatha lo vio correr hacia los árboles, desapareciendo tras ellos y saliendo a los pocos segundos—. ¡La cena! —exclamó con su trofeo colgando de su mano, en alto.

—¡Bravo! —aplaudió ella riendo.

—Gracias —le hizo una reverencia grandilocuente, bromeando—. Ahora viene la segunda parte de la función —repuso mientras colgaba la liebre de su silla. Luego metió la mano en el morral sacando un cabo de cuerda y comenzó a recoger ramas secas del suelo, haciendo un hatillo. Encontró algunas más gruesas y largas y las partió con ayuda de su espada. Cuando concluyó, lo ató y lo colgó al otro lado de su silla.

—Listo —exclamó, sacudiéndose la tierra de las manos y montando—. ¿Preparada para continuar el viaje?

—Preparada, no sé —bromeó ella—, pero sorprendida, mucho. Va a resultar que eres un buen partido —se rio.

—Entonces no me pierdas de vista antes que otra me eche el lazo al cuello —alegó haciéndose el interesante.

—Presuntuoso —sentenció con fingida altivez, haciendo que Jordan soltase una carcajada.

—Anda, vamos o al final se nos echará la noche encima.

—Por mucho que te pregunte, no me dirás a dónde vamos, ¿verdad? —aventuró ella.

—Exactamente —afirmó él—, pero tengo la sospecha de que te gustará.

Jordan picó espuelas con brío y Agatha galopó tras él, dejándose guiar. Cuando salieron del bosque Agatha vio que Jordan tenía razón, ya empezaba a oscurecer. Sin embargo, no le preocupó en absoluto, al igual que tampoco le preocupaba no saber a dónde se dirigían; cabalgó a su lado dispuesta a seguirle fuera donde fuera.

Ya se alzaba la luna en lo alto de la noche estrellada cuando vio que se acercaban a una cabaña abandonada y poco tardó en reconocerla Agatha. Fue la misma en la que fue a resguardarse aquella vez que la sorprendió la tormenta, cuando Jordan acudió en su busca. Rememorar lo que vivió, lo que sintió en aquel lugar, hizo palpar con fuerza su corazón. Jordan desmontó, asegurando a Drakhon a un madero y volvió a donde estaba ella, tomándola por la cintura y bajándola del caballo.

—No sé para ti —comenzó a decirle—, pero para mí este lugar es especial.

Agatha no contestó, pero asió su mano para colocarla sobre su pecho, haciendo que su corazón aún desbocado respondiera por ella. Jordan sonrió comprendiendo y la atrajo hacia sí, besando sus labios con ternura.

—¿Tienes hambre? —le susurró acariciando su mejilla, asintiendo ella sonriente.

Jordan caminó hasta Drakhon, cogiendo el hatillo de leña y su morral. Luego tomó la mano de Agatha y se dirigieron al interior. Sin tiempo que perder, fue hasta la ennegrecida chimenea y se arrodilló frente a ella. Sacó de su bota la daga y rebuscó en el morral extrayendo algo de pedernal. Colocó unas ramitas secas en la chimenea y, con maestría, frotó el pedernal contra el metal del filo, saltando chispas y prendiendo las ramas al instante. Tomó un espetón y, cuando se volteó a mirar a Agatha, la vio sentada en el mismo lugar en el que la encontrara aquella vez, aunque en esta ocasión ella lo observaba sonriente, maravillada con cada uno de sus movimientos.

—¿Sucede algo? —la miró él confuso. Ella negó con la cabeza y la sonrisa aún dibujada en sus labios—. Voy a limpiar la liebre, vuelvo en un

minuto. Deberías acercarte al fuego.

Lo vio salir por la puerta y se levantó para aproximarse a la hoguera; a pesar de ser verano, su calor era bienvenido, pero la alegría que templaba su corazón era mucho más reconfortante. En esos instantes, Jordan se presentaba ante sus ojos como un héroe de leyenda, como un caballero andante capaz de cuidar de una dama. Podría ser un sueño de jovencita ingenua y cándida pero, ¿por qué no? Jordan la hacía sentirse protegida y, aunque todo aquello no fuera más que una pequeña aventura que pronto daría a su fin, le halagaba la forma en que Jordan se estaba haciendo cargo de todo, como si quisiera demostrarle que a su lado jamás le haría falta nada. *Tonto*, podría comer liebre durante toda su vida si con eso conseguía que no se separaran jamás.

A los pocos minutos, Jordan regresó con la liebre limpia y ensartada en el espetón y con un pellejo lleno de agua.

—He usado un poco para lavarme las manos pero bastará para los dos —le dijo dejándola a un lado. Luego colocó la liebre en la hoguera y se acomodó tras de Agatha a esperar que se asara, apoyando ella su espalda en su pecho. Observó durante unos momentos el crepitar de las llamas, concentrado en la respiración acompasada de Agatha, aunque preocupado en cierto modo por su silencio. Inclino su rostro intentando escudriñar sus facciones y, aunque parecía tranquila, no pudo evitar inquietarse. Tras varios minutos, no pudo aguantarlo más.

—Agatha, no has dicho nada desde que llegamos. ¿Pasa algo? —le preguntó.

—Qué puedo decir —lanzó un suspiro un tanto exagerado—. Estoy encandilada, fascinada con tus dotes maritales.

Jordan lanzó una sonora carcajada.

—Menos mal. Por un momento pensé que te estaba incomodando —rio aliviado.

—En absoluto —giró su rostro para ver el suyo—. Creo que jamás que disfrutado de una velada tan encantadora como esta.

—Y eso que acaba de empezar —bromeó él.

—Tengo curiosidad por ver qué nos depara la noche —susurró ella insinuante.

—Por lo pronto, vamos a cenar —besó su frente. Agatha hizo un mohín de disgusto y se separó de él.

Jordan apartó la liebre del fuego y, con su daga, cortó un pedazo y se lo

entregó a Agatha, sentándose después a su lado, recostado contra la pared.

—Imagino que te gustará más condimentada —supuso él.

—Está deliciosa —le aseguró al dar el primer bocado.

Jordan la miró receloso.

—Seguro que tratas de adularme. Déjame probar —replicó tras lo que empezó a comer—. Pues no está mal —reconoció saboreando la carne.

—Después de esto, mi hermano no puede negarse a que me case contigo —añadió con tono despreocupado—. Solo bromeaba, Jordan —se excusó al verlo tensarse.

—Lo sé —resopló lanzando el hueso a la hoguera—. Es solo que...

—No, Jordan, por favor —tiró también las sobras y se acercó, colocándose frente a él—. No volvamos a hablar de lo mismo. Pase lo que pase, seguiremos juntos.

—Pase lo que pase —aseveró apoyándola en su regazo. Necesitaba sentirla cerca para afianzar esa promesa.

—¿Sabes lo que me recuerda esto? —la escuchó murmurar contra su pecho.

—Claro que lo sé —besó él su cabello—. Por eso te he traído aquí aunque me hubiera gustado disponer de tiempo para haberlo ordenado un poco —sonrió.

—No —sacudió ella la cabeza—. Así es perfecto, estando como lo estaba en aquella ocasión.

Escuchó a Jordan suspirar y se apretó a él, rodeándola sus brazos con más fuerza.

—Jordan...

—¿Sí?

—¿Qué sentiste tú? —preguntó dudosa y Jordan se tomó unos segundos antes de responder.

—Recuerdo que esa misma mañana había decidido marcharme, incapaz de sostener más la situación —le contó—. Sin embargo, al tenerte entre mis brazos me reí de mi propia necedad. Te amaba como un loco, por mucho que intentara negármelo.

—Yo creía que mi amor por ti no podía ser más profundo hasta que me sentí refugiada en tu pecho —rememoró ella.

—Supuse que no eras muy consciente de lo que estabas sucediendo —la apartó un poco para mirarla, con el ceño fruncido.

—Porque, si no hubiera sido así, jamás te habría abrazado como lo hice, ¿verdad? —le lanzó una mirada traviesa—. Tenía la convicción de que ese momento jamás se volvería a repetir, así que quise disfrutarlo para poder atesorarlo después.

—Vaya par de tontos —sonrió él—. Amándonos tanto y no hicimos otra cosa que pelear continuamente.

—Eras un vanidoso —le hizo ella un mohín.

—Y tú una altanera —la acusó.

—¿Por eso te enamoraste de mí? —ironizó ella.

—Eras irresistible mostrándote tan altiva, con tu barbilla alzada y tus manos en la cadera, provocativa y orgullosa. La primera vez que me llamaste “muchacho” con tan delicioso desdén caí rendido a tus pies —se rio él.

—Era insoportable, ¿verdad? —se disculpó ella.

—Sí, insoportablemente tentadora —besó él la punta de su nariz—. Y tú, ¿cuándo empezaste a sentir algo por mí? —quiso continuar él con su juego.

—Aquella vez que me torcí el tobillo y, al tratar de levantarme, caí sobre tu pecho. Rodeaste mi cintura con tus manos y, si no hubiera sido por eso, habría vuelto a caer al sentirte tan cerca —recordó Agatha con una sonrisa.

—Te refieres a aquella vez que me estabas espiando detrás del roble del lago —la corrigió Jordan.

—No te estaba espiando —titubeó ella—. Yo solo...

—Y tampoco me espiabas aquel día que yo estaba entrenando en el patio, ¿verdad? —siguió provocándola.

—Serás... —lo miró con fingido molestar, golpeando su hombro—. ¿Ves que eres un vanidoso?

—Basta con que aceptes que me veías atractivo —se mofó él.

—No te veía atractivo —sacudió ella la cabeza—. *Eres* muy atractivo y apuesto y amo cómo me siento rodeada por tus fuertes brazos —le sonrió sugerente.

—Entonces será fácil complacerte —la apretó más contra su pecho.

—Ojalá siempre fuera así —suspiró ella.

—Sé que no será fácil —admitió Jordan—. En todo camino de rosas hay espinas. Lo importante es que estaremos juntos, para quitárnoslas el uno al otro y ayudarnos a que sanen las heridas.

—Juntos —musitó ella.

—Espero que, cuando seamos ancianos y mis brazos ya no sean tan fuertes, aún busques refugio en ellos —tomó su mejilla y la miró a los ojos.

—Siempre —le aseguró ella—. ¿O es que tú dejarás de amarme cuando sea una viejecita arrugada?

—Nunca serás una viejecita arrugada —bromeó él—. Siempre serás mi diosa —acarició con suavidad su rostro.

—Antes... me llamaste así —murmuró ella.

—¿Te molesta? —preguntó él aún sabiendo cuál era la respuesta.

—No —negó ella—. Me sentí...

—¿Amada, deseada? —su voz se tornó grave mientras sus dedos acudían a sus labios, rozándolos.

Agatha asintió, cerrando los ojos, sorprendida por la reacción de su cuerpo cada vez que Jordan la tocaba de ese modo.

—¿Y te gusta sentirte así? —le susurró dejándose llevar por la sensación cálida que recorría sus dedos en contacto con la sensualidad de su boca.

—No, me gusta que tú me lo hagas sentir —elevó una de sus manos hasta su nuca, causándole escalofríos su tacto, estremecido por lo que aquella mujer era capaz de provocar en él.

—Agatha...

—Quiero sentirlo de nuevo, Jordan —alzó su rostro aproximando sus labios a los suyos, cerca, tanto que su aliento se introdujo en él, aturdiéndolo. De nuevo, su diosa se transformaba en aquella hechicera que doblegaba su voluntad a su antojo. Agatha rozó levemente sus labios con los suyos, haciéndolo temblar, haciendo más que firme su petición.

—Pero aquí...

—El lugar más inmundo del mundo se convierte en el mismísimo Kratvah si estoy entre tus brazos —respiró en su boca.

Jordan se dejó vencer. Atrapó sus labios y la besó con ardor. Que los Dioses lo perdonaran si podían, porque él no podía resistirse a sus caricias y sus besos, a su mirada atrayente. Él también se sentía amado, deseado cuando Agatha lo acariciaba así, cuando lo miraba así, y ni haciendo acopio de todas sus fuerzas podría negarse a ella. La amaría en aquella casita maltrecha porque él también necesitaba sentirla en lo más profundo de su ser. Esa noche era de ellos, para amarse sin impedimentos ni apremios. Ya se preocuparían

por el futuro cuando amaneciera, aunque si había algo de lo que estaba seguro era que nada podría separarlo de aquella mujer... de *su* mujer.

## Capítulo 33

Nada más despuntar el alba, pusieron rumbo hacia el castillo. El nerviosismo en ellos estaba más que presente, así que se limitaron a cabalgar uno al lado del otro, lanzándose miradas de complicidad y sonrisas fugaces, infundiéndose ánimo. A pesar de la insistencia de Agatha, aceptó con reticencia que fuera él quien hablase con su hermano, con ella a su lado por supuesto, pues Jordan consideraba que era su deber después de toda la confianza y deferencia que había depositado Nicholas en él. Ambos sospechaban que, después de la inesperada huida de Agatha, Nicholas estaría al tanto de todo y más estando todos en el castillo enterados de su relación, pero Jordan no pudo evitar pensar que aquello podía jugar en su contra, más que a su favor. Aunque todos intercedieran por ellos, el hecho de haber sido el último en conocer lo sucedido podía empeorar las cosas.

Cruzaban el Patio de Armas para dirigirse a las caballerizas cuando Nigel y Bruc salieron a su encuentro.

—¿Dónde diablos te habías metido? —tomó Nigel las riendas de Drakhon, haciendo Bruc lo mismo con las del caballo de Erick.

—¿Qué sucede? —preguntó Jordan desmontando.

—Buenos días, Alteza —la saludó al ver a Agatha posicionarse junto a Jordan—. Vuestro hermano quiere hablaros, a ambos.

—¿Está en el torreón sur? —supuso ella.



—No, Alteza, el Rey no está en su escritorio. Os aguarda en el Salón del Trono.

Agatha lo miró confundida.

—Tengo órdenes de llevaros ante él en cuanto lleguéis al castillo —añadió preocupado.

—No te inquietes —palmeó Jordan su espalda amistosamente—. No le haremos esperar —instó a Agatha a caminar a su lado.

—Suerte —les deseó Bruc.

Jordan alzó su brazo mientras se alejaban agradeciéndole su buena voluntad. Subieron la escalinata de piedra con paso decidido adentrándose en la antesala. Antes de tomar el corredor que les llevaría al Salón del Trono, Jordan tomó la mano de Agatha, deteniéndola y colocándola frente a él.

—No importa lo que suceda ahí dentro. Recuerda que eres mi mujer y que te haré mi esposa, cueste lo que cueste —recitó a modo de promesa.

—De eso no te quepa la menor duda —afianzó ella sus palabras y con un último beso sellaron aquel compromiso, tratando de inspirarse confianza mutuamente.

Se dispusieron a recorrer aquel último tramo y Agatha asió su mano, dispuesta a no ocultarse más, gesto que Jordan secundó sin soltarla. No fue necesario que los anunciaran pues las puertas estaban abiertas, escuchándose desde el corredor un gran bullicio que se apagó súbitamente en cuanto los vieron asomarse.

Ambos quedaron estáticos en el umbral. La estancia se presentaba abarrotada, ocupada en su totalidad, a excepción de un pasillo central. Agatha no recordaba ninguna ocasión en la que el Salón hubiera albergado a tanta gente, ni siquiera en las audiencias populares en las que los ciudadanos se presentaban ante Nicholas para plantearles sus inquietudes y peticiones. Observó que en ese extremo de la gran sala se agolpaban los aldeanos, seguidos de, así los reconoció Jordan, los guardias de ambos Reinos, a un lado del pasillo los de Asbath y al otro los de Los Lagos, y ya al final de la estancia, se situaba la familia de Agatha, la Realeza, cercanos a los dos sitios que ocupaban Nicholas y Gabrielle. Ambos repararon en sus vestimentas: ya no solo iban de gala si no que sus hombros estaban cubiertos por la capa real y portaban su corona. Agatha dejó en ese instante de ver a su hermano sentado en aquel trono; tenía frente a ella al Rey Nicholas, así que, antes de adentrarse más en el Salón, se inclinó en una reverencia, imitándola

Jordan.

—Acercaos —escucharon a Nicholas desde el fondo de la estancia y Agatha no fue capaz descifrar el sonido de su voz.

Con paso seguro y sin soltar sus manos, recorrieron aquel pasillo que se abría ante ellos. Agatha repasaba de reojo los rostros de los presentes, pero aquello tampoco lanzó una mínima luz para aliviar su angustia y sintió como si miles de miradas se dispusieran a juzgarla y condenarla, siendo la de su hermano la más severa. Intentó concentrarse en la calidez de la mano de Jordan y en las palabras que acababan de decirse. Poco le importaba la censura del mundo. Había entrado de la mano de Jordan a aquella sala y del mismo modo la abandonaría.

Se detuvieron a unos pocos pasos de los tronos y aguardaron en silencio, conscientes de que el protocolo los instaba a callar hasta que el Rey así lo deseara.

—Jamás creí que fueras tan irresponsable, Jordan —exclamó Nicholas de súbito.

No fue necesario que alzara la voz, las grandes dimensiones de la estancia hacían reverberar sus palabras haciéndolas llegar hasta el otro extremo. Aunque no fue su voz lo que impactó a Jordan sino su acusación tan directa, y dispuesto estaba a explicarse cuando Nicholas lo interrumpió.

—Me consta que Erick insistió para que se te revisase tu herida cuanto antes, pero tal parece que tú has preferido hacer caso omiso a su indicación —agregó y Jordan quedó sin palabras.

—Apenas me duele, Majestad —logró decir un tanto confuso, no siendo en absoluto aquel el reproche que esperaba escuchar.

—Majestad —repitió Nicholas pensativo—. Mucho me temo que pronto dejarás de dirigirte a mí en esos términos.

Jordan contuvo la respiración, asimilando aquella advertencia que no auguraba nada bueno. Sintió cómo Agatha presionaba con fuerza su mano, entrelazando sus dedos con los suyos como muestra de su apoyo, cosa que no le pasó desapercibida a nadie, incluido Nicholas.

—Sospecho que tienes algo que decirme —aventuró mirando sus manos unidas—. Así que, adelante.

—Majestad, tal vez recordéis la primera conversación que tuvimos cuando llegue a este Reino, en la que os pedí que no juzgarais un discurso demasiado directo por mi parte —comenzó a decir Jordan.

Nicholas asintió rememorando aquel instante.

—En esta ocasión vuelvo a pedíroslo. Creo absurdo adornar con palabras banales lo que puede resumirse en una sola frase.

—De acuerdo —consintió él.

—Entonces os diré que vuestra hermana y yo nos amamos y tenemos el firme propósito de unir nuestras vidas en sagrado matrimonio —aseveró con seguridad.

Los cuchicheos y murmullos nos se hicieron esperar entre los presentes, seguramente escandalizados, pensó Agatha, mas poco le importaba. Alzó su barbilla con seguridad y vio a su hermano alzar las manos, volviendo el silencio a reinar en la sala.

—No es necesario que te recuerde lo insólito e inconveniente de tales intenciones, ¿verdad?

—Somos perfectamente conscientes de ello, Majestad —asintió firmemente.

Agatha estudió el rostro de su hermano, crítico, inexorable e indescifrable. Ni siquiera era capaz de aventurar si estaba molesto o sorprendido al menos, y observar a Gabrielle tampoco la ayudó en nada. Por primera vez desde que la conociera, lo impávido de su semblante era un misterio.

—Déjame dudarlo —escuchó decir a Nicholas—. Ella es la Princesa de Los Lagos y tú, el Capitán de la Guardia de Asbath.

—A nuestros ojos solo somos un hombre y una mujer que se aman y que están dispuestos a hacer cualquier cosa para estar juntos —le rebatió con calma, armándose de valor.

El revuelo volvió a alzarse en la sala y Nicholas se vio obligado a acallar los ánimos de nuevo.

—Así que cualquier cosa —estudió sus rostros. Agatha hizo ademán de hablar pero Nicholas extendió una de sus manos acallándola—. Veamos si eso es cierto. Arrodíllate, Jordan —le pidió.

Jordan le lanzó una mirada fugaz y confusa a Agatha pero acató su orden sin dudar, hincando una de sus rodillas en el suelo y bajando su rostro en señal de respeto y obediencia. Tenía ella toda la intención de rebatirle a su hermano cuando le vio guiñarle el ojo con complicidad a Gabrielle sin poder reprimir ella una sonrisa, confundiendo aquel gesto más a Agatha, si eso era posible. Entonces Nicholas abandonó el Trono y caminó hasta Jordan,

colocándose frente a él.

—Gentes de mis dos pueblos están aquí presentes y ellos son testigos de cuánto te debo —le dijo y Jordan alzó su rostro, atónito—. Por todos es sabido que estuvimos a un paso de perder a la Reina Gabrielle —continuó Nicholas—, y como soberano que soy, no habría tenido más remedio que seguir adelante si así hubiera sido, pero no me avergüenza reconocer que mi corazón de hombre habría muerto con su pérdida. Nadie puede arrebatarte el mérito de habérnosla devuelto y a mí, me has devuelto la felicidad. Por desgracia —se lamentó—, yo no puedo hacer lo mismo contigo. Mi corona no me da el poder suficiente para que por tus venas corra Sangre Real, pues viene ligada al linaje, a la herencia, a nuestro legado, aunque sea un don recibido de forma inmerecida. Mas, la nobleza es una cualidad, representa nuestra valía y nuestra esencia y viene reflejada por nuestra lealtad. Tú posees sobradamente dicha cualidad. Por eso, es mi deseo que tu nombre dé testimonio de ello.

Entonces, Nicholas desenvainó su espada y la colocó en el hombro derecho de Jordan y, trazando un arco por encima de su cabeza, lo posó en el izquierdo.

—Por el poder que me confiere mi corona, el mundo te conocerá desde hoy como Jordan, Marqués de Asbath —y dicho eso, volvió a envainar su espada—. En pie —le pidió.

Jordan obedeció, apenas sin aliento, ni palabras que acudieran a su boca, escuchando ausente el clamor y los aplausos de los asistentes que celebraban su nombramiento. Había esperado cualquier tipo de castigo por su osadía, y sin embargo, acababan de hacerle poseedor de un título nobiliario, el más alto al que se podía aspirar si no se pertenecía a la realeza.

—Me temo que poco más puedo hacer —admitió Nicholas entonces, lleno de pesadumbre—. A partir de aquí ya no me corresponde a mí actuar.

Y Jordan comprendió al instante a qué se refería. Dio un paso al frente negando enérgicamente con la cabeza, dispuesto a rechazar su ofrecimiento, cuando observó a Agatha arrodillarse frente a Nicholas, decidida a hacer lo que justamente él trataba de evitar.

—Majestad —se dirigió ella a su hermano con voz solemne y mirada gacha—. Os ruego me permitáis renunciar a mi título.

—Agatha, no —la tomó Jordan por los hombros tratando que ponerla en pie.

—Es la única forma, Jordan, y ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas?  
—se zafó ella luchando por permanecer de rodillas, como si le fuera la vida en ello—. Por favor, Majestad —insistió—, solicito vuestra indulgencia.

Esta vez fue Nicholas quien la cogió por los codos y la obligó a levantarse.

—Majestad...

—No me llames así, Agatha —le reprochó él afligido—. Olvida si quieres que una vez fuiste la princesa de estas tierras, pero no olvides nunca que eres mi hermana.

—Nicholas —murmuró lanzándose a sus brazos, tratando de reprimir el llanto.

—Siento no poder hacer más por vosotros —volvió a lamentarse acariciando su cabello—. Pero no se me ocurre otra solución.

—No me importa renunciar a mi título si con eso puedo unirme al hombre que amo sin perderos a vosotros —lo miró sonriente.

—Por supuesto que no nos perderás, pero temo que tendrás que alejarte de nosotros —la apartó de él, acercándose Jordan a Agatha.

—¿Qué quieres decir, Nicholas? —se extrañó ella.

—Tengo una petición que hacerte, Jordan —se dirigió a él.

—Vos diréis —concordó él.

—Asbath es un gran Reino y necesita que alguien lo gobierne con dedicación, no desde la distancia, de la única forma que podría hacer yo —comenzó a explicarle—. Debería viajar continuamente para solventar todos los asuntos que se fueran presentando y acabaría por descuidar ambos Reinos. Además —le lanzó una rápida mirada a su esposa—, no sé si Agatha te habrá informado de ello pero Gabrielle está esperando un hijo.

A pesar de que todos los presentes estaban al tanto de tan feliz acontecimiento, no se hicieron esperar los vítores y buenos deseos hacia la Reina, quien asentía con la cabeza sonriente, halagada por las muestras de cariño.

El rostro de Jordan, hasta entonces severo, se endulzó lleno de alegría por la buena nueva, aunque tuvo que reprimirse, dadas las circunstancias.

—No sabéis lo feliz que me hace la noticia. Os doy la enhorabuena a ambos —dijo sinceramente.

—También sabes lo que eso significa para mí después de lo sucedido —reconoció Nicholas—. Y comprenderás mejor que nadie que no quisiera

ausentarme de aquí si no fuera estrictamente necesario.

—Por supuesto que me hago cargo, Majestad —repuso más confiado—, pero no entiendo en que puedo seros útil.

—Necesito que seas mis ojos, mi voz, mi mano derecha. Mi Virrey —pronunció con solemnidad.

—¿Vuestro Virrey? —titubeó sabiendo lo que aquello suponía.

—Necesito alguien leal y común a mis principios y mi forma de gobernar. Alguien en quien confiar el destino del Reino de Asbath, sabiendo que impartirá justicia bajo mis mismos ideales, y quiero que esa persona seas tú, Jordan —sentenció—. ¿Acaso dudas aceptar o no te crees capaz? —quiso indagar en vista de su silencio.

—En absoluto, Majestad —dijo tras una pausa—. Si vos me creéis merecedor de dicho cargo, lo desempeñaré con honor —agregó cuadrando sus hombros, henchido de orgullo.

—Entonces, imagino que ahora precisaremos de un nuevo capitán —asintió complacido—. Y quién mejor que tú para elegir a tu sucesor. Así que, no veo por qué no podemos aprovechar la ocasión para que empieces a llevar a cabo tus funciones.

—De acuerdo, Majestad —se inclinó levemente.

Acto seguido se volteó hacia la zona donde se agrupaban los hombres de Asbath y no tardó en hallar entre sus rostros diligentes al hombre que consideraba más apropiado para ello.

—Francis —exclamó en voz alta.

Nicholas sonrió satisfecho ante su elección. El joven se abrió paso entre la muchedumbre y, no sin inquietud, se acercó hasta Jordan, hincando su rodilla en el suelo y listo para su nombramiento.

—Levántate —le pidió Jordan.

Francis obedeció un tanto perplejo.

—No pongo en duda que aceptarías sin dilación este cargo —le aclaró Jordan—. Durante más de dos años has cumplido con ese deber de forma impoluta y desearía que siguieras haciéndolo, pero únicamente si tú también lo deseas. No quiero que esta responsabilidad pese sobre tus hombros como una impuesta obligación. Deberá formar parte de tu vida, de ti, y deberás honrarla siendo consecuente con tu elección.

En respuesta, Francis volvió a arrodillarse frente a él e inclinó la cabeza.

—Le haré honor a mi cargo, llevando mi lealtad a nuestros soberanos y el respeto a mis hombres por bandera —recitó con alta voz—. Y encomendaré mi vida por proteger la suya si fuera necesario.

Entonces, Jordan colocó una de sus manos sobre su hombro.

—Francis, en nombre de Su Majestad, te proclamo Capitán de la Guardia de Asbath —decretó con solemnidad—. Que los Dioses te guíen —le hizo un gesto para que se irguiese.

Aún no lo había hecho cuando los hombres de ambos ejércitos lo vitorearon aclamándolo, y cuando se encaminó de vuelta a su lugar, Nigel fue quien primero salió a su encuentro para felicitarlo. Nicholas se regocijó al ver que los lazos que habían surgido en aquella batalla no se habían roto con su desenlace.

—Sabía que no erraba en mi elección —le mostró Nicholas su aprobación—. Pero de más está decir que confío en que no desempeñes solo dicha tarea —miró a su hermana de reojo—. Por lo que, si no me equivoco, aún hay algo que resta por hacer, ¿verdad?

Jordan parpadeó tragando saliva y miró a Agatha con nerviosismo, quien cubría su boca con su mano tratando de ocultar su risa. Entonces, tomó aire, y haciendo acopio de todo su aplomo, volteó hacia Nicholas.

—Majestad, quisiera que me concedierais la mano de vuestra hermana en matrimonio —recitó sin apenas respirar.

Nicholas le sonrió y se acercó, golpeando amistosamente su hombro.

—Jordan, no sé si sabías que mi querida hermana es mayor que yo por unos cinco minutos —le contó a modo de confidencia.

—Pues no, Majestad —respondió sin estar muy seguro de adónde llevaba aquel comentario.

—Temo que si me niego me amenace, como acostumbra a hacer, con reclamar el trono y arrebátarmelo —bromeó—, así que no tengo más remedio que aceptar —le guiñó el ojo—. Eso sí, tengo dos condiciones.

—Las que digáis —sonrió con alivio.

—Primero, que la hagas feliz y segundo que dejes de llamarme *Majestad*, desde ya —le advirtió.

—Será un placer, Ma... Nicholas —vaciló con media sonrisa dibujada en sus labios.

—En ese caso —se alejó de ellos para dirigirse a los presentes—. Queridos ciudadanos, os informo que esta noche tenéis una nueva cita en este

castillo. Celebraremos el matrimonio de los Marqueses de Asbath y brindaremos por el estado de buena esperanza de la Reina Gabrielle y la justa victoria en la batalla contra el Reino de Adamón.

Y la estancia estalló en aplausos y alabanzas, recitando vítores a sus soberanos y buenos deseos a la futura pareja. Poco a poco, el Salón del Trono fue vaciándose, abandonándola los presentes con gran ánimo y expectación en vista de la próxima celebración.

Gabrielle fue la primera en acercarse a Jordan, abrazándolo con cariño, mientras Nicholas volvía a abrazar a su hermana.

—Por todos los Dioses, Nicholas. ¿Esta noche? —exclamaba ella emocionada—. Deberemos apurarnos si queremos que todo esté a punto.

—Ayer empezamos con los preparativos —le informó Claire.

—De hecho, tu vestido está casi listo —intervino Ylva.

—Tus costureras conocen tan bien tus medidas que anoche comenzaron a confeccionarlo, a pesar de tu ausencia —agregó Gabrielle con aire travieso.

—Nosotros nos encargaremos del novio —afirmó Erick mientras Zayev golpeaba el hombro de un atónito Jordan.

—Pero antes, jovencitos, tengo que echar un vistazo a ese brazo —los interrumpió Trystan—. ¿Me acompañas Richard? Necesito que controles a este par —señaló a los dos hombres que resoplaban con una mueca.

Nicholas observaba con gran interés la escena. Las mujeres arrastraban a Agatha hacia la parte trasera de la sala para tomar un atajo hacia las habitaciones, haciendo los hombres lo mismo con Jordan. De repente, sintió una mano posarse en su hombro.

—No esperaba menos de ti.

—Tía —exclamó con sonrisa triste—. No sé si lo que les ofrezco sea suficiente —admitió mirando la puerta por donde se había alejado su hermana.

—Por lo visto es más de lo que ella esperaba —lo alentó—. Jordan la hará feliz.

—Lo sé, pero tal vez sea demasiado duro para ella vivir lejos de nosotros —suspiró pesadamente.

—Pero tienes un motivo para haber tomado dicha decisión, ¿verdad? —rodeó su brazo con el suyo y lo instó a caminar con ella y abandonar así el Salón.

—Creo que para Agatha sería más fácil sobrellevar la nostalgia que para



Jordan la apatía —aventuró él—. Jordan podría ayudarme en mi tarea viviendo aquí con nosotros, pero no creo que eso sea suficiente para alguien de su temperamento y me sería mucho más útil en Asbath. Por otro lado, Agatha podría aliviar su añoranza viniendo a visitarnos cuando guste.

—Tú mismo estás respondiendo a tu inquietud —lo miró Gladys con aprobación.

—Aún así me gustaría hablar con ella —le confesó—. Con el nombramiento de Jordan necesito concretar algunas cosas así que voy a estar en mi escritorio. Dile que venga a verme cuando pueda —le pidió.

—Muy bien —respondió, despidiéndose de su sobrino, besando su mejilla.

Nicholas vio a su tía alejarse y se dirigió al torreón sur. Tenía intención de redactarle algunas pautas a seguir a Jordan para la organización de Asbath, aprovechando que todos estarían ocupados con los preparativos de la boda. Aquella celebración le dejaba un sabor agridulce en los labios, pero se convenció de que aquello era lo mejor para Agatha y decidió concentrarse en aquel laudo.

Absorto en aquel documento, las horas pasaron mucho más rápidas de lo que habría esperado y no fue consciente de ello hasta que vio aparecer a su hermana con una bandeja llena de comida.

—¿Puedo pasar? —le preguntó desde la puerta, haciendo que su hermano levantara la vista de su escritorio por primera vez en mucho tiempo.

—Sí, claro —se apresuró por retirar los pliegos de papel, dejando espacio para la bandeja.

—Con tanto ajetreo, no se servirá la comida en el comedor —le comentó—. Cada uno está acudiendo a la cocina a robarle algo a Erin conforme les va asaltando el apetito —bromeó—. Me ha dicho nuestra tía que querías hablarme, así que he decidido que podemos tomarnos un pequeño descanso y aprovechar para comer y conversar.

—¿Cómo está yendo todo? —se interesó él, mientras se servía un poco de carne en un plato.

—Mi vestido ya está casi listo —le contó—. Pero no creo que me hayas llamado para saber eso, ¿o sí? —supuso ella.

—En realidad no —reconoció él tras lo que hizo una pausa—. ¿Por qué no me lo dijiste, Agatha? ¿No confiabas en mí?

—Yo sí confiaba en ti, pero Jordan no confiaba en sí mismo. Como

imagino que ya sabrás, Jordan no creía ser digno de mí y refrenaba continuamente mis intenciones de hacerlo —le confesó—. Aunque, reconozco que hubo ocasiones en las que creí que te negarías.

—Ahora que sé lo que es amar a alguien, no creo posible el haberme negado —le aclaró—. Pero tienes que admitir que es una situación que escapa de todo lo establecido.

—¿Qué te preocupa? —lo miró recelosa, sabiendo que aquellas palabras significaban mucho más de lo que parecían.

—Que no estés de acuerdo con mi proceder —alegó él.

—Nicholas, desde el momento en que me enamoré de Jordan supe que mi título iba a ser un obstáculo que solventar y aceptaba ser despojada de todo si con eso podía estar con él.

—Yo nunca te habría despojado de todo —atajó él—. Por eso me angustia que lo que os estoy ofreciendo no sea suficiente.

—Es mucho más de lo que esperaba, Nicholas —tomó su mano cariñosamente—. Es cierto que voy a extrañaros, pero voy a tener mi propia familia y mi propio hogar, y Jordan sentirá que está pagando con su esfuerzo y dedicación el cargo que le has ofrecido, sintiéndose útil y no como un simple advenedizo. Disculpa mi franqueza pero creo que no habríamos permanecido aquí ni un mes y Jordan ya se sentiría como un león enjaulado, ocioso e inservible.

—Creo que no lo podrías haber expresado mejor —lanzó una leve risa—. Entonces, ¿eres feliz? —quiso asegurarse.

—Mucho —acercó su mano a sus labios para besarla—, y es gracias a ti. Pero ahora, come —le pidió—. Nos espera un largo día por delante.

§ ~ \* ~ §

Jordan terminó de abotonarse su jubón frente al espejo de la cómoda. Aún le sorprendía la rapidez con que las costureras habían tomado una de dichas prendas de su baúl y habían trabajado en él, convirtiendo aquel sobrio tejido en un elegante y fino brocado. Observó su imagen mientras abrochaba el cincho de su espada a la cintura y le costó reconocerse en el reflejo que le devolvía el espejo. No estaba acostumbrado a ese tipo de ropajes siendo un hombre de batalla como había sido hasta entonces, pero debería hacerlo a partir de ese momento, ostentando los cargos que ostentaba. Marqués de

Asbath y Virrey. Jordan tembló ante el sonido de esa última palabra en su mente y lo que ella significaba. Desde ese día, Jordan tenía potestad para gobernar Asbath como si del propio Rey se tratase, siguiendo siempre sus leyes y normas establecidas, por supuesto, aunque eso no lo liberaba de ninguna responsabilidad en caso alguno. Suyas serían las decisiones y debía ser consciente de sus actos.

Volvió a preguntarse, como hubo hecho a lo largo de toda la tarde, si Nicholas había sido consecuente con su petición, y al igual que las veces anteriores, se convenció de que sí. Por mucho que Nicholas hubiera querido vanagloriarse para con su hermana, jamás le habría entregado el destino de su pueblo a alguien que él no hubiera considerado digno. Volvió a repetirse que sería capaz de sobrellevar esa pesada carga, por la confianza de Nicholas, por el bienestar de su pueblo, pero, sobre todo, por el amor de Agatha. Por ella afrontaría ese desafío, siendo el hombre que ella merecía.

—Jordan, ¿puedo pasar? —escuchó de repente la voz de Gabrielle detrás de la puerta.

—Adelante, Majestad —la invitó a entrar, inclinándose en cuanto ella lo hizo.

—Creo que es muy injusto por tu parte y conociéndome a mí desde hace más tiempo que a Nicholas lo llames por su nombre y a mí, no —le hizo una mueca de disgusto.

—Lo siento, Gabrielle. Aún me cuesta trabajo —se pasó la mano por el pelo con cierto apuro.

—Pues acostúmbrate, cuñado —se burló ella.

—Entendido, cuñada —le siguió el juego, haciendo que ella sonriese.

—Esto es para ti —extendió ella sus manos, mostrándole algo en lo que no había reparado hasta entonces—. Ven, déjame que te la coloque —le pidió.

Era una larga capa de terciopelo oscuro, ribeteada en plata y cuyo tacto era tan suave como los pétalos de una rosa, algo digno de Reyes.

—Listo —le dijo cuando terminó de abrochársela—. Mírate.

Y lo primero en lo que se posaron sus ojos fue en el broche que descansaba sobre su pecho sujetando la capa; una corona de plata, el símbolo de un virrey.

—No sé qué decir —titubeó él.

—Sé que aturde —se mostró comprensiva—. Tu vida ha dado un giro

rotundo en cuestión de horas, pero sé que eres muy capaz y que no decepcionarás a Nicholas.

—Gracias por todo —le sonrió él.

—Si piensas que yo tuve algo que ver con lo sucedido esta mañana, estás muy equivocado —le aclaró ella—. Es cierto que consultó conmigo sus planes pero fue él quien tomó la decisión. Aunque, si hubiera tenido que intervenir, lo habría hecho. No puedo dejar a mi bebé sin su tío favorito —añadió con aire risueño.

—Favorito y único —apuntó él divertido—. Lo que me recuerda una cosa.

Se acercó a ella y la albergó entre sus brazos, casi perdiéndose su cuerpo menudo entre ellos.

—Muchas felicidades —besó su mejilla.

—¿Interrumpo? —escucharon la voz de Francis en la puerta.

—Nuestro querido Capitán —exclamó Gabrielle separándose de Jordan y volteando hacia la puerta.

—Majestad —se inclinó él sonriente—. Permitidme que os felicite por vuestro embarazo.

—Muchas gracias —respondió ella animada—. Y yo te felicito por tu cargo. Tu hermana Selene estará loca de contenta cuando se entere.

—Al menos dejará de molestarme diciéndome que soy el eterno sustituto de Jordan —bromeó él.

—Qué diría la cándida y bondadosa Selene si supiera lo que piensas de ella —se rio Jordan.

—Sí, sí, cándida, bondadosa y hasta dulce... pero con los demás —se quejó Francis.

—Bueno, será mejor que me retire —anunció Gabrielle yendo hacia la puerta—. Debo apurar a Agatha o tendréis que esperar sentados a que llegue la novia.

Francis la cerró cuando se hubo marchado y, con una exagerada reverencia, se dirigió a Jordan.

—Excelencia —lo saludó con aire solemne—. ¿O preferís Virrey?

—¿En qué momento decidí hacerte Capitán? —elevó la vista al cielo.

—Sospecho que en el mismo que decidiste hacerme tu padrino de bodas —se mofó él.

—Culpable —hizo Jordan una mueca.

—Sabes que desempeñaré ambos papeles con orgullo —dijo Francis en tono serio.

—Y lo más importante de todo, lo harás muy bien —palmeó su hombro.

—¿Nervioso? —preguntó con ironía.

—Mucho —admitió Jordan.

—Mira que te lo tenías calladito —le reprochó—. ¿De verdad volviste a Asbath huyendo de ella?

—Si hubieras estado en mi lugar...

—Habría luchado hasta el final —lo interrumpió—. Pudiste haberla perdido.

—Si no te conociera diría que estás enamorado, oyéndote hablar con tanta pasión —alegó sorprendido.

—Bien sabes que no, igual que sabes que soy de la opinión de que se puede llegar a desear a muchas mujeres a lo largo de nuestra vida, pero amar, solo a una —le recordó—. Por eso mismo, el día que la encuentre, no me andaré con reparos y falsos impedimentos. Si ella me corresponde, me enfrentaré al mundo entero si es necesario.

—Que los Dioses nos asistan si llega ese día —se burló Jordan.

—Y tú que lo veas —sentenció con sorna—. Pero por ahora, será mejor que vayamos hacia el Salón o la novia hará que el Rey se quede sin su Virrey.

—Tienes razón —concordó Jordan sonriendo.

No había exagerado al decirle a Francis de su nerviosismo. Conforme se adentraron en el abarrotado Salón del Trono, encaminándose hacia el altar que allí se había dispuesto, su corazón comenzó a latir enloquecido por la expectación. Quiso concentrarse en la coloreada luz que se filtraba a través de las vidrieras, entregándoles los últimos rayos de la tarde, pero aquella calidez le recordó lo anaranjado del crepúsculo que disfrutara el día anterior con Agatha en sus brazos. Trató en vano de distraer su mente, posando sus ojos en el centenar de rosas blancas que adornaban las columnatas, pero la suavidad de sus pétalos le hizo rememorar la tersura de su piel bajo sus manos...

Todo le traía la imagen de Agatha a su mente, desde la cosa más simple hasta la más compleja, todo. Y quiso que el tiempo volara rápido por una vez en la vida para que se consumiera esa espera previa y hacerla su esposa, cuanto antes.

De pronto, el toque de las trompas le anunció el momento que tanto ansiaba y, al posar la vista en la entrada al Salón la encontró, del brazo de su hermano, traspasándolo su imagen como una certera flecha. Aquella deidad del lago volvía a él con un halo de hermosura infinita, rodeándola, y Jordan se sintió el ser más afortunado sobre la faz de la tierra ante la certeza de que aquella beldad conjurado en el cuerpo de una mujer iba a ser su esposa. Su cabello dorado caía en ondulante cascada sobre uno de sus hombros, con un medio recogido que liberaba su rostro, mostrando todo su esplendor, sonriente y con la mirada azul brillante. Lo blanco de su vestido le daba un aspecto aún más glorioso. La falda plisada que surgía desde la línea de la cadera que la ribeteaba con diminutas flores, se esparcía con cada uno de sus pasos, convirtiendo su caminar en una danza etérea. El corpiño del vestido abrazaba a la perfección cada una de las líneas de su cuerpo, estilizando de forma exquisita su figura y su escote recto, adornado también con flores, dejaba al descubierto sus hombros, desde los que caían con vaporosa muselina las amplias y transparentes mangas. Agatha era una aparición, algo propio de un sueño y, cuando la vio sonreír para él, Jordan deseó no despertar jamás.

El sueño se hizo realidad al entregársela Nicholas, dejando la mano de su hermana sobre la suya. Ella lo recorrió con la mirada llena de orgullo, fijando su vista en el broche que pendía en su pecho y dibujándose una sonrisa en su rostro.

Trystan, quien iba a officiar los esponsales, alzó los brazos dando comienzo a la ceremonia, entonando el acostumbrado sermón sobre lo que El Libro Sagrado refería sobre el sacro vínculo del matrimonio. Jordan lanzó una fugaz mirada a Agatha quien respondió de igual modo, compartiendo un momento de complicidad. Aquellas palabras resonaban vacías para ellos en comparación con las miles de promesas que habían intercambiado el día anterior. Eran conscientes de que debían dar ese paso y presentar de ese modo su relación ante el mundo, pero hacía horas que ya eran marido y mujer, aunque solo lo supieran ellos dos.

De repente, ambos vieron a Francis adelantarse, extendiendo una de sus manos, portando las alianzas; el momento de los votos había llegado.

Jordan tomó los anillos y le entregó el suyo a Agatha, sosteniendo su mano izquierda entre las suyas. Fijó sus ojos en los de ella e, inspirando profundamente, comenzó a recitar sus votos.

—Todo lo que soy y todo lo que tengo, te lo ofrezco con amor y lleno de dicha. De hoy en adelante, te amaré, te reconfortaré y te refugiaré entre mis brazos, anteponiéndote a cualquier cosa y permaneciéndote fiel todos los días de nuestras vidas. Agatha, sé mi compañera y yo seré tuyo por siempre.

Recibiendo una sonrisa de aceptación por parte de Agatha, Jordan deslizó el anillo por su dedo, y con mirada expectante, mantuvo su mano entre la suya, esperando que ella recitara sus votos. Agatha presionó levemente sus dedos antes de comenzar.

—Jordan, hoy uno mi vida a la tuya, no simplemente como tu esposa, sino como tu amiga, tu amante y tu confidente. Déjame ser el hombro donde te apoyes, la roca en la que te sientes a descansar y tu compañera de por vida. Contigo, a tu lado, recorreré mi senda, de hoy en adelante.

Sonriéndole Jordan ampliamente, Agatha colocó el anillo en su dedo y, aún no había terminado Trystan de pronunciar las debidas bendiciones sobre los recién casados cuando Agatha ya se había lanzado a los brazos de Jordan que la rodeaban con fuerza, mientras la besaba con fervor, alentados por los silbidos y aplausos que se alzaban a su alrededor, dando así fin a la ceremonia.

Ya en el comedor, todos los comensales comían y bebían en honor a los novios. Se había dispuesto una gran cantidad de mesas sobre caballetes para albergar a los centenares de asistentes que reían y brindaban a la salud de la pareja, presidiendo la estancia toda la Familia Real al completo, reunida en la gran mesa de roble donde solían compartir las comidas. A pesar del acto simbólico donde Agatha renunciaba a su título, pasando a ser Marquesa de Asbath al unirse en matrimonio a Jordan, no se escatimó en absoluto a la hora de servir el banquete, cosa que a nadie extrañó. Agatha seguía siendo la hermana del Rey y, para muchos, seguiría siendo por siempre la Princesa de Los Lagos. Tal y como hicieron en la boda de Erick y Claire, algunos sirvientes, de ambos Reinos en esta ocasión, tomaron instrumentos y comenzaron a amenizar la velada, con animadas tocatas y alentando a los asistentes a danzar.

Agatha fue la primera de la mesa que arrastró a Jordan al centro del comedor para unirse a la danza, siguiéndoles Ylva con Zayev y Gabrielle con un reticente Nicholas, quien no aceptó hasta que Trystan le aseguró que un par de bailes no le harían daño al niño. Quien sí se negó en rotundo fue Claire, alegando que se sentía fatigada después de lo atareado de los

preparativos, así que Erick se adelantó a las intenciones de su padre y le robó las atenciones de su madre, quien reía mientras su hijo la acompañaba a unirse con el resto de bailarines. Trystan le lanzó una mirada de fingida resignación a Claire conforme se levantaba para ocupar el sitio de su hijo.

—Siento que no puedas disfrutar del baile por mi culpa —se disculpó ella.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Es una hermosa visión ver a los dos seres que más amo así, juntos y sonriendo —agregó con la mirada perdida en su mujer y su hijo.

—Debe ser maravilloso —la escuchó murmurar con cierta aflicción, difícil de descifrar.

—Claire, ¿hay algo que te preocupa? —quiso saber él.

Ella lo miró sorprendida, sintiendo sus mejillas arder de forma delatora.

—No me hace falta entender las artes curativas para saber que algo te ocurre —señaló—. Puedes confiar en mí —trató de alentarla.

—En realidad, hay algo que quisiera preguntarte —aceptó con timidez.

—Tú dirás —la animó sonriente.

Claire asintió aunque vacilante. Hablar de un tema así no le resultaba nada fácil. Sin embargo, tenía la esperanza de que la experiencia de Trystan le diera algo de claridad a esa duda que la estaba atormentando desde la noche anterior.

—Sé que los síntomas de embarazo en una mujer suelen aparecer a las pocas semanas pero, ¿es posible que aparezcan antes? —le preguntó finalmente.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Trystan sin comprender.

—He leído que, en ocasiones, una mujer puede saber el momento en el que concibe —afirmó titubeante.

—Entiendo —respondió pensativo—. Verás —tomó su mano con calidez—, mis conocimientos me obligarían a decirte que eso no es posible, que el cuerpo de una mujer precisa de esas semanas para empezar a experimentar los cambios que siguen a la concepción. Sin embargo, tenemos justo frente a nosotros la prueba evidente de que ese mito es cierto.

Casi de forma involuntaria, Claire desvió la mirada hacia Erick y Gladys quienes, ajenos a su conversación, reían y giraban con las manos entrelazadas.

—Entonces, Gladys...



—Desde el mismo instante en que vertí mi semilla en ella.

Claire bajó su rostro enrojecido al escuchar aquella afirmación.

—No te avergüences —le dijo con tono sosegado—. Es algo natural pero entiendo que te incomode hablarlo conmigo. Sería bueno que conversases con Gladys; nadie mejor que ella para explicarte lo que sintió, aunque si puedo adelantarte algo. Desde ese mismo día, no fue capaz de probar las manzanas hasta que dio luz a Erick, y te diré que es su fruta favorita.

—Yo aún no he podido probar ni un solo bocado de venado, y eso que me encanta —admitió en un hilo de voz—. Pero, lo más sorprendente de todo es que cada vez que pienso en ello y trato de convencerme de que no es posible, el pensamiento se vuelve irrefutable, incuestionable, como si estuviera intentando negar que el sol sale por el Este.

—Puedes esperar a tu primera falta si quieres —le sonrió satisfecho—. Pero no sé si podré ocultárselo a Gladys.

—¿Ocultarme qué, querido? —la voz de Gladys que se hallaba a su lado acompañada de Erick los sorprendió a ambos.

—Que me muero de ganas de bailar contigo —alegó Trystan con rapidez, levantándose y tomando la mano de su esposa, volviendo a llevarla al centro de la estancia.

Erick ocupó de nuevo su asiento y le dio un leve beso en los labios a Claire.

—¿De verdad no bailarías conmigo aunque fuera una sola vez? —le pidió con expresión infantil.

Ella negó con la cabeza, bajando su rostro, revoloteando en su mente la conversación que había mantenido con Trystan. Deseaba con todas sus fuerzas contárselo a Erick pero, ¿y si estaba equivocada? Algo en su mente le gritó como un reproche que no lo estaba y suspiró derrotada.

—Claire, ¿qué sucede? —leyó Erick la desazón de su rostro.

—Nada, yo...

—Te conozco mejor de lo que crees, Claire —le aseguró—. Te siento extraña desde anoche, inquieta, incluso más pálida que de costumbre. Apenas has probado el venado con lo que te gusta.

Erick pinchó un pequeño trozo de carne acercándolo a su boca y Claire, inconscientemente, apartó su cara con una mueca, asqueada. Alarmado por su reacción, dejó el cubierto sobre el plato y tomó sus mejillas. Erick trató de

hacer memoria rápidamente. El día que partieron hacia Adamón, Claire había amanecido indispuesta al llegar su periodo, no era posible que estuviera en estado... ¿Entonces? ¿Le ocurriría algo más grave? ¿Sería eso de lo que estaba hablando con su padre, habiéndolos interrumpido ellos al volver a la mesa?

—Claire, ¿qué te pasa? —le exigió saber—. ¿Te ocurre algo? ¿De qué hablabas con mi padre? —indagó angustiada.

Claire apartó las manos de Erick de su rostro y las sostuvo entre las suyas, decidida a contarle sus sospechas.

—Estoy bien —quiso tranquilizarle—, pero anoche...

—¿Anoche qué? —preguntó impaciente.

—Pensarás que estoy loca —espetó de repente sacudiendo su cabeza.

—Quien va a enloquecer soy yo si no me dices qué pasa. Por favor, Claire.

—Es que no se cómo hacer para que me entiendas —se lamentó.

—Empieza por contarme a qué te referías con “anoche” —le dijo más calmado, queriendo facilitar su tarea.

—A cuando... estuvimos juntos —titubeó al sentir el rubor de sus mejillas.

—¿Te dañé de algún modo? —preguntó preocupado entendiéndole de qué momento le hablaba—. ¿Te sentiste mal?

—No, Erick —sonrió ella ante su inquietud—. De hecho me sentí muy bien, como si me rociara una lluvia cálida, de pura energía.

Erick la miró confuso.

—Bueno, dadas las circunstancias... ¿O es que tú nunca antes...?

—No seas tonto —acarició ella su cabello sonriendo—. Sabes que siempre es maravilloso, pero anoche fue mucho más que eso. Puede que sea lo más extraño que hayas escuchado jamás pero —hizo una pausa tratando de encontrar las palabras adecuadas—, sentí que mi vientre se llenaba de vida.

Erick sintió como el corazón le daba un vuelco. Acercó una de sus manos, temblorosa, al vientre de su esposa, con su mirada fija en su cuerpo, intentando asimilar lo que acababa de decirle.

—Puede parecer una locura y ojalá pudieras sentir lo que yo siento —prosiguió ella—. Todo mi ser reacciona ante ese pensamiento como si se tratase de la verdad más absoluta, y cada vez que intento convencerme de que no es posible, siento como si estuviera repudiando la vida que crece dentro de

mí, llenándome de culpabilidad. Tu padre me ha contado que tu madre...

Erick no la dejó continuar. La estrechó entre sus brazos y buscó sus labios con urgencia. Claire se sintió turbada ante su intensidad, ante la emoción que le transmitía aquel abrazo y el amor que irradiaba aquel beso. Notó la sal entremezclarse en su bocas y Claire alzó sus manos hasta el rostro de Erick, capturando sus lágrimas entre sus dedos, respondiendo a su beso con el corazón golpeando su pecho estremecido.

Separaron sus labios faltos de aire y Claire se perdió en la esmeraldas de sus ojos que brillaban deslumbrantes. Erick la observó un instante y volvió a abrazarla en un arrebato, embriagado de esa dicha que colmaba sus sentidos.

—No sabes lo feliz que me haces, Claire —susurró con voz trémula contra su cabello—. Me gustaría tanto que entraras en mi alma, y vieras.

—Tu felicidad solo es comparable a la mía —le aseguró—. Y cuando tu padre me ha contado sobre tu madre me he sentido tan liberada.

—Mi madre me ha contado esa historia miles de veces —se separó de ella, acariciando su rostro sonriente—. Pero jamás pensé que pudiera ocurrirte a ti lo mismo.

—Siento habérselo contado a él antes que a ti —se disculpó—. Es que, estaba tan llena de dudas.

—No tienes que justificarte —la reconfortó—. Dada la situación es más que comprensible.

Ambos miraron hacia el centro del comedor, y sorprendentemente se toparon con las miradas de Trystan y Gladys, que les sonreían con complicidad.

—No sé por qué, tengo la ligera sospecha de que mi madre ya lo sabe —aventuró Erick divertido.

—Eso parece —asintió Claire.

—En ese caso...

—Espera —lo detuvo ella viendo sus intenciones—. ¿No deberíamos esperar?

—¿A qué? —se encogió él de hombros—. Si tú estás segura, yo también —le sonrió confidente.

Se puso en pie y, alzando su copa, tomó uno de los cubiertos y lo golpeó repetidas veces contra el metal, llamando la atención de todos, dejando de sonar incluso la música.

—¿Qué sucede, Erick? —preguntó extrañado Nicholas, habiendo cesado todos de bailar.

—Tengo algo muy importante que anunciaros —declaró con alta voz—. Amigos míos, quiero que alcéis vuestras copas y brindéis conmigo —se dirigió a todos los presentes—. La Princesa Claire y yo estamos esperando nuestro primer hijo.

El comedor estalló en júbilo y aplausos, mientras sus familias se acercaban para felicitarlos llenos entusiasmo. Richard abrazó a su hija emocionado por la noticia de su primer nieto, con Gabrielle impaciente alrededor deseando felicitarla, mientras los hombres hacían objeto de sus bromas a un condescendiente Erick. Juntos brindaron por ellos alzando sus copas, por enésima vez, tanto que había que celebrar aquella noche... El retorno de los valientes guerreros a casa sanos y salvos y con la victoria en sus manos; el matrimonio de Agatha y Jordan; la investidura de Jordan como Marqués y Virrey y el nombramiento de Francis como Capitán; el compromiso de Zayev e Ylva; el embarazo de Gabrielle y ahora el de Claire.

Sin duda aquel día fue más que memorable y permanecería durante muchísimos años en la memoria de los ciudadanos. La prosperidad y bonanza que auguraban los tiempos venideros era encomiable y difícil de enturbiar, y la serenidad y la fortuna reinarían por siempre en aquellas tierras.

## Epílogo

Con la mirada fija en el cielo, veía cómo este se iba alejando cada vez más. ¿Cómo era eso posible?

Estaba cayendo.

Trató de mover manos y piernas pero le respondieron con dolor, como si por sus venas corrieran cristales rotos en vez de sangre. El cielo se alejaba un poco más y, por ende, el suelo se estaría acercando y él se estrellaría.

—No, maldita sea, no —repetía una y otra vez. No quería caer, no quería morir. Aún le quedaba algo de tiempo, tenía que luchar.

Volvió a agitar los brazos y las piernas, como si pudiera atrapar el aire y apoyarse en él pero aquel dolor punzante lo traspasó.

—¡No! —gritó.

Y de pronto sintió que su espalda se apoyaba en algo suave y esponjoso.

—Por una vez, he de admitir que tu obstinación está sirviendo para algo.

La voz era de timbre indefinido, ambigua, bien podía ser de hombre o mujer. Hrodgar trató de averiguar de dónde provenía por lo que giró la cara y vio lo que parecía ser la cabeza de un ave. De hecho, habría jurado que era un cuervo si su plumaje no hubiera sido de un color fuego brillante y su tamaño tan grande como para poder llevarlo a él a costas sobre su lomo.

De pronto, aquel ser sacado de la más oscura fábula sacudió su lomo y

le hizo tumbarse boca abajo, provocando que otra ola de dolor lo sacudiera.

—En cuanto ponga un pie en el suelo te atravesaré el corazón con mi espada, animal inmundado.

Una risa en forma de graznido resonó en sus oídos.

—¿Aún no te has dado cuenta de que, cuando llegues abajo, morirás?

—Entonces, ¿cuál es el condenado motivo de este paseo? —apretó los dientes.

—Puede que, con lo que veas, encuentres un motivo para vivir.

—¿Qué eres, una especie de pájaro enviado por los Dioses?

—Así que ya has decidido que soy un pájaro —se mofó de él.

—Me importa un demonio lo que seas —farfulló él—. Solo dime qué tengo que hacer para no morir.

—Yo no puedo decírtelo —le advirtió—. Tienes que descubrirlo tú mismo.

Hrodgar iba a volver a maldecir, harto de aquellos acertijos.

—Calla y observa —le cortó, leyéndole el pensamiento.

Hrodgar miró abajo. Estaban tan alto que alcanzaba a ver las bien conocidas cumbres de las Tierras Altas cubiertas de nieve, y a sus pies la Fortaleza Roja que se confundía con el color carmesí del Anillo de Desolación, formando una mancha semejante a la sangre que se iba escurriendo entre la negra espesura del bosque. Adamón, su patria, con sus sillares rojos surgiendo de la roca virgen rodeada por aquella muralla que parecía infranqueable, hasta entonces. El yermo anillo que la rodeaba no había sido más que una barrera inútil aun a pesar de su aridez, mas en ese instante se veía sembrada de lenguas de fuego. Decenas de piras funerarias se esparcían alrededor como gotas ardientes, consumiendo los restos de sus hombres caídos en la batalla siendo una de ellas, situada frente al portón principal la más grande de todas, como una gran joya que pende en mitad de un collar de perlas; el Rey Balkar había muerto.

Sintió deseos de arrodillarse, enrabiado por la pérdida de su soberano, pero sus músculos dolían de un modo mortal. Entonces movió la cabeza, siguiendo la línea de fuego hasta el pie de las Tierras Altas. Su vista quedó fija en un montículo de piedras, colocados de forma armoniosa señalando la entrada de una gruta y con la tierra batida entorno a ella pisoteada por huellas de cascos de caballos. La furia le estrujó el estómago, mientras una fulminante certeza tomaba cuerpo en su mente.

Entonces su visión se alzó y se topó con decenas de columnas de humo que surgían de entre las escarpadas cumbres. Hombres y mujeres caminaban entre la nieve o se sentaban frente a las numerosas y esparcidas cuevas excavadas en las caras de la montaña, calentándose en las fogatas y ahumando carne para el invierno que ya empezaba a blanquear toda la ladera. Quiso gritar para que volvieran al castillo, aquello aún no había terminado, pero el aire le golpeó la cara, recordándole cuál sería el final de su trayecto.

De súbito, el cuervo rojo dio un vertiginoso giro y, tras una cadena montañosa, decenas de láminas de argentadas aguas se extendían frente a él. A lo lejos, un castillo se alzaba en el horizonte y una única y tenue luz brillaba en uno de sus torreones.

Pareciendo sus deseos ser suficiente como para dominar al cuervo, se dirigió hacia aquel destello, acercándose su imagen rápidamente, y una pequeña ventana apareció frente a él. En el interior de aquel marco de piedra, una muchacha de largos cabellos negros descansaba en un lecho, sus manos colocadas sobre su abultado vientre.

—¿Un heredero? —pronunció con repulsión.

—Sí, pero hay algo que debes ver. Arráncame un pluma.

—¿Qué? —inquirió atónito.

—Seguro que lo disfrutas —se rió—. Arráncala y déjala caer.

Pensó que era absurdo pero, ¿acaso no lo era toda la situación? Con una mueca de dolor, cogió una de esas plumas rojas que tenía a su alcance y la soltó; su cuerpo roto no le permitía otra cosa así que confiar en que el viento hiciera el trabajo por él. Entonces, la pluma se elevó en el aire con una enrevesada pirueta y, de pronto, se partió en tres, sin parar de dar vueltas, para terminar convirtiéndose en tres bolas, tres orbes colocados en forma de pirámide. El cuervo rojo las alcanzó con su pico y trazó una línea entre ellos, convirtiéndolo en un pequeño brazaletes de tres cuentas de coral. Lo dejó caer, introduciendo su pico en el aro imaginario que las unía y lo hizo girar con rapidez, sacudiendo la cabeza y lanzándolo al firmamento con un golpe seco.

Las cuentas ardientes se expandieron como grandes esferas que se alzaron formando un triángulo perfecto, dos en la base y la otra, sobre éstas, en el centro.

La de la derecha se tornó anaranjada como una mandarina madura, refulgiendo con calidez; la que se elevaba sobre las otras dos tomó un color dorado, brillante, ambarino; por último, la de la izquierda se inflamó hasta

convertirse en una bola de sangre, oscura y espesa.

El hilo que las mantenía unidas empezó a acortarse, mientras, en el centro de la figura surgía otra esfera, de color cenizo de luna, sin luz, sin materia. Parecía querer absorber a sus hermanas con ansia, atrayéndolas cada vez más.

No pasó mucho tiempo hasta que se unieron, empezando a comprimirse en cuanto tomaron contacto, haciéndose aquella fusión cada vez más y más pequeña, convirtiéndose al final en un pequeño punto.

De repente estalló, y Hrodgar sintió que aquel fuego pasaba como gotas de infierno por encima de él, consumiéndolo, pero lanzó un grito de liberación ante la revelación que en ese instante se conjuraba en su mente: una ancestral Profecía tan antigua como el Mundo.

—Bien, ya lo sabes —le susurró el cuervo rojo girando la cabeza por encima de su ala—. Ya sabes por qué tienes que vivir.

Sí, ahora lo sabía pero, ¿cómo?

Quiso echar la vista atrás y el cuervo rojo volvió a introducirse en su mente, poniendo rumbo hacia la fortaleza roja. Y entonces, comenzó a buscarla.

“Me perteneces, igual que yo a ti. Siempre lo hicimos”

*Moira...* Ella lo haría volver.

Su nombre acudió a su boca al igual que su imagen a su mente.

Y de repente reconoció dónde estaba. En su lecho, entre los fríos muros de su recámara, en la Fortaleza Roja, en el mismísimo Adamón.

Para ese entonces, el cuervo no era tal, sino una mujer, de largo cabello rojo y salvaje, y cuyo enigmático rostro descansaba con los ojos cerrados, sobre su cama, cerca de él, mientras sostenía su mano adolorida entre las suyas. Le sorprendió lo atormentado de su expresión, casi parecía mover los labios, en sueños o en lo que parecía una pesadilla dado su rictus tenso.

—Moira —la llamó.

Y ella alzó el rostro, sobresaltada y agotada. Se lo decían sus oscuras ojeras y la palidez nívea de sus mejillas.

—Has vuelto —musitó con sonrisa triste.

—Tú me trajiste de vuelta —admitió, alzando su mano para acariciarla, aunque moverse fue un error.

Un dolor se hizo presente en el costado y recordó al instante la daga de Jordan hundiéndose en su carne y sus palabras... “Nos superaréis en



perversidad pero nunca en astucia, Hrodgar”, y de súbito, un repentino y punzante dolor le hizo olvidarlas.

Gritó.

—Hrodgar —gimió Moira mientras se apresuraba a buscar un poco de láudano.

Alfileres se clavaban en sus piernas y brazos de modo real, casi tangible. Bajó sus ojos hacia su mano, hacia el resto del cuerpo, y se topó con las blancas vendas que las cubrían por completo desde los muslos a los dedos de los pies y al tratar de moverlos, aulló de dolor. Moira le alcanzó un vaso y Hrodgar bebió con ansia, deseando que aquel brebaje matase su dolor.

—Malditos sean Asbath, Los Lagos y toda su estirpe —farfulló Hrodgar con las lágrimas acusando su tormento.

—Que así sea —sentenció Moira por él.

FIN



## Agradecimientos

A mi familia, porque gracias a ellos soy quien soy.

A Romina, por ser mi apoyo incondicional, mi amiga  
y mi compañera de aventuras.

A GinebraCamelot, por ponerle color a este bonito sueño.

A todos mis amigos del Rincón de Riona,  
os quiero, a todos.

Y especialmente a ti,

por permitirme compartir contigo parte de mí.

Hasta la próxima.